Ludwig Wittgenstein

Ray Monk

Ludwig Wittgenstein

El deber de un genio

Traducción de Damián Alou

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Ludwig Wittgenstein. The Duty of Genius
Jonathan Cape
Londres, 1990

Portada:
Julio Vivas
Ilustración: © Stephen Martin, de la edición original

Primera edición: febrero 1994
Segunda edición: marzo 1997

© Ray Monk, 1990

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1994
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-0773-5
Depósito Legal: B. 10990-1997

Printed in Spain

Liberduplex, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

La lógica y la ética son fundamentalmente la misma cosa: el deber hacia uno mismo.

OTTO WEININGER, *Sexo y carácter*

ILUSTRACIONES

El autor y los editores desean dar las gracias a las siguientes personas por haberles permitido utilizar las fotografías que aparecen en este libro: doctor Milo Keynes (13); Anne Keynes (15); doctor Norman Malcolm (46); Michael Nedo (1-7, 9-12, 19-34, 36, 39-43, 47, 50-54); Neue Pinakothek, Munich (foto: Artothek: 7); Gilbert Pattison (37-38, 41-42, 44-45); Ferry Radax (16-18, 48); Technische Hochschule, Berlín (ahora Universidad Técnica de Berlín: 8); Trinity College, Cambridge (14, 35).

1 Ludwig Wittgenstein de niño
2 Los hijos e hijas de Hermann y Fanny Wittgenstein
3 Ludwig, *c.* 1891
4 La gran escalinata de la Alleegasse
5 Una fotografía familiar tomada en las bodas de plata de Karl y Leopoldine, 1898
6 Ludwig, a la edad de nueve años
7 Margaret Wittgenstein, pintada por Gustav Klimt
8 La Technische Hochschule de Charlottenburg, Berlín
9 La familia a la mesa en el Hochreit
10 Ludwig Wittgenstein, hacia los dieciocho años
11-12 Con Eccles en la Estación de Vuelo de Cometas de Glossop
13 En el río, en Cambridge, con John Maynard Keynes, Virginia Woolf y Rupert Brooke
14 Miembros del Club de Ciencia Moral, Cambridge, *c.* 1913
15 David Pinsent
16-18 Postales desde Noruega, 1913
19-20 Postal a Eccles
21-23 La casa de Wittgenstein en Noruega
24-25 Con la familia en el Hochreit
26-27 La cartilla militar de Wittgenstein durante la Primera Guerra Mundial
28 Habitación de Wittgenstein en la pensión de Trattenbach
29 Wittgenstein con sus alumnos de Puchberg am Schneeberg
30 Frank Ramsey
31 Wittgenstein, 1925

32-33 Ejemplos de pasador de ventana y tirador de puerta diseñados por Wittgenstein para la casa de su hermana en la Kundmanngasse
34 La casa de la Kundmanngasse
35-36 Retratos de Wittgenstein: cuando se le concedió una beca para el Trinity College en 1929, y se le dio el grado de *fellow* en 1930
37-38 Postal a Gilbert Pattison desde Viena
39 Wittgenstein y Francis Skinner en Cambridge
40 Wittgenstein con su sobrina Marie Stockert
41 Postal enviada a Patisson por Wittgenstein durante sus vacaciones en Tours, Francia, 1941
42 Típica muestra de «absurdo» enviada por Wittgenstein a Gilbert Pattisson
43 Wittgenstein de vacaciones en Francia con Gilbert Pattisson
44-45 Acerba reacción de Wittgenstein a las actividades diplomáticas de Chamberlain en Munich
46 Wittgenstein en el jardín de los *fellows* del Trinity, 1939
47 Del álbum de fotos de Wittgenstein: Francis Skinner; y familia y amigos durante las Navidades en Viena
48 La granja de los Kingston en County Wicklow, Irlanda
49 Tommy Mulkerrins ante su casa de campo en Connemara
50 Wittgenstein en Swansea
51 Wittgenstein y Ben Richards en Londres
52 Wittgenstein en el jardín de la casa de los Von Wright en Cambridge
53 Wittgenstein en su lecho de muerte
54 Tumba de Wittgenstein, St. Giles, Cambridge

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar debo dar las gracias a Monica Furlong, sin cuyo apoyo jamás hubiera comenzado este libro. Fue ella quien convenció a David Godwin (entonces director editorial de Heinemann) para que considerara la posibilidad de financiar el proyecto. No menos esencial ha sido el sostenido entusiasmo y amable estímulo del propio David Godwin, y el apoyo igualmente sin paliativos del editor americano, Erwin Glikes, de Free Press.

Al principio se temió que el proyecto se fuera a pique a causa de la falta de cooperación de los herederos literarios de Wittgenstein. Me siento muy feliz al afirmar que ha ocurrido justo lo contrario. Los tres albaceas literarios de Wittgenstein, el profesor Georg Henrik von Wright, la profesora G. E. M. Anscombe y Mr. Rush Rhees, ya fallecido, se mostraron excepcionalmente amables, cooperadores y solícitos. Además de concederme autorización para citar los manuscritos inéditos de Wittgenstein, respondieron diligentemente a mis muchas preguntas, y fueron muy generosos al proporcionarme información que de otro modo no hubiera encontrado.

Al profesor Von Wright le estoy particularmente agradecido por su paciencia y sus detalladas réplicas a mis (inicialmente bastante primitivas) especulaciones concernientes a la composición de las *Investigaciones filosóficas*. Sus artículos acerca de los orígenes de las dos grandes obras de Wittgenstein y su meticuloso catálogo de los documentos de Wittgenstein han resultado indispensables. La profesora Anscombe aceptó reunirse conmigo en varias ocasiones para hablarme de sus propios recuerdos de Wittgenstein y responder a mis preguntas. A ella le estoy especialmente agradecido por haberme dado acceso a las cartas de Francis Skinner a Wittgenstein.

La amabilidad demostrada hacia mí por Mr. Rhees estuvo muy por encima de lo que podemos llamar deber. A pesar de su avanzada edad y su frágil salud dedicó muchas horas a discutir conmigo; durante éstas reveló su incomparable conocimiento de la obra de Wittgenstein y sus numerosas intuiciones tanto acerca de su personalidad como de su filosofía. Además me mostró muchos documentos cuya existencia no hubiera conocido de otro modo. Tan preocupado se mostró en transmitirme el máximo po-

sible de sus conocimientos que en una ocasión insistió en pagarme una estancia en un hotel de Swansea, a fin de que nuestras discusiones no quedaran cercenadas por mi retorno a Londres. La noticia de su muerte me llegó cuando acababa el libro. Le echaremos de menos.

Por desgracia, otros amigos de Wittgenstein murieron mientras llevaba a cabo el trabajo de investigación para el libro. Roy Fouracre llevaba mucho tiempo enfermo, pero su esposa fue lo suficientemente amable como para recibirme y proporcionarme copias de las cartas de Wittgenstein a su marido. Igual de amable fue Katherine Thomson, cuyo difunto marido, el profesor George Thomson, expresó poco antes de morir su deseo de conocerme para discutir la visita de Wittgenstein a la Unión Soviética. La señora Thomson también me mostró algunas cartas y me contó algunos de sus recuerdos de Wittgenstein. Al doctor Edward Bevan le conocí más o menos un año antes de su muerte. Sus recuerdos, y los de su viuda, Joan Bevan, constituyen la base del capítulo 27. Tommy Mulkerrins, que proporcionó a Wittgenstein una indispensable ayuda durante la estancia de éste en la costa oeste de Irlanda, era un octogenario inválido pero excepcionalmente lúcido cuando le conocí en su casa de campo, en la primavera de 1986. Sus remembranzas han sido incorporadas en el capítulo 25. Tampoco él, por desgracia, está ya con nosotros.

Otros amigos, felizmente, se encuentran vivos y con buena salud. Mr. Gilbert Pattisson, amigo íntimo de Wittgenstein entre 1929 y 1940, se reunió conmigo varias veces y me proporcionó las cartas citadas en el capítulo 11. Mr. Rowland Hutt, amigo tanto de Wittgenstein como de Francis Skinner, manifestó un vivo y servicial interés por mi obra, y me proporcionó las cartas citadas en el capítulo 23. También quiero manifestar mi agradecimiento a Mr. William Barrington Pink, Sir Desmond Lee, al profesor Basil Reeve, al doctor Ben Richards, al doctor Casimir Lewy, a Mr. Keith Kirk, a Mrs. A. Clement, a Mrs. Polly Smythies, al profesor Wolfe Mays, a Mrs. Frances Partridge y a Madame Marguerite de Chambrier, todos los cuales se tomaron la molestia de hablar conmigo –en algunos casos a lo largo de varias reuniones– acerca de sus recuerdos de Wittgenstein. Al profesor Georg Kreisel, al profesor F. A. von Hayeck, a Mr. John King, al profesor Wasif A. Hijab, al profesor John Wisdom, al difunto profesor Sir Alfred Ayer y al padre Conrad Pepler, les agradezco sus respuestas a mis cartas y a mis preguntas.

El relato de la labor de Wittgenstein en el Guy's Hospital y en la Royal Infirmary de Newcastle no hubiera podido escribirse sin la ayuda de los colegas de Wittgenstein: Mr. T. Lewis, el doctor Humphrey Osmond, el doctor R. T. Grant, Miss Helen Andrews, el doctor W. Tillman, Miss Naomi Wilkinson, el doctor R. L. Waterfeld, el doctor Erasmus Barlow y el profesor Basil Reeve. Al doctor John Henderson le agradezco su ayuda a la hora de ponerme en contacto con muchos de estos colegas. El doctor Anthony Ryle me mostró amablemente la carta de su padre citada en el capítulo 21, y me permitió citarla del diario que

llevaba cuando era niño. A él y al profesor Reeve les estoy agradecido por haber leído y comentado un borrador anterior de este capítulo.

A Mr. Oscar Wood, a Sir Isaiah Berlin y a Alady Mary Warnock les agradezco sus evocaciones de la reunión de la Jowett Society descrita en el capítulo 24, la única ocasión en que Wittgenstein tomó parte en un encuentro filosófico en Oxford.

Muchas personas que no conocieron a Wittgenstein también me proporcionaron una valiosa ayuda, y en este contexto me complace manifestar mi reconocimiento y gratitud al profesor W. W. Bartley III, al profesor Quentin Bell, a Mrs. Margaret Sloan, a Mr. Michael Straight, a Mr. Colin Wilson y al profesor Konrad Wünsche, quienes respondieron atentamente a mis cartas, y a Mrs. Anne Keynes, al doctor Andrew Hodges y al profesor George Steiner, quien fue tan amable como para concertar una cita en la que discutir algunos temas que surgieron durante mi investigación. Mrs. Keynes también me proporcionó amablemente una tesis de filosofía escrita por su tío, David Pinsent.

Mi investigación me llevó de un lado a otro, pero debo mencionar dos viajes en particular; los realizados a Irlanda y a Austria. En Irlanda, mi amigo Jonathan Culley me hizo de chófer por Dublín, el condado de Wicklow y el condado de Galway, mostrando una inagotable paciencia y aportando una muy necesaria (aunque de otro modo ausente) sensación de perentoriedad y puntualidad. En Dublín recibí la ayuda de Mr. Paul Drury, en Wicklow de la familia Kingston, y en Connemara la de Tommy Mulkerrins. Mr. y Mrs. Hugh Price, Mrs. R. Willoughby y Mr. Sean Kent me ofrecieron una gran ayuda durante todo el camino. Mi viaje a Austria resultó agradable y cómodo gracias a la amabilidad mostrada por mi amigo Wolfgang Grüber y a la hospitalidad de su hermano Heimo. En Viena tuve el placer de conocer a Mrs. Katrina Eisenburger, nieta de Helena Wittgenstein, y a otro miembro de la familia, la doctora Elizabeth Wieser. También recibí la amable ayuda del profesor Herman Hänsel. En mi visita a las montañas de Weschel, donde Wittgenstein fue maestro en las escuelas de Trattenbach y Otterthal, fui enormemente ayudado por el doctor Adolf Hübner, que no sólo me hizo de guía en la zona y me proporcionó copias del fascinante material que había recogido para el Centro de Documentación de Kirchberg, sino que también –con una amabilidad realmente extraordinaria– tuvo la delicadeza de volver a sacar una serie de fotos que yo ya había tomado, tras descubrir que las mías se habían estropeado.

Al doctor T. Hobbs, de la Wren Library, Trinity College, Cambridge; al doctor A. Baster de la Wills Library, Guy's Hospital; a Miss M. Nicholson, de los Archivos de la Junta de Investigación Médica; y al personal de la British Library, la Bodleian Library, Oxford, y la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, hago extensivo mi agradecimiento por su sempiterna cortesía y ayuda. A mi amigo Wolf Salinger le doy las gracias por las molestias que se tomó en mi nombre a la hora de descubrir los documentos que pudieran existir en la Universidad Técnica de Berlín de la época

que Wittgenstein pasó allí como estudiante de ingeniería (cuando era la Technische Hochschule). También doy las gracias al personal de la biblioteca universitaria por la ayuda que le proporcionaron a Mr. Salinger.

Una de las recopilaciones de cartas más importantes utilizadas en este libro es la conservada por el Archivo Brenner de la Universidad de Innsbruck. Se trata de una colección de varios cientos de cartas dirigidas a Wittgenstein (incluidas las de Bertrand Russell y Gottlob Frege utilizadas en los capítulos 6, 7, 8 y 9) que sólo en fecha reciente ha podido consultarse. Agradezco al doctor P. M. S. Hacker, del St. John's College, Oxford, que llamara mi atención hacia la existencia de estas cartas, y al doctor Walter Methlagl y al profesor Allan Janik del Archivo Brenner su amabilidad al permitirme acceder a ellas, y al cederme su tiempo a fin de discutir conmigo los contenidos de las cartas. Por el permiso para citar estas y otras cartas de Bertrand Russell doy las gracias a Kenneth Blackwell, del Archivo Russell, McMaster University, Hamilton, Ontario.

Siento una especial gratitud hacia el doctor Michael Nedo, del Trinity College, Cambridge, cuyo conocimiento de los manuscritos de Wittgenstein no tiene parangón, y que a lo largo de los años ha recogido fotografías, documentos y copias de documentos relacionados con Wittgenstein, y que constituyen un archivo inmensamente útil. No sólo me permitió un acceso completamente libre a este material, sino que también dedicó una gran parte de su tiempo a la discusión de muchos y variados aspectos de mi investigación. He contraído una enorme deuda con él por haberme proporcionado copias de sus meticulosas transcripciones de los comentarios en clave de los manuscritos de Wittgenstein.

De igual modo, el doctor Paul Wijdeveld me ha sido de gran ayuda en diversos aspectos. Permitió que me beneficiara de la meticulosa investigación que ha dirigido en relación a la casa que Wittgenstein diseñó, advirtiéndome acerca de la existencia de fuentes ya publicadas de las que, de otro modo, no hubiera tenido noticia, y proporcionándome una copia en borrador de su propia investigación y de los muchos documentos que descubrió concernientes a la relación de Wittgenstein con Paul Engelmann.

Por haber leído y realizado algunos comentarios de los primeros borradores de este libro estoy agradecido al doctor G. P. Baker, del St. John's College, Oxford. El doctor Baker y su colega el doctor P. M. S. Hacker fueron lo suficientemente amables como para hacerme llegar el de la obra que ahora ocupa su tiempo. El profesor Stephen Toulmin leyó amablemente todo el manuscrito e hizo algunas sugerencias que fueron de gran ayuda, así como algunas críticas constructivas. Mis editores, David Godwin y Erwin Glikes, han leído muchos borradores, y me han hecho multitud de útiles indicaciones. Al preparar el manuscrito para su publicación, Alison Mansbridge señaló muchos errores que de otro modo yo no hubiera advertido, y le estoy muy agradecido por el entusiasmo y la meticulosidad con la que afrontó esta difícil tarea. El doctor David McLintock comprobó amablemente la exactitud de mis traducciones de las cartas de Frege y de las entradas de los diarios de Wittgenstein. Hizo muchas co-

rrecciones importantes y llamó mi atención hacia cierto número de interesantes matices y alusiones que de otro modo se me habrían pasado por alto. Cualquier error no subsanado, por supuesto, es de mi completa responsabilidad.

Sin la ayuda de mi agente, Mrs. Gill Coleridge, no podría haber sobrevivido estos últimos cuatro años. A Jenny le debo mi más efusivo agradecimiento por haberlos sobrevivido en mi compañía.

RAY MONK
Londres,
diciembre, 1989

INTRODUCCIÓN

La figura de Ludwing Wittgenstein ejerce una fascinación muy especial que no queda totalmente explicada por la enorme influencia que ha ejercido en el desarrollo de la filosofía de este siglo. Incluso aquellos no muy interesados en la filosofía analítica le profesan admiración. Se han escrito poemas acerca de él, se han pintado cuadros inspirados por él, se ha puesto música a su obra, y se le ha convertido en personaje central de una novela de éxito que es poco más que una biografía novelada (*The World as I Found It*, de Bruce Duffy). Además, existen al menos cinco programas de televisión dedicados a él, y se han escrito incontables evocaciones de su persona, con frecuencia por gente que le conoció muy poco. (F. R. Leavis, por ejemplo, que quizá habló con él en cinco o seis ocasiones, ha hecho de sus «Recuerdos de Wittgenstein» el tema de un artículo de dieciséis páginas.) Se han publicado remembranzas de Wittgenstein escritas por la mujer que le enseñó ruso, por el hombre que le llevaba la turba a su casa de campo de Irlanda, y por el hombre que, aunque no le conocía muy bien, dio la casualidad que tomó las últimas fotografías que se conservan de él.

Todo esto, en cierto modo, sigue un rumbo distinto de la ininterrumpida industria que produce comentarios acerca de la filosofía de Wittgenstein. Sin embargo, esta industria también progresa con rapidez. Una bibliografía reciente de fuentes secundarias enumera no menos de 5.868 artículos y libros acerca de su obra. De ellos, muy pocos resultarían de interés (o ni siquiera inteligibles) a cualquiera que no pertenezca al mundo académico, y del mismo modo escasos serían los autores de esos libros o artículos que sentirían curiosidad por los aspectos de la vida y la personalidad de Wittgenstein que han inspirado las obras mencionadas en el párrafo anterior.

Parece, por tanto, que el interés por Wittgenstein, por grande que sea, sufre de una inoportuna polaridad entre aquellos que estudian su obra aislada de su vida y los que encuentran su vida fascinante y su obra ininteligible. Creo que resulta una experiencia común a cualquiera que lea, digamos, la *Semblanza* de Norman Malcolm, el hallarse fascinados por la figura que allí se describe, y luego sentirse impulsados a leer directamente la obra de Wittgenstein, sólo para encontrarse con que no entienden ni

una palabra. Hay que decir que existen muchos y excelentes libros introductorios a la obra de Wittgenstein, que explican cuáles son sus temas filosóficos fundamentales y su manera de abordarlos. Lo que no explican es qué tiene que ver su obra con *él*: cuáles son las relaciones entre las preocupaciones éticas y espirituales que dominaron su vida y las cuestiones filosóficas, aparentemente bastante remotas, que dominaron su obra.

El objetivo de este libro es llenar ese hueco. Al describir su obra y su vida en una sola narración, espero aclarar cómo esta obra procede de este hombre, y mostrar –algo que muchos de los que leen a Wittgenstein perciben de una manera instintiva– la unidad de sus intereses filosóficos y de su vida emocional y espiritual.

I. 1889-1919

1. EL LABORATORIO DE LA AUTODESTRUCCIÓN

«¿Por qué debería uno decir la verdad si puede serle beneficioso decir una mentira?»

Éste era el tema de las primeras reflexiones filosóficas de Ludwig Wittgenstein de que tenemos constancia. Más o menos a la edad de ocho o nueve años, hizo una pausa en algún umbral para considerar la cuestión. Al no encontrar ninguna respuesta satisfactoria, concluyó que, después de todo, no había nada malo en mentir en determinadas circunstancias. En una época posterior de su vida, describió el suceso como «una experiencia que, aunque no fuese decisiva en mi futuro modo de vida, resultaba en cualquier caso característica de mi naturaleza en esa época».

En cierto aspecto, el episodio es característico de toda su vida. Contrariamente, digamos, a Bertrand Russell, que se dedicó a la filosofía con la esperanza de encontrar certeza donde previamente había percibido sólo duda, Wittgenstein fue atraído hacia esa disciplina por una compulsiva tendencia a ser asaltado por cuestiones semejantes a la más arriba descrita. La filosofía, podríamos decir, fue a él, no él a la filosofía. Experimentaba tales dilemas como intrusiones indeseables, enigmas que se abrían paso hacia él y le tenían cautivo, incapaz de seguir adelante con su vida cotidiana hasta que pudiera disiparlos con una solución satisfactoria.

Y aun con todo, la respuesta juvenil de Wittgenstein a este problema en particular es, en otro sentido, muy poco característica de él. Su fácil aceptación de la deshonestidad es fundamentalmente incompatible con la implacable veracidad por la que Wittgenstein era tanto admirado como temido de adulto. También es quizá incompatible con lo que él creía que era ser un filósofo. «Llámame un buscador de la verdad», le escribió una vez a su hermana (la cual, en una carta dirigida a él, le había calificado de gran filósofo), «y me quedaré satisfecho».

Esto apunta no a un cambio de opinión, sino a un cambio de carácter, el primero de muchos en una vida marcada por una serie de transformaciones, emprendidas en momentos de crisis y asumidas con la convicción de que el origen de la crisis era él mismo. Es como si la vida fuera una continua batalla contra su propia naturaleza. Siempre que lograba algo, lo hacía generalmente con la sensación de que era a pesar de su naturaleza. El logro definitivo, en este sentido, sería la completa superación de sí

mismo, una transformación que haría que la filosofía en sí misma fuera totalmente innecesaria.

En una época posterior de su vida, cuando alguien le señaló que la inocencia infantil de G. E. Moore era algo digno de elogio, Wittgenstein objetó: «No veo por qué», dijo, «a menos que también sea digno de elogio la de un *niño*. Pues no está usted hablando de la inocencia por la que un hombre ha luchado, sino de una inocencia que procede de una ausencia natural de tentación.»

El comentario apunta a una autovaloración. El propio carácter de Wittgenstein –la personalidad compulsiva, intransigente y dominante evocada en las muchas semblanzas escritas por sus amigos y estudiantes– *era* algo por lo que tenía que luchar. De niño tenía una disposición dulce y sumisa: ansioso por complacer, dispuesto a conformarse, y, como hemos visto, dispuesto a trapichear con la verdad. La historia de los primeros dieciocho años de su vida es, por encima de todo, la historia de esta lucha, de las fuerzas dentro y fuera de él que impulsan tal transformación.

Ludwig Josef Johann Wittgenstein nació el 26 de abril de 1889, el octavo y último hijo de una de las familias más ricas de la Viena de los Habsburgo. El nombre y la riqueza de la familia ha conducido a algunos a suponer que estaba emparentada con una familia de la aristocracia alemana, la Seyn-Wittgenstein. No es así. Sólo hacía tres generaciones que la familia llevaba el nombre de Wittgenstein. Éste fue adoptado por el bisabuelo paterno, Moses Maier, que trabajaba como agente de compra-venta de tierras para la familia principesca, y que, tras el decreto napoleónico de 1808 exigiendo que los judíos adoptaran un apellido, tomó el de sus jefes.

Dentro de la familia se extendió la leyenda de que el hijo de Moses Maier, Hermann Christian Wittgenstein, era vástago ilegítimo de un príncipe (de la casa Wittgenstein, Waldeck o Esterházy, según la versión de la historia), pero no existe ninguna base sólida que la sostenga. La verdad de esa historia parece muy dudosa, ya que data de una época en que la familia intentaba (con éxito, como veremos posteriormente) que se la reclasificara según las Leyes de Nuremberg.

La historia se ajustaba a la personalidad del propio Hermann Wittgenstein, que adoptó el nombre de «Christian» en un deliberado intento de disociarse del entorno judío. Cortó todos los vínculos con la comunidad judía en la que había nacido, y dejó su ciudad natal de Korbach para vivir en Leipzig, donde hizo una próspera carrera como comerciante en lanas, comprándolas en Hungría y Polonia y vendiéndolas en Inglaterra y Holanda. Eligió como esposa a la hija de una eminente familia judía vienesa, Fanny Figdor, pero antes de su boda, en 1838, también ella se había convertido al protestantismo.

Cuando se trasladaron a Viena, en la década de 1850, los Wittgenstein probablemente ya no se consideraban judíos. De hecho, Hermann Christian adquirió reputación de antisemita, y prohibió firmemente a sus hijos

que se casaran con judíos. Tenía una gran familia –ocho hijas y tres hijos– y en general todos hicieron caso de la advertencia del padre, y contrajeron matrimonio con miembros de las clases profesionales protestantes de Viena. De este modo se estableció una red de jueces, abogados, profesores y clérigos en los que los Wittgenstein podían confiar si necesitaban los servicios de alguna de estas profesiones tradicionales. La asimilación de la familia fue tan completa que una de las hijas de Hermann tuvo que preguntarle a su hermano Louis si eran ciertos los rumores que había oído acerca de los orígenes judíos de la familia. «*Pur sang*, Milly», replicó él, «*pur sang.*»

La situación no era distinta de la de otras notables familias vienesas: no importaba lo integrados que estuvieran en la clase media vienesa, y no importaba lo apartados que estuvieran de sus orígenes, ellos todavía seguían siendo –de manera harto misteriosa– judíos «por los cuatro costados».

Los Wittgenstein (contrariamente a, digamos, los Freud) no formaban de ningún modo parte de una comunidad judía, excepto en un sentido, esquivo pero importante, que podríamos hacer extensivo a la totalidad de Viena; el judaísmo tampoco desempeñó ningún papel en su educación. Su cultura era enteramente germánica. Fanny Wittgenstein procedía de una familia de comerciantes que tenía estrechos vínculos con la vida cultural austríaca. Eran amigos del poeta Franz Grillparzer, y los artistas de Austria les conocían como coleccionistas entusiastas y selectivos. Uno de los primos de Fanny era un famoso virtuoso del violín, Joseph Joachim, en cuya educación tanto ella como Hermann desempeñaron un papel decisivo. Le adoptaron cuando tenía doce años y le enviaron a estudiar con Felix Mendelssohn. Cuando el compositor preguntó qué debía enseñarle, Hermann Wittgenstein replicó: «¡Sólo déjele respirar el mismo aire que usted!»

A través de Joachim, la familia fue presentada a Johannes Brahms, cuya amistad valoraban por encima de cualquier otra. Brahms daba lecciones de piano a las hijas de Hermann y Fanny, y posteriormente asistiría con regularidad a las veladas musicales ofrecidas por los Wittgenstein. Al menos una de sus obras mayores –el Quinteto para clarinete– fue interpretada por primera vez en casa de los Wittgenstein.

Ése era el aire que respiraban los Wittgenstein: una atmósfera de cierto nivel cultural y confortable respetabilidad, viciada sólo por el mal olor del antisemitismo, cuyo mero husmeo era suficiente para recordarles permanentemente sus orígenes «no arios».

El comentario de su abuelo a Mendelssohn iba a encontrar eco muchos años más tarde en Ludwig Wittgenstein, cuando éste urgía a uno de sus estudiantes de Cambridge, Maurice Drury, a que dejara la universidad. «Para usted», le dijo, «no hay oxígeno en Cambridge.» Opinaba que a Drury le iría mejor consiguiendo un empleo entre la clase obrera, donde el aire era más saludable. Con respecto a sí mismo –su propia decisión de permanecer en Cambridge–, la metáfora encuentra un giro interesante:

«Para mí esto no tiene importancia», le dijo a Drury, «yo fabrico mi propio oxígeno.»

Su padre, Karl Wittgenstein, había mostrado una independencia similar con respecto a la atmósfera en que se había criado, y la misma determinación a la hora de fabricar la suya propia. Karl era la excepción entre los hijos de Hermann y Fanny: el único cuya vida no quedó condicionada por las aspiraciones de los padres. Fue un niño difícil, y a una temprana edad se rebeló contra la ceremoniosidad y el autoritarismo de sus padres, y se resistió a sus intentos de proporcionarle el tipo de educación clásica apropiada a un miembro de la burguesía vienesa.

A los once años intentó escaparse de casa. A los diecisiete fue expulsado de la escuela por haber escrito un trabajo negando la inmortalidad del alma. Hermann perseveró. Intentó proseguir con la educación de Karl en su propia casa, utilizando tutores privados que le ayudaran a pasar los exámenes. Pero Karl volvió a escaparse, y esta vez con éxito. Tras ocultarse en el centro de Viena durante un par de meses, voló a Nueva York, llegando allí sin un penique y llevando poco más que su violín. Sin embargo se las arregló para mantenerse durante dos meses trabajando de camarero, músico de café, barman y profesor (de violín, trompa, matemáticas, alemán y cualquier cosa que se le ocurriera). La aventura sirvió para dejar claro que él era su propio amo, y cuando regresó a Viena, en 1867, se le permitió –de hecho se le animó– a seguir su inclinación práctica y técnica, y a estudiar ingeniería en lugar de sumarse al negocio de su padre y hermanos en la administración de bienes inmuebles.

Después de un año en el instituto técnico de Viena y de un aprendizaje consistente en una serie de empleos en varias empresas de ingeniería, Paul Kupelwieser, hermano de su cuñado, le ofreció a Karl el puesto de delineante en la construcción de un tren de laminación en Bohemia. Ésa era la gran oportunidad de Karl. Su subsiguiente ascenso dentro de la compañía fue tan asombrosamente rápido que al cabo de cinco años había sucedido a Kupelwieser en el cargo de director ejecutivo. En los diez años siguientes demostró ser quizá el más astuto industrial del imperio austrohúngaro. La fortuna de su compañía –y naturalmente la suya propia– se incrementó a buen ritmo, de manera que en la última década del siglo XIX se había convertido en el hombre más rico del imperio y en la figura señera de la industria del hierro y el acero. Como tal, pasó a ser, para los críticos de los excesos del capitalismo, uno de los arquetipos del industrialismo agresivamente adquisitivo. Por medio de él los Wittgenstein se convirtieron en el equivalente austríaco de los Krupp, los Carnegie o los Rothschild.

En 1898, habiendo amasado una fortuna personal que hasta el día de hoy ha proporcionado una vida holgada a sus descendientes, Karl Wittgenstein se retiró repentinamente de los negocios, dimitiendo de todos los consejos de administración de las compañías de acero que había presidido y transfiriendo sus inversiones a valores extranjeros –principalmente norteamericanos–. (Este último acto demostró ser asombrosamente pres-

ciente, asegurando a su familia contra la inflación que paralizó Austria tras la Primera Guerra Mundial.) Por entonces era el padre de ocho hijos de extraordinario talento.

La madre de los hijos de Karl Wittgenstein era Leopoldine Kalmus, con la que Karl se casó en 1873, al principio de su vertiginoso ascenso en la compañía de Kupelwieser. Al elegirla, Karl había demostrado ser de nuevo la excepción de la familia, pues Leopoldine era la única esposa parcialmente judía de los hijos de Hermann Christian. Sin embargo, aunque su padre, Jakob Kalmus, descendía de una prominente familia judía, había sido educado como católico; su madre, Marie Stallner, era completamente «aria», hija de una reputada familia (católica) austríaca y terrateniente. De hecho, en aquel momento (hasta que las Leyes de Nuremberg no se aplicaron en Austria, al menos) Karl no se había casado con una judía, sino con una católica, y de este modo había dado otro paso hacia la asimilación de la familia Wittgenstein en el *establishment* vienés.

Los ocho hijos de Karl y Leopoldine fueron bautizados en la fe católica y educados como miembros orgullosos de la alta burguesía austríaca. A Karl Wittgenstein incluso se le ofreció la posibilidad de unirse a las filas de la nobleza, pero declinó la invitación de añadir el aristocrático «von» a su nombre, pues tenía la impresión de que un gesto así sería visto como el estigma del advenedizo.

Sin embargo, su inmensa riqueza permitió a la familia vivir con un cierto estilo aristocrático. Su hogar en Viena, en la «Alleegasse» (ahora Argentinergasse), era conocido fuera del círculo familiar como el Palais Wittgenstein, y era ciertamente suntuoso, pues había sido construido para un conde años antes, en ese mismo siglo. Además de esa casa, la familia poseía otra en la Neuwaldeggergasse, en las afueras de Viena, y una gran finca en el campo, el Hochreit, a la que se retiraban durante el verano.

Leopoldine (o «Poldy», como se la conocía en la familia) era, aun juzgándola desde el criterio más estricto, una mujer de excepcional talento musical. Para ella, la música ocupaba el segundo lugar en la vida, sólo después del bienestar de su marido. A ella se debe que la casa de la Alleegasse se convirtiera en un centro de gran excelencia musical. A sus veladas asistían, entre otros, Brahms, Mahler y Bruno Walter, que ha descrito «la atmósfera saturada de humanidad y cultura» que reinaba. El organista y compositor ciego Josef Labor debía en gran parte su carrera al mecenazgo de la familia Wittgenstein, que le tenía en muy alta estima. En una época posterior de su vida, Ludwig Wittgenstein solía decir que había sólo seis *grandes* compositores: Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Brahms... y Labor.

Tras retirarse de la industria, Karl Wittgenstein llegó a ser conocido como un gran mecenas de las artes plásticas. Ayudado por su hija menor, Hermine –ella misma una pintora de talento–, reunió una notable colección de valiosas pinturas y esculturas, incluyendo obras de Klimt, Moser y

Rodin. Klimt le llamaba «ministro de Bellas Artes» en gratitud por haber financiado tanto el Edificio Secession (en el que se exponían las obras de Klimt, Schiele y Kokoschka), y el mural del propio Klimt, *Filosofía*, que había sido rechazado por la Universidad de Viena. Cuando la hermana de Wittgenstein, Margarete, se casó en 1905, se le encargó a Klimt que pintara su retrato de bodas.

Así pues, los Wittgenstein estuvieron en el centro de la vida cultural vienesa durante la que fue su época, si no más gloriosa, sí más dinámica. El período de la historia cultural de Viena que va de finales del siglo XIX hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial ha sido objeto, de manera bastante justificable, de un gran interés en los últimos años. Ha sido descrito como una época de «nervioso esplendor», una frase que también podría utilizarse para caracterizar el entorno en el que fueron educados los hijos de Karl y Poldy. Puesto que tanto en la ciudad en general como dentro de la familia, tras «la atmósfera saturada de humanidad y cultura», había duda, tensión y conflicto.

En la época actual, la fascinación del *fin de siècle* vienés reside en el hecho de que sus tensiones prefiguran aquellas otras que han dominado la historia de Europa a lo largo del siglo XX. De aquellas tensiones surgieron gran parte de los movimientos intelectuales y culturales que han conformado la historia. Fue, en una muy citada frase de Karl Kraus, el «laboratorio de investigación para la destrucción del mundo»: el lugar donde nacieron tanto el sionismo como el nazismo, el lugar donde Freud desarrolló el psicoanálisis, donde Klimt, Schiele y Kokoschka inauguraron el movimiento *Jugendstil* en pintura, donde Schönberg desarrolló la música atonal y Adolf Loos introdujo el estilo arquitectónico severamente funcional y sin adornos que caracteriza a la época moderna. En casi todos los campos de la actividad humana, lo nuevo emergía a partir de lo viejo, el siglo XX del XIX.

Que esto sucediera en Viena resulta especialmente destacable, ya que era el centro de un imperio que, en muchos aspectos, todavía no había salido del siglo XVIII. La naturaleza anacrónica de este imperio quedaba simbolizada por su anciano regente. Francisco José, emperador de Austria desde 1848 y rey de Hungría desde 1867, iba a seguir siendo tanto *kaiserlich* como *königlich* hasta 1916, después de lo cual el desvencijado conglomerado de reinos y principados que había constituido el imperio Habsburgo se derrumbó de pronto, y su territorio quedó dividido entre los estados nacionales de Austria, Hungría, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia e Italia. Los movimientos nacionalistas y democráticos del siglo XIX habían hecho que este derrumbe fuera inevitable mucho tiempo antes: más o menos durante los últimos cincuenta años de su existencia, el imperio sobrevivió haciendo equilibrios entre una y otra crisis, y sólo aquellos que hacían oídos sordos a las tendencias en boga podían creer en su supervivencia. Para aquellos que deseaban que sobreviviera, la situación política era siempre «desesperada, pero no seria».

El hecho de que innovaciones tan radicales surgieran en un estado

como ése no resulta, quizá, tan paradójico: allí donde lo viejo se encuentra en tan palmaria decadencia, lo nuevo *tiene* que emerger. El imperio *era* una tierra de genios, después de todo, tal como Robert Musil observó una vez en una famosa frase: «Y eso, probablemente, fue su ruina.»

Lo que distinguía a los intelectuales de la *Jung Wien* de sus antecesores era el reconocimiento de la decadencia que les rodeaba, su rechazo a fingir que las cosas podían seguir como siempre. El sistema atonal de Schoenberg se fundaba en la convicción de que el viejo sistema de composición estaba agotado; el rechazo a los ornamentos por parte de Adolf Loos en el reconocimiento de que los adornos barrocos de los edificios se habían convertido en una cáscara vacía y que no significaban nada; los postulados de Freud de las fuerzas inconscientes en la intuición de que tras las convenciones y costumbres de la sociedad se reprimía y negaba algo muy real e importante.

En la familia de Wittgenstein, esa diferencia generacional quedaba patente de un modo que reflejaba sólo parcialmente esa más amplia disonancia. Karl Wittgenstein, después de todo, no era ningún representante del viejo orden de los Habsburgo. De hecho, representaba una fuerza que curiosamente había tenido poco impacto en la vida del imperio austrohúngaro: la del empresario metafísicamente materialista, políticamente liberal y agresivamente capitalista. En Inglaterra, Alemania o –quizá especialmente– Estados Unidos, habría sido visto como un hombre de su tiempo. En Austria iba a contracorriente. Tras su retirada de los negocios publicó una serie de artículos en el *Neue Freie Presse*, ensalzando las virtudes de la libertad de empresa en Estados Unidos, pero ésa era una cuestión que en la política austríaca ocupaba solamente un lugar marginal.

La ausencia de una efectiva tradición liberal en Austria era uno de los principales factores que marcan la diferencia entre su historia política y la de las otras naciones europeas. Su política estaba dominada –y seguiría siendo así hasta el ascenso de Hitler– por la lucha entre el catolicismo de los socialistas cristianos y el socialismo de los socialdemócratas. Secundaria a este conflicto principal era la oposición a ambos partidos –cada uno de los cuales, a su manera, deseaba mantener el carácter supranacional del imperio– del movimiento pangermánico liderado por Georg von Schoenerer, que abrazó el tipo de nacionalismo antisemita, *Volkisch*, adoptado luego por los nazis.

Al no formar parte de la vieja guardia ni ser tampoco socialistas –y desde luego, mucho menos nacionalistas pangermánicos–, los Wittgenstein tenían poco que aportar a la política de su país. Y, aun con todo, los valores que habían convertido a Karl Wittgenstein en un industrial de éxito eran, desde otro punto de vista, el foco de un conflicto generacional en el que hallan eco las tensiones más generalizadas de la época. Como industrial de éxito, Karl estaba satisfecho de *adquirir* cultura; sus hijos, y especialmente los varones, tenían el propósito de aportar algo a ésta.

Quince años separaban a la hija mayor, Hermine, del más joven, Ludwig, y sus ocho hijos podrían dividirse en dos generaciones diferentes: Hermine, Hans, Kurt y Rudolf, los mayores; Margarete, Helene, Paul y Ludwig, los más jóvenes. Cuando los dos muchachos de menor edad alcanzaron la adolescencia, el conflicto entre Karl y su primera generación de hijos había dictado que Paul y Ludwig crecieran bajo un régimen bastante diferente.

El sistema dentro del que se educaron los hijos mayores de Karl estuvo dominado por la determinación de éste de que continuaran su negocio. No se les iba a enviar a la escuela (donde adquirirían las malas costumbres de las mentes del *establishment* austríaco), sino que se les educaría privadamente, de un modo que preparara sus mentes para los rigores intelectuales del comercio. Se les enviaría a algún lugar del imperio comercial de Wittgenstein, donde adquirirían la pericia técnica y comercial necesaria para triunfar en la industria.

Con uno sólo de sus hijos consiguió Karl algo parecido al efecto deseado. Kurt, por consenso común el hijo de menos talento, se avino a los deseos del padre y durante una época se convirtió en director de la compañía. Su suicidio, contrariamente al de sus hermanos, no estuvo relacionado con la presión ejercida por el padre. Fue mucho después, al final de la Primera Guerra Mundial, cuando se pegó un tiro, en el momento en que las tropas que estaban a su mando se negaron a obedecer órdenes.

El efecto de las presiones del padre sobre Hans y Rudolf fue desastroso. Ninguno de los dos tenía la menor intención de convertirse en capitán de la industria. Con ánimos y apoyo, Hans podría haber llegado a ser un gran compositor, o al menos un concertista de éxito. Incluso la familia Wittgenstein –cuyos miembros, en su casi totalidad, poseían un considerable talento musical– le consideraba excepcionalmente dotado. Era un prodigio musical de talentos mozartianos: un genio. Siendo todavía un niño ya dominaba el piano y el violín, y a la edad de cuatro años comenzó a componer sus primeras obras. Para él, la música no era algo interesante, sino una pasión voraz; tenía que estar en el centro, no en la periferia de su vida. Enfrentado a la insistencia de su padre para que se labrara un futuro en la industria, hizo lo que su padre había hecho antes que él y se escapó a América. Su intención era ganarse la vida como músico. Qué le sucedió exactamente, nadie lo sabe. En 1903 se informó a la familia de que un año antes había desaparecido de una embarcación en Chesapeake Bay, y que no se le había vuelto a ver desde entonces. La conclusión obvia fue que se había suicidado.

¿Hubiera llevado Hans una vida feliz de haber sido libre para dedicarse a la carrera musical? ¿Hubiera estado mejor preparado para enfrentarse a la vida fuera de la enrarecida atmósfera del hogar de los Wittgenstein de haber ido a la escuela? Obviamente, nadie lo sabe. Pero Karl quedó lo suficientemente afectado por la noticia como para cambiar los métodos a aplicar a sus dos hijos menores, Paul y Ludwig, que fueron a la escuela y a quienes se permitió seguir sus propias inclinaciones.

Para Rudolf, el cambio llegó demasiado tarde. Ya estaba en la veintena cuando Hans desapareció, y él mismo se embarcó en una dirección similar. También él se había rebelado contra los deseos de su padre, y en 1903 estaba viviendo en Berlín, adonde había ido a hacer carrera en el teatro. Su suicidio, llevado a cabo en 1904, apareció en un periódico local. Una tarde de mayo, según la noticia, Rudolf había entrado en un pub de Berlín y pedido dos bebidas. Tras estar sentado solo durante un rato, ordenó un trago para el pianista y le pidió que tocara su canción favorita, «Estoy perdido». Mientras el músico tocaba, Rudi tomó cianuro y se desplomó. En una carta de despedida a su familia, decía que se había matado porque un amigo suyo había muerto. En otra carta de despedida decía que lo hacía porque tenía «dudas acerca de su pervertida inclinación». Algún tiempo antes de su muerte se había acercado al Comité Científico-Humanitario (que hacía campaña en pro de la emancipación de los homosexuales) buscando ayuda, pero, dice el anuario de la organización, «nuestra influencia no llega lo suficientemente lejos como para apartarle del sino de la autodestrucción».

Hasta el suicidio de sus dos hermanos, Ludwig no dio muestras de la autodestructividad que resultaría endémica entre los Wittgenstein de su generación. Durante gran parte de su infancia se le consideró el más lerdo de esta extraordinaria progenie. No mostró precocidad musical, talento literario o artístico, y, de hecho, no comenzó a hablar hasta que no tuvo cuatro años. Careciendo de la rebeldía y determinación de los otros miembros varones de su familia, desde una temprana edad se dedicó al tipo de habilidades prácticas e intereses técnicos que su padre había intentado infructuosamente inculcar en sus hermanos mayores. Una de las primeras fotografías que sobreviven de él muestra a un muchacho bastante serio, que trabaja con aparente entusiasmo en su propio torno. Si bien no revelaba ningún genio en particular, al menos mostraba aplicación y una considerable destreza manual. A la edad de diez años, por ejemplo, construyó una maqueta que funcionaba de una máquina de coser, sólo con fragmentos de madera y alambre.

Hasta la edad de catorce años estuvo satisfecho de sentirse rodeado por el genio, en lugar de poseerlo. Una historia que contaba en una época posterior de su vida se refiere a una ocasión en la que a las tres de la mañana le despertó el sonido de un piano. Bajó las escaleras y encontró a Hans interpretando una de sus propias composiciones. La concentración de Hans era obsesiva. Estaba sudando, totalmente absorto y completamente inadvertido de la presencia de Ludwig. La imagen siempre fue para Ludwig el paradigma de lo que era estar poseído por el genio.

El grado hasta el cual Ludwig veneraba la música es quizá difícil de apreciar por nosotros hoy en día. Ciertamente no existe equivalente moderno a esa veneración, tan íntimamente relacionada estaba con la tradición clásica vienesa. Los propios gustos musicales de Ludwig –que, por lo que podemos juzgar, eran típicos de su familia– sorprendieron a muchos de sus posteriores contemporáneos de Cambridge, que los consideraron

profundamente reaccionarios. No toleraba nada posterior a Brahms, e incluso de Brahms dijo una vez: «Puedo comenzar a oír el sonido de la maquinaria.» Los verdaderos «hijos de Dios» eran Mozart y Beethoven.

El nivel musical de la familia era verdaderamente extraordinario. Paul, el hermano más próximo en edad a Ludwig, se convirtió un concertista de piano de gran éxito y muy conocido. En la Primera Guerra Mundial perdió el brazo derecho, pero, con extraordinaria determinación, se adiestró en tocar sólo con la mano izquierda, y consiguió tal pericia que pudo continuar su carrera de concertista. Para él, en 1931, Ravel escribió su famoso Concierto para la mano izquierda. Y con todo, aun admirado a través de todo el mundo, el estilo de Paul no era ensalzado dentro de su propia familia. Carecía de gusto, pensaban; estaba demasiado poblado de gestos extravagantes. Más de su agrado era la manera de tocar de su hermana Helena, refinada y clásicamente atenuada. Su madre, Poldy, era un crítico especialmente severo. Margarete, probablemente la de menos talento musical de la familia, una vez intentó, por jugar, un dueto con su madre, pero antes de haber podido ir demasiado lejos Poldy súbitamente la interrumpió: *Du hast aber kein Rhythmus!* («¡No tienes el menor sentido del ritmo!»), chilló.

Esta intolerancia hacia una manera de tocar de segunda categoría probablemente disuadió al nervioso Ludwig de no intentar siquiera dominar ningún instrumento musical hasta que hubo rebasado los treinta años, cuando aprendió a tocar el clarinete como parte de sus estudios de magisterio. De niño se hizo admirar y amar por otras sendas: por medio de su infalible educación, su sensibilidad hacia los demás y su disposición complaciente. En cualquier caso, estaba seguro de que, mientras mostrara interés por la ingeniería, siempre podría confiar en el estímulo y la aprobación de su padre.

Aunque posteriormente puso énfasis en la infelicidad de su infancia, el resto de la familia tenía la impresión de que era un niño alegre y satisfecho. Esta discrepancia seguramente constituye el meollo de sus reflexiones juveniles acerca de la honestidad, anteriormente citadas. La deshonestidad que él tenía en mente no era, digamos, del tipo baladí que le permite a uno robar algo y luego negarlo, sino de un tipo más sutil que consiste en, por ejemplo, decir algo porque se espera que se diga en lugar de porque es cierto. Era en parte su tendencia a sucumbir a esta forma de deshonestidad lo que le distinguía de sus hermanos. Eso, al menos, pensaba él posteriormente. Un ejemplo que permaneció en su memoria fue el de su hermano Paul, enfermo en la cama. Cuando le preguntaban si le gustaría levantarse o quedarse un rato más echado, Paul replicaba tranquilamente que él prefería estar en la cama. «Mientras que yo, en las mismas circunstancias», recordaba Ludwig, «decía lo que no era cierto (que quería levantarme) porque temía que los que me rodeaban tuvieran mala opinión de mí.»

La sensibilidad hacia la mala opinión de los demás yace en el núcleo de otro ejemplo que quedó anclado en su memoria. Él y Paul querían

apuntarse a un club de gimnasia vienés, pero descubrieron que (al igual que otros muchos clubs de la época) estaba restringido a las personas de origen «ario». Él estaba dispuesto a mentir acerca de sus orígenes judíos a fin de ser aceptado; Paul no.

Fundamentalmente, la cuestión no era si uno debía, en todas las ocasiones, decir la verdad, sino si uno tenía una imperiosa obligación de *ser* veraz: si, a pesar de las presiones para obrar de otro modo, había que insistir en ser uno mismo. En el caso de Paul, el problema ya no lo fue tanto debido al cambio de sentimientos por parte de Karl tras la muerte de Hans. Se le envió a una escuela pública, y pasó el resto de su vida dedicado a la carrera musical, que era su inclinación natural. En el caso de Ludwig, la situación era más complicada. Las presiones para conformarle a los deseos de los demás se habían vuelto tanto internas como externas. Bajo el peso de tales presiones, permitía que la gente creyera que su inclinación natural eran los temas técnicos, que le capacitarían para la ocupación preferida de su padre. En privado se veía a sí mismo como alguien carente de «gusto y talento» para la ingeniería; de modo bastante natural, dadas las circunstancias, la familia consideraba que poseía ambas cosas.

En consonancia, Ludwig no fue enviado a la escuela secundaria a la que asistía Paul, sino a la más técnica y menos académica Realschule de Linz. Es cierto que se temía que no aprobara el riguroso examen de entrada de las escuelas secundarias, pero la consideración primordial fue la impresión de que una educación más técnica encajaría mejor con sus intereses.

La Realschule de Linz, sin embargo, no ha pasado a la historia como cuna de ingenieros e industriales. Si es famosa por algo es por haber sido el semillero del *Weltanschauung* de Adolf Hitler. Hitler, de hecho, estuvo en esa escuela al mismo tiempo que Wittgenstein, y (si hemos de creer el *Mein Kampf*) fue su profesor de historia en esa escuela, Leopold Pötsch, el primero en enseñarle a ver el imperio Habsburgo como una «dinastía degenerada» y a distinguir el desahuciado patriotismo dinástico de aquellos que eran más leales a los Habsburgo del (para Hitler) más atractivo nacionalismo *Völkisch* del movimiento pangermánico. Hitler, aunque casi de la misma edad que Wittgenstein, iba dos años detrás de él. Coincidieron sólo durante el curso 1904-1905, antes de que Hitler fuera obligado a dejar el centro debido a sus malas notas. No hay pruebas de que existiera ninguna relación entre ellos.

Wittgenstein pasó tres años en la escuela, desde 1903 a 1906. Se conservan sus notas escolares, y muestran que en general fue un estudiante bastante malo. Si traducimos las cinco calificaciones utilizadas en la escuela en una escala que vaya de la A a la E, sólo dos veces obtuvo una A en sus años escolares, las dos veces en estudios religiosos. En la mayor parte de asignaturas sacó una C o una D, llegando a la B sólo de vez en cuando en inglés y en historia natural, y hundiéndose hasta la E en una ocasión en química. Si existe una interpretación de estos resultados es que se le daban peor las asignaturas científicas y técnicas que las humanidades.

Sus pobres resultados pueden deberse, en parte, a la infelicidad que sentía en la escuela. Era la primera vez que vivía lejos del privilegiado entorno familiar, y no le resultaba fácil encontrar amigos entre los alumnos, predominantemente de clase obrera. La primera vez que les echó la vista encima quedó asombrado por su grosero comportamiento. *Mist!* («basura») fue su impresión inicial. A ellos él les parecía (como contaría más tarde uno a su hermana Hermine) procedente de otro mundo. Él insistía en utilizar la forma de cortesía «*Sie*» para dirigirse a ellos, lo que servía solamente para alienarle aún más. Los demás le ridiculizaban canturreándole un sonsonete que se burlaba de su infelicidad y de la distancia que había entre él y el resto de la escuela: *Wittgenstein wandelt wehmütig widriger Winde wegen Wienwärts* («Wittgenstein emprende su triste y pomposo camino hacia Viena»). Más tarde diría que en sus esfuerzos por hacer amigos se sentía «traicionado y vendido» por sus compañeros de clase.

Su amigo más íntimo en la escuela de Linz era un muchacho llamado Pepi, el hijo de la familia Strigl, con la que se alojaba. A lo largo de sus tres años en la escuela, experimentó con Pepi el amor y el dolor, las rupturas y las reconciliaciones, típicas de los lazos adolescentes.

El efecto de esa relación, y de sus dificultades con sus compañeros de clase, parece haber sido el de intensificar la naturaleza interrogativa y dubitativa implícita en sus primeras reflexiones. Sus altas notas en los estudios religiosos son un reflejo no sólo de la escasa severidad de los curas en comparación con los profesores, sino también de su propia y creciente preocupación por ciertas cuestiones fundamentales. Su desarrollo intelectual durante esta época en Linz debe mucho más al ímpetu de esas dudas que a lo que pudieran haberle enseñado en la escuela.

La mayor influencia intelectual de esa época no fue la de ninguno de sus profesores, sino la de su hermana Margarete («Gretl»). A Gretl se la consideraba la intelectual de la familia, la que se mantenía al corriente de los avances contemporáneos en las artes y las ciencias, y la que estaba más preparada para abrazar nuevas ideas y desafiar los puntos de vista de sus mayores. Fue una precoz defensora de Freud, y ella misma fue psicoanalizada por él. Posteriormente se hicieron buenas amigos, y ella le ayudó en su (peligrosamente tardía) huida de los nazis después del *Anschluss*.

No hay duda de que fue a través de Gretl como Wittgenstein entró por primera vez en contacto con la obra de Karl Kraus. La publicación satírica de Kraus, *Die Fackel* («La Antorcha»), apareció por primera vez en 1899, y desde buen principio tuvo un gran éxito entre los intelectualmente desafectos de Viena. Era leída por todo aquel que tuviera la pretensión de comprender la política y las tendencias culturales de la época, y ejerció una gran influencia en prácticamente todas las grandes figuras anteriormente mencionadas, desde Adolf Loos hasta Oskar Kokoschka. Desde el principio, Gretl fue una entusiasta lectora de la revista de Kraus y una auténtica simpatizante de casi todo lo que representaba. (Dada la naturaleza proteica de los puntos de vista de Kraus, era más o menos imposible simpatizar con todo lo que decía.)

Antes de fundar *Die Fackel*, Kraus era conocido principalmente por ser el autor de un panfleto antisionista titulado *Eine Krone für Zion* («Una corona para Sión»), donde se mofaba de los puntos de vista de Theodor Herzl, tachándolo de reaccionario y maniqueo. La libertad de los judíos, mantenía Kraus, sólo podía proceder de su completa asimilación.

Kraus era miembro del partido socialdemócrata, y durante los primeros años de su publicación (hasta aproximadamente 1904), su revista fue considerada una simple portavoz de las ideas socialistas. Los blancos de su sátira eran, hasta cierto punto, aquellos que a un socialista le gustaría golpear. Atacaba la hipocresía del gobierno austríaco en su manera de tratar a los pueblos balcánicos, el nacionalismo del movimiento pangermánico, el *laisez-faire* de las políticas económicas por las que abogaba el *Neue Freie Press* (por ejemplo, en los artículos allí publicados por Karl Wittgenstein), y la corrupción de la prensa vienesa en su buena disposición a servir al gobierno y al gran capital. Condujo una campaña especialmente agresiva contra la hipocresía sexual del *establishment* austríaco, manifestada en la persecución legal de las prostitutas y la condena social de los homosexuales. «Un juicio en el que esté implicada la moralidad sexual», dijo, «es un paso deliberado desde la inmoralidad individual a la general.»

De 1904 en adelante, la naturaleza de sus ataques fue menos política que moral. Tras su sátira había una preocupación por los valores espirituales, que eran ajenos a la ideología de los marxistas austríacos. Su afán era desvelar la hipocresía y la injusticia, no primordialmente a partir de un deseo de proteger los intereses del proletariado, sino desde el punto de vista de alguien que buscaba proteger la integridad del ideal esencialmente aristocrático de la nobleza de la verdad. Por ello fue criticado por sus amigos de la izquierda, uno de los cuales, Robert Scheu, le dijo de modo terminante que debía elegir entre apoyar el orden decadente y antiguo o apoyar a la izquierda. «Si debo elegir entre dos males menores», fue la altanera respuesta de Kraus, «entonces no elijo ninguno.» La política, dijo, «es lo que un hombre hace a fin de ocultar lo que es y lo que no sabe».

La frase resume uno de los muchos aspectos en que los puntos de vista de Wittgenstein se corresponden con los de Kraus. «Simplemente mejórate a ti mismo», diría posteriormente Wittgenstein a muchos de sus amigos, «eso es todo lo que puedes hacer para mejorar el mundo.» Para él las cuestiones políticas siempre serían secundarias en relación a la integridad personal. Respondió a la cuestión que se había planteado a la edad de ocho años con una especie de imperativo categórico kantiano: uno *debería* decir la verdad, y ahí se acaba todo; la pregunta «¿Por qué?» es inapropiada y no puede responderse. En lugar de eso, todas las otras cuestiones deben preguntarse y responderse dentro de este punto fijo: el deber inviolable de decirse la verdad a uno mismo.

La determinación de no ocultar «lo que uno es» llegó a ser central en la perspectiva de Wittgenstein. Era la fuerza motriz que impulsó la serie de confesiones que iba a hacer en una época posterior de su vida, enume-

rando las veces en que no había conseguido ser honesto. Durante su época en la escuela de Linz, hizo los primeros intentos de purificarse, mediante algunas confesiones a su hermana mayor Hermine («Mining»). Qué constituía el tema de estas confesiones, no lo sabemos; sólo que posteriormente las despreciaría. Las describió como confesiones «en las que me las ingeniaba para aparecer como un excelente ser humano».

La pérdida de su fe religiosa, que, diría posteriormente, ocurrió mientras era alumno de Linz, fue, podemos suponer, consecuencia de su espíritu de búsqueda estricta de la verdad. En otras palabras, no era tanto que hubiera perdido la fe como que se sintiera obligado a reconocer que no había tenido ninguna, a confesar que no podía creer aquello que se suponía tenía que creer un cristiano. Puede que esto fuera una de las cosas que le confesó a Mining. Ciertamente lo discutió con Gretl, quien, para ayudarle en la reflexión filosófica subsiguiente a la pérdida de fe, le orientó hacia la obra de Schopenhauer.

El idealismo trascendental de Schopenhauer, expresado en su clásica obra *El mundo como voluntad y representación*, formaba la base de la primera filosofía de Wittgenstein. El libro, en muchos aspectos, es muy apropiado para resultar atractivo a un adolescente que ha perdido la fe religiosa y busca algo con que reemplazarla. Pues mientras que Schopenhauer reconoce «la necesidad que el hombre tiene de metafísica», insiste en que no es necesario ni posible para una persona honesta creer en la verdad literal de las doctrinas religiosas. Esperar que lo hiciera, dice Schopenhauer, sería como pedirle a un gigante que se pusiera los zapatos de un enano.

La propia metafísica de Schopenhauer es una peculiar adaptación de la de Kant. Al igual que Kant, ve el mundo cotidiano, el mundo de los sentidos, como mera apariencia, pero contrariamente a Kant (que insiste en que la realidad noúmena es incognoscible), identifica como la única realidad verdadera el mundo de la voluntad ética. Es una teoría que proporciona una contrapartida metafísica a la actitud de Karl Kraus mencionada anteriormente, una justificación filosófica de que lo que sucede en el mundo «exterior» es menos importante que la cuestión «interna», existencial, de «lo que uno es». El idealismo de Schopenhauer fue abandonado por Wittgenstein sólo cuando comenzó a estudiar lógica y fue convencido para adoptar el realismo conceptual de Frege. Incluso después de eso, sin embargo, regresó a Schopenhauer en una fase crítica de su composición del *Tractatus*, cuando creyó haber alcanzado un punto en el que idealismo y realismo coincidían.[1]

Llevada al extremo, la visión de que lo «interno» tiene prioridad sobre lo «externo» se convierte en solipsismo, en la negación de que exista realidad *fuera* de uno mismo. Gran parte del posterior pensamiento filosófico de Wittgenstein acerca del yo es un intento de enterrar de una vez por todas el fantasma de esta opinión. Entre los libros que leyó de estudiante y

1. Véase página 146.

que influenciaron su posterior desarrollo, esta doctrina encuentra su más exagerada expresión en *Sexo y carácter*, de Otto Weininger.

Durante el primer trimestre de Wittgenstein en Linz, Weininger se convirtió en una figura de culto en Viena. El 4 de octubre de 1903, su cadáver fue encontrado en el suelo de la casa de la Schwarzspanierstrasse, donde Beethoven había muerto. A la edad de veintitrés años, en un acto de consciente significado simbólico, se pegó un tiro en la casa del hombre que él consideraba el más grande de los genios. *Sexo y carácter* había sido publicado la primavera anterior, y aunque en general había recibido críticas bastante buenas, de no haber sido por las extraordinarias circunstancias de la muerte de su autor, probablemente no hubiera tenido gran impacto. El 17 de octubre apareció en *Die Fackel* una carta de August Strindberg, describiendo la obra como «un libro imponente, que probablemente ha solventado el más difícil de los problemas». Así fue como nació el culto a Weininger.

El suicidio de Weininger les pareció a muchos el resultado lógico del argumento del libro, y fue eso principalmente lo que lo convirtió en una *cause célèbre* en la Viena de antes de la guerra. El hecho de que se quitara la vida no fue visto como una cobarde huida del sufrimiento, sino como un hecho ético, la valiente aceptación de una conclusión trágica. Fue, según Oswald Spengler, una «lucha espiritual», que proporcionó «uno de los más nobles espectáculos ofrecidos por la más reciente religiosidad». Como tal, inspiró un cierto número de suicidios imitativos. De hecho, el propio Wittgenstein comenzó a sentirse avergonzado por no haber osado matarse, por haber ignorado el indicio de que estaba *de trop* en este mundo. Esta sensación duró nueve años, y sólo fue superada tras haber convencido a Bertrand Russell de que poseía genio filosófico. El suicidio de su hermano Rudolf llegó sólo seis meses después del de Weininger, y fue, como hemos visto, llevado a cabo de una manera igualmente teatral.

El reconocimiento de la influencia de Weininger por parte de Wittgenstein, más que otra cosa, enlaza su obra y su vida con el entorno en el que se educó. Weininger es la quintaesencia de la figura austríaca. Los temas de su libro, junto con el modo en que murió, constituyen un potente símbolo de las tensiones intelectuales y morales del *fin de siècle* en el que creció Wittgenstein.

A través de todo el libro aparece la muy vienesa preocupación por la decadencia de los tiempos modernos. Al igual que Kraus, Weininger atribuye esta decadencia al ascenso de la ciencia y los negocios y al declinar del arte y la música, y lo caracteriza, de una manera bastante aristocrática, como el triunfo de la mezquindad sobre la grandeza. En un pasaje que nos recuerda los prefacios que Wittgenstein escribiría en los años treinta a su propia obra filosófica, Weininger denuncia los tiempos modernos como:

... unos tiempos en los que el arte se queda satisfecho con unos pintarra-

jeos y busca su inspiración en deportes propios de animales; unos tiempos de anarquía superficial, sin sensibilidad hacia la Justicia y el Estado; unos tiempos de ética comunista, de la más necia de las visiones históricas, la interpretación materialista de la historia; unos tiempos de capitalismo y marxismo; unos tiempos en que la historia, la vida y la ciencia no son más que economía política e instrucción técnica; unos tiempos en los que se cree que el genio es una forma de locura; unos tiempos sin grandes artistas ni grandes filósofos; unos tiempos sin originalidad y aun así con la más ridícula ansia de originalidad.

Al igual que Kraus, también Weininger sentía inclinación a identificar como judíos los aspectos de la civilización que más le disgustaban, y a describir las tendencias sociales y culturales de la época en términos de polaridad sexual entre lo masculino y lo femenino. Contrariamente a Kraus, sin embargo, Weininger pone énfasis en estos dos temas hasta un grado obsesivo, casi lunático.

Sexo y carácter está dominado por una teoría elaboradamente construida que pretende justificar la misoginia y el antisemitismo de Weininger. El punto central del libro, dice en el prefacio, es «atribuir a un solo principio el contraste entre hombres y mujeres».

El libro se divide en dos partes: la «biológico-psicológica» y la «lógico-filosófica». En la primera busca establecer que todos los seres humanos son biológicamente bisexuales, una mezcla de masculino y femenino. Lo único que difiere es la proporción, que es lo que explica la existencia de homosexuales: son u hombres femeninos o mujeres masculinas. La parte «científica» del libro finaliza con un capítulo acerca de las «Mujeres emancipadas», en la que utiliza su teoría de la bisexualidad para oponerse al movimiento feminista. «El hecho de que una mujer exija su emancipación y su cualificación para ello», afirma, «está en proporción directa a la cantidad de masculinidad que hay en ella.» Tales mujeres, por tanto, son generalmente lesbianas, y como tales se hallan a un nivel más elevado que la mayoría de mujeres. A estas mujeres masculinas se les debería dar libertad, pero sería un error permitir que la mayoría de mujeres las imitaran.

La segunda parte del libro, mucho más extensa, trata del Hombre y la Mujer no como categorías biológicas, sino como «tipos psicológicos», concebidos como una especie de idea platónica. Como los hombres y mujeres reales son todos una mezcla de masculinidad y feminidad, el Hombre y la Mujer no existen *excepto* como formas platónicas. Sin embargo, todos somos, psicológicamente, o un hombre o una mujer. Curiosamente, Weininger cree que, mientras que para una persona es posible ser biológicamente hombre y psicológicamente mujer, lo contrario es imposible. De este modo, incluso emancipadas y lesbianas, las mujeres son psicológicamente mujeres. De ello se sigue que todo lo que dice de las «Mujeres» lo aplica a todas las mujeres y también a algunos hombres.

La esencia de la mujer, dice, es estar empapada de sexo. No es nada excepto sexualidad; ella misma es sexualidad. Mientras que los hombres

poseen órganos sexuales, «sus órganos sexuales poseen a las mujeres». La hembra está completamente preocupada por asuntos sexuales, mientras que el macho está interesado en muchas otras cosas, como la guerra, el deporte, los asuntos sociales, la filosofía y la ciencia, los negocios y la política, la religión y el arte. Weininger posee una peculiar teoría epistemológica para explicarlo, basada en su idea de la «hénide». Una hénide es un conjunto de datos psíquicos anterior a la idea. La mujer piensa en hénides, lo cual, para ella, es pensar y sentir al mismo tiempo. Ella observa al hombre, que piensa en ideas claras y articuladas, para clarificar sus datos, para interpretar sus hénides. Por eso las mujeres solamente se enamoran de hombres más inteligentes que ellas mismas. De este modo, la diferencia esencial entre el hombre y la mujer es que, mientras que «el hombre vive conscientemente, la mujer vive inconscientemente».

Weininger extrae de sus análisis implicaciones éticas de una alarmante trascendencia. Sin la capacidad de clarificar sus propias hénides, la mujer es incapaz de formar juicios claros, de modo que la distinción entre verdadero y falso no significa nada para ella. Así pues, e ineludiblemente, las mujeres son naturalmente falsas. No es que por este motivo sean inmorales; no entran en el reino de la moral en absoluto. La mujer simplemente no posee ninguna noción de lo verdadero o lo falso. Y como no conoce ningún imperativo moral ni lógico, no se puede decir que tenga alma, y esto significa que carece de libre albedrío. De todo ello se sigue que las mujeres no tienen ego, ni individualidad, ni carácter. Éticamente, las mujeres son una causa perdida.

Pasando de la epistemología a la ética y a la psicología, Weininger analiza a la mujer en términos de dos tipos platónicos complementarios: la madre y la prostituta. Cada mujer es una combinación de las dos, pero es predominantemente una u otra. No hay diferencia moral entre las dos: el amor de una madre por su hijo es tan irreflexivo e indiscriminado como el deseo de una prostituta de hacer el amor con cada hombre que ve. (Weininger no se para en ninguna explicación de la prostitución basada en condiciones sociales y económicas. Las mujeres son prostitutas, dice, debido a «su disposición e inclinación hacia la prostitución», que es «profunda en la naturaleza de la mujer».) La principal diferencia entre los dos tipos es la forma que toma su obsesión por el sexo: mientras que la madre está obsesionada con el objeto fruto del acto sexual, la prostituta está obsesionada con el acto en sí.

Todas las mujeres, ya sean madres o prostitutas, comparten una característica singular –«una característica que es real y exclusivamente femenina»–, y es el instinto emparejador. Es el deseo omnipresente que hay en toda mujer de ver al hombre y a la mujer unidos. Efectivamente, la mujer está interesada primordialmente en su propia vida sexual, pero éste es solamente un caso especial de su «único interés vital»: «el de que las uniones sexuales tengan lugar; el deseo de que ocurra cuantas veces sea posible, en todos los casos, lugares y momentos».

Adjunto a su investigación psicológica de la mujer, en el libro de Wei-

ninger hay un capítulo sobre el judaísmo. De nuevo, el judío es una idea platónica, un tipo psicológico, que es una posibilidad (y un peligro) para toda la humanidad, «pero que se ha convertido en real de la manera más visible sólo entre los judíos». El judío está «saturado de feminidad»: «el judío más varonil resulta más femenino que el menos varonil de los arios». Al igual que las mujeres, el judío posee un fuerte instinto para emparejarse. Posee un débil sentido de la individualidad, y, consecuentemente, un fuerte instinto de preservación de su raza. El judío no posee noción del bien y del mal, y tampoco alma. Es irreligioso de una manera no filosófica y profunda (la religión judía es «una mera tradición histórica»). El judaísmo y la cristiandad son opuestos: esta última es «la expresión más elevada de la fe más elevada»; la primera, «la forma más extrema de cobardía». Cristo fue el más grande de todos los hombres porque «venció al judaísmo que había en sí mismo, que es la mayor negación, y creó la cristiandad, la afirmación más fuerte y opuesta al judaísmo».

El propio Weininger era judío y homosexual (y por tanto, posiblemente, psicológicamente del tipo femenino), y la idea de que su suicidio fue, en cierto modo, una «solución» podía ser fácilmente asimilado dentro de la perspectiva antisemita o misógina más burda. Se dice que, por ejemplo, Hitler comentó una vez: «Dietrich Eckhart me dijo que en toda su vida tan sólo había conocido a un judío bueno: Otto Weininger, que se suicidó el día en que se dio cuenta de que los judíos se nutren de la decadencia de los pueblos.» Y el hecho de que el miedo a la emancipación de las mujeres, y particularmente de los judíos, fuera una preocupación extendida en la Viena de principios de siglo se debe sin duda, hasta cierto punto, a la enorme popularidad del libro. Posteriormente proporcionaría un material adecuado para las emisiones radiofónicas de propaganda nazi.

Pero ¿por qué Wittgenstein admiraba tanto el libro? ¿Qué aprendió de él? De hecho, dado que sus pretensiones de biología científica son claramente falsas, que su epistemología es obviamente absurda, su psicología primitiva y sus prescripciones éticas detestables, ¿qué pudo *tal vez* aprender de esa obra?

Para comprenderlo, creo que hemos de desviar nuestra mirada de la –enteramente negativa– psicología de la Mujer que nos propone Weininger y fijarnos en la psicología del Hombre. Sólo ahí podemos encontrar en ese libro algo más que intolerancia y autodesprecio, algo en donde encuentren resonancia los temas que sabemos han sido centrales en el pensamiento de Wittgenstein durante su adolescencia (y de hecho durante el resto de su vida), y que proporcionan al menos algún indicio de lo que Wittgenstein pudo haber encontrado admirable.

Contrariamente a la Mujer, el Hombre, según Weininger, tiene una opción: puede, y debe, elegir entre lo masculino y lo femenino, entre la consciencia y la inconsciencia, la voluntad y el instinto, el amor y la sexualidad. Cada hombre posee el deber ético de elegir el primer concepto de cada uno de estos pares, y según el grado en que sea capaz de hacerlo se aproximará más o menos al tipo más elevado de hombre: el genio.

La conciencia del genio es aquella que está más alejada del estadio de hénide: «posee la mayor y más límpida claridad y distinción». El genio posee la memoria más desarrollada, la mayor capacidad para formar juicios claros, y, por tanto, el sentido más refinado de la distinción entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo. La lógica y la ética son fundamentalmente lo mismo; «no son más que el deber hacia uno mismo». El genio «es la moralidad más elevada, y, por tanto, el deber de todo el mundo».

El hombre no nace con alma, sino con el potencial para ella. Para realizar este potencial tiene que encontrar su yo más elevado, escapar de las limitaciones de su yo empírico (e irreal). Un camino hacia el descubrimiento de uno mismo es el amor, a través del cual «muchos hombres llegan a conocer por primera vez su propia y verdadera naturaleza, y a convencerse de que poseen alma»:

> En el amor, el hombre solamente se ama a sí mismo. No al yo empírico, no a las debilidades y vulgaridades, no a los fracasos y mezquindades que exhibe cara al exterior, sino a todo lo que quiere ser, todo lo que debería ser, su naturaleza más auténtica, profunda e inteligible, libre de todas las ataduras de la necesidad, de toda mancha terrena.

Naturalmente, Weininger habla aquí del amor platónico. De hecho, para él *sólo* existe el amor platónico, porque «cualquier otra cosa que se denomine amor pertenece al reino de los sentidos». El amor y el deseo sexual no sólo no son la misma cosa; se oponen el uno al otro. Por eso la idea del amor después del matrimonio es una invención. Igual que la atracción sexual se incrementa con la proximidad física, el amor es más fuerte en ausencia del amado. De hecho, el amor *necesita* separación, una cierta distancia, para preservarse: «Lo que todos los viajes del mundo no podrían alcanzar, lo que el tiempo no podría traer, puede ser provocado mediante un contacto físico, accidental y sin intención con el objeto amado, en el que se despierta el impulso sexual, y que es suficiente para matar el amor en el acto.»

El amor de una mujer, aunque en un hombre puede hacer surgir algún indicio de su naturaleza más elevada, está, en última instancia, condenado a la infelicidad (si se descubre la verdad acerca de la indignidad de la mujer) o a la inmoralidad (si se mantiene la mentira acerca de la perfección de ella). El único amor de valía perdurable es el que va «asociado al absoluto, a la idea de Dios».

El hombre debería amar no a la mujer, sino a su propia alma, lo que hay en sí mismo de divino, el «Dios que mora en mi pecho». De este modo debe resistirse al instinto emparejador de la mujer y, a pesar de la presión de las mujeres, liberarse del sexo. A la objeción de que esta sugerencia, si fuera adoptada universalmente, significaría la muerte de la raza humana, Weininger replica que simplemente sería la muerte de la vida *física*, y que ésta sería reemplazada por el «pleno desarrollo de la vida es-

piritual». Además, dice, «nadie que sea honesto consigo mismo se siente tentado a contribuir a la continuidad de la raza humana»:

> Que la raza humana persista no resulta de ninguna relevancia para la razón; el que perpetúe la humanidad perpetuará el problema y la culpa, el único problema y la única culpa.

La opción que ofrece la teoría de Weininger es ciertamente desoladora y terrible: genio o muerte. Si uno sólo es capaz de vivir como una «Mujer» o como un «Judío» –es decir, si no es capaz de liberarse de los deseos sensuales y terrenales–, entonces no tiene derecho a vivir en absoluto. La *única* vida que vale la pena vivir es la vida espiritual.

En esta estricta separación entre amor y deseo sexual, en su intransigente visión de la falta de valor de todo lo que no sean los productos del genio, y en su convicción de que la sexualidad es incompatible con la honestidad que el genio exige, encontramos muchos elementos que armonizan con actitudes que Wittgenstein expresará repetidas veces a lo largo de su vida. De manera que hay razones para creer que de todos los libros que leyó en su adolescencia, el de Weininger es el que produjo el impacto más fuerte y más duradero por lo que a esta actitud se refiere.

De particular importancia es quizá el peculiar giro que Weininger da a la Ley Moral de Kant, la cual, por esta causa, no sólo impone un inviolable deber de ser honesto, sino que, al hacerlo, proporciona el camino para que todos los hombres descubran en ellos mismos el genio que poseen. Obtener el genio, según este punto de vista, no es sólo una noble ambición; es un Imperativo Categórico. Los recurrentes pensamientos de Wittgenstein en torno al suicidio, entre 1903 y 1912, y el hecho de que estos pensamientos sólo amainaran tras el reconocimiento de su genio por parte de Russell, sugieren que él aceptó este imperativo con toda su terrorífica severidad.

Hasta aquí lo referente al desarrollo intelectual de Wittgenstein en su época escolar, la cual, como ya hemos visto, estuvo inspirada principalmente por reflexiones filosóficas, y (bajo la guía de Gretl) fue alimentada por la lectura de filósofos y críticos de la cultura. Pero ¿qué hay de su desarrollo en temas técnicos, de su avance en las habilidades y conocimientos necesarios para triunfar en la profesión elegida?

De esto sabemos sorprendentemente poco. Las obras científicas que leía de adolescente –*Principios de mecánica* de Heinrich Hertz y *Populäre Schriften* de Ludwig Boltzmann– indican cierto interés no por la ingeniería mecánica, ni siquiera especialmente por la física teórica, sino por la filosofía de la ciencia.

Ambos libros (al igual que los anteriormente mencionados) se adhieren a una visión fundamentalmente kantiana tanto de la naturaleza como del método filosófico. En sus *Principios de mecánica*, Hertz aborda el pro-

blema de cómo comprender el misterioso concepto de «fuerza» tal como se utiliza en la física newtoniana. Hertz propone que, en lugar de dar una respuesta directa a la cuestión de «¿Qué es la fuerza?», el problema debería enfocarse replanteando la física newtoniana sin utilizar la «fuerza» como concepto básico. «Cuando eliminemos estas dolorosas contradicciones», escribe, «la cuestión referente a la naturaleza de la fuerza no habrá sido respondida; pero nuestras mentes, al no estar ya irritadas, dejarán de hacer preguntas ilegítimas.»

Wittgenstein conocía este pasaje de Hertz virtualmente palabra por palabra, y lo invocaba frecuentemente para describir su propia concepción de las problemas filosóficos y la manera correcta de solventarlos. Como ya hemos visto, el pensamiento filosófico *comenzó* para él como «dolorosas contradicciones» (y no con el deseo russelliano de *cierto* conocimiento); su deseo fue siempre resolver estas contradicciones y reemplazar la confusión por claridad.

Puede que lo que le hubiera llevado a leer a Hertz fuera el *Populäre Schriften* de Boltzmann, una selección de conferencias menos especializadas, publicado en 1905. Estas conferencias presentan una visión de la ciencia parecida a la kantiana, en la que nuestros modelos de la realidad son llevados hacia nuestra experiencia del mundo, y no (tal como proponía la tradición empirista) derivados de ella. Tan arraigado estaba este punto de vista en el pensamiento filosófico de Wittgenstein que encontraba la visión empirista incluso difícil de concebir.

Boltzmann era profesor de física en la Universidad de Viena, y se habló de que Wittgenstein estudiara con él cuando dejara el instituto. En 1906, sin embargo, el año en que Wittgenstein dejó la Escuela de Linz, Boltzmann se suicidó, desesperando de que el mundo científico le tomara alguna vez en serio.

Independientemente del suicidio de Boltzmann, parece ser que se había decidido que la posterior educación de Wittgenstein debía avanzar en su vertiente técnica en lugar de desarrollar su interés por la filosofía y la ciencia teórica. Según esto, tras abandonar Linz fue enviado –sin duda apremiado por su padre– a estudiar ingeniería mecánica a la Technische Hochschule (ahora la Universidad Técnica) de Charlottenburg, Berlín.

Poco se sabe de los dos años que Wittgenstein pasó en Berlín. Los archivos de la universidad indican que se matriculó el 23 de octubre de 1906, que asistió a clase durante tres semestres, y que, tras completar satisfactoriamente sus estudios, obtuvo su diploma el 5 de mayo de 1908. Las fotografías de la época le muestran como un joven atractivo, inmaculadamente vestido, que bien podía haber sido –tal como se nos dice que fue un año más tarde en Manchester– el «favorito de las damas».

Se alojaba con la familia de uno de sus profesores, el doctor Jolles, que le adoptó como su «pequeño Wittgenstein». Mucho después, cuando la Primera Guerra Mundial había producido en él una transformación com-

parable, e incluso puede que más profunda, al cambio que había experimentado en 1903-1904, Wittgenstein se azoraría ante la intimidad que había compartido con la familia Jolles, y contestaría a las amistosas y afectuosas cartas que recibía de la señora Jolles con una rígida cortesía. Pero mientras estuvo en Berlín, y durante un buen número de años después de su marcha, se mostró bastante agradecido por el cálido cuidado que le dispensaron.

Era una época de conflicto entre intereses y obligaciones. El sentido del deber de Wittgenstein hacia su padre le impulsaba a atenerse a sus estudios de ingeniería, y se despertó en él un cierto interés hacia la ciencia aeronáutica, por aquel entonces aún incipiente. Pero cada vez se encontraba más absorto, casi en contra de su voluntad, en cuestiones filosóficas. Inspirado por los diarios de Gottfried Keller, comenzó a anotar sus propias reflexiones filosóficas en forma de entradas fechadas en un cuaderno.

A corto plazo prevalecieron los deseos de su padre, y al abandonar Berlín se fue a Manchester a continuar sus estudios de aeronáutica. Pero a largo plazo, probablemente le resultaba ya bastante claro que la única vida que él consideraba digna era la que se dedicaba a alcanzar el mayor deber hacia sí mismo: hacia su propio genio.

2. MANCHESTER

Ahogando su creciente preocupación por las cuestiones filosóficas, Wittgenstein, en la primavera de 1908, a la edad de diecinueve años, fue a Manchester para proseguir sus estudios de aeronáutica. Parece ser que tenía la intención de construir, y con el tiempo de hacer volar, un aeroplano diseñado por él.

Era una época pionera de la aeronáutica, y dicha disciplina se hallaba en manos de grupos rivales de aficionados, entusiastas y excéntricos de Estados Unidos y de varias naciones europeas. Orville y Wilbur Wright todavía no habían asombrado al mundo permaneciendo en el aire durante dos horas y media. Aunque no se había logrado ningún éxito sustancial, y la prensa y el público se tomaban el tema con risas y burlas, científicos y gobiernos eran conscientes de la importancia potencial de la investigación. Era un campo en el que cualquier innovación de cierto éxito podía esperar generosas recompensas, y no hay duda de que el proyecto de Wittgenstein contaba con el completo apoyo de su padre.

Comenzó su investigación experimentando con el diseño y la construcción de cometas. Para este propósito fue a trabajar a la Estación de Vuelo de Cometas en la Alta Atmósfera, un centro de observación metereológica cerca de Glossop, donde las observaciones se llevaban a cabo utilizando cometas sin cola que portaban varios instrumentos. El centro había sido fundado por el profesor de física recientemente retirado Arthur Schuster, que seguía manteniendo un activo interés en esta labor. El director del centro era J. E. Petavel, catedrático de meteorología en Manchester, profundamente interesado por la aeronáutica y que posteriormente se convertiría en una de las máximas autoridades en el tema.

Mientras trabajó en el observatorio, Wittgenstein se alojó en Grouse Inn, una posada aislada junto a la carretera, sobre los Derbyshire Noors. Allí, el 17 de mayo, le escribió a Hermine, describiéndole las condiciones en las que trabajaba, exultante por el glorioso aislamiento de Grouse Inn, pero quejándose de la lluvia incesante y lo rústicos que resultaban la comida y el cuarto de baño. «Tengo algunos problemas para acostumbrarme a todo esto; pero ya empiezo a disfrutar de ello.»

Su trabajo, decía, «es el más placentero que puedo desear»:

Tengo que fabricar cometas para el laboratorio –antes los hacían traer de fuera– y averiguar mediante pruebas y errores cuál es el mejor diseño; los materiales me los proporcionan a petición del observatorio. Para empezar, naturalmente, tuve que ayudar con las observaciones, a fin de conocer qué tipo de requisitos debería cumplir la cometa. Anteayer, sin embargo, se me dijo que podía comenzar a hacer experimentos por mi cuenta... Ayer comencé a construir mi primera cometa, y espero tenerla acabada a mediados de semana.

Sigue describiendo su aislamiento físico y emocional y su necesidad de tener algún compañero que le sea próximo. En la posada era el único huésped, a excepción de «un tal Mr. Rimmer, que hace observaciones meteorológicas», y en el observatorio sólo tenía compañía los sábados, cuando Petavel llegaba con alguno de los estudiantes.

Como estoy tan aislado, naturalmente siento un deseo *extraordinariamente intenso* de tener algún amigo, y cuando los estudiantes llegan, cada sábado, siempre pienso que será uno de ellos.

Mostraba reticencia a aproximarse a los estudiantes, pero poco después de su carta conoció a un amigo, William Eccles, un ingeniero cuatro años mayor que él, que llegó al observatorio para dirigir la investigación meteorológica. A su llegada a Grouse Inn, Eccles entró en la sala de estar comunitaria y allí encontró a Wittgenstein rodeado de libros y papeles esparcidos por la mesa y el suelo. Como era imposible moverse sin desordenarlos, comenzó a recogerlos y a ponerlos en orden... ante la sonrisa y el agradecimiento de Wittgenstein. Se hicieron grandes amigos rápidamente, y siguieron siéndolo sin interrupciones hasta la Segunda Guerra Mundial.

En el otoño de 1908, Wittgenstein se matriculó como estudiante investigador en el Departamento de Ingeniería de la Universidad de Manchester. En aquellos días, Manchester tenía muy pocos estudiantes que se dedicaran a la investigación, y los planes de estudio que seguían eran bastante improvisados. No había ningún curso organizado, ni supervisor que revisara su trabajo. No se esperaba que Wittgenstein trabajara para obtener ninguna calificación. En lugar de ello, se sobreentendía que seguía su propia línea de investigación, teniendo a su disposición las instalaciones del laboratorio de la universidad y la atención que precisara, siempre que fuera requerida, de sus profesores.

Entre éstos estaba el matemático Horace Lamb, que impartía un seminario para estudiantes investigadores en el que podían plantear los problemas que les iban surgiendo. Parece ser que Wittgenstein así lo hizo. En una carta a Hermine, fechada en octubre, le describe una conversación con Lamb, y dice:

... intentamos solventar las ecuaciones que me surgieron y que le enseñé.

Me dijo que no estaba seguro de que fueran del todo solventables con los métodos de hoy en día, de modo que estoy impaciente a la espera del resultado de sus intentos.

Su interés por la solución de este problema evidentemente no se limitaba a sus aplicaciones aeronáuticas. Aumentó su interés por las matemáticas puras, y asistió a las clases de J. E. Littlewood sobre la teoría del análisis matemático, y una tarde a la semana se reunía con otros dos estudiantes investigadores para discutir cuestiones de matemáticas. Estas discusiones le llevaron a considerar la necesidad de que las matemáticas dispusieron de fundamentos lógicos, y uno de sus colegas estudiantes le dio a conocer a Wittgenstein el libro de Bertrand Russell *Los principios de la matemática*, que había sido publicado cinco años antes.

La lectura del libro de Russell iba a ser un acontecimiento decisivo en la vida de Wittgenstein. Aunque siguió durante otros dos años con sus investigaciones aeronáuticas, se fue obsesionando cada vez más con los problemas tratados por Russell, y proseguía sus trabajos de ingeniería con un desencanto cada vez mayor. Había encontrado un tema en el que podía quedarse tan absorto como su hermano Hans mientras tocaba el piano, un tema en el que podía tener la esperanza de hacer una contribución no sólo valiosa, sino *grandiosa*.

El tema central de *Los principios de la matemática* es que, contrariamente a la opinión de Kant y de la mayoría de filósofos, la totalidad de las matemáticas puras puede derivarse de un pequeño número de principios fundamentales y *lógicos*. Las matemáticas y la lógica, en otras palabras, eran lo mismo. La intención de Rusell era proporcionar una demostración estrictamente matemática de tal cosa haciendo todas las derivaciones necesarias para probar cada teorema de análisis matemático a partir de unos pocos axiomas triviales y evidentes. Esto iba a ser el contenido del segundo volumen. De hecho, acabó engrosando la monumental obra en tres volúmenes *Principia Mathematica*. En éste, su «primer volumen», coloca los fundamentos filosóficos de esta osada empresa, disintiendo de la opinión de Kant, en esa época un filósofo muy influyente, de que las matemáticas eran muy distintas de la lógica y se fundaban sobre la «estructura de la apariencia», nuestras «intuiciones» básicas del espacio y el tiempo. Para Russell, la importancia del tema residía en la diferencia entre ver las matemáticas como un corpus de conocimiento cierto y *objetivo* y verlas como una construcción fundamentalmente *subjetiva* de la mente humana.

Hasta que *Los principios de la matemática* no estuvo en la imprenta, Russell no se dio cuenta de que en las líneas maestras de su empresa se le había anticipado Gottlob Frege, quien en *Grundgesetze der Arithmetik* (cuyo primer volumen se publicó en 1893) había intentado precisamente la tarea que el propio Russell se había impuesto. Hizo un apresurado estu-

dio de la obra de Frege y añadió a su libro un ensayo acerca de «Las doctrinas lógica y aritmética de Frege», elogiando el *Grundgesetze*.

Hasta entonces, el *Grundgesetze* había sido una obra en gran parte olvidada. Pocos se habían molestado en leerla, y menos aún en comprenderla. Russell fue quizá el primero en apreciar su importancia. En su rápido estudio de la obra de Frege, sin embargo, había observado una dificultad que Frege había pasado por alto. El problema que suscitaba parecía de poca importancia, pero su solución pronto iba a convertirse en el problema cardinal de los fundamentos de las matemáticas.

Al ofrecer una definición lógica de número, Frege había hecho uso de la noción de clase, que él definía como la extensión de un concepto. De este modo, al concepto «hombre» le correspondía la clase de hombres, al concepto «mesa» la clase de mesas, y así. Era un axioma de su sistema que a cada concepto significativo le correspondía un objeto, una clase, que es su extensión. Russell descubrió que, por medio de una cadena de razonamientos, esto llevaba a una contradicción. A partir de esta suposición habría algunas clases que pertenecieran a sí mismas, y algunas que no: la clase de todas las clases es en sí misma una clase, y por tanto pertenece a sí misma; la clase de hombres no es en sí misma un hombre, y por tanto no pertenece a sí misma. A partir de esto podemos formar «la clase de todas las clases que no pertenecen a sí mismas». Y ahora preguntamos: ¿es *esta* clase un miembro de sí misma o no? La respuesta, ya sea afirmativa o negativa, lleva a una contradicción. Y, claramente, si podemos derivar una contradicción de los axiomas de Frege, entonces su sistema de lógica resulta un fundamento inadecuado sobre el que construir la totalidad de las matemáticas.

Antes de publicar su descubrimiento, Russell escribió a Frege, de la Universidad de Jena, para informarle. Frege estaba preparando el segundo volumen de su *Grundgesetze*, y aunque incluyó una apresurada e insatisfactoria reacción a la paradoja, se dio cuenta de que demostraba que todo su sistema era fundamentalmente fallido. El propio Russell se propuso evitar la contradicción mediante una estrategia que llamó «teoría de los tipos», una idea general a partir de la cual formó el segundo apéndice a *Los principios*. Esta teoría postula una jerarquía de *tipos* de objetos, agrupaciones de lo que puede agruparse legítimamente formando series: de este modo, el primer tipo son individuos, el segundo, clases de individuos, el tercero, clases de clases de individuos, y así. Las series deben ser agrupaciones de objetos del mismo tipo; de este modo, ninguna serie puede ser miembro de sí misma.

La teoría de los tipos, de hecho, evita la contradicción, aunque a expensas de introducir en el sistema una especie de medida *ad hoc*. Puede que sea cierto que hay diferentes tipos de cosas; puede que sea cierto que ninguna serie forme parte de sí misma..., pero éstas no son más que las verdades triviales y evidentes de la lógica de las que Russell había intentado originariamente no partir. El propio Russell estaba insatisfecho con esta solución, y su libro finaliza con un reto:

> Cuál es la completa solución de esta dificultad, esto es algo que todavía no he logrado descubrir; pero como afecta a los propios fundamentos del razonamiento, recomiendo seriamente su estudio a todos los estudiantes de lógica.

Era precisamente el cebo necesario para que Wittgenstein picara, y, tal como Russell recomendaba, se dedicó seriamente a la solución de la paradoja. Dedicó gran parte de los dos primeros trimestres pasados en Manchester a un intenso estudio tanto de *Los principios* de Russell como de los *Grundgesetze* de Frege, y, poco antes del mes de abril de 1909, formuló su primer intento de solución, que envió a un amigo de Russell, el matemático e historiador de las matemáticas Philip E. B. Jourdain.

El que Wittgenstein remitiera su solución a Jourdain en lugar de a Russell o Frege indica que en cierto modo no era más que algo provisional. Probablemente se encontró con el nombre de Jourdain en un número de 1905 del *Philosophical Magazine*, que contenía un artículo de éste sobre los fundamentos de las matemáticas, así como un artículo de su profesor en Manchester, Horace Lamb. Una entrada en el libro de correspondencia de Jourdain, fechada el 20 de abril, muestra que respondió a la solución propuesta por Wittgenstein tras haberla discutido con Russell. Parece que ninguno de los dos estaba inclinado a aceptarla:

> Russell dijo que los puntos de vista expuestos en mi réplica a Wittgenstein (que había «solucionado» la contradicción de Russell) coincidían con los suyos.

Según su hermana Hermine, la obsesión de Wittgenstein con la filosofía de las matemáticas en esa época le hizo sufrir terriblemente debido a la sensación de verse desgarrado entre dos vocaciones en conflicto. Puede que fuera el rechazo de Jourdain a su «solución» lo que le convenció, mientras tanto, de seguir con la aeronáutica. Y no regresó al combate hasta dos años después, cuando finalmente entró en contacto con Frege y Russell para presentarles una posición que fuera considerada más filosófica. Aunque tenía afición suficiente para los problemas filosóficos, aún tenía que persuadirse de que tenía talento.

Aún convencido de que no tenía afición ni talento para la ingeniería aeronáutica, Wittgenstein perseveró en sus intentos de diseñar y construir un motor de avión. Sobreviven algunos planos del motor que propuso, y muestran que su idea era hacer rotar la hélice mediante gases a alta velocidad procedentes de una cámara de combustión (de manera parecida a como la presión de agua procedente de una manguera se utiliza para hacer girar un aspersor de riego). La idea era básica-

mente errónea, y bastante impracticable para impulsar un aeroplano. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial se adoptó con bastante éxito en el diseño de ciertos helicópteros.

Wittgenstein poseía una cámara de combustión construida especialmente para él por una empresa local, y gran parte de su investigación consistía en experimentar en ella con diversas toberas de descarga. Le ayudaba un asistente de laboratorio llamado Jim Barber, al que posteriormente describiría como «una de las pocas personas con las que me llevé bien durante mi período de Manchester». Su irritabilidad general por tener que dedicarse a su labor de ingeniería se combinaba con la gran cantidad de tiempo que se perdía con la tarea, y, recuerda Bamber, «su temperamento nervioso le convertía en la persona menos adecuada para abordar esa investigación»:

> ... pues cuando las cosas iban mal, cosa que ocurría con frecuencia, agitaba los brazos, caminaba de un lado a otro dando patadas al suelo y soltaba enérgicos tacos en alemán.

Según Bamber, Wittgenstein hacía caso omiso de la pausa del mediodía para comer y continuaba hasta la tarde, momento en el que se relajaba, ya fuera sentándose en una bañera con agua muy caliente («solía jactarse de la temperatura del agua») o acudiendo a un concierto ofrecido por la Hallé Orchestra, acompañado a veces por Bamber, quien ha descrito cómo «solía permanecer sentado durante todo el concierto sin decir una palabra, completamente absorto».

Otras diversiones incluían excursiones con Eccles, quien por aquella época había dejado la universidad para aceptar un empleo de ingeniero en Manchester. Hay un domingo por la tarde que permaneció en la memoria de Eccles. Wittgenstein había decidido ir a la costa, a Blackpool. Al encontrarse con que no había ningún tren que les conviniera, no buscó ninguna otra alternativa, sino que sugirió alquilar un tren especial sólo para los dos. Eccles llegó a disuadirle de hacerlo, y le indujo a adoptar la opción más barata (aunque, para la mentalidad de Eccles, bastante exorbitante) de coger un taxi hasta Liverpool, desde donde viajaron en el ferry de Mersey.

Durante su segundo año en Manchester, Wittgenstein abandonó su intento de diseñar y construir un motor de propulsión a chorro, y en lugar de eso se concentró en el diseño de la hélice. Su trabajo fue tomado lo suficientemente en serio por la universidad como para concederle una beca de investigación para el que sería su último año allí, 1910-1911. Él mismo tenía la suficiente confianza en la importancia y originalidad de su trabajo como para patentar su diseño. Su solicitud, junto con una especificación provisional de su diseño para «Mejoras en las hélices aplicables a aparatos aéreos», está fechada el 22 de noviembre de 1910. El 21 de junio de 1911 dejó una especificación completa, y la patente fue aceptada el 17 de agosto de ese año.

Por entonces, sin embargo, la obsesión de Wittgenstein por los problemas filosóficos venció a su resolución de seguir su vocación de ingeniero. Aunque su beca fue renovada al año siguiente, y aparece aún en las listas de estudiantes de la Universidad de Manchester en octubre de 1911, sus días como ingeniero aeronáutico acabaron durante las vacaciones de verano de ese año, cuando «en un estado de agitación constante, indescriptible, casi patológico», trazó un plan para un libro de filosofía que se había propuesto escribir.

3. EL PROTEGIDO DE RUSSELL

A finales de las vacaciones de verano de 1911, Wittgenstein, habiendo trazado un plan para el libro de filosofía proyectado, viajó a Jena para hablar con Frege, probablemente con la idea de averiguar si valía la pena seguir adelante, o si en lugar de eso debía proseguir con su trabajo en la investigación aeronáutica. Hermine Wittgenstein sabía que Frege era un anciano, y estaba preocupada por la visita, temiendo que el hombre no tuviera paciencia para enfrentarse a la situación, y a la vez consciente de la trascendental importancia que el encuentro tenía para su hermano. Durante ese suceso, contaría Wittgenstein posteriormente a sus amigos, Frege «le barrió del campo de batalla», probablemente una de las razones por las que nada de esa obra ha sobrevivido. Frege, sin embargo, fue lo suficientemente alentador como para recomendarle a Wittgenstein que fuera a Cambridge a estudiar con Bertrand Russell.

El consejo fue mucho más favorable de lo que Frege había supuesto, y no sólo condujo la vida de Wittgenstein a un punto crucial, sino que también tuvo una enorme influencia sobre Russell, pues en el mismo momento en que Wittgenstein necesitaba un mentor, Russell necesitaba un protegido.

El año de 1991 constituyó una especie de línea divisoria en la vida de Russell. El año anterior había finalizado los *Principia Mathematica*, el producto de diez años de agotadora labor. «Mi intelecto nunca acabó de recobrarse del esfuerzo», escribió en su *Autobiografía*. «Desde entonces he sido menos capaz que antes de tratar con abstracciones difíciles.» Al acabar los *Principia*, la vida de Russell, tanto personal como filosóficamente, entraba en una nueva fase. En la primavera de 1911 se enamoró de Ottoline Morrell, la aristrocrática esposa del parlamentario liberal Phillip Morrell, y comenzó una relación que iba a durar hasta 1916. En los momentos más extremos de su pasión llegó a escribirle a Ottoline hasta tres cartas al día. Estas cartas dejan constancia detallada de las reacciones de Russell ante Wittgenstein, y constituyen una útil corrección a algunas de las anécdotas que contó acerca de Wittgenstein en años posteriores, cuando su amor por una buena historia superaba su preocupación por la exactitud.

En parte debido a la influencia de Ottoline, y en parte al efecto debilitador que le había causado el acabar sus *Principia*, la obra filosófica de

Russell comenzó a cambiar. Su primera obra después de los *Principia* fue *Los problemas de la filosofía*, su «novelucha de un chelín», la primera de sus muchas obras populares y el libro que reveló por primera vez su extraordinario talento para la lúcida expresión de ideas difíciles. Al mismo tiempo ocupó el puesto de catedrático de lógica matemática en el Trinity College. Sus enseñanzas y su trabajo en un libro que popularizara su pensamiento –junto con el hecho de que los *Principia* le dejaron exhausto– se combinaron para convencerle que de entonces en adelante su tarea principal en el desarrollo de las ideas de los *Principia* radicaba en animar a los demás a proseguir allí donde él se había quedado. Al final de 1911 le escribió a Ottoline: «Creo que la filosofía técnica que me queda por hacer es ciertamente muy importante.» Pero ahora:

> La filosofía en general me produce cierta desazón; lo que *me* queda por hacer en filosofía (quiero decir en filosófica *técnica*) no me parece algo de primerísima importancia. La novelucha de un chelín me parece algo que vale más la pena... Creo que lo realmente importante es hacer inteligibles mis ideas.

La influencia de Ottoline durante este período se ve más claramente en los planes de Russell de escribir un libro sobre religión titulado *Prisiones*, que comenzó mientras todavía estaba acabando *Los problemas de la filosofía*, y que abandonó en algún momento de 1912. El título procede de un verso de *Hamlet* –«El mundo es una prisión y Dinamarca una de las peores salas»– y su idea central era que «la religión contemplativa» puede proporcionar los medios de escape de las prisiones en que encerramos la vida humana. Por «religión contemplativa» Russell no quería dar a entender una creencia en Dios o en la inmortalidad, ni siquiera su enamoramiento de la profundamente religiosa Ottoline podía convencerle de creer en esas cosas. Por contra, se refería a la unión mística con el universo, en la que nuestros yos finitos son superados y nos hacemos uno con el infinito. Pues, como le dijo a Ottoline (con dudosa exactitud), «lo que tú llamas Dios es en gran parte lo que yo llamo infinito».

El proyecto podría verse de una manera verosímil como un intento por parte de Russell de reconciliar su propio agnosticismo con la devota fe de Ottoline. El concepto central del libro reaparece en una carta a Ottoline, en la que describe el efecto liberador de su amor por él:

> ... ahora no hay prisión para mí. Alcanzo las estrellas, a través de las épocas, y en todas partes el resplandor de tu amor ilumina el mundo para mí.

El Russell que Wittgenstein conoció en 1911, por tanto, estaba lejos de ser el estridente racionalista, el ofensor de la fe en que luego se convertiría. Era un hombre atrapado por el amor, más interesado de lo que nunca había estado, ni volvería a estar, por el lado irracional o emocional del carácter humano, incluso hasta el grado de adoptar una especie de

misticismo trascendente. Quizá más importante aún, era un hombre que, habiendo decidido que su contribución a la filosofía técnica había acabado, buscaba a alguien con juventud, vitalidad y capacidad sobre el cual edificar la obra que había comenzado.

Hay algunos indicios de que Wittgenstein se sintió inicialmente inclinado a ignorar el consejo de Frege y seguir con su trabajo en Manchester. Así le encontramos matriculado de ingeniería como estudiante investigador al principio del trimestre de otoño, teniendo renovada su beca para otro año. Podría ser que, tras haber sido abrumado por Frege en su discusión, hubiera resuelto superar su obsesión por la filosofía de las matemáticas y persistir en su vocación de ingeniero.

Aparentemente no había concertado cita previa con Russell cuando, el 18 de octubre –unas dos semanas después del inicio del primer trimestre–, se presentó de pronto en las habitaciones de aquél en el Trinity College.

Russell estaba tomando el té con C. K. Ogden (que posteriormente se convertiría en el primer traductor del *Tractatus Logico-Philosophicus*) cuando:

> ... apareció un desconocido alemán, que hablaba muy poco inglés pero que se negaba a hablar en alemán. Resultó ser una persona que había estudiado ingeniería en Charlottenburg, pero durante el curso se había apasionado por la filosofía de las matemáticas, y había venido a Cambridge a propósito para oírme.

A bote pronto resultan sorprendentes dos omisiones en la presentación que Wittgenstein hace de sí mismo. La primera es que no menciona que Frege le había aconsejado que fuera a ver a Russell. La segunda es que no le dice a Russell que había estudiado (de hecho, oficialmente *estaba estudiando*) ingeniería en Manchester. Estas omisiones, aunque extrañas, quizá no indican otra cosa que el extremo nerviosismo de Wittgenstein; si Russell tuvo la impresión de que hablaba poco inglés, ciertamente debía de encontrarse bastante agitado.

Por lo que sabemos de las semanas que siguieron, parece ser que la intención de Wittgenstein no era simplemente asistir a las clases de Russell, sino dejar una honda impresión en él, con la perspectiva de averiguar, de una vez por todas –y de buena tinta, como si dijéramos–, si tenía algún talento verdadero para la filosofía, y por tanto si tendría justificación abandonar la investigación aeronáutica.

Las clases de Russell acerca de lógica matemática atraían a muy pocos estudiantes, y con frecuencia sólo eran tres los asistentes: C. D. Broad, E. H. Neville y H. T. J. Norton. Por tanto tenía razones para sentirse complacido cuando, el día que conoció a Wittgenstein, le encontró «debidamente instalado», en su clase. «Estoy muy interesado en mi alemán», le

escribió a Ottoline, «y espero verle bastante.» Y lo cierto es que le vio mucho más de lo que suponía. Durante cuatro semanas Wittgenstein acosó a Russell, monopolizando las discusiones durante las clases, y siguiéndole luego hasta sus habitaciones, todavía discutiendo sus opiniones. Russell reaccionó con una mezcla de atento interés e impaciente exasperación:

> Mi amigo alemán amenaza con convertirse en un castigo, vino conmigo después de la clase y discutió hasta la hora de cenar... obstinado y contumaz, pero creo que no es estúpido. [19.10.11]

> Mi ingeniero alemán es muy discutidor y agotador. No admitiría que es cierto que no hay un rinoceronte en la habitación... Volvió y no dejó de discutir mientras me estaba vistiendo. [1.11.11]

> Mi ingeniero alemán, creo, es un necio. Cree que nada empírico es cognoscible..., le pedí que admitiera que no había ningún rinoceronte en la habitación, pero no lo hizo. [2.11.11]

> [Wittgenstein] se negaba a admitir la existencia de nada que no fueran proposiciones válidas. [7.11.11]

> Mi clase fue perfectamente. Mi ex ingeniero alemán, como siempre, mantuvo su tesis de que no hay nada en el mundo excepto las proposiciones válidas, pero al final le dije que era un tema demasiado amplio. [13.11.11]

> Mi feroz alemán vino y discutió conmigo de la clase. Lleva un blindaje contra cualquier asalto del razonamiento. Realmente es una pérdida de tiempo hablar con él. [16.11.11]

En una época posterior de su vida, Russell insistió mucho en estas discusiones, y afirmó que había mirado debajo de las mesas y de las sillas del aula en un esfuerzo por convencer a Wittgenstein de que no había presente ningún rinoceronte. Pero está claro que para Wittgenstein el tema era metafísico en lugar de empírico, y tenía que ver con qué tipo de cosas componen el mundo en lugar de con la presencia o no de rinocerontes. De hecho, el punto de vista en el que insiste tan tenazmente prefigura lo expresado por la famosa y primera proposición del *Tractatus*: «El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas.»

Puede verse a partir de los extractos anteriores que Russell todavía no estaba muy convencido de la capacidad filosófica de Wittgenstein. Y aun con todo, la responsabilidad del futuro de Wittgenstein pronto recaería sobre él. El 27 de noviembre, al final del primer trimestre, Wittgenstein acudió a Russell para recabar su opinión acerca de la cuestión que le preocupaba por encima de todo lo demás, y cuya res-

puesta determinaría la elección de su carrera y pondría punto final al conflicto de intereses con el que había luchado durante dos años:

> Mi alemán vacila entre la filosofía y la aviación; me preguntó si creía que él era un caso completamente perdido para la filosofía, y le dije que no lo sabía pero que lo pensaría. Le pedí que me trajera algo escrito para ayudarme a juzgar. Tiene dinero, y está apasionadamente interesado por la filosofía, pero cree que no debería entregarle su vida a no ser que tenga talento. Es una gran responsabilidad, pues realmente no sé qué pensar de su capacidad. [27.11.11]

Antes de abandonar Cambridge, Wittgenstein coincidió con Russell en reuniones de tipo social, y, por una vez, se sintió lo suficientemente relajado en su compañía como para desvelarle algo de sí mismo, aparte de su arrolladora implicación en los problemas filosóficos. Russell finalmente descubrió que era austríaco y no alemán, y también que era «una persona aficionada a la literatura, muy aficionada a la música, de modales agradables... y, *creo*, realmente inteligente». La consecuencia de lo cual fue: «Está comenzando a gustarme.»

El verdadero momento decisivo, sin embargo, tuvo lugar cuando Wittgenstein regresó a Cambridge en enero de 1912 con un manuscrito que había redactado durante las vacaciones. Era, le contó a Ottoline, «muy bueno, mucho mejor que lo que hacen mis alumnos ingleses», añadiendo: «Ciertamente le daré ánimos. Quizá haga grandes cosas.» Posteriormente, Wittgenstein le contó a David Pinsent que el estímulo de Russell había sido su salvación, y había acabado con ocho años de soledad y sufrimiento, durante los cuales había pensado continuamente en el suicidio. Finalmente le permitió abandonar la ingeniería, y dejar de lado «la sensación de que estaba *de trop* en este mundo», una sensación que anteriormente le había hecho avergonzarse de *no* haberse matado. El resultado es que, al animarle a seguir con la filosofía y al justificar su inclinación a abandonar la ingeniería, Russell, bastante literalmente, había salvado la vida de Wittgenstein.

A lo largo del siguiente trimestre, Wittgenstein prosiguió sus estudios de lógica matemática con tal dedicación que, al finalizar, Russell tuvo que decirle que ya había aprendido todo lo que él tenía que enseñarle, y que, de hecho, había ido más lejos. «Sí», le declaró a Ottoline, «Wittgenstein ha sido un gran acontecimiento en mi vida... sea cual sea el resultado.»

> Le aprecio y tengo la sensación de que resolverá los problemas que yo ya no puedo solucionar por ser demasiado viejo..., todos los problemas suscitados por mi trabajo requieren una mente clara y el vigor de la juventud. Él es *el* joven que uno espera encontrar.

Después de supervisarle durante un solo trimestre, Russell había reconocido en Wittgenstein al protegido que había estado buscando.

Ignoramos qué trabajo filosófico hizo Wittgenstein durante ese trimestre. Las cartas de Russell a Ottoline contienen sólo indicios muy poco claros. El 26 de enero Wittgenstein se proponía: «Una definición de la *forma* lógica en oposición a la *materia* lógica.» Un mes más tarde «trajo una sugerencia muy original, que yo creo acertada, sobre un importante punto de la lógica». Estas insinuaciones, sin embargo, son suficientes para indicar que la obra de Wittgenstein, desde el principio, no se dirigía al problema «¿Qué son las matemáticas?», sino a la cuestión aún más fundamental: «¿Qué es la lógica?» Ésta, creía Russell, era la cuestión más importante que los *Principia* habían dejado sin contestar.

El 1 de febrero de 1912, Wittgenstein fue admitido como alumno del Trinity College, con Russell como supervisor. Sabiendo que nunca había recibido enseñanzas formales de lógica, y creyendo que podría sacar algún provecho de tales conocimientos, Russell dispuso que fuera «instruido» por el eminente lógico y miembro del King's College W. E. Johnson. Pero este cursillo duró sólo unas pocas semanas. Wittgenstein le diría posteriormente a F. R. Leavis: «La primera hora me encontré con que él no tenía nada que enseñarme.» Johnson le dijo a Leavis: «La primera vez que nos vimos ya me enseñaba él a mí.» La diferencia es que el comentario de Johnson era irónico, mientras que el de Wittgenstein iba completamente en serio. De hecho fue Johnson quien puso fin a esas enseñanzas, proporcionándole de este modo a Russell la primera de las muchas ocasiones en que tuvo que utilizar todo su tacto y sensibilidad para señalarle a Wittgenstein sus propias faltas sin alterarlo:

> Mientras preparaba mi discurso apareció Wittgenstein en un estado de gran excitación porque Johnson (con el que le había aconsejado que estudiara) le había escrito diciéndole que no le daría más clases, que discutía demasiado en lugar de aprender sus lecciones como un buen chico. Vino a mí para saber cuánto de verdad había en la impresión de Johnson. La verdad es que es una persona terriblemente persistente, apenas le deja a uno meter baza, y generalmente se le considera un pelmazo. Como realmente le aprecio mucho, fui capaz de insinuarle estas cosas sin ofenderle.

Wittgenstein causó una impresión bastante distinta en G. E. Moore, a cuyas clases comenzó a asistir durante ese trimestre. «Moore tiene una consideración enormemente elevada de la inteligencia de Wittgenstein», le contó Russell a Ottoline; «... dice que siempre tiene la sensación de que W. *debe* de tener razón cuando no están de acuerdo. Dice que durante sus clases W. siempre parece tremendamente perplejo, aunque es el único que adopta esta actitud. Me alegra ver confirmada mi elevada opinión de W. ... los jóvenes no le tienen en demasiado estima, o si lo hacen es sólo porque Moore y yo le alabamos.» Wittgenstein, por su parte, «expresó cuánto aprecia a Moore, cuánto le agrada y desagrada la gente por la ma-

nera en que piensan... Moore tiene una de las sonrisas más hermosas que conozco, y eso le había causado una honda impresión.»

La amistad entre Wittgenstein y Moore iba a intensificarse posteriormente. Pero con Russell creció rápidamente un lazo afectivo. La admiración de Russell no conocía límites. Veía en Wittgenstein al «discípulo ideal», el que «ofrece admiración apasionada junto con una disidencia vehemente y de gran inteligencia». En oposición a Broad, que era el discípulo más *serio* que tenía –«casi seguro que hará una labor útil y prolífica, pero no brillante»–, Wittgenstein estaba «lleno de una hirviente pasión que puede llevarle a cualquier parte».

Russell se identificaba cada vez más con Wittgenstein, veía en él al espíritu gemelo, que abordaba con toda su fuerza y pasión las cuestiones *teóricas*. «Es una rara pasión, y uno se alegra de encontrarla.» De hecho: «Él siente más pasión que yo por la filosofía; sus avalanchas hacen que las mías parezcan bolas de nieve.» Una y otra vez uno se encuentra con la palabra «pasión» en las descripciones de Russell: «una pura pasión intelectual» que Wittgenstein (al igual que el propio Russell) tenía «en el más alto grado»; «me hace amarle». Era casi como si viera en Wittgenstein la imagen de sí mismo en el espejo, como si le viera como su propio hijo:

> Su disposición es la de un artista, intuitiva y temperamental. Dice que cada mañana comienza su trabajo con esperanza, y que cada tarde lo acaba con desesperación..., ése es el tipo de cólera que le posee cuando no puede comprender algo que yo sí he entendido. [16.3.12]

> Tengo hacia él la más absoluta simpatía intelectual... la misma pasión y vehemencia, la misma sensación de que uno debe comprender o morir, las repentinas bromas rompiendo la espantosa tensión del pensamiento. [17.3.12]

> ... incluso utiliza los mismos símiles que yo... un muro separándole de la verdad, y que debe derribar de algún modo. Después de nuestra última discusión dijo: «Bueno, ya hemos derribado un trocito de muro.»

> Su actitud justifica todas las esperanzas que he puesto en mi trabajo. [22.3.12]

Russell observó con aprobación que Wittgenstein poseía excelentes modales, pero vio con más aprobación aún que «al discutir se olvida de los modales y simplemente dice lo que piensa»:

> Nadie podría ser más sincero que Wittgenstein, ni más desprovisto de la falsa cortesía que interfiere con la verdad; pero él permite que sus sentimientos y afectos aparezcan, y eso hace que uno se entusiasme. [10.3.12]

Cuando, por ejemplo, Wittgenstein conoció a un estudiante que re-

sultó ser un monje, Russell informó jubiloso a Ottoline que «era mucho más terrible con los cristianos que yo»:

> Había tomado aprecio a F., el monje estudiante, y se quedó horrorizado al enterarse de que era monje. F. vino a tomar el té con él y W. enseguida le atacó con una furia intensa. Ayer volvió a la carga, no discutiendo, sino sólo predicando la honestidad. Abomina de la ética y la moral en general; es deliberadamente una criatura de impulsos, y piensa que así es como se debe ser. [17.3.12]

«Yo no respondería de sus facultades morales», concluía Russell.

El comentario es un poco contradictorio. Muestra que no había comprendido la fuerza de las razones de Wittgenstein. Pues, si Wittgenstein predicaba la honestidad, obviamente no abominaba de la ética en el sentido de pedir licencia para la inmoralidad. Hablaba a favor de una moralidad basada en la integridad, en ser fiel a uno mismo, a los propios impulsos: una moralidad que procedía del interior de uno mismo en lugar de ser impuesta desde el exterior por medio de reglas, principios y deberes.

Era una cuestión que para Wittgenstein resultaba crucial. Al abandonar la ingeniería por la filosofía, ¿acaso no había renunciado a lo que podía haber considerado su deber en favor de perseguir algo que ardía en su *interior?* Y aun así, como hemos visto –y como le dijo primeramente a Russell–, tal decisión necesitaba la justificación de que, al obrar de tal modo, no estaba meramente siguiendo un capricho, sino tomando una dirección en la que resultaba plausible que realizara una aportación importante.

El malentendido de esta cuestión por parte de Russell es un indicio de lo que iba a ocurrir en el futuro, el indicio de que su «pasión teórica» y la de Wittgenstein no eran, después de todo, tan similares como había supuesto. Al final del trimestre su relación era tal que Wittgenstein se sentía capaz de decirle a Russell lo que le gustaba y lo que le *disgustaba* del trabajo de este último. Hablaba con gran emoción de la belleza de los *Principia*, y decía –probablemente era el mayor elogio que podía haberle hecho– que era como música. Sin embargo, le disgustaban profundamente sus obras más populares, en particular «El culto del hombre libre» y el último capítulo de *Los problemas de la filosofía*, acerca de «El valor de la filosofía». Le disgustaba la mismísima idea de expresar que filosofía tenía *valor*:

> ... dice que la gente a la que le gusta la filosofía se dedicará a ella, y que los otros no, y que no hay más que hablar. Su impulso más fuerte es la filosofía. [17.3.12]

Resulta difícil creer que la actitud de Wittgenstein fuera tan simple como sugiere Russell. Después de todo, durante años, antes de convertirse en alumno de Russell, había sufrido profundamente el conflicto entre de-

ber e impulso, engendrado por el hecho de que la filosofía era su impulso más fuerte. De hecho creía que uno *debía* ser –tal como habían sido su padre y su hermano Hans, y como eran todos los genios– una criatura de impulsos. Pero también poseía un sentido casi abrumador del deber, y era propenso a unas dudas periódicas que le paralizaban. El estímulo de Russell había sido necesario precisamente porque le había permitido superar esas dudas y seguir su más fuerte impulso *felizmente*. Su familia quedó sorprendida por el cambio inmediato que experimentó después de que Russell le animara a dedicarse a la filosofía. Y él mismo, al final del trimestre, le dijo a Russell que las horas más felices de su vida las había pasado en esas habitaciones. Pero esta felicidad era causada no sólo porque se le permitiera seguir su tendencia, sino también por la convicción de que –pues poseía un talento inusual para la filosofía– tenía el *derecho* a hacerlo.

Era importante para Wittgenstein que Russell comprendiera este punto concreto, y el día que regresó a Cambridge para el siguiente trimestre, reemprendieron el tema. Russell encontró que «tiene buen aspecto..., tan bueno como yo pensaba, le encuentro extrañamente excitante», y todavía se sentía inclinado a no ver ninguna diferencia fundamental en sus respectivos temperamentos: «Vive en la misma intensa excitación que yo, apenas capaz de sentarse tranquilamente o leer un libro.» Wittgenstein hablaba de Beethoven:

> ... cómo un amigo del compositor contó que había ido a la puerta de la casa de Beethoven y le había oído «maldecir, aullar y cantar» refiriéndose a su nueva fuga; una hora más tarde Beethoven apareció finalmente en la puerta, con el aspecto de haber estado luchando con el diablo, y después de no haber comido nada durante 36 horas debido a que su cocinera y su doncella se habían mantenido alejadas de su cólera. Ése es el tipo de hombre que hay que ser.

Pero no es una persona *cualquiera* la que «maldice, aúlla y canta». ¿Habría tenido Wittgenstein la sensación de que «ése es el tipo de hombre que hay que ser» si toda su enérgica concentración hubiera producido sólo obras mediocres? Lo que queda implícito es que, si el más fuerte impulso de una persona es escribir música, y si, al entregarse completamente a ese impulso uno es capaz de escribir música sublime, entonces uno no sólo tiene el derecho a comportarse impulsivamente; tiene el deber de hacerlo.

Russell le dio a Wittgenstein licencia para comportarse del mismo modo, porque reconoció en él las cualidades de un genio. Posteriormente describiría a Wittgenstein como:

> ... quizá el más perfecto ejemplo que he conocido jamás de un genio tal como se concibe tradicionalmente, apasionado, profundo, intenso y dominante.

Estas cualidades ya estaban en Wittgenstein al comenzar el trimestre de verano. En su carta a Ottoline del 23 de abril, Russell le decía: «Tengo la impresión de que el tema no se olvidará si yo lo abandono, siempre y cuando él lo retome», añadiendo, como si ilustrara las cualidades necesarias para la tarea: «Creí que haría añicos todos los muebles de mi habitación, tan excitado estaba.»

Wittgenstein le preguntó cómo iban a acabar los *Principia* él y Whitehead. Russell le replicó que no habían llegado a ninguna conclusión; el libro acabaría «con cualquier fórmula que diera la casualidad de ser la última»:

> Al principio pareció sorprendido, y entonces vio que eso era lo acertado. Me parece que la belleza del libro se echaría a perder si contuviera una sola palabra que pudiera estar de más.

Esa apelación a la belleza del libro sin duda contaría con todas las simpatías de Wittgenstein, quien iba a llevar a nuevas alturas, con la seca prosa del *Tractatus*, la austera estética aquí avanzada por Russell.

Ya a principios del trimestre de verano la relación entre los dos comenzaba a cambiar. Aunque era todavía el supervisor de Wittgenstein, Russell estaba cada vez más deseoso de conseguir su aprobación. A lo largo de las vacaciones de Pascua había comenzado a trabajar en una conferencia acerca de «La materia», que iba a ser pronunciada en la Sociedad Filosófica de la Universidad de Cardiff. Tenía la esperanza de que fuera una obra que demostrara un renovado vigor: «Un modelo de análisis fríamente apasionado, que expusiera las más penosas conclusiones con una absoluta indiferencia hacia los sentimientos humanos.» ¿Frío *y* apasionado? Russell explicaba:

> Hasta ahora no he tenido el suficiente valor por lo que respecta a la materia. No he sido lo suficientemente escéptico. Quiero escribir un ensayo que mis enemigos denominen «la bancarrota del realismo». No hay nada comparable a esa pasión por proporcionar una fría intuición de las cosas. Casi todas mis mejores obras han sido hechas con la inspiración del remordimiento, pero cualquier pasión servirá si es fuerte. La filosofía es una amante reticente, uno sólo puede llegarle al corazón con el frío acero de la pasión en la mano.

«El frío acero de la pasión en la mano»: la frase evoca perfectamente la combinación, ejemplificada por Wittgenstein, de una mente rigurosamente lógica y una naturaleza impulsiva y obsesiva. Él era la mismísima personificación de la idea filosófica de Russell.

Russell, sin embargo, se sentiría decepcionado por la reacción de Wittgenstein ante ese proyecto. Éste rechazó el tema calificándolo de «problema trivial»:

Admite que si no hay Materia entonces nadie existe excepto él mismo, pero dice que eso no tiene consecuencia alguna, ya que la física y la astronomía y todas las demás ciencias todavía podrían ser interpretadas a fin de que fueran verdaderas.

Unos pocos días más tarde, cuando Wittgenstein leyó fragmentos del ensayo, Russell se sintió aliviado al observar un cambio de opinión: Wittgenstein estaba encantado por su radicalismo. Russell comenzaba su ensayo afirmando escuetamente que todos los argumentos hasta entonces aportados por los filósofos con la pretensión de probar la existencia de la materia eran, sencillamente, falaces. Esto, declaró Wittgenstein, era lo mejor que Russell había hecho. Cuando vio el resto del ensayo volvió a cambiar de opinión, y le dijo a Russell que después de todo no le gustaba, «pero solamente», le dijo Russell a Ottoline, agarrándose a un clavo ardiendo, «porque está en desacuerdo, no porque esté mal hecho». El ensayo, en el que Russell había depositado tantas esperanzas, permaneció inédito.

La opinión extraordinariamente elevada que Russell tenía de Wittgenstein forzosamente tenía que despertar la curiosidad de sus amigos en Cambridge, particularmente entre los Apóstoles, la arrogante y elitista sociedad de debates (de la que el propio Russell era miembro), y que en esa época estaba dominada por John Maynard Keynes y Lytton Strachey. Wittgenstein se convirtió en lo que en el argot de los apóstoles se conocía como un «embrión»: una persona a la que se tiene en cuenta como futuro miembro. Strachey (que vivía en Londres) fue a tomar el té con Wittgenstein en las habitaciones de Russell para comprobar por sí mismo su potencial como apóstol. Wittgenstein había leído recientemente la obra de Strachey *Hitos de la literatura francesa*, pero no le había gustado. Le dijo a Russell que daba una impresión de esfuerzo, como las boqueadas de un asmático. Sin embargo, se tomó la molestia de ser lo suficientemente brillante a la hora del té como para impresionar a Strachey. «Están empezando a descubrirle», le dijo posteriormente Russell a Ottoline, «y todos se dan cuenta de que posee genio.»

Por lo que respecta a si Wittgenstein se uniría a los Apóstoles, Russell tenía sus dudas:

> Alguien les había hablado de Wittgenstein y querían oír lo que yo pensaba de él. Estaban pensando en elegirle miembro de la sociedad. Les dije que no creía que a él le gustara la sociedad. Estoy seguro de que realmente no le gustará. Le parecerá asfixiante, y ciertamente ha acabado siéndolo, debido a esa práctica de enamorarse los unos de los otros, que no existía en mis tiempos... creo que principalmente se debe a Lytton.

Tuviera o no razón al suponer que Wittgenstein encontraría objeciones a la «asfixiante» atmósfera de affaires homosexuales que dominaba la sociedad en esa época, resultó que acertaba al señalar que a Wittgenstein no le gustarían los Apóstoles.

Mientras tanto, la impresión que Strachey tenía de Wittgenstein era un tanto ambigua. El 5 de mayo le invitó a almorzar, pero en este segundo encuentro no se quedó nada impresionado. «Herr Sinckel-Winchel almuerza conmigo», le escribió a Keynes, «un hombrecillo tranquilo.» Dos semanas más tarde los dos volvieron a encontrarse en las habitaciones del hermano de Strachey, James. Esta vez la impresión que tuvo fue de agotadora brillantez:

> Herr Sinckel-Winckel le dio duro a los universales y a los particulares. Estos últimos ¡oh! tan brillantes... pero *quelle souffrance!* ¡Dios mío! ¡Dios! «Si A ama a B» ... «Puede haber una propiedad común»... «De ese modo no es analizable en absoluto, pero los complejos poseen ciertas cualidades». ¿Cómo me las ingeniaré para largarme a la cama?

Ahí, por el momento, quedaron las relaciones de Wittgenstein con los Apóstoles, hasta que en el octubre siguiente, tras conocer a Keynes, «Herr Sinckel-Winckel» se convirtió, de manera breve y desastrosa, en el «hermano Wittgenstein».

De ser «generalmente considerado un pelmazo» por los jóvenes de Cambridge, Wittgenstein pasó a ser visto como alguien «interesante y agradable, aunque no tiene mucho sentido del humor». Éste, al menos, era el juicio de uno de ellos, David Pinsent, quien le conoció en uno de los «apiñamientos» (veladas sociales) de Russell a principios del trimestre de verano. Pinsent estudiaba entonces segundo de matemáticas. El año anterior él mismo había sido un «embrión» apostólico, pero no le habían elegido. Esto quizá indique cómo era visto por la élite intelectual imperante en Cambridge: interesante pero no fascinante, inteligente pero no poseído por el genio.

Sin embargo, la sensibilidad musical de Pinsent y su temperamento afable le convirtieron en el compañero ideal para Wittgenstein. Parece que este último reconoció estas cualidades rápidamente, pues no había pasado un mes desde que se conocían cuando sorprendió a Pinsent invitándole a pasar unas vacaciones en Islandia, con todos los gastos pagados por el padre de Wittgenstein. «Realmente no sé qué pensar», escribió Pinsent en su diario:

> ... ciertamente sería divertido, yo no puedo costeármelas y Vittgenstein [sic] parece muy deseoso de que vaya. Aplazaré mi decisión y escribiré a casa pidiendo consejo. Islandia parece un lugar bastante atractivo: he oído que todo viaje tierra adentro ha de hacerse a caballo, ¡lo que sería de lo

más divertido! La idea me atrae y me sorprende: sólo hace más o menos tres semanas que conozco a Wittgenstein, aunque parece que nos llevamos bien: es un gran aficionado a la música y tiene los mismos gustos que yo. Es austríaco, pero habla inglés fluidamente. Yo diría que es más o menos de mi edad.

Hasta entonces su relación se había limitado a que Pinsent hiciera de conejillo de Indias en algunos experimentos que Wittgenstein llevaba a cabo en el laboratorio de psicología. Parece ser que su intención era investigar científicamente el papel del ritmo en la apreciación de la música. Para ello es de suponer que necesitaba a alguien que entendiera algo de música. En su diario, Pinsent no describe en qué consistían los experimentos, anotando que el tomar parte en ellos no era «una mala diversión». A Wittgenstein le ayudaba en su trabajo el psicólogo C. S. Myers, quien se tomó los experimentos lo suficientemente en serio como para presentar una demostración de uno de ellos en la Sociedad Británica de Psicología. El principal resultado que se obtuvo de ellos fue que, en ciertas circunstancias, los sujetos oían un acento en ciertas notas que de hecho no estaba allí.

Aparte de tomar parte en estos experimentos dos o tres veces por semana, el único contacto de Pinsent con Wittgenstein antes de ser invitado a pasar unas vacaciones con él habían sido los «apiñamientos» de las veladas de los jueves en las habitaciones de Russell. Después de una de éstas, el 30 de mayo, deja constancia de que había encontrado a Wittgenstein «muy divertido»:

... está aquí estudiando filosofía, pero no hace mucho que ha empezado a asistir a clase de manera sistemática: ¡y expresa una sorpresa de lo más inocente ante el hecho de que todos los filósofos que él adoraba en su ignorancia sean, después de todo, estúpidos y deshonestos y cometan desagradables errores!

Pero no fue hasta después de la inesperada invitación de Wittgenstein cuando comenzó a entablarse entre ellos una estrecha amistad. Al día siguiente los dos asistieron juntos a un concierto, después de lo cual fueron a las habitaciones de Wittgenstein, donde estuvieron charlando hasta las 11.30. Wittgenstein estuvo «muy comunicativo, y me contó muchas cosas acerca de él». Fue entonces cuando le dijo a Pinsent que el estímulo de Russell para que se dedicara a la filosofía había sido su salvación, tras ocho años de soledad y sufrimiento suicidas. Pinsent añadió:

Sé que Russell tiene una alta opinión de él: y le ha corregido y convencido de que él (Russell) estaba equivocado en uno o dos puntos de filosofía: y Russell no es el único catedrático de Filosofía al que Wittgenstein ha convencido de su error. Wittgenstein tiene pocas aficiones, lo cual explica bastante su soledad. Uno no puede vivir sólo de grandes e

importantes metas como los Tripose.* Pero es bastante interesante y agradable: imagino que ahora ya ha superado bastante su morbosidad.

Después de esto Wittgenstein y Pinsent se vieron con mucha frecuencia, iban a los conciertos del Club Musical de la Universidad de Cambridge, cenaban juntos en la Unión de Estudiantes y se reunían para tomar el té en las habitaciones de uno u otro. Wittgenstein siempre asistía al servicio de la capilla de la universidad sólo para oír cómo Pinsent leía los textos sagrados.

A pesar de haber sido descrito por Russell como «terrible» con los cristianos, puede que su actitud no fuera tan contradictoria como parece. Más o menos en la misma época sorprendió a Russell diciéndole de pronto lo mucho que admiraba la frase: «De qué le sirve a un hombre ganar el cielo si pierde el alma.»

> A continuación dijo que son muy pocos los que no pierden el alma. Dijo que todo dependía de tener una gran meta en la vida a la que ser fiel. Dijo que creía que dependía más del sufrimiento y de la capacidad de soportarlo. Me quedé sorprendido: no era lo que yo esperaba de él.

El estoicismo aquí expresado parece relacionado con algo que Wittgenstein le diría posteriormente a Norman Malcolm. Durante unas vacaciones en la casa de sus padres en Viena, su actitud anteriormente desdeñosa hacia la religión había cambiado tras haber visto una obra de teatro, *Die Kreuzelscheiber*, del dramaturgo y novelista alemán Ludwig Anzengruber.[1] Era un drama mediocre, pero en él uno de los personajes expresaba la idea de que no importaba lo que ocurriera en el mundo, nada podía ocurrirle a *él*. *Él* era independiente del destino y de las circunstancias. El pensamiento estoico marcó poderosamente a Wittgenstein, y, tal como le dijo a Malcolm, vio por primera vez la religión como algo factible.

Durante el resto de su vida siguió viendo la sensación de sentirse «absolutamente a salvo» como algo paradigmático dentro de la experiencia religiosa. Unos meses después de la conversación con Russell citada anteriormente, le encontramos leyendo *Las variedades de la experiencia religiosa*, de William James, y diciéndole a Russell:

> Este libro me hace *mucho* bien. No quiero decir que vaya a convertirme en un santo, pero no estoy seguro de que no vaya a mejorar un poco en el sentido en que a mí me gustaría mejorar *muchísimo*: por ejemplo, creo que me ayuda mucho a liberarme de la *Sorge* [preocupación, angus-

* Examen honorífico de la Universidad de Cambridge. *(N. del T.)*

1. Le dijo a Malcolm que tenía más o menos veintiún años cuando ocurrió tal cosa, lo cual nos lleva a 1910 o a principios de 1911. Sin embargo, y debido al cambio en la actitud de Wittgenstein hacia la religión observado por Russell en el verano de 1912, me veo tentado a fechar el episodio en las vacaciones de Semana Santa de ese año.

tia] (en el sentido en que Goethe utiliza la palabra en la segunda parte de *Fausto*).

Dos días después de la discusión acerca de perder y conservar la propia alma, Russell y Wittgenstein tuvieron otra conversación que algo revelaba de las profundas diferencias entre sus respectivas concepciones éticas. Se suscitó a partir de una discrepancia acerca de *David Copperfield*, de Dickens. Wittgenstein mantenía que Copperfield había hecho mal al reñir con Steerforth por haberse escapado con Emily. Russell replicó que, en las mismas circunstancias, él habría hecho lo mismo. Wittgenstein se quedó «muy dolido, y rehusó creerlo; opinaba que uno siempre podía y debía ser leal a los amigos y seguir queriéndolos».

Russell le preguntó a continuación cómo se sentiría si él se casara con una mujer y ella se escapara con otro hombre:

> [Wittgenstein] dijo (y le creo) que no sentiría cólera ni odio, sino sólo una completa aflicción. Su naturaleza es buena por los cuatro costados; y es por eso por lo que no ve la necesidad de la moral. Yo estaba completamente equivocado al principio; puede que haga todo tipo de cosas en un arrebato de pasión, pero no practica una inmoralidad desalmada. Su perspectiva es muy libre; los principios y esas cosas no tienen ningún sentido para él, porque sus impulsos son fuertes y nunca vergonzosos.

«Creo que me profesa una apasionada devoción», añadía Russell. «Cualquier diferencia entre nuestros sentimientos le causa un gran dolor. Mis sentimientos hacia él son apasionados, pero naturalmente, como pienso en ti casi constantemente, ese sentimiento es menos importante para mí que para él.»

Russell parece un poco lento a la hora de apreciar que las diferencias entre sus opiniones eran importantes para Wittgenstein porque afectaban a un tejido de fundamental importancia para él. También era lento en comprender que el énfasis que Wittgenstein ponía en la integridad personal (y, en el caso anterior, en la lealtad), no era algo *opuesto* a la moralidad, sino algo que constituía una moralidad diferente. Resulta típico de sus actitudes fundamentalmente opuestas, por ejemplo, que Russell, incluso en esa época, quizá la más introspectiva de todas las suyas, creyera que mantener la propia calma dependía de tener «un gran propósito en la vida al que ser fiel»; es decir, buscaba fuera de sí mismo algo que le sostuviera. Por contra, era típico de Wittgenstein insistir en la posibilidad de mantenerse incorrupto apoyándose enteramente sobre el propio yo, sobre las cualidades que uno encontraba en su interior. Si el alma de uno era pura (y la deslealtad a un amigo era algo que la hacía impura), entonces no importaba lo que le sucediera a uno «externamente» –incluso aunque la propia mujer se escapara con otro hombre–, nada podía sucederle al propio *yo*. De este modo, no son las cuestiones externas las que deben causarnos la mayor preocupación, sino las del yo. El *Sorge* que impedía

que uno se enfrentara al mundo con ecuanimidad es de este modo una cuestión que ha de provocarnos una preocupación más inmediata que cualquier desgracia que pudiera acontecer a través de las acciones de los demás.

Cuando colisionan actitudes del tipo más esencial, ya no se trata de estar de acuerdo o en desacuerdo, pues todo lo que uno dice o hace es interpretado desde *el interior* de esas actitudes. Por tanto no ha de ser sorprendente que apareciera cierta frustración e incomprensión por ambas partes. Lo que es sorprendente es la asunción bastante inocente por parte de Russell de enfrentarse, no a una serie de ideales distintos, sino simplemente a una persona bastante peculiar, una persona cuyos «impulsos son fuertes y nunca vergonzosos». Es como si uno hallara sentido a los puntos de vista de Wittgenstein solamente apelando a algún *hecho* acerca de él que nos hiciera inteligible el que sostuviera esas opiniones. Al encontrar la actitud de Wittgenstein ajena e incomprensible, sólo podía intentar *explicarla*, no *encontrarle sentido*. Era incapaz, como si dijéramos, de *meterse* en ella.

Una y otra vez, en las cartas de Russell a Ottoline, uno tiene la impresión de que el espíritu de la «pasión teórica» de Wittgenstein se le escapaba. Que la idea de integridad personal resultara central en la actitud de Wittgenstein fue interpretado por Russell en varias ocasiones como el rechazo de la moralidad convencional, el signo de una naturaleza pura e incorrupta, e incluso, al menos una vez, como una broma. En uno de los «apiñamientos» en las habitaciones de Russell, Wittgenstein defendió que el estudio de las matemáticas mejoraría el gusto de una persona, «ya que el buen gusto es el gusto genuino, y por tanto resulta favorecido por cualquier cosa que haga pensar a la gente de modo veraz». De la narración de Russell a Ottoline, uno deduce que le parecía imposible tomarse este argumento en serio. Describe la opinión de Wittgenstein como una «paradoja», y dice que «todos estuvimos en contra de él». Y aun así tenemos todas las razones para suponer que Wittgenstein hablaba completamente en serio: la honestidad y el buen gusto eran, para él, ideas estrechamente interrelacionadas.

Wittgenstein no era una persona que debatiera sus convicciones más fundamentales. El diálogo con él era sólo posible si uno compartía esas convicciones. (De este modo, el diálogo con Russell acerca de cuestiones éticas pronto se volvería imposible.) Para alguien que no compartiera sus opiniones fundamentales, sus afirmaciones –ya fueran sobre ética o lógica– seguramente quedarían como algo ininteligible. Era una inclinación que comenzaba a preocupar a Russell. «Me temo seriamente», le dijo a Ottoline, «que nadie verá cuál es la finalidad de lo que él escribe, puesto que cuando lo exprese no lo hará con argumentos dirigidos a alguien que opine de modo distinto.» Cuando Russell le dijo que no debía simplemente afirmar lo que pensaba, sino que debía aportar argumentos, Wittgenstein replicó que los argumentos echarían a perder su belleza. Tendría la sensación de estar ensuciando una flor con las manos enlodadas:

> Le dije que no me veía con ánimos para decir nada en contra de eso, y

que sería mejor que se comprara un esclavo para que expusiera sus argumentos.

Russell tenía una buena razón para preocuparse de que Wittgenstein fuera comprendido, pues cada vez más tenía la sensación de que el futuro de su propia obra en el campo de la lógica quedaría en manos de Wittgenstein. Incluso creía que cuando expiraba su puesto de profesor adjunto de cinco años de duración en el Trinity, debería abandonarlo y dejar que Wittgenstein ocupara su lugar. «Es asombroso lo irreal que el mundo del estudio se ha vuelto para mí», escribió. «Las matemáticas casi se han desvanecido de mi pensamiento, excepto cuando las demostraciones las traen de nuevo como en un espasmo. La filosofía no me viene con frecuencia a la mente, y yo no tengo *impulso* para trabajar en ella.» A pesar de lo que había escrito en el último capítulo de *Los problemas de la filosofía*, había perdido la fe en el valor de ésta:

> Tenía la firme intención de volver a la filosofía, pero me sentía realmente incapaz de encontrarle ningún valor. En parte, ello se debe a Wittgenstein, quien me ha vuelto aún más escéptico; en parte es el resultado de un proceso que ha tenido lugar desde que te conocí.

El «proceso» que menciona era su creciente interés, inspirado por Ottoline, de dedicarse a obras no filosóficas. En primer lugar estaban las *Prisiones*, su libro acerca de la religión; luego una autobiografía (la cual abandonó y, parece ser, destruyó); y finalmente una novela corta autobiográfica titulada *Las perplejidades de John Forstice*, en la que, sin duda utilizando parte del material que había escrito para su autobiografía, y citando extensamente su correspondencia con Ottoline, intentaría describir imaginativamente su propio peregrinaje intelectual desde el aislamiento, a través de la confusión moral y política, hasta la claridad y la gracia. Russell no llegó muy adelante en ese tipo de literatura, y ninguna de las obras mencionadas vio la luz durante su vida. «*Ojalá* fuera más creativo», se lamentaba a Ottoline. «Un hombre como Mozart hace que te sientas como un gusano.» En una época posterior consintió en que *Forstice* se publicara póstumamente, pero con serias reservas:

> ... la segunda parte representó mis opiniones sólo durante un período muy breve. Mi actitud en esa segunda parte era muy sentimental, demasiado blanda, y demasiado favorable a la religión. En todo eso estaba excesivamente influenciado por Lady Ottoline Morrell.

Para mejor o para peor, fue durante este «período muy breve» cuando Wittgenstein realizó sus fenomenales progresos en el análisis de la lógica. Y, probablemente, el que Russell le viera como un genio de la filosofía se deba en cierta medida a la influencia ejercida por Ottoline sobre Russell. Si éste no hubiera atravesado una fase tan sentimental, puede que no se

hubiera encariñado con Wittgenstein de la manera en que lo hizo. «Wittgenstein me trajo hoy unas rosas de lo más adorables. Es un tesoro» (23.4.12); «Le quiero como si fuera mi hijo» (22.8.12). Y quizá, si no hubiera perdido su fe e interés en su propia contribución a la lógica matemática, puede que no hubiera estado tan dispuesto a dejar el tema en manos de Wittgenstein.

Y fue a final de ese primer año en Cambridge cuando Wittgenstein fue informado de que sería el sucesor de Russell. Al final del trimestre de verano, cuando Hermine visitó Cambridge y le presentaron a Russell, se quedó asombrada al oírle decir: «Esperamos que el próximo gran paso en filosofía lo dé su hermano.»

Al principio de las vacaciones de verano, a Wittgenstein se le ofrecieron las habitaciones que G. E. Moore había ocupado anteriormente en el *college*. Hasta entonces se había alojado en una pensión de Rose Crescent, y aceptó agradecido la oferta de Moore. Las habitaciones estaban perfectamente situadas para él, en lo alto de la escalera K en Whewell's Court, con una espléndida vista del Trinity College. Le gustaba estar encima de la torre, y tuvo las mismas habitaciones durante el resto de su época en Cambridge, incluso cuando regresó en otro momento posterior de su vida, cuando primero como *fellow*,* y posteriormente como catedrático, le hubieran correspondido habitaciones más grandes y distinguidas.

Wittgenstein eligió el mobiliario de sus habitaciones con sumo cuidado. A ello le ayudó Pinsent:

> Salí y le ayudé a entrevistarse con multitud de vendedores de muebles: el próximo trimestre se traslada al *college*. Fue bastante divertido. Es terriblemente quisquilloso, y tuvimos en danza al dependiente de una manera terrible, ¡Vittgenstein exclamando «¡No..., horrible!» al 90 % de lo que nos mostró!

También Russell intervino en las deliberaciones de Wittgenstein concernientes a ese asunto, y lo encontraba bastante exasperante. «Es *muy* exigente», le dijo a Ottoline, «y ayer no compró nada de nada. Me dio una conferencia acerca de cómo deberían estar hechos los muebles: le desagrada toda la ornamentación que no forme parte de la construcción, y nunca es capaz de encontrar nada lo suficientemente sencillo.» Al final Wittgenstein se hizo construir un mobiliario especialmente para él. Cuando llegó fue juzgado por Pinsent como «singular, pero no malo».

Ni Russell ni Pinsent eran las personas adecuadas para comprender la quisquillosidad de Wittgenstein en este asunto. Para apreciar su preocupación por el diseño y la artesanía, uno tendría que haber tenido cierta ex-

* Con respecto a la terminología universitaria, digamos que el *college* es el conjunto de edificios, alojamientos e instituciones que componen la universidad (y no como España, donde la universidad es sólo el centro docente). Un *fellow* es un miembro de pleno derecho del *college*, que goza de ciertos privilegios. *(N. del T.)*

periencia en construcción. Unos pocos años más tarde, encontramos a Eccles, su amigo ingeniero de Manchester, que le envía sus propios diseños de muebles para que Wittgenstein los comente, y recibe como respuesta un veredicto meticulosamente considerado, que acepta agradecido.

Y para comprender la fuerza de las opiniones de Wittgenstein en contra de la ornamentación superflua, para apreciar la importancia *ética* que tenía para él, uno tendría que haber sido vienés; tendría que haber sido de la opinión, al igual que Karl Kraus o Adolf Loos, de que la vieja y noble cultura vienesa, la que desde Haydn a Schubert había sobrepasado a cualquier otra en el mundo, se había atrofiado desde la segunda mitad del siglo XIX, en palabras de Paul Engelmann, hasta convertirse en una «cultural vil y falsaria: una cultura transformada en su opuesto, mal utilizada como ornamento y máscara».

El 15 de julio Wittgenstein regresó a Viena, tras haber acordado con Pinsent (cuyos padres habían dado su consentimiento a las vacaciones en Islandia) reunirse en Londres durante la primera semana de septiembre. En Viena la vida hogareña no era fácil. Su padre tenía un cáncer y había sido operado varias veces; Gretl tuvo un bebé y el nacimiento se complicó; y a él mismo le operaron de una hernia, descubierta durante el reconocimiento para el servicio militar. Esto último se lo mantuvo en secreto a su madre, quien se encontraba muy turbada a causa de la enfermedad de su padre.

Desde Viena le escribió a Russell diciéndole: «De nuevo me encuentro bastante bien y filosofando con todas mis energías.» Su pensamiento progresó desde reflexionar acerca del significado de las constantes lógicas (los signos russellianos de «v», «~», «⊃», etc.) hasta decidir que: «Nuestros problemas pueden remontarse hasta las prop[osicione]s *atómicas*.» Pero en su carta a Russell le daba sólo indicios de qué teoría del simbolismo lógico acabaría resultando de esta progresión.

«Me alegro de que lea las vidas de Mozart y Beethoven», le dijo a Russell. «Éstos son los verdaderos hijos de Dios.» Le habló a Russell del placer con que estaba leyendo *Hadji Murat*, de Tolstói. «¿Lo ha leído alguna vez? Si no, debería hacerlo, pues es maravilloso.»

Cuando llegó a Londres, el 4 de septiembre, se alojó como invitado de Russell en su nuevo piso de Bury Street. Russell encontró que Wittgenstein resultaba un cambio bastante refrescante con relación a Bloomsbury, «un gran contraste con los Stephen y los Strachey y tantos otros aspirantes a genios»:

> Muy pronto nos sumergimos en la lógica y tuvimos grandes discusiones. Posee la gran facultad de ver cuáles son los problemas realmente importantes.
>
> (...) Me proporciona el placentero e indolente pensamiento de que puedo dejarle todo un apartado del pensamiento más complejo, que nor-

malmente recaía sólo en mí. Hace que me sea más fácil abandonar el trabajo puramente técnico. Sólo su salud me parece muy precaria: da la sensación de alguien cuya vida es muy insegura. Y creo que se está quedando sordo.

Quizá la referencia al problema auditivo de Wittgenstein sea irónica; en cualquier caso no es cierto que no pudiera oír; simplemente no escuchaba, en especial cuando Russell le ofrecía algún «sabio consejo» en contra de su opinión de no ponerse a escribir hasta que hubiera solucionado *todos* los problemas de la filosofía. Ese día, le dijo Russell, no llegaría jamás:

> Esto produjo un brutal arranque de cólera –posee esa sensibilidad artística en la que la voluntad ha de producir algo perfecto o nada– y le expliqué que no conseguiría ningún título ni podría enseñar a menos que aprendiera a escribir cosas imperfectas; esto le puso más y más furioso, al final me suplicó que no le considerara una causa perdida aunque me decepcionara.

Pinsent llegó a Londres al día siguiente, y Wittgenstein fue a esperarle, insistiendo en llevarle en taxi al Grand Hotel, en Trafalgar Square. Pinsent intentó en vano sugerirle un hotel menos lujoso, pero Wittgenstein ni quiso oír hablar de ello. Evidentemente, tal como observó Pinsent en su diario, no habría ningún límite de gastos en ese viaje. Una vez en el hotel, a Pinsent se le informó de las disposiciones financieras del mismo:

> Wittgenstein, o mejor dicho su padre, insiste en pagar los gastos de ambos: esperaba de él que fuera bastante generoso, pero eso sobrepasa todas mis esperanzas: Wittgenstein me ha entregado 145 libras en billetes, y él mismo se guardó la misma cantidad. ¡También tiene una carta de crédito por valor de 200 libras!

Desde Londres fueron en tren a Cambridge («Ni que decir tiene que viajamos en primera»), donde Wittgenstein tenía que atender algún asunto relacionado con las nuevas habitaciones de su college, y luego siguieron a Edimburgo, donde pernoctaron antes del viaje en barco. En Edimburgo Wittgenstein llevó a Pinsent de compras; insistió en que no había traído suficiente ropa:

> ... es muy quisquilloso en cuanto a lo de llevar suficiente ropa: él lleva tres bolsas de equipaje, y está muy inquieto por el hecho de que yo sólo lleve una. En Cambridge me ha hecho comprar una segunda manta, y otras varias cosillas esta mañana en Edinborough:[1] me he resistido bas-

1. Ésta, al igual que otras excentricidades ortográficas en las cartas de Pinsent, es auténtica.

tante... especialmente porque no es mi dinero el que me estoy gastando. Sin embargo me tomé la revancha, induciéndole a comprar unos hules, algo que aún no tiene.

El 7 de septiembre zarparon de Leith a bordo del *Sterling*, que, para el disgusto de Wittgenstein, parecía un vapor de los que cruzan el canal: él había esperado algo más imponente. Se tranquilizó cuando descubrió un piano a bordo, y Pinsent, que había traído con él una colección de canciones de Schubert, se sentaba a tocar, animado vivamente por los demás pasajeros. Fue un viaje en barco de cinco días a través de un mar bastante embravecido, y tanto Wittgenstein como Pinsent sufrieron por esa causa, aunque este último observa con asombro que aunque Wittgenstein pasaba mucho tiempo echado en su camarote, nunca estaba realmente mareado.

Llegaron a Reykjavík el 12 de septiembre, y tan pronto hubieron hecho su reserva de hotel, contrataron un guía que les llevara por el interior, partiendo al día siguiente. En el hotel tuvieron su primera discusión: acerca de los internados. La discusión les encendió bastante, hasta que, tal como registra Pinsent, se encontraron con que se habían malinterpretado el uno al otro: «Tiene un inmenso terror a lo que denomina una actitud "filistea" hacia la crueldad y el sufrimiento –cualquier actitud insensible– y acusa a Kipling de tenerla: y se le ha ocurrido la idea de que yo simpatizo con eso.»

Una semana más tarde, reemprendieron el tema de las actitudes «filisteas»:

> Wittgenstein ha estado hablando mucho, en ocasiones diferentes, de los «filisteos», ¡nombre que da a todas las personas que le desagradan! (*vide supra*, jueves 12 de septiembre). Creo que los puntos de vista que he expresado le han resultado un poco filisteos (puntos de vista –es decir– sobre cosas prácticas (no sobre filosofía), por ejemplo acerca de las ventajas de esta época sobre las anteriores, etcétera), y está bastante perplejo porque no me considera realmente un filisteo, ¡y no creo que yo le desagrade! ¡Se queda satisfecho al afirmar que pensaré de modo diferente en cuanto sea un poco mayor!

Resulta tentador ver en estas discusiones un contraste entre el pesimismo de la *Angst* vienesa y el optimismo de la flema británica (al menos, tal como existía antes de que la Primera Guerra Mundial debilitara incluso la fe británica en «las ventajas de esta época sobre las anteriores»). Pero si era así, entonces eran exactamente las cualidades que impedían a Pinsent compartir el pesimismo cultural de Wittgenstein las que le convertían en un compañero ideal para él.

Incluso la alegre ecuanimidad de Pinsent muchas veces era puesta a prueba por el nerviosismo de Wittgenstein: su «quisquillosidad», tal como la denominaba Pinsent. En su segundo día en Reykjavík, fueron a las oficinas de la compañía naviera para confirmar la reserva de los camarotes

para el viaje de vuelta. Tuvieron algunos problemas para hacerse entender, pero el asunto acabó resolviéndose, al menos por lo que a Pinsent se refería:

> Sin embargo, Wittgenstein se mostró terriblemente pesimista y habló de que jamás llegaríamos a casa, y acabé muy irritado con él: al cabo de un rato se marchó solo y conseguí que un hombre del banco actuara de intérprete y examinara de nuevo todo el asunto en la oficina naviera.

Estas lagunas temporales en el buen humor de Pinsent, aunque infrecuentes, desazonaban grandemente a Wittgenstein. Con fecha 21 de septiembre leemos:

> Wittgenstein estuvo un poco mohíno toda la tarde: es muy sensible siempre que yo, momentáneamente, me irrito por alguna bagatela, como me ocurrió anoche, he olvidado qué fue: el resultado fue que estuvo deprimido y silencioso durante el resto de la velada. Siempre me está implorando que no sea irritable: ¡hago lo que puedo, y realmente creo que no me ha sucedido con mucha frecuencia en este viaje!

Diez días de sus vacaciones los pasaron viajando en pony por el interior del país. De nuevo, no ahorraron ningún gasto. El cortejo estaba formado por Wittgenstein, Pinsent y su guía, cada uno en un pony, mientras delante de ellos cabalgaban otros dos ponies con los equipajes y tres más de repuesto. Durante el día recorrían y exploraban la campiña, y durante las veladas Wittgenstein le enseñaba a Pinsent lógica matemática, cosa que Pinsent encontraba «excesivamente interesante»: «Wittgenstein es muy buen profesor.»

De vez en cuando realizaban excursiones a pie, e incluso una vez intentaron escalar una peña, en lo que ninguno de los dos resultó muy diestro. El hecho puso a Wittgenstein «terriblemente nervioso»:

> Su quisquillosidad surge aquí de nuevo; ¡siempre me está suplicando que no arriesgue la vida! Es divertido que tenga que ser así, pues por lo demás es un compañero de viaje bastante bueno.

En sus paseos hablaban casi siempre de lógica, y Wittgenstein continuaba educando a Pinsent en el tema: «Aprendo mucho de él. En verdad es extraordinariamente inteligente.»

> Jamás he sido capaz de encontrar el más nimio error en su razonamiento: y aun así me ha hecho replantearme totalmente mis ideas en varios temas.

Cuando tras su excursión por la campiña islandesa regresaron a su hotel en Reykjavík, Pinsent aprovechó la oportunidad para tener alguna

conversación más ligera con «un espléndido calavera» que acababa de llegar. Desencadenó una larga discusión acerca de «tales personas»: «él, sencillamente, jamás hablará con ellas, pero realmente creo que son bastante divertidas». Al día siguiente: «Wittgenstein armó un lío terrible.» Tan violentamente le desagradó el «espléndido calavera» de Pinsent que rehusó verle comer en la misma mesa. Para asegurarse de que tal cosa no ocurriera, dio orden de que la comida le fuera servida en todos los casos una hora antes que en la mesa común. A la hora del almuerzo se olvidaron de sus indicaciones, y, en lugar de arriesgarse, Wittgenstein llevó a Pinsent a ver si podían encontrar algún lugar donde almorzar en Reykjavík. No fue así. De modo que Wittgenstein comió unas cuantas galletas en su habitación y Pinsent se fue a almorzar a la mesa común. Por la noche Pinsent encontró a Wittgenstein «todavía bastante mohíno acerca del asunto del almuerzo», pero consiguieron que les sirvieran la cena una hora antes de lo establecido, y además tomaron champaña, «lo cual le animó un poco, dejándole finalmente bastante normal».

Pinsent permaneció receptivo y animado todo el tiempo. En el barco, de vuelta a casa, Wittgenstein le llevó a la sala de máquinas y le explicó cómo funcionaban los motores. También le detalló la investigación que estaba haciendo en el campo de la lógica. «Realmente creo que ha descubierto algo bueno», comenta Pinsent... sin, por desgracia, mencionar lo que era.

En el viaje de regreso, Pinsent convenció a Wittgenstein de que pasara una noche con su familia en Birmingham: estaba ansioso por lucirlo ante sus padres. El incentivo fue un concierto en el ayuntamiento, cuyo programa era el *Réquiem* de Brahms, la *Salomé* de Strauss, la Séptima Sinfonía de Beethoven y un motete de Bach, «No temas nada». Wittgenstein disfrutó con Brahms, se negó a entrar para escuchar a Strauss y dejó la sala tan pronto como Beethoven hubo finalizado. Durante la cena, el padre de Pinsent quedó convenientemente impresionado cuando Pinsent consiguió que Wittgenstein le explicara algo de la lógica que le había enseñado durante las vacaciones. «Creo que mi padre estaba interesado», escribe, y –con menos vacilación– «ciertamente, luego estuvo de acuerdo conmigo en que Wittgenstein es realmente muy inteligente y perspicaz».

Para Pinsent habían sido «¡las vacaciones más gloriosas que he pasado nunca!»

> La novedad del país, el estar libre de cualquier consideración ahorrativa, la excitación causada por todo, se combina para constituirse en la experiencia más maravillosa que he tenido. Deja en mí una impresión casi místico-romántica: pues el romance más grande consiste en experimentar sensaciones nuevas, entornos nuevos, etcétera, siempre y cuando me proporcionen novedad.

No fue así para Wittgenstein. Lo que permaneció en su memoria fueron sus diferencias y desacuerdos, quizá las mismísimas ocasiones relatadas en el diario de Pinsent: la esporádica irritabilidad de Pinsent, los indicios de su «filisteísmo», y el incidente con el «calavera». Posteriormente le diría a Pinsent que había disfrutado, «tanto como les es posible hacerlo a dos personas que no son nada el uno para el otro».

> Si consideramos ahora a los hombres de talento, veremos que en su caso el amor comienza frecuentemente con la automortificación, la humillación y el comedimiento. Se pone en marcha un cambio moral, un proceso de purificación parece emanar del objeto amado.
>
> WEININGER, *Sexo y carácter*

Wittgenstein regresó a Cambridge de sus vacaciones con Pinsent en un estado de agitación e irritabilidad. A los pocos días tuvo su primer desacuerdo importante con Russell. En ausencia de Wittgenstein, Russell había publicado un ensayo sobre «La esencia de la religión», en el *Hibbert Journal*. Lo había sacado de su obra abandonada, *Prisiones*, y era un intento inspirado por Ottoline de presentar una «Religión de contemplación» centrada en la noción de «la parte infinita de nuestra vida», la cual «no ve el mundo desde un punto de vista sino que brilla imparcialmente, como la luz difusa sobre un mar nublado»:

> Contrariamente a la vida finita, es imparcial; su imparcialidad conduce a la verdad en el pensamiento, a la justicia en la acción y al amor universal en el sentimiento.

En muchos aspectos, el artículo anticipa las doctrinas místicas que el propio Wittgenstein iba a proponer en el *Tractatus*, en particular al tomar partido de la spinoziana «liberación del yo finito» (lo que en el *Tractatus* se denomina contemplar el mundo *sub specie aeterni*) y en su repudio de lo que Russell llama «la insistente exigencia de que nuestros ideales sean realizados en el mundo» (comparar con *TLP*, 6. 41). Sin embargo, contrariamente al *Tractatus*, el ensayo de Russell no muestra ninguna vacilación en dejar explícito ese misticismo y en, por ejemplo, utilizar palabras como «finito» e «infinito» de una manera que, hablando rigurosamente, es absurda. En cualquier caso, a Wittgenstein el artículo le pareció detestable, y a los pocos días de haber regresado a Cambridge irrumpió en las habitaciones de Russell para hacerle conocer su opinión. El hecho es que interrumpió una carta a Ottoline:

> Wittgenstein acaba de llegar, terriblemente dolido por mi artículo en *Hibbert*, el cual evidentemente *detesta*. Debo dejar de escribir por su culpa.

Unos pocos días más tarde Russell explicaba en detalle las razones del arrebato de Wittgenstein: «Opinó que yo era un traidor al evangelio de la

exactitud; también que tales cosas eran demasiado íntimas como para darlas a la imprenta.» «Me afectó mucho», añadía, «porque en parte estoy de acuerdo con él.» Durante unos días más siguió rumiando acerca de ese ataque:

> Las críticas de Wittgenstein me perturbaron profundamente. Le vi tan infeliz, tan amable, tan afectado en su deseo de pensar bien de mí.

Le afectó mucho más debido a su creciente tendencia a ver a Wittgenstein como su sucesor natural. Sus propias tentativas en el análisis de la lógica eran cada vez menos entusiastas. Tras haber preparado el primer borrador de un ensayo titulado «¿Qué es la lógica?», se dio cuenta de que era incapaz de seguir y se sintió «inclinado a dejárselo a Wittgenstein».

También Moore sintió la fueza de las críticas abiertas de Wittgenstein durante esas primeras semanas de octubre. Wittgenstein comenzó el trimestre asistiendo a las clases de psicología de Moore. «Estuvo muy descontento con ellas», escribe Moore, «porque yo pasaba mucho tiempo discutiendo la opinión de Ward de que la psicología no difería de las ciencias naturales en el objeto de su estudio, sino sólo en el punto de vista.»

> Me dijo que esas clases eran muy malas, que lo que debía hacer era decir lo que *yo* pensaba, no discutir lo que pensaban los demás; y ya no volvió más.

Moore añade: «Este año, tanto él como yo hemos asistido a las clases de Russell sobre los fundamentos de las matemáticas; pero W. también solía ir a las habitaciones de Russell durante horas, por la noche, a discutir de lógica con él.»

De hecho, Wittgenstein –parece ser que sufriendo ese proceso de automortificación y cambio moral descrito por Weininger– pasaba esas horas hablando de sí mismo tanto como de lógica. Según Russell, «caminaba arriba y abajo de mi habitación como una bestia salvaje durante tres horas, en agitado silencio». Una vez Russell le preguntó: «¿Estás pensando en la lógica o en tus pecados?» «En ambas cosas», replicó Wittgenstein, y siguió andando.

Russell consideraba que Wittgenstein estaba al borde de un colapso nervioso –«no lejos del suicidio, sintiéndose una criatura desgraciada, llena de pecado»– y se inclinaba a atribuir su fatiga nerviosa al hecho de que «constantemente esfuerza su mente al máximo, ante cosas que resultan desalentadoras por su dificultad». En esta opinión contaba con el apoyo de un médico, al que, tan preocupado estaba Wittgenstein acerca de sus ataques de vértigo y su incapacidad para trabajar, llamaron para que emitiera un diagnóstico: «Son todo nervios.» A pesar del intenso deseo de Wittgenstein de ser tratado *moralmente*, Russell insistía en tratarlo físicamente, aconsejándole que comiera mejor y saliera a montar a caballo.

Ottoline aportó su granito de arena enviándole un poco de cacao. «Recordaré las instrucciones», le prometió Pinsent, «e intentaré que W. se acostumbre a tomarlo, pero no estoy seguro de que lo haga.»

Sin embargo, Wittgenstein siguió el consejo de Russell de ir a montar a caballo. Una o dos veces a la semana, durante el resto del trimestre, él y Pinsent alquilaban caballos y los llevaban a lo que Pinsent denominaba cabalgadas de «doma» (por ejemplo, paseos en los que no podían saltar), a lo largo del camino de sirga que llevaba a Clay-hithe, o a lo largo de la carretera de Trumpington hasta Grantchester. Si tal cosa produjo algún efecto en el temperamento de Wittgenstein, no le hizo sin embargo menos propenso a los súbitos arrebatos de ira contra sus debilidades morales y las de los demás.

El 9 de noviembre Russell había quedado en dar un paseo con Wittgenstein. Ese mismo día, sin embargo, se vio obligado a ir a ver al hijo de Whitehead, North, que participaba en una regata de remo en el río. Por tanto llevó a Wittgenstein al río, donde ambos pudieron contemplar cómo North era derrotado. Esto produjo, tal como lo expresó Russell, «una tarde apasionada». Él mismo descubrió la «excitación y convencional importancia» de la dolorosa carrera, tanto más cuando North «se sentía horriblemente afectado por la derrota». Pero Wittgenstein encontró *desagradable* todo el asunto:

> ... dijo que igual podíamos haber ido a ver una corrida de toros (yo mismo tuve esa sensación), y que *todo* eso era cosa del diablo, etcétera. Yo me sentía contrariado porque North había sido derrotado, de modo que con paciente lucidez le expliqué la necesidad de competir. Al final pasamos a otros temas, y yo pensaba que todo iba bien, pero de pronto se quedó inmóvil y me explicó que la manera en que habíamos pasado esa tarde era tan vil que no debíamos seguir vivos, o al menos él, que nada es tolerable excepto la producción de grandes obras o el disfrute de las de los demás, que él jamás había llegado a nada y que nunca lo haría, etc; todo esto con una fuerza que realmente te derriba. Me hace sentir como un corderito que bala.

Unos pocos días más tarde, Russell ya había tenido suficiente: «Ayer le dije a Wittgenstein que piensa demasiado en sí mismo, y que si comienza de nuevo me negaré a escucharle a menos que crea que está muy desesperado. Ya ha dicho más de lo que es bueno para él.»

Y, aun así, a finales de noviembre le encontramos embarcado una vez más en una discusión con Wittgenstein acerca de Wittgenstein:

> Me puse a hablar de sus defectos, está preocupado por su escasa popularidad y me preguntó a qué se debía. Fue una conversación larga, difícil y apasionada (por su parte) que se prolongó hasta la una y media, de modo que ando bastante falto de sueño. Él es para mí un gran deber, pero vale la pena. Es un poco demasiado simple, y aun con todo temo echar a

perder alguna hermosa cualidad si hablo demasiado y hago que pierda algo de esta característica.

Algo de lo que quiere decir al calificar a Wittgenstein de «un poco demasiado simple» (y quizá también la fuente de esa supuesta impopularidad) lo podemos deducir de una anotación en el diario de Pinsent. La noche que siguió a la «tarde apasionada» en el río, él y Pinsent asistieron a un concierto en el Club Musical de la Universidad de Cambridge, y después fueron a las habitaciones de Wittgenstein. Apareció Farmer, el estudiante monje mencionado anteriormente por Russell. Era, dice Pinsent, «un hombre que desagraba a Wittgenstein, pues éste le creía de mentalidad deshonesta»:

> ...[Wittgenstein] se excitó mucho tratando de convencerle para que leyera un buen libro acerca de alguna ciencia exacta, y viera lo que era el pensamiento honesto. Lo cual obviamente sería bueno para Farmer –como de hecho para cualquiera–, pero ¡Wittgenstein se mostró muy altivo y dejó que Farmer se enterara de lo que pensaba exactamente de él, y además habló como si fuera el jefe de estudios! Farmer se lo tomó muy bien; obviamente se quedó convencido de que Wittgenstein es un lunático.

El convencimiento de Wittgenstein de que era impopular merece cierta reserva. Durante ese trimestre, en el punto máximo de su irritabilidad nerviosa, consiguió hacer nuevas e importantes amistades. En particular, se ganó el respeto y el afecto de John Maynard Keynes, quien iba a ser una amistad valiosa y alentadora durante gran parte de la vida de Wittgenstein. Russell les presentó el 31 de octubre «pero fue un fracaso», informa, «Wittgenstein estaba demasiado enfermo para discutir como es debido». El 12 de noviembre encontramos a Keynes escribiéndole a Duncan Grant: «Wittgenstein es un personaje de lo más maravilloso –lo que te dije de él la última vez que nos vimos desde luego no es cierto– y extraordinariamente amable. Me gusta enormemente estar con él.»

La defensa de Keynes fue lo suficientemente ardorosa como para superar cualquier duda que Lytton Strachey pudiera tener acerca de la capacidad de Wittgenstein para ser miembro de los Apóstoles, y, tras su pronunciamiento acerca del genio de Wittgenstein, el tema quedó decidido. La única duda existente era si éste desearía convertirse en miembro; si él consideraba que valía la pena reunirse regularmente para mantener discusiones con los demás miembros. Esto, desde un punto de vista apostólico, era algo bastante extraordinario. «¿Te has enterado», le escribió Keynes, asombrado, a Strachey, «de que la única objeción de nuestro nuevo hermano a la sociedad es que da la casualidad de que él no es apostólico?»

Russell, con algunos recelos, hizo lo que pudo para hablar en favor de esa causa. «Obviamente», como le escribió a Keynes,

> desde su punto de vista [de Wittgenstein], la sociedad es una mera pér-

dida de tiempo. Pero quizá, desde un punto de vista filantrópico, podríamos hacerle entender que merece la pena.

De este modo, «filantrópicamente», hizo lo que pudo para presentarle la sociedad bajo una luz favorable. Le explicó a Wittgenstein que, aunque la sociedad no iba a aportarle nada debido al modo en que funcionaba entonces, en días anteriores había sido algo bueno, y podía serlo de nuevo si él estaba dispuesto a adherirse a ella. Como ya hemos visto, las propias objeciones de Russell a la sociedad se centraban en la tendencia de la misma a las intrigas «homosexuales». Las dudas de Wittgenstein, sin embargo, tenían que ver con el hecho de que, aunque a él le gustaban los «ángeles» (graduados) de la sociedad (Moore, Russell y Keynes, en particular), sentía un fuerte disgusto hacia sus camaradas «hermanos» –los componentes que aún no se habían graduado– y no era seguro que pudiera soportar la perspectiva de una discusión normal con ellos. Puso objeciones a la falta de madurez de éstos, diciéndole a Keynes que contemplarlos en sus reuniones apostólicas era como identificar a aquellos que todavía no habían ido al aseo: un proceso que, aunque necesario, resultaba indecente observar.

Los «hermanos» en cuestión eran Frank Bliss, que procedía de Rugby y había ido al King's a estudiar clásicas, y Ferenc Békássy, un húngaro aristócrata que había estado en Bedales antes de ir al King's. Los dos estaban implicados en las intrigas a las que tanto objetaba Russell, en particular Békassy, quien, informa Lytton Strachey, envolvió a Keynes y a Gerald Shove de tanta lujuria en su primer encuentro con los Apóstoles que ya querían «tomarlo» allí y en ese momento, sobre la alfombra que había junto a la chimenea. No es probable que fuera el verse implicado en esos asuntos lo que desagradara a Wittgenstein: de otro modo, sería inexplicable que aceptara de buen grado a Keynes. Su rechazo de Békássy pudo haber tenido algo que ver con la rivalidad austro-húngara. Pero principalmente era a Bliss a quien se oponía: «No puede soportarlo», le dijo Russell a Ottoline.

Con grandes vacilaciones y dudas, Wittgenstein aceptó ser miembro de la sociedad, y asistió a su primera reunión el 16 de noviembre. En ella, Moore leyó una exposición acerca de la conversión religiosa, y Wittgenstein aportó a la discusión su opinión de que, por lo que él sabía, la experiencia religiosa consistía en liberarse de la inquietud (el *Sorge* que le había mencionado a Russell), y la consecuencia era que le daba a uno el valor de no preocuparse por lo que pudiera suceder (pues, para alguien con fe, nada *podía* suceder). Tras ese encuentro Lytton Strachey se mostró optimista acerca del futuro de la sociedad, opinando que la pespectiva de conflicto y maledicencia aportada por los nuevos miembros era «particularmente estimulante»:

> Nuestros hermanos B[liss] y Wittgenstein son tan antipáticos y nuestro hermano Békássy es tan encantador que la sociedad ahora debería avan-

zar a buen ritmo hacia aguas más progresistas. El sábado por la noche pasé a hacerle una visita a B[liss], y me pareció tan antipático como Rupert [Brooke].

El mismo día le escribió con todo detalle a Sidney Saxon Turner acerca de las objeciones de Russell a la afiliación de Wittgenstein a la sociedad:

> El pobre hombre se encuentra muy triste. Parece que tenga noventa y seis años, con el pelo largo y blanco como la nieve y un semblante infinitamente ojeroso. La elección de Wittgenstein le ha supuesto un gran golpe. Tenía grandes esperanzas en guardárselo para él solo, y de hecho lo consiguió maravillosamente, hasta que Keynes insistió en conocerle, y en seguida vio que era un genio y que resultaba esencial elegirle. Los demás (tras cierta vacilación por parte de Békássy) también se mostraron vehementemente favorables. Su decisión fue de pronto anunciada a Bertie (Russell), quien casi se desmayó. Naturalmente fue incapaz de dar ningún argumento en contra de la elección, excepto que la sociedad estaba tan degradada que su austríaco ciertamente se negaría a pertenecer a ella. Se excitó tanto con ello, hasta alcanzar un estado de frenesí, que no hay duda de que llegó a creérselo, pero no sirvió de nada. Wittgenstein no parece que vaya a poner objeción alguna a la sociedad, aunque detesta a Bliss, quien a su vez le odia. Creo que, en general, las perspectivas son de lo más halagüeñas. Békássy es un individuo tan agradable que, aunque está enamorado de Bliss, aún se las ingenia para amar a Wittgenstein. Creo que los tres deben de arreglárselas muy bien. Bertie es realmente una figura trágica, y lo siento mucho por él; pero también está engañado.

Strachey se equivocaba en algunas de sus estimaciones. Russell no tenía ningún deseo de «guardárselo para él solo»; habría estado de lo más contento si hubiera podido librarse de los «exámenes de conciencia» realizados por Wittgenstein, que le ocupaban largas veladas, y a los que se había visto sometido durante todo el trimestre. Sus dudas acerca de lo acertado de elegir a Wittgenstein para los Apóstoles –aparte de que desaprobara la homosexualidad de éstos– tenían que ver principalmente con su intuición de que «llevaría a algún tipo de desastre». Y en esto, contrariamente a lo que pensaba Strachey, no iba engañado.

A principios de diciembre, Strachey fue informado por su hermano James de que «Ese Witter-Gitter se halla al borde de la renuncia». A petición de Moore, Strachey fue a Cambridge para intentar convencer a Wittgenstein de que se quedara, pero, tras varios encuentros tanto con Wittgenstein como con Moore, no lo consiguió. Al final del trimestre, Russell le contaba a Ottoline:

> Wittgenstein ha dejado la sociedad. Creo que tiene razón, aunque la lealtad a la sociedad no me permitiera decirlo de antemano.

Añadía, en términos que sugieren que se encontraba muy lejos de pretender guardarse a Wittgenstein para él solo:

> He tenido que enfrentarme muchas veces con él. Es realmente un alivio pensar que no le veré por algún tiempo, aunque siento que es horrible por mi parte sentir esto.

A «Goldie» Lowes Dickenson, Russell le repitió su opinión de que Wittgenstein había hecho bien en irse, y añadió que él había intentado disuadirlo: «Es con mucho el más apostólico y la persona más capaz con que me he cruzado desde Moore.»

Las pruebas de la naturaleza del trabajo de Wittgenstein durante el trimestre de Michaelmas son escasas. El 25 de octubre Pinsent anota una visita de Wittgenstein, durante la cual le anuncia una nueva solución a un problema –«En la lógica simbólica más fundamental»– que le había preocupado grandemente en Islandia, y al cual entonces sólo había dado una solución provisional.

> Esta última es muy diferente y cubre más terreno, y si resulta ser sólida revolucionará gran parte de la lógica simbólica: Russell, dice, la considera sólida, pero dice que nadie la entenderá: sin embargo creo que yo mismo la entiendo (!). Si la solución de Wittgenstein funciona, será el primero en resolver un problema que ha desconcertado durante años a Russell y Frege: también es la solución más magistral y convincente.

A partir de esto no podemos reconstruir el problema ni la solución, aunque parece muy probable que tenga que ver con el comentario de Wittgenstein a Russell realizado ese verano de que «nuestros problemas pueden reducirse a prop[osicione]s *atómicas*». Hacia el final del trimestre, Wittgenstein leyó una exposición en el Club de Ciencia Moral, la sociedad filosófica de Cambridge, que quizá pueda verse como una ampliación de ese comentario. Wittgenstein había jugado un gran papel en las discusiones del club de ese trimestre, y con la ayuda de Moore les había convencido para que adoptaran una nueva serie de reglas, exigiendo que se nombrara un moderador cuyo deber sería evitar que la discusión fuera fútil, y estipulando que ninguna exposición podía durar más de siete minutos. La exposición de Wittgenstein fue una de las primeras en ser leídas bajo esa nueva serie de reglas. El 20 de noviembre el acta registra:

> Mr. Wittgenstein leyó una exposición titulada «¿Qué es filosofía?». La exposición duró unos cuatro minutos, rebajando de este modo en casi dos minutos la marca anterior establecida por Mr. Tye. La filosofía fue definida como el conjunto de proposiciones primitivas que son asumidas como ciertas sin ninguna prueba por las diversas ciencias. Esta definición

fue muy discutida, pero no hubo ninguna disposición general a adoptarla. La discusión se ciñó perfectamente al tema, y el moderador no creyó necesario intervenir demasiado.

Después del trimestre, durante su regreso a Viena, Wittgenstein visitó a Frege en Jena, y tuvo una larga discusión con él, según le dijo a Russell, «acerca de nuestra teoría del simbolismo, de la cual, creo, comprendió las líneas generales». Sus cartas a Russell en el mes de enero le muestran muy preocupado con «el problema complejo»: la cuestión de qué corresponde a una proposición atómica si ésta es cierta. Supongamos, por ejemplo, que «Sócrates es mortal» sea una proposición de ese tipo, ¿es el hecho que corresponde a ella un «complejo» compuesto de las dos «cosas», Sócrates y mortalidad? Esta perspectiva requiere la asunción platónica de la existencia objetiva de las formas: la asunción de que no sólo existen individuos, sino también entidades abstractas tales como la mortalidad. Tal asunción, naturalmente, es hecha por Russell en su teoría de los tipos, de la que Wittgenstein estaba cada vez más insatisfecho.

Durante las vacaciones, esa insatisfacción le llevó a anunciar una de las concepciones centrales de su nueva lógica. «¡Creo que no puede haber diferentes tipos de cosas!», le escribió a Russell:

> ... incluso la teoría de los tipos ha de resultar superflua debido a una teoría adecuada del simbolismo: Por ejemplo, si analizo la prop[osición] Sócrates es mortal en Sócrates, Mortalidad y (Ex, y) el (x, y), quiero una teoría de los tipos que me diga que «Mortalidad es Sócrates» no tiene sentido, porque si trato «Mortalidad» como nombre propio (como he hecho) no hay nada que me impida hacer la sustitución dándole la vuelta a la frase de manera incorrecta. *Pero* si [lo] analizo en Sócrates y (Ex) x es mortal, o comúnmente en x y (Ex) (x) resulta imposible darle la vuelta, porque los dos símbolos son ahora, ellos mismos, de un *tipo* diferente.

Le dijo a Russell que no estaba seguro de que su manera actual de analizar «Sócrates es mortal» fuera correcta. Pero en un punto estaba absolutamente seguro, «toda la teoría de los tipos debe sustituirse por una teoría del simbolismo que muestre que lo que parecen ser *diferentes tipos de cosas* están simbolizados por diferentes tipos de símbolos que posiblemente *no pueden* ser sustituidos el uno por el otro».

Ante un rechazo tan profundo de su teoría, podría haberse esperado que Russell presentara una fogosa defensa de su posición, o al menos algunas arduas objeciones referentes a cómo sus fundamentos lógicos de las matemáticas podían evitar la contradicción *sin* una teoría de los tipos. Pero en esa época ya había abandonado la lógica casi por entero. Pasó sus vacaciones trabajando en un tema bastante distinto: la existencia de la materia. En noviembre había leído una exposición acerca del tema en el Club de Ciencia Moral, en el que reiteraba la opinión expresada en Cardiff a primeros de año: «Ningún argumento bueno, ni a favor ni en contra

de la materia, ha sido presentado», y planteó la cuestión: «¿Podemos nosotros, por tanto, conocer un objeto que satisfaga las hipótesis de la física a partir de nuestros propios datos sensoriales?» Durante las vacaciones trazó un esquema del modo en que se proponía tratar el problema:

> La física presenta las sensaciones como funciones de los objetos físicos.
>
> Pero la epistemología exige que los objetos físicos se presenten como funciones de las sensaciones.
>
> De este modo hemos de solventar las ecuaciones poniendo las sensaciones en términos de los objetos físicos, a fin de tener los objetos físicos en términos de sensaciones.
>
> Esto es todo.

«Estoy seguro que he dado con algo esencial», le dijo a Ottoline, «que probablemente me ocupe durante los próximos años.» Exigiría «una combinacion de física, psicología y lógica matemática», e incluso la creación de «una ciencia totalmente nueva». En la carta de enero de 1913, Wittgenstein rechazaba vagamente el proyecto en general: «No puedo imaginarme su manera de trabajar a partir de datos sensoriales.»

A principios de 1913, pues, vemos que Russell y Wittgenstein trabajaban en proyectos muy distintos: Russell en la creación de su «nueva ciencia» y Wittgenstein en su análisis de la lógica. Russell estaba dispuesto a aceptar este último campo como más propio de Wittgenstein que de él.

La nueva base de su relación fue detectada por Pinsent, quien a finales del trimestre narra una ocasión en que él y Wittgenstein estaban juntos en sus habitaciones:

> Entonces apareció Russell –para informarme de algunas alteraciones en los horarios de sus clases– y él y Wittgenstein se pusieron a hablar, este último explicándole sus recientes descubrimientos de los Fundamentos de la Lógica, un descubrimiento que, deduzco, se le acababa de ocurrir esa mañana, y que parece ser muy importante y muy interesante. Russell asintió a lo que dijo sin un murmullo.

Un par de semanas después, al ser acusado por Wittgenstein de que algunas de las primeras demostraciones de sus *Principia* eran muy inexactas, Russell le comentó a Ottoline: «Afortunadamente es asunto suyo expresarlas de manera correcta, no mío.»

La cooperación entre los dos había llegado a su fin. En el campo de la lógica, Wittgenstein, lejos de ser un estudiante de Russell, se había convertido en su profesor.

Wittgenstein regresó bastante después del inicio del trimestre debido a la largamente esperada muerte de su padre, a causa del cáncer que había

padecido durante unos dos años. El final, cuando llegó, fue una especie de alivio. El 21 de enero le escribió a Russell:

> Mi padre murió ayer por la tarde. Tuvo la muerte más hermosa que puedo imaginar; ¡sin el más ligero dolor y quedándose dormido como un niño! No me sentí triste ni un momento durante sus últimas horas, sino de lo más alegre, y creo que esta muerte da sentido a toda una vida.

Finalmente llegó a Cambridge el 27 de enero, yendo directamente a las habitaciones de Pinsent. Más o menos una semana más tarde, Pinsent registra una discusión que muestra todavía otra faceta de las diferencias entre Russell y Wittgenstein. En 1907, Russell se había presentado como candidato parlamentario por el Partido del Sufragio de las Mujeres. Quizá a causa de ese hecho (acababan de regresar de una de las clases de Russell), Wittgenstein y Pinsent tuvieron una discusión acerca del sufragio femenino. Wittgenstein «estaba bastante en contra»:

> ... sin ninguna razón en particular, sólo que «todas las mujeres que conozco son tan idiotas». Dijo que en la Universidad de Manchester todas las muchachas pasaban el tiempo flirteando con estudiantes y profesores. Lo cual le disgusta mucho, al igual que le disgusta todo lo que se hace a medias, y desaprueba todo lo que no se hace absolutamente en serio.

Parece ser que el trabajo de Wittgenstein en el campo de la lógica no hizo nada para mejorar el rigor de su pensamiento en temas políticos.

Es quizá esta incapacidad –o más probablemente, su escasa inclinación– de aplicar sus facultades analíticas a cuestiones de interés público lo que provocó que Russell criticase a Wittgenstein por hallarse en peligro de volverse «estrecho de miras e incivilizado». Russell le sugirió como correctivo un poco de prosa francesa, sugerencia que acarreó una «terrible contienda»:

> Rabió y bramó y yo le irrité aún más simplemente sonriéndole. Al final nos congraciamos, pero no se quedó nada convencido. Las cosas que le digo son simplemente cosas que tú me dirías si no temieras la avalancha que eso produciría; ¡y su avalancha es exactamente igual a como sería la mía! Percibo su falta de civilización y sufro a causa de ello; es extraño lo poco que hace la música para civilizar a la gente, vive demasiado aislado, es demasiado apasionado y está demasiado alejado de las palabras. No posee una curiosidad lo suficientemente amplia ni el suficiente deseo de tener una amplia perspectiva del mundo. No echará a perder su trabajo de lógica, pero siempre le hará ser un especialista muy limitado, y demasiado el adalid de una facción, es decir, cuando sea juzgado con el mayor rigor.

Tal como indica la comparación con su propia relación con Ottoline,

Russell se sentía confundido al hallarse en la posición de alguien que aboga por la síntesis en lugar de por el análisis. Pero debería recordarse que incluso sus preocupaciones filosóficas de esa época se movían en esa dirección: lejos de la «estrechez» del análisis lógico, y hacia una síntesis más amplia de física, psicología y matemáticas. En consecuencia, sus discusiones con Wittgenstein se volvieron para él frustrantemente unilaterales:

> Veo que ya no hablo con él acerca de *mi* trabajo, sino sólo acerca del suyo. Cuando no hay argumentos claros, sino sólo consideraciones poco convincentes que hay que equilibrar, o insatisfactorios puntos de vista que confrontar, entonces se pierde; trata teorías menores de edad con una ferocidad que sólo pueden soportar cuando son adultas. El resultado es que me vuelvo completamente reservado, incluso acerca del trabajo.

Como portador del manto de Russell en lógica (hay que recordar que Wittgenstein tenía sólo veinticuatro años, y oficialmente no era más que un estudiante que aspiraba a obtener su diploma de licenciado en Filosofía), a Wittgenstein se le solicitó que reseñara un libro de texto de lógica –*The Science of Logic*, de P. Coffey–, para la *Cambridge Review*. Ésta es la única reseña de libros que publicó, y la primera vez que sus opiniones filosóficas constaron por escrito. En ella presenta un rechazo russelliano de la lógica aristotélica propuesta por Coffey, pero se expresa con una estridencia que supera a la de Russell, y que bordea lo mordaz:

> En ninguna rama del saber puede un autor no tomar en consideración los resultados de una investigación honesta con tanta impunidad como es posible hacerlo en filosofía y en lógica. A esta circunstancia debemos la publicación de un libro como el de Mr. Coffey, *Science of Logic*: y este libro sólo sirve como ejemplo típico de la obra de muchos lógicos de hoy en día. La lógica del autor es la de los filósofos escolásticos, y comete todos los errores de aquéllos: naturalmente con las usuales referencias a Aristóteles. (Aristóteles, cuyo nombre es tomado en vano por nuestros lógicos, se revolvería en su tumba si supiera que hay tantos lógicos que no saben más de lógica hoy en día que hace dos mil años.) El autor ha pasado totalmente por alto la gran labor de los modernos lógicos matemáticos, una labor que ha aportado a la lógica un avance comparable tan sólo al que se ha llevado a cabo en astronomía a partir de la astrología, en química a partir de la alquimia.
>
> Mr. Coffey, al igual que muchos lógicos, se beneficia enormemente de su confusa manera de expresarse; puesto que no se sabe si quiere decir «Sí» o «No», resulta difícil discutirle. Sin embargo, incluso a través de su nebulosa expresión, pueden reconocerse de manera suficientemente clara muchos errores graves; y propongo dar una lista de algunos de los más llamativos, y advertir a los estudiantes que rastreen también estos errores y sus consecuencias en otros libros de lógica.

Sigue una lista de tales errores, que son, en su mayor parte, la debilidad de la lógica tradicional (aristotélica), que acostumbra a ser señalada por todos los partidarios de la lógica matemática ruselliana; por ejemplo: que asume que todas las proposiciones son de la forma sujeto-predicado, que confunde la cópula «es» (como en «Sócrates es mortal») con el «es» de identidad («Dos y dos son cuatro»), etcétera. «Lo peor de todos estos libros», concluye la reseña, «es que predisponen a las personas juiciosas en contra del estudio de la lógica.»

Al decir «personas juiciosas», Wittgenstein probablemente se refería a gente con algún tipo de conocimientos de ciencias y matemáticas, en oposición a los conocimientos del mundo clásico que, podemos suponer (al igual que ocurría con los lógicos más tradicionales), eran el punto fuerte de Mr. Coffey. En esto se hacía eco de una opinión que Russell le había expresado a Ottoline en el mes de diciembre anterior:

> Creo que existe un cierto tipo de matemáticos que poseen mucha más capacidad filosófica que la mayor parte de la gente que se dedica a la filosofía. Hasta ahora, las personas atraídas por la filosofía han sido aquellas a las que les encantaban las grandes generalizaciones, que eran todas erróneas, de modo que pocas personas con una mente precisa se han dedicado a esta disciplina. Durante mucho tiempo, uno de mis sueños ha sido fundar una gran escuela de filósofos de mentalidad matemática, pero no sé si alguna vez lo conseguiré. Tenía esperanzas puestas en Norton, pero no parece muy capaz, Broad no está mal, pero no tiene ninguna originalidad fundamental. Naturalmente, Wittgenstein es exactamente mi sueño.

Como hemos visto, durante el segundo trimestre Russell modificó en cierto modo esta opinión: Wittgenstein era preciso, pero estrecho de miras. Tenía *muy* pocos «deseos de tener una amplia perspectiva del mundo», insistía en la excesiva exactitud de teorías aún en fase infantil, mostraba demasiado poca paciencia con las «consideraciones poco convincentes» y los «puntos de vista insatisfactorios». Quizá, ante la resolución con que Wittgenstein se enfrentaba a las cosas, Russell llegara a pensar que un amor por las grandes generalizaciones no era nada tan malo después de todo.

Wittgenstein estaba completamente absorto en sus problemas de lógica. No eran parte de su vida, sino la totalidad de ella. De este modo, cuando durante las vacaciones de Semana Santa se encontró temporalmente privado de inspiración, se hundió en la desesperación. El 25 de marzo le escribió a Russell describiéndose a sí mismo como «perfectamente estéril» y dudando si sería capaz de alcanzar nuevas ideas:

> Siempre que intento pensar en algo de lógica, mis pensamientos son tan vagos que nada llega a cristalizar. Lo que siento es la maldición de aquellos que sólo han tenido talento a medias: soy como un hombre al

que llevan con una luz por un oscuro corredor y justo cuando está en la mitad la luz se va y se queda solo.

«¡Pobre diablo!», le comentaba Russell a Ottoline. «Conozco tan bien esa sensación. Es una terrible maldición sentir impulsos creativos, a menos que tengas un talento en el que siempre puedas confiar, al igual que el de Shakespeare o el de Mozart.»

La responsabilidad que Russell le había transmitido a Wittgenstein –para el «siguiente gran paso en filosofía»– era una fuente tanto de orgullo como de sufrimiento. Lo asumía con una seriedad completa y absoluta. Asumía también el papel de custodio en el campo de la lógica matemática russelliana. De este modo, cuando Frege escribe a Jourdain contándole sus planes de trabajar en la teoría de los números irracionales, encontramos a Jourdain reprobándole en nombre de Wittgenstein:

> ¿Quiere decir que va a escribir un tercer volumen de los *Grundgesetze der Arithmetik*? Wittgenstein y yo estamos bastante inquietos al pensar que pueda hacerlo, pues la teoría de los números irracionales –a menos que tenga usted una nueva– parece exigir que la contradicción ha sido previamente obviada; y la parte que trata de los números irracionales sobre la nueva base ha sido espléndidamente desarrollada por Russell y Whitehead en sus *Principia Mathematica.*

Wittgenstein regresó de las vacaciones de Semana Santa en, según Russell, un «estado espantoso... siempre melancólico, caminando arriba y abajo, despertando de un sueño cuando no habla con él». Le dijo a Russell que la lógica le estaba volviendo loco. Russell se sintió inclinado a asentir: «Creo que existe ese peligro, de modo que le insto a que lo deje durante una temporada y se dedique a otra cosa.»

No hay constancia de que Wittgenstein se dedicara a otra cosa durante este período, sólo de que se dedicó, aunque brevemente, a un inesperado pasatiempo. El 29 de abril Pinsent anota: «Jugué al tenis con Wittgenstein: él no había jugado nunca, e intento enseñarle: ¡de modo que fue un partido bastante lento!» Sin embargo, una semana más tarde: «Tomé el té chez Wittgenstein, y a las 5.00 fuimos al New Field y jugamos a tenis. Hoy no estaba en forma, y de vez en cuando se cansaba de jugar y se detenía a mitad de un juego.» Y esto es lo último que sabemos del tenis.

Wittgenstein dio en pensar que lo que necesitaba no era diversión, sino mayores poderes de concentración. A este fin estaba dispuesto a probarlo todo, incluso la hipnosis, y se hizo mesmerizar por un tal doctor Rogers. «La idea es ésta», escribe Pinsent en su diario: «es verdad, creo, que las personas son capaces de un esfuerzo muscular extraordinario cuando están en trance hipnótico: ¿entonces por qué no también un esfuerzo mental extraordinario?»

De modo que cuando esté en trance, Rogers le hará ciertas preguntas

acerca de puntos de lógica que Wittgenstein todavía no tiene claros (ciertas dudas que todavía no ha conseguido aclarar), y Witt espera ser capaz de verlas claramente. ¡Parece un plan descabellado! Witt ha ido dos veces a que le hipnotizaran, pero sólo al final de la segunda entrevista Rogers consiguió dormirlo; cuando lo hizo, sin embargo, lo hizo tan profundamente que tardó media hora en volver a despertarlo completamente. Witt dice que estuvo consciente todo el tiempo –podía oír hablar a Rogers–, pero absolutamente sin voluntad ni fuerza: no podía comprender lo que le decían, no podía hacer ningún esfuerzo muscular, se sentía exactamente como si estuviera anestesiado. Estuvo amodorrado durante una hora después de dejar a Rogers. En conjunto es un asunto maravilloso.

Puede que fuera maravilloso; pero no útil.

Parece ser que Russell no sabía nada de ese episodio (de haberlo conocido, seguramente habría sido una historia demasiado buena como para omitirla en alguna de sus evocaciones de Wittgenstein); por entonces Pinsent era su confidente de más confianza. En uno de los «apiñamientos» en las habitaciones de Russell, se les describe «hablando el uno con el otro e ignorando al resto del mundo». Pinsent era quizá la *única* persona con la que Wittgenstein podía relajarse y, temporalmente al menos, apartar su mente de la lógica. En compañía de Pinsent, Wittgenstein se sentía capaz de disfrutar de algunas de las distracciones ordinarias de los estudiantes de Cambridge: montar a caballo, jugar al tenis, e incluso, de vez en cuando, «perder el tiempo en el río».

... fui por el río con Wittgenstein en una canoa. Subimos hasta «el Huerto» en Grantchester, donde almorzamos. Al principio Wittgenstein estaba un tanto apagado, pero de pronto despertó (como siempre sucede con él), después del almuerzo. Luego seguimos hasta el estanque de Byron y allí nos bañamos. No teníamos ni toalla ni bañadores, pero fue muy divertido.

Sin embargo, el nexo más fuerte que tenían en común era la música. El diario de Pinsent recoge innumerables asistencias a conciertos en el Club Musical de la Universidad de Cambridge, y también algunas ocasiones en las que hacían música juntos, Wittgenstein silbando las partes vocales de las canciones de Schubert mientras Pinsent le acompañaba al piano. Tenían los mismos gustos musicales: Beethoven, Brahms, Mozart, y sobre todo Schubert. Parece ser que Wittgenstein intentó despertar su interés por Labor, y Pinsent nos habla de una ocasión en que Wittgenstein intentó que se interpretara en Cambridge un quinteto de Labor. También compartían la aversión hacia lo que Pinsent denomina «música moderna». Así:

... fuimos al C.M.U.C., y allí encontramos a Lindley..., él y Wittgenstein se pusieron a discutir de música moderna, lo cual fue bastante divertido. ¡A

Lindley no le gustaba todo ese rollo moderno, pero se ha corrompido! Al final, todos estos intérpretes acaban igual. [30.11.12]

Wittgenstein y Lindley vinieron a tomar el té: hubo una discusión muy animada acerca de la música moderna, Lindley la defendió en contra de nosotros dos. [28.2.13]

Fui con él a sus habitaciones. Poco después apareció un tal Mac'Clure –un estudiante aficionado a la música– y hubo una brutal discusión acerca de la música moderna: Mac'Clure contra Witt y yo. [24.5.13]

Etcétera, etcétera. La música no tenía por qué ser *muy* moderna para ser desaprobada por Wittgenstein, y es probable que esas anotaciones se refieran a conversaciones, digamos, acerca de Mahler o Schönberg. Dejando aparte a Labor, no hay constancia de que ni Pinsent ni Wittgenstein admiraran a nadie posterior a Brahms.

Wittgenstein le pidió a Pinsent que le acompañara durante otras vacaciones, esta vez por España, pagadas de nuevo por Wittgenstein, una oferta que la madre de Pinsent consideraría «demasiado buena como para rechazarla». Sin duda intrigados por la munificencia del amigo de su hijo, los padres de Pinsent fueron a tomar el té a las habitaciones de Wittgenstein. Fue una de esas ocasiones en que sus modales excepcionalmente buenos pudieron utilizarse para producir un magnífico efecto. El té se sirvió en vasos de precipitado de laboratorio («porque la vajilla normal es demasiado fea para él»), y «dejando aparte que estaba un tanto preocupado por sus deberes como anfitrión, [Wittgenstein] estaba en muy buena forma».

Cuando los padres de Pinsent se hubieron marchado, Wittgenstein procedió a sermonear a su amigo acerca de su carácter. Dijo que Pinsent era «ideal en todos los aspectos»:

... sólo que él [Wittgenstein] temía que con todos los demás excepto con él yo careciera de instintos generosos. En concreto, dijo que temía que yo no tratara a mis otros amigos tan generosamente. Al decir «generosamente» no se refería al significado vulgar de la palabra, sino que se hablaba de sentimientos de simpatía, etc.

Pinsent se lo tomó muy bien. «Fue muy amable al decir todo esto, y habló de una manera que nadie podía tomarse a mal.» No obstante, él se sentía inclinado a poner objeciones al juicio de Wittgenstein. Después de todo, éste sabía muy poco de sus otros amigos y de sus relaciones con ellos. Sin embargo, le concedió que quizá tenía razón al decir que trataba a Wittgenstein de modo distinto: después de todo, Wittgenstein era tan distinto de los demás («hasta creo que está un poco loco») que uno *tenía* que tratarle de modo distinto.

A medida que la amistad con Pinsent se hacía más estrecha, su relación con Russell era cada vez más tirante. Russell se sentía más y más inclinado a ver en Wittgenstein sus propios defectos corregidos y aumentados: creía que, al estar frente a Wittgenstein, sabía cómo se sentían los demás al encontrarse frente a él. «Me afecta del mismo modo en que yo te afecto a ti», le dijo a Ottoline:

> Conozco cada rincón y cada recodo de la manera en que te irrito y te deprimo sólo observando cómo él me irrita y me deprime; y al mismo tiempo le quiero y le admiro. También le influyo del mismo modo en que tú me influyes a mí cuando te muestras fría. El paralelismo resulta curioso en su conjunto. Se diferencia de mí del mismo modo en que yo me diferencio de ti. Es más penetrante, más creativo, más apasionado; yo soy más tolerante, más simpático, más juicioso. He exagerado el paralelismo en virtud de la simetría, pero hay algo de verdad en él.

El énfasis en este paralelismo puede que haya engañado a Russell. Él se sentía inclinado a ver los defectos de Wittgenstein como «característicos de los lógicos»: «Sus defectos son exactamente los míos: siempre analizando, arrancando las cosas de raíz, intentando obtener la verdad exacta de lo que uno siente por él. Me doy cuenta de que es algo que agota y mitiga el efecto que los demás puedan sentir hacia uno.» Pero la historia que nos cuenta como ilustración de tal cosa podría apuntar a una moraleja diferente: no a que Wittgenstein fuera demasiado analítico, sino a que él fuera demasiado distante:

> Ayer pasé un rato terrible con Wittgenstein entre la hora del té y la de la cena. Vino a analizar todo lo que va mal entre él y yo, y yo le dije que creía que sólo se trataba de nervios por ambas partes y que en el fondo todo iba bien. Luego él dijo que nunca sabía si yo decía la verdad o sólo era amable, de modo que me sentí humillado y rehusé decir nada más. Él siguió y siguió hablando. Me senté a mi mesa, cogí mi pluma y comencé a hojear un libro, pero él continuó. Al final le dije un tanto acerbamente: «Todo lo que necesitas es un poco de autocontrol.» Al final se fue con un aire de gran tragedia. Me había invitado a ir a un concierto por la noche, pero no ha venido, de modo que comencé a temer un suicidio. Sin embargo le encontré en su habitación más tarde (fui al concierto, pero al principio no le vi) y le dije que sentía haberme puesto de malhumor, y a continuación hablamos acerca de cómo podíamos mejorar la situación.

Quizá se veía obligado a mantenerse un poco al margen para evitar verse superado. Pero aunque Russell pudiera hacer oídos sordos a la arenga íntima de Wittgenstein, no podía oponer resistencia a sus embestidas filosóficas. Durante el verano, Wittgenstein tuvo una decisiva influencia en el desarrollo de Russell como filósofo, principalmente minando su fe en su propio juicio. Rememorando ese acontecimiento tres años des-

pués, Russell lo describió como «un suceso de primerísima importancia en mi vida», que había «afectado a todo lo que he hecho desde entonces»:

> ¿Recuerdas que en la época en que ibas a visitar a Vittoz [el médico de Ottoline] escribía copiosamente acerca de la teoría del conocimiento, que Wittgenstein había criticado con la mayor severidad?... Me doy cuenta de que tenía razón, y de que no hay la menor esperanza de que vuelva a hacer ninguna obra fundamental en filosofía. Mi impulso estaba hecho añicos, igual que una ola se hace pedazos contra las rocas. Estaba lleno de una desesperación absoluta... *Tenía* que escribir conferencias para Estados Unidos, pero me decidí por un tema de metafísica, aunque estaba y estoy convencido de que mi trabajo fundamental en filosofía es la lógica. La razón era que Wittgenstein me convenció de que lo que quería hacer en lógica era demasiado difícil para mí. De modo que no encontraba ninguna satisfacción vital para mi impulso filosófico en esa labor, y la filosofía perdió todo su atractivo para mí. Eso se debió a Wittgenstein más que a la guerra.

Todo eso que Russell «escribía copiosamente acerca de la teoría del conocimiento» era el principio de algo que él esperaba acabar viendo convertido en una obra importante. Surgió de su trabajo acerca de la materia, y en parte tuvo el estímulo de una invitación para dar unas conferencias en Estados Unidos. Ya había escrito el primer capítulo antes de mencionárselo siquiera a Wittgenstein. «Todo fluye», le escribió eufóricamente a Ottoline el 8 de mayo. «Todo está en mi cabeza dispuesto para ser escrito tan pronto como cojo la pluma. Me siento tan feliz como un rey.» Su euforia sólo duró el tiempo que lo mantuvo oculto a Wittgenstein. El hecho de que así lo hiciera parece indicar que nunca estuvo tan convencido de su valor como parecen indicar las cartas a Ottoline. Parecía saber instintivamente cuál sería la reacción de Wittgenstein ante su trabajo, que era de carácter metafísico más que lógico. Sin la menor duda a Wittgenstein le desagradaría la idea. «Cree que será la novelita de un chelín, cosa que detesta. *Es* un tirano.»

Russell avanzó a pesar de todo, y antes de final de mayo había escrito seis capítulos de lo que claramente se estaba convirtiendo en un volumen considerable. Luego vino el golpe que iba a hacer añicos su impulso y convencerle de que ya no era capaz de realizar ninguna obra fundamental en filosofía. Al discutir la obra, Wittgenstein puso una objeción a la teoría del conocimiento de Russell que al principio pareció sin importancia. Inicialmente, éste confiaba en que podría ser superada. «Tenía razón, pero creo que la corrección necesaria no es muy seria», le dijo a Ottoline. Justo una semana después, sin embargo, le pareció que el mismísimo fundamento de su trabajo había sido minado:

> Los dos estábamos de mal humor a causa del calor; le mostré una parte importante de lo que había escrito. Dijo que estaba todo mal, que

no me daba cuenta de las dificultades, que él había intentado seguir mi punto de vista y sabía que no podía funcionar. Yo no podía comprender su objeción, de hecho él se expresaba bastante mal, pero siento en mis entrañas que debe de tener razón, y que ha visto algo que a mí se me ha pasado por alto. Si yo también pudiera verlo no me importaría, pero como no es así resulta preocupante, y ya ha casi destruido el placer de mi escritura, sólo puedo seguir con lo que veo, y aun así tengo la sensación de que probablemente está todo mal, y que Wittgenstein me creerá un canalla deshonesto por seguir con ello. Bueno, bueno, es la joven generación llamando a la puerta, debo hacerle sitio en cuanto pueda, o me convertiré en un lastre. Pero en aquel momento me puse de muy mal humor.

Lo que da la medida de la falta de confianza de Russell es el hecho de que, aunque no comprendiera las objeciones de Wittgenstein, *creyera* que debían de estar justificadas. «Pero aunque lo estén», escribió con una ecuanimidad poco convincente, «no destruirán el valor del libro. Sus críticas tienen que ver con problemas que yo quiero dejarle a él.» En otras palabras, las críticas de Wittgenstein eran lógicas antes que metafísicas. Pero si, como creía Russell, los problemas de la filosofía eran *fundamentalmente* lógicos, ¿cómo podían no afectar al valor del libro? ¿Cómo podía ser sólido si sus fundamentos no lo eran? Cuando finalmente Wittgenstein fue capaz de poner sus objeciones por escrito, Russell admitió la derrota sin reservas. «Siento mucho oír que mi objeción a tu teoría del juicio te deja atónito», escribió Wittgenstein. «Creo que sólo puede ser eliminada mediante una teoría de proposiciones correcta.» Tal teoría era una de las cosas que Russell le había querido dejar a Wittgenstein. Convencido de que era algo al mismo tiempo necesario y más allá de sus propias capacidades, dio en pensar que ya no era capaz de aportar nada fundamental a la filosofía.

Esta convicción produjo en él una depresión casi suicida. El enorme trabajo en la teoría del conocimiento, comenzado con tal vigor y optimismo, estaba ahora abandonado. Pero como se veía obligado por contrato a dar una serie de conferencias en Estados Unidos, tenía que continuar preparándolas, aunque estuviera convencido de que el material que había escrito para ellas incurriera fundamentalmente en un error. «Debo de estar muy hundido», le dijo a Ottoline, «es la primera vez en mi vida que he fallado a la hora de ser honesto con mi trabajo. Ayer estuve a punto de suicidarme.» Cuatro meses antes había escrito: «Hace diez años podía haber escrito un libro con la reserva de ideas que ya tengo, pero ahora poseo un criterio más estricto de la exactitud.» Ese criterio había sido establecido por Wittgenstein, y era tal que se sentía incapaz de vivir de acuerdo con él. No recobró la fe en su trabajo hasta que Wittgenstein estuvo fuera de su camino, e incluso entonces sentiría la necesidad de tranquilizarse en su ausencia: «A Wittgenstein le gustaría lo que he hecho últimamente.»

Dice mucho de la generosidad del espíritu de Russell el hecho de que, aun devastado por las críticas de Wittgenstein hacia su obra, se alegrara cuando éste le informó –a final de verano de 1913– de que *su* trabajo iba bien. Le escribió a Ottoline: «No te puedes imaginar qué carga libera de mi ánimo esta noticia, me hace sentir casi joven y alegre.»

El propio Wittgenstein creía haber logrado un gran avance. Cuando a final de agosto se reunió con Pinsent en Londres, le ofreció una narración casi extática de sus «recientes descubrimientos», que eran, según Pinsent, «verdaderamente asombrosos, y han solventado todos los problemas en los que había estado trabajando insatisfactoriamente durante el último año». Constituían un sistema que era: «maravillosamente simple e ingenioso, y que parece aclararlo todo»:

> Naturalmente, ha dado al traste con gran parte del trabajo de Russell (es decir, el trabajo de Russell acerca de los conceptos fundamentales de la lógica; no tiene nada que ver con su obra puramente matemática –por ejemplo la mayor parte de sus *Principia*–). El principal interés de Wittgenstein reside en la parte más fundamental del tema pero Russell sería el último en tomárselo a mal, y por esa razón la grandeza de su obra no sufrirá mucho, pues es obvio que Wittgenstein es uno de los discípulos de Russell y tiena una enorme deuda con él. Sin embargo, el trabajo de Wittgenstein es realmente asombroso, y creo que la repugnante ciénaga de la filosofía está cristalizando realmente en una teoría severa de la lógica, la única porción de la filosofía acerca de la cual existe alguna posibilidad de que el hombre sepa algo, metafísica, etc.: existe el estorbo de la total falta de datos. Realmente la lógica es toda la filosofía. Todo lo demás, que así se denomina con tan poca precisión, o bien es metafísica –que es imposible, pues no hay datos– o ciencia natural, p. ej.: psicología.

Y aun así, de manera frustrante –a pesar de que parece ser que ya había desarrollado un sistema de lógica que transformaba completamente la filosofía–, todavía no hay constancia escrita del trabajo de Wittgenstein. Si las exageraciones de que el sistema «lo aclaraba todo» y «solucionaba todos los problemas» se deben a Wittgenstein o a Pinsent es algo imposible de decir. Pero unas semanas después nos enteramos por una carta de Wittgenstein a Russell de que: «Existen todavía algunos problemas *muy* difíciles (y también muy fundamentales) que han de solucionarse, y no comenzaré a escribir hasta que los haya solucionado de alguna manera.»

Pinsent había acordado reunirse con Wittgenstein con la idea de que irían juntos de vacaciones a España. Cuando se encontraron, sin embargo, le dijo que había cambiado de planes. España (por alguna razón no especificada) había dado paso a otras tres alternativas: Andorra, las Azores o Bergen, en Noruega. Pinsent tenía que elegir –«le inquietaba no mostrar preferencia por ningún plan en particular a fin de que yo pudiera elegir sin influencia alguna»–, pero era bastante obvio que la elección de Wittgenstein era Noruega, de modo que Pinsent optó por este plan. (De he-

cho, él hubiera preferido las Azores, pero Wittgenstein tenía miedo de que se encontraran con un tropel de turistas norteamericanos en el barco, «¡cosa que no puede soportar!».)

> ¡De manera que después de todo vamos a Noruega y no a España! ¡No tengo ni idea de por qué Wittgenstein habrá cambiado de idea en el último momento! Pero espero que en Noruega nos divirtamos mucho.

Antes de marcharse, Wittgenstein viajó a Cambridge para explicarle su nuevo trabajo a Russell y a Whitehead. Ambos, según Pinsent, se mostraron entusiasmados, y los dos estuvieron de acuerdo en que, bajo esa luz, el primer volumen de los *Principia* tendría que ser reescrito (si tal cosa fue así, Whitehead debió de cambiar de opinión posteriormente), quizá con el propio Wittgenstein encargándose de rehacer los once primeros capítulos: «¡Es un triunfo espléndido para él!»

A medida que asumía (o parecía asumir) más y más responsabilidad en el futuro de la lógica matemática russelliana, Wittgenstein se volvía cada vez más nervioso y susceptible. Cuando zarparon de Hull rumbo a Christiania (ahora Oslo), se desveló que Wittgenstein se hallaba de un humor que amenazaba con dar un mal giro:

> Poco después de zarpar, Wittgenstein apareció en un estado de terrible excitación diciendo que su baúl, con todos sus manuscritos dentro, se había quedado en Hull... Wittgenstein se hallaba en un estado terrible. Entonces, justo cuando ya se me había ocurrido enviar un cable para que lo buscaran, ¡encontraron el baúl en el pasillo, delante del camarote de alguien!

Llegaron a Christiania, donde se quedaron a pasar la noche antes de coger el tren hacia Bergen, el 1 de septiembre. En el hotel, Wittgenstein, parece ser que pensando en sus esporádicas diferencias en Islandia el año anterior, le comentó a Pinsent: «Hasta ahora nos hemos llevado espléndidamente, ¿no es cierto?» Pinsent respondió con la típica reserva inglesa. «Siempre encuentro excesivamente difícil responder a sus ardientes arrebatos, y supongo que esa vez intenté, de manera instintiva, quitarle importancia tomándomelo a la ligera; procuro evitar el entusiasmo hacia ese tipo de cosas.» Su reticencia ofendió profundamente a Wittgenstein, quien no le dirigió la palabra durante el resto de la velada.

A la mañana siguiente se encontraba «absolutamente mohíno e irritable». En el tren tuvieron que cambiar de asiento en el último momento porque Wittgenstein insistía en estar lejos de los turistas.

> Entonces apareció un simpático inglés y entabló conversación conmigo y finalmente insistió en que fuéramos a fumar a su compartimento,

pues el nuestro era de no fumadores. Witt se negó a moverse, y naturalmente y tuve que ir un rato al menos; hubiera sido violentamente grosero negarse. Regresé tan pronto como pude y le encontré en un estado terrible. Hice un comentario acerca de que el inglés era un tipo bastante raro, momento en el que se volvió y dijo: «Podría viajar todo el camino con él si quisiera.» Finalmente lo arreglamos todo charlando y le hice regresar a un estado de ánimo normal y afable.

«Tengo que ser terriblemente cuidadoso y tolerante cuando le dan esos arrebatos de mal humor», añade Pinsent. «Es –en su aguda sensibilidad– muy parecido al Levin de *Anna Karenina*, y piensa de mí las cosas más terribles cuando está de mal humor, pero después se siente muy arrepentido»:

> Me temo que ahora se encuentra en un estado neurótico más acusado de lo normal, y será muy difícil evitar del todo una fricción. Siempre conseguimos evitarla en Cambridge, donde no nos vemos demasiado: pero jamás comprenderá que se hace infinitamente más difícil cuando pasamos juntos tanto rato como ahora: y eso le confunde terriblemente.

La discusión en el tren pareció marcar algún tipo de punto de inflexión en sus relaciones. Durante el resto de su diario, Pinsent se refiere a Wittgenstein como Ludwig.

Al llegar a Bergen fueron a una oficina de turismo para hacer algunas averiguaciones referentes a dónde podían encontrar el tipo de lugar que Wittgenstein deseaba: un pequeño hotel, un lugar sobre un fiordo, ubicado en algún sitio agradable en el campo, completamente alejado de los turistas. Un lugar perfecto, en otras palabras, para que Wittgenstein se dedicara a la lógica sin que le molestaran. (En ese momento debió de resultar obvio que ésa era la razón de haber cambiado sus planes en el último minuto.) Ya había comenzado su trabajo en el hotel de Bergen. «Cuando está trabajando», anotó Pinsent, «murmura para sí mismo (en una mezcla de alemán e inglés), camina sin cesar de un lado a otro de la habitación.»

La oficina de turismo les encontró un lugar que satisfacía todas las condiciones: un pequeño hotel en un pueblecito llamado Öistesjo, sobre el fiordo de Hardanger, en el cual serían los únicos turistas, pues los otros diez clientes eran noruegos. Una vez allí fueron a dar un breve paseo, y Pinsent, siempre un entusiasta fotógrafo, llevaba su cámara, «lo cual fue la causa de otra escena con Ludwig»:

> Íbamos caminando de una manera perfectamente amigable cuando le dejé un momento para ir a tomar una foto, cuando le alcancé de nuevo ya estaba silencioso y mohíno. Fui junto a él en silencio durante media hora, y luego le pregunté qué le pasaba. Me pareció que mi entusiasmo al tomar esa foto le había disgustado; «como un hombre incapaz de pensar en nada, cuando pasea, más que en que la campiña sería perfecta para un

campo de golf». Tuve una larga charla con él, y finalmente hicimos las paces. Realmente se encuentra en un estado terriblemente neurótico: esta tarde se culpaba violetamente y expresó el más lastimoso disgusto contra sí mismo.

En una comparación irónicamente adecuada, Pinsent observa: «En este momento no exagero al decir que se encuentra tan mal (en su sensibilidad nerviosa) como Beethoven.» Quizá nadie le había dicho que Wittgenstein veía a Beethoven *exactamente* como «el tipo de persona que hay que ser».

De ahí en adelante, Pinsent tuvo gran cuidado en no ofender ni irritar a Wittgenstein, y el resto de las vacaciones transcurrió sin más escenas. Eso rápidamente se convirtió en una rutina que a Wittgenstein le fue perfectamente: por la mañana trabajaban, luego salían a caminar o a navegar a primera hora de la tarde, al caer el sol trabajaban, y jugaban al dominó por la noche. Para Pinsent resultaba bastante aburrido: «Justo lo suficiente como para evitar el aburrimiento.» Ni siquiera había la novedad ni la aventura de una excursión en pony a través de la campiña islandesa, y en su diario se ve obligado a demorarse en cualquier pequeño estímulo que encuentra en un hotel vacío (los demás huéspedes se habían marchado poco después de la llegada de Pinsent y Wittgenstein) situado en una zona aislada de Noruega, regresando una y otra vez, por ejemplo, a sus intentos de liberar el hotel de un nido de avispas que había encontrado en el tejado.

Para Wittgenstein, sin embargo, era perfecto. Era capaz de escribirle a Russell en un estado de gran alegría:

> Estoy sentado aquí, en este pequeño lugar en el interior de un bello fiordo y pensando en la detestable teoría de los tipos... Pinsent es un enorme alivio para mí. Hemos alquilado un pequeño bote de vela y con él vamos por el fiordo, o, mejor dicho, Pinsent es el que se encarga de la navegación y yo me siento en el bote y trabajo.

Una cuestión le importunaba:

> ¿Sacaré algo en claro? Sería horrible si no obtuviera ningún resultado y todo mi trabajo se perdiera. Sin embargo no pierdo el valor y sigo pensando... Con mucha frecuencia tengo la indescriptible sensación de que con toda seguridad mi trabajo se perderá enteramente de una manera u otra. Pero aún así conservo la esperanza de que no sea cierto.

El estado de ánimo de Wittgenstein –como siempre– fluctuaba junto con su capacidad de trabajo. Y era responsabilidad de Pinsent animarle cuando se deprimía por su falta de progresos. El 17 de septiembre, por ejemplo, leemos:

> Durante toda la mañana y la mayor parte de la tarde Ludwig estuvo muy triste e intratable y trabajó en lógica al mismo tiempo... De algún modo conseguí animarle –devolverle su estado de ánimo normal– y después del té fuimos juntos a dar un paseo (era un día bonito y soleado). Echamos a andar y me pareció que tenía alguna dificultad seria con la teoría de los tipos, la cual le había deprimido todo el día. Tiene un mórbido temor a morirse antes de haber dado una solución definitiva a la teoría de los tipos, antes de haber puesto por escrito todo su trabajo de alguna manera que sea inteligible para el mundo y de alguna utilidad para la ciencia de la lógica. Ya ha escrito mucho, y Russell le ha prometido publicar su trabajo caso de que fuera a morir, pero está seguro de que lo que ha escrito no está lo suficientemente bien expresado, de modo que deje absolutamente, claro sus verdaderos métodos de trabajo, etc., los cuales, naturalmente, son de más valor que sus resultados definitivos. Siempre dice que está seguro de que morirá dentro de cuatro años, sin embargo hoy era dentro de dos meses.

La sensación que embargaba a Wittgenstein de que podía morirse antes de ser capaz de publicar su trabajo se intensificó durante su última semana en Noruega, y le llevó a escribirle a Russell preguntándole si estaría dispuesto a reunirse con él «*lo antes posible* y concederme el tiempo suficiente para ofrecerte una visión de conjunto de lo que he hecho hasta ahora y si me permitirías tomar algunas notas para ti *en tu presencia*». A esto debemos la existencia de *Notas sobre lógica*, la más primitiva exposición del pensamiento de Wittgenstein.

En su angustia, esta sensación de *poder* morir pronto se convirtió en la firme convicción de que *iba* a morir. Todo lo que hacía o decía se basaba en esta asunción. No *temía* morir, le dijo a Pinsent, «sino que le preocupaba terriblemente permitir que los pocos momentos que le quedaban de vida se desperdiciaran»:

> Todo se basa en esa convicción absolutamente mórbida y enloquecida de que va a morir: no hay ninguna razón obvia por la que no deba vivir bastante tiempo. Pero no sirve de nada intentar disipar esa convicción ni su preocupación mediante razonamientos: no puede evitar ni esa convicción ni esa preocupación puesto que está loco.

Otra angustia relacionada con la anterior era la de que su trabajo sobre lógica, después de todo, quizá no fuera de ninguna utilidad: «y entonces su temperamento nervioso le habría causado una vida de desgracia y otras considerables inconveniencias; todo para nada».

Parece que Pinsent realizó un maravilloso trabajo a la hora de mantener elevado el ánimo de Wittgenstein a lo largo de todos estos ataques de angustia que le paralizaban: confortándole, tranquilizándole, jugando al dominó con él, llevándole a navegar, y sobre todo, quizá, haciendo música con él. Durante las vacaciones interpretaron juntos su repertorio de

unas cuarenta canciones de Schubert, Wittgenstein silbando y Pinsent tocando el acompañamiento.

Quizá no resulte sorprendente encontrar que sus apreciaciones de ese período de asueto son por completo distintas. Wittgenstein dijo que jamás había disfrutado tanto de unas vacaciones. Pinsent se mostraba menos entusiasta: «Me lo paso bastante bien... Pero vivir sólo con Ludwig en su actual estado neurótico resulta a veces agotador.» A su regreso, el 2 de octubre, juró que jamás volvería a viajar con Wittgenstein.

Al final de las vacaciones Wittgenstein «de pronto anunció un plan de lo más alarmante»:

> A saber: que debería exiliarse y vivir algunos años lejos de todas las personas que conoce –digamos en Noruega–. Que debería vivir enteramente solo y por su cuenta –una vida de ermitaño– y no hacer nada más que trabajar en lógica. Sus razones para ello me resultan muy extrañas, pero no hay duda de que para él son muy reales: en primer lugar creer que en tales circunstancias trabajará más y mejor que en Cambridge, donde dice que su constante propensión a la interrupción y a las distracciones (como por ejemplo los conciertos) resulta un terrible obstáculo. En segundo lugar cree que no tiene derecho a vivir en un mundo antipático (y naturalmente muy pocas personas le son simpáticas), un mundo en el que perpetuamente siente desprecio hacia los demás y los irrita a causa de su temperamento nervioso sin ninguna justificación para ese desprecio etc.; como por ejemplo ser realmente un gran hombre y haber hecho una obra realmente buena.

Parte del razonamiento resulta familiar: si va a comportarse como Beethoven, entonces debería, al igual que Beethoven, producir una obra realmente grandiosa. Lo que es nuevo es la convicción de que tal cosa es imposible en Cambridge.

Sin embargo, Wittgenstein no había tomado ninguna decisión definitiva acerca de ese plan, y seguía preparando un curso de conferencias acerca de filosofía que había aceptado impartir en el Working Men's College de Londres. El tema se decidió finalmente cuando llegaron a Newcastle de regreso a casa. Allí Wittgenstein recibió una carta de Gretl diciéndole que ella y su marido norteamericano, Jerome Stonborough, se iban a vivir a Londres. Eso pareció decidirlo todo. Le dijo a Pinsent que no podía vivir en Inglaterra si iba a estar perpetuamente sujeto a la posibilidad de una visita de los Stonborough.

Incluso convenció a Pinsent –que al principio se sentía inclinado a considerar la idea absurda– de que *debía*, después de todo, ir a Noruega a trabajar en lógica. Pues: «Ha resuelto muchas dificultades, pero todavía hay otras por solucionar.» Y: «La gran dificultad de este particular tipo de trabajo es que, a menos que establezca todos los fundamentos de la lógi-

ca, su trabajo será de poco valor para el mundo.» De modo que: «Realmente poca cosa separa el hacer realmente un gran trabajo de no conseguir prácticamente nada.»

Parece ser que Pinsent aceptó la fuerza de ese razonamiento, aunque no tenga nada que ver con el hecho de que los Stonborough estuvieran en Inglaterra, no explique por qué Wittgenstein tuviera que estar solo, y contraste vivamente con la opinión que había aceptado una semana antes (que lo importante era el *método de Wittgenstein, no sus resultados*). De hecho, el argumento parece ser una repetición de la terrible dicotomía planteada por Weininger: o grandeza o nada. Pero a fin de convertirlo en una razón inteligible para vivir lejos de Cambridge, uno quizá tendría que añadir otros dos temas weiningerianos: que el amor conduce a la grandeza y el deseo sexual es enemigo de ella; y que «el deseo sexual se incrementa con la proximidad física; el amor es más fuerte en ausencia del amado; necesita una separación, una cierta distancia para preservarlo».

La posibilidad de la grandeza, por tanto, exige una separación del amado.

5. NORUEGA

Como era de esperar, Russell opinó que el plan de Wittgenstein de vivir solo en Noruega durante dos años era insensato y lunático. Intentó disuadirle presentándole varias objeciones, todas las cuales fueron desestimadas:

> Le dije que estaría oscuro, y él dijo que odiaba la luz del día. Le dije que sería muy solitario, y él dijo que prostituía su mente hablando con personas inteligentes. Le dije que estaba loco y él dijo que Dios le guardara de la cordura. (Dios ciertamente lo hará.)

Antes de que Wittgenstein se embarcara de nuevo hacia Bergen, era importante para él y para Russell que dejara constancia escrita de su trabajo: para Wittgenstein debido a la convicción de que sólo le quedaban unos años (incluso meses) de vida; y para Russell porque esperaba utilizar las ideas de Wittgenstein en su inminente serie de conferencias en Estados Unidos, y porque también pensaba que era ahora o nunca (tenía la fuerte sospecha de que Wittgenstein se volvería completamente loco y/o se suicidaría durante su solitaria estancia en Noruega).

La dificultad era que la «conciencia artística» de Wittgenstein (como Russell la denominaba) le hacía extremadamente reacio a poner por escrito sus ideas de una manera imperfecta, y como todavía no las había formulado de manera perfecta, detestaba escribir nada en absoluto. Simplemente quería explicarle sus ideas a Russell de palabra. Éste, que consideraba el trabajo de Wittgenstein «tan bueno como cualquier otro que se haya hecho en lógica», hizo lo que pudo para seguir las explicaciones de Wittgenstein, y al encontrar sus ideas demasiado sutiles para retenerlas, le suplicó que las escribiera:

> Tras mucho gruñir dijo que no podía. Le insulté a conciencia y tuvimos una buena trifulca. Luego dijo que comentaría y anotaría cualquiera de sus comentarios que a mí me pareciera de valor, de modo que eso hicimos, y respondió bastante bien. Pero los dos nos quedamos totalmente agotados, y era lento.

Lo único que le impedía abandonar era su resuelta determinación «a extraer los pensamientos de W. con pinzas, por mucho que gritara de dolor».

Finalmente consiguió alguna constancia escrita de los pensamientos de Wittgenstein pidiéndole al secretario de Philip Jourdain (que había entrado en la habitación de Russell para pedir un libro prestado) que tomara notas en taquigrafía mientras Wittgenstein hablaba y Russell le hacía preguntas. Estas notas fueron completadas con un mecanoscrito que Wittgenstein dictó unos días más tarde, mientras estaba en Birmigham despidiéndose de Pinsent. Juntos, el dictado y el mecanoscrito constituyen las *Notas sobre lógica*: la primera obra filosófica de Wittgenstein.

La obra puede verse como una ampliación de su comentario a Russell a principios de verano de que la teoría de los tipos «debe volverse superflua mediante una adecuada teoría del simbolismo», y como un intento preliminar de dar con esa teoría. En sus detalles y en sus críticas a Russell es ciertamente muy sutil. Pero su idea fundamental es asombrosamente simple. A saber: «"A" es la misma letra que "A"» (un comentario que hizo que el taquígrafo comentara: «Bueno, de todos modos eso es cierto»). Esta perogrullada aparentemente trivial iba a conducir a la distinción entre mostrar y decir que está en el núcleo del *Tractatus*. El pensamiento –aquí de forma embrionaria– es que lo que la teoría de tipos *dice* no puede ser dicho, y debe ser *mostrado* mediante el simbolismo (mediante el hecho de que nosotros *veamos* que «A» es la misma letra que «A», el mismo *tipo* de letra que «B», y de un tipo distinto que «x», «y» y «z»).

Además de esta embrionaria teoría del simbolismo, las *Notas sobre lógica* contienen una serie de comentarios acerca de la filosofía que afirman inequívocamente la concepción que Wittgenstein tenía del tema, una concepción que permaneció –desde casi todos los puntos de vista al menos– inalterable durante el resto de su vida:

> En filosofía no hay deducciones; *es* puramente descriptiva.
> La filosofía no da imágenes de la realidad.
> La filosofía ni confirma ni confuta la investigación científica.
> La filosofía consiste en lógica y metafísica: la lógica es su base.
> La epistemología es la filosofía de la psicología.
> La desconfianza respecto de la gramática es el primer requisito para filosofar.

Tras despedirse de Pinsent, Wittgenstein se fue de Birmingham el 8 de octubre. «Fue triste separarme de él», escribió Pinsent.

> ... pero es posible que deba hacer una breve visita a Inglaterra el verano que viene (quedándose en Noruega hasta entonces y regresando después) y pueda verle de nuevo. Nuestras relaciones han sido caóticas, pero me alegro de que hayan existido: y estoy seguro de que él también se alegra.

El estallido de la guerra al verano siguiente significó que jamás volverían a verse.

Lo que Wittgenstein necesitaba (o creía necesitar) en 1913 era soledad. Encontró un lugar ideal: un pueblo llamado Skjolden, junto al fiordo Sogne, al norte de Bergen. Allí se alojó en casa del administrador de correos local, Hans Klingenberg. «Como apenas me encuentro con algún alma en este lugar», le escribió a Russell, «mi progreso con el noruego es extraordinariamente lento.» Ninguna de las dos frases es del todo cierta. De hecho, hizo amistad con algunas personas del pueblo. Aparte de los Klingenberg, conoció a Halvard Draegni, el propietario de una fábrica de cajas de embalar, Anna Rebni, granjera, y Arne Bolstad, por entonces un muchacho de trece años. Y sus progresos con el noruego eran tan rápidos que al cabo de un año era capaz de intercambiar correspondencia con sus amigos en ese idioma. Hay que admitir que el lenguaje de las cartas no era en exceso complicado ni sofisticado. Pero ello se debía menos a las limitaciones de su noruego que a la naturaleza de su amistad. De hecho, se trataba de ese tipo de cartas sencillas, directas y breves que a él tanto le gustaban: «Querido Ludwig, ¿cómo estás? Pensamos en ti con frecuencia» sería un ejemplo típico.

Por tanto, no estaba del todo separado del contacto humano. Pero se encontraba –y quizá eso es lo más importante– lejos de la *sociedad*, libre del tipo de obligaciones y expectativas impuestos por la vida burguesa, ya fuera la de Cambridge o la de Viena. El horror que sentía hacia la vida burguesa se basaba en parte en la naturaleza superficial que imponía a las relaciones entre las personas, pero también en parte en el hecho de que su propia naturaleza *le* imponía un conflicto casi insoportable cuando se enfrentaba a ella: el conflicto entre la necesidad de resistirse y la necesidad de adaptarse.

En Skjolden estaba libre de tales conflictos; podía ser él mismo sin la tensión que le causaba el importunar u ofender a los demás. Era una tremenda liberación. Se podía dedicar enteramente a sí mismo, o mejor dicho, a lo que él creía que era la misma cosa, a su lógica. Eso, y la belleza del paisaje –ideal para los paseos largos y solitarios que precisaba tanto para relajarse como para meditar– produjo en él una especie de euforia. Juntos creaban las perfectas condiciones para pensar. Fue quizá la única vez en su vida en que no tuvo dudas acerca de que se encontraba en el lugar adecuado, haciendo lo más adecuado; y el año que pasó en Skjolden fue quizá el más productivo de su vida. Años más tarde solía recordarlo como una época en que había tenido unos pensamientos que eran enteramente suyos, en la que había «dado a luz nuevos movimientos en el pensamiento». «¡*Entonces* mi mente estaba en llamas!», solía decir.

Al cabo de unas pocas semanas pudo escribirle a Russell para anunciarle algunas ideas nuevas e importantes, cuya consecuencia, al parecer

asombrosa, sería «¡¡que la totalidad de la lógica se deduce de una única P. P. (proposición primitiva)!!».

Russell, mientras tanto, hacía lo que podía para digerir las *Notas sobre lógica* y aprovecharlas para sus conferencias de Harvard. En el prefacio a la versión publicada de esas conferencias afirma:

> En el campo de la lógica pura, que será discutida brevemente en estas conferencias, me he beneficiado de descubrimientos vitalmente importantes, aún no publicados, de mi amigo Mr. Ludwig Wittgenstein.

Pero se trataba de algunos puntos que aún no tenía claros, y le envió a Wittgenstein una serie de cuestiones a la espera de que éste las dilucidara. Las respuestas fueron breves, y en su mayor parte le resultaron de alguna ayuda. Pero estaba demasiado lleno de nuevas ideas para encontrar agradable el proceso de volver sobre las viejas: «¿Una definición de los indefinibles generales? ¡Dios mío! ¡¡¡Eso es *demasiado* aburrido!!! ¡En otra ocasión!»

> Honestamente, te *escribiré* acerca de eso en otra ocasión, si por entonces aún no lo has averiguado todo. (Porque en el manuscrito está bastante claro, creo.) Pero en este momento estoy TAN preocupado con la Identidad que realmente soy incapaz de escribir ninguna parrafada larga. Todo tipo de cosas relacionadas con la nueva lógica parece estar creciendo dentro de mí, pero todavía no puedo escribirlo.

En la excitación provocada por este punto culminante de creatividad intelectual encontraba particularmente fastidioso dar explicaciones acerca de aspectos que ya estaban claros y bien definidos. En una carta de noviembre intentaba explicar por qué pensaba que la totalidad de la lógica debía proceder de una sola proposición primitiva. Pero cuando vio que Russell no acababa de comprenderlo, su paciencia se agotó:

> Te suplico que pienses en estos asuntos por ti mismo, me resulta INTOLERABLE repetir una explicación escrita que ya la primera vez di sólo con la *más absoluta repugnancia.*

Sin embargo, hizo un esfuerzo por clarificar su posición. Se basaba en su convicción de que, dado el método correcto de exponer las posibilidades de verdad de una proposición, es posible mostrar la verdad o falsedad de una proposición *lógica* sin conocer la verdad o falsedad de sus partes constituyentes. De este modo: «O llueve o no llueve» será verdad si «llueve» es verdadero o falso. Del mismo modo, no tenemos por qué saber nada del tiempo para saber que la afirmación: «Llueve y no llueve» es ciertamente falsa. Tales afirmaciones son proposiciones *lógicas*: la primera es una tautología (que siempre es cierta), y la segunda una contradicción (siempre falsa). Ahora, si tuviéramos un método para determinar si una

proposición dada es una tautología o no, una contradicción o no, entonces habría una sola regla para determinar la verdad o falsedad de *todas* las proposiciones de la lógica. Sólo hay que expresar esta regla en una proposición, y la totalidad de la lógica se verá deducida de una sola proposición (primitiva).

Este argumento funciona sólo si aceptamos que todas las proposiciones lógicas verdaderas son tautologías. Por eso Wittgenstein comienza su carta a Russell con la siguiente afirmación oracular:

> Todas las proposiciones de lógica son generalizaciones de tautologías, y todas las generalizaciones de tautologías son proposiciones de lógica. No hay otras proposiciones lógicas. (Veo esto como algo definitivo.)

«La gran cuestión ahora», le dijo a Russell, es: «¿Cómo debe constituirse un sistema de signos a fin de hacer que toda tautología sea reconocible como tal DE UNA SOLA Y ÚNICA MANERA? ¡Éste es el problema fundamental de la lógica!»

Posteriormente iba a afrontar este problema utilizando el así llamado método de las Tablas de Verdad (familiar a todos los estudiantes de lógica de hoy en día). Pero, por el momento, el punto culminante del *crescendo* había pasado. A medida que se acercaban las Navidades, el optimismo daba paso a la tristeza, y Wittgenstein regresaba a la mórbida convicción de que no le quedaba mucho de vida, y que por tanto jamás publicaría nada antes de morir. «Después de mi muerte», le insistía a Russell, «debes procurar que se edite el volumen de mi diario en el que se cuenta toda la historia.»

La carta finaliza: «Con frecuencia pienso que me estoy volviendo loco.» La locura tenía dos filos, la manía de los meses anteriores iba convirtiéndose además en depresión a medida que se acercaban las Navidades. Pues al llegar las vacaciones de Navidad: «POR DESGRACIA» debo ir a Viena.» No había manera de evitarlo.

> El hecho es que mi madre tiene grandes deseos de que vaya, tantos que se ofendería gravemente si no fuera; y tiene tan malos recuerdos de hace un año, en esta misma época, que no tengo valor para permanecer lejos de ella.

Y aun así: «el pensamiento de ir a casa me aterra». El único consuelo era que su visita sería breve y podría regresar a Skjolden al cabo de poco tiempo: «Estar solo aquí me hace un bien infinito, y no creo que pudiera soportar la vida entre las personas.»

La semana antes de marcharse escribió: «Mis días transcurren entre la lógica, silbar, pasear y estar deprimido.»

> Le pido a Dios ser más inteligente y que todo me resulte finalmente claro; ¡si no es así no tengo necesidad de vivir mucho más tiempo!

La claridad completa o la muerte: no hay término medio. Si no pudiera solventar: «la cuestión [que] resulta fundamental a la *totalidad* de la lógica» no tendría derecho a –o en cualquier caso deseo de– vivir. En eso no se podía transigir.

Al estar de acuerdo en ir a visitar a su familia en Navidades, Wittgenstein estaba transigiendo –iba contra sus propios impulsos– a fin de satisfacer el deber hacia su madre. Una vez allí, posteriores transigencias serían inevitables. La energía que con tanto éxito había canalizado hacia la lógica se disiparía una vez más en el esfuerzo de las relaciones personales. Su verdadera preocupación iba a quedar soterrada, pues, para complacer a su madre y al resto de la familia, adoptaría la máscara de hijo sumiso. Y lo peor de todo es que no tenía la fuerza ni el claro propósito de hacer una cosa distinta: no *podía* hacer nada que le hiciera incurrir en el riesgo de ofender gravemente a su madre. La experiencia le sumió en un estado de confusión paralizante. Se vio obligado a la conciencia de que, por muy cerca que estuviera de una claridad completa e intransigente en el campo de la lógica, estaba lejos de esa posición en su vida personal, en él mismo. Alternaba la resistencia y la resignación, la agitación y la apatía. «Pero», le dijo a Russell:

> ... en lo más profundo de mí hay una perpetua ebullición, como en el fondo de un géiser, y no dejo de esperar que las cosas entren en erupción de una vez por todas, de modo que pueda convertirme en una persona distinta.

Naturalmente, en este estado era incapaz de trabajar en lógica. Pero, en su tormento, ¿acaso no estaba enfrentándose a una serie de problemas igualmente importantes y que incluso tenían cierta relación? «La lógica y la ética», había escrito Weininger, «son fundamentalmente la misma cosa, no son más que el deber hacia uno mismo.» Era una opinión de la que Wittgenstein se hacía eco en su carta a Russell, quien, tal como Wittgenstein sabía a partir de sus discusiones en Cambridge, no lo veía bajo la misma luz:

> Quizá esta manera de pensar acerca de mí mismo te parezca una pérdida de tiempo, pero ¿cómo puedo ser un lógico antes de ser un ser humano? ¡Lo más importante *con mucho* es ajustar cuentas conmigo mismo!

Al igual que su lógica, este trabajo acerca de sí mismo sólo podía hacerse a la perfección en soledad, y regresó a Noruega lo más pronto posible. «Es MUY triste», le escribió a Russell, «pero de nuevo no tengo ninguna novedad lógica que comunicarte.»

> La razón es que las cosas me han ido terriblemente mal estas últimas

semanas. (A resultas de mis «vacaciones» en Viena.) Cada día me atormentaban por turno una terrible *Angst* y la depresión, e incluso en los intervalos me encontraba tan agotado que no era capaz ni de pensar en trabajar un poco. ¡Es indescriptiblemente horrible el tipo de tortura mental que eso puedo ser! No fue hasta hace dos días que pude oír la voz de la razón por encima de los aullidos de los condenados y comenzar a trabajar de nuevo. Y *quizá* me encuentre mejor ahora y pueda hacer algo decente. Pero *jamás* había sabido lo que significaba encontrarse sólo a *un* paso de la locura. ¡Esperemos lo mejor!

Había regresado con la determinación de liberarse de una vez por todas de los sórdidos compromisos de su vida. Y –creía que era un poco como darle una patada a un perro para ajustar cuentas con su amo– comenzó con sus relaciones con Russell. La primera andanada fue lo suficientemente suave: un rapapolvo amable y camuflado acerca de la tendencia de Russell a transigir:

¡Mis mejores deseos para tu ciclo de conferencias en Estados Unidos! Quizá te resulte una oportunidad más favorable de lo usual para contarme tus *pensamientos* y no *sólo* resultados a palo seco. ESO sería del mayor valor imaginable para tu público, llegar a saber el valor del *pensamiento* y no el de un resultado a palo seco.

Pero esto apenas debió de preparar a Russell para lo que iba a venir a continuación. Él contestó, tal como le dijo a Ottoline, de una manera «demasiado cortante». Lo que dijo de hecho, no lo sabemos, aunque una conjetura razonable es que mostrara impaciencia con los puntos señalados por Wittgenstein acerca de sus inminentes conferencias, que criticara el perfeccionismo de Wittgenstein (tal como había hecho en el pasado) y que justificara su propia disposición a publicar obras imperfectas.

Sea lo que fuere, resultó suficiente –en el estado de ánimo en que Wittgenstein se encontraba entonces– para convencerle de que había llegado el momento de romper todas sus relaciones con Russell. En lo que era claramente la última carta que tenía la intención de escribirle, le explicó que había pensado mucho en su relación, y había «llegado a la conclusión de que realmente ya no encajamos el uno con el otro»:

¡ESTO NO ES EN ABSOLUTO UN REPROCHE!, ni para ti ni para mí. Pero es un hecho. Con frecuencia hemos mantenido conversaciones incómodas cuando surgían ciertos temas. Y la incomodidad no era consecuencia del mal humor por uno u otro lado, sino de las enormes diferencias en nuestras maneras de ser. Te ruego seriamente que no creas que quiero hacerte ningún reproche ni soltarte un sermón. Sólo quiero aclarar nuestra relación *a fin de extraer una conclusión*. Nuestra última riña también fue, ciertamente, no simplemente el resultado de tu sensibilidad o de mi falta de consideración. Procedía de mucho más adentro, del hecho de que mis

cartas te habrán permitido ver cuán diferentes son nuestras ideas, P. EJ: acerca del valor de una obra científica. Naturalmente, fue estúpido por mi parte haber escrito tan prolijamente acerca de esa materia: debería haberme dicho que tales diferencias no pueden resolverse por medio de una carta. Y éste es sólo un ejemplo de entre *muchos*.

Los juicios de valor de Russell, concedía, eran tan buenos y tan bien fundamentados como los suyos, pero –por esa razón– no podía haber ninguna relación *verdadera* de amistad entre ellos:

> *Me sentiré agradecido y fiel a ti* CON TODO MI CORAZÓN *durante toda mi vida, pero no volveré a escribirte y tampoco volverás a verme.* Ahora que estoy de nuevo reconciliado contigo quiero separarme de ti *en paz*, a fin de que no lleguemos a enojarnos el uno con el otro y nos convirtamos en enemigos. Te deseo todo lo mejor y te suplico que no me olvides y pienses en mí frecuentemente y *con sentimientos amistosos.* ¡Adiós!
>
> Tuyo *siempre*,
> LUDWIG WITTGENSTEIN

«Yo diría que su estado de ánimo no tardará en cambiar», le dijo Russell a Ottoline tras mostrarle la carta; «Creo que no me importa por él, sino sólo por la lógica.» Y después: «Realmente me importa mucho. Es culpa mía, he sido demasiado cortante con él.»

Logró contestar de tal modo que ablandó la resolución de Wittgenstein de no volver a escribirle nunca. El 3 de marzo Wittgenstein le escribió diciendo que la carta de Russell había estado: «*tan* llena de amabilidad y amistad que no creo tener el derecho de dejarla sin respuesta». Wittgenstein, sin embargo, permaneció decidido en el punto central: «nuestras riñas no surgen *sólo* de razones externas tales como el nerviosismo o el exceso de fatiga, sino que –al menos por *mí* parte– tienen raíces *muy* profundas»:

> Puede que tengas razón al decir que *nosotros* no somos *tan distintos*, pero *nuestros ideales* no podrían serlo más. Y por eso no hemos sido capaces y *jamás* lo seremos de hablar de nada concerniente a nuestros juicios de valor sin ser hipócritas o pelearnos. *Creo que esto es incontestable*; lo había observado hace mucho tiempo; y para mí era terrible, porque corrompía nuestras relaciones; parecíamos estar el uno al lado del otro en un pantano.

Si iba a seguir teniendo algún tipo de relación, tendría que ser sobre un fundamento del todo distinto, en el que «cada uno pueda ser del todo franco con el otro». Y, como sus ideales eran francamente irreconciliables, éstos tendrían que excluirse. Podían evitar la hipocresía o la lucha *sólo* «restringiendo nuestra relación a la comunicación de hechos capaces

de ser establecidos objetivamente, quizá con alguna mención a los sentimientos amistosos del uno con el otro»:

> Ahora quizá digas: «Las cosas han funcionado más o menos hasta el presente. ¿Por qué no seguir del mismo modo?» Pero estoy *demasiado* cansado de esta transigencia constante y sórdida. Hasta ahora mi vida ha sido un desagradable caos, pero ¿acaso esto ha de seguir indefinidamente?

Él, por tanto, presentaba una propuesta que, creía, permitiría que su relación prosiguiera sobre una «base más genuina»:

> Carteémonos acerca de nuestro trabajo, nuestra salud, y cosas así, pero evitemos en nuestra comunicación cualquier tipo de juicio de valor.

Se trataba de una plan al que se adhirió durante el resto de su correspondencia con Russell. Siguió firmando como «tu fiel amigo»; le escribió acerca de su trabajo y le habló de su salud. Pero la intimidad que previamente les había permitido hablar de «música, moral, y de multitud de cosas aparte de lógica», desapareció. Y la simpatía intelectual que sobrevivió a *esa* ruptura iba a desaparecer enteramente como resultado de los cambios operados en cada uno de ellos por la Primera Guerra Mundial, cambios que acentuaron e incrementaron las diferencias entre ellos.

Como repetidamente subrayaba Wittgenstein en sus cartas, su amistad con Russell había sufrido tensiones a causa de sus diferencias durante un año, a pesar del espejismo de Russell de que era su *similitud* la causante del problema. Incluso sus discusiones filosóficas, mucho antes de que Wittgenstein se hubiera marchado a Noruega, habían perdido su carácter de cooperación. De hecho, durante su último año en Cambridge en realidad no había discutido ninguna de sus ideas con Russell; simplemente le había informado de ellas, se las había entregado, como si fuera boletines de lógica. Ya en noviembre anterior, cuando había escrito a Moore instándole para que fuera a Noruega para discutir su trabajo, le había expresado la opinión de que no había nadie en Cambridge con quien tal cosa fuera posible; nadie «que no esté ya anticuado y que *realmente* esté interesado en el tema»:

> Ni siquiera Russell –quien naturalmente se encuentra bastante lúcido para su edad– resulta ya maleable para *este* propósito.

A medida que su relación con Russell quedaba cercenada en primera instancia, para luego pasar a un plano de menor intimidad, las propuestas de Wittgenstein a Moore para que fuera a visitarle se volvían cada vez más insistentes. Moore se mostraba un tanto reacio, y probablemente ya lamentaba habérselo prometido. Pero las exigencias de Wittgenstein no

permitían ningún rechazo: «*Debes venir tan pronto como acabe el trimestre*», le escribió el 18 de febrero:

> ¡Espero ansiosamente tu venida, más de lo que puedo expresar! Me aburro a muerte con la Logik y lo demás. Pero espero no morirme antes de que vengas, porque en ese caso no podríamos discutir *demasiado*.

«Logik» es probablemente una referencia a una obra que Wittgenstein estaba escribiendo, y que había planeado enseñar a Moore con la intención de presentarla para obtener su licenciatura. En marzo le escribió: «*Creo*, ahora, que Logik se halla muy cerca de estar acabada, si es que ya no lo está.» Y aunque Moore, mientras tanto, le había dado una nueva excusa –tenía que quedarse en Cambridge para trabajar en un artículo–, Wittgenstein no parecía muy dispuesto a aceptarla:

> ¿Por qué demonios no escribes tu artículo *aquí*? Tendrás una *sala de estar* con una espléndida vista PARA TI SOLO y yo te dejaré tan solo como desees *(de hecho todo el día, si es necesario)*. Por otro lado *podríamos* vernos siempre que alguno de los dos lo deseara. Y *podríamos* hablar de nuestros asuntos (lo cual *puede* ser divertido). ¿O es que necesitas *muchos* libros? Mira, yo tengo MUCHÍSIMO que hacer, de modo que no te molestaré lo más mínimo. *Toma* el barco que sale de Newcastle el 17 y llega a Bergen el 19 y haz tu trabajo aquí (puedo ejercer una influencia positiva en él evitando demasiadas repeticiones).

Finalmente, Moore venció su reticencia a enfrentarse con los rigores del viaje –y con la perspectiva aún más amedrentadora de estar a solas con Wittgenstein– y consintió en ir. Salió para Bergen el 24 de marzo, y dos días más tarde Wittgenstein fue allí a esperarle. Su visita duró dos semanas, y cada tarde la pasaban en «discusiones» en las que Wittgenstein hablaba y Moore escuchaba («*él* discute», se quejaba Moore en su diario).

El 1 de abril, Wittgenstein comenzó a dictarle a Moore una serie de notas sobre lógica. Ya sean la totalidad de la obra referida anteriormente con el nombre de «Logik», o simplemente una selección, al menos podemos inferir que contienen las partes más importantes. Su punto central es una enfática insistencia en la discusión entre *decir* y *mostrar*, que estaba sólo implícita en las notas dictadas a Russell el año anterior. Las notas comienzan:

> Las proposiciones así llamadas lógicas *muestran* las propiedades lógicas del lenguaje y por tanto del universo, pero no *dicen* nada.

Las notas bosquejan cómo esa distinción nos permite lograr, tal como le había dicho anteriormente a Russell, el objetivo deseado: una teoría del simbolismo que mostrara que la teoría de tipos era superflua. Que hay di-

ferentes tipos de cosas (objetos, hechos, relaciones, etc.) es algo que no puede decirse, pero se *muestra* al haber diferentes tipos de símbolos, y la diferencia es tal que inmediatamente puede *verse*.

Wittgenstein veía su trabajo como un avance considerable sobre las notas que anteriormente le había dictado a Russell, y era, al menos por el momento, su última palabra sobre el tema. Le escribió a Russell urgiéndole a que leyera las notas de Moore. «Ahora he caído en un estado de agotamiento y ni puedo trabajar ni explicar lo que he hecho anteriormente»:

> Sin embargo, se lo expliqué *en detalle* a Moore cuando estuvo conmigo, y tomó bastantes notas. De modo que lo mejor es que lo averigües por él. En estas notas hay muchas cosas nuevas. La mejor manera de comprenderlo todo sería que leyeras por ti mismo las notas de Moore. Probablemente pasará algún tiempo antes de que pueda sacar a la luz algo nuevo.

A su regreso a Cambridge, Moore –tal como le había solicitado Wittgenstein– hizo averiguaciones respecto de si «Logik» podría servir como tesis de licenciatura. Para ello pidió consejo a W. M. Fletcher (tutor de Wittgenstein en el Trinity), y se le dijo que, según la reglamentación que habían de seguir las tesis, el trabajo de Wittgenstein no cumplía las normas estipuladas. Se le exigía que la tesis contuviera un prefacio y unas notas que indicaran las fuentes de las que procedía la información, y especificara las partes de la tesis cuya originalidad reclamaba y las partes que se basaban en la obra de otras personas.

Moore, de acuerdo con esto, escribió a Wittgenstein para explicarle la situación. Wittgenstein se sintió ultrajado. ¿Que su obra –«el próximo gran paso en filosofía»– no tenía derecho a recibir una tesis de licenciatura? ¡Y sólo porque no estaba rodeada de la acostumbrada parafernalia de erudición del estudiantillo! Eso era demasiado. Ya había sido un gran error ofrecer margaritas a los cerdos; que éstos las rechazaran era intolerable. El 7 de mayo dio rienda suelta a sus sentimientos en una carta brutalmente sarcástica dirigida a Moore, la cual, por entonces, puso fin a su amistad con Moore y a sus esperanzas de obtener un título de Cambridge:

> Querido Moore:
>
> Tu carta me enojó. *¡Cuando escribí Logik no consulté las Reglamentaciones*, y por tanto creo que lo justo sería que me dierais mi título sin consultarlas tampoco! Por lo que respecta al prefacio y a las notas; creo que mis examinadores verán fácilmente cuánto he plagiado a Bosanquet. Si yo no merezco que hagan una excepción conmigo *aunque sea en algunos* ESTÚPIDOS *detalles*, entonces es mejor que me vaya al INFIERNO directamente; y si lo *merezco* y no hacéis esa excepción, entonces –por Dios– idos *vosotros* al infierno.

Todo este asunto es demasiado estúpido y demasiado repugnante como para seguir escribiendo acerca de él.

L.W.

El ataque a Moore era injustificable: él no era responsable de las normas, ni era su trabajo hacerlas cumplir: simplemente le hizo saber a Wittgenstein cuál era la situación de éste al respecto. Además no estaba acostumbrado a que se dirigieran a él de ese modo, y se quedó profundamente molesto por el tono de la carta. Lo injusto de sus palabras le causó una profunda conmoción, y la brutalidad le hizo enfermar físicamente. Su diario del 11 al 15 de mayo le muestra aturdido aun días después de haber recibido el golpe. No contestó.

Tampoco contestó cuando, casi dos meses después, el 3 de julio, recibió una carta en cierto modo más amistosa y casi contrita, escrita después de que Wittgenstein hubiera abandonado Noruega para pasar el verano en Viena.

Querido Moore:

Al ordenar algunos papeles antes de irme de Skjolden me encontré con esa carta tuya que me puso tan furioso. Y al leerla de nuevo me di cuenta de que probablemente no tenía razones suficientes para escribirte como lo hice. (Tampoco es que tu carta me guste lo más mínimo *ahora.*) Pero en cualquier caso mi ira se ha enfriado y preferiría que fuéramos amigos de nuevo. Considero que me he esforzado lo suficiente, pues *no* le escribiría esto a muchas personas, y si no me respondes entonces no volveré a escribirte.

«Creo que no contestaré», escribió Moore en su diario, «porque realmente no quiero volver a verle». Su resolución se debilitó varias veces durante los años siguientes. El nombre de Wittgenstein aparecía en la conversación con Russell o con Desmond MacCarthy, y siempre que así ocurría se preguntaba si había hecho bien en no contestar. Y aunque Wittgenstein (indirectamente, a través de Pinsent) le rogó que se pusiera en contacto con él, Moore no lo hizo, y esa brecha en su amistad no se zanjó hasta que, cuando Wittgenstein regresó a Cambridge en 1929, se encontraron por casualidad en el tren. Pero a lo largo de estos años pensó tanto en Wittgenstein que contempló la posibilidad de escribir un diario dedicado a «lo que pienso de Wittgenstein».

Después de la visita de Moore, como ya hemos visto, Wittgenstein cayó en un estado de agotamiento. Incapaz por el momento de seguir trabajando en lógica, se dedicó a construirse una pequeña casa sobre la ladera del fiordo Sogne, aproximadamente a una milla del pueblo. Tenía la intención de convertirla en una residencia más o menos pemanente, o al menos en un lugar en el que vivir hasta que hubiera finalmente solven-

tado todos los problemas fundamentales de la lógica. Pero su trabajo en ese campo no había acabado cuando, en julio, regresó a Viena para huir de la temporada turística en Noruega. Su intención era estar fuera sólo durante el verano, pasando una parte del tiempo con su familia en Viena y la otra parte de vacaciones con Pinsent. Pero no iba a regresar a Noruega hasta el verano de 1921, y para entonces los problemas fundamentales de la lógica –al menos temporalmente– ya se habían resuelto.

6. TRAS LAS LÍNEAS

Wittgenstein regresó al Hochreit hacia finales de junio de 1914. Su intención era pasar allí el principio del verano, antes de tomarse unas vacaciones de dos semanas con Pinsent, que comenzarían a final de agosto, y, finalmente, visitar a los viejos amigos de Inglaterra (por ejemplo Eccles), antes de regresar a Noruega en otoño, y allí vivir en su nueva casa y acabar su libro.

Durante todo julio, a medida que la crisis posterior al asesinato del archiduque Francisco Fernando empeoraba y las potencias europeas se preparaban para la guerra, Wittgenstein y Pinsent se cartearon a propósito de sus vacaciones. ¿Debían ir a España, tal como habían planeado, o a algún lugar más remoto? Finalmente se pusieron de acuerdo en encontrarse en el Grand Hotel de Trafalgar Square el 24 de agosto, y allí decidir adónde irían. En su respuesta a una carta de Eccles fechada el 28 de junio (el mismísimo día del asesinato del archiduque), en la que Eccles le hablaba a Wittgenstein de su nueva casa y de su hijo –«el pequeño desconocido»–, nos encontramos con que Wittgenstein le promete a Eccles, totalmente confiado, visitarle en Manchester alrededor del 10 de septiembre, cuando él y Pinsent regresaran del lugar adonde decidieran ir. «Espero que el pequeño desconocido siga bien», contestó Wittgenstein, «y espero que se haya convertido en un muchacho.»

Eccles había escrito a Wittgenstein pidiéndole consejo acerca de un mobiliario para su dormitorio –guardarropa, botiquín y tocador– que había diseñado y se proponía hacer que le fabricaran. Tenía tanta fe en el juicio de Wittgenstein respecto a estas cuestiones que su nuevo salón era una copia de la habitación de Wittgenstein en Cambridge: alfombra azul, un cuadro negro, paredes amarillas. «El efecto», le dijo a Wittgenstein, «es enormemente admirado por todos.»

El propio criterio de Eccles acerca del buen diseño queda bosquejado en la carta: la mayor utilidad, el método de construcción más fácil y la absoluta simplicidad eran, dijo, las únicas cosas que había tomado en consideración. Eran criterios que Wittgenstein podía estar dispuesto a aprobar. «Espléndido», fue su veredicto de los diseños de Eccles, sugiriendo sólo algunas alteraciones en el guardarropa, basadas pura-

mente en consideraciones funcionales. «No veo ningún dibujo de la cama», añadió:

> ... ¿o es que vas a aceptar la que te proporcionen los fabricantes? Si es así, *insiste* en que quiten todos esos cochinos caprichos de fantasía. ¿Y por qué la cama debe sustentarse sobre rodillos? ¡No vas a viajar en ella en tu propia casa! Por todos los medios has de procurar que todo lo demás se haga según tú diseño.

Aunque Wittgenstein y Eccles coincidían en sus preferencias por el diseño funcional, despojado de cualquier ornamentación, creo que podemos asumir que para Wittgenstein el asunto tenía una importancia cultural e incluso ética de la que carecía para Eccles. Para los intelectuales de la *Jung Wien*, la abominación hacia toda ornamentación innecesaria estaba en el centro de una revuelta más general contra lo que ellos veían como la pose vacía que caracterizaba a la cultura decadente del imperio Habsburgo. La campaña de Karl Kraus en contra del *feuilleton*, y el edificio de Adolf Loos ostentosamente despojado de adornos de la Mischlerplatz, eran dos aspectos de la misma lucha. Que Wittgenstein, hasta cierto punto, se identificaba con la lucha es evidente a partir de su admiración hacia sus dos protagonistas principales.

Mientras estaba en Noruega, Wittgenstein se había encargado de que le enviaran *Die Fackel*, y se había encontrado con un artículo escrito por Kraus acerca de Ludwig von Ficker, un escritor que era admirador de Kraus y editor él mismo de una publicación krausiana editada en Innsbruck y llamada *Der Brenner* («El Incendiario»). El 14 de julio Wittgenstein le escribió a Ficker ofreciéndose a transferirle la suma de 100.000 coronas, con la petición de que distribuyera el dinero «entre los artistas austríacos que carecen de medios». «Me confío a usted en este asunto», le explicó, «ya que doy por sentado que se relaciona usted con muchos de nuestros mejores talentos, y sabe cuáles de entre ellos necesitan más apoyo.»

Como es natural, Ficker se quedó atónito ante esa carta. No conocía a Wittgenstein ni había oído hablar de él, y opinó que había que comprobar ese ofrecimiento de poner a su disposición una suma de dinero tan grande (100.000 coronas era el equivalente a 4.000 libras en 1914, y, por tanto, quizá a 40.000 o 50.000 libras de hoy en día). Le contestó preguntándole si podía tomar esa oferta con absoluta seriedad, si no era una broma. «A fin de convencerle de que soy sincero en mi oferta», respondió Wittgenstein, «probablemente no pueda hacer nada mejor que transferirle la suma de dinero; y tal cosa ocurrirá la próxima vez que vaya a Viena.» Le explicaba que a la muerte de su padre había heredado una gran fortuna, y: «En tales ocasiones es costumbre donar una suma para casos de caridad.» Había elegido a Ficker «a causa de lo que Kraus escribió en *Die Fackel* acerca

de usted y su periódico, y debido a lo que usted escribió acerca de Kraus».[1]

Tras recibir esta carta y concertar una cita con Wittgenstein en la casa de la Neuwaldeggergasse para el 26-27 de julio, Ficker procuró averiguar algo de él a partir de sus amigos vieneses. Por el pintor Max von Esterle se enteró de que el padre de Wittgenstein había sido uno de los más ricos *Kohlen-Juden* del imperio, y un generoso mecenas de las artes plásticas. Tranquilizado respecto de la sinceridad de la oferta de Wittgenstein, Ficker viajó a Viena para conocerle en persona y discutir la distribución del dinero. Se quedó dos días en la casa de Wittgenstein en la Neuwaldeggergasse. Wittgenstein (dijo Ficker en una semblanza publicada en 1954) le recordó las figuras de Aliosha en *Los hermanos Karamazov* y de Mishkin en *El idiota*: «Da una primera impresión de conmovedora soledad.»

Un tanto para la sorpresa de Ficker, durante ese fin de semana juntos hablaron muy poco del asunto que les había reunido. De hecho, el tema de la asignación fue abordado sólo el segundo día de su visita. Inicialmente, Wittgenstein parecía más ansioso por hablarle a Ficker un poco de sí mismo. Le puso al corriente de su trabajo en lógica y de su relación con la obra de Frege y Russell. También le habló de su cabaña en Noruega, de que vivía ahora entre los campesinos noruegos, y de su intención de regresar a Noruega para proseguir su obra. Era difícil resistirse a la conclusión de que el ofrecimiento de Wittgenstein no estaba sólo motivado por la filantropía, sino por el deseo de establecer algún contacto con la vida cultural vienesa. Después de todo, había cortado la comunicación con sus amigos de Cambridge, Russell y Moore, desesperando de que llegaran a comprender alguna vez sus ideales y su sensibilidad. Quizá fuera mejor comprendido entre los austríacos.

Mientras estaba en Viena, Ficker presentó a Wittgenstein a Adolf Loos. Esta presentación fue para Wittgenstein el momento culminante de su visita. «Me hace muy feliz haber podido conocer a Loos», le escribió a Ficker el 1 de agosto. De hecho, tan próximas eran sus preocupaciones y actitudes en esa época, que se dice que Loos exclamó al conocer a Wittgenstein: «¡Usted es yo!»

Cuando por fin se pusieron a discutir el desembolso del dinero, una

1. Kraus había escrito acerca de la publicación de Ficker: «El hecho de que la única revista honesta de Austria se publique en Innsbruck debería ser conocido, si no en Austria, al menos en Alemania, cuya única revista honesta se publica también en Innsbruck.» *Der Brenner* había iniciado su publicación en 1910. Su nombre se hace eco del nombre del periódico de Kraus («La Antorcha»), y anuncia su intención de prolongar la obra de Kraus. Allí donde Kraus satirizaba el pensamiento y la literatura ramplones de Austria, Ficker procuraba publicar colaboraciones carentes de tal ramplonería. Su mayor éxito, y quizá aquello que le dio más fama, fue el ser el primero en reconocer el genio del poeta Georg Trakl. Desde octubre de 1912 hasta julio de 1914, ningún número de *Der Brenner* apareció sin alguna obra de Trakl. También publicó trabajos de Hermann Broch, Else Lasker-Schüler, Carl Dallago y Theodor Haecker, y, para cuando Wittgenstein le escribió a Ficker, *Der Brenner* había consolidado una reputación como la primera revista literaria de la vanguardia alemana.

de las condiciones de Wittgenstein fue que 10.000 coronas debían ir a la propia *Brenner*; el resto se lo daba a Ficker para que él lo distribuyera.

Éste ya había decidido quiénes serían los principales beneficiarios: Rainer Maria Rilke, Georg Trakl y Carl Dallago. Cada uno recibiría 20.000 coronas. Rilke es uno de los pocos poetas modernos por los que, sabemos, Wittgenstein sentía admiración, y recibió bien la sugerencia de Ficker. También aceptó de inmediato el nombre de Trakl. No hizo ningún comentario acerca de Dallago, una figura bohemia, muy conocida en la época como escritor y filósofo. Colaborador regular de *Der Brenner*, se había adherido a una corriente antimaterialista y anticientífica que asumía el misticismo oriental y una celebración de la parte emocional y «femenina» de la naturaleza humana.

De las restantes 30.000 coronas, al escritor Karl Hauer (amigo de Trakl y antiguo colaborador de *Die Fackel*) y al pintor Oskar Kokoschka les correspondieron 5.000 a cada uno; 4.000 a Else Lasker-Schüler (poeta y colaborador regular de *Der Brenner*); y a Adolf Loos y a los escritores Theodor Haecker, Theodor Däubler, Ludwig Erik Tesar, Richard Weiss y Franz Kranewitter, 2.000 a cada uno; y a Hermann Wagner, Josef Oberkofler, Karl Heinrich y Hugo Neugebauer, 1.000 a cada uno.

Otro colaborador de *Der Brenner*, el escritor expresionista Albert Ehrenstein, parece que también se benefició de la asignación que hizo Ficker del dinero. Eso, al menos, creía Wittgenstein. «Una vez le ayudé financieramente sin realmente tener la intención de hacerlo», le diría posteriormente a Paul Engelmann. En agradecimiento, Ehrenstein le había enviado dos de sus libros, *Tubusch* y *Un hombre grita*, que Wittgenstein declaró eran: «sencillamente una porquería, si no me equivoco».

Es muy dudoso que conociera la obra de la mayoría de artistas a los que ayudó, y todavía más dudoso que la hubiera admirado en caso de conocerla. De sus respuestas a las cartas de gratitud que Ficker le remitió, no hay signo alguno de que sintiera admiración por la mayoría de ellos, y, de hecho, su reacción revela un cierto desdén por todo el asunto. La primera carta que recibió fue de Dallago. Wittgenstein se la devolvió inmediatamente a Ficker: «No sé si a usted le sirve para algo, pero se la devuelvo de todos modos.» Y cuando posteriormente se le envió una colección de estas cartas, las devolvió todas, diciendo que no las necesitaba como documentos, y: «como muestra de agradecimiento –para ser franco– la mayor parte de ellas me resultaron altamente desagradables. Había un cierto tono degradante, casi de timo, etc.».

Algo de esta distancia que sentía respecto de los artistas «necesitados» fue percibida por al menos uno de los beneficiarios, Theodor Haecker, cuyas traducciones al alemán de Kierkegaard fueron publicadas en *Der Brenner*, y que contribuyó en gran medida a estimular el interés de los intelectuales austríacos por el filósofo danés en la época anterior a la Segunda Guerra Mundial. Haecker, al principio, se sintió inclinado a rechazar el dinero. La condición específica de las instrucciones que Wittgenstein le había dado a Ficker era que el dinero debía ir a parar a artistas en

estado *de necesidad*, y ésa era, arguyó, una condición que él no cumplía. Sería diferente si una persona rica hubiera quedado tan impresionada por sus traducciones de Kierkegaard que deseara pagarle por ellas: «Pero una donación que por expreso deseo del patrocinador debe ir aparejada a la condición de necesidad del receptor, es algo que no puedo aceptar.» En su réplica Ficker le expuso que, de acuerdo con los deseos del benefactor, se había considerado oportuno concederle a Haecker una parte de la donación. Haecker se quedó más tranquilo y aceptó el dinero, pero no hay indicio de que Wittgenstein se enorgulleciera más de haber ayudado a Haecker que de haber ayudado a Ehrenstein.

Sólo de tres de los beneficiarios podemos afirmar con alguna certeza que su obra era conocida y admirada por Wittgenstein: Loos, Rilke y Trakl. Y aun en este caso debemos añadir la salvedad de que, aunque admiraba el tono de la obra de Trakl, se confesaba incapaz de comprenderla; que le desagradarían las últimas obras de Rilke; y que, después de la guerra, tildó a Loos de charlatán.

Sin embargo, describió como «amable» y «noble» la carta de agradecimiento de Rilke:

> Me conmovió y alegró profundamente. El afecto de cualquier ser humano noble es un apoyo en el frágil equilibrio de mi vida. No soy en absoluto merecedor del espléndido presente que llevo sobre mi corazón como signo y recuerdo de este afecto. Ojalá pueda transmitirle a Rilke la profundidad de mi agradecimiento y la fidelidad de mi *devoción*.

De los poemas de Trakl, probablemente no conocía ninguno hasta que Ficker le envió una recopilación. Le respondió: «No los entiendo, pero su tono me hace feliz. Es el tono de un verdadero genio.»

El fin de semana durante el cual Wittgenstein y Ficker discutieron la asignación del dinero a los artistas del imperio austro-húngaro fue el fin de semana que selló el destino del imperio. El ultimátum austro-húngaro a Serbia había sido presentado el 23 de julio, y la fecha límite para su aceptación era el sábado 25 a las 6 de la tarde. No se recibió respuesta alguna, y en consecuencia, el 28 de julio Austria le declaró la guerra a Serbia.

Incluso en una situación como ésa –y al cabo de una semana toda Europa estaría en guerra–, no era una opinión generalizada que tal cosa tuviera alguna influencia en las relaciones entre Austria-Hungría y Gran Bretaña. La opinión pública inglesa –por lo menos en lo que se refería a esos asuntos– simpatizaba con los Habsburgo y era hostil a los serbios. Los periódicos británicos se mostraron tan apasionados en su denuncia del asesinato del archiduque como los austríacos.

Por tanto quizá no resulte sorprendente leer, en una carta a Wittgenstein fechada el 29 de julio, la confiada confirmación por parte de Pinsent

de su cita en el Grand Hotel para el 24 de agosto. La única duda expresada se refiere a su destino. ¿Deberían ir a Andorra o a las Islas Faeroe? ¿O quizá a alguna otra parte? «Supongo que Madeira no te gustaría», sugiere con optimismo. «Naturalmente», escribió sin aparente entusiasmo, «hay lugares extraordinarios en las Islas Británicas.» Pero: «No creo que sea buena idea ir a Irlanda, ¡pues casi seguro que pronto habrá disturbios y algún tipo de guerra civil.» Escocia no sería una mala idea (evidentemente la sugerencia había sido de Wittgenstein): digamos Orkney o Shetland o las Hébridas. Y, ciertamente, en cierto modo tal cosa sería preferible a unas vacaciones en el continente. Pues:

> Quizá a la vista de todo este asunto de la guerra europea mejor no ir a Andorra: puede que tuviéramos dificultades al regresar.

Por la absurda lógica de lo que A. J. P. Taylor ha denominado «guerra por horario», «este asunto de la guerra europea» había llevado, a los pocos días de que Wittgenstein recibiera la carta, a que su país y el de Pinsent estuvieran en bandos diferentes en la Primera Guerra Mundial.

Parece ser que la primera reacción de Wittgenstein fue intentar salir de Austria, quizá a Inglaterra o a Noruega. Cuando eso falló, y se le dijo que no podía salir del país, se unió al ejército austríaco como voluntario, pues la hernia que había sufrido el año anterior le había librado del reclutamiento obligatorio. «Creo que es magnífico por su parte haberse alistado», escribió Pinsent en su diario, «pero extremadamente triste y trágico.»

Aunque era un patriota, los motivos de Wittgenstein para alistarse en el ejército eran más complicados que el simple deseo de defender su país. Su hermana Hermine creía que tenía que ver con «un intenso deseo de asumir la realización de una tarea difícil y hacer algo diferente del trabajo puramente intelectual». Estaba ligado con el deseo que sentía desde enero de «convertirse en una persona distinta».

La metáfora que había utilizado para describir su estado emocional sirve igualmente para describir el sentimiento que invadió Europa durante el verano de 1914: la sensación de una ebullición permanente, y la esperanza de que «las cosas entraran en erupción de una vez por todas». De ahí las escenas de alegría y celebración que saludaron la declaración de guerra en cada una de las naciones beligerantes. Parece ser que el mundo entero compartía la locura de Wittgenstein en 1914. En su autobiografía, Russell describe cómo, atravesando las multitudes jubilosas de Trafalgar Square, se quedó asombrado al descubrir que «el hombre y la mujer corrientes están encantados ante la perspectiva de la guerra». Incluso algunos de sus mejores amigos, como George Trevelyan y Alfred North Whitehead, quedaron atrapados por ese entusiasmo y se volvieron «ferozmente belicosos».

No debemos imaginarnos a Wittgenstein recibiendo las noticias de la guerra contra Rusia con un entusiasmo sin paliativos, ni sucumbiendo a la

xenofobia histérica que azotó a las naciones de Europa en esa época. Pese a ello, parece indiscutible que de algún modo *dio la bienvenida* a la guerra, aunque fuera por razones primordialmente personales y no nacionales. Al igual que muchas personas de su generación (incluyendo por ejemplo a muchos de sus contemporáneos de Cambridge, como Rupert Brooke, Frank Bliss y Ferenc Békássy), Wittgenstein creía que la experiencia de enfrentarse a la muerte, de una manera u otra, le *perfeccionaría.* Podría decirse que fue a la guerra no por su país, sino por él mismo.

El valor espiritual de enfrentarse heroicamente a la muerte es señalado por William James en *Las variedades de la experiencia religiosa,* un libro que, tal como le había dicho a Russell en 1912, Wittgenstein creía que le perfeccionaba de una manera enormemente deseable para él. «No importa cuáles puedan ser las fragilidades de un hombre», escribe James:

> si está dispuesto a arriesgarse a la muerte, y aún más si la sufre heroicamente en el servicio por él elegido, el hecho le consagra para siempre.

En los diarios que Wittgenstein llevó durante la guerra (cuyos fragmentos de tipo personal están escritos en un código muy simple) hay signos de que él deseaba precisamente este tipo de consagración. «Ahora tengo la oportunidad de ser un ser humano decente», escribió la primera vez que avistó al enemigo, «pues voy a estar cara a cara con la muerte». Pasó dos años en el ejército antes de que le destinaran a primera línea, y su pensamiento inmediato fue el del valor espiritual que eso le acarrearía. «Quizá», escribió, «la proximidad de la muerte traiga luz a la vida. Dios me ilumine.» Lo que Wittgenstein deseaba de la guerra, por tanto, era una transformación de toda su personalidad, una «variedad de experiencia religiosa» que transformara su vida irrevocablemente. En este sentido, la guerra vino para él en el momento adecuado, en el momento en que su deseo de «convertirse en una persona distinta» era más fuerte incluso que su deseo de solventar los problemas fundamentales de la lógica.

Se alistó el 7 de agosto, el día después de que Austria declarara la guerra a Rusia, y fue asignado a un regimiento de artillería que servía en Cracovia, en el Frente Oriental. Inmediatamente le alentó la amabilidad de las autoridades militares de Viena. «Personas a quienes miles de personas acuden cada día para pedir consejo, y que responden amablemente y con todo detalle», comentó. Era una buena señal; le recordaba la manera en que los ingleses hacían las cosas. Llegó a Cracovia el 9 de agosto en un estado de excitación y esperanza: «¿Seré capaz de trabajar ahora? Estoy ansioso por saber lo que me espera.»

El regimiento de Wittgenstein fue asignado al primer ejército austríaco, y por tanto se vio implicado en una de las más absurdas e incompetentes campañas de los primeros meses de la guerra. Tanto el comandante en jefe ruso como el austríaco seguían una estrategia basada en el

error: los rusos creían que el grueso de tropas austríacas se centraría en Lemberg (ahora Lwów); los austríacos pensaban encontrar la concentración más importante de fuerzas rusas más al norte, cerca de Lublin. De este modo, mientras el ejército austríaco avanzaba fácilmente hacia la Polonia rusa, los rusos avanzaban hacia Lemberg, la ciudad más grande de la Galicia austríaca, y ambas fuerzas se sorprendían al encontrar tan poca resistencia. Cuando el comandante en jefe austríaco, Conrad, se percató de lo que estaba ocurriendo, Lemberg había caído y su primer ejército estaba en grave peligro de que las tropas rusas que había en el sur le cortaran las líneas de suministro. Por tanto se vio obligado a ordenar la retirada. Lo que había comenzado como una osada ofensiva en territorio ruso acabó en una ignominiosa retirada hacia una línea de 210 kilómetros *en el interior* de Austria-Hungría. Sin embargo, de no haberse retirado, el ejército austríaco habría sido aniquilado por las fuerzas rusas, numéricamente superiores. Y lo que ocurrió fue que 350.000 de los 900.000 hombres que estaban al mando de Conrad murieron en la confusa e infructuosa campaña de Galicia.

Wittgenstein pasó casi toda la campaña a bordo de un barco en el río Vístula: el *Goplana*, capturado a los rusos durante el avance inicial. Si vio algún combate durante esos primeros meses, no consta en su diario. En lugar de eso leemos referencias a grandes batallas oídas pero no vistas, y rumores de que «los rusos nos pisan los talones». Es quizá típico del pesimismo de Wittgenstein (justificado en este caso) que estuviera demasiado dispuesto a creer las noticias de que los rusos habían tomado Lemberg, y a hacer caso omiso del rumor de que los alemanes habían tomado París. De ambas historias extrae la misma conclusión: «¡Ahora sé que estamos perdidos!» El rumor acerca de París, en particular, le llevó, el 25 de octubre, a reflexionar con pesimismo acerca de la situación de los Poderes Centrales:

> Noticias tan increíbles son siempre mala señal. Si realmente algo hubiera ido bien para nosotros, entonces de eso se nos habría informado, y la gente no sucumbiría a tales absurdos. A causa de ello, hoy, más que nunca, siento la terrible tristeza de nuestra –la de la raza alemana– situación. Los ingleses –la mejor raza del mundo– *no pueden* perder. Nosotros, en cambio, podemos perder, y perderemos, si no este año, el próximo. El pensamiento de que nuestra raza será derrotada me deprime tremendamente, porque soy alemán por los cuatro costados.

El hecho de que se sintiera inclinado a ver la guerra en términos raciales quizá explica en cierto modo por qué le parecía tan difícil llevarse bien con la mayoría de sus camaradas. El ejército austro-húngaro era quizá el más multirracial de todos los ejércitos europeos. Aunque casi todos sus oficiales eran alemanes o magiares, el grueso de los soldados rasos procedía de las más variadas nacionalidades eslavas del imperio. Wittgenstein encontraba a sus oficiales «amables y a veces excelentes» pero tan pronto

como conoció a sus camaradas de tropa los calificó de «pandilla de delincuentes»: «Sin entusiasmo por nada, increíblemente vulgares, estúpidos y maliciosos.» Apenas los veía como seres humanos:

> Cuando oigo hablar a un chino tiendo a tomar sus palabras por un gorgoteo inarticulado. Alguien que entienda chino reconocerá un lenguaje en lo que oye. De igual modo a veces soy incapaz de discernir *humanidad* en un hombre.

Rodeado como estaba de seres que le eran ajenos –y a quienes, parece ser, él era igualmente ajeno–, Wittgenstein veía su situación de entonces de manera similar a su época en la escuela de Linz. El 10 de agosto, al día siguiente de recoger su uniforme, la analogía le había llamado la atención en términos que sugieren una angustia reprimida que de pronto sale a la superficie: «Hoy, cuando me desperté, me sentí como si me encontrara en uno de esos sueños en los que, de manera inesperada y absurda, uno se ve de nuevo en la escuela.» Y a bordo del *Goplana*, después de que la tropa se mofara de él, escribió: «Fue terrible. Si hay una cosa que he averiguado es ésta: en toda la tropa no hay ni una persona decente»:

> Me espera una época tremendamente difícil, pues soy engañado y traicionado ahora igual que lo fui hace mucho tiempo en la escuela de Linz.

Su sensación de aislamiento fue completa al saber que las personas que en su vida le habían ayudado a superar la sensación de soledad que había sufrido desde que fuera estudiante en Linz –Russell, Keynes, Pinsent– estaban «en el otro bando». «Estos últimos días he pensado en Russell con frecuencia», escribía el 5 de octubre. «¿Piensa él todavía en mí?» Recibió una carta de Keynes, pero era de naturaleza puramente financiera, preguntándole qué debía hacer después de la guerra con el dinero que había dispuesto darle a Johnson.[1] «Me duele recibir una carta que habla de dinero de alguien con quien antaño tuve confianza, especialmente en estos tiempos.» Pero era sobre todo hacia Pinsent hacia quien se dirigían sus pensamientos: «Ninguna noticia de David. Estoy completamente abandonado. Pienso en el suicidio.»

A los pocos amigos austríacos y alemanes, Wittgenstein les envió saludos en forma de postales militares, y en respuesta recibió cartas de ánimo y apoyo. La familia Jolles de Berlín, en particular, fueron corresponsales frecuentes y entusiastas. De avanzada edad y patriotas, les agradaba leer las noticias del frente que les mandaba su «pequeño Ludwig», y durante toda la guerra le acosaron para que les proporcionara narraciones más detalladas de sus hazañas. «Nunca pensé en ti con tanta frecuencia ni con

1. Antes de la guerra, Wittgenstein había acordado con Keynes donar 2.000 libras al año a una fundación dedicada a la investigación y administrada por el King's College, a fin de ayudar a Johnson a proseguir su trabajo en lógica.

tanta alegría en mi corazón como ahora», escribió Stanislaus Jolles el 25 de octubre. «Mándanos noticias tuyas con frecuencia, y pronto.» Ellos «aportaron su granito de arena» enviándole con regularidad paquetes de chocolate, pan y cigarrillos.

De Frege también recibió unos patrióticos saludos. «He leído con particular satisfacción», escribió Frege el 11 de octubre,

> que te has alistado como voluntario, y me asombra que aun así todavía puedas dedicarte a tu trabajo científico. Ojalá se me conceda el verte regresar de la guerra con buena salud y el poder reanudar nuestras discusiones. No hay duda de que al final nuestras posiciones se aproximarán y nos comprenderemos mejor el uno al otro.

Lo que le salvó del suicidio, sin embargo, no fueron los ánimos que recibió de los Jolles y de Frege, sino exactamente la transformación personal, la conversión religiosa que había ido a buscar en la guerra. Fue, como si dijéramos, salvado por el verbo. Durante su primer mes en Galicia, entró en una librería, donde sólo pudo encontrar un libro: *Resumen del Evangelio*, de León Tolstói. El libro le cautivó. Para él se convirtió en una especie de talismán: lo llevaba allí donde iba, y lo leía con tanta frecuencia que se llegó a saber párrafos de memoria. Llegó a ser conocido entre sus camaradas como «el hombre de los evangelios». Durante un tiempo, él –que antes de la guerra había sorprendido a Russell como alguien «más terrible con los cristianos» que el propio Russell– no sólo se convirtió en creyente, sino en evangelista, recomendando el *Evangelio* de Tolstói a cualquiera que se sintiera afligido. «Si no estás familiarizado con él», le diría posteriormente a Ficker, «entonces no puedes imaginarte el efecto que puede tener sobre una persona.»

Como su lógica y su pensamiento no eran sino dos aspectos del único «deber hacia uno mismo», no había duda de que esta fe fervientemente mantenida iba a tener su influencia sobre su obra. Y así fue con el tiempo: pasando a ser, desde un análisis de la lógica simbólica en el espíritu de Frege y Russell, la obra curiosamente híbrida que conocemos hoy en día, que combina la teoría lógica con el misticismo religioso.

Pero tal influencia no quedó manifiesta hasta unos años más tarde. Durante los primeros meses de la guerra, la sustancia espiritual que Wittgenstein derivó de la lectura de los *Evangelios* de Tolstói «le mantuvo con vida», en el sentido de que le permitió, tal como él lo expresaba, alegrar su apariencia externa, «a fin de mantener imperturbable mi ser interior».

Es decir, que le permitió poner en práctica el pensamiento que le había asaltado mientras contemplaba *Die Kreuzelscheiber* dos (o tres) años antes: la idea de que, ocurriera lo que ocurriese «externamente», nada podía sucederle a *él*, a su ser más interior. De este modo encontramos en su diarios repetidas exhortaciones a Dios para que le ayude a no «extraviarse». Para él esto era más importante que permanecer vivo. Lo que le ocurriera a su cuerpo era –o él creía que debía ser– una cuestión total-

mente indiferente. «Si ahora mismo llegara mi fin», escribió el 13 de septiembre (uno de los días en que corrió el rumor que los rusos avanzaban hacia ellos), «que pueda tener una buena muerte, ocupándome de mí mismo. Que nunca me extravíe.»

Para Wittgenstein, el cuerpo sólo pertenecía al «mundo exterior»: ese mundo al cual también pertenecían los «vulgares, estúpidos y maliciosos» delincuentes entre los que vivía. Su *alma*, sin embargo, debía habitar un reino del todo distinto. En noviembre se dijo a sí mismo:

> No dependas del mundo exterior, y así no tendrás miedo de lo que te ocurra... Es a veces más fácil ser independiente de las cosas que ser independiente de la gente. Pero uno también ha de ser capaz de eso.

Su trabajo en el barco era manejar el reflector por la noche. La soledad de la tarea le hacía mucho más fácil alcanzar la independencia de las personas, que consideraba necesaria para soportar las condiciones del barco. «De este modo», escribió, «me las ingenié para huir de la iniquidad de mis camaradas.» Quizá fue también su intenso deseo de distanciarse del ambiente exterior lo que le facilitó el poder reanudar sus trabajos de lógica. El 21 de agosto se había preguntado si sería capaz de volver a trabajar:

> Todos los conceptos de mi trabajo se me han vuelto «extraños». ¡¡¡No VEO nada en absoluto!!!

Pero durante las dos semanas siguientes –un período que pasó trabajando de noche en el reflector, y la época durante la cual comenzó a leer y encontrar solaz en el *Evangelio* de Tolstói– escribió mucho. Al final de estas dos semanas observó: «Voy rumbo a un gran descubrimiento. ¿Pero llegaré?»

Y aun con todo, la separación entre cuerpo y alma no era completa. ¿Cómo podía serlo? Podía distanciarse de su entorno, incluso de sus compañeros, pero no podía separarse de su propio cuerpo. De hecho, coincidiendo con su renovada capacidad para trabajar en lógica, sintió una revitalización de su sensualidad. El comentario casi jubiloso citado anteriormente es seguido de: «Me siento más sensual que antes. Hoy me he vuelto a masturbar.» Dos días antes anotó que se había masturbado por primera vez en tres semanas, no habiendo sentido hasta entonces deseo sexual alguno. Las ocasiones en que se masturbó –aunque claramente no son objeto de orgullo– no están consignadas con ninguna amonestación hacia sí mismo; están simplemente anotadas, de una manera muy fría, al igual que uno podría hablar de su estado de salud. Lo que parece deducirse de su diario es que su deseo de masturbarse y su capacidad para trabajar eran signos complementarios de que, en un sentido absoluto, estaba *vivo*. Casi podría decirse que para él la sensualidad y el pensamiento filosófico iban inextricablemente unidos: eran la manifestación física y mental de un estímulo apasionado.

No hay comentarios en clave en los cuadernos de Wittgenstein durante la segunda mitad de septiembre, la época de la retirada austríaca. Fue durante esa época, sin embargo, cuando hizo el gran descubrimiento que sentía como inminente. Consistía en lo que ahora se conoce como «teoría figurativa del lenguaje»: la idea de que las proposiciones son una imagen de la realidad que describen. La historia de cómo se le ocurrió esta idea fue contada por Wittgenstein a su amigo G. H. von Wright en una época posterior de su vida, y desde entonces se ha narrado muchas veces. Mientras servía en el Frente Oriental, dice la historia, Wittgenstein leyó en una revista la crónica de un pleito que tuvo lugar en París referente a un accidente de coche, en el que un modelo a escala del accidente se presentó ante la corte. Se le ocurrió que el modelo podía representar el accidente debido a la correspondencia entre las partes del modelo (las casas, los coches, la gente en miniatura) y las cosas reales (casas, coches, gente). Se le ocurrió también que, según esta analogía, uno podía decir que una *proposición* servía como modelo, o imagen de un estado de cosas, en virtud de la correspondencia similar entre sus partes y el mundo. La manera en que se combinan las partes de la proposición –la estructura de la proposición– representa una combinación posible de elementos de la realidad, un estado de cosas posible.

A partir de los cuadernos de Wittgenstein podemos fechar la génesis de la teoría figurativa en algún momento cercano al 29 de septiembre. Ese día escribió:

> En la proposición, es como si ensambláremos un mundo de manera experimental. (Como cuando en el tribunal de París un accidente de automóvil se representa por medio de muñecos, etc.)

Durante todo el mes de octubre, Wittgenstein desarrolló las consecuencias de su idea, que denominó «teoría de la lógica como un retrato». Al igual que un dibujo o una pintura retratan pictóricamente, del mismo modo, dio en pensar, una proposición retrata *lógicamente*. Es decir, hay –y debe haber– una estructura lógica en común entre una proposición («La hierba es verde») y un estado de cosas (el que la hierba sea verde), y es este algo en común en la estructura lo que permite que el lenguaje represente la realidad:

> Podemos decir de inmediato: en lugar de esta proposición tiene tal y tal sentido, esta proposición representa tal y tal situación. La retrata lógicamente.
>
> Sólo de este modo *la proposición* puede ser verdadera o falsa: sólo puede estar de acuerdo o no con la realidad siendo una *imagen* de la situación.

Wittgenstein vio esta idea como un adelanto importante. Era, por

así decir, una valiosa fortaleza que había que tomar si quería conquistar la lógica. «He trabajado todo el día», escribió el 31 de octubre:

> ¡Me lancé contra el problema en vano! Pero derramaré mi sangre ante la fortaleza antes que retirarme con las manos vacías. La mayor dificultad reside en asegurar las fortalezas ya conquistadas. Y hasta que toda la *ciudad* no haya caído, uno no puede sentirse completamente seguro en ninguna de sus fortificaciones.

Pero mientras él mismo estaba inmerso en una ofensiva, el ejército austríaco se batía en caótica y desordenada retirada. El *Goplana* retrocedía hacia Cracovia, dentro de territorio austríaco, donde el ejército se iba a acuartelar para el invierno. Antes de llegar a Cracovia, Wittgenstein recibió una nota del poeta Georg Trakl, que se encontraba en un hospital militar, en la sección de psiquiatría. Anteriormente, Ficker, que había ido a Cracovia para visitar a Trakl, ya le había puesto al corriente de la situación de éste, y desde allí había escrito a Wittgenstein solicitándole que fuera a visitar al poeta. Trakl se sentía extremadamente solo, había escrito Ficker, y no conocía a nadie en Cracovia que pudiera ir a visitarle. «Le estaría profundamente agradecido», le escribió el propio Trakl, «si me hiciera el honor de visitarme... probablemente podré dejar el hospital los próximos días para volver al campo de batalla. Antes de que los médicos tomen una decisión, me gustaría enormemente hablar con usted.» Teniendo en cuenta la compañía que frecuentaba entonces, Wittgenstein estuvo encantado con la invitación: «¡Qué feliz me haría conocerle! ¡Cuando llegue a Cracovia espero reunirme con él! Puede ser un gran estímulo para mí.» El 5 de noviembre, el día en que el *Goplana* llegó finalmente a Cracovia, le «emocionaban la ilusión y la esperanza de conocer a Trakl»:

> Echo de menos enormemente el tener a alguien con quien poder comunicarme un poco... me animaría muchísimo... En Krakau. Ya es demasiado tarde para visitar a Trakl hoy.

La última frase está cargada de la más terrible e inconsciente ironía. Pues como Wittgenstein averiguaría a la mañana siguiente, cuando acudió apresuradamente al hospital, era ciertamente demasiado tarde: Trakl se había suicidado con una sobredosis de cocaína el 3 de noviembre de 1914, dos días después de la llegada de Wittgenstein. Éste estaba destrozado: «*Wie traurig, wie traurig!!!*» («¡¡¡Qué infelicidad, qué infelicidad!!!») fue lo único que pudo decir acerca del asunto.

Durante los días siguientes, el diario de Wittgenstein abunda en detalles acerca de la desgracia de su vida, de la brutalidad de su entorno y de sus fracasos a la hora de encontrar una persona decente que le ayude a sobrevivir. Privado de Trakl en lo que a esto se refiere, dirigió sus pensa-

mientos hacia Pinsent: «¡Cuán a menudo pienso en él! Ojalá él piense en mí sólo la mitad.» Descubrió que podía enviar correo a Inglaterra vía Suiza, e inmediatamente le envió una carta al «amado David». Durante las semanas que siguieron esperó impaciente la contestación. Cuando la carta de Pinsent finalmente llegó, el 1 de diciembre, fue un alivio tan grande que la besó.

En la carta, Pinsent le contaba a Wittgenstein que había intentado alistarse en el ejército inglés, pero que no había pasado la prueba médica para ser soldado («estoy demasiado delgado»), por lo que no pudo obtener un nombramiento de oficial. De modo que todavía estaba, a regañadientes, preparando sus exámenes de derecho. «Cuando la guerra acabe», escribió, «volveremos a encontrarnos. ¡Esperemos que sea pronto!» «Creo que fue *espléndido* por tu parte presentarte voluntario al ejército», añadió, «aunque es terriblemente trágico que tal cosa sea necesaria.»

Wittgenstein respondió inmediatamente, y luego aguardó la respuesta con creciente impaciencia. Y siguió esperando. *«Keine Nachricht von David»* («No hay noticias de David») son frases que aparecen repetidamente en su diario a lo largo de todo el invierno.

La mayor preocupación de Wittgenstein a la hora de pasar el invierno en Cracovia no era el frío (aunque con frecuencia se queja de ello), sino el pensamiento de que tendría que compartir los dormitorios con otros hombres, «de los cuales», suplicaba, «Dios me libre». El caso es que sus plegarias fueron atendidas: para su enorme alivio se le prometió una habitación para él solo. Y todavía mejor fue el hecho de que en diciembre se le asignara un nuevo destino, la oportunidad de librarse de una vez por todas de la «masa de sinvergüenzas» cuya compañía había soportado durante cuatro meses. Quería unirse a la sección de globos aerostáticos, pero cuando se descubrió que tenía preparación matemática se le ofreció un empleo en un taller de artillería.

De hecho, la tarea que se le asignó a Wittgenstein en el taller era un vulgar trabajo de oficinista, para el que no hacía falta ninguna preparación matemática, y que consistía en compilar una lista de todos los vehículos del cuartel. Durante una temporada todo lo que anotaba en su diario era *«Ganzer Tag Kanzlei»* («En la oficina todo el día»), lo cual, ante la frecuencia con que aparecía, abrevió como *«G. T. K.»*. Sin embargo, el empleo tenía sus compensaciones, y una de ellas era el tener una habitación decente para él solo: «Por primera vez en cuatro meses estoy solo en una habitación de verdad. Un lujo que *saboreo.*» También, y más importante, estaba entre personas a las que podía apreciar y respetar, y con las que podía comunicarse. Hacia su inmediato superior en particular, el Oberleutnant Gürth, llegó a sentir algo muy parecido a la amistad, algo que no había experimentado ni volvería a experimentar durante su época en el ejército.

Quizá debido a que ahora tenía personas con las que podía conversar, en esa época las entradas de su diario se hacen más breves y abreviadas. Aparte de *«G. T. K.»*, el otro estribillo constante es *«Nicht gearbeitet»*

(«No he trabajado»). Paradójicamente (pero, al reflexionar sobre ello, quizá no tan sorprendente), le resultaba más difícil concentrar su mente en la lógica después de un largo día en la oficina entre colegas con los que congeniaba que en la época en que enfrentaba a la muerte manejando un reflector, en medio de una fuerte refriega y viviendo entre personas a las que detestaba. En el taller no tenía ni la oportunidad ni el deseo de completa soledad que precisaba para sumergirse en los problemas filosóficos.

Sin embargo consiguió leer algunas cosas. En noviembre había comenzado a leer los *Ensayos* de Emerson. «Quizá», pensó, «tengan una buena influencia sobre mí.» Si así fue, no lo dice, y en su diario no vuelve a mencionar a Emerson. Desde luego no hay trazas de la influencia de Emerson en la obra que escribió en esa (o en cualquier otra) época.

Más estimulante le resultó un escritor que no podía ser más antitético al cristianismo tolstoiano que Wittgenstein había abrazado: Friedrich Nietzsche. Wittgenstein había comprado en Cracovia el octavo volumen de las obras completas de Nietzsche, en el que se incluye *El anticristo*, el devastador ataque de Nietzsche contra el cristianismo. En él, Nietzsche despotrica contra la fe cristiana como una religión decadente y corrupta, «una forma de hostilidad mortal hacia la realidad como todavía no se ha superado». Según él, el cristianismo tiene sus orígenes en los aspectos más débiles y viles de la psicología humana, y en su raíz no hay más que una cobarde retirada de un mundo hostil:

> Nosotros conocemos un estado de mórbida susceptibilidad del *sentido del tacto*, que le hace encogerse con horror ante todo contacto, ante toda aprensión de un objeto sólido. Traspóngase semejante *habitus* psicológico a sus últimas consecuencias: un odio instintivo a toda realidad, como una huida hacia lo «inasible», hacia lo «inconcebible», como antipatía hacia toda forma, todo concepto espacial y temporal, hacia todo lo firme... sólo se sienten cómodos en un mundo jamás perturbado por ningún tipo de realidad, un mero «mundo interior», un mundo «real», un mundo «eterno»... «El reino de Dios *está dentro de nosotros...*»

Este odio a la realidad, y la idea a que da pie, la necesidad de redención a través del amor de Dios, son, según la perspectiva de Nietzsche, la consecuencia de: «Una extrema capacidad de sufrimiento y de excitación, la cual no quiere ya ser en modo alguno "tocada", porque siente cualquier contacto demasiado profundamente... El miedo al dolor, incluso al dolor infinitamente pequeño, *no puede* acabar de otro modo que en una *religión del amor.*»

Aunque «fuertemente afectado» por la hostilidad de Nietzsche hacia el cristianismo, y aunque se sentía obligado a admitir que algo de verdad había en el análisis de Nietzsche, Wittgenstein se mostraba inamovible en su creencia de que: «El cristianismo es ciertamente el único camino seguro hacia la felicidad»:

... ¿pero qué ocurre si alguien rechaza esa felicidad? ¿No sería mejor perecer infelizmente en la lucha sin esperanza contra el mundo exterior? Pero una vida así no tiene sentido. Y ¿por qué no llevar una vida sin sentido? ¿Es algo indigno?

A partir de estas palabras podemos ver lo cerca que estaba Wittgenstein, a pesar de su fe, de aceptar el punto de vista de Nietzsche. Se contenta con discutir el tema en los términos psicológicos de Nietzsche; no lo ve como una cuestión de si el cristianismo es *verdadero*, sino de si ofrece alguna ayuda al enfrentarse a una existencia que de otro modo resulta insoportable y absurda. En términos de William James, la cuestión es si ayuda a curar el «alma enferma». Y lo que cura aquí no es una creencia, sino una práctica, una manera de vivir. Es un punto que Nietzsche expresa perfectamente:

> Resulta falso hasta el absurdo ver en una «creencia», acaso la creencia en la redención a través de Cristo, el carácter distintivo del cristiano: sólo la *práctica* cristiana, una vida como la que *vivió* el que murió en la Cruz, es cristiana... Incluso hoy en día esa vida es posible, y para *ciertos* hombres incluso necesaria: la cristiandad genuina y primitiva será posible en todas las épocas... No una creencia sino un hacer, sobre todo un *no*-hacer de muchas cosas, un *ser* distinto... Los estados de conciencia, las creencias de cualquier tipo, el tener algo por verdadero –todo psicólogo lo sabe– son una cuestión completamente indiferente y de ínfima importancia comparados con el valor de los instintos... Reducir al ser cristiano, al cristianismo, a la creencia de que algo es verdadero, a un mero fenomenalismo de conciencia, significa negar el cristianismo.

Podemos tener como cierto que éste fue uno de los pasajes de *El anticristo* que convencieron a Wittgenstein de que había cierta verdad en la obra de Nietzsche. La idea de que la esencia de la religión reside en los sentimientos (o, como Nietzsche lo habría expresado, en los instintos) y en las prácticas en lugar de en las creencias sería un tema recurrente en el pensamiento de Wittgenstein durante el resto de su vida. El cristianismo era para él (en esa época) «el único camino seguro a la felicidad»: no porque prometiera una vida después de la muerte, sino porque, en las palabras y en la figura de Cristo, proporcionaba un ejemplo, una actitud a seguir, que hacía soportable el sufrimiento.

En los meses de invierno de 1914-15 poca cosa más leemos en sus diarios acerca de su fe. No hay más llamadas a Dios para que le dé fuerzas, no más anotaciones que digan: «Hágase tu voluntad.» Parece ser que soportar la vida en el taller no requería la ayuda divina. Aparte del hecho de que disponía de muy poco tiempo para trabajar en filosofía, la vida era casi agradable, al menos en comparación con los cuatro meses anteriores.

En cualquier caso, era preferible a la vida en Viena. El hecho de que no tuviera permiso en Navidades para visitar a su familia le preocupó muy poco. El día de Nochebuena fue ascendido a *Militärbeamter* («funcionario militar»); el día de Navidad fue invitado a comer en el comedor de oficiales; y al día siguiente salió por la noche a un café con un joven al que había llegado a conocer y apreciar, y que había estudiado en la Universidad de Lemberg. De este modo pasó las Navidades: tranquilamente, y parece ser que sin ningún deseo de estar en casa con su familia. A través del correo militar recibió la felicitación de los Jolles (completada, naturalmente, con un paquete de chocolate), de la familia Klingenberg de Noruega, y de Frege. («Tengamos fe», escribió Frege, «en que el año próximo nos traiga una victoria de nuestros guerreros y una paz duradera.»)

En la víspera de Año Nuevo, sin embargo, se le dijo repentinamente a Wittgenstein que tenía que acompañar a su oficial superior, el Oberleutnant Gürth, a una visita a Viena, donde éste debía asistir a unos asuntos oficiales. La madre de Wittgenstein, naturalmente, estuvo encantada con esa visita sorpresa. A partir de su diario se puede deducir que el propio Wittgenstein conservaba una fría reserva. Al reunirse con su familia observa tan sólo que, como tuvo que pasar la totalidad del día de Año Nuevo con ellos, no había conseguido trabajar. Añade, de una manera desapasionada (y en apariencia irrelevante): «Deseo observar que mi posición moral es mucho más baja ahora que, pongamos, en Semana Santa.» De los diez días que estuvo en Viena, dos de ellos los pasó con Labor, el, por entonces, anciano compositor, y gran parte del resto del tiempo con Gürth. Cuando regresó a Cracovia su único comentario a la visita fue que «había pasado muchas horas agradables con Gürth.»

Esta frialdad hacia su familia sugiere una determinación a no permitir que ésta se inmiscuyera en su vida interior, y quizá un miedo a que si tal cosa ocurriera se corría el riesgo de destruir los avances que había hecho en el descubrimiento y en el dominio de sí mismo, fruto de su experiencia en la guerra. Pero también parece formar parte de una letargia más general. Durante este período señala con frecuencia un cierto agotamiento, especialmente en relación con su trabajo. El 13 de enero, por ejemplo, comenta que no está trabajando con gran energía:

> Mis pensamientos están agotados. No veo las cosas con la mente clara, sino de un modo pedestre, sin vida. Es como si una llama se hubiera extinguido, y debo esperar a que vuelva a arder por sí misma.

Creía depender de una fuente externa de inspiración: «Sólo mediante un milagro puede tener éxito mi trabajo. Sólo si el velo que hay ante mis ojos es levantado desde el exterior. Tengo que entregarme por completo a mi destino. Ya que es el que se me ha asignado, así será. Estoy en manos del destino.»

Sus pensamientos se vuelven de nuevo hacia sus amigos ingleses. Escribió de nuevo a Pinsent, y aguardó impaciente una respuesta. «¿Cuándo

tendré noticias de David?», ruega en su diario el 19 de enero. Recibió una carta de Keynes, pero la declaró «no muy buena». De hecho se trataba de una nota muy amistosa, pero quizá su tono era demasidado ligero para serle de algún consuelo. «Espero que ya te hayan hecho prisionero y estés a salvo», escribió Keynes:

> Russell y yo hemos abandonado la filosofía por el momento: yo para ofrecer mis servicios al gobn., en asuntos financieros, y él para abogar por la paz. Pero Moore y Johnson siguen como siempre. Russell, por cierto, publicó un hermoso libro más o menos cuando empezó la guerra.
>
> A mediados de octubre Pinsent aún no se había alistado, pero no he sabido nada desde entonces.
>
> Tu querido amigo Békássy está en tu ejército y tu muy querido amigo Bliss es *soldado raso* en el nuestro.
>
> Debe de ser mucho más agradable estar en la guerra que pensar en proposiciones en Noruega. Pero espero que pronto acabes con tales excesos.

Finalmente, el 6 de febrero Wittgenstein pudo anunciar: «¡Encantadora carta de David!» La carta había sido escrita el 14 de enero; en ella Pinsent dice que tiene poco que decir, «excepto que le pido a Dios que podamos vernos de nuevo después de la guerra». En contraste con el afectuoso, aunque distanciado «ingenio» de la carta de Keynes, esta franca expresión de amistad era exactamente lo que Wittgenstein imploraba y necesitaba.

Probablemente también fueron más de su gusto las breves notas que recibió de los lugareños de Skjolden: Halvard Draegni, Arne Bolstad y la familia Klingenberg. «Gracias por su postal. Estamos todos bien. Hablamos mucho de usted», reza una típica postal de Draegni. Las respuestas de Wittgenstein eran sin duda igual de breves y recibidas con el mismo afecto. Las noticias de Noruega eran que su cabaña se había acabado de construir. «Todos esperamos», escribió Klingenberg, «que pronto pueda usted regresar a su nueva casa, que ya está terminada.» Wittgenstein pagó a los obreros vía Draegni, quien se quedó sorprendido de que le enviara el dinero; creía que Wittgenstein no le pagaría hasta su regreso. Draegni se disculpaba por el alto coste: «Si uno quiere construir con tanta solidez como usted lo ha hecho», explicó, «siempre resulta más caro de lo que inicialmente se calcula.»

A principios de febrero, a Wittgenstein se le hizo responsable de la fundición del taller, y esta responsabilidad adicional le dificultó aún más concentrarse en la filosofía. Aparte de tener que pasar más tiempo en la fragua, su papel de supervisión le imponía más roces con sus compañeros. Es de presumir que se le eligió para esta tarea debido a sus estudios de ingeniería superior, pero aun así le resultaba difícil asumir el papel de capataz Wittgenstein. Deja constancia de las muchas dificultades que tuvo con los hombres cuyo trabajo supervisaba, algunos de los cuales le provocaban

franca repugnancia. En una ocasión estuvo a punto de batirse en duelo con un oficial a quien, suponemos, le desagradaba que alguien de rango inferior le dijera lo que tenía que hacer. El esfuerzo de intentar imponer su voluntad sobre una mano de obra intransigente, que ni respetaba su rango ni estaba dispuesta a aceptar la autoridad de sus superiores conocimientos, le drenó toda la energía y puso sus nervios en tensión casi hasta el punto de provocarle un colapso. Después de sólo un mes de trabajo –un mes en el que no había escrito casi nada de filosofía–, Wittgenstein tenía un ánimo suicida, desesperando de volver a trabajar otra vez.

«No puedo seguir así», escribió el 17 de febrero. Estaba claro que algo tenía que cambiar: o había que ascenderle o trasladarle a otro destino. Mandó una instancia a Gürth para que le trasladaran; ya fuera por negligencia o ineficacia, no se hizo nada durante mucho tiempo. A partir de entonces, al constante estribillo de *«Nicht gearbeitet»* se añade una nueva frase en su diario: *«Lage unverändert»* («Situación inalterable»). Debe de ser este período lo que Hermine tenía en mente cuando, al hablar de la experiencia de la guerra de Wittgenstein, escribió acerca de sus repetidos esfuerzos para que le mandaran al frente, y de los «cómicos malentendidos que resultaron del hecho de que las autoridades militares con las que tenía que tratar asumieran que siempre intentaba obtener un destino más llevadero para él, cuando lo que quería de hecho era que le dieran uno más peligroso».

Creo que existe la posibilidad de que las peticiones de Wittgenstein de unirse a la infantería fueran tan malinterpretadas como ignoradas, y que el mando opinara que era de más utilidad al ejército como ingeniero cualificado a cargo de un parque de reparaciones que como vulgar soldado de a pie. A lo largo de todo el mes de marzo, a pesar de los repetidos ruegos a Gürth, la situación permaneció inalterable.

En cuanto a la filosofía, los primeros tres meses de 1915 fueron casi completamente estériles. También en otros aspectos Wittgenstein se sentía inerte, incapaz de reaccionar. (Le desconcertaba, sin embargo, que en esa época, cuando nada le estimulaba, pudiera sentirse sensual y experimentar deseos de masturbarse.) Cuando en febrero Ficker le envió una edición póstuma de la obra de Trakl, su único comentario fue asombrosamente soso: «probablemente muy bueno». Dándole las gracias a Ficker por el volumen, le explicó que ahora se encontraba en un período estéril, y que «no sentía deseos de asimilar pensamientos ajenos». Sin embargo había que tener esperanza, aun encontrándose inmerso en esa inercia:

Me ocurre esto cuando hay un declive en la productividad, no cuando he cesado *completamente*. Sin embargo, POR DESGRACIA ahora me siento completamente apagado. Hay que tener paciencia.

Creía que sólo debía esperar a Dios, al espíritu, para que le ayudara e inspirara.

Mientras tanto, al no tener nada que decir, se quedó en silencio. De Adele Jolles recibió una amable carta regañándole por la brevedad de sus comunicaciones. Una cosa es segura, le decía: que no sería un buen corresponsal de guerra ni un buen telegrafista. ¿Es que, aunque fuera sólo por una vez, no podía enviar una carta decente, para que ella pudiera saber dónde estaba, cómo estaba y qué hacía? ¿Qué le parecían los italianos? ¿No eran una pandilla de sinvergüenzas al haber desertado de la Triple Alianza? «Si escribiera lo que pienso de ellos», dijo, «lo más probable es que mi carta no pasara la censura.» Ella siguió enviándole su provisión de pan, chocolate y pasteles de fruta, evidentemente sintiéndose orgullosa de que su «pequeño Wittgenstein» tomara parte en la lucha. «El que estuvieras tan bien dispuesto a presentarte voluntario», le dijo, «es algo que me complace siempre que lo pienso.»

Su marido se ufanaba del hecho de que Wittgenstein estuviera en un destino en el que sus conocimientos técnicos resultaran de alguna utilidad. «En cualquier caso», escribió, «con tu preparación estás en el lugar adecuado, ¡y con lo horribles que son las carreteras de Galicia debe de haber una gran cantidad de automóviles para reparar!» Evidentemente, Wittgenstein respondió que preferiría estar con la infantería en el frente que reparando coches tras las líneas. Jolles se quedó sorprendido: «¿No crees que puedes utilizar más tu talento técnico en el taller?» También su mujer, a pesar de su fervor patriótico, estaba preocupada: «Deposito todas mis esperanzas en que no se cumpla tu deseo de ir al frente», escribió, llena de angustia maternal; «allí eres uno de tantos, y no de los más fuertes, aquí puedes desempeñar tu papel más a salvo.»

Tal preocupación, aunque sin duda bienvenida, y quizá incluso necesaria, no era suficiente. Y no fue hasta después de haber recibido una carta de Pinsent que Wittgenstein fue capaz de sacudirse su letargo. El 16 de marzo pudo escribir de nuevo en su diario: «Encantadora carta de David.» Y: «Contesté a David. *Muy* sensual.» Se ha conservado un borrador de su respuesta. Dice:

> Mi *querido* Davy:
>
> Hoy me llegó tu carta con fecha del 27 de enero. Éste es casi el límite. Ahora comienzo de nuevo a ser más fértil.

Wittgenstein le había pedido a Pinsent que le transmitiera un mensaje a Moore, y que le preguntara cómo hacerle llegar una carta. Pinsent así lo hizo. «Espero que te escribirá», dijo. Pero fue una esperanza vana. «Siento que Moore no se comporte como un cristiano», escribió Pinsent en abril: «de hecho, nunca acusó recibo de mi carta.»

Aunque Moore tampoco podía mantener a Wittgenstein completamente fuera de sus pensamientos. El 12 de octubre anotó en su diario: «He soñado con Wittgenstein.»

... me mira como si fuera a preguntarme si todo va bien, y no puedo evitar sonreír como si lo fuera, aunque sé que no es así; luego está nadando en el mar; finalmente intenta escapar de que le arresten como enemigo extranjero.

El 22 de abril, Wittgenstein quedó a cargo de todo el taller, pero, esto, afirma, simplemente le supuso más asuntos desagradables con que enfrentarse. Para ayudar a aliviar la situación Gürth le permitió llevar el uniforme de ingeniero, y provisionalmente se le concedió ese título.[1]

El 30 de abril, Wittgenstein registra otra «encantadora carta de David», que contenía una noticia quizá sorprendente. «He estado escribiendo un ensayo de filosofía», le dijo Pinsent, «¡probablemente una completa tontería!» Era, dijo, un intento de explicar «de qué *trata* la lógica en su conjunto, y qué son la "Verdad" y el "Conocimiento"». Aunque el objeto de su estudio es idéntico al de Wittgenstein, la obra resultante (que todavía sobrevive) guarda poco parecido con el *Tractatus* o con las *Notas sobre lógica*. Pinsent define la lógica utilizando la idea de «coherencia» en lugar de la «tautología», y su pensamiento debe más a la tradición empírica británica (en particular a Moore y a Russell) que a Wittgenstein. Sin embargo, el propio Pinsent lo veía sin la menor duda como una contribución a los temas que preocupaban a Wittgenstein. «Ojalá estuvieras aquí y pudieras comentarlo conmigo», escribió. Su carta acaba:

Ruego a Dios que acabe esta horrible tragedia, tengo tantos deseos de volver a verte.

Inspirado o no por la carta de Pinsent, es de destacar que durante sus últimos meses en Cracovia –una época en la que era desesperadamente infeliz y estaba intensamente frustrado por no ser capaz de obtener otro destino– Wittgenstein se vio capaz de trabajar de nuevo con renovado vigor. A lo largo de los meses de mayo y junio se mostró muy prolífico. Una gran parte (aproximadamente un tercio) de las observaciones publicadas como *Cuadernos: 1914-1916* fueron escritos durante este período.

El problema que más le preocupaba en esa época era el de *cómo* el lenguaje describe el mundo: qué rasgos tanto del lenguaje como del mundo hacen posible que esa descripción tenga lugar.

El gran problema alrededor del cual gira todo lo que escribo es: ¿Existe en el mundo un orden *a priori*, y si es así en qué consiste?

Casi en contra de su voluntad, se vio obligado a admitir que tal orden existía: el mundo, tal como le había insistido a Russell, consiste en *hechos*,

1. La nueva situación de Wittgenstein aún no se había hecho oficial cuando, tras la brecha abierta por las fuerzas de los Poderes Centrales en el Frente Oriental, a fines del verano de 1915, toda esa sección de reparaciones se trasladó a Sokal, al norte de Lemberg.

no en cosas: es decir, está hecho de cosas (objetos) que guardan cierta relación unas con otras. Estos hechos –las relaciones que existen entre los objetos– se reflejan, se representan, por medio de las relaciones entre los símbolos de una proposición. Pero si el lenguaje se puede descomponer en proposiciones *atómicas* (como él había señalado anteriormente), entonces parece que también han de existir *hechos* atómicos que se correspondan con esas proposiciones atómicas. Y al igual que las proposiciones atómicas son aquellas que ya no se pueden descomponer, los hechos atómicos son relaciones entre objetos *simples* más que entre objetos compuestos. Wittgenstein era incapaz de ofrecer ningún ejemplo ni de proposiciones ni de hechos atómicos, ni tampoco era capaz de decir qué era un «objeto simple», pero creía que la mismísima posibilidad del análisis exigía la existencia de tales cosas, proporcionando la estructura tanto del lenguaje como del mundo, lo que permitía que uno se reflejara en el otro.

> No va en contra de nuestra opinión el hecho de que nosotros no podamos analizar PROPOSICIONES hasta el punto de llegar a mencionar sus elementos: no, creemos que el mundo debe estar hecho de elementos. Y parece como si eso fuera idéntico a la proposición de que el mundo debe ser lo que es, algo definido.

Nosotros podemos ser inciertos e indefinidos, pero seguramente el mundo no puede serlo: «El mundo posee una estructura fija.» Y esto permite la posibilidad de que el lenguaje posea un significado definido: «Exigir la existencia de cosas simples *es* exigir que el sentido sea algo definido.»

En mitad de este fructífero período filosófico, Wittgenstein recibió una carta de Russell, escrita en alemán y fechada el 10 de mayo. Le decía a Wittgenstein que había visto las notas dictadas a Moore en Noruega, pero que las había encontrado difíciles de comprender. «Espero», escribió, «con todo mi corazón que después de la guerra me lo expliques todo de palabra.» «Desde que comenzó la guerra», añadió, «me ha sido imposible pensar en filosofía.»

«Siento muchísimo que no fueras capaz de comprender las notas de Moore», le contestó Wittgenstein.

> Creo que eran muy difíciles de entender sin más explicaciones, pero en esencia las veo como definitivas. Y ahora me temo que lo que he escrito recientemente sea más incomprensible, y si no vivo para ver el final de esta guerra debo estar preparado para que todo mi trabajo se quede en nada. En cualquier caso debes hacer que se edite mi manuscrito, lo entienda alguien o no.

«Los problemas se vuelven más y más lapidarios y generales», le dijo a Russell, «y el método ha cambiado drásticamente.» El libro iba a sufrir un cambio aún más drástico a lo largo de los próximos dos años, y por ex-

traño que parezca, de una manera que ya se prefiguraba en el desarrollo del tratado de Pinsent. En una carta fechada el 6 de abril (que Wittgenstein probablemente habría recibido en mayo), Pinsent escribe que su ensayo de filosofía se ha ampliado desde la lógica hasta «la ética y la filosofía en general». Al año siguiente, el propio trabajo de Wittgenstein se movía en una dirección similar.

La revitalización del trabajo de Wittgenstein en el campo de la lógica coincidió con una drástica mejoría de la posición de los Poderes Centrales en el Frente Oriental. En marzo, la situación de los austro-húngaros parecía desesperada. Los rusos les hacían retroceder hacia los Cárpatos y amenazaban con una incursión en la misma Hungría. El 22 de marzo cayó la fortaleza de Przemyśl, y quedó claro que, si había que evitar el desastre, los austríacos precisaban de la fuerza y la eficacia superiores de sus aliados alemanes. De este modo, durante el mes de abril se ultimaron los preparativos para un asalto combinado y en masa a Galicia por parte de austríacos y alemanes, que el 1 de mayo se inició bajo el liderazgo del general alemán Von Mackensen. El lugar elegido para lanzar la ofensiva fue el área comprendida entre las localidades de Gorlice y Tarnów. El éxito del ataque sorprendió incluso a quienes lo planearon, y se logró una decisiva ruptura de las líneas enemigas. Durante los meses de verano de 1915, las fuerzas alemanas y austríacas barrieron las defensas rusas con extraordinaria facilidad, llegando a avanzar su posición unos 450 kilómetros. Se recuperaron las ciudades de Przemyśl y Lemberg, y se conquistaron Lublin, Varsovia y Brest Litovsk.

Si a Wittgenstein le produjo alguna satisfacción la ruptura del frente ruso en Gorlice-Tarnów, es algo que no consta en su diario. A lo largo de todo el avance permaneció en su taller de Cracovia, cada vez más resentido por ese hecho. En Jolles, sin embargo, tenía un corresponsal en el que siempre podía confiar a la hora de entusiasmarse por un éxito militar. El 25 de marzo Jolles le había escrito para lamentar la caída («después de una valiente resistencia») de Przemyśl, y para transmitirle la esperanza de que Galicia fuera liberada de los rusos en la primavera. Durante la campaña, las cartas de Jolles se leen como un comentario patriótico de las noticias del Frente Oriental. «Parece como si la ofensiva rusa de los Cárpatos se hubiera detenido», le escribió el 16 de abril; «¡quizá ahora se pueda liberar con éxito la parte ocupada de Galicia!» El 4 de mayo escribió para decir que había oído que se esperaba una gran victoria como resultado de los éxitos de Von Mackensen: «¡Ojalá la pobre Galicia sea pronto liberada de los rusos!»

El 17 de mayo escribió que, a la luz de la victoria de Von Mackensen, comprendía perfectamente la imperiosidad de Wittgenstein en su decisión de ir al frente. Su mujer estaba más preocupada por la seguridad de Wittgenstein y por si éste tenía suficiente para comer. «Yo escribo poco», le explicaba ella el 8 de abril, «debido a que tú mismo escribes tan poco y de

una manera tan estereotipada, siempre utilizando las mismas y parcas palabras: se tiene la sensanción de que apenas estás interesado en lo que te escribo.» «Me complace», añadió, «que no vayas al frente y que en lugar de eso te quedes donde estás.» En todas las cartas le preguntaba si la comida era escasa y si necesitaba algo. En sus respuestas, Wittgenstein hablaba vagamente de las «cosas desagradables» con que tenía que enfrentarse. «¿Qué tipo de cosas desagradables?», le preguntó Adele Jolles. «Siento enterarme de que tengas que hacer frente a muchos problemas, pero el hecho de que los soportes con coraje es algo espléndido, y me complace del modo más sincero.»

En julio recibió una carta de Ficker, quien por entonces luchaba en el ejército austríaco, sirviendo en el regimiento alpino estacionado en Brixen. Ficker se quejaba de que vivía en unas condiciones terribles: treinta y seis hombres en una habitación, ninguna oportunidad de estar solo ni día ni de noche: era probable que tuviera que estar en esta situación hasta septiembre. Se quejó de falta de sueño y de agotamiento espiritual; estaba tan fatigado que apenas podía leer ni escribir. «Hay veces, mi querido amigo, en que es como si todo mi ser estuviera agotado... Tan completamente han minado mi resistencia estas circunstancias.»

El tono le sonaba familiar. Wittgenstein respondió con un consejo basado en su propia experiencia de una desesperación similar. «No sabe lo bien que comprendo sus tristes noticias», escribió:

> Vive usted, como si dijéramos, en la oscuridad, y no ha encontrado la palabra salvadora. Y si yo, que en esencia soy tan distinto de usted, le diera algún consejo, podría parecer una necedad. Sin embargo, voy a aventurarme a ello. ¿Conoce usted el *Resumen del Evangelio*, de Tolstói? Hubo un tiempo en que este libro me mantuvo virtualmente vivo. ¿Por qué no se compra el libro y lo lee? Si no lo conoce, entonces no puede ni imaginarse el efecto que puede ejercer sobre una persona.

Quizá de manera sorprendente, el consejo fue recibido de manera entusiasta. «¡Dios le proteja!», replicó Ficker. Sí, Wittgenstein tenía razón, *estaba* viviendo en la oscuridad, «pues nadie me había dado la palabra». Y Wittgenstein no sólo le había dado la palabra, sino que lo había hecho de tal manera que él jamás lo olvidaría: «¡Dios le proteja!»

La carta de Wittgenstein a Ficker fue escrita en un hospital. Como resultado de una explosión en el taller, había sufrido un ataque de nervios y unas cuantas heridas leves. Tras más o menos una semana de hospital se le concedió un muy necesario permiso para ir a Viena. «Tres semanas de vacaciones», protestó Adele Jolles, «después de un año de servicio y tras una herida y una enfermedad es realmente bastante poco.» Sin embargo, y desde el punto de vista de Wittgenstein, probablemente era mucho más que suficiente.

Cuando regresó a la unidad de reparaciones, ésta se había marchado de Cracovia. A raíz de la ruptura de las líneas rusas en Gorlice-Tarnów, se

había trasladado a Sokal, al norte de Lemberg, y se albergaba en un tren taller de artillería ubicado en la estación de ferrocarril.

No ha sobrevivido ningún cuaderno de la época que Wittgenstein pasó en Sokal, pero hay razones para pensar que para él fue una época comparativamente feliz. Al menos tenía allí un amigo bastante íntimo, un tal doctor Max Bieler, que estaba a cargo del tren hospital de la Cruz Roja, que se encontraba junto al tren taller. Bieler conoció a Wittgenstein cuando fue invitado a almorzar en el taller con los oficiales. Bieler recuerda:

> Ya el primer día me llamó la atención de entre los presentes, que eran todos oficiales, un hombre delgado y vivaz, sin rango militar, de unos veinticinco años. Comía poco, bebía poco y no fumaba, mientras que el resto de los compañeros de mesa se atiborraban y hacían mucho ruido. Le pregunté a mi vecino de mesa, y me informó de que su nombre era Ludwig Wittgenstein. Me alegré de encontrar, entre los oficiales de carrera que no tenían nada en la cabeza, a un hombre de cultura universitaria y además simpático. Tuve la impresión de que ese ambiente no era el suyo; estaba allí porque era su obligación. Creo que la simpatía fue mutua, pues tras la comida me invitó a visitar su recinto en el tren. Y así comenzó nuestra amistad, que duró varios meses (casi un año) con conversaciones diarias de una hora, sin whisky ni cigarrillos. Después de un par de días me propuso que le «tuteara».

Durante el otoño de 1915 y a lo largo del invierno siguiente, cuando había escasez de casi todo y las condiciones en el frente eran extremadamente duras, la amistad entre Bieler y Wittgenstein fue de enorme alivio para ambos. Mantenían prolongadas y animadas discusiones acerca de temas metafísicos y filosóficos, aunque, quizá no de manera sorprendente, las conversaciones no discurrían en términos de igualdad. Una vez Wittgenstein le dijo a Bieler que sería un buen discípulo, pero que no era ningún profeta. «Yo podría decir de él», escribe Bieler, que «tenía todas las características de un profeta, pero ninguna de las de un discípulo.»

Desde el punto de vista militar, fue una época tranquila; los rusos tuvieron que reagruparse después del desastre del verano anterior, y los Poderes Centrales se contentaron con mantener su posición mientras se concentraban en el Frente Occidental. Evidentemente, también fue una época tranquila para la unidad de reparaciones. Wittgenstein, complacido con los resultados de su reciente trabajo en lógica, fue capaz de llevar a cabo el intento preliminar de escribir un libro. Por desgracia, esta primera versión del *Tractatus* no ha sobrevivido. Sabemos de su existencia a partir de una carta a Russell fechada el 22 de octubre de 1915, en la que Wittgenstein le dice que ahora se encuentra en proceso de escribir los resultados de su trabajo en forma de tratado. «Pase lo que pase», le dijo a Russell, «no publicaré nada hasta que tú lo hayas visto.» Esto, naturalmente, no podía ocurrir hasta después de la guerra:

Pero ¿quién sabe si sobreviviré hasta entonces? Si no fuera así, haz que la gente de aquí te envíe todos mis manuscritos: entre ellos encontrarás el sumario final, escrito a lápiz en hojas sueltas de papel. Quizá te cueste un poco entenderlo, pero no permitas que eso te desanime.

La respuesta de Russell está fechada el 25 de noviembre. «Estoy enormemente complacido», escribió, «de que escribas un tratado y desees publicarlo.» Estaba impaciente por verlo, y le dijo a Wittgenstein que no era del todo necesario esperar al fin de la guerra. Wittgenstein podía enviarlo a Estados Unidos, a Ralph Perry en Harvard, quien a través de Russell estaba al corriente de las primeras teorías de Wittgenstein en el campo de la lógica. Perry se las remitiría a Russell, quien las publicaría. «¡Qué maravilla cuando finalmente podamos volver a vernos!», finalizaba Russell.

También a Frege le comunicó lo de su tratado. El 28 de noviembre Frege escribió, con un talante similar al de Russell: «Me alegra que aún te quede tiempo y energía para el trabajo científico.» Si Wittgenstein hubiera seguido la sugerencia de Russell, el trabajo que se hubiera publicado en 1916 hubiera sido, en muchos aspectos, similar al que ahora conocemos como el *Tractatus*. Es decir, habría contenido la teoría figurativa del significado, la metafísica del «atomismo lógico», el análisis de la lógica en términos de las nociones gemelas de tautología y contradicción, la distinción entre decir y mostrar (a la que recurría al considerar que la teoría de los tipos resultaba superflua), y el método de las Tablas de Verdad (utilizado para mostrar que una proposición lógica es una tautología o una contradicción). En otras palabras, habría contenido casi todo lo que ahora contiene el *Tractatus*, *excepto* los comentarios que hay al final del libro acerca de ética, estética, el alma y el significado de la vida.

En cierto modo, por tanto, habría sido un libro del todo distinto.

Los años en los que el libro sufrió su transformación final –y más importante– fueron aquellos en los que Wittgenstein y Russell no tuvieron ningún contacto. Tras la carta del 22 de octubre de 1915, Russell no tuvo más noticias de Wittgenstein hasta febrero de 1919, después de que éste hubiera sido hecho prisionero por los italianos. En su *Introducción a la filosofía matemática*, escrito durante el último año de la guerra (mientras él mismo estaba en prisión, cumpliendo una sentencia en la que se le acusaba de haber puesto en peligro las relaciones de Gran Bretaña y Estados Unidos), Russell plantea la pregunta de cómo debe definirse la «tautología», y adjunta la siguiente nota a pie de página:

La importancia de la «tautología» para una definición de las matemáticas me fue señalada por mi antiguo alumno Ludwig Wittgenstein, quien estaba trabajando en ese problema. No sé si lo ha solucionado o no, ni siquiera si está vivo o muerto.

La comunicación con Pinsent también se interrumpió durante los dos últimos años de la guerra. El 2 de septiembre de 1915, Pinsent escribió para decir que había «abandonado el estudio de esas malditas leyes» y que ahora trabajaba para el gobierno. Durante 1916, Pinsent consiguió enviarle tres cartas –todas escritas en alemán–, la primera de las cuales pone énfasis en que «la guerra no puede cambiar nuestras relaciones personales, no tiene nada que ver con ellas». En estas cartas, Pinsent le dice a Wittgenstein que ha estudiado mecánica y que se ha empleado como ingeniero. La última carta que Wittgenstein recibió de él está fechada el 14 de septiembre de 1916.

El cambio en la concepción del libro –y la consiguiente transformación del propio Wittgenstein– llegó, por tanto, en una época en que no mantenía contacto alguno con sus amigos ingleses. Por tanto no resulta sorprendente que después de la guerra dudara de si sus amigos ingleses serían capaces de comprenderle. ¿Qué sabían ellos –qué podían saber– de las circunstancias que habían provocado ese cambio?

Quizá pueda preverse la naturaleza de este cambio en las discusiones que tuvo en Sokal con Bieler, discusiones que, dice Bieler, «a veces nos absorbían tanto que perdíamos completamente de vista el momento y el lugar en que nos encontrábamos».

> Recuerdo un incidente cómico. Era la víspera de Año Nuevo de 1915. El comandante en jefe del puesto nos había invitado a todos al comedor de oficiales para la celebración del Año Nuevo. Cuando acabó la cena faltaba poco para las diez, y los dos nos retiramos a la habitación de Wittgenstein a reanudar el tema del día anterior. Más o menos a las once, los oficiales nos hicieron saber que era hora de ponerse en marcha a fin de llegar a tiempo para la fiesta. Wittgenstein les comunicó que se adelantaran, y que nosotros les seguiríamos inmediatamente. No tardamos en olvidarnos de la invitación y de la hora que era, y proseguimos nuestra discusión hasta que unas voces bastantes sonoras fueron audibles desde el exterior. Eran nuestros camaradas, que regresaban muy alegres a las cuatro de la mañana... y nosotros que creíamos que aún no era medianoche. Al día siguiente tuvimos que presentar nuestras excusas al comandante en jefe, y le felicitamos el Año Nuevo con un pequeño retraso.

Tal intensidad sugiere una total entrega por parte de Wittgenstein. Y eso que el tema de las discusiones no era la lógica: Wittgenstein no intentaba enseñarle a Bieler, tal como había hecho anteriormente con Pinsent, el resultado de su trabajo. De lo que hablaban era del *Evangelio* de Tolstói y de *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. Era éste un libro que Wittgenstein leía con tanta frecuencia que se sabía pasajes enteros de memoria, en particular los discursos del anciano Zosima, que para él representaban un poderoso ideal cristiano, un santo que podía «ver directamente en el interior del alma de las personas».

El período durante el cual Wittgenstein y Bieler estuvieron juntos fue

uno de los más tranquilos del Frente Oriental. Para Wittgenstein fueron días de relativa comodidad. Aunque no era un oficial, en muchos aspectos se le trataba como a tal. Incluso se le proporcionó un asistente: un joven llamado Constantín, procedente de un campo de prisioneros vecino. Bieler recuerda: «Constantín era un buen muchacho, y cuidaba de Wittgenstein con mucho celo. Wittgenstein le trataba muy bien y en poco tiempo aquel prisionero de guerra flaco, frágil y sucio se transformó en el soldado más rollizo y más limpio de toda la guarnición.»

Este período de relativa tranquilidad acabó en marzo de 1916, cuando los rusos, para aliviar la presión sobre Francia, lanzaron un ataque sobre el flanco báltico. Al mismo tiempo, después de más menos un año, las autoridades austríacas llegaron a una conclusión acerca de la situación de Wittgenstein. Se decidió que no podía conservar ni el título ni el uniforme de *Ingenieur*, pero que se le podía conceder su deseo, expresado durante mucho tiempo, de ser destinado al frente como soldado raso. La decisión, dice Bieler, fue «un duro golpe para los dos». Wittgenstein se separó de él como alguien que no espera regresar con vida.

> Se llevó con él sólo lo absolutamente necesario, dejando todo lo demás y pidiéndome que lo dividiera entre la tropa. Me dijo que se había hecho construir una casa junto a un fiordo, en Noruega, donde a veces se refugiaba a fin de encontrar paz para trabajar. Quería dármela como regalo. Yo la rechacé y en lugar de eso me quedé con su pluma estilográfica Waterman.

Una de las pocas posesiones personales que Wittgenstein se llevó consigo fue su ejemplar de *Los hermanos Karamazov.*

Si bien creía que no podía regresar con vida del frente, sabía con certeza que en caso de que volviera ya no sería el mismo. En este sentido, la guerra comenzó realmente para él en marzo de 1916.

7. EN EL FRENTE

> No hay duda de que es el conocimiento de la muerte, y con él la reflexión en torno al sufrimiento y a la miseria de la vida, lo que da el más fuerte impulso a la reflexión filosófica y a las explicaciones metafísicas del mundo.
>
> SCHOPENHAUER,
> *El mundo como voluntad y representación*

Si Wittgenstein se hubiera pasado toda la guerra tras las líneas, el *Tractatus* hubiera seguido siendo lo que con toda certeza era en su primera concepción de 1915: un tratado acerca de la naturaleza de la lógica. Los comentarios acerca de ética, estética, el alma y el sentido de la vida tienen su origen precisamente en el «impulso a la reflexión filosófica» que Schopenhauer describe, un impulso cuyo estímulo es el conocimiento de la muerte, el sufrimiento y la miseria.

Hacia finales de marzo de 1916, Wittgenstein fue asignado, tal como había deseado durante tanto tiempo, a una unidad de combate en el Frente Oriental. Se le destinó a un regimiento de artillería adjunto al Séptimo Ejército austríaco, estacionado en el punto más meridional del Frente Oriental, cerca de la frontera rumana. En las pocas semanas que transcurrieron antes de que su regimiento se trasladara a primera línea, se esforzó en prepararse, psicológica y espiritualmente, para enfrentarse con la muerte. «Dios me ilumine. Dios me ilumine. Dios ilumine mi alma», escribió el 29 de marzo. Al día siguiente:

> Haz lo que puedas. No puedes hacer más: y no pierdas el buen humor. Ayúdate a ti mismo y ayuda a los demás con todas tus fuerzas. ¡Y al mismo tiempo no pierdas el buen humor! Pero ¿cuánta fuerza necesita uno para sí mismo y cuánta para los demás? ¡¡Es duro llevar una vida honesta!! Pero es bueno llevar una vida honesta. Sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la Tuya.

Sin embargo, cuando llegó el momento durante tanto tiempo esperado, cayó enfermo, y su comandante en jefe le dijo que tenían que irse sin él. «Si eso sucede», escribió, «me mataré.» Cuando el 15 de abril se le dijo que, después de todo, se le permitía acompañar a su regimiento, suplicaba: «Sólo con que se me permitiera arriesgar la vida en alguna misión difícil.» Contó los días hasta que por fin estuvo en primera línea, y cuando llegó el momento rezó a Dios para que le diera valor. Observó que desde que estaba en el frente se había vuelto totalmente asexual.

Una vez en primera línea solicitó que se le asignara el destino más peligroso, el puesto de observación. Esto le garantizaba ser el blanco del

fuego enemigo. «Me han disparado», anotó el 29 de abril. «He pensado en Dios. Hágase tu voluntad. Dios esté conmigo.» Creía que esa experiencia le acercaría a la iluminación. El 4 de mayo se le dijo que tenía que hacer guardia nocturna en el puesto de observación. Como los bombardeos eran más intensos por la noche, ése era el puesto más peligroso que se le podía dar. «Sólo entonces», escribió, «comenzó la guerra para mí.»

> Y –quizá– incluso la vida. Quizá la proximidad de la muerte traiga luz a mi vida. Que Dios me ilumine. Soy un gusano, pero a través de Dios me convierto en hombre. Dios esté conmigo. Amén.

Al día siguiente, en el puesto de observación, esperó el bombardeo nocturno con gran ilusión. Se sentía «como un príncipe en un castillo encantado».

> Ahora, durante el día, todo está tranquilo, pero de noche debe de ser *terrible*. ¿Lo soportaré? Esta noche lo veremos. ¡¡Dios esté conmigo!!

Al día siguiente anotaba que había estado en constante peligro de muerte, pero que por medio de la gracia de Dios había sobrevivido. «De vez en cuando tenía miedo. Eso se debe a que veo la vida desde una perspectiva falsa.» Casi todas las noches, en su puesto, esperaba morir y rezaba a Dios para que no le abandonara, para que le diera valor para mirar a la muerte directamente a los ojos y sin miedo. Sólo entonces podría estar seguro de que llevaba una vida decente: «Sólo la muerte da sentido a la vida.»

Al igual que a bordo del *Goplana*, Wittgenstein prefería estar en un puesto solitario y peligroso que en compañía de sus camaradas. De la fuerza que imploraba a Dios, necesitaba tanta o más para enfrentarse a sus camaradas que para enfrentarse a sus enemigos. Eran «una pandilla de borrachos, una pandilla de gente estúpida y vil».

> Los hombres, con pocas excepciones, me odian porque soy voluntario. De modo que casi siempre estoy rodeado de gente que me odia. Y esto es lo único que no puedo soportar. La gente es aquí malvada y sin corazón. Es casi imposible encontrar un rasgo de humanidad en ellos.

La lucha para no odiar a esas personas era, al igual que la lucha contra el miedo ante la muerte, una prueba de su fe: «El corazón de un verdadero creyente lo comprende todo.» De modo que se instaba a sí mismo: «Siempre que sientas deseos de odiar a alguien, en lugar de eso procura comprenderle.» Lo intentaba, pero era obvio que le costaba un gran esfuerzo.

> Las personas que me rodean no son tanto mezquinas como *espantosamente* limitadas. Eso hace que sea casi imposible trabajar con ellos, por-

que siempre me malinterpretan. No son estúpidos, sino limitados. Dentro de su círculo son lo suficientemente inteligentes. Pero carecen de carácter y por tanto de amplitud de miras.

Finalmente decidió que no los *odiaba*, pero que de todos modos le disgustaban.

A lo largo de esos primeros meses en el frente, de marzo a mayo, Wittgenstein fue capaz de escribir un poco sobre lógica. Continuó con el tema de la naturaleza de las funciones y las proposiciones y la necesidad de postular la existencia de objetos simples. Pero añadió este aislado e interesante comentario acerca de la «concepción moderna del mundo» que apareció sin cambio alguno en el *Tractatus* (6.371 y 6.372):

> En toda mi visión moderna del mundo subyace el espejismo de que las llamadas leyes de la naturaleza son las explicaciones de los fenómenos de la naturaleza.
>
> Y así se aferran a las leyes de la naturaleza como a algo intocable, al igual que los antiguos a Dios y al destino.
>
> Y ambos tienen razón y no la tienen. Pero los antiguos son, en cualquier caso, más claro en la medida que reconocen un final claro, en tanto que en el nuevo sistema ha de parecer como si *todo* estuviera explicado.

Recibió una postal de Frege animándole a seguir con su trabajo en lógica. «Encuentro muy comprensible», escribió Frege, «su deseo de no permitir que su trabajo intelectual quede abandonado.» Le agradeció a Wittgenstein su invitación para ir a Viena a discutir su trabajo, pero le parecía improbable poder hacerlo. Sin embargo manifestaba su esperanza de proseguir sus discusiones científicas de una u otra manera. No obstante, Wittgenstein iba a escribir muy poco sobre lógica en lo que quedaba de guerra. Y cuando finalmente Frege tuvo la oportunidad de leer el *Tractatus*, fue incapaz, en opinión de Wittgenstein, de entender una palabra.

La lucha en el Frente Oriental durante los meses de abril y mayo no fue intensa, pero en junio Rusia lanzó una importante ofensiva esperada durante mucho tiempo, conocida, tomando el nombre del general que la planeó, como «Ofensiva Brusilov». De este modo comenzó una de las contiendas más duras de toda la guerra. El Undécimo Ejército austríaco, al que pertenecía el regimiento de Wittgenstein, se enfrentó al grueso del ataque y sufrió enormes pérdidas. Fue precisamente entonces cuando la naturaleza del trabajo de Wittgenstein sufrió una transformación.

El 11 de junio sus reflexiones acerca de los fundamentos de la lógica se interrumpen con la pregunta: «¿Qué sé de Dios y del propósito de la vida?» Responde con una lista.

> Sé que este mundo existe.
>
> Que estoy emplazado en él al igual que mi ojo en su campo visual.
>
> Algo acerca de su problemática, que llamo su sentido.

Que su sentido no reside en él sino fuera de él.

Que la vida es el mundo.

Que mi voluntad penetra el mundo.

Que mi voluntad es buena o mala.

Por tanto que el bien y el mal están de algún modo relacionados con el sentido del mundo.

Al sentido de la vida, por ejemplo el sentido del mundo, lo podemos llamar Dios.

Y relacionar con esto la comparación de Dios con un padre.

Orar es pensar en el sentido de la vida.

No puedo plegar los sucesos del mundo a mi voluntad: soy completamente impotente.

Sólo puedo volverme independiente del mundo –y en cierto sentido dominarlo– renunciando a cualquier influencia en los acontecimientos.

Estos comentarios no están escritos en clave, sino presentados como si de algún modo pertenecieran a la obra de lógica que los precede. Y a partir de ese momento las reflexiones de este tipo predominan en el cuaderno. Es como si lo personal y lo filosófico se hubieran fundido; ética y lógica –los dos aspectos del «deber hacia uno mismo»– se habían unido finalmente, no meramente como dos aspectos de la misma tarea personal, sino como partes de la misma obra filosófica.

En la entrada de su cuaderno del 8 de julio, encontramos, por ejemplo: «El miedo ante la muerte es el mejor signo de, por ejemplo, una vida deshonesta», y esta vez no como una afirmación de un credo personal, sino como una contribución al pensamiento filosófico.

Al principio de la guerra, tras haber recibido la noticia de que su hermano Paul había sido herido de gravedad y había asumido que tendría que abandonar su profesión de concertista de piano, escribió: «¡Qué cosa tan terrible! ¿Qué filosofía ayudará alguna vez a superar un hecho de este tipo?» Parece ser que ahora, habiendo experimentado todos los horrores de la guerra por sí mismo, necesitaba no sólo una fe religiosa, sino también una filosofía.

Es decir, necesitaba no sólo *creer* en Dios, rezarle para que le diera fuerza y le iluminara; necesitaba *comprender* qué era eso en lo que creía. Cuando rezaba a Dios, ¿qué estaba haciendo? ¿A quién dirigía sus plegarias? ¿A él mismo? ¿Al mundo? ¿Al destino? Su respuesta parece ser: a las tres cosas.

Creer en Dios significa comprender el sentido de la vida.

Creer en Dios significa ver que los hechos del mundo no son el fin de la materia.

Creer en Dios significa ver que la vida tiene un sentido.

El mundo me es *dado*, por ejemplo, mi voluntad entra en el mundo completamente desde el exterior como en algo que ya está allí.

(Por lo que respecta a qué es mi voluntad, no lo sé todavía.)

Sea lo que sea, en cualquier caso *somos* en cierto sentido dependientes, y aquello de lo que dependemos lo podemos llamar Dios.

En este sentido, Dios sería simplemente el destino, o, lo que es lo mismo: El mundo... que es independiente de nuestra voluntad.

Puedo volverme independiente del destino.

Hay dos divinidades: el mundo y mi yo independiente.

... Cuando mi conciencia altera mi equilibrio, entonces no estoy en armonía con Algo. ¿Pero qué es eso? *¿El mundo?*

Ciertamente es correcto decir: la Conciencia es la voz de Dios.

Poco después leemos: «Las cosas tal como son, eso es Dios. Dios es las cosas tal como son.» Por «las cosas tal como son» se refiere tanto a cómo son *en el mundo* y a cómo son en *uno mismo*. Pues el yo es, tal como Weiniger y Schopenhauer habían dicho, un microcosmos del mundo.

Estos pensamientos parecen haberse abierto paso hacia él, casi haberle tomado por sorpresa. El 7 de julio anotaba: «Colosales esfuerzos el mes pasado. He pensado mucho sobre cada tema posible. Pero curiosamente no puedo establecer la relación con mi manera matemática de pensar.» Y el 2 de agosto comentaba acerca de su trabajo –como si éste tuviera vida propia– que se había «ensanchado más allá de los fundamentos de la lógica, hacia la esencia del mundo».

La relación entre el pensamientos de Wittgenstein en torno a la lógica y sus reflexiones sobre el sentido de la vida iba a residir en la distinción que había hecho previamente entre *decir* y *mostrar*. La forma lógica, había dicho, no puede expresarse *dentro* del lenguaje, pues es la propia forma del lenguaje; se le hace difícil manifestarse en el lenguaje: debe ser *mostrada*. De modo similar, las verdades éticas y religiosas, aunque inexpresables, se manifiestan a sí mismas en la vida.

La solución al problema de la vida ha de verse en la desaparición del problema.

¿No es ésta la razón por la que los hombres que, después de muchas dudas, han tenido claro el sentido de la vida no sean capaces de decir en qué consiste ese sentido?

Así: «La ética no trata del mundo. La ética debe ser una condición del mundo, al igual que la lógica.» Así como para comprender la forma lógica uno debe ver el lenguaje como una totalidad, para comprender la ética uno debe ver el mundo como un todo. Cuando uno intenta describir lo que ve desde tal perspectiva, inevitablemente lo que dice es absurdo (tal como Wittgenstein escribió de su propio intento de hacerlo: «Soy consciente de la total falta de claridad de estas frases»), pero que tal perspectiva se puede alcanzar es innegable: «Hay, desde luego, cosas que no pueden expresarse en palabras. *Se manifiestan*. Son lo místico.»

Al discutir esta visión del mundo (al que ve como una totalidad limitada), Wittgenstein adopta la frase latina utilizada por Spinoza: *sub specie*

aeternitatis («bajo la apariencia de eternidad»). No sólo es una visión ética, sino también estética.

> La obra de arte es el objeto visto *sub specie aeternitatis*; y una vida honesta es el mundo visto *sub specie aeternitatis*. Ésta es la relación entre arte y ética.
>
> Normalmente vemos los objetos como si estuviéramos inmersos en ellos, la perspectiva *sub specie aeternitatis* los ve desde el exterior.
>
> De tal modo que tiene a la totalidad del mundo como fondo.

Estos comentarios muestran la inconfundible influencia de Schopenhauer. En *El mundo como voluntad y representación*, Schopenhauer aborda, de modo extraordinariamente parecido, una forma de contemplación en la que renuncia a «la manera corriente de considerar las cosas», y «ya no considera el dónde, el cuándo, el porqué y el adónde de las cosas, sino simplemente el *qué*».

> Además no permitimos que el pensamiento abstracto, los conceptos de la razón, se apoderen de nuestra conciencia, sino que, en lugar de eso, dedicamos todo el poder de nuestra mente a la percepción, nos sumergimos completamente en su interior y dejamos que nuestra conciencia se llene de la serena contemplación del objeto natural ahí presente, ya sea un paisaje, un árbol, una roca, un risco, un edificio o lo que sea. Nos *perdemos* por entero en ese objeto, por utilizar una expresión llena de significado...
>
> Esto era lo que estaba en la mente de Spinoza cuando escribió: *Mens aeterna est quatenus res sub specie aeternitatis* [«La mente es eterna en la medida en que concibe las cosas desde el punto de vista de la eternidad»].

Si Wittgenstein estaba releyendo a Schopenhauer en 1916, o si estaba rememorando pasajes que le habían impresionado en su juventud, no hay duda de que los comentarios que escribió ese año tienen un matiz inequívocamente schopenhaueriano. Incluso adopta la jerga de Schopenhauer al hablar de *Willie* («voluntad»), y *Vorstellung* («representación», o, algunas veces, «idea»), como cuando dice:

> Al igual que mi idea es el mundo, del mismo modo mi voluntad es la voluntad del mundo.

Los comentarios de Wittgenstein acerca de la voluntad y el yo son, en muchos aspectos, simplemente una reafirmación del «idealismo trascendente» de Schopenhauer, con su dicotomía entre el «mundo como idea», el mundo del espacio y el tiempo, y el «mundo como voluntad», el mundo del yo *noúmeneo*, intemporal. La doctrina podría verse como el equivalente filosófico de ese estado de ánimo religioso de que se mofaba Nietzsche, la mórbida sensibilidad hacia el sufrimiento que se despega de la rea-

lidad hacia «un mundo meramente "interior", un mundo "real", un mundo "eterno"». Cuando este estado de ánimo se convierte en la base de una filosofía se cae en el solipsismo, la visión de que *el* mundo y *mi* mundo son una misma cosa. De este modo nos encontramos con que Wittgenstein dice:

> Es cierto: el Hombre *es* el microcosmos.
> Yo soy mi mundo.

Lo que distingue la afirmación de Wittgenstein de la doctrina de Schopenhauer es que en el caso de Wittgenstein va acompañada de la condición de que, cuando se expresa en palabras, la doctrina es, hablando en rigor, absurda: «lo que el solipsismo *significa* es algo bastante correcto; sólo que no puede ser *dicho*, sino que se manifiesta».

Creía haber alcanzado un punto en el que el solipsismo schopenhaueriano y el realismo fregeriano se combinaban en el mismo punto de vista.

> Ésta es la manera en que me he desplazado: el idealismo singulariza al hombre dentro del mundo, el solipsismo me singulariza a mí solo, y al final veo que yo también pertenezco al resto del mundo, y así, por una parte, *nada* se deja de lado, y por otra, al ser algo singular, soy *el mundo*. De este modo, el idealismo conduce al realismo si se reflexiona rigurosamente.

Parece ser que Wittgenstein no informó a Frege, el pensador al que atribuía el haberle librado de su primitivo idealismo schopenhaueriano, de la recaída idealista que había sufrido. En una postal fechada el 24 de junio, Frege comenta de nuevo lo complacido que está de que Wittgenstein sea capaz de volver a realizar su trabajo científico. «No puedo decir lo mismo de mí», escribe. Su mente está ocupada con la guerra y el sufrimiento de las personas que conoce y que participan en ella, una de las cuales ha sido herida recientemente por segunda vez, mientras que otra ha muerto en Polonia. De la Ofensiva Brusilov no dice nada, pero comenta lo complacido que está con la reconquista de Lemberg. En la siguiente postal, fechada el 2 de julio, se solidariza con Wittgenstein a causa de la incapacidad de éste para trabajar. Él también se ha visto incapaz de cualquier trabajo científico, pero tiene la esperanza de que después de la guerra los dos reemprenderán su trabajo en torno a las cuestiones lógicas. El 29 de julio comenta de nuevo el abatimiento que se desprende de las recientes misivas de Wittgenstein, y espera recibir pronto una carta escrita con mejores ánimos, pero: «Siempre me complace recibir alguna señal de que está usted vivo.»

Nada en estas postales indica que esté al corriente de los cambios fundamentales que en esa época tenían lugar en el pensamiento de Wittgenstein, que sepa cómo se amplían las preocupaciones de éste desde los fundamentos de la lógica hacia la esencia del mundo, o que conozca la

convicción de Wittgenstein de haber encontrado un punto en el que solipsismo y realismo coinciden.

Durante la redacción de su libro, Wittgenstein tuvo a Pinsent siempre presente. El 26 de julio anotó que había recibido otra carta de él. Estaba escrita en alemán, y le hablaba a Wittgenstein de la muerte de su hermano en Francia. «La guerra no puede cambiar nuestras relaciones personales», insistía Pinsent; «éstas nada tienen que ver con la guerra.» «Ésta amable y encantadora carta», escribió Wittgenstein, «me ha abierto los ojos respecto del hecho de que aquí vivo en un *exilio*. Puede que sea un exilio saludable, pero ahora lo siento como un exilio.»

Por entonces las fuerzas austríacas habían retrocedido hacia los Cárpatos, perseguidas por los victoriosos rusos. Las condiciones de vida eran duras: «un frío gélido, lluvia y niebla», anota Wittgenstein. Era «una vida llena de tormentos».

> Terriblemente difícil no extraviarse. Pues soy una persona débil. Pero el espíritu me ayudará. Lo mejor sería que ya estuviera enfermo, entonces al menos tendría un poco de paz.

Pero para evitar la captura o la muerte tenían que seguir retrocediendo, perseguidos por el fuego del avance ruso. «Me dispararon», escribió el 24 de julio, «y a cada disparo todo mi ser se estremecía. Deseaba tanto seguir viviendo...»

En esas circunstancias, la cuestión de la identidad del «yo filosófico», el yo portador de valores morales, adquiría una peculiar intensidad. Durante la retirada a través de los Cárpatos, Wittgenstein descubrió, probablemente por primera vez en su vida, lo que era perder de vista ese yo y verse dominado por la voluntad animal e instintiva de permanecer vivo, un estado en el que los valores morales eran irrelevantes.

> Ayer me dispararon. ¡Estaba asustado! Temía a la muerte. Ahora tengo tal deseo de vivir... Y es difícil abandonar la vida cuando uno la disfruta. Eso es precisamente lo que es el «pecado», una vida irracional, una falsa visión de la vida. De vez en cuando me convierto en un *animal*. Entonces no puedo pensar en nada que no sea comer, beber y dormir. ¡Terrible! Y entonces también sufro como un animal, sin la posibilidad de una salvación interior. Y estoy entonces a merced de mis apetitos y aversiones. En esos momentos resulta impensable una vida auténtica.

Durante las tres semanas siguientes, su diario le muestra reconviniéndose a causa de esa tendencia a hundirse en una vida de pecado. «Sabes lo que tienes que hacer para vivir felizmente», se decía a sí mismo el 12 de agosto. «¿Por qué no lo haces? Porque eres irracional. Una vida des-

honesta es una vida irracional.» Rezaba a Dios para que le diera fuerzas en su lucha contra su propia naturaleza.

A pesar de estas autoadmoniciones, lo cierto es que demostró un extraordinario valor durante toda la campaña. En los primeros días de la Ofensiva Brusilov, se le recomendó para una medalla en reconocimiento a su valor al mantenerse en su puesto a pesar de que varias veces se le dijo que se pusiera a cubierto. «Mediante este comportamiento singular», reza el informe, «infundió un efecto tranquilizador en sus compañeros.» Fue ascendido rápidamente, primero a *Vormeister* (soldado que desempeñaba las veces de cabo sin recibir el sueldo de éste), y luego a *Korporal* (cabo). Finalmente, a finales de agosto, cuando se hubo detenido el avance ruso, fue enviado al cuartel general del regimiento en Olmütz (Olomouc), Moravia, para que hiciera un curso de oficial.

Antes de ir a Olmütz, Wittgenstein disfrutó de un permiso en Viena. Allí, escribió en su diario, se sintió deprimido y solo, y la única noticia que le alegró fue el hecho de que Loos aún estuviera vivo. De éste recibió el nombre y la dirección de un contacto en Olmütz: un ex estudiante de Loos que en esa época convalecía con su familia, pues el ejército lo había licenciado por padecer tuberculosis.

El 28 de agosto, Wittgenstein recibió una carta de Frege pidiéndole que iniciaran una correspondencia sobre temas de lógica. Frege le sugería que, cuando tuviera tiempo, anotara sus pensamientos y se los enviara. Él procuraría responder a los pensamientos de Wittgenstein por carta. «De este modo», escribió Frege, «quizá pueda tener lugar entre nosotros una comunicación científica, que al menos será una especie de sucedáneo de una discusión cara a cara.» Parece que Wittgenstein no respondió a esta sugerencia hasta que no hubo completado su libro. Quizá el ofrecimiento llegara demasiado tarde; pues en otoño de 1916 encontró el compañero de discusiones que necesitaba para trabajar en la nueva dirección de sus pensamientos.

El estudiante que Loos le había mencionado era Paul Engelmann, miembro de un grupo de jóvenes que conformaban un reducido oasis cultural en lo que, por lo demás, constituía una avanzadilla culturalmente bastante estéril dentro del imperio austro-húngaro. Entre éstos estaba Fritz Zweig, un pianista de talento que posteriormente se convertiría en el primer director de la Berlín State Opera House; su primo Max Zweig, estudiante de leyes y dramaturgo; y Heinrich («Heini») Groag, también estudiante de leyes y posteriormente próspero abogado. Engelmann dice que Groag era «uno de los hombres más inteligentes que he conocido». El hermano de Engelmann también era un hombre de agudo ingenio –posteriormente sería famoso en Viena como el caricaturista «Peter Eng»–, aunque en esa época él y Wittgenstein compartían una mutua antipatía el uno por el otro. El propio Engelmann era discípulo tanto de Adolf Loos como de Karl Kraus. Cuando le licenciaron del ejército se dedicó a ayudar

a Kraus en su campaña contra la guerra, encargándose de reunir los recortes de prensa que constituían el material de la propaganda satírica y antibélica de Kraus.

Wittgenstein llegó a Olmütz en octubre de 1916, y permaneció allí hasta poco antes de Navidad. Al principio quería alojarse en la torre del ayuntamiento de Olmütz, pero cuando el guarda le dijo que no estaba permitido, tomó una habitación en un bloque de pisos de las afueras de la ciudad. Poco después de trasladarse cayó enfermo de enteritis, y fue Engelmann quien le cuidó hasta que recobró la salud, con la ayuda de su madre, quien cocinaba comidas ligeras para Wittgenstein, que Engelmann llevaba al inválido. La primera vez que llevó a cabo este acto de amabilidad, Engelmann derramó un poco de sopa de camino a la habitación de Wittgenstein. Al entrar, Wittgenstein exclamó: «Mi querido amigo, me inundáis de amabilidades», a lo cual Engelmann, con el abrigo salpicado, replicó: «Me temo que soy yo quien se ha inundado.» Era exactamente el tipo de sencilla amabilidad y franco sentido del humor que Wittgenstein apreciaba, y la escena se grabó en su memoria. Cuando regresó al frente le escribió a Engelmann: «Pienso en ti con frecuencia... y en esa vez en que me trajiste un plato de sopa. ¡Pero la culpa de eso fue tanto de tu madre como tuya! Tampoco a ella la olvidaré nunca.»

Gracias al grupo de amigos de Engelmann, Wittgenstein pasó en Olmüz una época feliz. Asistió a sus representaciones de *El enfermo imaginario* de Molière, escuchó y apreció los recitales de piano de Fritz Zweig, participó en sus conversaciones acerca de literatura, música y religión. En particular, encontró en Engelmann a una persona de un talante parecido al suyo a la que exponer las ideas que se le habían ocurrido durante los últimos seis meses en el frente. A veces, recuerda Engelmann, esas conversaciones tenían lugar mientras acompañaba a Wittgenstein desde la casa de Engelmann hasta la habitación de aquél en las afueras de la ciudad. Si todavía estaban inmersos en la discusión cuando llegaban al bloque de apartamentos, daban la vuelta y continuaban la conversación mientras Wittgenstein acompañaba a Engelmann de vuelta a su casa.

Engelmann fue el amigo más íntimo de Wittgenstein desde que este abandonara Inglaterra. Su amistad se debía en gran parte al hecho de que los dos experimentaban un despertar religioso que cada cual interpretaba y analizaba de manera similar. Engelmann lo expresa adecuadamente cuando dice que era su propia situación espiritual lo que

> ... me permitió comprender, como si dijéramos desde dentro, sus afirmaciones, que dejaban perplejos a todos los demás. Y fue esa comprensión por mi parte lo que me convirtió en indispensable para él en esa época.

El propio Wittgenstein solía decir: «Si soy incapaz de sacar a la luz una proposición, entonces viene Engelmann con su fórceps y la extrae por mí.»

La imagen recuerda aquella ocasión en que Russell observó que a

Wittgenstein había que sacarle los pensamientos con pinzas. Y también resulta difícil resistir la tentación de comparar a Engelmann con Russell respecto del papel que ambos jugaron en la vida de Wittgenstein durante el desarrollo del *Tractatus*. El propio Engelmann parecía tener en mente esa comparación cuando escribió:

> De manera inesperada, Wittgenstein encontró en mí a una persona que, al igual que otros muchos miembros de la joven generación, sufría de una aguda discrepancia entre el mundo tal como es y tal como debería ser según su entendimiento, pero que también tendía a buscar el origen de esa discrepancia dentro de sí mismo en lugar de en el exterior. Era una actitud con la que no se había encontrado en ninguna parte, y que, al mismo tiempo, era vital para cualquier auténtica comprensión o discusión significativa de su estado espiritual.

Y de la introducción de Russell al libro dice:

> Debe considerarse una de las principales razones por las que el libro, aunque reconocido hasta el día de hoy como un acontecimiento de decisiva importancia en el campo de la lógica, ha fracasado a la hora de ser comprendido como una obra filosófica en un sentido más amplio. Wittgenstein debió de sentirse dolido al ver que hombres tan relevantes, que eran también amigos que le habían sido de gran ayuda, eran incapaces de comprender su propósito al escribir el *Tractatus*.

Hasta cierto punto, estas palabras son un anacronismo. No parecen tener muy en cuenta el hecho de que el Wittgenstein que Engelmann conoció en 1916 no era el mismo Wittgenstein que Russell había conocido en 1911. Y tampoco su intención era la misma al escribir el *Tractatus*. Russell no tuvo ningún contacto con Wittgenstein durante esa época en la que su trabajo «se ensanchó desde los fundamentos de la lógica hasta la esencia del mundo»; por lo que Russell sabía, su propósito al escribir el libro era arrojar luz sobre la naturaleza de la lógica. Se podría decir que Engelmann habría sido de poca utilidad para el desarrollo de Wittgenstein como filósofo en 1911, cuando sus preocupaciones se centraban en los temas suscitados por la Paradoja de Russell.

Sin embargo, sigue siendo cierto que en 1916 –al igual que en 1911– Wittgenstein tenía la suerte de hallarse en situación de poder tener conversaciones diarias y la atención casi exclusiva de un espíritu afín.

Vale la pena observar que en esa época no hay comentarios en clave en los cuadernos de Wittgenstein; la presencia de Engelmann los hizo innecesarios. Hay, sin embargo, un buen número de comentarios filosóficos. En lo principal son una continuación de la línea schopenhaueriana de pensamiento iniciada en el frente. Creo que es probable que sus prolongadas conversaciones con Engelmann ayudaran a Wittgenstein a formular las relaciones entre las partes mística y lógica del libro. Ciertamente, dis-

cutió el libro a fondo con Engelmann, y de las «Observaciones sobre el *Tractatus*» de este último incluidas en su remembranza queda claro que se le había quedado grabado que «lógica y misticismo han brotado aquí de la misma raíz». El hilo central que une lógica y misticismo –la idea de la verdad inexpresable que se hace manifiesta– era una idea que le resultaba natural a Engelmann. De hecho, posteriormente le proporcionaría a Wittgenstein un ejemplo que ambos consideraban excelente: un poema de Uhland llamado «El espino del conde Eberhard».

Después de pasar las Navidades en Viena, Wittgenstein regresó al Frente Ruso en enero de 1917, ahora como oficial de artillería destinado a la división del tercer ejército austríaco estacionado justo al norte de los Cárpatos. En aquella época el ejército ruso estaba desorganizado, y el frente estaba relativamente tranquilo. Le escribió a Engelmann que de nuevo era capaz de trabajar (por desgracia, los manuscritos de este período no han sobrevivido). Con toda probabilidad, lo que escribió en esa época concernía a la imposibilidad de expresar las verdades éticas y estéticas. En una carta fechada el 4 de abril de 1917, Engelmann le adjuntaba «El espino del conde Eberhard», el poema de Uhland que narra la historia de un soldado que, mientras está en la cruzada, corta una ramita de una mata de espinos; cuando regresa a su hogar planta el brote en sus tierras, y cuando es anciano se sienta a la sombra del arbusto de espino completamente crecido, que le sirve de conmovedor recordatorio de su juventud. La narración es muy simple, sin adornos y sin extraer ninguna moraleja. Y aun así, como dice Engelmann, «el poema ofrece en 28 versos la imagen de toda una vida». Es, le dijo a Wittgenstein, «un prodigio de objetividad».

> Casi todos los demás poemas (incluidos los buenos) intentan expresar lo inexpresable, y aquí no lo intenta, y precisamente por ello lo consigue.

Wittgenstein estuvo de acuerdo. El poema, le escribió a Engelmann, es «realmente magnífico».

> Y esto es lo que ocurre: sólo al no intentar expresar lo inexpresable conseguimos que *nada* se pierda. ¡Pero lo inexpresable estará –inexpresablemente– *contenido* en lo que ha sido expresado!

En esa época había razones para pensar que la guerra pronto llegaría a su fin con una victoria de los Poderes Centrales. El gobierno ruso había caído; los alemanes habían roto las líneas francesas en el Frente Occidental; y parecía que la campaña de los submarinos contra los ingleses tenía éxito. Eso al menos creía Frege. «¡Esperemos lo mejor!», le escribió a Wittgenstein el 26 de abril, enumerando todas las razones para pensar así.

Durante el sosegado período que siguió a la Revolución Rusa, Wittgenstein obtuvo un permiso para ir a Viena. Allí recibió una carta de Frege en la que éste se disculpaba por tener que rechazar su invitación de

ir a Viena a discutir su trabajo. «El viaje de ida y vuelta a Viena», le explicó, «es, en mis actuales circunstancias, demasiado agotador.» Estaba claro que si Wittgenstein quería comentar su trabajo con Frege tendría que ir a Jena.

El caso fue que el hundimiento del gobierno zarista condujo, inicialmente, a un reanudamiento de la actividad en el Frente Oriental. El nuevo ministro de la Guerra (y desde julio el nuevo primer ministro), Alexander Kerenski, estaba decidido a proseguir la lucha, y en julio los rusos lanzaron la malograda ofensiva que llevó su nombre. Sin embargo, la voluntad de prolongar la guerra por parte de los soldados rusos se había disipado, y el avance pronto se detuvo. A Wittgenstein se le concedió la Medalla de Plata al Valor por su participación en la resistencia de las fuerzas austro-húngaras en defensa de sus posiciones en Ldziany. En la contraofensiva que siguió tomó parte en el avance a lo largo del río Pruth, que en agosto llevó a la conquista de la ciudad de Czernowitz (Chernovtsy), en Ucrania.

Las fuerzas rusas se habían desmoronado por completo, y con ellas el gobierno de Kerenski. En el Este, la guerra había sido ganada por los Poderes Centrales. Después de llegar al poder con el eslogan de «Pan y Paz», al nuevo gobierno bolchevique sólo le quedaba salvar lo que pudiera en su inevitable rendición. A lo largo de las interminables negociaciones que siguieron, Wittgenstein permaneció estacionado en Ucrania, y no fue hasta el 3 de marzo de 1918, fecha en que finalmente Lenin y Trotski estamparon sus firmas sobre los términos draconianos del Tratado de Brest Litovsk, cuando él, junto con el grueso de las fuerzas austro-húngaras, fue transferido al Frente Italiano.

Durante estos seis meses de servicio sin combatir parece que dio inicio a la labor de ordenar sus comentarios filosóficos en algo parecido a la forma que finalmente tuvo el *Tractatus*. El manuscrito de una versión primitiva del libro (publicada como *Prototractatus*) aparece fechado en esa época, y sabemos por Engelmann que existía una copia mecanografiada del libro *antes* de que Wittgenstein se fuera a Italia. Ésa no era la versión definitiva, pero está claro que durante el invierno de 1917-18 la obra comenzaba a tener su forma final.

Durante esta época Wittgenstein estuvo en comunicación tanto con Frege como con Engelmann. Frege le escribió postales expresándole el por entonces acostumbrado deseo de que él y Wittgenstein pudieran encontrarse para discutir de lógica después de la guerra. Engelmann, que en esa época estaba contratado por la familia Wittgenstein para hacer reformas en su casa de Neuwaldeggergasse, le escribió acerca de asuntos más personales. El 8 de enero de 1918 tenía el suficiente atrevimiento como para hacer un comentario acerca del estado espiritual de Wittgenstein. Afirmaba que era algo que quería haberle dicho cuando los dos se encontraron en Viena durante las vacaciones de Navidad, pero que por negligencia no lo había hecho. «Si al decirlo cometo una injusticia contigo, perdóname»:

Me pareció como si —en contraste con la época que pasaste en Olmütz, durante la cual creía lo contrario— no tuvieras fe. Mi intención al escribir esto no es influenciarte. Pero te pido que consideres lo que digo, y te deseo que hagas lo que esté más de acuerdo con tus *verdaderos* intereses.

La respuesta de Wittgenstein es extraordinariamente contenida. «Es cierto», escribió, «que existe una diferencia entre el que soy ahora y el que era cuando nos conocimos en Olmütz. Y, que yo sepa, la diferencia es que ahora soy *ligeramente* más decente. Lo único que quiero decir con esto es que soy ligeramente más consciente de mi falta de decencia.»

Si ahora me dices que no tengo fe, tienes *toda la razón*, sólo que antes tampoco tenía. Es evidente, y creo que estarás de acuerdo, que cuando un hombre quiere, como si dijéramos, inventar una máquina para volverse decente, ese hombre no tiene fe. Pero ¿qué voy a hacer? *Tengo clara una cosa*: soy con mucho demasiado malo como para ser capaz de teorizar acerca de mí mismo; de hecho, o seguiré siendo un cerdo o mejoraré, ¡y eso es todo! De modo que mejor que eliminemos las bobadas trascendentales cuando todo el asunto está más claro que un sopapo en la mandíbula.

«Estoy seguro que tienes toda la razón en lo que dices», finaliza la carta. Parece ser que Engelmann había dicho algo que era una bobada y verdad al mismo tiempo. Era una combinación que Wittgenstein también iba a atribuir a sus propias palabras en el *Tractatus*, pero que Russell, como lógico, iba a encontrar profundamente insatisfactorias.

El 1 de febrero de 1818, Wittgenstein fue ascendido a *Leutnant*, y el 10 de marzo trasladado a un regimiento de artillería de montaña que luchaba en el Frente Italiano. Su libro estaba casi acabado, le escribió a Frege el 25 de marzo, reconociendo la gran deuda que esa obra tenía contraída con el anciano y todavía poco reconocido lógico. Frege declaró que estaba perplejo de leer un reconocimiento tan efusivo.

Creo que cada uno de nosotros ha tomado algo de los demás en nuestro trabajo intelectual. Si le he servido de más estímulo en sus esfuerzos de lo que yo creía, entonces me alegra mucho haberlo hecho.

En el prefacio a la versión final del libro, Wittgenstein repite que debe «a las grandes obras de Frege y a los escritos de mi amigo Bertrand Russell buena parte de la incitación a mis pensamientos».

Al cabo de un mes de llegar a Italia, Wittgenstein cayó enfermo de la enteritis que le había importunado en Olmütz, y le solicitó a Engelmann la medicina que le había dado entonces. «La *única* que me ha ayudado.» Engelmann fue lento en responder, y cuando el 28 de mayo finalmente cogió la pluma, ¡fue para preguntarle a Wittgenstein si conocía algún re-

medio para el debilitamiento de la voluntad! Su carta se cruzó con un paquete de libros enviados por Wittgenstein: «que no mereces pues eres demasiado perezoso incluso para responder a una petición urgente».

Mientras tanto, Wittgenstein había pasado un tiempo en el hospital militar de Bolzano, donde hemos de suponer que pudo seguir trabajando en su libro. En una carta de Frege del 1 de junio, éste le comenta lo contento que está de que el trabajo de Wittgenstein llegue a una conclusión, y que espera que pronto lo plasme sobre el papel «a fin de que no se pierda».

El mismo día Adele Jolles le escribió en un tono ligeramente ofendido, disculpándose por importunarle con otra misiva cuando él se mostraba tan despectivo con sus otras cartas y tan reacio a aceptar un intercambio de correspondencia artificial. La familia Jolles fueron quizá los primeros, pero de ninguna manera los últimos, amigos de Wittgenstein en ser víctimas de los cambios que la guerra obró en él.

Cuando se lanzó la ofensiva austríaca del 15 de junio, Wittgenstein estaba lo suficientemente repuesto como para participar en ella, y se le utilizó como observador en el ataque de artillería a las tropas francesas, británicas e italianas de las montañas de Trentino. De nuevo fue mencionado por su valor. «Su comportamiento excepcionalmente valeroso, sereno, lleno de *sang froide* y heroísmo», rezaba el informe, «se ganó la total admiración de las tropas.» Se le recomendó para la Medalla de Oro al Valor, el equivalente austríaco a la Cruz de la Victoria, pero en lugar de eso se le concedió la Banda de la Medalla de Servicios Militares con Espadas, al decidirse que su acción, aunque valerosa, no había tenido el mérito suficiente para obtener tal honor. El ataque, que fue el último en el que Wittgenstein tomó parte, y de hecho el último de que fue capaz el ejército austríaco, fue rápidamente rechazado. En julio, tras la retirada, se le concedió un largo permiso que duró hasta final de septiembre.

No fue en Viena, sino en la casa del tío Paul en Hallein, cerca de Salzburgo, donde lo que conocemos como *Tractatus Logico-Philosophicus* recibió su forma final. Un día del verano de 1918, Paul Wittgenstein se encontró inesperadamente con su sobrino en la estación de tren. Lo encontró profundamente deprimido y resuelto a suicidarse, pero consiguió convencerle de que fuera a Hallein. Allí Wittgenstein acabó su libro.

La causa más probable de sus deseos de suicidio es una carta de Mrs. Fanny Pinsent, fechada el 6 de julio, escrita para informar a Wittgenstein de la muerte de su hijo David, fallecido en accidente de aviación el 8 de mayo. Estaba haciendo una investigación en el campo de la aerodinámica, y había muerto intentando descubrir las causas de un accidente anterior. «Quiero expresarle», le escribió su madre, «lo mucho que le quería y cuánto valoró su amistad hasta el final.» Wittgenstein dedicó el libro ya finalizado a la memoria de David. Y le escribió a Mrs. Pinsent que David fue «mi primer y único amigo».

He conocido a muchos jóvenes de mi edad y me he llevado muy bien con algunos, pero sólo en él encontré a un amigo de verdad, las horas que pasé con él han sido las mejores de mi vida, fue para mí un hermano y un amigo. Diariamente he pensado en él y he anhelado volver a verle. Dios le bendiga. Si vivo para ver el final de la guerra iré a verla y hablaremos de David.

«Una cosa más», añadió. «Acabo de terminar la obra filosófica en la que trabajaba cuando estaba en Cambridge.»

Siempre había tenido la esperanza de podérsela mostrar alguna vez a David, y en mi mente siempre ha estado relacionada con él. La dedicaré a la memoria de David, pues siempre se interesó mucho por ella, y es a él a quien debo la mayor parte de estados de ánimos felices que me permitieron trabajar.

Esto último, como hemos visto, se refiere no sólo al tiempo que pasaron juntos en Cambridge, Islandia y Noruega, sino también a las cartas que Pinsent escribió durante la guerra, que en ocasiones eran lo único capaz de avivar el humor de Wittgenstein lo suficiente como para permitir que se concentrara en la filosofía.

Ahora, habiendo acabado el libro –y solucionados los problemas que se proponía solventar–, lo que le asaltaba con más fuerza era la relativa falta de importancia de la tarea que había logrado. «La *verdad* de los pensamientos aquí comunicados», escribió en el prefacio, «me parece intocable y definitiva»; y creía haber encontrado, «en lo esencial», la solución a los problemas de la filosofía. Pero,

... y, si no me equivoco, el valor de este trabajo se cifra, en segundo lugar, en haber mostrado cuán poco se ha hecho con haber resuelto estos problemas.

Como lema para el libro eligió una cita de Kürnberger: «... y todo lo que el hombre sabe, todo lo que no ha oído rugiendo y retumbando, puede decirse en tres palabras». La cita había sido utilizada anteriormente por Karl Kraus, y es posible que Wittgenstein la tomara de éste, aunque es igualmente probable que la tomara directamente de Kürnberger (entre los libros que Wittgenstein le envió a Engelmann había varios de Kürnberger). En cualquier caso, es extremadamente adecuada. Todo el significado del libro, dice en el prefacio: «puede resumirse en las palabras: lo que siquiera puede ser dicho, puede ser dicho claramente, y de lo que no se puede hablar hay que callar».

En su forma definitiva, el libro es una destilación formidablemente comprimida de la obra que Wittgenstein había estado escribiendo desde que llegara por primera vez a Cambridge en 1911. Las observaciones, seleccionadas de entre una serie que llenaba siete volúmenes manuscritos,

están numeradas para establecer una jerarquía en la que, digamos, el comentario 2.151 es una elaboración del 2.15, que a su vez es una elaboración del comentario 2.1, y así. Pocos son los comentarios que se justifican con una argumentación; cada proposición es enunciada, tal como una vez lo expresó Russell, «como si fuera un ucase del zar». A la teoría de la lógica elaborada en Noruega antes de la guerra, la teoría figurativa de las proposiciones desarrollada durante los primeros meses de la guerra y el misticismo cuasischopenhaueriano abrazado durante la segunda mitad de la guerra, se les asigna un lugar en el interior de una estructura cristalina, y todo ello se afirma de un modo terminante, que sugiere que todos ellos son parte de una verdad incontrovertible.

En todos los aspectos, resulta central en el libro la distinción entre mostrar y decir: es al mismo tiempo la clave para comprender lo superfluo de la teoría de los tipos en lógica y para darse cuenta de la imposibilidad de expresar las verdades éticas. Lo que la teoría de los tipos intenta decir puede mostrarse solamente mediante un adecuado simbolismo, pero lo que uno quiere decir de la ética sólo puede ser mostrado contemplando el mundo *sub specie aeternitatis*. De este modo: «Lo inexpresable, ciertamente, existe. Se *muestra*, es lo místico.»

La famosa frase final del libro –«De lo que no se puede hablar hay que callar»– expresa tanto una verdad lógico-filosófica como un precepto ético.

Hasta cierto punto, tal como Engelmann ha señalado, el mensaje central del libro es un aliado de la campaña de Karl Kraus para preservar la pureza del lenguaje, exponiendo al ridículo el pensamiento confuso que surge de su mal uso. El absurdo que surge al intentar decir lo que sólo puede ser mostrado no es sólo lógicamente insostenible, sino éticamente indeseable.

Al completar el libro, es evidente que Wittgenstein consideraba estas implicaciones éticas tan importantes, si no más, que las implicaciones concernientes a la teoría lógica. Quería publicarlo junto a la obra de Kraus. Y tan pronto como lo hubo acabado, se lo envió al editor de Kraus, Jahoda, al parecer con la esperanza de que la relación de su libro con la obra de Kraus sería evidente en seguida. Al mismo tiempo escribió a Frege ofreciéndose a enviarle una copia. En una carta del 12 de septiembre Frege dice que ciertamente estaría encantado de verlo. Le escribió que podía comprender la sensación que tenía Wittgenstein de que su obra pudiera resultar infructuosa: cuando uno ha abierto un sendero en una empinada montaña que nadie ha escalado antes, debe existir la duda de si alguien más tendrá el deseo de seguirle hasta arriba. Él mismo conocía esa duda. Y aun así confiaba en que su trabajo no hubiera sido en vano. En una carta posterior (15 de octubre) escribe: «¡Ojalá se le conceda el ver su trabajo publicado, y a mí el poder leerlo!»

A Engelmann también le prometió una copia. Hacia finales de septiembre, inmediatamente antes de regresar a Italia, Wittgenstein viajó a Olmütz, y fue entonces cuando Engelmann leyó el libro por primera vez.

En una carta a Wittgenstein del 7 de noviembre menciona que lo lee con frecuencia. «Y cuando más lo entiendo más disfruto».

A finales de septiembre Wittgenstein regresó al Frente Italiano, y durante el mes siguiente esperó con impaciencia las noticias de Jahoda. «¡Todavía no hay respuesta del editor!», le escribió a Engelmann el 22 de octubre.

> Y siento una insuperable repugnancia a escribirle para preguntarle si va a publicarlo. El demonio sabe lo que está haciendo con mi manuscrito. ¡Por favor, sé *muy* amable y hazle una visita a ese condenado sujeto si algún día vas a Viena, y entonces hazme saber el resultado!

Unos días más tarde se le informó de que Jahoda no podía publicar la obra «por razones técnicas». «Me gustaría tanto saber qué dijo Kraus de ella», le dijo a Engelmann. «Si hubiera una oportunidad de averiguarlo, estaría muy contento. Quizá Loos sepa algo.»

Para cuando Wittgenstein regresó a Italia, el imperio austro-húngaro comenzaba a resquebrajarse. La lealtad de los checos, los polacos, los croatas y los húngaros que formaban el grueso de su ejército ya no se ofrecía al imperio Habsburgo, sino a los diversos estados nacionales, la creación de los cuales no sólo había sido prometida por los aliados, sino por el propio emperador Habsburgo. Después de que los aliados cruzaran definitivamente las líneas enemigas el 30 de octubre, antes de que se firmara el armisticio, había muchos hombres que formaban grupos de compatriotas y simplemente le daban la espalda a la guerra, volviendo a casa en lugar de ayudar a fundar sus nuevas naciones. Los oficiales austríacos con frecuencia se encontraban con que no tenían ningún control sobre las tropas que teóricamente estaban bajo su mando. Una víctima de esta situación fue Kurt, el hermano de Wittgenstein, quien en octubre o noviembre se pegó un tiro cuando los hombres a su mando se negaron a obedecerle.

Los austríacos no podían hacer nada más que pedir la paz, un proceso que los italianos, a quienes se presentaba una oportunidad de oro de conseguir un botín y recuperar territorio, no tenían ninguna intención de acelerar. El 29 de octubre, una delegación austríaca, portando una bandera blanca, se acercó a los italianos, pero se les hizo regresar porque carecían de las credenciales apropiadas. Hasta cinco días más tarde no se firmó el armisticio. Mientras tanto, los italianos se habían apoderado de 7.000 armas de fuego y habían hecho 500.000 prisioneros, Wittgenstein entre ellos.

Tras su captura fue llevado al campo de prisioneros de Como. Allí se encontró con dos oficiales compañeros suyos, que iban a seguir siendo dos valiosos amigos en años venideros: el escultor Michael Drobil y el profesor Ludwig Hänsel. Una historia narrada por Hermine Wittgenstein relata que Drobil creía, debido al aspecto harapiento y modesto de Wittgenstein,

que éste procedía de una familia humilde. Un día su conversación se centró en un retrato que Klimt había hecho a una tal Fräulein Wittgenstein. Ante el asombro de Drobil, Wittgenstein se refirió al cuadro como «el retrato de mi hermana». Aquél lo miró incrédulo: «¿Entonces tú eres un Wittgenstein?»

Wittgenstein conoció a Hänsel después de asistir a una clase de lógica que Hänsel estaba impartiendo a algunos prisioneros que después de la guerra tenían la intención de estudiar para maestros.

Esto les llevó a conversar con regularidad, y durante estas discusiones Wittgenstein introdujo a Hänsel en los elementos de la lógica simbólica y le explicó las ideas del *Tractatus*. También leyeron juntos la *Crítica de la razón pura* de Kant.

En enero de 1919, Wittgenstein (junto con Hänsel y Drobil) fue transferido a otro campo, en Cassino. Allí permanecieron, como material de regateo de los italianos, hasta agosto.

Fue durante su estancia en Cassino cuando Wittgenstein tomó la decición de, al regresar a Viena, estudiar para maestro de grado elemental. Según el escritor Franz Parak, sin embargo, con quien Wittgenstein disfrutó de una breve amistad en el campo de prisioneros, Wittgenstein hubiera preferido hacerse sacerdote «y leer la Biblia con los niños».[1]

En febrero Wittgenstein pudo escribirle una postal a Russell. «Estoy prisionero en Italia desde noviembre», le dijo, «y espero poder comunicarme contigo después de esta interrupción de tres años. He trabajado muchísimo en lógica y me muero por enseñarte lo que he escrito antes de publicarlo.»

La postal acabó llegándole a Russell, que estaba en Garsington Manor, donde era huésped de Ottoline Morrell y se esforzaba por acabar *El análisis de la mente*, que había comenzado en Brixton el año anterior.

A su modo, Russell había pasado por una época tan difícil como Wittgenstein. Como tenía cuarenta y dos años, se le dijo que era demasiado viejo para combatir, aunque dada su implacable oposición a la guerra tampoco se habría presentado voluntario. Esta oposición había sido la causa de que perdiera su cargo de profesor en el Trinity College, y le había llevado a una inestable y emocionalmente peligrosa colaboración con D. H. Lawrence, la cual, cuando finalizó, le dejó una aversión aún más firme que antes hacia el lado irracional e impulsivo de la naturaleza humana.

Había protagonizado una incansable campaña contra la llamada a filas y publicado numerosos ensayos políticos, uno de los cuales le acarreó la acusación de perjudicar las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Por esta razón fue encarcelado durante seis meses. Para el público era

1. Desde el punto de vista de Parak, la amistad resultó demasiado breve. Parak, que era siete años más joven que Wittgenstein, sentía hacia éste un respeto que orillaba la veneración. Recordaba cada palabra de Wittgenstein, con la esperanza, como dice en su remembranza, de beber lo más posible del conocimiento y sabiduría superiores de Wittgenstein. Después de un tiempo Wittgenstein se cansó de esa situación y comenzó a replegarse, «como una mimosa», del apego de Parak. Parak, dijo, le recordaba a su madre.

más conocido ahora como propagandista político que como filósofo/matemático. *Principios de reconstrucción social* y *Los caminos hacia la libertad* disfrutaron de una acogida mucho más amplia que sus *Principios de la matemática* y sus *Principia Mathematica*. En la cárcel, sin embargo, regresó al trabajo filosófico, escribiendo la *Introducción a la filosofía matemática* y comenzando *El análisis de la mente*. Ahora, en su retiro temporal de la controversia pública y aprovechando el pacífico entorno que le ofrecía Garsington para reorientarse hacia el pensamiento filosófico, estaba de lo más complacido en poder restablecer la comunicación con Wittgenstein. Le envió dos postales en días consecutivos.

> No sabes cuánto me alegro de enterarme de que estás vivo. Por favor, escribe sobre lógica, siempre que te sea posible. Espero que no pase mucho tiempo hasta que podamos tener una buena charla. Tengo mucho que decirte acerca de filosofía, etc. [2.3.19]

> Muy contento de saber de ti, durante mucho tiempo he estado preocupado. Estaré interesado en enterarme de lo que has hecho en lógica. Espero que pronto sea posible oírlo. Me alegrará tener más noticias tuyas, acerca de tu salud, etc. [3.3.19]

«¡No puedes imaginarte lo contento que estuve de recibir tu postal!», contestó Wittgenstein, añadiendo que, a menos que Russell estuviera dispuesto a ir a Cassino, no había esperanza de encontrarse «pronto». No podía escribir sobre lógica, ya que sólo se le permitían dos postales por semana, pero le explicó el punto esencial: «He escrito un libro que será publicado en cuanto vuelva a casa. Creo que finalmente he solucionado los problemas.» Unos pocos días más tarde, sin embargo, pudo extenderse sobre este punto, cuando, gracias a un estudiante que iba de regreso a Austria, tuvo la oportunidad de remitir una extensa carta. «He escrito un libro titulado *Logisch-Philosophische Abhandlung*, que contiene todo mi trabajo de los últimos seis años», explicaba.

> Creo que finalmente he solucionado los problemas. Puede que esto suene arrogante, pero no puedo evitar creerlo. Acabé el libro en agosto de 1918, y dos meses después fui hecho *prigioniere*. Tengo el manuscrito aquí conmigo. Ojalá pudiera hacer una copia para ti; pero es bastante largo y no hay manera segura de enviártelo. De hecho no lo entenderás sin una explicación, pues está escrito con frases bastante breves. (Naturalmente, esto significa que *nadie* lo entenderá; aunque yo creo que todo está claro como el cristal. Pero trastoca toda nuestra teoría de la verdad, de las clases, de los números y todo lo demás.) Lo publicaré tan pronto vuelva a casa.

Le repetía su suposición de que aún tendría que permanecer algún tiempo en el campo de prisioneros. Pero aventuraba especulativamente:

«Supongo que te sería imposible venir a verme... o quizá creas que tengo mucha cara sólo por pensarlo. Pero si tú estuvieras en el otro extremo del mundo y yo *pudiera* ir a verte, lo haría.»

De hecho, a Russell le era imposible irle a visitar a Cassino, aunque finalmente resultó que Wittgenstein tuvo la oportunidad de abandonar el campo. A través de un pariente que tenía contactos en el Vaticano, se pulsaron los resortes adecuados para que lo pusieran en libertad. Fue examinado por un médico que le declaró médicamente no apto para seguir confinado por más tiempo. Wittgenstein, sin embargo, rechazó tan privilegiado tratamiento, y durante el reconocimiento insistió con vehemencia en que se encontraba perfectamente de salud.

Russell también pulsó algunos resortes, y por medio de Keynes (que en esa época se encontraba en la delegación británica de la Conferencia de Paz de Versalles) consiguió que Wittgenstein obtuviera permiso para recibir libros y se hiciera con él una excepción de la regla que permitía enviar sólo dos postales por semana, a fin de que pudiera iniciar una correspondencia erudita. Wittgenstein no rechazó estos privilegios. Le posibilitaron tanto enviar su manuscrito a Russell como recibir el nuevo libro publicado de éste, *Introducción a la filosofía matemática*, que Russell veía influido por su lectura de las *Notas sobre lógica* de Wittgenstein.[1]

Para Wittgenstein, sin embargo, el libro fue la confirmación de su sospecha de que Russell no sería capaz de comprender su reciente trabajo. «Jamás hubiera creído», escribió después de leerlo, «que todo lo que le dicté a Moore en Noruega hace seis años pasara por encima de ti sin dejar rastro.»

> En suma, ahora temo que me sea muy difícil llegar a algún entendimiento contigo. Y la pequeña esperanza que me quedaba de que mi manuscrito pudiera significar algo para ti se ha desvanecido completamente... *Ahora* más que nunca ardo en deseos de verlo impreso. ¡Es mortificante arrastrar la obra ya finalizada de un lado a otro, en cautividad, y ver cuánto absurdo tiene campo libre ahí fuera! ¡Y es mortificante pensar que nadie la entenderá aun cuando se imprima!

La réplica de Russell es extraodinariamente conciliatoria. «Es cierto», escribió, «que lo que le dictaste a Moore me resultó ininteligible, y él no me fue de ninguna ayuda.» Acerca de su libro explicó:

> Durante la guerra no pensé en filosofía, hasta que el último verano me encontré en la cárcel y entretuve mi ocio escribiendo un libro de divulgación, que era todo lo que podía hacer en esas circunstancias. Ahora he vuelto a la filosofía, y me siento más en disposición de comprender.

1. Para la nota al pie en que se reconoce esa deuda, véase página 137.

«No te desanimes», le urgió; «al final serás comprendido.»

En el verano de 1919, las tres personas que Wittgenstein más esperaba que comprendieran su obra –Engelmann, Russell y Frege– habían recibido una copia cada uno. Aun suponiendo (suposición confirmada en una carta posterior a Russell) de que eso dejara al propio Wittgenstein sin copia, resulta un tanto misterioso cómo consiguió hacer tres copias del libro.

En una carta del 6 de abril, Engelmann pagaba su propio tributo al libro con una amistosa parodia de su sistema de numeración.

¡Nada de escribir entre líneas!
1. Querido Mr. Wittgenstein, me alegra saber
2. a través de tu familia que estás bien. Espero
3. que no te hayas tomado a mal el que
4. no te haya escrito en tanto tiempo, pero he tenido
5. tanto que escribir que he preferido dejarlo
6. para un encuentro que espero ocurra pronto. Pero ahora
7. debo darte las gracias con todo mi corazón por tu
8. manuscrito, cuya copia recibí hace algún tiempo
9. por medio de tu hermana. Creo que ahora, en conjunto,
10. lo entiendo, al menos conmigo has
11. logrado totalmente tu propósito de proporcionar
12. placer a alguien a través del libro; estoy
13. seguro de la verdad de tus pensamientos y
14. atisbo su significado. Mis mejores deseos,
15. sinceramente tuyo, Paul Engelmann

Es evidente que Engelmann disfrutaba con esta manera de escribir, tanto que repitió el formato en su siguiente carta del 15 de agosto, en la que le explicaba a Wittgenstein por qué hasta entonces había sido incapaz de conseguir un ejemplar de *Grundgesetze der Arithmetik* de Frege, que Wittgenstein le había pedido le enviara.

Hay indicios de que la respuesta a su libro que esperaba con más impaciencia era la de Frege. Si así fue, su decepción debió de ser enorme al recibir la reacción de Frege.

Las primeras impresiones de éste están contenidas en una carta escrita el 28 de junio. Comienza disculpándose por una respuesta tan tardía, y por el hecho de que, como tenía mucho que hacer, había tenido poco tiempo para leer el manuscrito de Wittgenstein, y que por tanto no podía ofrecerle un juicio fundamentado. Casi toda la carta está dedicada a expresar sus dudas acerca de la precisión del lenguaje de Wittgenstein.

> Justo al principio me encuentro con la expresión «es el caso» y «hecho», y sospecho que *es el caso* y *es un hecho* son lo mismo. El mundo es todo lo que es el caso y el mundo es un conjunto de hechos. ¿No es todo

hecho el caso y no es lo que es el caso un hecho? ¿No es lo mismo si yo digo A es un hecho que si digo A es el caso? ¿Por qué entonces esa doble expresión?... Ahora viene una tercera expresión: «Lo que es el caso, un hecho, es el darse efectivo de un *Sachverhalt*». Tomo esto para significar que cada hecho es la existencia de un *Sachverhalt*, de modo que otro hecho es la existencia de otro *Sachverhalt*. ¿No podríamos eliminar las palabras «el darse efectivo de» y decir «Todo hecho es un *Sachverhalt*, todo hecho distinto es un *Sachverhalt* distinto». ¿No podría uno quizá decir «Todo *Sachverhalt* es la existencia de un hecho»?

«Como ves», escribió Frege, «desde buen principio me encuentro tan lleno de dudas respecto de lo que quieres decir que no puedo avanzar.» No estaba seguro de lo que Wittgenstein quería decir con los términos *Tatsache, Sachverhalt* y *Sachlage*, y decía que necesitaba ejemplos para clarificar la terminología. ¿Hay algún *Sachverhalt* que no exista? ¿Es todo conjunto de hechos un *Sachverhalt*?* La carta de Frege debió de ser una amarga decepción para Wittgenstein. No hay nada en ella que indique que Frege pasara de la primera página; todas sus citas se refieren a las diez primeras proposiciones del libro, y todas se preocupan más de la terminología que de la sustancia. De la teoría del simbolismo de Wittgenstein y de sus implicaciones para comprender la lógica, es obvio que Frege no sabía por dónde cogerla; menos se podía esperar aún que comprendiera las implicaciones éticas del libro.

Abatido, Wittgenstein depositó sus esperanzas en Russell. En una carta del 19 de agosto le comentó, refiriéndose la respuesta de Frege a su libro: «Deduzco que no entiende ni una palabra.»

> De modo que mi única esperanza es *verte* pronto y explicártelo todo, ¡porque es MUY duro que ni un alma te comprenda!

Desde luego había razones para esperar que, después de todo, Russell pudiera llegar a entender el libro. Su reacción inicial fue más comprensiva y favorable que la de Frege. Al menos consiguió leer todo el libro: «dos veces, meticulosamente», eso le dijo a Wittgenstein. Y además se había formado *alguna* idea (aunque fuera equivocada) acerca de qué trataba. «Estoy convencido», le escribió el 13 de agosto, «de que tienes razón en tu aseveración principal, que las proposiciones lógicas son tautologías, que

* El autor mantiene aquí la terminología alemana debido a discrepancias en las distintas versiones inglesas. En la traducción del *Tractatus* de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, *Sachverhalt* y *Sachlage* se traducen como «estado de cosas»; *Tatsachen* como «hechos». En inglés, Ogden traduce *Sachverhalt* como «hecho atómico» y *Sachlage* como «estado de cosas»; Pears y McGuinness dan «estado de cosas» como equivalente a *Sachverhalt* y «situación» para *Sachlage*. La traducción de Ogden, según Monk, tiene el mérito al menos de aclarar –tal como Wittgenstein había explicado a Russell y a Frege– que *Sachverhalte* es lo que corresponde a proposiciones atómicas (verdaderas), y que por tanto sus partes constituyentes son *Tatsachen* (hechos). *(N. del T.)*

no son verdaderas en el sentido en que lo son las proposiciones sustanciales».

De hecho, ésta no era la aseveración principal del libro, al menos tal como lo entendía Wittgenstein. Sin embargo, demostraba que Russell había comprendido lo que Wittgenstein intentaba decir en el campo de la lógica. No obstante, Wittgenstein le explicaba en su carta del 19 de agosto que eso era sólo un «corolario» a su aseveración principal.

> El punto principal es la teoría de qué puede ser expresado *(gesagt)* mediante proposiciones –por ejemplo mediante el lenguaje– (y lo que puede ser *pensado*, que viene a ser lo mismo) y qué no puede ser expresado mediante proposiciones, sino sólo mostrado *(gezeigt)*; lo cual, creo, es el problema cardinal de la filosofía.

Creo que esto enlaza con lo que Wittgenstein había querido decir anteriormente cuando afirmaba que la *Introducción a la filosofía matemática* era la demostración de que las notas que había dictado a Moore le habían «pasado por encima» a Russell. Pues aunque éste había tomado prestada de Wittgenstein la idea de tautología, en el libro no había hecho distinción entre mostrar y decir, distinción que las notas a Moore habían introducido. No era que Russell no comprendiera la distinción, sino que la creía oscura e innecesaria. Más tarde la denominó «un curioso tipo de misticismo lógico», y pensó que, al menos en lógica, podía prescindirse de eso introduciendo un nivel de lenguaje más elevado (un «metalenguaje») para decir las cosas que no podían ser dichas utilizando el «lenguaje-objeto» original.

En su carta, Russell adjunta una lista de preguntas y dudas acerca del libro. Al igual que Frege, quería conocer la diferencia entre *Tatsache* y *Sachverhalt*. Wittgenstein le dio la misma respuesta que le había dado a Frege.

> *Sachverhalt* es lo que corresponde a una *Elementarsatz* (proposición elemental) si ésta es cierta. *Tatsache* es lo que corresponde al producto lógico de proposiciones elementales cuando ese producto es verdadero.

Casi todos los demás interrogantes suscitados por Russell surgen, de una manera u otra, de su renuencia a aceptar la idea de que algunas cosas –la forma lógica, por ejemplo– no puedan ser expresadas por medio del lenguaje, sino que tengan que ser mostradas. Russell ponía objeciones, por ejemplo, al rechazo sumario de la teoría de tipos en la proposición 3.331: «En mi opinión, la teoría de tipos es una teoría de simbolismo correcta: a) un símbolo simple no debe ser utilizado para expresar nada complejo; b) más generalmente, un símbolo debe tener la misma estructura que su significado.» «Esto es exactamente lo que uno no puede decir», replicó Wittgenstein.

No puedes prescribirle a un símbolo que *pueda* ser utilizado para expresar. Todo lo que un símbolo ES CAPAZ de expresar, PUEDE expresarse. ¡Es una respuesta breve, pero cierta!

En otras dos respuestas a los puntos suscitados por Russell, Wittgenstein subrayó el mismo mensaje.

... Simplemente piensa que lo que quieres *decir* mediante la evidente proposición «hay dos cosas» se *muestra* al haber dos nombres que tienen significados distintos.

... ¡Hay que dar la proposición que permita que se den todas las proposiciones elementales! Esto no es necesario, y es incluso *imposible*. ¡No existe tal proposición! Que todas las proposiciones elementales son dadas se MUESTRA al no haber ninguna que tenga un sentido elemental que no sea dado.

Aunque estas preguntas y respuestas se relacionan con puntos específicos de la teoría lógica, no muy por debajo de ellas subyace una diferencia más general y más importante. No es una coincidencia que Russell insistiera en que la aplicabilidad de los metalenguajes anula la esfera de lo místico, mientras que la insistencia de Wittgenstein en la imposibilidad de decir lo que sólo puede ser mostrado la preserva.

Sin embargo, lo que quizá constituía la duda más grave de Russell seguía sin respuesta. Se refería a la breve referencia de Wittgenstein a las matemáticas, y en particular a su radical rechazo de la teoría de grupos. «La teoría de clases es enteramente superflua en la matemática», escribe en su proposición 6.031. Como esto contradice de raíz todo lo que Russell había logrado en matemáticas, naturalmente lo encontró bastante inquietante.

Si dijeras que las clases son superfluas en *lógica* supongo que te entendería, asumiendo que exista una distinción entre lógica y matemáticas; pero cuando dices que son innecesarias en *matemáticas* me quedo perplejo.

A esto Wittgenstein sólo dijo que requería una extensa respuesta, y: «ya sabes lo difícil que es para mí escribir lógica».

De las secciones finales del libro, Russell tenía poco que comentar: «Estoy de acuerdo contigo en lo de la inducción, la causalidad, etc.; al menos no encuentro ninguna base de desacuerdo.» No dijo nada sobre los comentarios acerca de ética, estética, el alma y el sentido de la vida.

«Estoy seguro de que tienes razón al considerar el libro como de capital importancia», concluyó. «Pero en algunos lugares es oscuro por su brevedad.»

Tengo el más intenso deseo de verte, para charlar, y también simplemente porque quiero verte. Pero todavía no puedo salir al extranjero. Probablemente estarás libre para venir a Inglaterra antes de que yo esté libre para salir al extranjero. Te devolveré tu manuscrito cuando sepa dónde enviarlo, pero espero que pronto te pongan en libertad.

La carta era lo suficientemente alentadora como para animar a Wittgenstein a desear reunirse con Russell lo antes posible. «Me gustaría ir a Inglaterra», escribió, «pero, como puedes imaginarte, en estos momentos resulta bastante inoportuno que un alemán viaje a Inglaterra.» Lo mejor sería encontrarse en algún terreno neutral, por ejemplo Holanda o Suiza. Y *pronto*. «Pasado mañana», le dijo a Russell, «probablemente nos iremos del Campo Concentramento de regreso a casa. ¡Gracias a Dios!»

Dos días más tarde le liberaron, el 21 de agosto de 1919.

II. 1919-1928

8. LA VERDAD IMPUBLICABLE

Al igual que muchos veteranos de guerra antes y después de Wittgenstein, a éste le supuso una dificultad casi insuperable adaptarse a la vida en época de paz. Había sido soldado durante cinco años, y la experiencia había dejado un sello indeleble en su personalidad. Siguió llevando el uniforme durante muchos años después de la guerra, como si se hubiera convertido en parte de su identidad, una parte esencial, sin la cual estaría perdido. Era quizá un símbolo de la sensación que experimentaba –que persistió durante el resto de su vida– de pertenecer a una época pasada. Pues era el uniforme de un ejército que ya no existía. Austria-Hungría había desaparecido, y el país al que regresó en el verano de 1919 sufría un doloroso proceso de adaptación. Viena, antaño el centro imperial de una dinastía que controlaba las vidas de cincuenta millones de súbditos de diversas razas, era ahora la capital de una pequeña república alpina, insignificante y empobrecida de poco más de seis millones de habitantes, en su mayor parte alemanes.

Las partes del imperio en las que había luchado para defender lo que había sido su tierra natal eran absorbidas por países extranjeros. Lemberg y Cracovia pertenecían ahora al Estado de Polonia; la zona que rodeaba las montañas de Trentino era reclamada por Italia; y Olmütz, la última avanzadilla de la cultura austro-húngara, formaba parte ahora de Checoslovaquia –ella misma una híbrida creación de la «autodeterminación»– de la que Paul Engelmann se había convertido en un ciudadano a regañadientes. (Los problemas con que Engelmann se encontró a la hora de obtener un pasaporte checoslovaco le impidieron durante muchos meses visitar a Wittgenstein en Viena.) Para muchos austríacos, toda la *raison d'être* de su identidad dividida había sido destruida, y en 1919 la mayoría votó por el *Anschluss* con Alemania. Su impresión era que si no iban a ser nada más que un Estado alemán, entonces mejor formar parte de la madre patria. Esa opción les fue negada por los aliados, quienes además, mediante las reparaciones de guerra exigidas en los Tratados de Versalles y St. Germain, se aseguraron de que tanto el pueblo alemán como los estados alemanes permanecieran pobres, resentidos y vengativos durante todo el período de entreguerras.

Wittgenstein había participado en la guerra con la esperanza de que

ésta le cambiara, y así había ocurrido. Había pasado por cuatro años de servicio activo y uno de encarcelamiento, se había enfrentado a la muerte, experimentado un despertar religioso, aceptado la responsabilidad de las vidas de otras personas y soportado largos períodos de denso confinamiento en compañía de personas con las que anteriormente no habría compartido un compartimento de tren. Todo esto le había convertido en una persona distinta: le había dado una nueva identidad. En cierto sentido, no quedaba nada de lo que existía en 1914: todo había cambiado, y tan difícil le sería regresar a la vida que había abandonado ese año como volver a ser el «pequeño Wittgenstein» que los Jolles habían conocido en Berlín. Se enfrentaba a la tarea de crearse de nuevo: de encontrar un nuevo papel para la persona que se había forjado en las experiencias de los últimos cinco años.

Su familia se quedó consternada por los cambios que vio en él. No podían comprender por qué quería estudiar para convertirse en maestro de escuela elemental. ¿Acaso el propio Bertrand Russell no había reconocido su propio genio filosófico y afirmado que el próximo gran paso en la filosofía lo daría él? ¿Por qué deseaba ahora desperdiciar su genio con personas pobres e ignorantes? Su hermana Hermine comentó que era como si alguien deseara utilizar un instrumento de precisión para abrir un cajón de embalar. A lo que Wittgenstein replicó:

> Me recuerdas a alguien que mira a través de una ventana cerrada y es incapaz de explicarse los extraños movimientos de un viandante. Es incapaz de distinguir qué tipo de tormenta atruena allá fuera o que quizá esa persona tiene verdaderas dificultades para mantenerse en pie.

Naturalmente, podría pensarse que el paso más natural para la persona protagonista de la analogía de Wittgenstein sería entrar y refugiarse de la tormenta. Pero Wittgenstein no podía hacer eso. Las penalidades sufridas durante la guerra no las experimentó como algo de lo que buscara refugio, sino como lo que daba sentido a su vida. Refugiarse de la tormenta en la comodidad y la seguridad que la riqueza de su familia y su propia educación podían proporcionarle sería sacrificar todo lo que había ganado luchando contra la adversidad. Sería como dejar de escalar montañas a fin de vivir en una meseta.

Wittgenstein tenía muy claro que no sólo no debía utilizar los privilegios de su riqueza heredada, sino que no podía hacerlo. A su regreso a la casa familiar de Viena era uno de los hombres más ricos de Europa debido a la astucia financiera de su padre, que antes de la guerra había invertido toda su fortuna en bonos norteamericanos. Pero al mes de su regreso ya se había deshecho de todos sus bienes. Ante la preocupación de su familia y el asombro del contable de los Wittgenstein, insistió en que toda su heredad fuera traspasada a sus hermanas, Helene y Hermine, y a su hermano Paul (se decidió que Gretl ya era demasiado rica como para ser incluida). Otros miembros de la familia, entre ellos su tío Paul

Wittgenstein, no podían comprender cómo éstas habían aceptado el dinero. ¿Es que no podían, aunque fuera en secreto, haber apartado un cierto montante en caso de que posteriormente se arrepintiera de su decisión? Esas personas, escribe Hermine, no podían saber que precisamente era esa posibilidad lo que le turbaba.

> Cientos de veces he tenido que asegurarle que no había ninguna posibilidad de que el dinero le perteneciera en forma alguna. Para desesperación del notario que llevó a cabo la transferencia, una y otra vez insistía sobre lo mismo.

Con el tiempo se convenció al notario de que ejecutara los deseos de Wittgenstein al pie de la letra. «¡Así que», suspiró aquél, «quiere usted cometer un suicidio financiero!»

En septiembre de 1919, después de haberse librado de su riqueza y haberse matriculado en la Lehrerbildungsanhalt en la Kundmanngasse, Wittgenstein dio otro paso hacia la independencia de su privilegiado entorno, abandonando la casa familiar en la Neuwaldeggergasse para alojarse en Untere Viaduktgasse, una calle del Distrito Tercero de Viena, a corta distancia andando de la universidad.[1]

Este período fue de gran sufrimiento para Wittgenstein, y durante esos meses consideró el suicidio en más de una ocasión. Estaba agotado y desorientado. «Todavía no me siento muy normal», le escribió a Russell poco después de su regreso; y a Engelmann: «No me encuentro muy bien (por ejemplo por lo que se refiere a mi estado mental).» A los dos les pidió que fueran a verle tan pronto como pudieran, pero ninguno de los dos pudo emprender el viaje. Engelmann tenía problemas para obtener el pasaporte checoslovaco, y Russell estaba inmerso en un ciclo de conferencias en la London School of Economics (cuyo material constituyó la base de *El análisis de la mente*), lo cual le retuvo en Inglaterra durante las vacaciones de Navidad. Además, existía la posibilidad real de que a Russell no se le concediera permiso para dejar el país: «pues como puede que sepas», le escribió a Wittgenstein, «no estoy en buenas relaciones con el gobierno». Sin embargo le sugirió que procuraran encontrarse en La Haya en Navidad: «Podría marcharme una semana, si el gobierno me lo permite.»

No hay duda de que la imposibilidad de poder reunirse tanto con Engelmann como con Russell incrementó la tensión emocional de Wittgenstein. Tenía la sensación de estar perdiendo a todos sus viejos amigos y de ser incapaz de trabar nuevas amistades. El encuentro que más había anhelado durante los últimos cinco años le había sido negado por la muerte de su «querido David» (eso le escribió a Mrs. Pinsent), y otros encuentros ansiosamente esperados o bien se frustraban o resultaban ser una amarga de-

1. Apenas permaneció ahí más de un mes, pero esta época se ha convertido en objeto de una acalorada polémica a partir de las afirmaciones realizadas por el escritor William Warren Bartley III. Véanse páginas 523-528.

cepción. Fue a ver a Adolf Loos, pero se quedó, según le dijo a Engel mann, «horrorizado y asqueado».

> ¡Se ha contagiado del más virulento y afectado intelectualismo! Me dio un panfleto relacionado con la propuesta de una «oficina de las bellas artes», en el que habla de un pecado en contra del Espíritu Santo ¡Seguramente éste es el límite! ¡Ya estaba un poco deprimido cuando fui a ver a Loos, pero eso fue el colmo!

Tampoco era probable que él –un veterano de guerra de treinta y un años– hiciera muchos nuevos amigos entre los adolescentes con los que asistía a clase en la escuela para maestros. «Ya no puedo comportarme como un bachiller», le escribió a Engelmann, «y –por divertido que parezca– ¡la humillación es *tan* grande para mí que con frecuencia creo que apenas puedo soportarla!» En el mismo tono se quejaba a Russell.

> Los bancos están llenos de muchachos de diecisiete y dieciocho años, y yo ya he llegado a los treinta. Eso lleva a situaciones muy divertidas, y a muchas *muy* desagradables. ¡Con frecuencia me siento desgraciado!

Aunque se estaba embarcando en una nueva carrera y en una nueva vida, y en muchos aspectos cortaba deliberadamente los lazos que le unían a su entorno familiar, le era necesario establecer algún tipo de continuidad entre la persona que era antes de la guerra y la persona en que se había convertido. Antes de comenzar el curso en la Lehrerbildungsanhalt, pasó unos diez días en el Hochreit, a fin de, tal como le expresó a Engelmann, «encontrar algo de mí mismo, si eso es posible».

Sus relaciones familiares, y la ambivalencia con que las contemplaba, provocaron en la escuela una de esas desagradables situaciones que le menciona a Russell. Su profesor le preguntó si estaba emparentado con *los* Wittgenstein, los que eran ricos. Él replicó que sí. *¿Estrechamente* emparentado? Wittgenstein se sintió compelido a mentir: «No mucho.»

La derrota y el empobrecimiento de su país natal, la muerte de su más querido amigo, la frustración de no ser capaz de reanudar las viejas amistades y el esfuerzo de fundamentar su vida en una nueva base serían suficientes para dar cuenta del estado suicida de Wittgenstein durante el otoño de 1919. Pero quizá la causa más importante de su depresión fuera su fracaso a la hora de publicar el *Tractatus* y de encontrar a una sola persona que lo entendiera.

Creía haber finalizado un libro que proporcionaba una solución definitiva e irrefutablemente verdadera a los problemas de la filosofía. ¿Cómo entonces podía haber previsto tanta dificultad para encontrar a alguien dispuesto a publicarlo? Incluso después de haber sido rechazado por Jahoda, Wittgenstein fue capaz de escribir confiadamente desde el

campo de prisioneros de Cassino: «Mi libro será publicado en cuanto vuelva a casa».

A los pocos días de su regreso, llevó el libro a las oficinas vienesas de Wilhelm Braumüller, los editores de *Sexo y carácter* de Otto Weininger. «Naturalmente», le dijo a Russell, «[Braumüller] no conoce mi nombre ni sabe nada de filosofía [y] necesita del juicio de un experto a fin de asegurarse de que realmente vale la pena editar el libro.»

> Para este propósito quería recurrir a una de las personas en las que confía (probablemente un profesor de filosofía). De modo que le dije que nadie en Viena sería capaz de formarse un juicio sobre el libro, pero que quizá *tú* podrías escribir una breve valoración de la obra, y si ocurría que tal cosa era favorable, eso sería suficiente para inducirle a publicarlo. La dirección del editor es: Wilhelm Braumüller, XI Servitengasse 5, Viena. Por favor, mándale unas pocas palabras, todo lo que tu conciencia te permita.

Tras recibir el testimonio de Russell, Braumüller se ofreció a publicar el libro con la condición de que el propio Wittgenstein pagara la impresión y el papel. Cuando le hizo la oferta, éste no tenía dinero para pagar los costes, pero aunque lo hubiera tenido, se hubiera negado. «Me pareció indecente», dijo, «obligar al mundo –al cual pertenece el editor– a aceptar una obra de este modo. Escribirlo fue asunto *mío*; pero el mundo debe aceptarlo de la manera normal.»

Mientras esperaba una decisión de Braumüller, recibió una carta de Frege: una tardía contestación a la última carta que Wittgenstein le había enviado desde Cassino, y a una carta posterior que éste le había escrito poco después de su regreso a Viena. Frege todavía se encontraba lejos de estar satisfecho con la claridad del uso que Wittgenstein hacía de la palabra *Sachverhalt*:

> Ahora escribes: «Lo que corresponde a una proposición elemental, si es cierta, es la existencia de un *Sachverhalt*.» Aquí no explicas la expresión «*Sachverhalt*», sino la expresión global «existencia de un *Sachverhalt*».

También estaba preocupado por lo que Wittgenstein había escrito acerca del propósito del libro. «Posiblemente sólo entienda este libro quien ya haya pensado alguna vez por sí mismo los pensamientos que en él se expresan o pensamientos parecidos», había escrito Wittgenstein en el prefacio (debió de escribirle algo similar a Frege). «No es, pues, un manual. Su objetivo quedaría alcanzado si procurara deleite a quien, comprendiéndolo, lo leyera.» Esto le sonaba raro a Frege.

> El placer de leer tu libro, por tanto, ya no surgirá del contenido del libro, que ya se conoce, sino sólo de la forma peculiar que le ha dado el

autor. El libro se convierte así en un logro artístico en lugar de científico; lo que dice es secundario respecto de la manera en que se dice.

Sin embargo, le estimuló una frase de la carta de Wittgenstein. Respondiendo a los comentarios de Frege acerca de los significados idénticos de sus proposiciones, «El mundo es todo lo que es el caso» y «El mundo es la totalidad de los hechos», Wittgenstein escribió: «El sentido de ambas proposiciones es uno y el mismo, pero no las ideas que *yo* les asociaba cuando las escribí.» Aquí Frege se encontraba (o así lo creía) en terreno familiar, y estuvo de acuerdo incondicionalmente con la opinión de Wittgenstein, cuanto más a causa de que afectaba a un pensamiento que le era querido en esa época. Arguyó que a fin de hacer comprender lo que Wittgenstein quería decir, era necesario distinguir una proposición de su sentido, abriendo así la posibilidad de que dos proposiciones pudieran tener el mismo sentido y diferir en las ideas asociadas a ellas. «El sentido real de una proposición», le escribió a Wittgenstein, «es el mismo para todo el mundo; pero las ideas que una persona asocia a una proposición le pertenecen sólo a él... Nadie puede tener las ideas de otra persona.»

Era un tema que Frege había tratado en un artículo recientemente publicado, una copia del cual le había remitido a Wittgenstein con su carta. El artículo se titulaba *«Der Gedanke»* («El pensamiento»), y fue publicado en *Beiträgen zur Philosophie des Deutschen Idealismus.* Aunque exasperado por los fatigosos intentos de Frege por clarificar el significado de su libro («No comprende una sola palabra de mi obra», le había escrito a Russell tras recibir la carta de Frege, «y estoy completamente agotado de darle lo que son pura y simplemente explicaciones»), Wittgenstein aprovechó la oportunidad para ofrecer su obra a otro editor que parecía mostrar cierto interés. Tras rechazar la oferta de Braumüller de publicarlo si pagaba la edición, le pidió a Frege que indagara la posibilidad de hacer que saliera en la misma publicación que había editado el artículo de este último.

La respuesta de Frege no fue demasiado estimulante. Le dijo a Wittgenstein que podía escribirle al editor de la publicación y decirle «que he aprendido a considerarle como un pensador al que hay que tomar completamente en serio». Pero: «No puedo emitir ningún juicio acerca del tratado, no porque no esté de acuerdo con su contenido, sino porque el contenido es demasiado confuso para mí.» Podía preguntarle al editor si deseaba ver el libro de Wittgenstein, pero: «No creo que esto llevara a nada.» El libro tendría unas cincuenta páginas, y ocuparía casi la totalidad de la publicación, y: «Me parece que no hay muchas oportunidades de que un editor ceda todo un número de su publicación a un sólo escritor, y además desconocido.»

Sin embargo, si Wittgenstein estaba dispuesto a dividir el libro en varias partes, su publicación periódica sería más factible (y, deduce uno, recibiría más apoyo del propio Frege).

Escribe usted en su prefacio que la verdad de los pensamientos transmitidos le parece intocable y definitiva. Ahora, ¿no podría uno de estos pensamientos, en el que se contiene la solución a un problema filosófico, ser en sí mismo el tema para un artículo, y de este modo todo el libro quedar dividido en tantas partes como problemas filosóficos aborda?

Esto tendría el mérito, argüía Frege, de no asustar al lector a causa de la longitud del libro. Y además: «Si el primer artículo, en el cual hay que basar los cimientos, encuentra aprobación, sería más fácil publicar el resto del tratado.»

Además creía que también ayudaría a clarificar la obra de Wittgenstein. Le dijo a éste que después de leer el prefacio uno realmente no sabía cómo tomarse la primera proposición. Uno esperaba encontrar una pregunta, ver esbozado un problema que fuera el objeto del libro. En lugar de eso uno se encontraba con una escueta afirmación que no se fundamentaba en nada. ¿No sería mejor aclarar a qué problemas se suponía que el libro daba una solución definitiva?

«No te tomes a mal estos comentarios», acababa Frege; «los he hecho con buena intención.»

Wittgenstein no quiso saber nada de la sugerencia de Frege. Dividir el libro tal como él le aconsejaba sería, en su opinión, «mutilarlo de principio a fin, y, en una palabra, convertirlo en otra obra». Tal como Frege había comentado anteriormente, la manera en que se expresaban los pensamientos de Wittgenstein era esencial a la naturaleza del trabajo. Tras recibir la carta de Frege, abandonó el intento de publicarlo en *Beiträgen zur Philosophie des Deutschen Idealismus.*

Razonando quizá que si el libro era demasiado literario para una publicación filosófica, entonces sería mejor intentarlo en una publicación literaria, Wittgenstein pensó a continuación en Von Ficker y *Der Brenner.* Dios la casualidad de que el día en que se disponía a ir a ver a Loos para que le diera la dirección de Ficker, le llegó una carta de éste diciéndole que *Der Brenner* seguía publicándose, y si le gustaría recibir un ejemplar. Wittgenstein le envió inmediatamente una extensa carta, explicándole la historia de su libro. «Hace más o menos un año», le escribió, «acabé una obra filosófica en la que había estado trabajando los siete años anteriores.»

En rigor, se trata de la presentación de un sistema. Y esta presentación está *extremadamente* comprimida, ya que sólo he conservado lo que realmente se me ocurrió a mí, y cómo se me ocurrió.

Inmediatamente después de acabar la obra, prosiguió, intentó encontrar un editor: «Y ahí reside la gran dificultad.»

La obra es muy breve, sólo unas sesenta páginas. ¿Quién escribe folletos de sesenta páginas acerca de asuntos filosóficos?... [sólo] escritorzuelos del tres al cuarto que carecen de la mente de los grandes y de la erudición

de los profesores, y que aun así les gustaría tener algo editado a cualquier precio. Por tanto, tales productos se editan privadamente. Pero yo simplemente no puedo mezclar la obra de mi vida –porque eso es lo que es– con esos escritos.

A continuación le comentaba a Ficker las respuestas poco satisfactorias que hasta entonces había recibido de los editores de, respectivamente, Kraus, Weininger y Frege. Finalmente iba al grano: «Se me ocurrió que quizá *usted* podría sentirse inclinado a adoptar esta pobre cosa bajo su protección.» Si Ficker consideraba factible la publicación de su manuscrito en *Der Brenner*, Wittgenstein se lo enviaría. «Hasta entonces preferiría no decir más sobre el asunto.»

La obra es estrictamente filosófica y al mismo tiempo literaria, pero en ella no hay parloteo inútil.

Ficker contestó con una mezcla de estímulo y precaución. «¿Por qué no pensó en mí inmediatamente?», preguntó. «Pues bien se podía usted imaginar que yo tendría un interés completamente distinto, por ejemplo más profundo, en su obra del de un editor que sólo tiene en mente intereses comerciales.» De manera extraña, la carta se extendía a continuación en la necesidad de tener en mente «*sus* intereses comerciales». Anteriormente había publicado *Der Brenner* por amor al arte, no por dinero. Pero esto no podía continuar; los tiempos eran difíciles, tenía una esposa y un hijo que mantener, y los costes de impresión eran prohibitivamente altos. En el difícil clima financiero que prevalecía en Austria después de la guerra, la edición era un negocio arriesgado, y tenía que asegurarse de no correr más contingencias de las necesarias. Sin embargo, y con la advertencia de que «las obras estrictamente científicas no son realmente nuestro campo» (y con la conciencia de que todavía tenía cierta deuda contraída con Wittgenstein por su aportación monetaria de 1914), le pedía el manuscrito a Wittgenstein: «Quede tranquilo, Mr. Wittgenstein, haré lo que pueda para complacer sus deseos.»

La carta animó lo suficiente a Wittgenstein como para mandar el manuscrito. «Deposito mis esperanzas en usted», escribió en una carta adjunta, en la que también figuraba una de las afirmaciones más directas acerca de cómo deseaba que se comprendiera su libro. Necesitaba decir *algo* de él, le dijo a Ficker: «Pues –creo realmente– que no sacará gran cosa de su lectura. Porque no lo entenderá; el contenido se le hará extraño»:

En realidad no ha de serle extraño, pues la finalidad del libro es ética. Una vez quise poner en el prefacio unas palabras que ya no figuran en él, las cuales, sin embargo, se las escribo a usted ahora porque pueden darle una clave: quería escribir que mi libro constaba de dos partes: la que está escrita, y de todo lo que *no* he escrito. Y precisamente esa segunda parte

es la más importante. Pues la ética queda delimitada desde dentro, como si dijéramos, por mi libro; y estoy convencido de que, *en rigor*, SÓLO puede delimitarse de este modo. En resumen, creo: Todo aquello acerca de lo cual *muchos* aún *parlotean* hoy en día lo he definido en mi libro guardando silencio. Por tanto, si no me equivoco, el libro tendrá muchas cosas que decir que usted mismo querría decir, pero quizá no notará que se dicen. Mientras tanto, le recomiendo que lea el *prefacio* y la *conclusión*, ya que expresan su objetivo de manera más directa.

Si con esto intentaba convencer a Ficker de que el mensaje del *Tractatus*, a pesar de las apariencias, estaba en consonancia con los objetivos de *Der Brenner*, entonces erró el cálculo. Wittgenstein le pedía a Ficker que aceptara que lo que él quería decir acerca de la ética se decía mucho mejor guardando silencio, y, por implicación, afirmaba que gran parte de lo que Ficker publicaba en *Der Brenner* era mero «parloteo». Su carta tampoco parece muy calculada para tranquilizar las inquietudes financieras de Ficker. No podía esperarse que un libro en el que lo más importante había quedado fuera resultara una proposición muy atractiva para un editor que no perdía de vista su solvencia.

La respuesta de Ficker fue fría. No podía darle una contestación definitiva, escribió el 18 de noviembre, pero era probable que la publicación de la obra de Wittgenstein no pudiera llevarse a cabo. Por el momento, el asunto estaba en manos de un amigo y colega suyo, el cual, como le había explicado en una carta anterior, era responsable de los asuntos financieros de la editorial. La opinión de este colega era que la obra era demasiado especializada para aparecer en *Der Brenner*, aunque no era necesariamente su última palabra sobre el tema. Sin embargo, Ficker había consultado a Rilke acerca de qué editor alternativo podía encontrarse. Finalmente, ¿podía enseñarle el libro a un profesor de filosofía? Conocía a uno en la Universidad de Innsbruck que estaba familiarizado con la obra de Russell, y que estaba interesado en leer lo que Wittgenstein había escrito. Quién sabe, quizá pudiera ayudarle a encontrar un editor.

La carta sumió a Wittgenstein en un estado de abatimiento. «¿Recuerdas», le escribió a Russell, «que siempre me estabas presionando para que publicara algo? Y ahora que ése es mi deseo, no hay manera. ¡Al diablo!» A Ficker le contestó: «Naturalmente, su carta no fue agradable para mí, aunque no me sorprendió su respuesta. Tampoco sé dónde conseguir que acepten mi obra. ¡Ojalá estuviera en un lugar que no fuera este asqueroso mundo!» Sí, Ficker podía enseñar el libro a un profesor de filosofía si quería, pero enseñarle una obra filosófica a un profesor de filosofía sería como arrojar margaritas a los cerdos: «En ningún caso comprenderá ni una palabra.»

Y ahora, sólo *una* petición más: Que sea breve y amable conmigo. Dígame «no» rápidamente, y no con excesiva lentitud; es ésa una delica-

deza austríaca que mis nervios no tendrían fuerza suficiente para soportar, por el momento.

Alarmado por esta nota de desesperación, Ficker envió un telegrama: «No se preocupe. El tratado aparecerá sean cuales sean las circunstancias. Sigue una carta.» Bastante aliviado, Wittgenstein contestó que preferiría que Ficker publicara el libro porque creía que valía la pena editarlo en lugar de por hacerle un favor. Sin embargo parecía inclinado a aceptar la oferta: «Creo que puedo decir que si publica a Dallago, Haecker, etc., *entonces* también puede publicar *mi* libro.» La siguiente carta que recibió, sin embargo, aumentó las dudas que aún pudiera tener. Ficker le escribió que todavía esperaba sacar algo en claro de las gestiones de Rilke para encontrar un editor. Pero caso de que no fuera así, tan conmovido estaba por la amargura y la angustia de la anterior carta de Wittgenstein, que había decidido –aunque significara arriesgar todo lo que tenía– encargarse él mismo de la publicación de la obra de Wittgenstein. Mejor eso que defraudar la confianza que Wittgenstein había depositado en él. (Por cierto, añadió, cuando se publique, ¿será absolutamente necesario incluir los números decimales?)

Obviamente, esto no era solución. «No podría aceptar la responsabilidad», le escribió Wittgenstein, «de poner en peligro el sustento de una persona (de quien fuera) por publicar mi libro.» Ficker no había traicionado su confianza.

> ... pues mi confianza, o simplemente mi esperanza, se dirigía sólo a que usted opinara que el tratado no es basura –a menos de que me engañe a mí mismo–, pero no al hecho de que lo aceptara sin reflexionar sobre ello, simplemente *producto de su amabilidad hacia mí y en contra de sus intereses.*

Y sí, los decimales eran absolutamente necesarios: «porque sólo ellos dan lucidez y claridad al libro, que sería un revoltijo incomprensible sin ellos». El libro tenía que ser publicado como estaba, y sólo si creía que valía la pena publicarlo. No aceptaría otra solución. Si Rilke podía arreglarlo de alguna manera, estaría muy complacido, pero «si eso no es posible, simplemente olvidémoslo».

Es difícil saber cuántas molestias se tomó Rilke por Wittgenstein. En una carta desde Berna, fechada el 12 de noviembre de 1919, le pregunta a Ficker si su propio editor, Insel-Verlag, sería adecuado, e incluso sugiere a Otto Reichl, el editor del conde Keyserling. Ninguna de esas sugerencias fructificó, y no se ha conservado más correspondencia sobre el tema.

Por entonces Wittgenstein estaba más que harto de todo ese asunto. «¿Existe un *Krampus* que arroje el mal sobre los editores?», le preguntaba a Ficker; y el 16 de noviembre le escribió a Engelmann:

> Cuán abajo he llegado te lo dirá el hecho de que en varias ocasiones

he contemplado quitarme la vida. No por desesperación a causa de mi maldad, sino por razones puramente externas.

La desesperación de Wittgenstein quedó aliviada en cierta medida cuando, en noviembre, abandonó su alojamiento en Untere Viaduktgasse y se trasladó a casa de la familia Sjögren en St. Veitgasse, en el Distrito Trece de Viena. Los Sjögren habían sido amigos de la familia Wittgenstein durante toda su vida; el padre, Arvid Sjögren, había sido director de una siderurgia que pertenecía al grupo Wittgenstein, y la madre, Mima, ahora viuda, era muy amiga de la hermana de Wittgenstein, Hermine. Mima pasaba por ciertas dificultades al tener que educar sola a sus tres hijos, y la familia de Wittgenstein pensó que éste, actuando como hombre de la casa, podría ayudarla. Si rechazaba los beneficios de vivir con su propia familia, quizá se le pudiera convencer de compartir las responsabilidades de cuidar de otra. Pensaron que esto podría ejercer un efecto tranquilizador sobre él.

Hasta cierto punto, funcionó. La época que Wittgenstein pasó con los Sjögren fue, en el contexto del año quizá más desesperadamente infeliz de su vida, relativamente agradable. «Los seres humanos normales son un bálsamo para mí», le escribió a Engelmann, «y al mismo tiempo un tormento.» Con el hijo mediano, Arvid, en particular, se forjó una estrecha amistad, y de hecho Wittgenstein se convirtió para él en una especie de figura paterna. Arvid Sjögren era un muchacho recio, desgarbado y brusco –un «oso de hombre», se le denominó posteriormente– que continuó apelando a Wittgenstein para que le proporcionara guía moral durante toda su vida. Bajo la influencia de Wittgenstein abandonó toda idea de estudiar en la universidad, y en lugar de eso cursó estudios de mecánica. En este sentido fue quizá el primer discípulo de Wittgenstein, el precursor de una serie de estudiantes jóvenes y brillantes de Cambridge que en las décadas de los treinta y los cuarenta eligieron de modo similar un oficio honesto en lugar de seguir el tipo de carrera a la que su educación y su entorno familiar les había destinado.

A lo largo de todo noviembre, Wittgenstein y Russell intercambiaron algunas cartas en relación a su posible encuentro en La Haya; había que ponerse de acuerdo en las fechas, superar obstáculos burocráticos, y, al menos en el caso de Wittgenstein, conseguir dinero para pagar el viaje. «Es terrible pensar que te ves obligado a ganarte la vida», le escribió Russell, tras enterarse de que se había desprendido de todo su dinero, «pero tu acción no me sorprende. Yo también soy mucho más pobre que antes. Se dice que Holanda es un país muy caro, pero supongo que podremos resistir una semana sin acabar en bancarrota.» Para pagar los gastos de Wittgenstein, Russell compró algunos muebles y libros que aquél había dejado en la tienda de un comerciante de Cambridge antes de emprender su viaje a Noruega. Incluía los muebles que había elegido con tanto esmero en el otoño de 1912. Russell pagó 100 libras; en su autobiografía dice que es el mejor negocio que hizo nunca.

Russell llegó a La Haya el 10 de diciembre, acompañado de su nueva amante y futura mujer, Dora Black. Se alojaron en el Hotal Twee Steden. «Ven aquí en cuanto llegues a La Haya», le escribió Russell a Wittgenstein. «Estoy impaciente por verte. Encontraremos alguna manera de publicar tu libro, en Inglaterra si es necesario.» Wittgenstein llegó unos días más tarde, acompañado de Arvid Sjörgen (Dora Russell lo recordaría como «una figura borrosa, indefinida, que hablaba poco, incluso a la hora de comer»). Para Russell y Wittgenstein, la semana pasó en intensas discusiones acerca del libro de este último. El 12 de diciembre, Russell le escribió a Colette que Wittgenstein estaba «tan lleno de lógica que apenas pude hablar con él de nada personal». Wittgenstein no quiso desperdiciar ni un momento del tiempo que estuvieron juntos. Se levantaba temprano y aporreaba la puerta de Russell hasta que le despertaba, y a continuación discutían de lógica durante horas seguidas. Repasaron el libro línea a línea. Las discusiones fueron fructíferas: Russell acabó considerando el libro más valioso que antes, mientras que Wittgenstein tenía la eufórica sensación de que, por fin, alguien lo entendía.

No es que Russell estuviera de acuerdo en todo. En particular, rehusaba aceptar la opinión de Wittgenstein de que cualquier afirmación acerca del mundo como totalidad era absurda. Para Russell, la proposición «Hay al menos tres cosas en el mundo» era cierta y tenía sentido. Durante las discusiones acerca de este punto, Russell tomó una hoja de papel en blanco y echó en él tres manchas de tinta. «Le supliqué que admitiera que, ya que había esas tres manchas, debía haber al menos tres cosas en el mundo; pero se negó muy resueltamente.»

> Admitió que había tres manchas en la página, pues se trataba de una afirmación finita, pero no admitió que se pudiera decir nada del mundo como totalidad.

«Esta parte de su doctrina», insistió Russell, «es, en mi opinión, definitivamente errónea.»

En esta opinión de Wittgenstein estaba el origen de la negativa de Russell a la hora de aceptar lo que aquél había calificado anteriormente de «contenido principal» del libro: la doctrina de que lo que no puede ser dicho mediante proposiciones *puede* ser mostrado. A Russell esto le recordaba una idea mística que no le era nada atractiva. Estaba sorprendido, le escribió a Ottoline, de encontrarse con que Wittgenstein se había vuelto un completo místico. «Ha penetrado a fondo en la manera de pensar y sentir de los místicos, pero creo (aunque él no estaría de acuerdo) que lo que más le gusta del misticismo es su poder de impedirle seguir pensando.»

Sin embargo, estaba lo suficientemente impresionado por la teoría de la lógica que había en el libro como para ofrecerse a escribir una introducción, basada en sus conversaciones de La Haya, en la que intentaría explicar las partes más difíciles del libro. Con una introducción de Rus-

sell, ahora un autor de cierta popularidad, la publicación del libro estaba casi garantizada. Wittgenstein regresó a Viena rebosante de alegría. «Disfruté *mucho* de los días que pasamos juntos», le escribió a Russell el 8 de enero de 1920, «y tengo la sensación (¿no la tienes tú también?) de que trabajamos mucho durante esa semana.» A Ficker le escribió: «Ahora el libro supone un riesgo mucho menor para un editor, o quizá ninguno en absoluto, pues el nombre de Russell es muy conocido y le asegura al libro un grupo bastante nutrido de lectores.»

> Naturalmente, con esto no quiero dar a entender que así caiga en las manos adecuadas; pero, en cualquier caso, las circunstancias ya no son tan desfavorables.

Ficker, que no le contestó hasta dos semanas después, evidentemente no estaba convencido de que el libro fuera algo más que un riesgo financiero. «Con o sin Russell», le escribió el 16 de enero, «la publicación de su tratado es, bajo las actuales circunstancias, un riesgo que *ningún* editor de Austria puede permitirse asumir.» Le aconsejó a Wittgenstein que publicara el libro primero en Inglaterra, y a continuación –si surgía la oportunidad– en Alemania.

Augurando que no tendría ningún éxito con Ficker, Wittgenstein ya había tanteado a otro editor. Por mediación de Engelmann obtuvo una recomendación para un tal doctor Heller de la editorial Reclam, de Leipzig, quien, tras leer la introducción de Russell, se mostró dispuesto a publicar el libro.

Wittgenstein recuperó en seguida el manuscrito que tenía Ficker y lo envió a Reclam, y durante febrero y marzo aguardó impaciente a que llegara la introducción de Russell. Cuando así fue, se quedó profundamente decepcionado. «Hay tantas cosas en las que no estoy de acuerdo», le dijo a Russell, «tanto en los puntos en que me criticas como cuando simplemente intentas aclarar mi punto de vista.» Sin embargo la hizo traducir al alemán, preparándose para su edición, pero eso sólo empeoró las cosas: «Todo el refinamiento de tu estilo en inglés», le escribió a Russell, «obviamente se ha perdido en la traducción, y lo que queda es superficialidad y malentendido.» Envió la introducción a Reclam, pero les dijo que no quería publicarla; sólo tenía que servir para orientación del editor con respecto a la obra. Como consecuencia, Reclam, como Wittgenstein había previsto, rechazó el libro. Se consoló con el siguiente argumento, el cual, le comunicó a Russell, «me parece irrebatible»:

> o mi trabajo es una obra del más alto valor, o no lo es. En este último (y más probable) caso, yo mismo estoy a favor de que no se publique. Y en el primer caso tanto da que se edite veinte o cien años antes o después. Después de todo, a quién le importa si la *Crítica de la razón pura*, por ejemplo, fue escrita en 17x o y.

En aquellos días, Russell se encontraba visitando la Unión Soviética con una delegación del Partido Laborista, y no leyó la carta de Wittgenstein hasta su regreso, en junio. Reaccionó con extraordinaria generosidad. «Me importa un comino la introducción, pero realmente lo lamentaré mucho si el libro no se imprime. En este caso, ¿puedo intentar publicarlo en Inglaterra?» Sí, replicó Wittgenstein, *«puedes hacer lo que quieras con él»*. Él mismo había dejado de intentarlo. «Pero si tienes ganas de hacer que se edite, está a tu entera disposición.»

El tranquilizador argumento que anteriormente le había expuesto a Russell no le evitó hundirse en una profunda depresión tras el rechazo de Reclam. A finales de mayo le escribió a Engelmann: «He pensado continuamente en quitarme la vida, y la idea todavía me acecha a veces. *Me he hundido en lo más hondo.* ¡Ojalá nunca te veas en esta situación! ¿Alguna vez seré capaz de salir de nuevo a flote? Bueno, ya veremos.»

En aquella época vivía de nuevo solo. A principios de abril había abandonado la casa de los Sjögren y se había instalado de nuevo en una pensión, esta vez en la Rasumofskygasse, la cual, al igual que su anterior habitación, se encontraba en el Distrito Tercero de Viena. «Este cambio de vivienda fue acompañado de ciertas operaciones que soy incapaz de recordar sin una sensación de desastre», le dijo a Engelmann. En efecto, abandonó la casa una vez quedó patente que Mrs. Sjögren estaba enamorada de él.[1] Durante este período, las cartas que escribió a Russell, y especialmente a Engelmann, le muestran desesperado, suicida, deprimido. La severidad de las autoinculpaciones contenidas en ellas es extrema incluso para Wittgenstein, que siempre se juzgaba con dureza. Atribuye su desgracia a su propia «bajeza y corrupción», y comenta que tiene miedo de que «el diablo venga y me lleve un día».[2]

Tanto para Wittgenstein como para Engelmann, la religión era inseparable de la conciencia de sus propios fracasos. De hecho, para Engelmann, tal conciencia era crucial para su perspectiva religiosa.

> Si soy infeliz y sé que mi infelicidad refleja una fuerte discrepancia entre mí y la vida tal como es, no he solucionado nada; seguiré el camino equivocado y nunca encontraré una salida al caos de mis emociones y pensamientos hasta que no haya alcanzado la suprema y crucial intuición

1. O al menos eso creían algunos miembros de las familias Sjögren y Wittgenstein, quienes (según Brian McGuinness, *op. cit.*, p. 285) a partir de entonces evitaron que Mima y Wittgenstein coincidieran en sus invitaciones.

2. Desde la publicación del libro de Bartley, lo más normal ha sido interpretar estas autoadmoniciones como relacionadas en cierto modo con los supuestos «episodios del Prater». Sin embargo, si existe alguna relación, el propio Engelmann la desconocía. En una entrada de su diario, escrita tras la muerte de Wittgenstein, comenta que con frecuencia se le pregunta acerca de la homosexualidad de éste, pero que es incapaz de contestar nada: él y Wittgenstein no comentaban esas cosas.

de que la discrepancia no es culpa de la vida tal como es, sino de mí mismo tal como soy...

La persona que ha llegado a esta intuición y la mantiene, y que intenta una y otra vez vivir de acuerdo con ella, es religiosa.

Según este punto de vista, ser infeliz *es* encontrar las faltas en uno mismo: la miseria de uno sólo puede ser consecuencia de la propia «bajeza y corrupción»; ser religioso es reconocer la propia indignidad y asumir la responsabilidad de corregirla.

Éste era un tema que centraba las conversaciones y la correspondencia entre Wittgenstein y Engelmann; por ejemplo, en una serie de comentarios en torno a la religión que Engelmann le envió a Wittgenstein en enero.

Antes de Cristo, la gente experimentaba a Dios (o a los dioses) como algo exterior a ellos mismos.

Desde Cristo, la gente (no todos, sino aquellos que han aprendido a conocerle) ven a Dios como algo que hay en sí mismos. De modo que podemos decir que, a través de Cristo, Dios ha penetrado en el ser humano...

... A través de Cristo Dios se ha hecho hombre.

Lucifer *quería* llegar a ser Dios y no lo fue.

Cristo *llegó a ser* Dios sin quererlo.

De modo que lo perverso es *querer* placer sin merecerlo.

Sin embargo, si uno *obra* bien, sin querer placer, el goce le llega espontáneamente.

Cuando Wittgenstein comentó estas reflexiones, no discutió su verdad, sino sólo lo adecuado de su expresión. «Todavía no están lo suficientemente claras», escribió. «Creo que ha de ser posible decir todas estas cosas de manera mucho más adecuada. (O no decirlas, que es mucho más apropiado.)» Aunque su más perfecta expresión resultara ser el silencio, seguirían siendo ciertas.

Wittgenstein veía a Engelmann como «alguien que comprende al hombre». Cuando, tras el fracaso de la publicación de su obra en Reclam, se sentía espiritual y emocionalmente desmoralizado, experimentaba una imperiosa necesidad de hablar con él. Y cuando, a finales de mayo, llegó a «lo más hondo» y pensaba continuamente en el suicidio, fue en Engelmann en quien buscó apoyo. Lo recibió en forma de una larga carta en que Engelmann le hablaba de su experiencia. Le escribía que recientemente había estado preocupado acerca de los motivos que impulsaban su propia obra: si eran decentes y honestos. Se había retirado un tiempo al campo, a pensar. Los primeros días no fueron muy satisfactorios.

Pero entonces hice algo que puedo contarte, porque me conoces lo suficiente como para no considerarlo una estupidez. Es decir, escribí una es-

pecie de «confesión», en la que intentaba recordar los acontecimientos de mi vida, con el mayor detalle posible y por espacio de una hora. Con cada acontecimiento intentaba clarificar cómo debería haberme comportado. Mediante esa perspectiva general [*übersicht*] la confusa imagen quedó bastante simplificada.

Al día siguiente, basándome en esa nueva idea que me había formado de mí mismo, revisé mis planes e intenciones para el futuro.

«Desconozco», escribió, «si algo similar sería bueno o necesario para ti en este momento; pero quizá el que te cuente esto te ayude a encontrar algo.»

«En referencia a lo que escribes acerca de tus pensamientos suicidas», añadía Engelmann, «creo lo siguiente»:

> Tras estos pensamientos, al igual que en otros, puede haber algún motivo notable. Pero que este motivo se muestre de *tal* modo que se llegue a contemplar la posibilidad del suicidio, es desde luego algo erróneo. El suicidio es ciertamente una equivocación. Mientras una persona sigue viva, nunca está completamente extraviada. Lo que lleva a un hombre al suicidio es, sin embargo, el miedo a estar completamente extraviado. Este miedo, en vista de lo que ya he dicho, carece de fundamento. En este miedo una persona hace lo peor que puede hacer, se priva de ese momento en que le sería posible huir de su perdición.

«Es indudable que tú sabes esto mejor que yo», escribió Engelmann, excusándose por dar la impresión de que tenía algo que enseñarle a Wittgenstein, «pero hay veces en que uno olvida lo que sabe.»

El mismo Wittgenstein iba a utilizar, posteriormente, la técnica de preparar una confesión con la finalidad de clarificar su vida. En esta ocasión, sin embargo, no fue el consejo lo que le hizo bien, sino sencillamente leer los esfuerzos de Engelmann. «Muchas gracias por tu amable carta», le escribió el 21 de enero, «me ha proporcionado un gran placer, y, de este modo, quizá me haya ayudado un poco, aunque por lo que se refiere a las circunstancias de mi caso, estoy fuera del alcance de cualquier ayuda exterior.»

> De hecho me encuentro en un estado de ánimo que me resulta terrible. Ya he pasado por él en varias ocasiones: es un estado de *no ser capaz de superar un hecho particular*. Es un estado lamentable, lo sé. Pero a mi modo de ver sólo hay un remedio, y naturalmente es el de aceptar ese hecho. Pero eso es lo mismo que le sucede a un hombre que no sabe nadar y se cae al agua y se debate con los pies y las manos y siente que es *incapaz* de mantener la cabeza sobre el agua. Ésta es la posición en que ahora me encuentro. Sé que suicidarse es siempre algo sucio. Seguramente uno *no puede* desear su propia destrucción, y cualquiera que se haya imaginado lo que implica en la práctica el hecho del suicidio sabe que siempre es *una*

huida de las propias defensas. Pero nada es peor que verse obligado a tomarse por sorpresa.

¡Naturalmente, todo se reduce al hecho de que no tengo fe!

Por desgracia, no hay manera posible de saber de qué hecho está hablando. Ciertamente, se trata de un hecho que tiene relación con él, y para el que creía que el único remedio era la fe religiosa. Sin esa fe, la vida era insoportable. Se encontraba en una situación tal que deseaba la muerte, pero era incapaz de convencerse de la conveniencia del suicidio. Tal como se lo expresaba a Russell: «Quizá lo mejor para mí sería echarme en la cama una noche y no volver a despertarme.»

«Pero quizá se me ha reservado algo mejor», añadía entre paréntesis. La carta fue escrita el 7 de julio, el día que recibió su certificado de estudios: lo que hay implícito es que quizás en la enseñanza encuentre algo por lo que valga la pena vivir.

Wittgenstein había completado satisfactoriamente su curso en el Lehrerbildungsanhalt, aunque no sin recelos. Lo mejor, le dijo a Engelmann, era que en la práctica de la enseñanza podría leerles cuentos de hadas a los niños: «Eso me complace y alivia mi tensión.» Era «algo bueno que me ocurre en este momento».

Recibió estímulo y ayuda de su amigo del campo de prisioneros Ludwig Hänsel, maestro él mismo, y una figura conocida en los círculos educativos vieneses. Al menos en una ocasión estuvo a punto de abandonar el curso, debido, le dijo a Hänsel, a las malas relaciones que mantenía con sus compañeros. Hänsel, perspicazmente, lo atribuyó a la susceptibilidad crónica de Wittgenstein. «No existe ningún muro entre tú y tus compañeros», escribió, «hay una costra aún más gruesa a mi alrededor.»

En el Lehrerbildungsanhalt, a Wittgenstein se le preparó según los principios del Movimiento de Reforma de la Escuela, el cual, bajo el liderazgo del ministro de Educación Otto Glöckel, intentaba reformar la educación de la nueva república de Austria. Era un movimiento inspirado por los ideales laicos, republicanos y socialistas, y había atraído la buena voluntad e incluso la participación de un buen número de conocidos intelectuales austríacos. Sin embargo, no era un movimiento con el que Wittgenstein se pudiera identificar fácilmente. No era la idea de educar a los alumnos para vivir en una democracia lo que le había inspirado el convertirse en maestro, y tales motivos sociales y políticos eran totalmente ajenos a la moralidad fundamentalmente religiosa que compartía con Engelmann.

También Hänsel era un hombre religioso, y por esa razón sentía aversión hacia el Movimiento de Reforma de la Escuela. Acabaría convirtiéndose en líder de la organización católico-religiosa denominada *Der Bund Neuland*, que buscaba reformar la educación manteniendo, y de hecho incrementando, la influencia de la Iglesia católica. Sin embargo, Wittgen-

stein no se identificaba más con este programa que con el de Glöckel. En la lucha entre clericales y socialistas que dominó la vida pública de la Austria de la posguerra, Wittgenstein ocupó una posición ambivalente. Compartía con los socialistas su aversión al *establishment* católico y su igualitarismo, mientras que rechazaba firmemente el laicismo y su fe en el cambio social y político. En el mundo políticamente turbulento y cada vez más polarizado de los años veinte, sin embargo, tal ambivalencia y reserva siempre era susceptible de ser malinterpretada: para los clericales conservadores, su desprecio por las convenciones era suficiente como para tildarle de socialista; para los socialistas, su individualismo y visión fundamentalmente religiosa lo identificaban como un reaccionario clerical.

Wittgenstein, por tanto, estudió dentro del programa de Glöckel, distanciándose de algunos de sus objetivos. Se sentía tan inseguro de su posición en la facultad que le preguntó a Hänsel qué decían de él los profesores. Hänsel le informó de que toda la facultad era unánime en alabarle; se le veía como un estudiante-maestro serio y capaz, que sabía lo que hacía. Los profesores de todas sus clases –teoría de la educación, historia natural, caligrafía y música– estaban complacidos con su trabajo. «El profesor de psicología dijo, muy satisfecho de sí mismo, que se sentía muy complacido con el noble Lord Wittgenstein.»

A lo largo de todo su año como estudiante de magisterio, Wittgenstein vio a Hänsel regularmente, a veces en compañía de otro de sus camaradas del campo de prisioneros, Michael Drobil. Con Hänsel no sólo hablaba de temas pedagógicos, sino también de filosofía. Como docto *Hofrat Direcktor*, Hänsel tenía un gran interés en el tema, y durante su vida publicó unos veinte artículos sobre temas filosóficos (en su mayor parte sobre ética). En una carta del 23 de mayo le encontramos proporcionándole a Wittgenstein un resumen de los tres tipos de objeto (efectivo, ideal y real) que distingue el «realista crítico» O. Külpe en su libro *Die Realisierung*. Cuál era exactamente el grado de interés de Wittgenstein en este tema es algo que sigue siendo un misterio, ya que en ninguna parte vuelve a hacer referencia a Külpe. Sin embargo, otra prueba de la preocupación de Wittgenstein en esa época con las metafísicas rivales del idealismo y el realismo la proporciona una carta de Frege –la última vez, que se sepa, que Frege escribió a Wittgenstein– fechada el 3 de abril.

Es evidente que Frege está respondiendo a las críticas que Wittgenstein ha hecho a su ensayo «El pensamiento», del que había dicho que poseían una «profunda base» idealista. «Naturalmente no me siento ofendido por su franqueza», comenzaba Frege.

> Pero me gustaría saber qué profunda base idealista se me ha pasado por alto. Asumo que usted mismo no tiene por cierta la teoría del conocimiento idealista. De modo que, creo, reconoce usted que no puede haber, después de todo, una base profunda para tal idealismo. La base para éste, por tanto, sólo puede ser aparente, no lógica.

En el resto de esta extensa carta analiza la falta de claridad del *Tractatus*. Esta vez se concentra solamente en la primera proposición: «El mundo es todo lo que es el caso.» Asumiendo, arguye, que el «es» de esta frase es el «es de identidad», y asumiendo por tanto que su intención es proporcionar información y no simplemente proporcionar una definición «del mundo», entonces, a fin de que tenga algún sentido, debe existir algún medio de identificar el sentido de «el mundo» y el de la frase «todo lo que es el caso» *independientemente* de la afirmación de su identidad. ¿Cómo se consigue tal cosa? «Me alegraría», escribió, «que usted, al responder a mis preguntas, me facilitara la comprensión de los resultados de sus pensamientos.»

Ésta es la última comunicación que se conserva entre ellos. Frege murió cuatro días más tarde, es de presumir que no mucho más cerca de comprender una palabra del famoso libro inspirado por su propio trabajo. La «profunda base» idealista que Wittgenstein había percibido sin duda estaba relacionada con la descripción del mundo que da en las proposiciones 5.6-5.641 del *Tractatus*. «El mundo es *mi* mundo», «Yo soy mi mundo. (El microcosmos.)», y aun así no estoy *en* mi mundo: «El sujeto no pertenece al mundo, sino que es un límite del mundo.» De este modo, el solipsismo, «llevado a sus últimas consecuencias», coincide con el puro realismo: «El yo del solipsismo se contrae hasta convertirse en un punto inextenso y queda la realidad con él coordinada.» El realismo de Frege coincide de este modo con el idealismo de Schopenhauer y el solipsismo de Weininger.

Es un punto de vista que apuntala el individualismo religioso adoptado por Wittgenstein y Engelmann. Yo *soy* mi mundo, de modo que si no me siento feliz con el mundo, la *única* manera de hacer algo decisivo en este aspecto es cambiar yo mismo. «El mundo del hombre feliz es distinto del mundo del hombre infeliz.»

No obstante, Frege tenía razón en cierto sentido al encontrar incomprensible la metafísica de esta perspectiva. De acuerdo con la propia teoría de Wittgenstein, su expresión en palabras puede conducir sólo al absurdo. Y aun así, aunque era incapaz de explicárselo a Frege, incapaz de convencer a Russell de su verdad, e incapaz de encontrar un editor para su expresión resultado de una teoría del simbolismo lógico, Wittgenstein permanecía firmemente convencido de su irrebatibilidad. Aunque durante el último año había sufrido mucho por causas «externas» –la muerte de Pinsent, la derrota del imperio Habsburgo, los problemas para publicar su libro–, él buscaba sólo una solución «interna». ¿Qué importaba, en última instancia, si el libro quedaba inédito? Con mucho, lo más importante era «saldar las deudas consigo mismo».

De este modo, durante el verano, tras completar su preparación como maestro y haber abandonado su libro en manos de Russell, se concentró en lo que para él era su tarea más inmediata: la lucha por superar su propia infelicidad, por combatir los «diablos interiores» que le arrastraban fuera del «mundo del hombre feliz». A este fin pasó el verano trabajando

como jardinero en el monasterio de Klosterneuburg, en las afueras de Viena. El trabajo duro parecía actuar como una especie de terapia. «Por la tarde, cuando el trabajo está acabado», le dijo a Engelmann, «me siento cansado, y por tanto no me siento infeliz.» Era un empleo en el que podía sacar provecho de su acostumbrada destreza en las labores manuales y prácticas. Un día, el abad del monasterio pasó junto a él mientras estaba trabajando y comentó: «De manera que la inteligencia también sirve de algo en la jardinería.»

Sin embargo, el éxito de la terapia sólo fue parcial. Algunas causas «externas» seguían haciendo sufrir a Wittgenstein, y le confinaban en el «mundo del hombre infeliz». «Cada día pienso en Pinsent», le escribió a Russell en agosto. «Se llevó con él la mitad de mi vida. El diablo se llevará la otra mitad.» A medida que las vacaciones de verano finalizaban, y su nueva vida como maestro de primaria se acercaba, sentía, le dijo a Engelmann, «terribles presagios» acerca de su vida futura.

> Pues a menos que todos los diablos del infierno tiren en sentido contrario, estoy seguro de que mi vida va a volverse muy triste, si no imposible.

9. «ALGO TOTALMENTE RURAL»

Aunque no inspirado por el celo reformador de los partidarios del programa de Glöckel, Wittgenstein entró en la profesión de enseñante con unas intenciones aún más idealistas, y con una concepción tolstoiana y bastante romántica de lo que sería vivir y trabajar en un medio pobre y rural.

De acuerdo con su ética general *Weltanschauung*, no buscaba mejorar las condiciones externas de sus alumnos, sino mejorarles «internamente». Quería desarrollar sus intelectos enseñándoles matemáticas, ampliar su conciencia cultural introduciéndoles a los grandes clásicos de la lengua alemana, y mejorar sus almas leyendo la Biblia con ellos. Su objetivo no era arrancarles de la pobreza; tampoco veía la educación como un medio para prepararles para una vida «mejor» en la ciudad. En lugar de eso pretendía inculcar en ellos el valor del logro intelectual como un fin en sí mismo, al igual que, a la inversa, posteriormente inculcaría en sus estudiantes de Cambridge el valor inherente al trabajo manual.

El ideal que emerge de su enseñanza, ya sea en la campiña austríaca o en la Universidad de Cambridge, es el ideal ruskiniano de la herramienta honesta combinada con una inteligencia refinada, un profundo aprecio por la cultura y una seria entrega; una exigua renta, pero una rica vida interior.

Para él era importante trabajar en una zona rural y pobre. Sin embargo, como era costumbre con los graduados del Lehrerbildungsanhalt, se le envió a hacer su año de prácticas a una escuela de Maria Schultz am Semmering, una pequeña ciudad agradable y relativamente próspera, famosa como centro de peregrinación, situada al sur de Viena. Tras una breve inspección del lugar, decidió que no le servía. Le explicó al atónito director que había observado que la ciudad tenía un parque y una fuente: «Esto no es para mí, yo quiero algo totalmente rural.» En ese caso, le sugirió el director, podría ir a Trattenbach, un pueblo al otro lado de las colinas cercanas. Wittgenstein se puso en marcha de inmediato, y al llegar, tras una caminata de veinte minutos, se encontró, para alegría suya, que ése era exactamente el tipo de lugar que tenía en mente.

Trattenbach era un pueblo pequeño y pobre. Aquellos de sus moradores que tenían empleo trabajaban o bien en la factoría textil o en las gran-

jas vecinas. Su vida era difícil, especialmente en medio de la penuria de los años veinte. Wittgenstein, sin embargo (al menos inicialmente) se quedó encantado con el lugar. Poco después de su llegada le escribió a Russell, quien por entonces estaba en China, al principio de su año como profesor invitado en la Universidad de Pekín, consignando sus señas como «L W Maestro de escuela Trattenbach», y deleitándose en la oscuridad de su nuevo puesto.

> Voy a ser maestro de escuela en un pequeño pueblo llamado Trattenbach. Se encuentra en las montañas, más o menos a una hora de viaje al sur de Viena. Debe de ser la primera vez que el maestro de escuela de Trattenbach mantiene correspondencia con un profesor de Pekín.

Con Engelmann, un mes más tarde, se mostró mucho más entusiasta. Describió Trattenbach como «un lugar diminuto y hermoso» y dijo que se sentía «feliz en su trabajo en la escuela». Pero, añadió de manera misteriosa, «no sabes cuánto lo necesito, o de otro modo se soltarán todos los demonios que hay en mi interior».

Sus cartas a Hänsel durante estos primeros meses están escritas con el mismo buen humor. Confiaba en Hänsel para que le proporcionara libros de lectura para sus pupilos, y le solicitaba ejemplares de, por ejemplo, los cuentos de Grimm, *Los viajes de Gulliver*, las fábulas de Lessing y las leyendas de Tolstói. Hänsel le visitaba regularmente los fines de semana, la igual que Arvid Sjögren, Moritz Nähe (el fotógrafo de la familia Wittgenstein) y Micahel Drobil. Sin embargo, estas visitas tendían a acentuar las diferencias ya obvias entre Wittgenstein y los aldeanos, incluyendo a sus propios colegas, y no pasó mucho tiempo antes de que Wittgenstein se convirtiera en objeto de rumor y especulación. Uno de sus colegas, Georg Berger, se encontró una vez con Wittgenstein y Hänsen charlando en la oficina de la escuela. Wittgenstein en seguida exigió saber qué se decía de él en el pueblo. Berger, vaciló, pero, como le presionaran, le respondió: «Los aldeanos le toman por un rico barón.»

Berger omitió utilizar la palabra, pero ciertamente le veían como a un aristócrata *excéntrico*. *«Fremd»* (raro) era la palabra más utilizada por los aldeanos para describirle. ¿Por qué –se preguntaban– debería un hombre de tal riqueza y cultura vivir entre los pobres, en especial cuando mostraba tan poca simpatía por su modo de vida que claramente prefería la compañía de sus refinados amigos de Viena? ¿Por qué habría de llevar una existencia tan exigua?

Al principio Wittgenstein se alojó en una pequeña habitación de la pensión del pueblo, Zum braunen Hirschen, pero rápidamente se encontró con que la música que procedía del piso inferior era demasiado para él, y la dejó. Luego le pusieron una cama en la cocina de la escuela. Ahí, según Berger (quien era, podemos sospechar, una de las

fuentes principales de las historias que, con relación a Wittgenstein, contaban los aldeanos), se sentaba durante horas junto a la ventana de la cocina, mirando las estrellas.

Pronto se forjó una reputación de maestro enérgico, entusiasta, pero bastante estricto. En muchos aspectos, tal como escribe su hermana Hermine, era un maestro nato.

> Está interesado en todo, y sabe cómo escoger los aspectos más importantes de cualquier cosa y aclarárselos a los demás. Yo misma he tenido la oportunidad de ver enseñar a Ludwig en algunas ocasiones, pues dedicaba algunas tardes a los muchachos en mi escuela laboral. Era un placer extraordinario para todos nosotros. No sólo daba una clase, sino que intentaba conducir a los chicos a la solución correcta por medio de preguntas. En una ocasión les hizo inventar un motor de vapor, en otra diseñar una torre sobre la pizarra, y en otra dibujar figuras humanas en movimiento. El interés que despertaba era enorme. Incluso los muchachos menos dotados y que generalmente no solían atender sorprendían con respuestas asombrosamente buenas, y no hay duda de que competían a fin de que se les diera la oportunidad de responder o de desarrollar una demostración.

A pesar de sus recelos hacia el Movimiento de Reforma de la Escuela, fue entre reformadores como Putre y Wilhelm Kundt, el superintendente del distrito, entre quienes halló más estímulo y apoyo durante su carrera. Sus métodos de enseñanza compartían algunos de los principios básicos del Movimiento de Reforma, el más importante de los cuales era que a un niño no se le ha de enseñar simplemente a repetir lo que se le ha dicho, sino animarle a pensar los problemas por sí mismo. De este modo, los ejercicios prácticos jugaban un importante papel en su enseñanza. A los niños se les enseñaba anatomía juntando el esqueleto de un gato, astronomía observando el cielo por la noche, botánica identificando las plantas en sus paseos por el campo, arquitectura identificando estilos constructivos durante una excursión a Viena. Etcétera. Con todo lo que les enseñaba, Wittgenstein intentaba despertar en ellos la misma curiosidad y espíritu inquisitivo que él dirigía hacia todo lo que despertaba su interés.

Naturalmente, esto funcionaba mejor con unos niños que con otros. Wittgenstein logró resultados especialmente buenos con algunos de los chicos, y a un selecto grupo de sus alumnos favoritos, principalmente varones, les daba clases extra fuera del horario académico. Para estos niños se convirtió en una especie de figura paterna.

Sin embargo, para aquellos sin ningún talento especial, o cuyo interés no era despertado por el entusiasmo de Wittgenstein, se convirtió no en una figura de paternal amabilidad, sino en un tirano. El énfasis que ponía en la enseñanza de las matemáticas le llevaba a dedicar a ese tema las dos primeras horas de cada mañana. Creía que nunca era demasiado pronto para empezar con el álgebra, y enseñaba matemáticas de un nivel bastante más elevado de lo que correspondía a la edad de sus alumnos. Algunos,

especialmente las chicas, años después recordarían con horror las dos primeras horas del día. Una de ellas, Anna Brenner, rememora:

> Durante la lección de aritmética, los que teníamos álgebra teníamos que sentarnos en la primera fila. Mi amiga Anna Völkerer y yo un día decidimos no contestar. Wittgenstein preguntó: «¿Cuánto es?» A la pregunta de cuánto eran tres veces seis, Anna dijo: «No lo sé.» Él me preguntó cuántos metros había en un kilómetro. No dije nada y recibí un cachete. Luego Wittgenstein dijo: «Si no lo sabes se lo preguntaré a uno de los pequeños, seguro que lo sabrá.» Después de la clase me llevó a su oficina y me preguntó: «¿Es que no quieres [hacer aritmética] o es que eres incapaz?» Yo dije: «Sí que quiero», Wittgenstein me dijo: «Eres una buena estudiante, pero en lo que se refiere a la aritmética... ¿O es que estás enferma? ¿Te duele la cabeza?» Mentí: «¡Sí!» «Entonces», dijo Wittgenstein, «por favor, por favor, Brenner, ¿puedes perdonarme?» Mientras decía esto juntaba las manos como si rezara. Inmediatamente sentí que mi mentira era una ignominia.

Como ilustra este relato, uno de los aspectos en los que los métodos de Wittgenstein diferían marcadamente de los recomendados en las reformas de Glöckel era en su uso del castigo corporal. Otra chica bastante floja en matemáticas recuerda que un día Wittgenstein le tiró del pelo con tanta fuerza que, cuando más tarde se lo peinó, se le cayeron al suelo bastantes cabellos. Las remembranzas de sus antiguos alumnos abundan en historias de *«Ohrfeige»* (cachetes) y *«Haareziehen»* (tirones de pelo) protagonizados por Wittgenstein.

A medida que las noticias acerca de esta brutalidad llegaba a oídos de los padres, crecía un sentimiento de hostilidad en su contra. No se trataba de que los aldeanos desaprobaran el castigo corporal, ni de que tales métodos de disciplina fueran poco corrientes, a pesar de las recomendaciones de Glöckel. Sin embargo, aunque se aceptaba que un muchacho revoltoso debía recibir un cachete si se portaba mal, nadie se esperaba que una chica incapaz de entender el álgebra recibiera el mismo trato. De hecho, nadie esperaba que una muchacha *entendiera* el álgebra.

Los aldeanos (incluyendo a algunos de sus colegas) estaban, en cualquier caso, dispuestos a sentir antipatía hacia un forastero excéntrico y aristócrata, cuyo anómalo comportamiento a veces divertía y a veces alarmaba. Una y otra vez se contaban anécdotas acerca de su *fremdheit*, hasta que se convirtió en una especie de leyenda en el pueblo. Se cuenta la historia, por ejemplo, de cómo una vez se juntó con dos de sus colegas para tocar un trío de Mozart: él mismo al clarinete, Georg Berger tocando con un violín la parte de la viola, y el director, Rupert Köllner, al piano. Berger recuerda:

> Una y otra vez tuvimos que empezar desde el principio, sin que Wittgenstein se cansara lo más mínimo. ¡Finalmente se nos dio un intermedio!

El director, Ruper Köllner, y yo fuimos entonces tan espontáneamente desconsiderados que nos pusimos a tocar de memoria una melodía de baile. Wittgenstein reaccionó airado: «*Krautsalat! Krautsalat!*», gritó. Entonces recogió sus cosas y se fue.

Otro relato se refiere a la época en que asistió al catecismo en la iglesia católica del pueblo. Escuchó cuidadosamente las preguntas que el cura dirigía a los niños, en presencia del deán, y luego dijo de pronto, de manera muy audible: «¡Tonterías!»

Pero el mayor prodigio –y la historia por la que más fue recordado en el pueblo– se refiere a la época en que reparó el motor a vapor de la fábrica del pueblo, utilizando un método aparentemente milagroso. La historia la cuenta Frau Bichlmayer, la esposa de uno de los colegas de Wittgenstein, quien trabajaba en la fábrica:

> Estaba en la oficina cuando el motor se paró y toda la fábrica se quedó de brazos cruzados. En aquellos días dependíamos del vapor. Y luego vinieron un montón de ingenieros, que fueron incapaces de repararlo. Cuando volví a casa le conté a mi marido lo que había pasado, y mi marido entonces contó la historia en la oficina de la escuela, y el maestro Wittgenstein le dijo: «¿Podría verla, podría conseguirme un permiso para que yo le echara un vistazo?» Entonces mi marido habló con el director, que le dijo que sí, que podía ir en seguida..., entonces él fue en compañía de mi marido directamente a la sala de motores, y dio una vuelta sin decir nada, sólo mirando. Y entonces dijo: «¿Podría conseguirme cuatro hombres?» El director dijo sí, y vinieron cuatro hombres, dos cerrajeros y dos más. Cada uno tenía que coger un martillo, y luego Wittgenstein asignó a cada hombre un número y un lugar distinto. Obedeciendo sus órdenes, tenían que golpear con el martillo en un lugar determinado según una secuencia: uno, cuatro, tres, dos...
>
> De esta manera curó a la máquina de su avería.

Por este milagro Wittgenstein fue recompensado con ropa blanca, que al principio rechazó, y que luego aceptó para entregar a los niños más pobres de la escuela.

La gratitud de los aldeanos por este milagro, sin embargo, no fue suficiente para compensar la creciente desconfianza hacia su *fremdheit*, y en el trimestre de otoño las relaciones entre las dos partes se deterioraron gradualmente. Durante ese trimestre su hermana Hermine mantuvo un ojo vigilante y maternal puesto en los progresos que hacía Wittgenstein en su nueva profesión. Tenía que obrar de manera indirecta, a través de Hänsel, pues, mientras que Wittgenstein daba la bienvenida a las visitas de sus amigos vieneses, su familia tenía instrucciones estrictas de no verle ni ofrecerle ayuda. Devolvía sin abrir los paquetes de comida, y no respondía a las cartas.

Hänsel tranquilizó a Hermine diciéndole que, aunque con ciertas ten-

siones, Wittgenstein había superado el primer trimestre razonablemente bien. El 13 de diciembre, Hermine le escribió con un evidente alivio.

> Ciertamente estoy muy agradecida por su amable carta. Primero me tranquilizó respecto de la angustia que Ludwig ha sufrido por culpa de los habitantes de Trattenbach y de su curiosidad; las cartas que él me escribió en esa época ofrecen una impresión alentadora, y con su lacónica manera de escribir me tranquilizaron doblemente. En segundo lugar aprecio enormemente todo lo que dice acerca de mi hermano, aunque de hecho no es nada distinto de lo que yo pienso. Naturalmente, lo que usted dice es cierto, aunque no es fácil tener a un santo por hermano, y a la expresión inglesa: «Prefiero ser un perro vivo a un santo muerto» me gustaría añadir: (Con frecuencia) preferiría tener por hermano a una *persona* feliz que a un *santo* infeliz.

Irónicamente, unas semanas después de esta carta, el 2 de enero de 1921, Wittgenstein le escribió a Engelmann censurándose por no haber elegido la carrera celestial.

> Lamenté no haberte visto en Navidad. Me pareció bastante raro que quisieras esconderte de *mí*, por la siguiente razón: ¡He estado moralmente muerto durante más de un año! A partir de esto puedes juzgar por ti mismo si me encuentro bien o no. Soy uno de esos casos que quizá no resulten extraños hoy en día: tuve una tarea, no la llevé a cabo y ahora el fracaso está arruinando mi vida. Debería haber hecho algo positivo con ella, haberme convertido en una estrella del cielo. En lugar de eso he permanecido apegado a la tierra, y ahora me estoy extinguiendo gradualmente. Mi vida se ha vuelto realmente absurda, pues sólo consiste en episodios fútiles. La gente que hay a mi alrededor no lo ha notado y no lo entendería; pero sé que tengo una deficiencia fundamental. Alégrate, si es que no comprendes de qué estoy hablando.

Y lo cierto es que Engelmann no lo comprendía. Si Wittgenstein creía que tenía una tarea inacabada que cumplir, replicó, ¿por qué no lo hacía ahora, o al menos en un futuro próximo, cuando estuviera dispuesto para ello? Además, seguramente se equivocaba al hablar de una deficiencia *fundamental*; muchas veces habían comentado que nadie está tan extraviado como para que su posición sea irrevocable. Esta vez, sin embargo, la carta de Engelmann pulsó la tecla equivocada. «En este momento no puedo analizar mi situación en una carta», le escribió Wittgenstein. «No creo –por cierto– que tú lo acabes de comprender... No creo que me conviniera una visita tuya en un futuro próximo. En este momento apenas sabríamos qué hacer el uno con el otro.»

Engelmann había dejado de ser la persona a quien Wittgenstein se dirigía para que comprendiera su vida interior, y su lugar había sido ocupado por Hänsel. En su remembranza de Wittgenstein, Hänsel escribe:

«Una noche, mientras era maestro, tuvo la sensación de que había sido llamado, pero que había rechazado la llamada.» Esto quizá explique la mención a Engelmann de una tarea, cuyo cumplimiento le hubiera llevado al cielo, mientras que su negativa a llevarla a cabo le condenaba a permanecer ligado a la tierra.[1]

O, para ser más exactos, ligado a Trattenbach. Durante los trimestres de primavera y verano de 1921, la alegría que sentía al principio de encontrarse en Trattenbach se fue transformando en disgusto, a medida que sus intentos de educar a los hijos de los aldeanos por encima de las expectativas a las que estaban acostumbrados se topaban cada vez con más incomprensión y resistencia por parte de los padres, de los propios niños

1. Esto se relaciona también con un sueño citado por Bartley (ignoramos de qué fuentes), que, según él, Wittgenstein tuvo «posiblemente a principios de diciembre de 1920». El sueño es el siguiente:

> Yo era un cura. En el vestíbulo principal de mi casa había un altar; a la derecha del altar había una escalera que llevaba fuera de la casa. Era una gran escalera alfombrada de rojo, como la de la Alleegasse. Al pie del altar, y cubriéndolo en parte, había una alfombra oriental y junto al altar ciertos objetos religiosos. Uno de ellos era una vara hecha de un metal precioso.
>
> Pero había tenido lugar un robo. Un ladrón había entrado por la izquierda y había robado la vara. Había que informar de ello a la policía, y ésta enviaba a un comisario que deseaba una descripción de la vara. Por ejemplo, ¿de qué metal estaba hecha? No sabía decirlo; ni siquiera era capaz de decir si era de plata o de oro. El oficial de policía me interrogó acerca de si, en primer lugar, la vara había existido. Entonces comencé a examinar las otras partes y enseres del altar y observé que la alfombra era una alfombra para arrodillarse de las que utilizan los árabes. Mis ojos comenzaron a enfocar el borde de la alfombra. Era de un color más apagado que el de la parte central, más bonito. De manera curiosa, me pareció desvaída. Sin embargo, aún era fuerte y firme.

Ésta es la parte del libro de Bartley que indica de manera más notoria que al escribirlo tuvo acceso a un manuscrito de Wittgenstein. Bartley no sólo cita el sueño como si fuera descrito por el propio Wittgenstein; también da unas interpretaciones sugeridas por éste y «alguien más, posiblemente Hänsel». Además, contrariamente a los «episodios del Prater», la información de Bartley –el contenido del sueño, su duración, e incluso las interpretaciones dadas por Hänsel y Wittgenstein– se relaciona de manera verosímil con información de otras fuentes. Bartley incluso nos ofrece la reacción de Wittgenstein a la interpretación de Hänsel (que relaciona el simbolismo del sueño con imágenes tomadas del Antiguo Testamento):

> A Wittgenstein le desconcertaba pensar que *si* tal interpretación iba pareja a ese sueño, ese sueño fuera *suyo*.

Esta reacción también es muy verosímil. Según Bartley, el propio Wittgenstein se sentía inclinado a interpretar el sueño en términos alquímicos. La vara es al mismo tiempo un símbolo fálico (su «yo vil») y un símbolo de la transformación alquímica (un metal vil se transforma en oro o plata), una transformación de la que Wittgenstein es incapaz de convencer a su conciencia, representada por el policía que duda.

De este modo, si analizamos la carta de Wittgenstein a Engelmann a la luz de la evocación de Hänsel y del sueño citado por Bartley, llegamos a una convincente narración del cambio profundo en su estado de ánimo que evidentemente tuvo lugar en el período de las Navidades de 1921. Puesto que era incapaz de convencerse de que pudiera tener lugar en su interior la transformación que tanto deseaba, se negó a seguir lo que él consideraba como una llamada al sacerdocio. El rechazo podría explicarse como una «deficiencia fundamental», pues de otro modo la tan anhelada transformación seguramente sería posible. Él *era* realmente el metal vil; *tenía* que permanecer apegado a la tierra.

(aquellos que se veían incapaces de llegar al nivel requerido por Wittgenstein) y de sus colegas.

En marzo recibió una carta de Russell en respuesta a su entusiasta carta de septiembre. «Me asombra que te guste ser maestro de escuela elemental», escribió Russell, «y que te lleves bien con los niños.»

> Es un trabajo honesto, tan honesto como el que más, y todo el mundo hoy en día está metido en algún camelo, cosa de la que tú has escapado.

El propio Russell estaba de buen humor, disfrutando de Pekín, y regocijándose con la afrenta que provocaba a la moralidad convencional (británica) el hecho de que viviera abiertamente en pecado con Dora Black. «Me gusta China y los chinos», le dijo a Wittgenstein.

> Son indolentes, afables, amantes de la carcajada, como niños buenos. Son muy buenos y amables conmigo. Todas las naciones les atacan y dicen que no se les debe permitir disfrutar de la vida a su manera. Se les obligará a formar un ejército y una armada, a desenterrar su carbón y a fundir el hierro, mientras que lo que ellos desean es hacer versos y pintar cuadros (muy hermosos) y componer extrañas músicas, exquisitas pero casi inaudibles, con instrumentos de muchas cuerdas con borlas verdes. Miss Black y yo vivimos en una casa china, construida alrededor de un patio, te envío una foto mía en la puerta de mi estudio. Mis estudiantes son todos bolcheviques, porque es la moda. Están asombrados de que yo no sea bolchevique. No están lo suficientemente avanzados para la lógica matemática. Les doy clases de psicología, filosofía, política y Einstein. De vez en cuando les invito a una pequeña fiesta y encienden fuegos artificiales en el patio. Esto último les gusta más que las clases.

Wittgenstein en seguida le hizo saber a Russell que el entusiasmo que había experimentado al principio de su estancia en Trattenbach había dado paso a un sentimiento de disgusto hacia sus habitantes. «Siento que encuentres tan desagradable a la gente que te rodea», replicó Russell. «No creo que la naturaleza humana sea gran cosa en ninguna parte, y me atrevería a decir que allí donde vayas te encontrarás con que tus vecinos son igualmente detestables.» «No», insistió Wittgenstein, «aquí son mucho más inútiles e irresponsables que en ninguna otra parte.» Russell seguía sin estar convencido.

> Siento mucho que te sea tan difícil tratar con la gente de Trattenbach. Pero me niego a creer que sean peores que el resto de la raza humana: mi instinto lógico se rebela contra esa idea.

«Tienes razón», concedió finalmente Wittgenstein; «los habitantes de Trattenbach no son especialmente peores que el resto de la raza humana.»

Lo que pasa es que Trattenbach es un lugar particularmente insignificante de Austria y los *austríacos* han caído tan miserablemente bajo desde la guerra que es demasiado sombrío hablar de ello. Eso es lo que pasa.

Russell le había dicho a Wittgenstein que había dejado el manuscrito del *Tractatus* en Inglaterra en manos de Dorothy Wrinch, una amiga suya, «buena matemática y estudiante de lógica matemática», con instrucciones de que intentara hacer que se editara. «Estoy decidido a hacer que se publique tu manuscrito», afirmaba, «y si no se ha logrado durante mi ausencia, me encargaré personalmente del asunto en cuanto llegue.»

Aparte de estas estimulantes noticias, la única alegría de la vida de Wittgenstein durante el trimestre de verano fue su relación con uno de sus alumnos, un muchacho procedente de una de las familias más pobres del pueblo, llamado Karl Gruber. Gruber era un muchacho de talento que respondía bien a los métodos de Wittgenstein. Al igual que muchos de sus pupilos, al principio encontró el álgebra difícil. «Era incapaz de comprender», recordaría más tarde, «cómo se podía calcular utilizando letras del alfabeto.» Sin embargo, tras recibir un cachete de Wittgenstein, comenzó a tomárselo en serio. «Pronto fui el mejor de la clase en álgebra.» Al acabar el trimestre de verano, lo normal era que dejara la escuela y comenzara a trabajar en la fábrica. Wittgenstein estaba decidido a hacer todo lo que pudiera para que no se interrumpiera la educación del muchacho. El 5 de julio escribió a Hänsel explicándole la situación de Gruber y pidiéndole consejo. Dado que sus padres no podían permitirse enviarlo a un internado, ¿qué se podía hacer? ¿Se le podría encontrar un lugar gratis o barato en alguna de las escuelas de enseñanza media de Viena? «En mi opinión sería una gran lástima para el muchacho», escribió, «el no poder proseguir su educación.» Hänsel replicó sugiriendo la posibilidad del Calasanzverein, un establecimiento católico de Viena, que alojaba a estudiantes pobres. Mientras tanto, sin embargo, se decidió que el propio Wittgenstein seguiría dándole clases al muchacho, incluso después de que dejara la escuela, y que Hänsel actuaría como su esporádico examinador, poniéndole a prueba para ver si alcanzaba el nivel exigido para entrar en uno de los Gymnasium de Viena.

Durante las vacaciones de verano, Wittgenstein viajó a Noruega con Arvid Sjögren. Era la primera vez que iba allí desde 1914, y durante la visita finalmente vio la casa que había sido construida para él durante su ausencia. Se fueron con muy poco dinero, y tuvieron que pasar una noche *en route* en un albergue del Ejército de Salvación de Hamburgo. Fueron, como le explicaba en una carta a Hänsel, unas vacaciones de trabajo: «Trabajo desde primera hora de la mañana hasta la tarde en una especie de taller de carpintería, y en compañía de Arvid construimos cajones de embalar. De este modo me gano un montón de dinero.» Como

siempre, de todos modos, la recompensa que buscaba con ese trabajo duro era la paz mental. «Creo que ha sido muy bueno hacer este viaje», le dijo a Hänsel.

Poco después de su regreso a Trattenbach, Wittgenstein se enteró por Russell de que finalmente iba a publicarse el libro. Russell había regresado de China en agosto, en compañía de Dora Black, esta última embarazada de seis meses, y los dos primeros meses tras su regreso a Inglaterra los ocupó en asegurarse de la legitimidad de su hijo. En China había hecho todo lo posible a fin de solucionar su situación, escribiendo al Trinity para rechazar el puesto de profesor que le habían ofrecido («porque», diría más tarde, «estaba viviendo en abierto pecado») y disponiéndolo todo para divorciarse de su mujer, Alys. Pero la inminente llegada de un posible heredero para su título de conde le impelía a dar algunos pasos hacia la respetabilidad. Recibió el divorcio definitivo de Alys el 21 de septiembre, se casó con Dora seis días más tarde, y el bebé, John Conrad, el futuro cuarto conde de Russell, nació el 16 de noviembre.

Tras haber dado los pasos necesarios para asegurarse de que su hijo heredería su título, Russell concentró su atención en la publicación del libro de Wittgenstein. Por medio de su amigo C. K. Ogden se aseguró de que apareciera en Inglaterra en una serie de monografías editadas por Kegan Paul y denominadas The International Library of Psychology, Philosophy and Scientific Method, de la que recientemente Ogden se había convertido en editor. El libro todavía se veía como un riesgo financiero, aunque tolerable. «Como no pueden perder más de cincuenta libras editándolo, creo que es muy satisfactorio que lo hayan aceptado», le escribió Ogden a Russell el 5 de noviembre, «aunque naturalmente si hicieran pronto una segunda edición y de pronto bajaran los costes de impresión, podrían cubrir pérdidas.»

Independientemente de estas negociaciones, la amiga de Russell, Dorothy Wrinch, mientras aquél estaba aún en China, se había asegurado la aceptación del libro en una publicación alemana llamada *Annalen der Naturphilosophie*, editada por Wilhelm Ostwald. Russell, aun sabiendo lo que Wittgenstein opinaba de la traducción alemana de su introducción al *Tractatus*, no la había retirado del manuscrito, asumiendo que Miss Wrinch procuraría encontrar un editor inglés. Sin embargo, tras el rechazo por parte de Cambridge University Press, Miss Wrinch –considerando, sin duda correctamente, que era su única oportunidad de éxito– lo había intentado con los editores de tres publicaciones alemanas. Sólo había recibido respuesta positiva de Ostwald, y eso sólo a causa de la introducción de Russell. «En cualquier otro caso habría declinado aceptar el artículo», le escribió Ostwald a Miss Wrinch el 21 de febrero.

> Pero tengo a Mr. Bertrand Russell en tan alta consideración, tanto por sus estudios como por su personalidad, que con mucha satisfacción publicaré el artículo de Mr. Wittgenstein en mi *Annalen der Naturphilosophie*: la Introducción de Mr. Bertrand Russell será particularmente bienvenida.

El 5 de noviembre, tras recibir las pruebas de Ostwald y una promesa de Ogden de que aparecería en la serie Kegan Paul, Russell escribió a Wittgenstein para hacerle saber cómo estaban las cosas. Le dijo que Ostwald publicaría su introducción: «Lo siento, pues me temo que no te gusta, pero como verás por esta carta, es algo que no se ha podido evitar.»

En una frase que posiblemente conmocionó a Wittgenstein, Russell le dijo: «En cuanto a mí, ahora estoy casado en Miss Black, y espero que mi hijo nazca dentro de unos días.»

> Hemos comprado esta casa [31 de Sydney Street, Londres] y hemos traído tus muebles de Cambridge, que nos gustan mucho. Probablemente el niño nazca en tu cama.

Instó a Wittgenstein para que fuera a Inglaterra, ofreciéndose a costearle los gastos como pago suplementario por sus muebles: «Tus cosas valen mucho más de lo que pagué por ellas, y pagaré mucho más siempre que quieras. Cuando las compré no sabía lo mucho que obtenía». En una carta calculaba que aún debía a Wittgenstein 200 libras: «No veo por qué debería estafarte sólo porque Jolley subestimó el valor de tus cosas».

Wittgenstein contestó el 28 de noviembre: «Debo admitir que me complace que lo mío vaya a editarse», escribió. «Aun cuando Ostwald no sea más que un charlatán.»

> ¡Mientras no me lo estropee! ¿Vas a leer las pruebas? Si es así, por favor, encárgate de que se imprima exactamente tal como lo escribí. Es muy capaz de alterar la obra para que encaje con su propio gusto, poniéndolo todo en su estúpida ortografía, por ejemplo. Lo que más me complace es que también vaya a salir en Inglaterra.

Evidentemente, Russell tenía poco tiempo para leer las pruebas con meticulosidad, y en cualquier caso el libro ya estaría en la imprenta antes de que las recibiera. Las pruebas, por tanto, se quedaron sin corregir. Lejos de alterar la obra para que encajara con su propio gusto, Ostwald –aparentemente sin el menor interés ni preocupación por el significado de la obra que estaba publicando– lo editó exactamente igual que el mecanoscrito. De este modo se encuentran, por ejemplo –además de las muchas erratas normales– signos de máquina de escribir donde se esperaría encontrar símbolos de la lógica russelliana: «!» en lugar de la barra de Sheffer; «/» por el signo de negación (y a veces también por barra de Sheffer); y la letra mayúscula C por inferencia material.

Wittgenstein no fue consultado por Ostwald en ninguna fase de la publicación; tampoco se le enviaron separatas. Cuando Russell le dijo que finalmente estaba en la imprenta, tuvo que escribir a Hänsel para pedirle que buscara un ejemplar de los *Annalen der Naturphilosophie* en las librerías de Viena. La búsqueda fue infructuosa, y no fue hasta abril del año siguiente, en que Ogden le envió un ejemplar, cuando Wittgenstein final-

mente vio cómo se había editado su obra. Se quedó horrorizado. Vio la publicación, le dijo a Engelmann, que parecía una «edición pirata», y no fue hasta la aparición de la edición inglesa, en 1922, cuando consideró que su obra se había publicado adecuadamente.

Russell puso en movimiento los engranajes de la edición inglesa cuando, el 6 de diciembre, escribió de nuevo a Ogden, enviándole la carta de Wittgenstein del 28 de noviembre.

> En su carta Wittgenstein concede toda la autoridad necesaria para seguir adelante, de modo que puede decirle a los editores que todo va bien... estoy muy aliviado de que W. se tome todo el asunto tan juiciosamente.

Durante los meses de invierno de 1921-1922, utilizando una separata de la edición de Ostwald, el libro fue traducido al inglés por Frank Ramsay, por entonces un estudiante de dieciocho años del King's College, amigo de Ogden y al que ya se reconocía como una destacada promesa en el campo de las matemáticas.

Wittgenstein recibió la traducción de Ramsay hacia finales de marzo, junto con un cuestionario en el que se le pedía su opinión sobre algunos puntos concretos que habían dejado un tanto confusos tanto a Ogden como a Ramsey. En algunos casos, estas confusiones eran el resultado de la descuidada edición del texto alemán por parte de Ostwald; en otras, se debían a una comprensión defectuosa del significado que Wittgenstein quería expresar. Aunque Wittgenstein no sabía si se debía a una cosa o a la otra, pues no se le había enviado copia alguna de la edición de Ostwald. De hecho, por entonces dudaba de que Ostwald lo hubiera editado... o de que lo editara alguna vez.

La tarea de corregir la traducción fue por tanto larga y dificultosa, aunque hacia el 23 de abril Wittgenstein ya había completado una detallada lista de comentarios y sugerencias, que envió a Ogden. En su mayor parte, las sugerencias estaban motivadas por un deseo de hacer que el inglés sonara lo más natural posible, y relajar así la literalidad de la traducción de Ramsey. No sólo se vio obligado a definir frases y palabras concretas del alemán; también tuvo que explicar lo que *él* quería decir con ellas, y encontrar así la expresión que captara el tono y el significado. De este modo, hasta cierto punto, la versión inglesa no es simplemente una traducción del alemán, sino una formulación de las ideas de Wittgenstein.

La primera cuestión suscitada por Ogden se refería al título. Ostwald lo había publicado con el título alemán de Wittgenstein, *Logisch-Philosophische Abhandlung*, el cual, al traducirse literalmente, da el escasamente elegante de «Tratado lógico-filosófico». Russell había sugerido «Lógica filosófica» como alternativa, mientras que Moore –en una consciente referencia al *Tractatus Theologico-Politicus* de Spinoza– había propuesto el de «Tractatus Logico-Philosophicus» como el «obvio e ideal». Naturalmente no era un título que tranquilizara al público respecto de la accesibilidad

del libro, y a Ogden le provocaba un vago desasosiego. «Como título comercial», le dijo a Russell, «*Lógica filosófica* es mejor, siempre que transmita la idea del libro correctamente.»

Wittgenstein puso fin a la polémica. «Creo que el título en latín es mejor que el actual», le dijo a Ogden.

> Pues aunque *Tractatus Logico-Philosophicus* no es el *ideal*, posee algo del significado correcto, mientras que «Lógica filosófica» es erróneo. ¡De hecho no sé lo que significa! La lógica filosófica es algo que no existe. (A menos que uno crea que, ya que todo el libro es absurdo, bien puede el título ser también absurdo.)

Las sugerencias y comentarios hechos por Wittgenstein fueron cuidadosamente considerados por Ogden (quien, en su correspondencia con Wittgenstein, se nos aparece como el editor más escrupuloso y complaciente que un autor puede desear), y el texto fue alterado a la luz de tales indicaciones. En mayo, el texto inglés había llegado a una versión más o menos definitiva.

Había otro problema. Mientras preparaba el texto mecanografiado, Wittgenstein había redactado una serie de comentarios suplementarios, que, con una excepción, no estaban incluidos en el texto definitivo. Estos comentarios suplementarios estaban numerados, y la excepción era el n.° 72, que tenía que ser la proposición 4.0141, una elaboración del comentario precedente que compara la relación figurativa entre el lenguaje y el mundo con la relación entre un pensamiento musical, una grabación gramofónica y una partitura musical. Sin embargo, en la edición de Ostwald, la proposición 4.0141 reza, bastante estrafalariamente: «*(Siehe Ergänzung Nr. 72)*». Evidentemente, o bien había perdido la lista suplementaria o bien ni siquiera la había recibido, y es de presumir que no la encontró más inteligible que las restantes proposiciones del libro. Fue Ogden quien expresó sus dudas acerca de la traducción de Ramsey: «(Ver Suplemento n.° 72)». «¿Qué es esto?», preguntó Ogden. «Me parece que aquí hay algún error.»

En su contestación, Wittgenstein le explicó lo de los suplementos, y le proporcionó a Ogden una traducción de lo que había pretendido incluir en el libro. Esto despertó en la mente de Ogden la sospecha de que pudiera haber más suplementos para dilucidar y ampliar lo que, después de todo, era un libro bastante difícil —y breve.

Wittgenstein se negó a remitirle más. «No hay ni que pensar en editarlas», le dijo a Ogden. «Los suplementos son exactamente lo que *no* debe editarse. Además, REALMENTE NO CONTIENEN NINGUNA ACLARACIÓN, sino que aún son menos claros que el resto de mis proposiciones.»

> Y respecto a la brevedad del libro, *lo siento terriblemente; pero ¿qué puedo hacer?* Si me exprimiera como a un limón, no me sacaría nada más. Dejar que editara los Ergänzungen no supondría remedio alguno. Sería

como si hubiera acudido a un carpintero para que le hiciera una mesa y se la hubiera hecho demasiado corta y ahora le enviara las virutas y el serrín y otros desperdicios junto con la mesa para hacerla más alta. (En lugar de imprimir los Ergänzungen para hacer el libro más grueso, deje una docena de hojas en blanco para que el lector escriba unos cuantos tacos cuando haya comprado el libro y no lo entienda.)

En junio, cuando el libro estaba a punto para ir a la imprenta, Ogden le envió una declaración a Wittgenstein para que éste la firmara, por la que cedía a Kegan Paul todos los derechos de publicación del libro, «En referencia a su publicación en alemán y en inglés en la International Library of Psychology & Philosophy con el título de *Tractatus Logico-Philosophicus*». Bajo los términos del contrato, Wittgenstein no percibiría nada por los derechos del libro, ni tampoco royalties por las ventas. Cuando en 1933 se planeó hacer una reimpresión, intentó convencer a Kegan Paul de que le pagaran derechos de autor, pero no le respondieron, y por eso llevó su nuevo libro a otra editorial. En aquella época, sin embargo, estaba menos preocupado por el pago que por asegurarse de que a Fanny Pinsent, la madre de David, se le enviara un ejemplar con la dedicatoria a su hijo. En todas las cartas que le escribió a Ogden durante la fase final de la publicación, le pidió que encontrara a Mrs. Pinsent y se asegurara de que recibía su ejemplar.

Las pruebas estuvieron listas en julio, y Wittgenstein las devolvió, debidamente corregidas, la primera semana de agosto. Parece ser que los editores querían adjuntar algunos detalles de la biografía de Wittgenstein y de las peculiares circunstancias en las que se escribió el libro, mencionando el campo de prisioneros de Monte Cassino, etcétera. Wittgenstein respondió a esto con un mordaz menosprecio. «En referencia a su nota acerca del monasterio italiano, etc. etc.», le escribió a Ogden el 4 de agosto, «haga lo que le plazca.»

... aunque que me maten si entiendo para qué. ¿Por qué debería el crítico saber mi edad? Es tanto como decir: ¿Puede esperarse algo más de un chaval que escribe un libro en medio del terrible ruido que debía de haber en el Frente Austríaco? Si supiera que el crítico en cuestión cree en la astrología, le sugeriría que imprimiera la fecha y la hora de mi nacimiento en la portada del libro a fin de que pudiera hacerme *el horóscopo*. (26/IV 1889, 18 horas.)

Cuando se publicó el libro, Wittgenstein ya se había ido de Trattenbach. El 23 de octubre le había insinuado a Russell que ése iba a ser su último año allí, «porque no me llevo bien con los demás profesores», y que a partir de entonces su vida en Trattenbach se había hecho cada vez más difícil. Estaba decidido a ensanchar los horizontes de, al menos, los estudiantes más capaces, y las clases particulares que le daba a Karl Gruber se ampliaron para incluir a algunos de los mejores alumnos de su nueva

clase. Entre ellos estaban Emmerich Koderhold y Oskar Fuchs. Encontró resistencia en los padres de los tres alumnos. Cuando quiso llevar a Fuchs a Viena para que viera una obra de teatro, se le denegó el permiso, pues la madre de Fuchs no deseaba confiar a su chico a «ese loco»... Cuando le sugirió al padre de Koderhold que su hijo podría llegar a ir a una escuela de segunda enseñanza en Viena, y que debía hacerlo, se le dijo que eso no había ni que discutirlo; necesitaba al chico para que le ayudara a dirigir la granja. La mayor decepción, sin embargo, la tuvo con Karl Gruber, el estudiante de más talento. Cada día después de la escuela, desde las cuatro hasta las siete y media, Wittgenstein dirigía a Gruber en unos estudios intensivos, concentrándose en latín, matemáticas, geografía e historia. De vez en cuando Hänsel examinaba los progresos de Gruber, especialmente en latín, la asignatura que Wittgenstein se sentía menos cualificado para enseñar. El plan era conseguir que Gruber asistiera a un instituto en Viena. Mientras fuera a clase, Gruber, viviría con Hermine, y ahí residía una dificultad: «Lo habría encontrado una humillación», explicaría posteriormente Gruber.

> No quería pedir limosna, y me hubiera parecido que estaba recibiendo caridad. Habría ido a Viena como un «pobre chaval» y habría tenido que dar las gracias por cada miga de pan.

Quizá por esta razón, o quizá simplemente agotado por el esfuerzo de estudiar durante tres horas y media cada día, al tiempo que trabajaba en la fábrica del pueblo, y no recibiendo más que desánimo por parte de su familia, Gruber le dijo a Wittgenstein que no quería proseguir las clases. El 16 de febrero de 1921, Wittgenstein le escribió a Hänsel: «Hoy he tenido una conversación con Gruber, que vino a devolverme algunos libros. Resulta que no le entusiasma demasiado seguir con las clases... Naturalmente no tiene ni idea del rumbo que ha tomado, por ejemplo no sabe lo malo que es el paso que está dando. Cómo iba a saberlo. ¡Triste! ¡Triste!»

«Ojalá no tuvieras que trabajar tanto en esa escuela elemental», le escribió Russell el 7 de febrero; «debe de ser muy monótono.» Wittgenstein le contestó que, de hecho, últimamente se había sentido muy deprimido, pero no porque le pareciera repugnante enseñar en una escuela elemental: «¡Al contrario!»

> Pero es *duro* ser maestro en un país en el que la gente está tan completa y absolutamente desesperada. En este lugar no hay un alma con la que pueda intercambiar ni una sola palabra razonable. ¡Sólo Dios sabe cómo me las arreglaré para seguir aguantándolo!

Russell le había escrito acerca de «cuánto prefería China a Europa»: «la gente es más civilizada; sigo deseando regresar». Sí, contestó Witt-

genstein, «te creo cuando dices que encontraste más agradable la China que Inglaterra, aunque no hay duda de que Inglaterra es mil veces mejor que este pueblo».

También en su correspondencia con Ogden hay indicios de que ya comenzaba a volver la mirada hacia Inglaterra, a fin de estar al menos con las personas con las que podía hablar. En sus cartas, con frecuencia pregunta por sus viejos amigos de Cambridge, en especial por Johnson y Keynes, y pide que se les mande saludos.

Durante todo el verano contempló con mucha ilusión y entusiasmo un posible encuentro con Russell, quien planeaba viajar al continente para visitar a su hermano y a la mujer de éste en Suiza. Originariamente, el plan era que Wittgenstein se reuniera allí con Russell, pero en lugar de eso acordaron verse en Innsbruck y pernoctar allí una noche. El tono de la correspondencia mediante la cual concertaron esta cita es cálido y amistoso, y no muestra indicio de las diferencias que iban a surgir entre ambos. Intercambiaron algunos comentarios acerca de la funesta situación en Europa, cada uno diciéndole al otro cuánto anhelaba ese encuentro, y Wittgenstein le preguntó afectuosamente a Russell por su mujer y su hijo («El pequeño es un encanto», contestó Russell. «Al principio era exactamente igual que Kant, pero ahora parece más un bebé.»)

Y aun así el encuentro resultó una gran decepción para ambas partes, y de hecho fue la última vez que se vieron como amigos. Según Dora, lo que lo convirtió en un «encuentro tormentoso» fueron las «circunstancias de la época». La inflación estaba en Austria en su punto más alto, y «Todo el lugar estaba lleno de crueles buitres, turistas que se aprovechaban de lo baja que estaba la moneda para pasarlo bien a expensas de los austríacos».

> Recorrimos las calles intentando encontrar habitaciones en las que alojarnos; Wittgenstein sentía una herida en su orgullo ante el estado de su país y ante su incapacidad por mostrar algún tipo de hospitalidad.

Por fin encontraron una sola habitación, y los Russell ocuparon la cama, mientras que Wittgenstein dormía en el sofá. «Pero el hotel tenía una terraza, donde resultaba agradable sentarse mientras Bertie hablaba de cómo llevar a Wittgenstein a Inglaterra». Niega enérgicamente que en esa ocasión ambos discutieran: «Wittgenstein nunca era una persona fácil, pero yo creo que cualquier diferencia se basaba en sus ideas filosóficas.»

El propio Russell, sin embargo, recuerda que las diferencias eran religiosas. Decía que Wittgenstein estaba «muy apenado por el hecho de que yo no fuera cristiano», y en esa época estaba «en la cúspide de su ardor místico». Él «me aseguró con mucha seriedad que era mejor ser bueno que ser inteligente», pero, no obstante (Russell parece ver aquí una divertida paradoja), estaba «aterrorizado por las avispas y las chinches, y se veía incapaz de pasar otra noche en el alojamiento que habíamos encontrado en Innsbruck».

En una época posterior de su vida Russell dio la impresión de que,

tras su encuentro en Innsbruck, Wittgenstein le consideraba demasiado malvado como para relacionarse con él, y así abandonó todo contacto. A Russell le gustaba que le consideraran malvado, y no hay duda de que éste es el aspecto de su encuentro que más grabado quedó en su memoria. Wittgenstein, de hecho, desaprobaba sus costumbres sexuales, y antes de su encuentro en Innsbruck había intentado encauzarle hacia la contemplación religiosa, sugiriéndole que leyera la *Religiösen Streitschriften* de Lessing (una sugerencia que Russell no aceptó). Pero no es cierto que Wittgenstein rehuyera todo contacto con Russell a partir de entonces; al menos le escribió dos cartas tras ese encuentro, y cada una de ellas comienza: «Hace mucho que no sé nada de ti.»

Los indicios sugieren, por tanto, que fue Russell quien cortó la comunicación. Es posible que encontrara la seriedad religiosa de Wittgenstein demasiado fastidiosa como para tolerarla. Pues, si bien es cierto que Wittgenstein se hallaba en la «cúspide de su ardor místico», es igualmente cierto que Russell estaba en lo más álgido de su acritud atea. Había desaparecido el trascendentalismo inspirado por Ottoline, presente en obras como «La esencia de la religión» y «Misticismo y lógica»; en su lugar había un feroz anticristianismo, el cual, en su papel ahora consabido de escritor popular y personaje público, no perdía oportunidad de expresar.

Todo ello tiene que ver también con una cuestión quizá más profunda, y en la que Engelmann pone mucho énfasis: la diferencia entre intentar mejorar el mundo e intentar mejorarse a uno mismo. Y, de nuevo, no era sólo que Wittgenstein se hubiera vuelto más introspectivo e individualista, sino que Russell lo era mucho menos. La guerra le había convertido en socialista, y le había convencido de la urgente necesidad de cambiar la manera de gobernar el mundo; subordinaba las cuestiones de moralidad personal a la preocupación primordial de hacer del mundo un lugar más seguro. Existe un relato narrado por Engelmann que ilustra la diferencia de una manera palmaria, y seguramente debe de referirse al encuentro de Innsbruck.

> Cuando en los años veinte Russell quiso fundar o unirse a una Organización Mundial para la Paz y la Libertad o algo similar, Wittgenstein le censuró tan severamente que Russell le dijo: «Bueno, supongo que *tú* preferirías fundar una Asociación Mundial para la Guerra y la Esclavitud», a lo cual Wittgenstein asintió apasionadamente: «¡Sí, eso es lo que preferiría!»

Si eso es cierto, entonces bien pudiera ser que fuera Russell quien considerara a Wittgenstein demasiado malvado como para relacionarse con él. Pues no puede existir un repudio más absoluto de la idea ética sobre la que basaba el resto de las actividades de su vida.

En cualquier caso, Russell no hizo ningún intento de comunicarse con Wittgenstein ni de convencerle para que fuera a Inglaterra. Si Wittgenstein iba a huir del «odioso y vil» campesinado austríaco, no sería a través de su antiguo profesor de Cambridge.

Que el período que Wittgenstein pasó como profesor de enseñanza elemental no fuera un éxito se debió en gran medida a su propia devoción por la tarea. Sus grandes esperanzas y sus severos métodos para imponerlas habían desconcertado y asustado a todos sus alumnos a excepción de una minoría; había despertado la hostilidad de sus padres y había fracasado a la hora de llevarse bien con sus colegas. Y, como Russell le había obligado a admitir, la maldad no se hallaba sólo entre los aldeanos de Trattenbach: era muy probable que se encontrara con la misma reacción en todas partes.

Hay indicios de que habría abandonado la enseñanza si hubiera encontrado algo mejor que hacer. Al igual que había hablado con Russell acerca de la posibilidad de regresar a Inglaterra, también había discutido con Engelmann la posibilidad de una «fuga a Rusia». A qué se hubiera dedicado en uno u otro lugar, no lo sabía. Ciertamente no a la filosofía: había dicho todo lo que tenía que decir acerca de *eso* en su libro.

Mientras tanto, en septiembre de 1922 comenzó a dar clases en una nueva escuela situada en la misma zona que Trattenbach, esta vez una escuela secundaria en un pueblo llamado Hassbach. Fue allí sin grandes esperanzas. Antes de comenzar informó a Engelmann de que se había formado «una impresión muy desagradable del ambiente que reina aquí (profesores, el cura párroco, etc.)». Esas personas, dijo, «no son humanas *en absoluto*, sino abominables gusanos». Quizá había creído que le sería más fácil tratar con profesores de secundaria, pero de hecho encontraba completamente insoportable la idea que éstos tenían de ofrecer una «enseñanza especializada», y pronto deseó regresar a la escuela elemental. Estuvo allí apenas un mes.

En noviembre comenzó a dar clases en la escuela primaria de Puchberg, un agradable pueblo en las montañas de Schneeberg, ahora un popular centro de esquí. De nuevo le resultó enormemente difícil hallar algo de humanidad en las personas que le rodeaban; de hecho, le dijo a Russell que no eran personas en absoluto, sino que tenían una cuarta parte de animal y tres cuartas partes de ser humano.

Poco después de su llegada a Puchberg recibió por fin los ejemplares del *Tractatus*. El 15 de noviembre le escribió a Ogden: «Realmente son muy bonitos. Ojalá su contenido sea la mitad de bueno que su apariencia externa». Se preguntaba si Johnson –cuyos primeros dos volúmenes de su obra sobre lógica en tres tomos se había publicado recientemente– lo compraría: «Me gustaría saber qué piensa *él* del libro. Si le ve, déle mis saludos.»

Naturalmente, en Puchberg no había nadie con quien hablar de filosofía, pero al menos encontró a alguien con quien compartir su pasión por la música: Rudolf Koder, un pianista de mucho talento que enseñaba música en la escuela. Al oír a Koder tocar la Sonata «Claro de Luna», Wittgenstein entró en la sala de música y se presentó. Desde entonces los dos se reunieron casi cada tarde para interpretar duetos

para clarinete y piano: las sonatas para clarinete de Brahms y Labor, y arreglos de los quintetos con clarinete de Brahms y Mozart.

Posteriormente se uniría a estas sesiones musicales un minero del pueblo llamado Heinrich Postl, miembro del coro local. Postl, que se convertiría en buen amigo y en una suerte de protegido de Wittgenstein, sería empleado posteriormente como portero y vigilante por la familia Wittgenstein. Éste le dio algunos ejemplares de sus libros favoritos –el *Resumen del Evangelio* de Tolstói y el *Schatzkästlein* de Hebel– y buscó inculcarle sus propias creencias morales. Así, cuando una vez Postl le comentó que deseaba mejorar el mundo, Wittgenstein le replicó: «Pues mejórese a usted mismo; eso es lo único que *puede* hacer para mejorar el mundo.»

Aparte de Koder y Postl, Wittgenstein hizo pocos amigos entre el profesorado y los aldeanos. Al igual que en Trattenbach, su método de enseñanza elevó a algunos de sus alumnos a una altura que de otro modo no hubieran alcanzado, y marcó un antagonismo con los padres debido al desbarajuste que eso provocaba en las labores que en casa desempeñaban los hijos.

Mientras Wittgenstein luchaba para enseñar en una escuela de primera enseñanza, el *Tractatus* se iba convirtiendo en tema de atención dentro de la comunidad académica. En la Universidad de Viena, en 1922, el matemático Hans Hahn daba un seminario acerca del libro, y, posteriormente, el *Tractatus* llamaría la atención de un grupo de filósofos encabezado por Moritz Schlick: el grupo que evolucionaría hasta formar el famoso Círculo de Viena de Positivistas Lógicos. También en Cambridge el *Tractatus* se convirtió en centro de discusión por parte de un pequeño pero influyente grupo de catedráticos y estudiantes. En Cambridge, la primera discusión pública del libro probablemente tuvo lugar en enero de 1923, cuando Richard Braithwaite pronunció una conferencia ante el Club de Ciencia Moral sobre el tema «La lógica de Wittgenstein tal como se expone en su *Tractatus Logico-Philosophicus*».

Durante un tiempo, el único contacto de Wittgenstein en Cambridge siguió siendo Ogden, quien en marzo le envió un ejemplar de su libro de reciente publicación *El significado del significado*, escrito conjuntamente con el poeta y crítico literario I. A. Richards. Ogden consideraba que el libro proporcionaba una solución causal al problema del significado planteado por Wittgenstein en el *Tractatus*. Éste lo veía como algo irrelevante. «Creo que debo confesarle con franqueza», escribió, «que me parece que no ha *captado los problemas* que –por ejemplo– yo abordaba en mi libro (les haya dado o no la solución correcta).» En una carta a Russell del 7 de abril iba más lejos.

> Hace poco he recibido *El significado del significado*. Seguramente también te lo han enviado. ¡¿No es un libro miserable?! ¡La filosofía no es una cosa tan fácil! Lo peor es la introducción del profesor Postgate, doctor en Literatura y miembro de la Academia Británica, etc. etc. Rara vez he leído algo más estúpido.

Era la segunda carta que Wittgenstein le escribía a Russell desde su malogrado encuentro en Innsbruck, y estaba impaciente por recibir una respuesta. «Escríbeme alguna vez», le rogaba, «cómo te va todo y qué hace tu bebé; dime si ya estudia lógica con soltura.»

Parece ser que Russell no contestó. El categórico rechazo de la obra de Ogden por parte de Wittgenstein probablemente le irritó, ya que él mismo vería poca cosa que criticarle al libro. En muchos aspectos era simplemente una reexposición de lo que él ya había dicho en *El análisis de la mente*. Poco después, Wittgenstein se quedó atónito al leer en *The Nation* una crítica favorable del libro firmada por Russell, calificándolo de «indudablemente importante». Por Frank Ramsey se enteró de que Russell «realmente no cree que *El significado del significado* sea importante, pero desea ayudar a Ogden contribuyendo a que se venda», una explicación que desde luego debió de incrementar la desaprobación de Wittgenstein y confirmar su creencia de que Russell ya no era *serio*. En la década de los treinta, Wittgenstein intentó una o dos veces (infructuosamente) interesar a Russell en el trabajo filosófico que estaba haciendo, pero nunca volvió a dirigirse a Russell afectuosamente, como a un amigo.

Cada vez más aislado («Para mi gran vergüenza», le escribió a Engelmann, «debo confesar que el número de personas con las que puedo hablar disminuye constantemente»), Wittgenstein *necesitaba* amigos. Cuando a través de Ogden se le envió «La reconstrucción en Europa» de Keynes –publicado como suplemento especial en el *Manchester Guardian*–, intentó escribirle directamente a Keynes para agradecérselo. «Hubiera preferido unas líneas escritas por ti», le dijo, «diciendo cómo va todo, etc»:

> ¿O estás demasiado ocupado para escribir cartas? No lo creo. ¿Ves a Johnson alguna vez? Si es así, dale mis saludos. Me gustaría tanto saber también de él (*no* hablando de mi libro, sino de él).

Keynes tardó casi un año en contestar. «¿Me ha escrito Keynes?», le preguntaba Wittgenstein a Ogden el 7 de marzo de 1923. «Si es así dile que no me ha llegado la carta.» Incluso volvió a darle a Ogden su dirección en Puchberg –a pesar de habérsela dado ya dos veces– por si Keynes se había equivocado al escribirla.

Keynes era la única persona que podía (y finalmente lo conseguiría) convencer a Wittgenstein de que regresara a Inglaterra. Mientras tanto, mantenía la relación con Cambridge por medio de un amigo de Keynes, miembro de los Apóstoles y del King's College: Frank Ramsey.

De las personas que en Cambridge estudiaron el *Tractatus* el primer año posterior a su publicación, Ramsey fue sin duda el más perspicaz. Aunque todavía no se había graduado (en 1923 sólo tenía diecinueve años), se le encargó que escribiera una reseña de la obra de Wittgenstein en la publicación filosófica *Mind*. Esta reseña sigue siendo hoy en día una

de las exposiciones más fiables de la obra, y contiene algunas de las críticas más penetrantes. Comienza en vena russelliana:

> Éste es un libro de la mayor importancia, que contiene ideas originales acerca de una extensa serie de temas, formando un sistema coherente, el cual, sea o no, tal como afirma el autor, la solución definitiva de los problemas con los que se enfrenta, es de un extraordinario interés y merece la atención de todos los filósofos.

A continuación Ramsey disiente de algunos de los malentendidos que aparecen en la introducción de Russell –por ejemplo, la idea errónea por parte de éste de que Wittgenstein estaba muy interesado en la posibilidad de un «lenguaje lógicamente perfecto»– y ofrece una exposición más completa y fiable de las líneas maestras del libro.

Cuando Wittgenstein se enteró por Ogden de que Ramsey tenía la intención de visitar Viena en las vacaciones de verano de 1923, escribió al propio Ramsey, invitándole a Puchberg. Ramsey aceptó agradecido, y llegó el 17 de septiembre, sin saber muy bien lo que le esperaba. Se quedó una dos semanas, durante las cuales Wittgenstein dedicó cinco horas al día –desde que acababa en la escuela, a las dos de la tarde, hasta las siete– a repasar el *Tractatus* línea por línea con él. «Es de lo más revelador», le escribió Ramsey a Ogden; «parece disfrutar con ello, y más o menos avanzamos a razón de una página por hora.»

> Se muestra muy interesado, aunque dice que su mente ya no es flexible y que nunca podrá escribir otro libro. Da clases en la escuela del pueblo desde las 8 hasta las 12 o la 1. Es muy pobre y parece llevar una vida muy aburrida, pues sólo tiene un amigo, y la mayoría de sus colegas le consideran un poco loco.

Al repasar el libro con tanto detalle, Wittgenstein hizo algunas correcciones y cambios en el texto que fueron incorporados en ediciones posteriores. Tanto para Wittgenstein como para Ramsey, era muy importante que este último comprendiera el libro completamente, hasta el mínimo detalle. Wittgenstein temía que Ramsey se olvidara de todo en cuanto llegara a Inglaterra, tal como parece ser que había hecho Moore durante su visita a Noruega en 1914. «Es terrible», le escribió Ramsey a su madre, «cuando dice "Está claro" y yo digo "No" y él dice "Maldición, es *horrible* volver sobre esto otra vez".»

Ramsey pretendía hacer de la obra de Wittgenstein la base para una teoría de las matemáticas superiores. Cuando acabaron de repasar el libro, escribió: «Procuraré sonsacarle algunas ideas para un posterior desarrollo que intentaré yo mismo.»

> Dice que él no hará nada más, no porque esté aburrido, sino porque su mente ya no es flexible. Dice que nadie puede trabajar en filosofía du-

rante más de 5 o 10 años. (Su libro le llevó 7.) Y está seguro de que Russell ya no escribirá más obras importantes.

Parece ser que Wittgenstein apoyaba el plan de Ramsey, al menos hasta el punto de estar de acuerdo en que *algo* debía reemplazar los *Principia Mathematica* de Russell. Ramsey lo vio «un poco enojado» ante la idea de que Russell planeara una nueva edición de los *Principia*: «Puesto que creía haberle demostrado a R que el libro estaba tan lleno de errores que una nueva edición sería fútil. Debe hacer algo totalmente nuevo.»

Por lo que se refería a las condiciones de vida de Wittgenstein, Ramsey se mostraba consternado.

> Es muy pobre, al menos vive con poco dinero. Tiene una *diminuta* habitación encalada, que contiene una cama, lavamanos, una pequeña mesa y una silla dura, y eso es todo lo que hay en la pieza. La comida que hace por la noche, que yo compartí el último día, consiste en pan negro, mantequilla y cacao.

Sin embargo se quedó impresionado por la apariencia juvenil de Wittgenstein y por su aspecto atlético. «Al explicar su filosofía se excita y hace vigorosos gestos, aunque alivia la tensión con una encantadora carcajada». Se sentía inclinado a creer que Wittgenstein «exagera su propia inspiración verbal», pero no dudaba de su genio.

> Es algo grande. Antes creía que Moore era un gran hombre, ¡pero al lado de W!

Desde el punto de vista de Wittgenstein, las discusiones con Ramsey resultaron ser un cambio estimulante y agradable –aunque agotador– con relación a su rutina normal, y un vínculo bien recibido con Cambridge. Le dijo a Ramsey que lo más probable es que dejara Puchberg al final del año académico, pero no tenía una idea clara de lo que haría después de eso: quizá encontrar trabajo como jardinero, o ir a Inglaterra a buscar trabajo. Le pidió a Ramsey que investigara si poseía méritos para recibir el título de licenciado en Filosofía en virtud de los seis trimestres que había pasado allí con Russell antes de la guerra, y de si aceptarían el *Tractatus* como tesis de licenciatura.

Cuando Ramsey regresó a Cambridge para iniciar el curso académico, él y Wittgenstein iniciaron una cálida y amistosa correspondencia. En una de sus primeras cartas Ramsey le explicaba (habiéndose enterado por Keynes) que las disposiciones que regulaban los requisitos para obtener un título de Cambridge habían cambiado. Ya no era posible obtener una licenciatura mediante una residencia de seis meses más la presentación de una tesis. Si Wittgenstein deseaba un título tendría que regresar a Cambridge y permanecer al menos otro año, y a continuación entregar una tesis. De este modo existía la esperanza de obtener su doctorado en Filosofía.

Por medio de Ramsey, Keynes intentó atraer a Wittgenstein a Inglaterra ofreciéndose a pagarle 50 libras de los gastos. Al principio intentó hacer su oferta de manera anónima, pero cuando Wittgenstein se lo preguntó directamente, Ramsey tuvo que admitir: «las 50 libras pertenecen a Keynes».

> Me pidió que no te lo dijera abiertamente por miedo a que fueras más reticente a aceptarlas de él que de una fuente desconocida, pues él nunca te ha escrito. No puedo comprender por qué no lo ha hecho, ni él puede explicarlo, dice que debe de sufrir algún «complejo» a ese respecto. *Habla de ti con un cálido afecto y tiene muchas ganas de volver a verte.*

Ramsey incluso le escribió al sobrino de Wittgenstein, Thomas Stonborough (al que había conocido en Cambridge), para convencerle de eso mismo: «Keynes tiene grandes deseos de volver a ver a L. W., y su oferta de 50 libras es realmente mejor prueba de eso que el hecho de que no haya respondido a sus cartas lo es de lo contrario. Habla de L. W. con considerable afecto.»

Esto marca el inicio de una larga campaña para convencer a Wittgenstein de que visite Inglaterra para las vacaciones de Navidad, y luego de que abandone la enseñanza y reanude su trabajo filosófico en Cambridge. Ramsey hizo todo lo que pudo para aquietar los miedos de Wittgenstein acerca de entrar en la sociedad de Cambridge tras una larga ausencia, una ausencia en la que él había cambiado mucho y había vivido en gran medida apartado de cualquier tipo de sociedad. El 20 de diciembre escribió que bien podía comprender este miedo, «pero no debes darle ninguna importancia».

> Puedo conseguirte alojamiento en Cambridge, y no tienes por qué ver más que a aquellas personas que desees o te sientas capaz de soportar. Me doy cuenta de que estar con gente puede serte difícil, pues inevitablemente estarás con ellos mucho tiempo, *pero si has vivido solo tanto tiempo, puedes ir entrando en la sociedad gradualmente.*
>
> No quiero que te tomes esto como una confirmación de tu miedo de aburrir o enojar a la gente, pues *yo mismo tengo unas terribles ganas de verte*, sólo quiero decir que si tienes ese miedo, seguramente estaría bien que no compartieras alojamiento con nadie, sino que al principio vivieras solo.

Tal como Ramsey comprendió posteriormente, esta línea de ataque era infructuosa: lo último que Wittgenstein deseaba era vivir *solo* en Inglaterra. Pero en cualquier caso, en febrero de 1924 dejó de intentar convencer a Wittgenstein para que fuera a Inglaterra durante el verano, y en lugar de eso le comentó su plan de ir a Viena.

Durante algún tiempo Ramsey había sentido interés en hacerse psicoanalizar. Su origen había sido a causa de un trastorno emocional ocasio-

nado por la «pasión infeliz» que sentía por una mujer casada. Durante el segundo trimestre de 1924 volvió a esa idea tras sufrir una depresión. Esto, junto con un deseo de hacer un descanso de Cambridge antes de iniciar su pretendida carrera como profesor, culminaron en la decisión de pasar seis meses en Viena. La elección de la ciudad no fue sólo motivada por el deseo de someterse a un psicoanálisis, sino que también influyó el hecho de que allí podría ver a Wittgenstein regularmente y discutir su trabajo.

En relación con su propio trabajo, recientemente había estado con Russell para ayudarle en su nueva edición de los *Principia Mathematica*. Russell le dio el manuscrito con las revisiones que pretendía incluir, a fin de que él las comentara. No hay constancia de las críticas efectuadas por Ramsey. La nueva introducción afirma simplemente que «los autores» (refiriéndose a Russell y a Whitehead, aunque sólo Russell fue responsable de los cambios) tenían «una gran deuda contraída» con Ramsey.

Para Wittgenstein, sin embargo, Ramsey era bastante mordaz con el proyecto.

> Tienes razón en que no tiene ninguna importancia; a todo lo que se llega realmente es a probar de manera inteligente la inducción matemática sin utilizar el axioma de reductibilidad. No hay cambios fundamentales, la identidad igual que siempre. Yo creo que él es demasiado viejo: parece comprender y decir «sí» a cada cosa por separado, pero no le deja huella alguna, pues tres minutos más tarde sigue hablando según su argumentación anterior. De toda tu obra parece ser que ahora sólo acepta esto: que es absurdo poner un adjetivo allí donde un sustantivo es de más utilidad para su teoría de los tipos.

La nueva edición, de hecho, pareció no complacer a nadie. Mientras que Wittgenstein y Ramsey creían que Russell prestaba poca atención a las críticas del primero, Whitehead lo consideraba demasiado wittgensteiniano, y publicó un artículo disintiendo de las nuevas ideas que Russell había incluido.

Ramsey fue a Viena en marzo. Viajó con Thomas Stonborough, y durante el viaje este último le puso al corriente acerca de algunos hechos sobresalientes de la familia de Wittgenstein: que tres de sus hermanos se habían suicidado, y que tenía tres hermanas y otro hermano, todos ellos residentes en Viena. Tras conocer a Thomas Stonborough, Ramsey debió de pensar que su afirmación de que Wittgenstein era «muy pobre» había de enmendarse ligeramente. En París fue presentado a Jerome Stonborough, el padre de Thomas, el cual, le dijo a su madre, «parecía un próspero norteamericano».

En Viena Ramsey vio por sí mismo el grado de riqueza de la familia Wittgenstein cuando trabó conocimiento con Margaret, que en esa época

vivía en el palacio Schönbrunn: «Debe de ser colosalmente rica.» Al sábado siguiente fue invitado a una cena en el palacio: «Por lo que pude averiguar, los asistentes a la cena eran principalmente los miembros de la familia Wittgenstein –en su mayor parte mujeres–, profesores, y amigos de Tommy, el hijo –estos últimos, en su mayor parte hombres–. De manera que había una gran mayoría de hombres.» La música corrió a cargo de un cuarteto de cuerda profesional, que interpretó primero a Haydn y luego a Beethoven. Ramsey prefería a Haydn, pero se le dijo que eso lo delataba: «lo cual no me importó, pues tarde o temprano había de ocurrir». Tras la cena charló con Paul Wittgenstein: «su hermano, un famoso pianista que perdió un brazo en la guerra y que ahora toca con una mano. Lionel había oído hablar mucho de él sin relacionarlo con Ludwig», y fue invitado a salir a almorzar con Paul y Hermine.

Una vez hubo conocido a la familia, Ramsey se formó una idea más cabal de que la situación de Wittgenstein había sido completamente provocada por él. Escribió a Keynes para explicarle que probablemente no era bueno «intentar conseguirle una vida más agradable, o detener el ridículo desperdicio de su energía y su cerebro».

> Ahora lo veo claramente tan sólo porque he trabado amistad con una de sus hermanas y conocido al resto de su familia. Son muy ricos, y están del todo ansiosos de darle dinero o de hacer algo por él, pero Ludwig rechaza todos sus intentos; incluso devuelve los regalos de Navidad o la comida que le llevaron cuando estuvo enfermo. Y eso no se debe a que no estén en buenas relaciones, sino que no desea ningún dinero que no haya ganado, excepto para algún propósito muy específico, como venir a verte a ti. Creo que trabaja de maestro para ganar dinero, y sólo dejará de hacerlo si encuentra otra manera de ganarlo que le sea más satisfactoria. Y tiene que ganárselo realmente, pues de ninguna manera aceptaría ningún empleo que pareciera en lo más mínimo amañado para él. Es una verdadera lástima.

Ramsey propuso incluso una explicación psicológica: «Parece ser el resultado de una educación terriblemente estricta. Tres de sus hermanos se suicidaron, al parecer debido a la desproporcionada obligación de estudio a que su padre los sometía: en una ocasión entre los ocho niños tenían veintiséis tutores privados; y su madre no sentía el menor interés por ellos.»

Al final de su primera semana en Viena, Ramsey viajó a Puchberg para pasar un día con Wittgenstein. Su mente estaba principalmente centrada en su psicoanálisis, y no tenía intención de hablar con Wittgenstein ni de su trabajo ni de los fundamentos de las matemáticas. Sin embargo, parece ser que se esforzó en hacerlo, aunque la respuesta de Wittgenstein fue decepcionante. «Wittgenstein me pareció cansado», le escribió a su madre, «aunque no enfermo; pero realmente no le hace ningún bien que se le hable de filosofía, no escucha. Si le sugieres una cuestión no escucha

tu respuesta, sino que empieza a pensar por su cuenta. Y para él es algo tan difícil como empujar algo muy pesado colina arriba.»

Tras su visita a Puchberg, Ramsey escribió a Keynes subrayando la importancia de sacar a Wittgenstein del ambiente hostil en el que se encontraba.

> ... si saliera de este entorno y no estuviera tan cansado, y me tuviera a mí para estimularle, podría hacer un trabajo bastante bueno; y sería posible llevarle a Inglaterra con esa perspectiva. Pero mientras dé clase aquí no creo que pueda hacer nada, pues pensar es algo que se le hace tan terriblemente cuesta arriba como si estuviera exhausto. Si sigo aquí durante las vacaciones de verano, puede que intente animarlo.

Parece ser que Wittgenstein le había pedido a Ramsey que escribiera a Keynes explicándole su intención de visitar Inglaterra, convencido de que no podía expresar la cuestión adecuadamente en inglés, y de que Keynes no le entendería si escribía en alemán. «Wittgenstein», escribió Ramsey, «tiene serios recelos a la hora de ir a Inglaterra para renovar sus viejas amistades. Cree que ya no podrá hablar con Russell, y que la riña con Moore es una herida aún abierta; sólo le quedan Keynes y Hardy.» Sentía muchos deseos de reanudar su amistad con Keynes, pero sólo si seguía existiendo la intimidad de antes; no quería ir a Inglaterra y ver a Keynes de vez en cuando y mantener sólo una amistad superficial. Creía haber cambiado tanto desde la guerra que, a menos que pasara mucho tiempo con Keynes, éste jamás le comprendería.

Por tanto estaría dispuesto a ir a Inglaterra *si* Keynes estaba dispuesto a invitarle como huésped en su casa de campo, y deseaba pasar mucho tiempo con él a fin de que llegaran a conocerse bien de nuevo.

Ramsey acababa su explicación con una advertencia:

> Me temo que te parezca algo difícil y agotador. Aunque le aprecio mucho, dudo que yo fuera capaz de disfrutar de su compañía más de un día o dos, a menos que tuviera gran interés en su trabajo, el cual constituye el sostén principal de nuestra conversación.

Pero, añadía, «me complacería que le hicieras venir y le vieras, y consiguieras sacarle de este pozo».

Mientras tanto, Keynes no respondió a la sugerencia de invitar a Wittgenstein a pasar el verano con él en el campo; posiblemente considerara que eso exigía demasiado. Sin embargo –el 29 de marzo, parece ser que antes de ver la carta de Ramsey– finalmente contestó a la carta de Wittgenstein del año anterior. Le explicó que la prolongada demora había sido causada por su deseo de entender el *Tractatus* antes de escribir: «y aun así mi mente se halla tan lejos de las cuestiones fundamentales que me es imposible aclararme sobre tales asuntos».

Todavía no sé qué decir de tu libro, sólo que estoy seguro de que se trata de una obra de extraordinaria importancia y genio. Acertada o errónea, domina todas las discusiones fundamentales de Cambridge desde que se escribió.

Le envió a Wittgenstein algunos de sus más recientes libros, incluyendo *Las consecuencias económicas de la paz*, y le instó a que fuera a Inglaterra, señalando: «Haría cualquier cosa a mi alcance con tal que pudieras proseguir tu trabajo.»

Esta última afirmación, al menos por el momento, pulsó la cuerda errónea. Wittgenstein no deseaba reanudar su obra filosófica, sino que sentía enormes deseos de rencontrarse con sus viejas amistades. No contestó hasta julio, medio en inglés medio en alemán, insistiendo en que no había nada que le capacitara para regresar a la filosofía:

... porque ya no poseo ese impulso interior hacia tal tipo de actividad. Todo lo que realmente *tenía* que decir, ya lo he dicho, y la fuente se ha secado. Esto suena raro, pero así están las cosas.

Por otro lado, le dijo a Keynes, si tuviera algún empleo en Inglaterra, aunque fuera barrer las calles o limpiar botas, «iría con gran placer». Sin un trabajo así, lo único que le haría regresar sería que Keynes estuviera dispuesto a verle de manera sistemática. Sería estupendo, decía, volver a ver a Keynes, pero: «estar en una habitación y tomar el té no sería lo *suficientemente estupendo*». Sería necesario, por las razones que Ramsey había subrayado, trabajar en serio para restablecer una relación íntima.

Hace once años que no nos vemos. No sé si has cambiado en este tiempo, pero desde luego *yo* he cambiado tremendamente. Siento decir que no soy mejor que antes, sino *diferente*. Y por tanto, si nos encontramos, puede que te encuentres con que el hombre que ha venido a verte realmente ya no es aquel a quien tenías intención de invitar. No hay duda de que, aun cuando *podamos* comprendernos el uno al otro, una charla o dos *no* serán suficientes para ese propósito, y el resultado de nuestro encuentro será decepcionante, y un disgusto por tu parte, así como disgusto y desesperación por la mía.

Finalmente no surgió ninguna complicación, pues no hubo invitación alguna. Wittgenstein pasó el verano en Viena.

Ya había decidido que el trimestre de verano de 1924 sería el último que pasaría en Puchberg, aunque parece haber sido relativamente feliz en esa época. Cuando Ramsey le visitó en mayo informó a su madre de que Wittgenstein le había parecido más animado: «se ha pasado semanas preparando el esqueleto de un gato para sus niños, y parecía disfrutar». «Pero», escribió, «no me sirve para mi trabajo.»

El respeto de Ramsey por Wittgenstein no había disminuido en absoluto. Posteriormente escribiría:

> Realmente vivimos una gran época para el pensamiento, con Einstein, Freud y Wittgenstein todos vivos (y todos viviendo en Alemania o Austria, ¡esos enemigos de la civilización!).

Pero aunque se quedó en Viena todo el verano, no se esforzó mucho por ver demasiado a Wittgenstein. Cuando Ogden le escribió pidiéndole las correcciones al texto del *Tractatus* que había hecho durante las discusiones del año anterior, replicó que no volvería a ver a Wittgenstein hasta septiembre, poco antes de su regreso a Inglaterra. Parece ser que Ogden quería el material para el caso de que se publicara una nueva edición, pero en esa época tal cosa parecía improbable. La carta de Ramsey acaba: «¡Siento que se hayan vendido tan pocos!»

Ramsey pasó el verano completando su psicoanálisis y trabajando en su tesis. Mientras todavía estaba en Viena recibió la noticia de que, a la extraordinaria edad de veintiún años, iba a convertirse en *fellow* del King's College a su regreso a Cambridge. Antes de partir le hizo otra visita a Wittgenstein. Le avisó: «No quiero hablar de matemáticas, pues no he hecho gran cosa últimamente.»

Probablemente ésta era una manera amable de decir que, mientras Wittgenstein prosiguiera con «ese ridículo desperdicio de energía y cerebro», probablemente «no serviría» para el trabajo de Ramsey.

En lo que iba a ser su último intento de aumentar el nivel intelectual de los niños de la Austria rural, resistiéndose a la hostilidad de los padres y de sus colegas, Wittgenstein, en septiembre de 1924, comenzó a dar clase en otro pueblo, esta vez en Otterthal, una aldea vecina a Trattenbach.

Dada su experiencia en Trattenbach, puede resultar sorprendente que eligiera regresar a las montañas de Wechsel. Pero tenía alguna esperanza de poder disfrutar de mejores relaciones con sus colegas. Eso al menos pensaba Hermine. Casi tan pronto como Wittgenstein se trasladó a Otterthal, Hermine escribió a Hänsel preguntándole si había planeado visitar a su hermano. «Naturalmente», dijo, «me sentiría muy feliz de que alguien me pudiera decir cómo le va a Ludwig, me refiero a cómo van las relaciones con sus colegas.»

> Creo que éstas *no pueden* carecer de fricciones, ya que su programa de enseñanza es muy distinto del de los otros maestros, aunque al menos se puede tener la esperanza de que esa fricción no le *haga trizas.*

El director de la escuela de Otterthal era Josef Putre, con quien Wittgenstein había tenido amistad mientras estaba en Trattenbach. Putre era

socialista, y entusiasta partidario del Movimiento de Reforma de la Escuela de Glöckel, y durante sus dos primeros años como maestro Wittgenstein se había dirigido a él con frecuencia pidiéndole consejo.

Naturalmente había diferencias de opinión entre él y Putre, en particular concernientes al papel de la religión en la educación. Mientras que Putre desaprobaba los rezos en la escuela, Wittgenstein rezaba con sus alumnos cada día. Cuando Putre destacó en una ocasión que estaba en contra de hablar del ideal de fe católica sin hacer nada práctico, y que lo consideraba absurdo, Wittgenstein replicó: «La gente se besa; y también eso se hace con los labios.»*

A pesar de su amistad con Putre, Wittgenstein sabía que al cabo de un mes se encontraría en Otterthal con las mismas dificultades con que se había tropezado en Trattenbach. «La cosa no va bien», le escribió a Hänsel en octubre, «y quizá ahora mi carrera como docente llegue a su fin.»

> Me resulta demasiado difícil. No una, sino una docena de fuerzas están en mi contra, ¿y qué soy yo?

Fue mientras estaba en Otterthal, sin embargo, cuando Wittgenstein presentó lo que, de manera discutible, es su más perdurable contribución a la reforma educativa en Austria: una contribución que además se halla totalmente en línea con los principios del programa de Glöckel. Se trata de sus *Wörterbuch für Volksschulen*, un diccionario ortográfico para ser utilizado en las escuelas elementales. Su deseo de publicar tal libro parece haber surgido de su petición a Hänsel para que indagara el coste de los diccionarios que se utilizaban en las escuelas. En la carta a Hänsel citada anteriormente dice:

> Jamás pensé que los diccionarios fueran tan terriblemente caros. Creo que si vivo lo suficiente prepararé un diccionario para las escuelas elementales. Me parece una necesidad urgente.

La necesidad de tal diccionario fue reconocida por las autoridades. En esa época sólo había dos diccionarios a la venta, ambos con la finalidad de enseñar ortografía a los estudiantes. Uno era demasiado grande y demasiado caro para ser utilizado por los niños de escuelas rurales. El otro era demasiado pequeño y mal encuadernado, y contenía demasiadas palabras extranjeras que los niños probablemente jamás utilizarían, omitiendo muchas que los alumnos siempre escribían con faltas. En Puchberg, Wittgenstein había superado esta dificultad haciendo que los niños elaboraran sus propios diccionarios. Durante las clases de alemán y de gimnasia, cuando el tiempo les impedía salir al exterior, Wittgenstein escribía palabras en la pizarra, y los niños las copiaban en su propio libro

* El juego de palabras se pierde en castellano: *to pay lip-service* es alabar un ideal pero sin hacer nada práctico; y *lip* es labio. *(N. del T.)*

de vocabulario. Posteriormente esos libros eran cosidos y encuadernados con tapas de cartón, y constituían el diccionario acabado.

Wittgenstein compiló su propio diccionario y consiguió publicarlo. En el prefacio señala:

> El que trabaja en un nivel práctico es capaz de comprender las dificultades de este trabajo. Puesto que el resultado debería ser que cada estudiante recibiera una copia limpia y, a ser posible, correcta del diccionario, a fin de alcanzar esa meta el maestro tiene que controlar casi cada palabra escrita por el estudiante. (No es suficiente tomar muestras. Ni siquiera quiero mencionar la enorme disciplina que eso exige.)

Aunque comenta la asombrosa mejora que tuvo lugar en la ortografía de sus alumnos («¡La conciencia ortográfica había despertado!»), estaba claro que no deseaba repetir lo que obviamente había sido una tarea ardua y exigente. El *Wörterbuch* fue contemplado como una solución más práctica al problema, tanto por él mismo como por los demás maestros en su misma situación.

En contraste con el *Tractatus*, la publicación del diccionario llegó rápidamente y sin grandes problemas. En noviembre de 1924 Wittgenstein contactó con su antiguo director en el Lehrerbildungsanhalt, el doctor Latzke, para informarle del plan. Latzke se puso en contacto con la editorial vienesa Hölder-Pichler-Tempsky, que el 13 de noviembre escribió a Wittgenstein para decirle que estarían dispuestos a publicar el diccionario. El manuscrito fue entregado en las vacaciones de Navidad de 1924, y le enviaron las pruebas a Wittgenstein en febrero.

El prefacio de Wittgenstein está fechado el 22 de abril de 1925. En él explica la necesidad de tal diccionario, y las consideraciones que dictaron la selección de las palabras y su ordenación. Deja claro que estas consideraciones se basan en su propia experiencia como maestro. «Ninguna palabra es demasiado corriente como para figurar en él», dice, «pues he visto *wo* escrito con la "h" que indica una vocal larga, y *was* con "ss".» Resulta claro, a partir del prefacio, que la intención de Wittgenstein era adaptarse específicamente a las necesidades de las escuelas elementales de la Austria rural. De este modo, mientras que algunas palabras perfectamente alemanas se han omitido debido a que no se utilizan en Austria, se incluyen expresiones dialectales austríacas. El dialecto también se utiliza para explicar distinciones que, según su experiencia, con frecuencia eran confusas, tales como la diferencia entre *das* y *dass* y entre el acusativo *ihn* y el dativo *ihm*.

Antes de que los editores siguieran adelante con la edición del libro, necesitaban tener la seguridad de que su uso se recomendaría en las escuelas a las que se dirigía. Por tanto lo sometieron a la aprobación del Comité Provincial de Educación para la Baja Austria. El informe del comité fue escrito por el inspector de Distrito Escolar Eduard Buxbaum. En su informe, con fecha del 15 de mayo, se muestra de acuerdo con Wittgenstein en la necesidad del diccionario, y llega a describir esta necesidad

como «la cuestión más acuciante en el momento actual». También está de acuerdo en el énfasis que pone Wittgenstein a la hora de incluir palabras que pertenecen al «vocabulario corriente y cotidiano». Encuentra algún fallo, sin embargo, en la selección de palabras, criticando a Wittgenstein por omitir algunas como *Bibliothek* (biblioteca), *Brücke* (puente), *Buche* (haya), etc., y también desaprueba el prefacio de Wittgenstein. Dictar un diccionario a los estudiantes, comenta Buxbaum, es una extraña manera de controlar su ortografía. Cree que hubiera sido mejor haber dictado la ortografía correcta de las palabras sólo después de que los alumnos las hubieran utilizado por ellos mismos. También encuentra defectuoso el uso que el propio Wittgenstein hace de la lengua alemana: «De ninguna manera debe introducirse en la lengua alemana el error de escribir *"eine mehrmonatliche Arbeit"* en lugar de decir *"eine Arbeit von viele Monaten"* ["un trabajo de varios meses"], ni siquiera en el prefacio».

Buxbaum concluye:

> Se puede expresar la opinión de que el diccionario será una útil herramienta educacional para los cursos posteriores de las escuelas elementales y del Bürgerschulen una vez se hayan eliminado los citados defectos. La opinión del abajo firmante es que ningún comité de educación encontrará recomendable el diccionario en su forma actual.

Una vez omitido el prefacio de Wittgenstein e incluidas las palabras mencionadas por Buxbaum, el libro recibió la obligada aprobación oficial. En noviembre se redactó un contrato entre Wittgenstein y el editor, bajo cuyos términos Wittgenstein recibiría el diez por ciento del precio al por mayor de cada ejemplar vendido, y diez ejemplares gratis. El libro se publicó en 1926, y tuvo un cierto éxito. (Sin embargo no fue reeditado hasta 1977, época en la que sólo interesaba a los eruditos wittgensteinianos.)

Como hemos visto, poco después de llegar a Otterthal, Wittgenstein se dio cuenta de que no sería capaz de soportar por mucho más tiempo las presiones derivadas de intentar enseñar en un entorno hostil. En febrero de 1925 le escribió a Engelmann:

> Sufro mucho por los seres humanos, o mejor dicho inhumanos, con los que vivo; ¡en resumen, como siempre!

Como en anteriores ocasiones, Wittgenstein encontró una respuesta entusiasta en un pequeño grupo de muchachos que se convirtieron en sus favoritos. Formaban un grupo especial que se quedaba después de las clases, y Wittgenstein los conocía por sus nombre de pila. Los llevaba de excursión a Viena y a pasear por los alrededores del pueblo, y les educaba en un nivel muy superior al esperado en una escuela rural elemental. Y, como en anteriores ocasiones, la entrega de los alumnos a la educación, y

la de Wittgenstein a ellos, despertaba la hostilidad de los padres, que desestimaron la sugerencia de Wittgenstein de que sus hijos deberían proseguir su educación en una escuela secundaria. Otra vez fueron las chicas las que resultaron más resistentes a los métodos de Wittgenstein, y se quejaban de que se les tirara del pelo o se les diera un cachete por ser incapaces o no estar dispuestas a cumplir las elevadas y poco realistas expectativas de Wittgenstein, especialmente en matemáticas.

En resumen, como siempre.

A Engelmann la vida también le resultaba dura en la Europa de la posguerra. Al igual que Wittgenstein, se sentía perteneciente a una época anterior, pero contrariamente a éste, caracterizaba esa época como esencialmente *judía*. En su semblanza de Wittgenstein, habla del «espíritu austro-judío» y de la cultura «judío-vienesa», que era la herencia que habían recibido él y Wittgenstein. Éste, como veremos, veía las cosas de modo distinto. Pero para ambos, cada cual a su manera, la conciencia de su condición de judíos se intensificó a medida que el antisemitismo europeo se hacía cada vez más virulento. En el caso de Engelmann, acabó haciéndose sionista y contemplando la creación del estado de Israel como una nueva patria que reemplazara a la que había sido destruida por la Primera Guerra Mundial. Para Wittgenstein, aunque jamás le atrajo el sionismo (las asociaciones religiosas de Palestina siempre tenían que ver, para él, más con el Nuevo Testamento que con el Viejo), encontró algo que aplaudir en el deseo de Engelmann de establecerse en Tierra Santa. «El que quieras ir a Palestina», escribió, «es una noticia que convierte tu carta en algo alegre y esperanzador.»

> Puede que sea lo que hay que hacer, y puede que tenga un cierto efecto espiritual. Quizá me una a ti. ¿Me llevarías contigo?[1]

Poco después de esta carta a Engelmann, Wittgenstein recibió, de manera totalmente inesperada, una carta de Eccles, su amigo de Manchester, de quien no sabía nada desde la guerra (contrariamente a Pinsent, Russell y Keynes, Eccles no era el tipo de persona que mantuviera correspondencia con un miembro del ejército enemigo). La carta de Eccles iba a proporcionar el catalizador que Wittgenstein necesitaba para convencerse de ir a Inglaterra. El 10 de marzo contestó con obvio placer ante ese restablecido contacto.

> Querido Eccles:
>
> Estuve más que complacido de saber de ti, por alguna razón estaba convencido de que o bien te habían matado en la guerra o bien, si estabas vivo, odiarías tanto a los alemanes y austríacos que ya no querrías relacionarte más conmigo.

1. Con el tiempo, Engelmann abandonó Europa rumbo a Tel Aviv, y allí permaneció (después de 1948 como ciudadano israelí) hasta su muerte, en 1963. Nada más se menciona acerca de que Wittgenstein se uniera a él.

... Ojalá pudiéramos volver a vernos antes de que pase mucho tiempo, pero dónde y cuándo podrá ser sólo Dios lo sabe. Quizá podríamos concertar un encuentro durante las vacaciones de verano, pero no tengo mucho tiempo y *nada* de dinero para ir a Inglaterra, pues renuncié a *todo* mi dinero hace unos seis años. El verano pasado tenía que haber ido a Inglaterra a ver a un amigo mío, Mr. Keynes (puede que te suene su nombre), de Cambridge. Él tenía que pagar mis gastos, pero después de todo resolví no ir, pues mucho me temí que el largo tiempo transcurrido y los grandes acontecimientos (externos e internos) que habían ocurrido entre nosotros impidieran que nos comprendiésemos mutuamente. Sin embargo, ahora, o al menos *hoy*, siento que quizá podría hacer que mis viejos amigos me comprendieran, podría si tuviera una oportunidad. Si el tiempo lo permite iré a verte a Manchester.

En una carta posterior, del 7 de mayo, acepta la invitación de Eccles para quedarse en su casa de Manchester, mientras pone énfasis en la razón que le había impedido ir a visitar a Keynes el verano anterior (el hecho de que Keynes no le hubiera, de hecho, invitado, es despachado por Wittgenstein como irrelevante):

Puede que Inglaterra no haya cambiado desde 1913, pero *yo* sí. Sin embargo, no sirve de nada escribir acerca de ello, pues no podría explicarte la naturaleza exacta de ese cambio (aunque yo lo comprendo perfectamente). Lo verás por ti mismo cuando llegue. Me gustaría ir a finales de agosto.

En julio, Wittgenstein le escribió a Keynes acerca de su proyectada visita a Inglaterra, diciéndole que aún no había decidido si ir o no, e insinuando que la decisión final dependía de Keynes: «Me gustaría, si pudiera, verte durante mi estancia (a mediados de agosto). Por favor, hazme saber FRANCAMENTE si tienes el menor deseo de verme.» Evidentemente, Keynes respondió animándole a ir, e incluso le envió 10 libras para el viaje. Antes de partir, Wittgenstein escribió: «Siento una terrible curiosidad por ver cómo nos llevaremos. Será exactamente como un sueño.»

Wittgenstein llegó a Inglaterra el 18 de agosto, y se quedó con Keynes en su casa de campo de Lewes, Sussex, antes de viajar a Manchester para ver a Eccles. A pesar de que anteriormente le había insistido a Russell en que era mejor ser bueno que inteligente, estaba encantado con la perspectiva de sustituir la compañía de unos campesinos por la de una de las mentes más penetrantes de Inglaterra. Desde Lewes le escribió a Engelmann:

Sé que la inteligencia –los ricos de espíritu– no es el bien último, y, aun así, en la actualidad desearía morir en un momento de inteligencia.

Cuando fue a Manchester, tanto Eccles como su esposa se sorprendieron de verle tan cambiado. Fueron a esperarle a la estación, y en lugar de aquel joven inmaculadamente vestido, el «favorito de las damas», que habían conocido antes de la guerra, se encontraron con un figura desharrapada vestida con lo que parecía un uniforme de boy scout. El aspecto excéntrico se combinó con la impresión (falsa) por parte de Eccles de que Wittgenstein aún no había visto ningún ejemplar del *Tractatus*. Le pidió a Mrs. Eccles que le consiguiera un ejemplar, y tras haberlo buscado en vano en las librerías de Manchester, Eccles pidió prestado uno a la biblioteca universitaria. «Fue durante este período», afirma Mrs. Eccles confiada, aunque erróneamente, en su evocación, «cuando consiguió su primer ejemplar de la edición inglesa del *Tractatus*». Evidentemente, Wittgenstein tenía grandes deseos de que Eccles viera el libro, pero estaba demasiado azorado para admitir que ésa era la razón de la búsqueda.

Al final de su estancia en Inglaterra, Wittgenstein fue a Cambridge, donde finalmente se encontró con Johnson. «Dile a Wittgenstein», le escribió Johnson a Keynes, «que estaré muy complacido de volver a verle; pero debo pactar que no hablaremos de los fundamentos de la lógica, pues ya no tengo fuerzas suficientes como para que socaven mis cimientos.» También vio a Ramsey, con el cual, sin embargo, parece que riñó tan ásperamente que no volvieron a entablar relaciones hasta dos años más tarde.

A pesar de su discusión con Ramsey, el viaje de Wittgenstein fue un éxito. Le sirvió para el útil propósito de restablecer contactos con viejos amigos: contactos que tenía la intención de utilizar en el probable caso de que la vida en Otterthal se le hiciera insoportable. «En caso de necesidad probablemente iré a Inglaterra», le comunicó a Engelmann. En cartas a éste y a Eccles escritas al principio del curso escolar en septiembre, habla de *intentarlo una vez más* con su «antiguo empleo», como si ese año fuera a ser su último intento de enseñar en escuelas rurales. «Sin embargo», le dijo a Eccles, «ahora no me siento tan desgraciado, pues he decidido ir a tu casa si se llega a lo peor, cosa que desde luego ocurrirá tarde o temprano.» En octubre escribió a Keynes en un tono similar, diciéndole que seguiría siendo maestro «siempre y cuando crea que los problemas que me salen al paso me hacen algún bien».

> Si uno tiene dolor de muelas, bueno es ponerse una botella de agua caliente en la cara, pero eso sólo será efectivo en la medida en que el calor de la botella provoque algún otro dolor. Tiraré la botella cuando encuentre que ya no me produce ese tipo peculiar de dolor que le hace bien a mi carácter. Es decir, si las gentes de aquí no me echan antes.

«Si dejo la enseñanza», añadió, «probablemente vaya a Inglaterra y encuentre un empleo allí, puesto que estoy convencido de que no puedo encontrar nada en *este* país. En ese caso necesitaré tu ayuda.»

Y con el tiempo llegó lo peor, y Wittgenstein tuvo que tirar la botella

de agua caliente quizá incluso antes de lo esperado. Abandonó Otterthal y dejó la enseñanza de modo muy repentino, en abril de 1926. El suceso que precipitó los hechos se comentó mucho en la época, y fue conocido por los aldeanos de Otterthal y de los alrededores como *«Der Vorfall Haidbauer»* («El caso Haidbauer»).

Josef Haidbauer era un alumno de Wittgenstein que tenía once años, cuyo padre había muerto y cuya madre trabajaba como sirvienta para un granjero de los alrededores llamado Piribauer. Haidbauer era un niño pálido y enfermizo que moriría de leucemia a la edad de catorce años. No era rebelde, pero posiblemente algo lento y reticente a responder en clase. Un día la impaciencia de Wittgenstein pudo más que él y golpeó a Haidbauer dos o tres veces en la cabeza, haciendo que el chico se desplomara. Acerca de la cuestión de si Wittgenstein golpeó al chico con una fuerza excesiva –si maltrató al muchacho–, August Riegler, un compañero suyo de clase, ha (con dudosa lógica) comentado:

> No puede decirse que Wittgenstein maltratara al chico. Si el castigo de Haidbabuer era un maltrato, entonces el ochenta por ciento de los castigos de Wittgenstein eran malos tratos.

Al ver desplomarse al chico, Wittgenstein fue presa del pánico. Envió a los alumnos a casa, llevó a Haidbauer a la sala del director a la espera de la llegada del médico del pueblo (que residía en la vecina aldea de Kirchberg) y a continuación abandonó la escuela apresuradamente.

Mientras salía tuvo la desgracia de encontrarse con Herr Piribauer, quien, parece ser, había sido reclamada por uno de los chicos. En el pueblo se recuerda a Piribauer como una persona pendenciera que albergaba un profundo rencor en contra de Wittgenstein. La propia hija de éste, Hermine, con frecuencia se había topado con el malhumor de Wittgenstein, y una vez la golpeó con tanta fuerza que sangró por la oreja. Piribauer recuerda que cuando se encontró con Wittgenstein por el pasillo estaba poseído por una cólera brutal: «Le puse verde. ¡Le dije que no era un maestro, sino un adiestrador de animales! ¡Y que iba a llevarle a la policía inmediatamente!» Piribauer fue a toda prisa a la comisaría para que arrestaran a Wittgenstein, pero su propósito se frustró al enterarse de que el único oficial a cargo de la comisaría se encontraba fuera. Al día siguiente volvió a intentarlo, pero el director le informó de que Wittgenstein había desaparecido esa noche.

El 28 de abril de 1926 Wittgenstein entregó su dimisión a Wilhelm Kundt, uno de los inspectores escolares de Distrito. Naturalmente, a Kundt ya le habían informado del «caso Haidbauer», pero tranquilizó a Wittgenstein diciéndole que no habría consecuencias. Kundt valoraba enormemente la capacidad de Wittgenstein como maestro, y no quería perderle. Le aconsejó que se tomara unas vacaciones para calmarse, y que luego decidiera si realmente quería dejar la enseñanza. Sin embargo, Wittgenstein estaba decidido. Nada le haría quedarse. En la vista que siguió,

tal como Kundt había previsto, fue absuelto de la acusación de mala conducta. Pero por entonces ya había dado por imposible seguir ejerciendo de maestro en la Austria rural.

Naturalmente, no fue el incidente Haidbauer la causa de su desesperación, sino simplemente el suceso que desencadenó su inevitable culminación en la renuncia de Wittgenstein. La desesperación poseía raíces más profundas. Poco antes del incidente, Wittgenstein había conocido a August Wolf, aspirante al cargo de director en Otterthal, y le había dicho:

> Lo único que puedo aconsejarle es que retire su solicitud. La gente es aquí de miras tan estrechas que no se puede hacer nada.

10. FUERA DEL YERMO

En 1926, tras la crisis ocurrida en Otterthal, lo más natural para Wittgenstein habría sido aprovecharse de la hospitalidad de Keynes y regresar a Inglaterra. De hecho, había pasado más o menos un año desde que se pusiera en contacto con Keynes. Había pospuesto escribirle, explicó entonces, hasta que superara los problemas que sufría.

Aunque ya contaba con que tendría que abandonar Otterthal, así como su carrera como maestro, la manera en que lo hizo dejó a Wittgenstein completamente destrozado. El juicio había sido una gran humillación, y más si tenemos en cuenta que, al defenderse de los cargos de brutalidad, había sentido la necesidad de mentir en lo referente al castigo corporal que administraba a sus alumnos. La sensación de fracaso moral que tal cosa dejó en él le persiguió durante una década, y con el tiempo le condujo, como veremos, a tomar unos pasos muy drásticos para purgar la carga de esa culpa.

En ese estado no podía contemplar su regreso a Inglaterra. Ni tampoco, por el momento, se sentía capaz de regresar a Viena. En lugar de eso consideró retirarse de los problemas mundanos. Poco después de abandonar la enseñanza visitó un monasterio para informarse de la posibilidad de hacerse monje. Era una idea que ya se le había ocurrido en varias ocasiones en su vida, con frecuencia en períodos de gran desesperación. En esa ocasión, el padre superior, obviamente bastante intuitivo, le dijo que no encontraría lo que buscaba, y que, en todo caso, acudía impulsado por motivos que la orden no podía aprobar. Como alternativa encontró trabajo de jardinero de los monjes-hospitalarios de Hütterldorf, justo en las afueras de Viena, pernoctando durante tres meses en el cobertizo para las herramientas del jardín. Al igual que había ocurrido seis años antes, la jardinería resultó una terapia efectiva, y a final de verano se sintió capaz de regresar a Viena y enfrentarse a la sociedad.

El 3 de junio de 1926, mientras todavía trabajaba de jardinero, su madre, que había estado un tiempo enferma, murió en el hogar familiar de la Alleegasse, dejando a Hermine al frente de la familia. Si tal cosa facilitó o no el regreso de Wittgenstein a Viena, o si la muerte de su madre tuvo alguna influencia, es algo imposible de decir. Pero resulta sorprendente que a partir de ese momento exista un cambio en su actitud hacia su familia.

Las celebraciones navideñas de la familia, que en 1914 le habían llenado de tanto temor y provocado tal confusión, las esperaba ahora lleno de alegría e ilusión. Desde entonces y hasta el *Anschluss* de 1938, suceso que le impidió abandonar Inglaterra, le encontramos tomando parte en los preparativos con entusiasmo: distribuyendo regalos a los sobrinos y uniéndose a los cantos y cenas festivos sin que haya indicio de que eso comprometiera su integridad.

El regreso de Wittgenstein a Viena en el verano de 1926, por tanto, parece marcar el fin de un extrañamiento de su familia que se remonta al menos hasta 1913, fecha de la muerte de su padre. A su llegada a Viena se le ofreció una especie de terapia laboral que, contrariamente a su trabajo de jardinero, le imponía la obligación de colaborar con otras personas, a fin de ayudarle a regresar a la sociedad. Además le daría la oportunidad de poner en práctica sus firmes opiniones acerca de estética arquitectónica. Se le pidió, tanto por parte de su hermana Gretl como por parte de Paul Engelmann, que colaborara con éste en el diseño y la construcción de la nueva casa de Gretl.

Engelmann ya había llevado a cabo algunos trabajos para la familia Wittgenstein. Se había encargado de la renovación de la casa familiar de la Neuwaldeggergasse, y había construido para Paul Wittgenstein una habitación en la Alleegasse para que expusiera su colección de porcelana. A finales de 1925 Gretl le solicitó que fuera el arquitecto de una nueva casa en la ciudad, que sería construida en una parcela que había comprado en una de las zonas menos distinguidas de Viena, la Kundmanngasse, en el Distrito Tres de Viena (cerca de la escuela de magisterio en la que Wittgenstein había estudiado). El proyecto rápidamente despertó el interés de éste, y durante su último año en Otterthal, siempre que regresaba a Viena, discutía con Gretl y Engelmann con mucha vehemencia e interés, de manera que a Engelmann le pareció que Wittgenstein comprendía los deseos de su hermana mejor que él mismo.

Los primeros planos fueron dibujados por Engelmann durante el último trimestre que Wittgenstein dio clases, pero cuando éste dejó Otterthal, le pareció natural invitarle a que se uniera a él como socio en el proyecto. A partir de entonces, dice Engelmann: «Él fue el arquitecto, no yo, y aunque la planta de distribución de la casa ya estaba hecha antes de que él se sumara al proyecto, considero que el resultado es un logro suyo y no mío.»

El plano definitivo está fechado el 13 de noviembre de 1926, y en él figura el sello: «P. Engelmann & L. Wittgenstein, Arquitectos.» Aunque jamás había estudiado arquitectura, y sólo colaboró en esta obra, hay indicios de que Wittgenstein comenzó a tomarse muy en serio esta denominación, y a ver en la arquitectura una nueva vocación, una nueva manera de volver a crearse a sí mismo. Durante años figuró en la guía de teléfonos de Viena como arquitecto profesional, y sus cartas de esa época están escritas en un papel de carta en el que se lee: «Paul Engelmann & Ludwig Wittgenstein, Arquitectos, Viena III, Parkgasse 18.» De todos modos,

quizá tal cosa no sea más que otra afirmación de su independencia: la insistencia en un estatus de profesional independiente y el rechazo de que la obra arquitectónica para su hermana hubiera sido una simple sinecura.

Su papel en la concepción de la casa se centró primordialmente en el diseño de las ventanas, puertas, cerraduras y radiadores. Tal cosa no resulta tan marginal como puede parecer en un principio, pues precisamente estos detalles son los que otorgan su distintiva belleza a una casa que de otro modo sería bastante vulgar e incluso fea. La falta absoluta de cualquier decoración exterior ofrece una severa apariencia, mitigada sólo por la elegante proporción y meticulosa ejecución de los diseños de Wittgenstein.

De este modo, los detalles lo son todo, y Wittgenstein supervisó su construcción con una exactitud casi fanática. Cuando un cerrajero le preguntó: «Dígame, *Herr Ingenieur*, ¿realmente importa tanto un milímetro aquí o allí?» Wittgenstein rugió: «¡Sí!» delante del hombre y no dijo nada más. Durante las discusiones con la empresa de ingeniería responsable de las altas puertas de cristal que Wittgenstein había diseñado, el ingeniero que llevaba las negociaciones se echó a llorar, desesperando de llegar a ejecutar alguna vez el encargo según los patrones de Wittgenstein. Se tardó un año en entregar los radiadores, aparentemente sencillos, pues nadie en Austria era capaz de construir lo que Wittgenstein tenía en mente. Las piezas fundidas de las partes se consiguieron en el extranjero, e incluso entonces lotes enteros fueron rechazados por inutilizables. Pero, tal como recuerda Hermine Wittgenstein:

> Quizá la prueba más reveladora de la inflexibilidad de Ludwig a la hora de conseguir unas proporciones exactamente correctas sea el hecho de que hiciera levantar tres centímetros el techo de una de las habitaciones, que era lo suficientemente grande como para ser una sala, justo cuando ya era casi hora de comenzar a limpiar la casa.

Gretl pudo mudarse a la casa a finales de 1928. Según Hermine, se ajustaba a ella como un guante; la casa era una extensión de la personalidad de Gretl para quien «ya desde su infancia, todo lo que la rodeaba tenía que ser original e imponente». Por su parte, sin embargo, Hermine tenía algunas reservas:

> ... aunque yo admiraba la casa muchísimo, siempre supe que no quería ni habría podido vivir en ella. Me parecía más una residencia para dioses que para un pequeño mortal como yo, y al principio incluso tuve que superar una leve oposición interior a esa «lógica encarnada en casa», como yo la llamaba, a su perfección y a su monumentalidad.

Resulta fácil comprender ese ligero aborrecimiento. La casa fue diseñada prestando poca atención a las comodidades de los mortales ordinarios. Las cualidades de claridad, rigor y precisión que la caracterizan son

algo que uno buscaría en un sistema de lógica y no en un lugar de residencia. Al diseñar el interior, Wittgenstein hizo pocas concesiones al confort doméstico. Alfombras, candelabros y cortinas fueron severamente rechazados. Los suelos eran de una oscura piedra pulimentada, las paredes y el techo estaban pintados de un color ocre claro, el metal de las ventanas, los tiradores de las puertas y los radiadores quedaron sin pintar, y las habitaciones estaban iluminadas con bombillas desnudas.

Debido en parte a esta pura monumentalidad, y también en parte al triste destino de la propia Austria, la casa –que había consumido tanto tiempo, energía y dinero– ha tenido una historia desgraciada. Menos de un año después de que Gretl se mudara a ella, la Gran Depresión de 1929 (aunque de ninguna manera la dejó en la indigencia) la obligó a despedir a gran parte del personal que necesitaba para llevar la casa tal como se debía, y tenía que recibir a sus invitados no en la sala, sino en la cocina. Nueve años después, tras el *Anschluss*, huyó de los nazis para vivir en Nueva York, dejando la casa vacía al cuidado del único sirviente que le quedaba. En 1945, cuando los rusos ocuparon Viena, la casa fue utilizada como cuartel por los soldados rusos y como establo para los caballos, Gretl regresó en 1945 y vivió allí hasta su muerte, en 1958. La casa entonces pasó a ser propiedad de su hijo, Thomas Stonborough. Compartiendo las reservas de Hermine acerca de su idoneidad como residencia, Stonborough la dejó vacía durante muchos años hasta que, en 1977, la vendió a un constructor para que la demoliera. La salvó de este destino una campaña a favor de que se declarara monumento nacional, promovida por la Comisión Histórica de Viena, y ahora sobrevive como sede del departamento cultural de la Embajada de Bulgaria, aunque el interior ha sido sustancialmente alterado para adaptarse a este propósito. Si Wittgenstein la hubiera visto en su estado actual –tabiques para formar habitaciones en L, paredes y radiadores pintados de blanco, el vestíbulo alfombrado y forrado de madera–, probablemente habría preferido que la demolieran.

Mediante ese trabajo realizado para Gretl, Wittgenstein entró de nuevo en contacto con la sociedad vienesa, y, con el tiempo, con la filosofía. Mientras la casa de la Kundmanngasse era construida, Gretl y su familia continuaron ocupando la primera planta del Schönbrunn Palace. Su hijo mayor, Thomas, había regresado recientemente de Cambridge, y ahora estudiaba filosofía y letras en la Universidad de Viena. En Cambridge había conocido a una muchacha suiza llamada Marguerite Respinger, y la había invitado a Viena. Con ella Wittgenstein inició una relación que llegó a considerar, al menos, como preliminar al matrimonio, y que iba a durar hasta 1931. Ella fue, que se sepa, la única mujer de la que se enamoró.

Marguerite era una joven vivaz, de aficiones artísticas, procedente de una familia rica, sin ningún interés por la filosofía y que carecía de la de-

vota seriedad que Wittgenstein solía exigir como requisito previo para la amistad. Es de presumir que su relación con Wittgenstein fuera alentada por Gretl, aunque algunos de sus otros amigos y parientes se sintieran bastante perplejos y menos que complacidos. Conoció a Wittgenstein cuando, tras un accidente en el solar, Wittgenstein se hirió un pie y se quedó con la familia de Gretl durante la convalecencia. Ella formaba parte del grupo de jóvenes –que incluía a Thomas Stonborough y a los hermanos Sjögren, Talle y Arvid– que se reunían alrededor de la cama de Wittgenstein para oírle leer. Leía algo del escritor suizo Johann Peter Hebel, y cuenta ella: «Me sentí de nuevo a mis anchas, y emocionada al oírle leer con tan profunda comprensión.» En gran medida para el enojo –y quizá celos– de Arvid Sjögren, Marguerite atrajo la atención de Wittgenstein. En una ocasión similar, le preguntó al auditorio qué les gustaría que leyera, dirigiendo la pregunta a Marguerite en particular. «No importa lo que leas», comentó agriamente Arvid, «no lo entenderá.»

A pesar de la desaprobación de Sjögren, Wittgenstein y Marguerite comenzaron a verse casi a diario. Mientras estuvo en Viena, Marguerite asistió a la escuela de arte, y tras las clases iba al solar de la Kundmanngasse a encontrarse con Wittgenstein. A continuación iban juntos al cine a ver una película del Oeste, y luego entraban en cualquier café y comían juntos un sencillo plato de huevos, pan y mantequilla y un vaso de leche. No era el estilo al que estaba acostumbrada. Y una joven dama respetable y elegante como ella tenía que tener cierto valor para dejarse ver en compañía de un hombre como Wittgenstein, que invariablemente iba vestido con una chaqueta gastada en los codos, una camisa con el cuello abierto, pantalones anchos y botas recias. Además, él casi le doblaba la edad. En algunas ocasiones ella prefería la compañía de hombres más jóvenes y elegantes, como Thomas Stonborough y Talle Sjögren. Esto desconcertaba y enojaba a Wittgenstein. «¿Por qué», le exigía, «quieres salir con un joven como Thomas Stonborough?»

La cuestión que desconcertaba a sus respectivos amigos era por qué Wittgenstein y Marguerite querían salir el uno con el otro. Arvid Sjögren no era el único amigo íntimo de Wittgenstein que no se llevaba bien con ella. Otro era Paul Engelmann, a quien Marguerite tampoco apreciaba. Era, decía ella, «el tipo de judío que a uno no le gusta». Ese «uno» presumiblemente podía aceptar a los Wittgenstein a causa de su inmensa riqueza, su integración en la sociedad vienesa y porque ni religiosa ni «racialmente» eran judíos. Pero Engelmann simplemente era *demasiado* judío. Puede que fuera o no una coincidencia el que la amistad de Wittgenstein con Engelmann se deteriorara a medida que sus relaciones con Marguerite iban a más, y que durante la época en que estuvo enamorado de ella la actitud de Wittgenstein hacia su propia condición de judío sufriera un profundo cambio.

Parece ser que la relación era alentada por Gretl porque consideraba que la compañía de Marguerite ejercía una influencia calmante y «normalizadora» en su hermano. Puede que esto fuera cierto, y puede que fuera la

misma falta de profundidad intelectual de Marguerite lo que le permitiera ejercer su influencia. Wittgenstein le pidió explícitamente que *no* intentara penetrar en su mundo interior de pensamiento: una solicitud que ella estaba más que feliz de atender.

Marguerite fue utilizada como modelo para un busto que Wittgenstein esculpió en esa época. El busto, ejecutado en el estudio de Michael Drobil, no es exactamente un retrato de Marguerite, pues aunque el interés de Wittgenstein se centró en la actitud y expresión de su cara, no era su expresión lo que pretendía captar, sino otra que él mismo estaba interesado en crear. Uno recuerda –como suele recordarse con tanta frecuencia al describir al Wittgenstein enamorado– lo que Weininger dice en *Sexo y carácter.*

> El amor de una mujer sólo es posible cuando no se consideran sus cualidades reales, y de este modo se puede reemplazar la realidad física por una realidad diferente y bastante imaginaria.

Cuando el busto quedó acabado se lo dio a Gretl, quien lo exhibió en la casa de la Kundmanngasse; un lugar bastante apropiado, pues estéticamente es una pieza para esa casa. Wittgenstein dijo de su incursión en la arquitectura:

> ... la casa que construí para Gretl es el producto de un oído decididamente sensible y de la *buena* educación, la expresión de una gran *comprensión* (de una cultura, etc.). Pero la vida *primordial*, la vida salvaje pugnando por salir a la superficie..., eso es lo que falta. De modo que se puede decir que no es *saludable.*

También se puede decir de su escultura que carece de «vida primordial». De este modo, en los propios términos de Wittgenstein, no llega a ser una gran obra de arte. Pues: «Dentro de todo gran arte hay un animal SALVAJE: *domado.*» El propio Wittgenstein consideraba el busto poco más que una aclaración de la obra de Drobil.

Incluso en la música, un arte para el que Wittgenstein tenía una gran sensibilidad, mostraba sobre todo una gran perfección, aunque jamás dejó que se manifestara «la vida salvaje pugnando por salir a la superficie». Cuando tocaba con otras personas, como solía hacer durante ese período que pasó en Viena, su interés era hacerlo correctamente, utilizar su oído extraordinariamente sensible para imponer a los demás músicos una asombrosa exactitud en la expresión. Incluso se podría decir que no le interesaba crear música, sino re-crearla. Cuando interpretaba, no se expresaba a sí mismo, su propia vida primordial, sino los pensamientos, la vida de los demás. Hasta cierto punto, probablemente tenía razón en considerarse no creativo, sino reproductor.

A pesar del interés y la sensibilidad de Wittgenstein por las demás artes, sólo en la filosofía podía despertarse su creatividad. Sólo entonces, tal como Russell había observado mucho tiempo atrás, uno ve en él «la vida salvaje pugnando por salir a la superficie».

Fue mientras trabajaba en la casa de Gretl que Wittgenstein se sintió atraído de nuevo hacia la actividad en la que mejor podía expresar su peculiar genio. Gretl actuó como catalizador al hacer que Wittgenstein entrara en contacto con Moritz Schlick, profesor de filosofía de la Universidad de Viena.

Al reunirlos, Gretl tuvo éxito allí donde el propio Schlick había fracasado en más de una ocasión a lo largo de los años. Había llegado a Viena en 1922, el año de la publicación del *Tractatus*, y fue una de las primeras personas en Viena que lo leyeron y comprendieron su valor. En el verano de 1924, tras conocer a Frank Ramsey en casa de Gretl, escribió a Wittgenstein, remitiendo su carta a Puchberg:

> Como admirador de su *Tractatus Logico-Philosophicus*, durante mucho tiempo he querido ponerme en contacto con usted. Mis obligaciones docentes y otros deberes son los responsables de que una y otra vez haya aplazado mis intentos, aunque casi han pasado cinco semestres desde que me trasladé a Viena para dar clases. Cada semestre invernal mantengo reuniones regulares con colegas y estudiantes interesados en los fundamentos de la lógica y las matemáticas, y su nombre ha sido mencionado con frecuencia en este grupo, en particular desde que el profesor Reidemaster, matemático y colega mío, nos puso al corriente de su obra en una conferencia que causó una gran impresión en todos nosotros. De modo que hay aquí ciertas personas –yo mismo uno de ellos– que están convencidas de la importancia y acierto de sus ideas fundamentales, y que sienten un fuerte deseo de hacer todo lo posible para que sus puntos de vista sean más ampliamente conocidos.

En la carta, Schlick sugería que le gustaría visitar a Wittgenstein en Puchberg. De hecho, en aquella época éste ya se había trasladado a Otterthal, pero con el tiempo la carta acabó llegándole, y en su respuesta aceptaba la posibilidad de una visita de Schlick. Éste no tardó en responderle, anunciando de nuevo su intención de acudir, pero no fue hasta abril de 1926, quince meses después, cuando Schlick, acompañado de algunos alumnos escogidos, hizo finalmente el viaje a Otterthal. La mujer de Schlick ha descrito el talante con el que su marido emprendió el viaje: «Era como si se preparara para ir a una peregrinación santa, mientras me explicaba, casi con un respeto reverencial, que W. era uno de los más grandes genios de la tierra.» Pero al llegar a Otterthal los peregrinos se quedaron profundamente decepcionados al enterarse de que Wittgenstein había renunciado a su puesto y había abandonado la enseñanza.

Así pues, Schlick se alegró sobremanera cuando, en febrero de 1927, recibió una carta de Gretl invitándole a cenar para que así conociera a

Wittgenstein. «De nuevo», recuerda Mrs. Schlick, «observé con interés la actitud reverencial del peregrino.» Mientras tanto, Schlick había enviado a Wittgenstein parte de su obra, y le había propuesto que se reuniera con él y otras personas para discutir problemas de lógica. En su carta de invitación, Gretl respondía en nombre de Wittgenstein. Le dijo a Schlick:

> Me pide que le dé sus más cordiales saludos y que le presente sus excusas, ya que se siente bastante incapaz de concentrarse en problemas de lógica al tiempo que realiza su actual trabajo, que requiere todas sus energías. Desde luego sería incapaz de reunirse con un grupo de personas. Cree que si fuese sólo con usted, querido profesor Schlick, quizá fuera capaz de discutir tales temas. Cree que entonces vería si en la actualidad es capaz de serle de utilidad por lo que a eso respecta.

Tras conocer a Wittgenstein, recuerda su esposa, Schlick «regresó en un estado extático, hablando muy poco, y me pareció que no debía preguntarle nada». Al día siguiente Wittgenstein le dijo a Engelmann: «Cada uno de nosotros creía que el otro debía de estar loco.» Poco después, Wittgenstein y Schlick comenzaron a reunirse regularmente para hablar de lógica. Según Engelmann: «Wittgenstein encontraba a Schlick un interlocutor distinguido y comprensivo, y apreciaba la personalidad enormemente cultivada de Schlick.» Pero no se pudo convencer a Wittgenstein de que asistiera a las reuniones del «Círculo» de Schlick, un grupo de filósofos y matemáticos, unidos en su visión positivista de los problemas filosóficos y su *Weltanschauung* científico, que se reunían los jueves por la noche para tratar de los fundamentos de la matemática y la ciencia, y que posteriormente evolucionaría hasta convertirse en el Círculo de Viena. Wittgenstein le dijo a Schlick que sólo podía hablar con alguien que le «cogiera de la mano».

Sin embargo, en el verano de 1927, Wittgenstein se reunía regularmente con un grupo que se encontraba los lunes por la noche y del que formaban parte, además del propio Schlick, unos cuantos miembros cuidadosamente escogidos del Círculo de Viena. Entre éstos estaban Friedrich Waismann, Rudolf Carnap y Herbert Feigl. El éxito de estas reuniones dependía de cómo la sensibilidad de Schlick manejara la situación. Carnap recuerda que:

> Antes de la primera reunión, Schlick nos previno de que no comenzáramos una discusión de las que estábamos acostumbrados a mantener en el Círculo, porque bajo ninguna circunstancia Wittgenstein deseaba nada de eso. Debíamos ser cautos al hacer preguntas, porque Wittgenstein era muy sensible y se molestaba fácilmente con una pregunta directa. Lo mejor, dijo Schlick, sería dejar que Wittgenstein hablara, y luego preguntar sólo con mucha cautela para cualquier aclaración que fuera necesaria.

Para convencer a Wittgenstein de que asistiera a esas reuniones,

Schlick tuvo que asegurarle que la discusión no tenía por qué ser filosófica; podía discutir de lo que quisiera. A veces, ante la sorpresa de la audiencia, Wittgenstein les daba la espalda y leía poesía. En particular –como para poner énfasis, tal como le había explicado antes a Von Ficker, en que lo que *no* había dicho en el *Tractatus* era más importante que lo que había dicho– les leía poemas de Rabindranath Tagore, un poeta muy en boga en Viena en esa época, cuyos versos expresan una perspectiva mística diametralmente opuesta a la de los miembros del Círculo de Schlick. Pronto les resultó palmario a Carnap, Feigl y Waismann que el autor del *Tractatus Logico-Philosophicus* no era el positivista que habían esperado. «Anteriormente», escribe Carnap,

> cuando leímos el libro de Wittgenstein en el Círculo, yo había creído erróneamente que su actitud hacia la metafísica era similar a la nuestra. No había prestado la suficiente atención a las afirmaciones sobre la mística que hay en el libro, porque sus sentimientos y pensamientos en ese campo eran demasiado divergentes de los míos. Sólo el contacto personal con él me ayudó a ver más claramente su actitud en este punto.

Para los positivistas, la claridad iba de la mano del método científico, y, para Carnap en particular, era un duro golpe darse cuenta de que el autor del libro que ellos veían como el paradigma de la precisión y la claridad filosófica era tan decididamente acientífico tanto en su temperamento como en su método:

> Su punto de vista y su actitud hacia la gente y los problemas, incluso hacia los problemas teóricos, era más parecida a los de un artista creativo que a los de un científico; y podría decirse que parecida a los de un profeta religioso o un vidente. Cuando comenzaba a formular su punto de vista sobre algún problema filosófico específico, con frecuencia percibíamos la lucha interna que tenía lugar en él en ese mismísimo momento, una lucha mediante la cual intentaba ir de la oscuridad a la luz bajo una tensión intensa y dolorosa, que era incluso visible en su rostro, de lo más expresivo. Cuando finalmente, a veces tras un esfuerzo arduo y prolongado, surgía su respuesta, su afirmación permanecía ante nosotros como una obra de arte o una revelación divina de reciente creación. No es que afirmara sus opiniones de manera dogmática... Sino que a nosotros nos parecía que la intuición le llegaba por medio de la inspiración divina, de modo que no podíamos evitar la sensación de que cualquier comentario o análisis sobrio y racional sería una profanación.

En contraste con los miembros del Círculo de Viena, que consideraban la discusión de dudas y objeciones el mejor método para poner a prueba una idea, Wittgenstein, recuerda Carnap, «no toleraba el examen crítico por parte de los demás, una vez la intuición había sido alcanzada por un acto de inspiración».

A veces tenía la impresión de que la actitud deliberadamente racional y no emocional de los científicos, y, del mismo modo, cualquier idea que oliera a «ilustración», a Wittgenstein le resultaba repugnante.

A pesar de la diferencia de temperamento e intereses, Wittgenstein y los miembros del Círculo de Schlick fueron capaces de mantener un cierto número de provechosas discusiones en torno a temas filosóficos, uno de cuyos focos de interés lo suscitó un reciente artículo de Ramsey, «Los fundamentos de las matemáticas», que Ramsey había leído como conferencia en la Sociedad Matemática de Londres en noviembre de 1925, y que había sido publicado en las *Actas* de la Sociedad.

Con esta conferencia, Ramsey inició una campaña mediante la cual, utilizando los trabajos de Wittgenstein en el campo de la lógica, pretendía restaurar la credibilidad de la visión logicista que tenían Frege y Russell de los fundamentos de las matemáticas. Hasta su muerte prematura en 1930, a la edad de veintiséis años, el objetivo primordial y permanente de Ramsey fue reparar los agujeros teóricos de los *Principia* de Russell, y de este modo restablecer el dominio de la escuela logicista de pensamiento y cortar el brote de la alternativa más radical propuesta por la cada vez más influyente escuela intuicionista liderada por el matemático holandés L. E. J. Brouwer. En términos generales, la diferencia es que, mientras que Russell quería demostrar que todas las matemáticas podían reducirse a la lógica, y proporcionando así un riguroso fundamento lógico para los teoremas aceptados por los matemáticos puros, Brouwer –a partir de una concepción fundamentalmente distinta de la lógica y las matemáticas– quería *reconstruir* las matemáticas de modo que sólo se aceptaran aquellos teoremas que pudieran probarse desde dentro de su sistema. El resto, que incluía un buen número de teoremas muy conocidos, debían abandonarse como no probados.

Ramsey quería utilizar la teoría de las proposiciones del *Tractatus* para demostrar que las matemáticas consisten sólo en tautologías (en el sentido de Wittgenstein), y que, de este modo, las proposiciones matemáticas son simplemente proposiciones lógicas. Ésta no es la opinión del propio Wittgenstein. En el *Tractatus* distingue entre las proposiciones lógicas y las matemáticas: sólo las primeras son tautologías; las otras son «ecuaciones». (*TLP* 6.22).

El objetivo de Ramsey, por tanto, era demostrar que las ecuaciones son tautologías. En el centro de este intento estaba una definición de identidad que, utilizando una función lógica especialmente definida Q (x, y) como sustituto de la expresión x = y, intenta afirmar, en efecto, que x = y es o bien una tautología (si x e y tienen el mismo valor) o una contradicción (si x e y tienen valores diferentes). Sobre esta definición se erigía una teoría de las funciones que Ramsey esperaba utilizar a la hora de demostrar la naturaleza tautológica de las matemáticas. «Sólo así», creía, «podremos preservarlas [a las matemáticas] de la amenaza bolchevique de Brouwer y Weyl.»

El artículo llegó a Wittgenstein por medio de Schlick, a quien Ramsey había enviado una copia. (Ramsey no se la había enviado al propio Wittgenstein a causa de su riña en el verano de 1925.) Evidentemente, Wittgenstein leyó el artículo concienzudamente. El 2 de julio de 1927 le escribió a Ramsey criticando prolijamente su definición de identidad, y expresando la opinión de que tales teorías (las que afirman que las expresiones de identidad han de ser tautologías o contradicciones) no servían. El propio Wittgenstein –tal como Russell había descubierto para su consternación en 1919– no tenía el menor interés en acometer la empresa de fundamentar las matemáticas sobre la lógica. De hecho, consideraba la empresa equivocada. «La salida a todos estos problemas», le dijo a Ramsey, «es ver que ni Q (x, y), aunque es una función muy interesante, ni cualquier otra función proposicional puede sustituir a x = y.»

Ramsey contestó dos veces a las objeciones de Wittgenstein, una a través de Schlick, y la otra directamente a Wittgenstein. El meollo de su defensa era que su intención no había sido proporcionar una *definición* de identidad, sino simplemente una función sustitutoria que se definía de modo que sirviera para las afirmaciones de identidad dentro de su teoría y diera el resultado lógico deseado.

El intercambio de correspondencia es interesante como ejemplo de las diferencias entre Wittgenstein y Ramsey, y de lo que Wittgenstein debía querer decir cuando describía a Ramsey como un pensador «burgués». Pues mientras que la objeción de Wittgenstein pretende ir directamente al corazón del asunto, y a demostrar que toda la empresa de Ramsey de reconstruir los fundamentos russellianos de las matemáticas era *filosóficamente* errónea, la réplica de Ramsey se refiere principalmente a la cuestión matemática y lógica de si su función servirá para la tarea para la que ha sido pensada. De este modo, según Wittgenstein, Ramsey era «burgués» en el sentido de que:

> ... pensaba con la intención de clarificar los asuntos de una comunidad particular. No reflexionaba acerca de la esencia del estado –o al menos no le gustaba hacerlo así– sino acerca de cómo *éste* podía organizarse de manera razonable. La idea de que este estado pudiera no ser el único posible por una parte le inquietaba, y por otra parte le fastidiaba. Quería comenzar lo más rápidamente posible a reflexionar acerca de los fundamentos... de *este* estado. Eso era lo que realmente se le daba bien y lo que realmente le interesaba; mientras que la verdadera reflexión filosófica le molestaba hasta que desechaba su resultado (si tenía alguno) y lo declaraba trivial.

Naturalmente, la metáfora política alude al comentario de Ramsey acerca de la «amenaza bolchevique» de Brouwer, y podría pensarse que, al utilizar esta metáfora, Wittgenstein hace equivaler «reflexión filosófica verdadera» con bolchevismo. No es así. Wittgenstein no estaba interesado en la organización de los asuntos de *ese* estado (el logicismo russelliano),

ni tampoco en reemplazarlo por otro (el intuicionismo de Brouwer). «El filósofo no es un ciudadano de *ninguna* comunidad de ideas», escribió. «Eso es lo que le convierte en filósofo.»

Fue posiblemente este intercambio de correspondencia con Ramsey lo que por fin impulsó a Wittgenstein a escribir a Keynes. Era la primera vez que le enviaba una carta desde que dejara la enseñanza («No podía seguir soportando la botella de agua caliente», le explicó). Le escribió para darle las gracias por su libro, *A Short View of Russia*, y decirle que esperaba que la casa en la que estaba trabajando estaría acabada en noviembre de ese año (1927), y que a continuación le gustaría visitar Inglaterra, «si es que ahí hay alguien que tenga interés en verme».

«Acerca de tu libro», escribió Wittgenstein, «olvidé decirte que me gustó. Demuestra que sabes que hay más cosas entre el cielo y la tierra, etc.»

La extraña razón por la que le gustó esa visión de conjunto de la Rusia soviética se explica por el énfasis que pone Keynes en que hay que admirar el marxismo soviético por ser un nuevo tipo de religión, y no por sus innovaciones económicas. Desdeña los aspectos económicos del leninismo como «una doctrina que toma como biblia, por encima y más allá de toda crítica, un manual de economía obsoleto, que considero no sólo científicamente erróneo, sino carente de interés y aplicación en el mundo moderno». Pero encontró impresionante el fervor religioso que acompañaba a la doctrina:

> ... muchas personas, en esta época sin religión, tienden a experimentar una fuerte curiosidad emocional hacia cualquier religión que sea realmente nueva y no meramente una recrudescencia de las antiguas, y cuya fuerza motriz haya sido probada; y tanto más cuando esta cosa nueva surge de Rusia, el hijo más joven, hermoso e imprudente de la familia europea, aún con pelo en la cabeza, más cercano tanto del cielo como de la tierra que sus hermanos calvos del oeste, y que, habiendo nacido dos siglos antes, ha sido capaz de recoger la desilusión medieval del resto de la familia antes de haber perdido el genio de la juventud o de haberse vuelto adicto al confort y a sus hábitos. Simpatizo con aquellos que buscan algo bueno en la Rusia soviética.

La fe soviética es caracterizada por Keynes por tener en común con el cristianismo una actitud exaltada hacia el hombre corriente. Pero, en contraste con el cristianismo, hay algo en ella

> ... que puede, en una forma distinta y en un nuevo escenario, aportar algo a la nueva religión del futuro, si es que en el futuro hay alguna verdadera religión. *El leninismo es absolutamente, y de un modo desafiante, no-sobrenatural, y su esencia emocional y ética se centra en la actitud del individuo y de la comunidad hacia el Amor al Dinero.*

No resulta difícil adivinar por qué estos pasajes se ganaron la aprobación de Wittgenstein, ni por qué la fe que hay en la descripción de Keynes le hizo merecedor de su respeto y, potencialmente, de su lealtad. El libro de Keynes, que fue escrito tras una breve visita a la Unión Soviética, marca un fuerte contraste con *Práctica y teoría del bolchevismo* de Russell, que fue publicado tras su propia visita en 1920. El libro de Russell no expresaba más que aversión hacia el régimen soviético. También él traza un paralelo con la cristiandad, pero precisamente utiliza ese paralelo para expresar su desprecio:

> Alguien que, como yo, cree que el libre intelecto es el motor principal del progreso humano, no puede sino oponerse fundamentalmente al bolchevismo tanto como a la Iglesia de Roma. Las esperanzas que inspiran el comunismo son, en lo principal, tan admirables como las que infunde el Sermón de la Montaña, pero se esgrimen de una manera tan fanática que es probable que acaben haciendo el mismo daño.

El propio interés de Wittgenstein por la Rusia soviética data de poco después de la publicación del libro de Russell, casi como si creyera que si Russell lo odiaba tanto debía de haber algo bueno en ello. Desde 1922 (cuando le escribió a Paul Engelmann acerca de «la idea de la posible huida a Rusia de que hablamos»), Wittgenstein había sido uno de los que, en palabras de Keynes, «buscaban algo bueno en la Rusia soviética», y siguió sintiéndose atraído por la idea de vivir y trabajar en la Unión Soviética hasta 1937, cuando las circunstancias políticas imposibilitaron que así fuera.

Aunque Keynes se proclama no creyente, al presentar el marxismo soviético como una fe en la que se muestran *actitudes* fervientemente religiosas (hacia, por ejemplo, el valor del hombre corriente y la maldad del amor al dinero), pero no *creencias* sobrenaturales, constituye, en mi opinión, un importante indicio de lo que Wittgenstein esperaba encontrar en la Rusia soviética.

La insinuación de Wittgenstein a Keynes de que la casa de la Kundmanngasse estaría acabada para noviembre de 1927 era, por razones ya explicadas, irremediablemente optimista, y no fue hasta un año más tarde cuando pudo considerar el proyectado viaje a Inglaterra.

Mientras tanto, tuvo la oportunidad de ver y oír por sí mismo la «amenaza bolchevique» que tanto había perturbado a Ramsey. En marzo de 1928 Brouwer fue a Viena para pronunciar una conferencia titulada «Matemáticas, ciencia y lenguaje», a la que Wittgenstein asistió en compañía de Waismann y Feigl. Después, los tres pasaron unas cuantas horas juntos en un café, y según informa Feigl:

> ... fue fascinante contemplar el cambio experimentado por Wittgenstein esa noche... se volvió extremadamente locuaz y comenzó a esbozar ideas que eran el inicio de sus últimos escritos... esa velada marcó el retorno de

Wittgenstein hacia el enorme interés que había sentido anteriormente por la actividad filosófica.

Sería erróneo inferir del relato de Feigl que Wittgenstein sufriera una súbita conversión al intuicionismo brouweriano, aunque no hay duda de que el escuchar a Brouwer constituyó un tremendo estímulo para él, y ese hecho bien pudo plantar una semilla que crecería en años posteriores. Viendo la obra anterior de Wittgenstein, no hay pruebas de que estuviera al corriente de las ideas de Brouwer, y es posible que oyera hablar de él por primera vez en la referencia hecha por Ramsey en su artículo de 1925. Pero las alusiones a Brouwer proliferan a partir de 1929, tanto que, cuando se invitó a Russell a que informara acerca del trabajo de Wittgenstein, en 1930, detectó lo que obviamente consideraba una influencia nada saludable:

> ... habla demasiado acerca del infinito, y siempre bordea el peligro de repetir lo que Brouwer ha dicho, y hay que frenarle en seco siempre que este peligro se hace patente.

Es probable, sin embargo, que la excitación de Wittgenstein tras la conferencia tuviera que ver tanto con los puntos en los que disentía con Brouwer como con aquellos en los que estaba de acuerdo. En esa conferencia hay muchos aspectos que colisionan con las propias opiniones de Wittgenstein, tanto en sus primeras obras como en las últimas. En particular, la noción kantiana de una «intuición matemática básica», que constituye el fundamento filosófico del intuicionismo, era algo con lo que Wittgenstein nunca había simpatizado en ninguna época de su vida. De hecho, su oposición a este punto se reforzó a medida que pasaba el tiempo, hasta que en sus conferencias de 1939 acerca de los fundamentos de las matemáticas le dijo terminantemente a su audiencia: «El intuicionismo está hecho de tonterías... enteramente.»

Sin embargo, en la visión de Brouwer hay ciertos elementos que estarían en consonancia con las opiniones de Wittgenstein, especialmente en sus divergencias con la perspectiva adoptada por Russell y Ramsey. Tales divergencias son más profundas que el punto concreto observado por Russell –el hecho de que Wittgenstein parecía aceptar el rechazo por parte de Brouwer de una serie infinita en extensión– y constituye una *actitud* filosófica que es fundamentalmente distinta de la mentalidad «burguesa» de Russell y Ramsey. En líneas generales podría decirse que la posición filosófica de Brouwer pertenece a la tradición del pensamiento antirracionalista continental, que uno asocia, por ejemplo, con Schopenhauer, y hacia la cual –como Carnap descubrió sorprendido– Wittgenstein sentía mucha simpatía. (Durante este período, Wittgenstein sorprendió a Carnap al defender a Schopenhauer contra las críticas de Schlick.) El Círculo de Viena, al igual que Russell y Ramsey, se ubicaban en una posición que nada tendría que ver con esta tradición antirracionalista.

Más concretamente, hay elementos en el desacuerdo de Brouwer con el logicismo de Russell que habrían despertado la simpatía de Wittgenstein. Brouwer rechazaba la idea de que las matemáticas podían o tenían que fundarse en la lógica. Además rechazaba la idea de que las comprobaciones lógicas fueran esenciales en matemáticas. También rechazaba la «objetividad» de las matemáticas en el sentido en que se entiende normalmente: por ejemplo, para Brouwer no hay una realidad matemática independiente de la mente acerca de la cual los matemáticos hagan descubrimientos. El matemático, en opinión de Brouwer, no es un descubridor, sino un creador: las matemáticas no son un corpus de hechos, sino una construcción de la mente humana.

Wittgenstein estaba de acuerdo en todos estos puntos, y en su obra posterior puede verse un desarrollo de estos pensamientos que le llevó muy lejos del atomismo lógico del *Tractatus*. Si este desarrollo no le acercó al intuicionismo, quizá le ayudó a cristalizar sus múltiples desacuerdos, generales y de detalle, con la visión logicista de las matemáticas propuesta por Russell y Ramsey, una visión que había guiado, aun cuando no lo hubiera dictado, el punto de vista que había expuesto en el *Tractatus*.

Puede que la conferencia de Brouwer no convenciera a Wittgenstein de que el *Tractatus* era un error, pero pudo haberle llevado a pensar que, después de todo, su libro no era la última palabra sobre el tema. De hecho, quizá había algo más que decir.

De este modo, en el otoño de 1928, cuando la casa estuvo acabada y sus pensamientos se dirigieron de nuevo a su visita a Inglaterra, contempló la idea de regresar al trabajo filosófico. Tal intención no resulta evidente en las cartas que escribió a Keynes. En noviembre le envió fotos de la casa –«à la Corbusier», tal como Keynes la describe de manera inexacta a su mujer, Lidia Lopokova– y le anunció su deseo de visitar Inglaterra en diciembre, lo que incluía unas breves vacaciones en su compañía. «Quiere quedarse conmigo unas dos semanas», escribió Keynes. «¿Seré lo suficientemente fuerte? Quizá, si no trabajo entre ahora y entonces.»

Pero la enfermedad retuvo a Wittgenstein en Viena durante todo diciembre, y cuando a principios de enero finalmente viajó a Inglaterra, fue (tal como Keynes describió sin, aparentemente, una gran sorpresa) no para disfrutar de unas vacaciones en Lewes, ni para buscar trabajo de barrendero, sino para regresar a Cambridge y trabajar con Ramsey en filosofía.

III. 1929-1941

11. EL SEGUNDO ADVENIMIENTO

«Bueno, Dios ha llegado. Le encontré en el tren de las 5.15.»

De este modo anunciaba Keynes el regreso de Wittgenstein a Cambridge en una carta a Lidia Lopokova, fechada el 18 de enero de 1929. Wittgenstein había regresado a Inglaterra hacía unas pocas horas, y ya había informado a Keynes de su plan «de quedarse en Cambridge permanentemente»:

> Hemos tomado el té y ahora me retiro a mi estudio para escribirte. Veo que a partir de ahora la fatiga va a ser abrumadora. Pero no debo dejarle hablar más de dos o tres horas al día.

Para Wittgenstein, la experiencia de regresar a una universidad que había permanecido sin ningún cambio a lo largo de unos años en los que él había sufrido una transformación fundamental –y, además, el hecho de ser recibido por algunas de las mismísimas personas que había dejado en 1913– era algo extraño, casi misterioso. Era, escribió en su diario, «como si el tiempo hubiera retrocedido». «No sé lo que me espera», pero cualquier cosa que resultara ser: «¡Probará algo! Si el tiempo no se acaba»:

> En este momento me encuentro vagando sin rumbo, presa de una gran inquietud, aunque todavía no sé alrededor de qué punto de equilibrio.

A su llegada hubo un intento, orquestado por Keynes, de hacer regresar a Wittgenstein al redil apostólico. Al segundo día de la llegada de Wittgenstein, Keynes organizó una cena especial con los Apóstoles para celebrar su vuelta. Entre los que asistieron estaban Richard Braithwaite, Frank Ramsey, George Rylands, George Thomson, Alister Watson, Anthony Blunt y Julian Bell: la flor y nata de la intelectualidad de Cambridge en esa época. En la cena, Wittgenstein fue elegido miembro honorario (en el lenguaje apostólico: un «ángel»), un gesto de perdón de la sociedad por su actitud hacia ellos en 1912. En la reunión siguiente se declaró que sería «formalmente absuelto de su excomunión en el momento apropiado».

La razón de esta humildad sin precedentes por parte de la sociedad

era que, en su ausencia, Wittgenstein se había convertido en una figura casi legendaria entre la élite de Cambridge, y el *Tractatus* era el núcleo alrededor del que giraba toda discusión intelectual de buen tono.

Pero si los Apóstoles esperaban acaparar a su «Dios» para ellos solos, iban a verse decepcionados. Wittgenstein asistió a pocas de sus reuniones, y en las cenas en la casa de Keynes de Gordon Square entró en contacto con unos cuantos miembros de lo que podía considerarse como la rama londinense de la Sociedad: el grupo de Bloomsbury. Pero había poco en común entre el esteticismo peculiarmente inglés y conscientemente «civilizado» que caracterizaba al grupo de Bloomsbury y a los Apóstoles y el carácter de Wittgenstein, caracterizado por su sensibilidad rigurosamente ascética y una honestidad en ocasiones implacable. Ambas partes se vieron sometidas a una fuerte colisión. Leonard Woolf recuerda que una vez se quedó horrorizado ante el trato «brutalmente grosero» dispensado por Wittgenstein a Lidia Keynes en el almuerzo. Durante otro almuerzo, Wittgenstein se marchó, escandalizado por una abierta discusión sobre sexo en presencia de las damas. Estaba claro que en la atmósfera de Bloomsbury no se sentía nada cómodo. Frances Partridge describe cómo, en contraste con los Bell, Strachey y Stephens, con los que ella se relacionaba, Wittgenstein parecía incapaz o poco dispuesto a discutir de asuntos serios con los miembros del sexo opuesto: «Cuando la compañía era mixta, su conversación era con frecuencia trivial en extremo, y salpicada de chistes malos acompañados de una sonrisa glacial.»

Es posible que, en las fiestas de Keynes, Wittgenstein y Virginia Woolf jamás llegaran a conocerse; y si se conocieron, parece ser que ninguno de los dos causó gran impresión en el otro. Tras la muerte de Virginia Woolf, Wittgenstein habló con Rush Rhees acerca del efecto que el entorno familiar de aquélla había tenido en su vida. Ella creció, dijo Wittgenstein, en una familia en la que la medida del valor de una persona la daba el hecho de que ésta se distinguiera en el campo de la literatura o en el del arte, la música, la ciencia o la política, y consecuentemente ella jamás se planteó que pudiera haber otros «logros». Esto podía basarse en el conocimiento personal, aunque también en rumores que había oído. No hay ninguna referencia a Wittgenstein en los diarios de Virginia Woolf, y sólo unas escasas menciones incidentales de él en sus cartas. En una carta a Clive Bell escrita unos pocos meses después de la llegada de Wittgenstein a Cambridge, le menciona en relación con el hijo de Bell, Julian:

> ... Julian, dice Maynard, es sin duda el estudiante más importante del King's, y puede que le den una beca, y Maynard parece muy impresionado con él y su poesía; por cierto, Julian dice que discutió con Maynard a propósito de Wittgenstein, pero que fue derrotado.

La referencia es interesante sólo por el hecho de que fue Julian Bell quien iba a proporcionar, en una extensa sátira a lo John Dryden publicada en la revista estudiantil *The Venture*, dirigida por Anthony Blunt,

una especie de réplica bloomsburiana a lo que algunos comenzaban a ver como el incivilizado salvajismo del estilo discutidor y dominante de Wittgenstein.

En el poema, Bell intenta defender el credo de Bloomsbury según el cual «la valía se conoce y se encuentra en los estados de ánimo», contrariamente a la visión del *Tractatus*, según la cual tales afirmaciones son absurdas. Seguramente, arguye Bell, Wittgenstein rompe sus propias reglas:

Pues él dice absurdos, numerosas afirmaciones hace,
siempre su voto de silencio rompe:
de ética y estética habla noche y día,
y de las cosas dice si son buenas o malas, erróneas o acertadas.

No es sólo que Wittgenstein hable de estas cosas, acerca de las cuales insiste en que hay que guardar silencio; domina *todas* las conversaciones sobre estos temas:

... ¿quién, en cualquier materia, ha visto alguna vez
a Ludwig abstenerse de sentar cátedra?
En todas las reuniones nos acalla a gritos,
y detiene nuestra frase tartamudeando la suya;
discute sin cesar, áspero, airado y con voz sonora,
seguro de que tiene razón, y de su rectitud orgulloso,
tales defectos son comunes, compartidos por todos en parte,
pero Wittgenstein pontifica sobre el Arte.

El poema fue escrito como epístola a un compañero apóstol, Richard Braithwaite, y expresaba la opinión de muchos de los jóvenes estetas apostólicos –«esos Julian Bells», como los llamaba despectivamente Wittgenstein–, quienes leyeron la misiva con mucho agrado. Cuando fue publicada, dice Fania Pascal, «las personas más amables gozaron con unas cuantas carcajadas; alivió la tensión acumulada, el resentimiento, incluso el miedo. Pues nadie era capaz de devolverle la pelota a Wittgenstein y pagarle con la misma moneda».

Si en aquella ocasión Wittgenstein no volvió completamente la espalda a los Apóstoles, fue porque entre sus miembros se contaba Frank Ramsey.

Durante su primer año en Cambridge, Ramsey no fue sólo el más valioso compañero en la discusión filosófica, sino también su mejor amigo. Durante las dos primeras semanas posteriores a su llegada vivió con los Ramsey en su casa de Mortimer Road. La mujer de Ramsey, Lettice, pronto se convirtió en una buena amiga y confidente: una mujer que, tal como Keynes lo expresaba: «al menos ha conseguido mitigar la fiereza del cazador salvaje». Poseía un acusado sentido del humor y una natural ho-

nestidad que relajaba a Wittgenstein, y que se ganó su confianza. Sólo con ella se sentía capaz de hablar de su amor por Marguerite, aunque, a partir de una carta de Frances Partridge a su marido Ralph, podemos deducir que no guardó el secreto de una manera estricta:

> Hemos visto mucho a Wittgenstein; le ha confiado a Lettice que está enamorado de una dama vienesa, pero cree que el matrimonio es algo sagrado, y es incapaz de hablar de él a la ligera.

Lo que aquí resulta sorprendente no es que fuera incapaz de hablar a la ligera del matrimonio, sino que fuera capaz de hablar de ese tema. En esa época escribía a Marguerite de manera frecuente y regular, a veces diariamente, pero ella no se dio cuenta de que pretendía hacerla su mujer hasta unos dos años después, y cuando lo advirtió emprendió una premiosa retirada. Aunque halagada por sus atenciones, e intimidada por la fuerza de su personalidad, Marguerite no veía en Wittgenstein las cualidades que deseaba en un marido. Él era demasiado austero, demasiado exigente (y, uno sospecha, un poco demasiado judío). Además, cuando él dejó claras sus intenciones, también expresó que tenía en mente un matrimonio platónico, sin hijos... y eso no era para ella.

Durante sus dos primeros trimestres en Cambridge, el estatus oficial de Wittgenstein fue el de «estudiante avanzado» que prepara su licenciatura en filosofía y letras, con Ramsey, diecisiete años menor que él, de supervisor. En la práctica, él y Ramsey se reunían como iguales trabajando en problemas similares o relacionados, y buscaban la crítica, la guía y la inspiración el uno en el otro. Se reunían varias veces por semana, durante muchas horas seguidas, para discutir de los fundamentos de las matemáticas y la naturaleza de la lógica. Wittgenstein describía estas reuniones en su diario como «deliciosas discusiones»: «Hay algo juguetón en ellas, y creo que las llevamos a cabo con buen humor.»

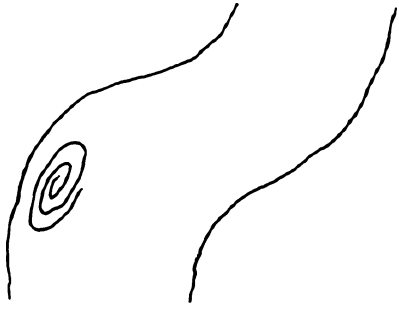
> No hay para mí nada más agradable que el hecho de que alguien me saque los pensamientos de la boca, y a continuación, por así decir, los extienda al aire libre.

«No me gusta pasear solo por los campos de la ciencia», añadía.

El papel de Ramsey en estas discusiones era similar al de cualquier otro supervisor: presentar objeciones a lo que Wittgenstein decía. En el prefacio a las *Investigaciones*, Wittgenstein dice que fue ayudado por las críticas de Ramsey —«hasta un punto que apenas puedo calcular»— para darse cuenta de los errores del *Tractatus*. En una entrada del diario que llevaba en esa época, sin embargo, adopta una perspectiva menos generosa:

> Una buena objeción ayuda a seguir adelante, una objeción superficial, aunque sea válida, es agotadora. Las objeciones de Ramsey son de este

tipo. La objeción no ataja el asunto de raíz, donde está la vida, sino por un punto tan exterior que nada puede rectificarse, aunque sea erróneo. Una buena objeción ayuda a ir directamente hacia una solución, una superficial debe ser superada, y, a partir de entonces, puede ser dejada a un lado. Al igual que un árbol se dobla en un nudo del tronco para seguir creciendo.



A pesar del enorme respeto que sentían el uno por el otro, había grandes diferencias, tanto intelectuales como de temperamento, entre ellos. Ramsey era un matemático, insatisfecho con los fundamentos lógicos de la materia, y quería reconstruir las matemáticas sobre principios sólidos. Wittgenstein no estaba interesado en reconstruir las matemáticas; su interés estribaba en extraer la raíz filosófica de la que surgía la confusión acerca de las matemáticas. De este modo, aunque Ramsey podía dirigirse hacia Wittgenstein buscando inspiración y Wittgenstein a Ramsey buscando una crítica, las frustraciones entre los dos eran inevitables. En una ocasión, Ramsey le dijo claramente a Wittgenstein: «No me gusta tu manera de discutir», mientras que Wittgenstein escribía de Ramsey, en un comentario ya citado, que era un «pensador burgués» a quien le molestaba la reflexión filosófica *verdadera* «hasta el punto de menospreciar sus resultados (si es que tenía alguno) y declararlos triviales».

Un pensador «no burgués» cuya profunda influencia sobre el desarrollo de Wittgenstein data de ese primer año en Cambridge fue Piero Sraffa. Sraffa era un brillante economista italiano (de inspiración fuertemente marxista), e íntimo amigo de Antonio Gramsci, el líder comunista italiano que estaba encarcelado. Tras haber puesto en peligro su carrera en su país por haber publicado un ataque a la política de Mussolini, Sraffa fue invitado por Keynes a ir al King's para proseguir su trabajo, y se creó en Cambridge una cátedra de economía especialmente para él. Al ser presentados por Keynes, Wittgenstein y él se hicieron buenos amigos, y Wittgenstein quedaba con él al menos una vez por semana para charlar. Llegó a valorar estos encuentros mucho más que los que mantenía con Ramsey. En el prefacio a las *Investigaciones* dice de las críticas de Sraffa: «Las ideas más importantes de este libro están en deuda con *ese* estímulo.»

Ésta es una afirmación de peso, y —considerando lo completamente

distintas que eran sus preocupaciones intelectuales– también bastante desconcertante. Pero es precisamente porque las críticas de Sraffa no se referían a los detalles (pues, podríamos decir, no era filósofo ni matemático) por lo que podían ser de importancia. Contrariamente a Ramsey, Sraffa tenía el poder de obligar a Wittgenstein a revisar no sólo este o ese punto, sino toda su perspectiva. Una anécdota que ilustra este hecho fue comentada por Wittgenstein tanto con Malcom como con Von Wright, y desde entonces se ha contado muchas veces. Se refiere a una conversación en la que Wittgenstein insistía en que una proposición y lo que describe deben poseer la misma «forma lógica» (o «gramática», según la versión del relato). Ante esta idea, Sraffa hizo un gesto napolitano de pasarse las puntas de los dedos por la barbilla, preguntando: «¿Cuál es la forma lógica de *esto*?» Esto, según el relato, hizo que Wittgenstein abandonara la teoría, presente en el *Tractatus*, de que una proposición debía ser una «imagen» de la realidad que describe.

La importancia de esta anécdota no reside en que explique por qué Wittgenstein abandonó la teoría figurativa del significado (pues no lo explica), sino en que es un buen ejemplo de la manera en que Sraffa era capaz de conseguir que Wittgenstein viera las cosas de una manera nueva, desde una perspectiva distinta. Wittgenstein les dijo a sus amigos que sus discusiones con Sraffa le hacían sentirse como un árbol al que le han cortado las ramas. La metáfora está cuidadosamente elegida: podar las ramas muertas permite que crezcan otras nuevas y vigorosas (mientras que las objeciones de Ramsey dejaban la madera muerta sin podar, obligando al árbol a deformarse).

Una vez, Wittgenstein le comentó a Rush Rhees que lo más importante que le habían aportado sus conversaciones con Sraffa era una óptica «antropológica» para ver los problemas filosóficos. Este comentario explicaría en cierto modo por qué se atribuye a Sraffa haber ejercido una influencia tan importante. Uno de los aspectos más asombrosos en que la obra posterior de Wittgenstein difiere del *Tractatus* es en su visión «antropológica». Es decir, mientras que el *Tractatus* aborda el lenguaje aislándolo de las circunstancias en las que se utiliza, las *Investigaciones* ponen énfasis repetidamente en la importancia del «flujo de vida», que es lo que da significado a las manifestaciones lingüísticas: un «juego de lenguaje» no puede describirse sin mencionar las actividades y el modo de vida de la «tribu» que lo juega. Si este cambio de perspectiva deriva de Sraffa, entonces su influencia en su obra posterior es de una importancia fundamental. Pero en este caso, esa influencia debió de tardar años en fructificar, pues este rasgo «antropológico» del método filosófico de Wittgenstein no comienza a emerger hasta aproximadamente 1932.

Aparte de con Ramsey y Sraffa, Wittgenstein tenía poca relación con los otros catedráticos de Cambridge. Tras las primeras semanas, sus relaciones con Keynes se limitaron en gran parte a asuntos profesionales, y

aunque Keynes se convirtió en un inapreciable aliado siempre que Wittgenstein necesitaba solucionar algo con las autoridades, no era un amigo íntimo. Podemos deducir que éste era un papel que a Keynes le hacía bastante feliz; pues el ser *amigo* de Wittgenstein le exigía más tiempo y energía de los que podía o estaba dispuesto a sacrificar.

Dio la casualidad de que G. E. Moore iba en el mismo tren procedente de Londres que Wittgenstein tomó a su llegada a Cambridge, y su amistad, rota desde la brutal carta de Wittgenstein a Moore de 1914, se reanudó inmediatamente. Moore, que por entonces era profesor de filosofía en Cambridge, asumió la responsabilidad de conseguir las becas que permitieran a Wittgenstein proseguir su trabajo; aparte de esto, sin embargo, su amistad era más personal que filosófica. Aunque admiraba la exactitud en la expresión de Moore, y de vez en cuando se servía de ella para encontrar la palabra adecuada para expresar algo concreto, Wittgenstein no le consideraba un filósofo demasiado original. «¿Moore?», dijo una vez, «demuestra lo lejos que puede llegar un hombre que no posee la menor inteligencia.»

De manera parecida, con el lógico W. E. Johnson, por entonces ya mayor –otra figura de su primera época en Cambridge–, Wittgenstein mantenía una afectuosa amistad, a pesar de la distancia intelectual que existía entre ambos, Wittgenstein admiraba a Johnson más como pianista que como lógico, y asistía regularmente a sus «conciertos caseros» de los domingos por la tarde para oírle tocar. Por su parte, aunque Johnson apreciaba y admiraba a Wittgenstein, consideraba que su regreso era un «desastre para Cambridge». Dijo que Wittgenstein era «un hombre bastante incapaz de mantener una discusión».

Aunque se acercaba a su cuadragésimo cumpleaños, Wittgenstein extraía su círculo de amistades de entre la generación más joven de Cambridge: estudiantes (del tipo no apostólico) que asistían al Club de Ciencia Moral. Fue entre «los hijos de la clase media inglesa» que formaban esta sociedad de estudiantes de filosofía donde Wittgenstein, según Fania Pascal, encontró los dos rasgos que exigía en un discípulo: una inocencia infantil y una inteligencia de primera clase. Puede que esto sea así, pero creo que también es cierto que Wittgenstein simplemente se daba cuenta de que tenía más en común con la joven generación. En cierto sentido, él mismo era muy joven. Incluso lo parecía, y a sus cuarenta años con frecuencia le confundían con un estudiante. Pero más importante era el hecho de que poseyera el vigor intelectual y la flexibilidad de la juventud. «La mente», le dijo a Drury, «se entumece antes que el cuerpo»; y en este sentido él todavía era un adolescente. Es decir, que había muy poco en su actitud que se hubiera vuelto inflexible. Había llegado a Cambridge dispuesto a revisar todas las conclusiones que había alcanzado hasta entonces, dispuesto no sólo a considerar nuevas maneras de pensar, sino incluso nuevas maneras de vivir. Por ello estaba tan poco formado, tan poco sometido a ninguna pauta vital concreta, como cualquier estudiante.

Muchos de los que habían oído hablar de Wittgenstein como del autor

del *Tractatus Logico-Philosophicus* se lo imaginaban como un viejo y solemne académico alemán, y no estaban preparados para la figura vivaz y juvenilmente agresiva con que se encontraban en el Club de Ciencia Moral. S. K. Bose, por ejemplo, que posteriormente se convertiría en miembro del círculo de amigos y admiradores de Wittgenstein, recuerda:

> Mi primer encuentro con Wittgenstein tuvo lugar en una reunión del Club de Ciencia Moral, en el que leí una conferencia acerca de «La naturaleza del juicio moral». Fue una reunión a la que asistió bastante gente, y algunos se sentaron en la alfombra. Entre éstos había una persona desconocida para todos nosotros (excepto, naturalmente, para el profesor Moore y para algún que otro miembro de más edad). Cuando acabé la conferencia, el desconocido hizo algunas preguntas y objeciones de esa manera franca (pero nunca descortés) que posteriormente uno acabaría asociando con Wittgenstein. Nunca he sido capaz de borrar de mi memoria la vergüenza que experimenté al enterarme, un tiempo después, de quién había sido mi interlocutor, y darme cuenta de lo arrogante que yo había sido al abordar las preguntas y objeciones que él había planteado.

Wittgenstein llegó a dominar las discusiones del Club de Ciencia Moral de manera tan completa que C. D. Broad, profesor de filosofía moral, dejó de asistir. No estaba dispuesto, dijo, «a pasar varias horas cada semana en medio de una espesa atmósfera de humo de cigarrillos mientras Wittgenstein daba vueltas y más vueltas a sus ideas mientras sus fieles "le observaban maravillados con una estúpida expresión de reverencia"».

Desmond Lee, otro miembro del círculo de estudiantes amigos de Wittgenstein, le ha comparado, en su preferencia por las discusiones con jóvenes y por el efecto con frecuencia pasmoso que ejercía sobre ellos, con Sócrates. Ambos, señala, ejercían una influencia casi hipnótica sobre aquellos que caían bajo su hechizo. El propio Lee se liberó de este hechizo al abandonar Cambridge, y aunque profundamente influido por Wittgenstein, no se le puede considerar un discípulo propiamente dicho. Su contemporáneo Maurice Drury, sin embargo, se convirtió en el primero y quizá más perfecto ejemplo de los jóvenes discípulos descritos por Fania Pascal.

Tras su primer encuentro con Wittgenstein en 1929, casi todas las decisiones importantes de su vida fueron tomadas bajo la influencia de éste. Al dejar Cambridge, primero intentó ser ordenado sacerdote anglicano. «No creas que lo creo ridículo ni por un momento», comentó Wittgenstein al ser informado del plan, «pero no puedo aprobarlo; no, no puedo aprobarlo. Me daría miedo que un día ese cuello duro te asfixiara.» Esto ocurrió en la segunda o la tercera vez que se vieron. En la siguiente ocasión, Wittgenstein retomó el tema: «Simplemente piensa, Drury, en lo que significaría tener que pronunciar un sermón cada semana; no podrías hacerlo.» Tras un año en la facultad de teología, Drury estuvo de acuerdo con él, e, incitado por Wittgenstein, en lugar de eso consiguió un empleo

entre «personas corrientes». Trabajaba en proyectos para ayudar a los desempleados, primero en Newcastle y luego en Gales del Sur, después de lo cual, también incitado por Wittgenstein, cursó estudios de medicina. Tras la guerra se especializó en psiquiatría (una rama de la medicina sugerida por Wittgenstein), y desde 1947 hasta su muerte, en 1976, trabajó en el Hospital St. Patrick de Dublín, primero como psiquiatra residente y luego como especialista en psiquiatría. Su colección de ensayos acerca de los problemas filosóficos de la psiquiatría, *El peligro de las palabras*, fue publicada en 1973; aunque bastante olvidada, es quizá, en su tono y en sus preocupaciones, la obra más auténticamente wittgensteiniana publicada por cualquiera de los estudiantes de Wittgenstein. «¿Por qué me he decidido a reunir estas páginas?», se pregunta en el prefacio, y responde:

> Sólo por una razón. El autor de estos textos fue una vez alumno de Ludwig Wittgenstein. Ahora es algo bien conocido que Wittgenstein animaba a sus alumnos (al menos a aquellos que consideraba que no tenían una gran originalidad en su capacidad filosófica) a apartarse de la filosofía académica y seguir alguna vocación concreta. En mi caso me incitó a que estudiara medicina, me dijo que en ningún caso «dejara de pensar», y que hiciera uso de lo que me había enseñado. Por tanto, y de manera un tanto vacilante, decido publicar estos ensayos como ilustración de la influencia que Wittgenstein tuvo en el pensamiento de alguien que se enfrentó con unos problemas que poseían una inmediata dificultad práctica a la hora de abordarlos, así como una confusión filosófica aún mayor al reflexionar sobre ellos.

De igual modo, poco antes de su muerte, Drury publicó sus notas de las conversaciones con Wittgenstein para contrarrestar el efecto de «comentaristas bienintencionados» que «daban la impresión de que los escritos de Wittgenstein eran, por entonces, fácilmente asimilables dentro del medio intelectual contra el que precisamente eran en gran parte una advertencia». Estas notas proporcionan –quizá más que cualquier otra fuente secundaria– información acerca de las actitudes espirituales y morales que conformaban la vida y la obra de Wittgenstein. Drury es el primer discípulo, aunque de ningún modo el último, que ilustra el hecho de que existe un aspecto importante de la influencia de Wittgenstein que no es y no puede ser abordado por el gran corpus de la literatura académica que la obra de Wittgenstein ha inspirado. Podría decirse que la línea de sucesión apostólica se extiende más allá de los confines de la filosofía académica.

Uno de los estudiantes que más amistad tenía con Wittgenstein, de hecho, era un hombre que no sentía el menor interés por la filosofía. Gilbert Pattisson conoció a Wittgenstein en el tren, durante su regreso de Viena tras las vacaciones de Semana Santa de 1929, y durante diez años los dos disfrutaron de una amistad afectuosa y estrictamente no filosófica, que llegó a su fin durante los tempestuosos años de la Segunda Guerra

Mundial, cuando Wittgenstein comenzó a tener la sospecha de que Pattisson adoptaba una actitud patriotera respecto de la guerra. Pattisson era (de hecho es) un personaje afable, inteligente y bastante mundano, muy opuesto a los inocentes y excesivamente tímidos discípulos descritos por Pascal. Al completar sus estudios en Cambridge (con un mínimo de esfuerzo académico y de entrega), se convirtió en contable diplomado de la City de Londres, y llevó el tipo de vida confortable que se correspondía con su clase social, crianza y educación. Con él Wittgenstein podía permitirse el gusto por lo que Frances Partridge había descrito como un humor trivial y ligero, y que el propio Wittgenstein solía calificar simplemente de «absurdo» [*«nonsense»*]. El tener a alguien con quien «hablar del absurdo por el patio», dijo, era una necesidad profundamente arraigada.

En Cambridge, Pattisson y Wittgenstein podían leer juntos revistas como *Tatler*, disfrutando de la gran proporción de «absurdo», y en particular de los ridículos anuncios que solían aparecer en tales publicaciones. También eran ávidos lectores de las «Cartas de un cliente satisfecho», que solían exhibirse en los escaparates de Burton's, «El creador del buen gusto», y al cual Pattisson y Wittgenstein prestaban una exagerada atención cuando iban a comprar ropa para Wittgenstein. (Puede que casi todo el mundo tuviera la impresión de que Wittgenstein siempre llevaba la misma ropa: una camisa abierta, pantalones de franela grises y zapatos recios; de hecho, estas prendas eran elegidas con meticuloso cuidado.)

Cuando Pattisson abandonó Cambridge, él y Wittgenstein siguieron viéndose siempre que éste pasaba por Londres (y lo hacía con frecuencia, siempre que iba a Viena) para realizar lo que Wittgenstein denominaba su «ritual». Consistía en tomar el té en Lyons y luego ir a alguno de los cines que había en Leicester Square. Antes de ir a Londres, Wittgenstein le enviaba a Pattisson una carta anunciándole su llegada, a fin de que éste hiciera los preparativos necesarios; por ejemplo: buscar en el *Evening Standard* un cine en el que proyectaran una «buena» película. Según el gusto de Wittgenstein, esto significaba una película americana, preferiblemente un western, o, en una época posterior, un musical o una comedia romántica, pero siempre algo sin pretensiones artísticas ni intelectuales. Quedaba entendido que, dentro de ese ritual, el trabajo de Pattisson en la City quedaba relegado a un segundo plano: «Espero que no te hagas el imprescindible en tu oficina», le escribió una vez Wittgenstein, después de que Pattisson se excusara diciendo que tenía exceso de trabajo. «Recuerda, hasta Bismarck podía ser sustituido.»

La correspondencia de Wittgenstein con Pattisson consiste casi enteramente en el «absurdo». En casi todas las cartas hace uso del adjetivo *«bloody»* [maldito, puñetero, ensangrentado], que por alguna razón Wittgenstein encontraba inagotablemente divertido. Solía comenzar sus cartas con «Dear Old Blood», y acabarlas con «Yours bloodily» [Malditamente tuyo] o «Yours in bloodiness» [Puñeteramente tuyo]. Pattisson le enviaba fotografías recortadas de revistas, que él denominaba sus «cuadros», a lo cual Wittgenstein respondía con un elogio exageradamente solemne: «Re-

conocería inmediatamente un Pattisson aunque no estuviera firmado. Hay en él esa puñetería jamás expresada anteriormente por la brocha.» En respuesta, Wittgenstein le enviaba «retratos», fotografías de hombres de mediana edad de aspecto distinguido, recortadas de anuncios del periódico para cursos de cómo mejorarse uno mismo. «Mi foto más reciente», anunciaba, adjuntándole una de éstas. «La anterior sólo expresaba amabilidad paternal; ésta expresa triunfo.»

A lo largo de toda la correspondencia hay una amable ridiculización del lenguaje de la publicidad, y el absurdo del estilo se reproduce al utilizarlo simplemente como si fuera la manera normal en que dos amigos se escriben. Al enviarle a Wittgenstein una auténtica fotografía suya, Pattisson escribe en el dorso: «Al otro lado puede verse uno de nuestros trajes 47/6.» «De una manera u otra», escribe Wittgenstein al final de una carta, «uno cree instintivamente que el Calcetín Quality Steeples N.º 83 es el calcetín del hombre de verdad. Es un calcetín de buen gusto: de vestir, elegante, cómodo.» En una postdata a otra, escribe:

> Puede que a través de mi generosidad consiga usted, uno de estos días, una muestra gratuita de Glostora, la famosa gomina para el cabello, y puede que su cabello conserve para siempre ese brillo que es tan característico de los caballeros bien acicalados.

Algunas de las bromas contenidas en las cartas de Wittgenstein a Pattisson son, de hecho, asombrosamente malas. Al adjuntar una dirección que acaba «W. C. I», dirige una flecha al «W. C.» y escribe: «Esto no significa "Lavabo".» Y en el dorso de una postal de la Catedral Iglesia de Cristo, en Dublín, escribe: «Si no recuerdo mal, esta catedral fue construida, en parte al menos, por los normandos. Naturalmente hace ya mucho tiempo y mi memoria ya no es lo que era.»

A los pocos meses de estar en Cambridge, pues, Wittgenstein estableció un círculo de amistades bastante amplio que, hasta cierto punto, mostraba su miedo a encontrarse desplazado en la sociedad. Y aun así seguía considerándose un extraño en Cambridge, le afectaba la ausencia de alguien como Paul Engelmann o Ludwig Hänsel, alguien con quien poder discutir sus pensamientos y sentimientos más íntimos en su propio lenguaje, y con la certeza de que sería comprendido. Quizá por esta razón, tan pronto como volvió a Cambridge, regresó a una práctica que no había llevado a cabo desde la publicación del *Tractatus*: comenzó a hacer anotaciones de diario de tipo personal en sus cuadernos. Igual que anteriormente, éstas estaban separadas de sus reflexiones filosóficas, y redactadas en un lenguaje cifrado que había utilizado de niño. En una de estas primeras anotaciones, comenta lo extraño que era: «Que durante todos estos años no haya sentido la menor necesidad de hacer anotaciones personales en mis cuadernos», y reflexiona acerca de la génesis de esta costumbre.

En Berlín, cuando comenzó a escribir sus pensamientos acerca de sí mismo, había surgido de la necesidad de preservar algo de su persona. Había sido un paso importante, y aunque había en ello algo de vanidad e imitación (de Keller y Pepys), aun así respondían a una verdadera necesidad; eran un sustituto de alguien en quien confiar.

Wittgenstein no confiaba plenamente en la gente de Cambridge, pues, dadas las diferencias lingüística y cultural de las que ahora era mucho más agudamente consciente de lo que quizá estaba dispuesto a reconocer, no podía estar seguro del todo de que le comprendieran. Siempre que surgía un malentendido se sentía inclinado a atribuirlo a estas diferencias. «Lo que una afirmación parece implicar para mí no es lo mismo que puede implicar para ti», le escribió a Ramsey después de uno de estos malentendidos. «Si alguna vez tuvieras que vivir entre extranjeros durante un período largo de tiempo y depender de ellos, comprenderías mi dificultad.»

La sensación de depender de la gente ante la que no podía hacerse entender le provocaba un intenso sufrimiento, en particular si de por medio había cuestiones de dinero. En mayo de 1929 le escribió una larga carta a Keynes intentando explicarle estas angustias. «Por favor, intenta comprender antes de criticar», rogaba, añadiendo: «Escribir en un idioma extranjero lo hace aún más difícil.» Se había llegado a convencer (como ya hemos visto, con alguna justificación) de que Keynes se había cansado de su conversación. «*¡Por favor, ahora no creas que eso me importa!*», escribió. «Por qué no deberías haberte cansado de mí, no creo ni por un momento que yo pueda ser divertido ni interesante.» Lo que más le apenaba era el miedo a que Keynes pudiera creer que cultivaba su amistad a fin de recibir ayuda financiera; en su angustia por este hecho, y por ser malinterpretado cuando hablaba en inglés, inventó una confirmación de sus temores completamente ficticia.

> A principio de este trimestre fui a verte y quería devolverte un dinero que me habías prestado. Y debido a mi torpe manera de hablar prologué el acto de devolvértelo diciendo: «Oh primero quiero dinero» queriendo decir: «Primero quiero arreglar el asunto del dinero» o alguna frase parecida. Pero tú naturalmente me malinterpretaste, y consiguientemente pusiste una cara que era un poema. Y lo que siguió a esto, me refiero a nuestra conversación acerca de la sociedad [los Apóstoles], me mostró la cantidad de sentimientos negativos que has acumulado en mi contra.

Sin embargo, probablemente tenía razón en el hecho de que Keynes se viera a sí mismo antes como un benefactor que como un amigo. Pero, insistía, «no acepto que nadie que no sea mi amigo sea mi benefactor. (Por eso acepté tu ayuda hace tres años en Sussex)». Finalizaba: «Por favor, no contestes esta carta a menos que seas capaz de escribir una respuesta breve y amable. No te he escrito para pedirte explicaciones, sino

para informarte de lo que pienso. De manera que si no puedes escribir una respuesta amable en tres líneas, preferiré que no escribas ninguna.» La respuesta de Keynes es una obra maestra de tacto y sensibilidad:

> Querido Ludwig:
>
> ¡Qué maniático eres! Naturalmente no hay ni un gramo de verdad en lo que dices del dinero. Jamás se me pasó por la cabeza que lo único que quisieras de mí fuera que te hiciera efectivo un cheque o algo parecido. Jamás pensé que pudieras querer dinero de mí, a no ser en circunstancias en las que me pareció apropiado dártelo. Cuando mencionaba tus finanzas en mi carta del otro día era porque había oído decir que estabas preocupado por tener que pagar unas elevadas e inesperadas tasas académicas, y yo quería, si tal cosa era cierta, examinar esa posibilidad que creo te sugerí la primera vez que apareciste, es decir, que sería factible obtener alguna ayuda del Trinity. Había considerado si sería bueno hacer algo sin consultarte, y había decidido que quizá fuera mejor que no lo hiciera así.
>
> No..., no era un «tono de rencor» lo que me hizo hablar bastante hoscamente la última vez que nos vimos, era simplemente la fatiga o la impaciencia ante la dificultad, casi imposibilidad, cuando uno mantiene una conversación que le afecta personalmente, de conseguir transmitirle a su mente las impresiones verdaderas y mantener fuera las falsas. ¡Y luego vas y te inventas una explicación tan remota de lo que había en mi conciencia que nunca se me hubiera ocurrido precaverme de ella!
>
> La verdad es que mi actitud se alterna entre mi aprecio y disfrute de tu compañía y tu conversación, y la posibilidad de que mis nervios queden destrozados por ambas cosas. ¡No es nada nuevo! Siempre la he tenido..., siempre durante estos veinte años. Pero «rencor», «falta de amabilidad»; si pudieras mirar en mi corazón, verías algo muy distinto.

Sin comprometerse a las tensiones de una amistad más íntima con Wittgenstein, Keynes consiguió suavizar las cosas hasta el extremo de que Wittgenstein aceptó sin problemas el que se convirtiera en un benefactor *amistoso*, cuya ayuda era ofrecida, y por tanto aceptada, de buen talante.

Sin algún tipo de ayuda financiera, Wittgenstein no habría sido capaz de proseguir su trabajo filosófico. A final del segundo trimestre, fueran cuales fueran sus ahorros (es de presumir que procedentes de sus ganancias como arquitecto), resultaban insuficientes para pagar las tasas de la universidad y dejarle algo de lo que vivir. La sugerencia de Keynes de que solicitara una beca de investigación del Trinity fue aceptada, pero hubo, de manera inevitable, complicaciones. Éstas surgieron del hecho de que a la universidad le resultaba difícil comprender por qué alguien que procedía de una familia tan rica como Wittgenstein necesitaba una de esas becas. ¿Tenía alguna otra fuente de ingresos?, le preguntó Sir James Butler, el tutor del Trinity. No, respondió. ¿No tiene parientes que puedan ayudarle? Sí, respondió. «Como de algún modo parece que intentara ocultar algo», le escribió a Moore tras la entrevista, «aceptarás mi declaración escrita de que no sólo tengo un buen número de parientes ricos, sino que

además me darían dinero si se lo pidiera, PERO NO LES PEDIRÉ UN PENIQUE». Su actitud, como le explica a Moore en otra carta, era ésta:

> Me propongo hacer un trabajo, y tengo una vaga idea de que el *college*, en algunos casos, alienta trabajos de este tipo por medio de becas de investigación, subvenciones, etc. Es decir, produzco un cierto tipo de bienes, y *si* el *college* tiene algún utilidad que dar a estos bienes, me gustaría que el *college* me permitiera producirlos, siempre y cuando *tenga* una utilidad para ellos, y siempre y cuando yo *pueda* producirlos.

Su solicitud de beca fue exageradamente apoyada por Frank Ramsey, quien en su papel de supervisor de Wittgenstein le escribió a Moore acerca de la necesidad de tal ayuda. «En mi opinión», escribió, «Mr. Wittgenstein es un genio filosófico distinto de todos los demás que he conocido.»

> Esto se debe en parte a su gran talento para ver lo que es esencial en un problema, y en parte a su abrumador vigor intelectual, a la intensidad del pensamiento con el que persigue cualquier cuestión hasta el fondo, y a que nunca se queda contento con una simple hipótesis verosímil. De su trabajo, más que del realizado por ningún otro, espero una solución a los problemas que me confunden en el campo de la filosofía en general y en los fundamentos de las matemáticas en particular. Me parece, por tanto, algo extraordinariamente afortunado que haya vuelto para investigar.

El informe de Ramsey acerca de los «bienes» que Wittgenstein había producido hasta entonces, sin embargo, decepciona por su brevedad.

> Durante los dos últimos trimestres he permanecido en estrecho contacto con su trabajo, y me parece que ha hecho progresos extraordinarios. Comenzó con ciertas cuestiones en el análisis de proposiciones, que ahora le han conducido a problemas acerca del infinito que se hallan en la raíz de las polémicas actuales acerca de los fundamentos de las matemáticas. Al principio yo temía que sus escasos conocimientos de matemáticas resultaran un serio obstáculo a su trabajo en este campo. Pero sus avances ya me han convencido de que no es así, y que probablemente llegará a hacer un trabajo de primera importancia.

«Ahora trabaja muy duro», añade Ramsey, «y, hasta donde yo puedo juzgar, va teniendo éxito. El que se viera interrumpido por falta de dinero sería una gran desgracia para la filosofía.»

Quizá a fin de acabar de convencer a las autoridades, a Wittgenstein se le concedió apresuradamente el título de doctor en Filosofía por su «tesis», el *Tractatus*, una obra que había estado en las librerías durante siete años y que muchos ya veían como un clásico de la filosofía. Los examinadores fueron Moore y Russell, y este último tuvo que ser arrastrado un

tanto a regañadientes desde su universidad, en Sussex. No había tenido ningún contacto con Wittgenstein desde su encuentro en Innsbruck en 1922, y su actitud era, naturalmente, aprensiva. «Creo», le escribió a Moore, «que a menos que Wittgenstein haya cambiado su opinión acerca de mí, no le gustará demasiado tenerme como examinador. La última vez que nos vimos estuvo tan dolido por el hecho de que yo no fuera cristiano que desde entonces me ha evitado; no sé si su dolor a este respecto ha disminuido, pero todavía debe de tenerme aversión, pues desde entonces nunca se ha comunicado conmigo. No quiero que salga corriendo de la sala en mitad del examen oral, cosa que creo es capaz de hacer.»

El examen oral quedó fijado para el 18 de junio de 1929, y fue dirigido con el aire de una farsa ritual. Cuando Russell entró en la sala del examen en compañía de Moore, sonrió y dijo: «No he visto nada más absurdo en toda mi vida.» El examen comenzó con una charla entre viejos amigos. A continuación Russell, paladeando lo absurdo de la situación, le dijo a Moore: «Vamos, tiene que hacerle algunas preguntas..., usted es el profesor.» Siguió una breve discusión en la que Russell expuso su opinión de que Wittgenstein era incoherente al afirmar que había expresado verdades intocables por medio de proposiciones sin sentido. Naturalmente fue incapaz de convencer a Wittgenstein, quien puso fin al acto palmeando el hombro de sus examinadores y comentando de modo consolador: «No os preocupéis, sé que jamás lo entenderéis.»

En su informe como examinador, Moore afirmaba: «Es mi opinión personal que la tesis de Mr. Wittgenstein es la obra de un genio; pero, sea como fuere, alcanza el nivel requerido para el título de Cambridge de doctor en filosofía.»

Al día siguiente de recibir su título, el Trinity College le concedió a Wittgenstein una beca de 100 libras: 50 para el verano y 50 para el trimestre siguiente.

Wittgenstein pasó la primera parte de sus vacaciones de verano en Cambridge, como inquilino de Maurice Dobb y su mujer en Frostlake Cottage, Malting House Lane. A este período pertenece una breve y difícil amistad con el renombrado crítico literario F. R. Leavis. Se conocieron en una de las «veladas» en casa de Johnson, y de vez en cuando daban largos paseos juntos. Wittgenstein admiraba la personalidad de Leavis más que su trabajo; de hecho, casi podría decirse que apreciaba a Leavis a pesar de su trabajo. Una vez le saludó con las palabras: «¡Abandona la crítica literaria!»: un consejo en el que Leavis, con sorprendente poco acierto, vio la mala influencia de Bloomsbury, suponiendo que Wittgenstein había aceptado a «Keynes, sus amigos y protegidos como esa élite cultural que pretendían ser».

Leavis recuerda que Wittgenstein trabajaba mucho en esa época, y que era frecuente que anduviera escaso de sueño. En una ocasión en que fueron a dar un paseo juntos hasta después de la medianoche, Wittgenstein

estaba tan agotado que de vuelta a Malting House Lane apenas podía caminar sin apoyarse en el brazo de Leavis. Cuando finalmente llegaron a Frostlake Cottage, Leavis le imploró que se fuera a la cama enseguida. «No lo entiendes», contestó Wittgenstein. «Cuando estoy enfrascado en alguna labor siempre tengo miedo a morir antes de acabarla. De modo que hago una copia en limpio de lo que he hecho durante el día y se la entrego a Frank Ramsey para que esté a salvo. Aún no he hecho la copia en limpio de hoy.»

La labor en la que estaba enfrascado era la redacción de un ensayo titulado «Algunos comentarios sobre la forma lógica», que posee la distinción de ser el único texto filosófico que publicó después del *Tractatus*. Se editó en las actas del congreso de la Sesión Anual de la Junta de la Sociedad Aristoteliana y la Mind Association, el congreso de filósofos profesionales más importante, que ese año se celebró en Nottingham entre el 12 y el 15 de julio. Como indicio de la rapidez con que funcionaba su pensamiento en esa época hemos de señalar que, en cuanto hubo enviado su ponencia para que se editara en las actas del congreso, la desestimó, considerándola sin valor, y en el congreso, del que supuestamente eran reflejo las actas, acabó leyendo algo bastante distinto: un ensayo acerca del concepto del infinito en matemáticas, que, consiguientemente, no ha quedado para la posteridad.

Sin embargo, «Algunos comentarios sobre la forma lógica» es interesante como constancia de una fase transitoria en el desarrollo de la filosofía de Wittgenstein, una fase en la que el edificio lógico del *Tractatus*, aunque agrietándose, todavía no se ha demolido del todo. El ensayo puede verse como un intento de responder a las críticas hechas por Frank Ramsey referentes a la exclusión del color en el *Tractatus*. Las objeciones de Ramsey fueron expuestas por primera vez al escribir la reseña del *Tractatus*; y no hay duda de que habían sido exploradas en discusiones posteriores entre ambos durante los dos primeros trimestres de 1929.

En la proposición 6.375 del *Tractatus*, Wittgenstein había insistido: «Al igual que sólo hay una necesidad *lógica*, sólo hay también una imposibilidad *lógica*», y en la siguiente proposición lo había aplicado a la imposibilidad de que algo sea, pongamos, rojo y azul al mismo tiempo.

> Que por ejemplo dos colores estén a la vez en un lugar del campo visual es imposible y, a decir verdad, lógicamente imposible, puesto que ello viene excluido por la estructura lógica del color.

El problema aquí es que si tal cosa es así, entonces la afirmación «Esto es rojo» no puede ser una proposición atómica. En el *Tractatus* se afirmaba que las proposiciones atómicas son lógicamente independientes una de otra, con lo que resulta bastante claro que «Esto es rojo» *no* es independiente de «Esto es azul»: la verdad de una implica la falsedad de la otra. De este modo, las atribuciones de color tienen que ser complejas, susceptibles de un análisis posterior. En el *Tractatus*, Wittgenstein había apelado

al análisis del color en términos de las velocidades de las partículas como manera de salvar esta dificultad. De este modo, la imposibilidad de que algo sea al mismo tiempo azul y rojo aparece como la siguiente contradicción: «Una partícula no puede tener dos velocidades al mismo tiempo; es decir, no puede estar en dos lugares al mismo tiempo.» Pero, tal como insistía Ramsey, incluso en este análisis el problema reaparece:

> ... aun suponiendo que el físico nos proporcione un análisis de lo que queremos indicar con la palabra «rojo», Mr. Wittgenstein sólo reduce la dificultad a las proporciones *necesarias* de espacio, tiempo y materia o éter. Explícitamente hace que dependa de la *imposibilidad* que tiene una partícula de estar en dos lugares al mismo tiempo.

Y resulta difícil ver, dice Ramsey, cómo esto puede ser una cuestión lógica antes que física.

Los comentarios de Ramsey, así presentados, constituían un reto para Wittgenstein: o debía mostrar cómo las propiedades de espacio, tiempo y materia pueden ser necesidades *lógicas*, o proporcionar una explicación alternativa de la exclusión del color. En «Algunos comentarios sobre la forma lógica», Wittgenstein elige la segunda alternativa.

Abandona la afirmación de que las proposiciones atómicas son independientes; la verdad de una puede implicar de hecho la falsedad de la otra, y «Esto es rojo y azul al mismo tiempo» queda, por tanto, excluido. Pero si esto es así, entonces algo no va bien en el análisis de las reglas de la forma lógica que aparecía en el *Tractatus*. Pues, mediante las reglas del *Tractatus*, tales construcciones se excluyen sólo si pueden analizarse en formas del tipo «*p* y *no-p*», cuya contradicción puede demostrarse mediante el método de las Tablas de Verdad. El ensayo, por tanto, acaba de manera problemática.

> La posibilidad de llegar a tales construcciones absurdas hemos de achacarla, naturalmente, a una deficiencia en nuestra notación, pues una perfecta notación tendrá que excluir tales estructuras mediante reglas definidas de sintaxis... Tales reglas, sin embargo, no pueden establecerse hasta que de hecho hayamos alcanzado el análisis definitivo del fenómeno en cuestión. Como todos sabemos, esto es algo que aún no se ha logrado.

En lo que escribió al año siguiente, Wittgenstein hizo algún intento de proporcionar «el análisis definitivo del fenómeno en cuestión», y durante este corto período su trabajo se convirtió, como él mismo lo describía, en una especie de fenomenología. Incitado por sus discusiones con Sraffa, sin embargo, pronto abandonó el intento de reparar la estructura del *Tractatus*, y abandonó del todo la idea de que *tenía* que existir una estructura común entre mundo y lenguaje. De hecho, el momento en que abandonó esa idea coincide quizá con el momento en que decidió no leer el ensayo preparado para el congreso de filósofos. Pues el ensayo no es tanto una

solución al problema suscitado por Ramsey como la admisión de que, dentro de los términos del *Tractatus*, Wittgenstein no tenía ninguna solución.

Habiendo decidido hablar acerca del concepto del infinito en matemáticas, le escribió a Russell pidiéndole que asistiera: «pues tu presencia mejorará inmensamente la discusión, y quizá sea la única manera de hacer que valga la pena». Fue la primera y única vez en su carrera como filósofo que Wittgenstein asistió a ese congreso, y, tal como le explicaba a Russell, no albergaba grandes esperanzas: «Temo que todo lo que uno diga o bien caiga en el vacío o bien despierte problemas irrelevantes en sus mentes.» Temía que lo que él tenía que decir acerca del infinito «les sonara a chino a todos».

El filósofo de Oxford John Mabbott recuerda que cuando llegó a Nottingham para asistir al congreso, conoció en la residencia de estudiantes a un joven que llevaba una mochila, pantalones cortos y una camisa abierta. Como nunca había visto antes a Wittgenstein, creyó que se trataba de un estudiante en vacaciones que no sabía que esa residencia estaba sólo destinada a los asistentes al congreso. «Me temo que esto es una reunión de filósofos», dijo amablemente. Wittgenstein replicó: «Yo también me temo lo mismo.»

Mientras tanto, Russell no asistió, y la conferencia sólo sirvió para confirmar el desprecio de Wittgenstein hacia tales reuniones. Una consecuencia positiva de ese encuentro, sin embargo, fue que allí inició su amistad con Gilbert Ryle, quien, tal como el propio Ryle escribe en su autobiografía, había sido «durante un tiempo un perplejo admirador» de Wittgenstein. Según éste, fue la expresión seria e interesada de Ryle durante su exposición lo que atrajo su atención y le impulsó a trabar amistad con él. Posteriormente, Ryle se convenció de que la influencia de Wittgenstein en los estudiantes era perjudicial, y Wittgenstein de que Ryle, después de todo, no era *serio*. Pero a lo largo de la década de los treinta los dos disfrutaron de una relación cordial, y de vez en cuando iban juntos de excursión cuando estaban de vacaciones. En tales paseos hablaban tanto de cine como de filosofía, Ryle resistiendo tenazmente la aseveración de Wittgenstein de que no sólo no se había hecho jamás una película inglesa que fuera buena, sino que tal cosa era una imposibilidad... casi, podría decirse (sometida a un posterior análisis), una imposibilidad *lógica*.

La convicción de Wittgenstein de que su ensayo acerca del infinito les sonaría a «chino» a los filósofos reunidos en Nottingham es una típica expresión de la recurrente sensación de que se le malinterpretaba. Creía estar rodeado de gente incapaz de comprenderle. Incluso Ramsey era incapaz de seguirle en sus desviaciones radicales de la teoría del *Tractatus*. En septiembre le encontramos quejándose en su diario de la falta de originalidad de Ramsey, de su incapacidad para ver las cosas desde una nueva perspectiva, de procurar abordar los problemas como si se enfrentara a ellos por primera vez. El 6 de octubre, a principios del

primer trimestre, anotaba un sueño que es una especie de alegoría de su situación, o al menos de cómo se sentía:

> Esta mañana he tenido un sueño: hacía tiempo le había encargado a alguien que me construyera una rueda hidráulica, y ahora no la quería, pero esa persona ya estaba trabajando en ella. La rueda estaba ahí, pero mal hecha; tenía muescas en todo su perímetro, quizá a fin de poner las aspas (como en el motor de una turbina de vapor). Esa persona me explicaba que era una tarea pesada, y yo pensaba: yo había ordenado una sencilla rueda de paletas, que hubiera sido muy fácil de construir. Me atormentaba la idea de que el hombre era demasiado estúpido como para entenderlo y para hacer una rueda mejor, y la única alternativa era dejar que siguiera con el trabajo. Pensaba: Tengo que vivir con personas ante las que no logro hacerme comprender. Es éste un pensamiento que tengo con frecuencia. Y al mismo tiempo la sensación de que es culpa mía.

«La situación de ese hombre que trabaja de manera tan deficiente y absurda en la rueda hidráulica», añade, «era la mía propia cuando hice lo que, visto el asunto con cierta perspectiva, eran unos intentos harto infructuosos de construir una turbina de gas.» Pero, más que eso, el sueño es una imagen de su situación intelectual de entonces, una vez probado que el *Tractatus* era algo inadecuado. Ahí está: ineptamente construido e inadecuado para la tarea, y ese hombre (¿él mismo o Ramsey?) *todavía* tratando de enmendarlo, llevando a cabo la fastidiosa y absurda proeza de hacerlo más elaborado, cuando lo que realmente necesitaba era un tipo de rueda completamente distinta y más sencilla.

En noviembre, Wittgenstein aceptó una invitación de C. K. Ogden, el traductor del *Tractatus*, para que pronunciara una conferencia en The Heretics, una sociedad similar a los Apóstoles, aunque menos elitista y más dedicada a la ciencia. En la sociedad habían pronunciado anteriormente conferencias lumbreras tales como H. G. Wells, Bertrand Russell y Virginia Woolf (*Mr. Bennet and Mrs. Brown* está basado en la conferencia dada por Virginia Woolf en The Heretics). En esa ocasión prefirió no hablar en «chino», sino servirse de esa oportunidad para poner a prueba y corregir el malentendido más extendido y serio referente al *Tractatus*: la idea de que se trata de una obra escrita con un ánimo positivista y antimetafísico.

En lo que fue la única conferencia «popular» que Wittgenstein dio en su vida, eligió hablar de ética. En ella reiteró la visión dada en el *Tractatus* de que cualquier intento de decir algo acerca del sujeto-materia de la ética llevaría al absurdo, aunque intentó aclarar que su propia actitud hacia este hecho era radicalmente distinta de la de un positivista antimetafísico.

> Mi único propósito, y creo que el de todos los hombres que han intentado hablar o escribir de ética o de religión, ha sido arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra las paredes de nuestra jaula es algo perfecta y absolutamente desesperado. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo acerca del sentido de la vida, el bien absoluto, el valor absoluto, no puede ser una ciencia. Lo que dice no añade nada a nuestro saber en ningún sentido. Pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría.

También daba algunos ejemplos de su propia experiencia en esta tendencia a «arremeter contra las paredes de nuestra jaula».

> Les describiré esta experiencia a fin de, si es posible, hacerles evocar experiencias iguales o similares, de modo que tengamos algún terreno en común en nuestra investigación. Creo que la mejor manera de describirlo es decir que cuando tengo tales experiencias me asombro de la existencia del mundo. Y que me siento inclinado a utilizar frases como «Qué extraordinario que las cosas existan» o «Qué extraordinario que el mundo exista». Mencionaré a continuación otra experiencia que conozco y que a algunos de ustedes les resultará familiar: se trata de lo que podríamos llamar la vivencia de sentirse *absolutamente* seguro. Me refiero a aquel estado anímico en el que nos sentimos obligados a decir: «Me siento seguro, pase lo que pase, nada puede dañarme.»

Siguió explicando que las cosas que uno se sentía inclinado a decir después de tales experiencias eran un mal uso del lenguaje: no querían decir nada. Y aun así esas experiencias, en sí mismas, «les parecen a aquellos que las tienen, por ejemplo a mí, poseedoras de un valor intrínseco y absoluto». No pueden captarse por medio del lenguaje de los hechos precisamente porque su valor reside más allá del mundo de los hechos. En un cuaderno perteneciente a esa época, Wittgenstein escribió una frase que no incluyó en la conferencia, pero que ilustra perfectamente su actitud: «Lo que es bueno es también divino. Por extraño que pueda sonar, esto resume mi ética.»

Lo que quizá resulte más sorprendente de su conferencia, sin embargo, es que no trata de ética en absoluto, tal como suele entenderse el término. Es decir, no hace mención a problemas morales, o a cómo esos problemas pueden ser analizados o comprendidos. Para conocer los pensamientos de Wittgenstein en este sentido, hemos de dirigirnos a sus diarios y a sus conversaciones.

No hay duda de que, aunque veía la ética como un ámbito en el que no se podía decir nada, de hecho Wittgenstein pensaba y decía mucho acerca de estos problemas morales. De hecho, podría decirse que su vida estuvo dominada por una lucha moral: la lucha para ser *anständig* (de-

cente), que para él significaba, por encima de todo, superar las tentaciones originadas en el orgullo y en la vanidad de ser deshonesto.

No es cierto, tal como han insistido algunos amigos, que Wittgenstein fuera tan honesto que le resultara imposible decir una mentira. No es verdad que no hubiera en él ni rastro de la vanidad que siempre se estaba acusando de poseer. Naturalmente, decir esto no es afirmar que fuera, según los patrones ordinarios, ni deshonesto ni vano. Ciertamente no lo era. Pero es igualmente cierto que había ocasiones en las que su deseo de impresionar a la gente vencía su obsesión por decir estrictamente la verdad. En su diario dice de sí mismo:

> Lo que los demás piensen de mí siempre me afecta hasta un grado extraordinario. Con frecuencia me preocupa causar buena impresión. Por ejemplo: con mucha frecuencia pienso en la impresión que causo en los demás, y resulta agradable si creo que es buena, y desagradable en caso contrario.

Y aunque al afirmar esto sólo esté haciendo un comentario acerca de algo que resulta una perogrullada para todos nosotros, también está llamando la atención hacia lo que consideraba como la mayor barrera entre él y la *anständigkeit*..., a saber, su vanidad.

Una impresión que Wittgenstein causaba con frecuencia, y que no hay duda que apelaba a su vanidad, era la de ser un aristócrata. F. R. Leavis, por ejemplo, una vez le oyó comentar: «En casa de mi padre hay siete pianos de cola», e inmediatamente se preguntaba si estaría emparentado con la princesa Wittgenstein que figura en los anales de la música. En efecto, era creencia extendida en Cambridge que pertenecía a la principesca familia alemana de los Sayn-Wittgenstein. Aunque bien es cierto que Wittgenstein no alimentaba este equívoco, no hacía nada para enmendar comentarios como el citado por Leavis (que, por cierto, es de una veracidad dudosa, pues sólo había tres o cuatro pianos de cola en la Alleegasse). Hay opiniones diversas respecto de hasta qué grado ocultaba cuál era su verdadero origen familiar.[1] Quizá el hecho más importante sea que el propio Wittgenstein tenía la sensación de que estaba ocultando algo, que dejaba que la gente creyera que era un aristócrata cuando de hecho era un judío. En diciembre anota un confuso sueño, que puede verse como expresión de esta angustia:

> Un extraño sueño:
>
> Veo una revista ilustrada con una foto de Vertsgat, que es un héroe del que se habla mucho hoy en día. La foto le muestra en su coche. La gente habla de sus hechos vergonzosos; Hänsel está de pie junto a mí y al-

1. Bartley afirma que Wittgenstein le suplicó a un primo suyo que vivía en Inglaterra que no revelara su ascendencia judía, mientras que casi todos sus amigos insisten en que no hacía nada para ocultar la verdad acerca de sus orígenes.

guien más, alguien que se parece a mi hermano Kurt. Este último dice que Vertsag [sic] es judío, pero que ha crecido en la casa de un rico lord escocés. Ahora es un líder obrero *(Arbeiterführer)*. No ha cambiado de nombre porque aquí no es costumbre. Yo ignoraba que Vertsagt, que yo pronuncio con el acento sobre la primera sílaba, fuera judío, y veo que su nombre es simplemente *verzagt* [«pusilánime» en alemán]. No me sorprende que esté escrito con «ts», letras que veo impresas más oscuras que las demás. Pienso: ¿ha de haber un judío detrás de toda indecencia? Ahora Hänsel y yo estamos en la terraza de una casa, quizá la gran cabaña de madera del Hochreit, y por la calle viene Vertsag en su automóvil; tiene una expresión airada, el pelo claro ligeramente enrojecido, y un bigote de un color similar (no parece judío). Abre fuego con una ametralladora contra un ciclista que va detrás de él, que se retuerce de dolor y es inmisericordemente acribillado hasta caer al suelo tras varios disparos. Vertsag pasa junto a él y ahora aparece una muchacha joven de aspecto humilde, en bicicleta, y Vertsag también le dispara al pasar junto a ella. Y estos disparos, cuando le dan en el pecho, producen un sonido burbujeante, como una tetera casi vacía al fuego. Sentí lástima por la muchacha y pensé que sólo en Austria podía ocurrir que esta muchacha no encontrara ayuda ni compasión; que la gente se la quedara mirando mientras sufre y es asesinada. Yo mismo temo ayudarla porque tengo miedo de que Vertsag me dispare. Voy hacia ella, pero me acobardo y me oculto tras un tablón.

Luego me despierto. Debo añadir que en la conversación con Hänsel, primero en presencia de la otra persona y luego cuando ésta se ha ido, me siento avergonzado y no quiero decir que yo mismo desciendo de judíos, y que el caso de Vertsag es mi propio caso.

Las reflexiones de Wittgenstein al despertar del sueño tienen que ver en su mayor parte con el nombre de su personaje principal. Él creía, extrañamente, que se deletreaba *pferzagt* (que no significa nada) y también que era húngaro: «El nombre tenía para mí algo pérfido, rencoroso y muy masculino.»

Pero más pertinente es quizá su primer pensamiento: que el caso de Vertsgat es también el suyo propio: el de un hombre que es visto como un héroe y que tiene el aspecto y la educación de un aristócrata pero que de hecho es un judío y un canalla. Y, lo que es peor, se sentía demasiado avergonzado, demasiado *verzagt*, como para confesarlo. El sentimiento de cobardía le acechó durante muchos años, y con el tiempo le condujo, siete años después de su sueño, a hacer una confesión formal de hasta qué punto descendía de judíos.

Lo que resulta más perturbador en el sueño, sin embargo, es el uso por parte de Wittgenstein de eslóganes nazis para expresar sus angustias internas. ¿Hay un judío tras cada indecencia? La cuestión podría haber aparecido en el *Mein Kampf*, tan adornado está el libro de la imagen nazi del judío engañoso y parasitario que oculta sus verdaderas intenciones y su verdadera naturaleza mientras extiende su veneno entre el pueblo alemán. Por suerte, el período durante el cual Wittgenstein se sintió inclinado a

adoptar esta imagen (o algo no muy distinto de ella) para describir y analizar su propio *unanständigkeit* es breve. Alcanza su punto culminante en una serie de comentarios acerca de lo que significa ser judío escritos en 1931, y después de eso llega a un abrupto final.

Una cuestión que surge de manera natural de ese sueño no es abordada por Wittgenstein: el hecho de que Vertsagt dispare a la chica inocente, ¿es un símbolo de su propia influencia corruptora sobre Marguerite? Naturalmente no hay modo de responder a la pregunta, pero creo que hay razones para pensar que sus planes de casarse con ella le incitaron a realizar esfuerzos aún más profundos y enérgicos para librarse de sus propias impurezas, para desenterrar todos los lados deshonestos de su naturaleza que prefería mantener ocultos, preparándose para su entrega al acto «sagrado» que había mencionado a Lettice Ramsey.

12. LA FASE VERIFICACIONISTA

Probablemente fue a finales de 1929 cuando Wittgenstein atisbó la ambivalencia de Marguerite en lo referente a sus relaciones y fue consciente de las dudas de ella a la hora de casarse con él. En esa época, poco después de que llegara a Viena para pasar las Navidades, Marguerite le anunció que ya no deseaba besarle. Le explicó que sus sentimientos hacia él no eran los más apropiados. Wittgenstein no entendió la indirecta. En las notas de su diario no se detiene a reflexionar acerca de los sentimientos de *ella*, sino que se demora en los suyos propios. Admitía que lo encontraba doloroso, pero al mismo tiempo no se sentía infeliz. Pues realmente todo dependía de su estado espiritual, y no de la satisfacción de sus deseos sensuales. «Pues si el espíritu no me abandona, entonces nada de lo que suceda es sucio y mezquino.» «Sin embargo», añadía, «tendré que ir con pies de plomo si no quiero fracasar.» El problema, tal como él lo veía, no era conquistarla a ella, sino derrotar a sus propios deseos. «Soy una bestia y eso no me hace infeliz», escribió el día de Navidad. «Corro el peligro de volverme aún más superficial. ¡Que Dios lo impida!»

Como técnica para evitar esta tendencia, o quizá a fin de desvelarla, concibió la idea de escribir una autobiografía. Y aquí, de nuevo, *todo* dependía del espíritu. El 28 de diciembre escribió:

> El espíritu en el que uno puede escribir la verdad acerca de sí mismo puede tener las formas más variadas; de la más decente a la más indecente. Y según el que tome, puede ser muy deseable o muy erróneo escribir acerca de ello. De hecho, entre las verdaderas autobiografías que uno podría escribir hay toda una gradación que va de lo más elevado a lo más bajo. Yo, por ejemplo, no puedo escribir mi autobiografía en un plano más elevado que aquel en que existo. Y por el mismísimo hecho de escribirla no me vuelvo *necesariamente* superior; *puede* que incluso me vuelva más sucio de lo que era antes. Algo en mi interior habla en favor de que escriba mi autobiografía, y de hecho me gustaría tener algún tiempo para desplegar mi vida, a fin de tenerla claramente ante mí, y también ante los demás. No tanto para someterla a juicio como para, en cualquier caso, producir claridad y verdad.

Este plan no produjo ningún resultado, aunque durante los dos o tres años siguientes continuó tomando notas que intentaban revelar la «verdad desnuda» acerca de sí mismo y reflexionar sobre la naturaleza de una autobiografía que valiera la pena.

Cualquier autobiografía que pudiera haber escrito ciertamente habría tenido más en común con las *Confesiones* de San Agustín que con, pongamos, la *Autobiografía* de Bertrand Russell. El hecho de escribirla habría sido, fundamentalmente, un acto espiritual. Consideraba las *Confesiones* posiblemente «el libro más serio jamás escrito». En particular, sentía gran afición a citar un pasaje del Libro I, que reza: «¡Y ay de aquellos que nada dicen de ti! Porque incluso los más dotados con el poder de la palabra no pueden encontrar palabras para describirte», pero que Wittgenstein, al discutir con Drury, transformaba en: «Ay de aquellos que nada dicen de ti porque los charlatanes dicen montones de tonterías.»

En una conversación con Waismann y Schlick, el texto fue traducido aún más libremente: «¡Qué pasa, cerdo, que no quieres decir tonterías! ¡Sigue y di tonterías, no importa!» Estas traducciones libres, aunque no consigan captar el significado que pretendía dar Agustín a sus palabras, desde luego sí captan la opinión de Wittgenstein. Uno debería detener la absurda cháchara de los parlanchines, pero eso no significa que uno deba rechazar el decirse tonterías a sí mismo. Todo, como siempre, depende del espíritu con que se haga.

A Waismann y Schlick les repetía las líneas maestras de su conferencia sobre ética: la ética es un intento de decir algo que no se puede decir, un arremeter contra los límites del lenguaje. «Creo que resulta definitivamente importante poner punto final a toda la faramalla referente a la ética: si existe el conocimiento intuitivo, si existen valores, si lo bueno se puede definir.» Por otro lado, es igualmente importante darse cuenta de que esa inclinación a decir tonterías es indicativa de *algo*. Podía imaginarse, dijo, lo que Heidegger, por ejemplo, quería decir mediante la angustia y el ser (en frases como: «Que frente a lo que no siente angustia es ante Estar-en-el-mundo como tal»), y simpatizaba también con la frase de Kierkegaard de «este algo desconocido con que la Razón colisiona cuando está inspirada por su pasión paradójica».

San Agustín, Heidegger, Kierkegaard... no son nombres que uno espera escuchar en una conversación acerca del Círculo de Viena, a no ser como objeto de improperios. La obra de Heidegger, por ejemplo, era utilizada frecuentemente por los positivistas lógicos para proporcionar ejemplos de lo que querían decir al hablar del absurdo metafísico: lo que ellos pretendían condenar al cubo de la basura de la filosofía.

Mientras Wittgenstein estaba en Cambridge, el Círculo se había aglutinado en torno a un grupo conscientemente unido, que había hecho de la postura antimetafísica que les unía la base para una especie de manifiesto, publicado con el título de *Die Wissenschaftliche Weltauffassung: Der Wiener Kreis* («La visión científica del mundo: El Círculo de Viena»). El libro fue preparado y publicado como un gesto de gratitud hacia Schlick, que

fue reconocido como líder del grupo, y que ese año, a fin de poder quedarse con sus amigos y colegas de Viena, había rechazado una oferta para ir a Berlín. Al enterarse del proyecto, Wittgenstein le escribió a Waismann para expresarle su desaprobación:

> Precisamente porque Schlick no es un hombre vulgar, se debería procurar no permitir que sus «buenas intenciones» le lleven, a él y al Círculo de Viena, al ridículo por medio de la jactancia. Cuando digo «jactancia» me refiero a cualquier tipo de postura autocomplaciente. «¡Renuncia a la metafísica!» ¡Como si eso fuera algo nuevo! Lo que la escuela de Viena ha logrado debería mostrarse, no decirse... El maestro debería ser conocido por su obra.

Aparte del esquema de los principios centrales de la doctrina del Círculo, su manifiesto también contenía el anuncio de la aparición inminente de un libro de Waismann titulado *Logik, Sprache, Philosophie*, que en aquella época fue descrito como una introducción a las ideas del *Tractatus*. A pesar de sus recelos respecto al manifiesto, Wittgenstein consintió en colaborar en el libro, y en reunirse regularmente con Waismann para explicarle sus ideas.

Las discusiones tenían lugar en la casa de Schlick. Waismann tomaba notas de lo que Wittgenstein decía, en parte para utilizarlas en su proyectado libro y en parte para mantener informados a los demás miembros del Círculo de Viena (con quienes Wittgenstein se negaba a reunirse) de los más recientes pensamientos de éste. A continuación, estos miembros citaban las ideas de Wittgenstein en las ponencias que presentaban en conferencias de filosofía, etc. De este modo, Wittgenstein mantuvo una cierta reputación como alguien que participaba de manera influyente, aunque en la sombra, en el debate filosófico austríaco. Entre algunos filósofos austríacos incluso se especuló con que ese «doctor Wittgenstein», acerca del cual oían hablar mucho pero del que no veían nada, no era más que una quimera de Schlick, un personaje mitológico inventado como figura emblemática del Círculo.

Ni Schlick ni Waismann –y aún menos los demás miembros del Círculo– advirtieron en 1929 lo rápida y radicalmente que las ideas de Wittgenstein se apartaban de las del *Tractatus*. En los años siguientes, la concepción del libro de Waismann tuvo que sufrir cambios fundamentales: de ser inicialmente una exposición de las ideas del *Tractatus* se convirtió, en primer lugar, en un resumen de las modificaciones de Wittgenstein a esas ideas, y finalmente en una afirmación de las ideas totalmente nuevas de éste. Tras haber llegado a su manifestación definitiva, Wittgenstein retiró su cooperación, y el libro nunca fue publicado.[1]

1. Al menos no fue publicado ni en vida de Waismann ni de Wittgenstein. En 1965 apareció en inglés como *Principios de lingüística filosófica*, pero por entonces la publicación póstuma de la propia obra de Wittgenstein lo había vuelto más o menos obsoleto.

En sus discusiones con Schlick y Waismann durante las vacaciones de Navidad, Wittgenstein subrayó algunos aspectos en los que sus opiniones habían cambiado desde que escribiera el *Tractatus*. Les explicó su convicción de que todo lo expresado en el *Tractatus* referente a las proposiciones elementales era erróneo, y debía abandonarse, y, con ello, su antigua concepción de la inferencia lógica.

> ... entonces yo creía que toda inferencia estaba basada en la forma tautológica. En esa época aún no había visto que una inferencia puede tomar también la siguiente forma: Este hombre mide 2 metros, por tanto no mide 3 metros.

«Lo que era erróneo en mi concepción», les dijo, «era mi creencia de que la sintaxis de las constantes lógicas podía establecerse sin prestar atención a la relación interna de las proposiciones.» Sin embargo, entonces se daba cuenta de que las reglas de las constantes lógicas constituyen sólo una parte de «una sintaxis más global, acerca de la cual no sabía nada en esa época». Su tarea filosófica consistía pues en describir esta sintaxis más complicada, y en aclarar el papel de las «relaciones internas» en la inferencia.

En esa época, sus pensamientos acerca de cómo llevar a cabo su tarea estaban en un estado de flujo, cambiaban de una semana a la siguiente, e incluso de un día para otro. Un rasgo de estas conversaciones es que muy frecuentemente Wittgenstein comienza sus observaciones diciendo «Yo solía creer...», «Tengo que corregir mi opinión...», «Me equivoqué al presentar el tema de este modo...», refiriéndose, no a las posiciones que había adoptado en el *Tractatus*, sino a las opiniones que había expresado anteriormente ese mismo año, o quizá esa misma semana.

Como ejemplo de lo que quería decir con «sintaxis» y de las relaciones internas que establecía, se imaginaba a alguien diciendo: «Hay un círculo. Su longitud es de 3 centímetros, y su anchura de 2 centímetros.» A esto, dice, sólo podemos replicar: «¡Muy bien! ¿Entonces qué quiere decir con un círculo?» En otras palabras, la posibilidad de un círculo más largo que ancho queda excluida por lo que queremos decir con la palabra «círculo». Estas reglas las proporciona la sintaxis, o, como Wittgenstein dice también, la «gramática» de nuestro lenguaje, que en este caso establece una «relación interna» entre eso que llamamos círculo y el hecho de que posea sólo *un* radio.

La sintaxis de los términos geométricos prohíbe, *a priori*, la existencia de tales círculos, al igual que la sintaxis de nuestras palabras para el color niega la posibilidad de que algo sea al mismo tiempo rojo y azul. La relación interna establecida por estas distintas gramáticas permite el tipo de inferencias que habían eludido el análisis en términos de las tautologías del *Tractatus*, porque cada una de ellas forma un *sistema*.

> Una vez escribí [*TLP* 2.1512], «Una proposición es como un patrón de

medida aplicado a la realidad...». Ahora prefiero decir que un *sistema de proposiciones* es como un patrón de medida aplicado a la realidad. Lo que quiero decir con ello es lo siguiente. Si aplico un patrón de medida a un objeto espacial, le aplico *todas las líneas graduadas* al mismo tiempo.

Si medimos un objeto y tiene diez pulgadas, podemos inferir inmediatamente que *no* tiene once pulgadas, etc.

Al describir la sintaxis de estos sistemas de proposiciones, Wittgenstein se acercaba, tal como Ramsey lo había expresado, a subrayar ciertas «propiedades *necesarias* de espacio, tiempo y materia». ¿Estaba entonces, en cierto sentido, haciendo física? No, replica, la física se centra en determinar la *verdad* o *falsedad* de estados de cosas; él se centra en distinguir el *sentido* del *sinsentido*. «Este círculo tiene 3 centímetros de largo y 2 centímetros de ancho» no es falso, sino absurdo. Las propiedades de espacio, tiempo y materia en las que estaba interesado no eran el tema de una investigación física, sino, tal como se sentía inclinado a expresarlo en esa época, un análisis *fenomenológico*. «La física», dice, «no proporciona una descripción de la estructura de los estados fenomenológicos de las cosas. La fenomenología es siempre una cuestión de posibilidad, por ejemplo, de sentido, no de verdad o falsedad.»

Esta manera de expresar las cosas tenía para Schlick un incómodo tono kantiano. Le parecía casi como si Wittgenstein, a la manera de la *Crítica de la razón pura*, intentara describir los rasgos generales y necesarios de la «estructura de la apariencia», y transitara por una carretera que condujera hasta Husserl. Con la fenomenología de Husserl en mente, le preguntó a Wittgenstein: «¿Qué respuesta puede darse a un filósofo que cree que las afirmaciones de la fenomenología son juicios sintéticos *a priori*?» A esto Wittgenstein replicó enigmáticamente: «Le contestaría que ciertamente es posible encontrar palabras para ello, pero que soy incapaz de asociarles ningún pensamiento.» En un comentario escrito en esa época es más explícito: su opinión de que sin duda existen reglas gramaticales que no son reemplazables por tautologías (por ejemplo, las ecuaciones aritméticas) «explica –creo– lo que Kant quiere decir cuando insiste en que 7 + 5 = 12 no es una proposición analítica, sino sintética *a priori*». En otras palabras, su respuesta es algo que nos resulta familiar: que sus investigaciones *muestran* lo que Kant y los kantianos querían *decir*.

Aunque molestos por el talante pseudokantiano de las nuevas reflexiones de Wittgenstein, Schlick y (por tanto) los demás miembros del Círculo de Viena no hicieron mucho caso de eso. Más afín al tono empirista de su pensamiento fue otra opinión expresada por Wittgenstein en el curso de sus conversaciones. Se trataba de que, si una proposición ha de tener significado, si ha de decir algo, debemos tener alguna idea de cuál sería el caso si fuera cierta. Y por tanto debemos tener algún medio para establecer su verdad o su falsedad. Esto llegó a ser conocido en el Círculo de Viena como el «principio de verificación de Wittgenstein», y fue adoptado por sus miembros de una manera tan entusiasta que desde entonces

se ha considerado como la mismísima esencia del positivismo lógico. En inglés la afirmación más conocida y estridente de esta teoría se halla en *Lenguaje, verdad y lógica*, de A. J. Ayer (un título inspirado –si ésa es la palabra– por *Logik, Sprache, Philosophie* de Waismann), que fue publicado en 1936 y escrito después de que Ayer hubiera pasado algún tiempo en Viena asistiendo a las reuniones del Círculo.

El principio está expresado en la frase: «El sentido de una proposición es su medio de verificación», y fue explicado por Wittgenstein a Schlick de la siguiente manera:

> Si yo digo, por ejemplo, «Sobre al armario hay un libro», ¿cómo puedo verificarlo? ¿Es suficiente echar un vistazo desde diferentes perspectivas, o he de tomarlo en mis manos, tocarlo, abrirlo, volver sus páginas, etcétera? Aquí hay dos concepciones. Una de ellas dice que aunque me lo proponga, nunca seré capaz de verificar la proposición completamente. Una proposición siempre mantiene abierta una puerta trasera, como si dijéramos. Hagamos lo que hagamos, nunca estaremos seguros de no habernos equivocado.
>
> La otra concepción, la que quiero sostener, dice: «No, si nunca puedo verificar completamente el sentido de una proposición, entonces tampoco he querido decir nada con la proposición. La proposición no significa nada en absoluto.»
>
> A fin de determinar el sentido de una proposición, debería conocer un procedimiento muy específico para poder afirmar que una proposición ha sido verificada.

Posteriormente, Wittgenstein negaría que la intención de este principio hubiera sido fundamentar una teoría del significado, y se distanció del dogmatismo con que los positivistas lógicos aplicaron ese principio. En una reunión del Club de Ciencia Moral de Cambridge dijo:

> En una época yo solía decir que, a fin de comprender cómo se utiliza una frase, era una buena idea hacerse la siguiente pregunta: «¿Cómo se podría intentar verificar este aserto?» Pero ésta es sólo una manera como cualquier otra de comprender cómo la gente se sirve de una palabra o una frase. Por ejemplo, otra pregunta que con frecuencia resulta útil hacerse es: «¿Cómo se aprende esta palabra?» «¿Cómo lo haría uno para enseñar a un niño a utilizar esta palabra?» Pero algunas personas han convertido en un dogma la sugerencia de interrogarse acerca de la verificación: como si yo hubiera propuesto una teoría del significado.

Cuando a principios de la década de los treinta G. F. Stout le preguntó qué opinaba de la verificación, Wittgenstein le contó la siguiente parábola, el meollo de la cual parece ser que el descubrir que no hay manera de verificar una frase es comprender algo importante de ella, aunque eso no significa que no haya nada que comprender:

Imagínese que existe una ciudad en la que a la policía se le exige que obtenga información acerca de cada uno de sus habitantes, por ejemplo su edad, dónde ha nacido y en qué trabaja. Hay un registro de esa información y se utiliza. Ocasionalmente, cuando un policía interroga a un habitante, descubre que éste no trabaja en nada. El policía hace constar este hecho en su ficha, ¡porque también es una información útil respecto de ese hombre!

Y aun así, a pesar de estos rechazos, a lo largo de 1930 –en sus conversaciones con Schlick y Waismann, en una lista de «Tesis» dictada a Waismann, en sus propios cuadernos– encontramos este principio expresado por Wittgenstein en formulaciones que suenan tan dogmáticas como las del Círculo de Viena y las de Ayer: «El sentido de una proposición es la manera en que se verifica», «La manera en que se verifica una proposición es lo que dice..., la verificación no es *una* señal de la verdad, es *el* sentido de la proposición», etcétera. Parece ser que podemos hablar de una «fase verificacionista» en el pensamiento de Wittgenstein. Pero sólo si distanciamos el principio de verificación del empirismo lógico de Schlick, Carnap, Ayer, etc., y lo situamos dentro del marco más kantiano de las investigaciones «fenomenológicas» o «gramaticales» de Wittgenstein.

En 1930, cuando Wittgenstein regresó a Cambridge, se enteró de que Frank Ramsey estaba seriamente enfermo. Había sufrido un fuerte ataque de ictericia, y había sido ingresado en el Guy's Hospital para ser sometido a una operación que permitiera descubrir la causa. Tras la operación su estado se hizo crítico, y era evidente que se estaba muriendo. Frances Partridge, amiga íntima de los Ramsey, ha descrito cómo, la tarde anterior a la muerte de Ramsey, visitó la sala en que estaba ingresado y se encontró a Wittgenstein sentado en una pequeña habitación que se abría a esa sala, a poco más de un metro de la cama de Frank:

> La amabilidad de Wittgenstein, y también su aflicción, resultaban de alguna manera evidentes tras su tono aparentemente ligero, casi jocoso, que yo encontré desconcertante. Frank había sufrido otra operación, de la que ya no se recuperaría del todo, y Lettice no había cenado, de modo que los tres fuimos a buscar algo de comer, y al final encontramos unos bocadillos de salchicha y jerez en el bar de la estación. Luego Wittgenstein se marchó y Lettice y yo regresamos al hospital.

Ramsey murió a las tres de la mañana del día siguiente, el 19 de enero. Tenía veintiséis años.

Al día siguiente Wittgenstein dio su primera clase. A finales del trimestre anterior, Richard Braithwaite, en nombre de la Moral Science Faculty, le había invitado a dar un cursillo. Braithwaite le preguntó bajo qué título deberían anunciarse las clases. Tras un largo silencio, Wittgenstein

replicó: «El tema de las clases será la filosofía. Qué otro título pueden tener las clases sino filosofía.» Y bajo este único título general se denominaron durante el resto de la carrera de Wittgenstein como docente.

Durante el segundo trimestre dio una hora de clase semanal en la sala de conferencias de la Escuela de Arte, que en un época posterior iría seguida por una discusión de dos horas que tenía lugar en una habitación del Clare College prestada por R. E. Priestley (posteriormente sir Raymond Priestley), el explorador. Posteriormente abandonaría la formalidad de la sala de conferencias, y las clases y las discusiones tendrían lugar en las habitaciones de Priestley, hasta 1931, cuando consiguió una serie de habitaciones propias en el Trinity.

Con frecuencia se ha descrito su manera de dar clases, y parece que era completamente distinta de la de cualquier otro profesor de universidad: enseñaba sin notas, y con frecuencia parecía estar simplemente de pie delante de su público, pensando en voz alta. De vez en cuando se detenía y decía: «Un momento, ¡dejadme pensar!», y se sentaba unos minutos, mirando su mano vuelta hacia arriba. A veces la clase comenzaba para dar respuesta a una pregunta procedente de un miembro de la clase particularmente valiente. Con frecuencia maldecía su propia estupidez, diciendo: «¡Qué idiota soy!», o exclamaba vehementemente: «¡Esto es endiabladamente difícil!» Asistían a las clases unas quince personas, casi todos estudiantes, pero entre los que se incluía también algún catedrático, siendo G. E. Moore el más notable. Éste solía sentarse en la única butaca disponible (los otros se acomodaban en sillas plegables) fumando en pipa y tomando abundantes notas. La manera de hablar sincopada y apasionada de Wittgenstein dejó una memorable impresión en todos aquellos que le oyeron, quienes son vívidamente descritos por I. A. Richards (el coautor, con C. K. Ogden, de *El significado del significado*) en su poema «El poeta extraviado»:

Tu voz y la suya oí en esas no-clases
–oblicuas sillas plegables extendiéndose;
Moore en la butaca inclinado y anotándolo todo–
todas las almas ansiosas de cualquier palabra tuya.

Pocos podían resistir mucho tiempo tu ojerosa belleza,
labios desdeñosos, grandes ojos iluminados de desprecio,
ceño fruncido, sonrisa franca, una devoción a tu deber
nacida de la aflicción, más allá del mundo.

Tal era el suplicio, los oyentes hechizados
contemplaban y aguardaban las palabras inminentes,
retenían y mordían su aliento mientras estabas mudo
angustiados, impotentes a la espera de los prisioneros ocultos.

¡Atiza otra vez el fuego! ¡Abre la ventana!
¡Calla! –paciente da pasos infructuosos,
estériles las revelaciones del techo–,
apresúrate a remover de nuevo las cenizas.

«¡Oh, está tan claro! ¡Está absolutamente claro!»
Los nervios tensos se tensan aún más por toda la universidad;
los lápices están en posición: «¡Oh, soy un maldito idiota!
¡Un perfecto idiota!» Así: sin embargo surge.

No es que el Maestro no sea pedagógico:
ceños que se creían despreocupados se perlan mientras observan
los corazones sangrar con él. Pero ¿querrías un destello?
¡Intenta sugerirlo! ¿Quién será el siguiente en colocar un ladrillo?

La ventana otra vez abierta, el fuego atacado de nuevo
(¡déjalo, pero deja lo que está fuera, ya hace mucho, solo!),
una gran calma; una frase iniciada; luego el gruñido
detiene los lápices. De nuevo al estribillo.

El título de Richards es adecuado, el estilo de dar clases de Wittgenstein, y desde luego su manera de escribir, casaban muy poco con su asignatura, como si un poeta se hubiera extraviado en medio del análisis de los fundamentos de las matemáticas y la teoría del significado. Él mismo escribió una vez: «Creo que resumí mi actitud respecto a la filosofía cuando dije: En realidad la filosofía debería escribirse como una *composición poética.*»

En estas clases Wittgenstein subrayó su concepción de la filosofía como «el intento de librarse de un particular tipo de confusión», por ejemplo, «confusiones del *lenguaje*». El método que utiliza es el de explicar detalladamente los rasgos de la gramática de nuestro lenguaje: la gramática nos dice lo que tiene sentido y lo que no: «nos lleva a hacer ciertas cosas con el lenguaje y no otras; fija el grado de libertad». El octaedro de color es, en este sentido, un ejemplo de gramática, porque nos dice que, aunque podemos hablar de un azul verdoso, no podemos hablar de un rojo verdoso. Por tanto se trata de posibilidad, no de verdad. En este sentido, la geometría es también parte de la gramática. «La gramática es un espejo de la realidad.»

Al explicar su opinión acerca de las «relaciones internas» establecidas por la gramática, Wittgenstein lo contrasta explícitamente con la visión causal del significado adoptada por Ogden y Richards en *El significado del significado* y por Russell en *El análisis de la mente.* Una relación causal es *externa.* En la perspectiva de Russell, por ejemplo, las palabras se utilizan con la intención de provocar ciertas sensaciones y/o imágenes, y una palabra es utilizada correctamente «cuando el oyente medio es afectado de la manera en que se pretendía». Para Wittgenstein, hablar de causa y efecto es abordar el problema de manera errónea. En sus notas ridiculiza la afir-

mación de Russell mediante la siguiente analogía: «Si quisiera comerme una manzana, y alguien me diera un puñetazo en el estómago, quitándome el apetito, entonces lo que yo quería originariamente era ese puñetazo.»

A final del trimestre se suscitó de nuevo la cuestión de cómo proporcionarle a Wittgenstein los fondos necesarios para proseguir su trabajo. Ya no le quedaba nada de la beca otorgada por el Trinity el verano anterior, y parece ser que la Junta de Gobierno de la Universidad tenía dudas acerca de si era merecedor de que se la renovaran. El 9 de marzo, por tanto, Moore le escribió a Russell, que estaba en su Universidad de Petersfield, para solicitarle si estaría dispuesto a echar un vistazo a lo que Wittgenstein estaba haciendo, e informar acerca de su valor a la Junta de Gobierno:

> ... pues parece que no hay otra manera de asegurarle una renta suficiente para que prosiga su labor, a menos que la Junta le dé una beca; y me temo que existen muy pocas probabilidades de que así sea, a menos que obtenga informes favorables de personas expertas de la materia; y tú eres, naturalmente y con mucho, la persona más competente para hacerlo.

Tal como Moore había previsto, Russell no se mostró muy entusiasmado. «No veo cómo puedo negarme», respondió.

> Al mismo tiempo, ya que tal cosa implica discutir con él, tienes razón en decir que exigirá mucho trabajo. No conozco nada más agotador que disentir con él en una discusión.

El fin de semana siguiente Wittgenstein visitó a Russell en la Beacon Hill School, e intentó explicarle lo que estaba haciendo. «Naturalmente, no llegamos muy lejos en dos días», le escribió a Moore, «pero me parece que algo entendí.» Lo dispuso todo para ver a Russell después de las vacaciones de Semana Santa, a fin de entregarle una sinopsis de lo que había hecho desde que regresara a Cambridge. De este modo, Wittgenstein pasó esas vacaciones en Viena, inmerso en la tarea de dictar observaciones seleccionadas de sus manuscritos a un mecanógrafo. «Es un trabajo terrible, y me siento desgraciado haciéndolo», se quejó a Moore.

El resultado de esta tarea fue el mecanoscrito publicado recientemente con el título de *Observaciones filosóficas*. Con frecuencia se ha calificado de obra de «transición» –es decir, transición entre el *Tractatus* y las *Investigaciones filosóficas*–, y es la única obra que así puede calificarse sin confusión. Representa de hecho una fase muy transitoria en el desarrollo filosófico de Wittgenstein, una fase en la que buscaba reemplazar la teoría del significado del *Tractatus* por el proyecto pseudokantiano de «análisis fenomenológico» esbozado en sus discusiones con Schlick y Waismann. El

proyecto, como veremos, fue pronto abandonado, y con él la insistencia en el principio de verificación como criterio para poder afirmar que una proposición tiene sentido. Las *Observaciones filosóficas* son, hoy por hoy, el más verificacionista y al mismo tiempo el más fenomenológico de todos sus textos. Utiliza las herramientas adoptadas por el Círculo de Viena para una tarea diametralmente opuesta a la de éstos.

A su retorno de Viena, a finales de abril, Wittgenstein visitó a Russell en su casa de Cornualles para mostrarle el manuscrito. Desde el punto de vista de Russell, no era un momento apropiado. Su mujer, Dora, estaba embarazada de siete meses de otro hombre (Griffen Barry, un periodista norteamericano); su hija Kate tenía la varicela, y su hijo John el sarampión. Su matrimonio se derrumbaba a causa de las infidelidades mutuas, y él trabajaba mucho, escribiendo periodismo popular, conferencias y libros para ganarse la vida y pagar la sangría económica que le suponía su experimento de reforma educacional. En esa época soportaba tantas presiones que sus colegas de la Beacon Hill School consideraron seriamente que se estaba volviendo loco.

En tan atribuladas circunstancias, Wittgenstein se quedó un día y medio, tras lo cual el asediado Russell hizo un intento de resumir el trabajo de Wittgenstein en una carta a Moore.

> Por desgracia he estado enfermo y por tanto he sido incapaz de ponerme al corriente tan rápido como esperaba. Creo, sin embargo, que en el curso de una conversación con él me hice una idea bastante buena de en qué está metido. Utiliza las palabras «espacio» y «gramática» en sentidos peculiares, más o menos relacionados el uno con el otro. Afirma que si es significativo decir «Esto es rojo», no puede ser significativo decir «Esto es ruidoso». Existe un «espacio» de colores y otro «espacio» de sonidos. A estos «espacios» parece ser que les da un *a priori* en el sentido de Kant, o quizá no exactamente eso, pero no algo muy distinto. Los errores de la gramática proceden de confundir los «espacios». Luego tiene mucho material acerca del infinito, y siempre bordea el peligro de repetir lo que Brouwer ha dicho, y hay que pararle en seco siempre que ese peligro se hace patente. Sus teorías son ciertamente importantes y ciertamente muy originales. Si son verdaderas o no, no lo sé; espero con devoción que no, pues convertirían las matemáticas y la lógica en algo casi increíblemente difícil.

«¿Te importaría decirme si esta carta será una opinión suficiente para la Junta?», le rogó a Moore. «La razón por la que te lo pido es que en este momento tengo tanto que hacer que el esfuerzo necesario para leer lo de Wittgenstein de arriba abajo es superior a mis fuerzas. Sin embargo, seguiré adelante con ello si crees que es realmente necesario». Moore no lo consideró necesario, aunque, por desgracia para Russell, consideró que la carta no era suficiente como informe para la Junta. Russell reescribió la carta, tal como él mismo lo expresó, «en un lenguaje más solemne, que

la Junta sea capaz de entender», y esa carta fue aceptada entonces como informe acerca del trabajo de Wittgenstein, y a su debido tiempo se le concedió una beca de 100 libras. «Creo que sólo puedo entender a Wittgenstein cuando estoy bien de salud», le explicó Russell a Moore, «cosa que no ocurre en el momento presente.»

Dada la letanía de problemas que Russell tenía en esa época, resulta sorprendente que fuera capaz de enfrentarse tan bien como lo hizo a los rigores de examinar el trabajo de Wittgenstein. Por su parte, Wittgenstein era un crítico desabrido de los trabajos de Russell. Aborrecía las obras populares de éste: *La conquista de la felicidad* era «vomitivo»; *Lo que yo creo* era «algo no del todo "inofensivo"». Y cuando, durante una discusión en Cambridge, alguien decidía defender los puntos de vista de Russell respecto del matrimonio, el sexo y el «amor libre» (expresados en *Matrimonio y moral*), Wittgenstein replicaba:

> Si una persona me dice que ha estado en los peores lugares, yo no tengo derecho a juzgarla, pero si me dice que fue su superior sabiduría la que le permitió ir allí, entonces sé que es un fraude.

A su regreso a Cambridge, el 25 de abril, Wittgenstein había consignado en su diario los progresos realizados en su propia, y más reprimida, vida amorosa:

> Llegada a Cambridge tras las vacaciones de Semana Santa. En Viena con frecuencia con Marguerite. El Domingo de Pascua con ella en Neuwaldegg. Nos estuvimos besando mucho durante tres horas y fue muy agradable.

Tras el último trimestre, Wittgenstein regresó a Viena para pasar el verano con su familia y con Marguerite. Vivía en la residencia familiar, el Hochreit, pero no en la casa grande, sino que prefería la casita del leñador, donde disfrutaba sin ninguna molestia de la paz, la quietud y el entorno que precisaba para su trabajo. Recibió la beca de 50 libras del Trinity College destinada a ayudarle durante el verano, pero como le escribió a Moore: «Mi vida ahora es muy barata, de hecho mientras esté aquí no tendré ninguna posibilidad de gastar el dinero.» Una de las pocas pausas que se permitió en su trabajo fue escribir una breve y absurda carta a Gilbert Pattisson:

> Querido Gil (vieja bestia):
>
> Tienes una meta ambiciosa; desde luego que la tienes; de otro modo serías una persona sin rumbo, con el espíritu de una rata en lugar del de un hombre. No te sientes satisfecho de quedarte donde estás. Quieres sacarle algo más a la vida. Mereces una posición mejor y mayores ingresos para tu propio beneficio y el de aquellos que dependen de ti.
>
> ¿Cómo, puedes preguntarte, puedo alzarme de las filas de los mal pa-

gados? Para pensar en estos problemas me he retirado a la dirección arriba indicada, que es una casa de campo situada a unas tres horas de Viena. He comprado un cuaderno nuevo y grande cuya etiqueta te adjunto y trabajo mucho. También te adjunto una foto mía tomada recientemente. La parte superior de mi cabeza ha sido eliminada, pues no la quiero para filosofar. Me he dado cuenta de que el pelmanismo* es el método más útil de organización del pensamiento. Estos pequeños cuadernos grises hacen que pueda convertir mi mente en un «fichero».

A principios de verano, Wittgenstein se reunión con Schlick y Waismann en la casa de Schlick de Viena, principalmente para preparar una conferencia que Waismann tenía que pronunciar en el próximo congreso acerca de la teoría del conocimiento en las ciencias exactas, que iba a celebrarse en septiembre en Königsberg. La conferencia de Waismann, «La naturaleza de las matemáticas: el punto de vista de Wittgenstein», sería la cuarta de un ciclo dedicado a las principales escuelas de pensamiento y su relación con el tema de los fundamentos de las matemáticas (las demás de esa serie serían: Carnap hablaría del logicismo, Heiting del intuicionismo y Von Neumann del formalismo). El punto central de la conferencia era la aplicación del principio de verificación a las matemáticas para constituir la regla básica: «El significado de un concepto matemático es la manera en que se utiliza, y el sentido de una proposición matemática es su método de verificación.» Pero resultó que la conferencia de Waismann y todas las otras intervenciones en el congreso quedaron ensombrecidas al exponerse allí por primera vez la famosa prueba de incompletitud de Gödel.[1]

Durante el verano Wittgenstein también le dictó a Waismann una lista de «tesis», presumiblemente como prefacio al libro que iba a escribirse en colaboración. Estas tesis son, en su mayor parte, una reelaboración de las doctrinas del *Tractatus*, pero incluyen también un cierto número de «aclaraciones» sobre el tema de la verificación. Aquí el principio de verificación se afirma en su forma más general y directa: «El sentido

* Sistema de educación basado en el desarrollo de la mente y por consiguiente de la concentración. *(N. del T.)*

1. El primer y segundo teorema de incompletitud de Gödel afirman: 1) que dentro de cualquier sistema formal coherente existirá una frase de la que no podrá probarse ni su certeza ni su falsedad; y 2) que la coherencia de un sistema formal aritmético no puede probarse *dentro* de ese sistema. Mucha gente consideraba que el primero (con frecuencia conocido simplemente como el teorema de Gödel) demostraba que la ambición de Russell expresada en sus *Principia Mathematica*, de derivar todas las matemáticas de un solo sistema lógico es, en principio, algo irrealizable. Si Wittgenstein aceptaba o no esta interpretación del resultado de Gödel es una cuestión discutida. Sus comentarios acerca de la prueba de Gödel (ver *Comentarios sobre los fundamentos de las matemáticas*, Apéndice a la primera parte) parecen a primera vista, para alguien que posea ciertos conocimientos de lógica matemática, asombrosamente primitivos. La discusión mejor y más simpática que conozco en relación a estos comentarios se encuentra en «Comentarios de Wittgenstein acerca del significado del teorema de Gödel», de S. G. Shanker, en *Gödel's Theorem in Focus*, ed. de S. G. Shanker (Croom Helm, 1988), pp. 155-256.

de una proposición es la manera en que ésta se verifica», y se aclara de la siguiente manera:

> Una proposición no puede decir más de lo que está establecido mediante su método de verificación. Si yo digo: «Mi amigo está enfadado» y lo establezco en virtud de que él ha mostrado un cierto comportamiento perceptible, lo único que quiero decir es que él muestra ese comportamiento. Y si quiero decir algo más con ello, no puedo especificar en qué consiste ese significado extra. Una proposición dice sólo lo que dice, y nada más allá de eso.

Casi tan pronto como esas tesis fueron escritas, Wittgenstein se sintió insatisfecho con su formulación, y llegó a considerar que compartían el erróneo dogmatismo del *Tractatus*. De hecho, Wittgenstein estaba desarrollando una concepción de la filosofía carente de cualquier tipo de tesis. Esto queda implícito en los comentarios en torno a la filosofía que aparecen en el *Tractatus*, especialmente en la proposición 6.53:

> El método correcto de la filosofía sería propiamente éste: no decir nada más que lo que se puede decir, o sea, proposiciones de la ciencia natural –o sea, algo que nada tiene que ver con la filosofía–, y entonces, cuantas veces alguien quisiera decir algo metafísico, probarle que en sus proposiciones no había dado significado a ciertos signos. Este método le resultaría insatisfactorio –no tendría la sensación de que le enseñábamos filosofía–, pero sería el único estrictamente correcto.

Sin embargo, el propio *Tractatus*, con sus proposiciones numeradas, se aleja notoriamente de ese método. Insistir en que estas proposiciones no son realmente proposiciones, sino «pseudoproposiciones» o «aclaraciones», es una huida obviamente insatisfactoria de la dificultad central. Y está claro que una dificultad semejante acompañaba a esas tesis compiladas por Waismann. La claridad filosófica debe ser dilucidada de alguna otra manera que por medio de la aserción de doctrinas. En 1930, al mismo tiempo que Waismann preparaba su presentación de las «Tesis» de Wittgenstein, éste escribió: «Si uno intentara presentar tesis en filosofía, nunca sería posible debatirlas, porque todo el mundo estaría de acuerdo con ellas.»

Wittgenstein dio en pensar que, en lugar de enseñar doctrinas y desarrollar teorías, un filósofo debería proponer una técnica, un método de alcanzar la claridad. La cristalización de esta idea y sus implicaciones le supuso, tal como se lo expresa a Drury, «un verdadero descanso». «Sé que el método es correcto», le dijo a Drury. «Mi padre era un hombre de negocios, y yo soy un hombre de negocios: quiero que mi filosofía sea como un negocio, hacer algo, fundar algo.» La «fase de transición» de la filosofía de Wittgenstein llega con esto a su fin.

13. LA NIEBLA SE DISIPA

Cuando regresó a Cambridge, en el otoño de 1930, Wittgenstein había disfrutado de ese «verdadero descanso» que le menciona a Drury. Es decir, había llegado a una clara concepción del *método* correcto en filosofía. Sus clases del primer trimestre comenzaron, con una nota apocalíptica: «El nimbo de la filosofía ha desaparecido», anunció,

> pues ahora tenemos un método para hacer filosofía, y podemos hablar de filósofos experimentados. Comparadlo con la diferencia entre la alquimia y la química: la química posee un método, y podemos hablar de químicos experimentados.

La analogía con la transición de la alquimia a la química en parte lleva a engaño. No es que el pensamiento de Wittgenstein hubiera reemplazado una pseudociencia mística por una ciencia verdadera, sino que había penetrado más allá de la nebulosidad y mística de la filosofía (su «nimbo») y descubierto que ahí detrás no había *nada*. La filosofía no puede transformarse en una ciencia, porque no tiene nada que descubrir. Sus problemas son consecuencia de un mal uso, de una mala comprensión de la gramática, y requieren no una solución, sino una disolución. Y el método para disolver estos problemas no consiste en elaborar nuevas teorías, sino en reunir recordatorios de cosas que ya conocemos.

> Lo que descubrimos en la filosofía es trivial, no nos enseña nuevos hechos, sólo la ciencia lo hace. Pero la sinopsis adecuada de estas trivialidades es enormemente difícil, y tiene una inmensa importancia. La filosofía es, de hecho, una sinopsis de trivialidades.

En filosofía no estamos, como los científicos, construyendo una casa. Tampoco estamos colocando los cimientos de una casa. Simplemente estamos «limpiando una habitación».

Esta humillación de la «Reina de las Ciencias» es una ocasión tanto de triunfo como de desesperación; señala la pérdida de la inocencia, que es un síntoma de una decadencia cultural más general.

... una vez se ha encontrado un método, las oportunidades para expresar la personalidad se ven a su vez restringidas. La tendencia de nuestra época es la de restringir tales oportunidades; ésta es la característica de una época de declive cultural o de ausencia de cultura. Un gran hombre no tiene por qué ser menos grande en tales períodos, pero ahora la filosofía se ve reducida a una cuestión de destreza, y el nimbo del filósofo está desapareciendo.

Esta observación, al igual que gran parte de todo lo que Wittgenstein escribió y dijo en esa época, muestra la influencia de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler (1918; edición inglesa de 1926). Spengler creía que una civilización era una cultura atrofiada. Cuando una cultura entra en decadencia, lo que antes era un organismo viviente se convierte en una estructura rígida, mecánica, muerta. De este modo, a un período en el que las artes florecen le sucede otro en el que dominan la física, las matemáticas y la mecánica. Esta opinión general, especialmente al aplicarla al declive de la cultura europea occidental de finales del siglo XIX y principios del XX, armonizaba perfectamente con el propio pesimismo cultural de Wittgenstein. Un día que apareció en las habitaciones de Drury con un aspecto de terrible aflicción, le explicó que había visto una representación gráfica de la teoría de Spengler.

Iba caminando por Cambridge y pasé junto a una librería, y en el escaparate estaban los retratos de Russell, Freud y Einstein. Un poco más adelante, en una tienda de música, vi los retratos de Beethoven, Schubert y Chopin. Al comparar esos retratos sentí con toda intensidad la terrible degeneración que había invadido el espíritu humano en el curso de los últimos cien años.

En una época en que los científicos se convierten en grandes figuras, la gran personalidad –el «genio» de Weininger– carece de lugar en el flujo principal de la vida; se le fuerza a la soledad. Sólo puede ocuparse de fruslerías, como limpiar su habitación, y distanciarse de todas las casas que se construyen a su alrededor.

Durante el primer trimestre de 1930, Wittgenstein escribió varios borradores del prefacio de un libro: no el libro en el que estaba trabajando con Waismann, sino el mecanoscrito que le había enseñado a Russell a principio de año. En cada borrador intentaba dejar explícito el espíritu que le inspiraba, distanciando su obra de la de los científicos y los filósofos de la ciencia: para dejar claro, como si dijéramos, que estaba trabajando dentro de los confines de su propia, pequeña y limpia habitación.

Pero de nuevo se enfrenta a un dilema familiar: de este modo, ¿a quién pretendía explicar su actitud? Aquellos que la comprendían, seguramente la verían reflejada en su obra, mientras que aquellos que no le

comprendían tampoco entenderían su explicación. Era un dilema que discutía consigo mismo en sus cuadernos: «No tiene sentido decirle algo a alguien que no lo entiende, aun cuando añadas que no lo entenderá. (Eso sucede con mucha frecuencia con alguien a quien amas)»:

> Si tienes una habitación en la que no quieres que entren ciertas personas, pones una cerradura cuya llave no posean. Pero no tiene sentido hablarles de la habitación, ¡a menos que quieras que la admiren desde el exterior!
>
> Lo más honrado sería poner una cerradura en la puerta que sólo sea vista por aquellos que pueden abrirla, y no por el resto.

«Pero», añadía, «resulta oportuno decir que creo que el libro no tiene nada que ver con la civilización centrada en el progreso característica de Europa y Estados Unidos. Y que mientras que puede que su espíritu se encuentre posiblemente sólo en las inmediaciones de esta civilización, sus objetivos son distintos.» En un primer borrador del prefacio habla explícitamente acerca de su obra en relación con la de los científicos occidentales:

> A mí me da lo mismo que el típico científico occidental aprecie o no mi obra, ya que en cualquier caso no comprenderá el espíritu con que se ha escrito. Nuestra civilización se caracteriza por la palabra «progreso». El progreso consiste en su forma, y no en hacer progresar uno de sus rasgos. Es típico de ella construir. Está ocupada por un edificio de estructura cada vez más complicada. E incluso la claridad se persigue sólo como un medio para este fin, no como un fin en sí mismo. Para mí, por el contrario, la claridad, la transparencia, son valores en sí mismos.
>
> No estoy interesado en construir un edificio, sino entender una perspectiva transparente de los cimientos de posibles edificios.
>
> De modo que mi objetivo no es el mismo que el de los científicos, y mi manera de pensar es distinta de la suya.

En el borrador final no se menciona a la ciencia ni a los científicos. En lugar de eso, Wittgenstein habla del espíritu «que informa la vasta corriente de la civilización europea y norteamericana en que nos encontramos», e insiste en que el espíritu de su obra es diferente. Pero alcanza el mismo efecto al pulsar una nota religiosa.

> Me gustaría decir «Este libro se ha escrito para la gloria de Dios», pero hoy en día eso sería un embuste, es decir, no sería correctamente entendido. Tal cosa quiere decir que el libro se ha escrito con buena voluntad, y en la medida en que no se haya escrito de este modo, sino producto de la vanidad, etc., el autor desearía verlo condenado. No puede librarlo de estas impurezas más de lo que él mismo está libre de ellas.

Una y otra vez, en sus clases, Wittgenstein intentaba explicar que él no ofrecía una *teoría* filosófica; él ofrecía la manera de escapar a cualquier *necesidad* de tal teoría. La sintaxis, la gramática de nuestro pensamiento no podía ser, como había pensado anteriormente, delineada ni revelada mediante el análisis: fenomenológico o de otro tipo. «El análisis filosófico», dijo, «no nos dice nada nuevo del pensamiento (y si lo hiciera no nos interesaría).» Las reglas de la gramática no pueden justificarse ni describirse mediante la filosofía. La filosofía no puede consistir, por ejemplo, en una lista de reglas «fundamentales» que determinen la «estructura profunda» (por utilizar los términos de Chomsky) de nuestro lenguaje.

> En el curso de nuestra investigación jamás llegamos a ninguna proposición fundamental; llegamos a los límites del lenguaje, que nos impiden hacer más preguntas. No llegamos al fondo de las cosas, sino que alcanzamos un punto a partir del cual ya no podemos llegar más lejos, ya no podemos hacer más preguntas.

Las «relaciones internas» que se establecen mediante la gramática no pueden someterse a examen ni justificación; sólo podemos poner ejemplos de cuándo las reglas se utilizan correctamente y cuando no, y decir: «Mira..., ¿no ves la regla?» Por ejemplo, la relación entre una partitura musical y su interpretación no puede comprenderse de manera fortuita (como si encontráramos, de manera misteriosa, que una cierta partitura *nos hace* tocar de determinada manera), ni tampoco las reglas que relacionan partitura e interpretación pueden describirse de manera exhaustiva, pues, dada una cierta interpretación, podemos tocar de *cualquier* manera que concuerde con una partitura. Con el tiempo, sólo tendremos que «*ver* la regla que hay en las relaciones entre interpretación y partitura». Si somos incapaces de verlas, ninguna explicación nos la hará comprensible; si la vemos, entonces llega un punto en que las explicaciones son superfluas: no precisamos de ningún tipo de explicación «fundamental».

La insistencia de Wittgenstein en este asunto marca el punto de inflexión entre su fase «de transición» y su madura filosofía posterior. El posterior desarrollo de este método, como por ejemplo, su utilización de los «juegos de lenguaje», son de una importancia menos decisiva. Estos desarrollos son de naturaleza heurística: reflejan las distintas maneras en que Wittgenstein intentaba hacer que la gente viera ciertas relaciones y diferencias: viera la manera de salir de los dilemas filosóficos. Pero el momento realmente decisivo llegó cuando tomó al pie de la letra la idea del *Tractatus* de que el filósofo no tiene nada que *decir*, sino sólo algo que *mostrar*, y aplicó esa idea con un completo rigor, abandonando completamente cualquier intento de decir algo con «pseudoproposiciones».

El énfasis en *ver* relaciones enlaza la posterior filosofía de Wittgenstein con *La decadencia de Occidente* de Spengler, y al mismo tiempo proporciona la clave para comprender la conexión entre su pesimismo cultural y los temas de su trabajo posterior. En *La decadencia de Occidente*,

Spengler distingue entre el Principio de Forma (*Gestalt*) y el Principio de Ley: al primero se ajustan la historia, la poesía, la vida; al segundo la física, las matemáticas y la muerte. Y en la base de esta distinción anuncia un principio general metodológico: «El medio por el que se identifican las formas muertas es la ley matemática. La manera por la que se comprenden las formas vivas es la analogía.» De este modo, Spengler estaba interesado en comprender la historia no basándose en una serie de leyes, sino viendo analogías entre distintas épocas culturales. Lo que más le interesaba combatir era una concepción de la historia como «ciencia natural disfrazada»: el «quedarse sólo con el significado literal de los acontecimientos político-espirituales tal como surgen a la superficie día tras día, y disponerlos en un esquema de "causas" y "efectos"». Abogaba en favor de una concepción de la historia que viera la labor del historiador no como un simple reunir hechos y proporcionar explicaciones, sino como una percepción de la significación de los hechos observando las relaciones morfológicas (o, como Spengler prefería decir, fisionómicas) entre ellos.

La noción del método fisionómico en la historia fue, tal como reconoce el mismo Spengler, inspirada por la idea de Goethe de un estudio morfológico de la naturaleza, como se ejemplifica en el poema *Die Metamorphose der Pflanze*, que sigue el desarrollo de la forma de la planta desde la hoja a través de una serie de formas intermedias. Al igual que Goethe estudió «el Destino en la Naturaleza, y no la Causalidad», dice Spengler, «aquí desarrollaremos el lenguaje de la forma de la historia humana». La morfología de Goethe tenía como motivación el disgusto que éste sentía respecto al mecanismo de la ciencia newtoniana; quería reemplazar ese estudio muerto y mecánico con una disciplina que buscara «reconocer las formas vivas *como tales*, ver en su contexto sus partes visibles y tangibles, percibirlas como *manifestaciones* de algo interior».

El método filosófico de Wittgenstein, que reemplaza la teoría con «la sinopsis de trivialidades», se halla en esta misma tradición. «Lo que yo doy», dijo una vez en una clase, «es la morfología del uso de una expresión.» En *Logik, Sprache, Philosophie*, la obra en la que colaboró con Waismann, la relación se hace explícita:

> Nuestro pensamiento en este punto corre parejo a ciertas opiniones expresadas por Goethe en la *Metamorfosis de las plantas*. Tenemos la costumbre, siempre que percibimos semejanzas, de buscarles algún origen común. El impulso de rastrear el fenómeno hasta su origen en el pasado expresa en sí mismo un cierto modo de pensar. Reconoce, por así decir, un solo esquema para tales similitudes, a saber: el ordenamiento de una serie en el tiempo. (Y esto probablemente va ligado a la unicidad del esquema causal.) Pero la visión de Goethe muestra que ésta no es la única manera posible de concebirlo. Su concepción de la planta original no implica ninguna hipótesis acerca del desarrollo temporal del reino vegetal, tal como hace Darwin. ¿Cuál *es* entonces el problema que soluciona su idea? Es el problema de la presentación sinóptica. El aforismo de Goethe «Todos los

órganos de la planta son hojas transformadas» nos ofrece un sistema en el que podemos agrupar los órganos de las plantas según sus similitudes, como si se dispusieran alrededor de algún centro natural. Vemos la forma original de la hoja metamorfoseándose en formas similares y afines, en las hojas del cáliz, las hojas del pétalo, en órganos que son medio pétalos, medio estambres, etcétera. Seguimos esta transformación sensorial del espécimen enlazando la hoja con los demás órganos de la planta a través de las formas intermedias.

Esto es precisamente lo que hacemos aquí. Cotejamos una manifestación del lenguaje con su entorno, o la transformamos en imaginación a fin de obtener una perspectiva de la totalidad del espacio en que existe la estructura de nuestro lenguaje.

Las afirmaciones explícitas de lo que Wittgenstein estaba intentando llevar a cabo en su obra filosófica son escasas, y quizá no resulta sorprendente, tal como lo expresó Drury, que «comentaristas bienintencionados» hayan dado la impresión de que los textos de Wittgenstein «eran ahora fácilmente asimilables para el medio intelectual contra el cual eran precisamente una advertencia». Pero, después de todo, cuando vemos a alguien limpiar una habitación, no le oímos hablar continuamente, explicando qué está haciendo y por qué lo está haciendo: simplemente sigue con su trabajo. Y, en general, era con esa actitud estrictamente «de hombre de negocios» como Wittgenstein pretendía hacer su trabajo.

Al final del primer trimestre de 1930, a Wittgenstein se le contrató como profesor del Trinity por un período de cinco años, y el texto mecanografiado que le había mostrado a Russell el año anterior (publicado después de su muerte como *Observaciones filosóficas*) fue aceptado como tesis, siendo Russell y Hardy los examinadores. Este hecho puso momentáneamente fin al problema de encontrar fondos para que siguiera con su trabajo filosófico, y le dio la oportunidad de desarrollar las consecuencias de su nuevo método, con la certeza absoluta de que existía una demanda para los «bienes» que él intentaba ofrecer. Al responder a las felicitaciones enviadas por Keynes, escribió: «Sí, es muy gratificante esto de que me hayan contratado como profesor. Esperemos que mi cerebro siga siendo fértil por algún tiempo. ¡Sólo Dios sabe si será así!»

El ataque de Wittgenstein a la teoría domina sus discusiones con Schlick y Waismann durante las vacaciones de Navidad de 1930. *«Para mí»*, les dijo, «una teoría no tiene valor. Una teoría no me da nada.» Las teorías no servían para comprender la ética, la estética, la religión, las matemáticas y la filosofía. Ese año, Schlick había publicado un libro sobre ética en el que, al abordar la ética teológica, había distinguido entre dos concepciones de la esencia de lo bueno: según la primera, lo bueno es bueno porque Dios lo quiere; según la otra, Dios quiere lo bueno porque es bueno. La segunda, dijo Schlick, era la más profunda. Wittgenstein in-

sistía en que lo era la primera: «Pues cierra el camino a cualquier explicación de "por qué" es bueno, mientras que la segunda es la superficial y racionalista, que actúa "como si" pudieras dar razones de por qué algo es bueno»:

> La primera concepción dice claramente que la esencia de lo bueno no tiene nada que ver con los hechos, y que por tanto no puede ser explicada mediante ninguna proposición. Si existe una proposición que pueda expresar precisamente lo que yo pienso, es la proposición «Lo que Dios ordena, eso es lo bueno».

De manera parecida, hay que cerrar cualquier camino que conduzca a una explicación del valor estético. ¿Qué tiene valor en una sonata de Beethoven? ¿La secuencia de las notas? ¿Los sentimientos de Beethoven cuando la compuso? ¿El estado de ánimo que provoca al escucharla? «Yo contestaría», decía Wittgenstein, «que, me digan lo que me digan, lo rechazo, y no porque la explicación sea falsa, sino por ser una *explicación*.»

> Si se me dijera algo que fuera una *teoría*, yo diría, ¡No, no! Eso no me interesa: no sería exactamente lo que estaba buscando.

De manera parecida, la verdad, los valores, la religión, no pueden tener nada que ver con las *palabras* utilizadas. De hecho, no necesitan palabras en absoluto. «¿Es el hecho de hablar esencial a la religión?», preguntaba:

> Bien puedo imaginarme una religión sin proposiciones doctrinales, en la que de este modo no hay palabras. Obviamente, la esencia de la religión no puede tener nada que ver con el hecho de que haya palabras o no, o mejor dicho: cuando la gente habla, entonces las palabras son parte de un acto religioso y no de una teoría. De este modo no importa en absoluto el que las palabras utilizadas sean verdaderas o falsas o absurdas.
>
> Lo que se dice en religión no es tampoco *metafórico*; pues de otro modo habría sido posible decir lo mismo en prosa.

«Si tú o yo vamos a llevar una vida religiosa, no se trata de que hablemos mucho de religión», le había dicho anteriormente a Drury, «sino de que nuestra manera de vivir sea diferente.» Tras haber abandonado cualquier posibilidad de construir una teoría filosófica, este comentario apunta al tema central de su obra posterior. La frase del *Fausto* de Goethe, «*Am Anfang war die Tat*» («En el principio fue la acción»), podría servir, como él sugiere, de lema para la totalidad de toda su filosofía posterior.

La acción, la actividad, es primordial, y no recibe su fundamento o justificación de ninguna teoría que podamos tener. Esto es cierto tanto por lo que se refiere al lenguaje y a las matemáticas como por lo que res-

pecta a la ética, la estética y la religión. «Mientras pueda jugar a ese juego, puedo jugarlo, y todo está bien», les dijo a Waismann y Schlick,

> la siguiente es una cuestión que constantemente discuto con Moore: ¿Puede el análisis lógico, por sí solo, explicar lo que quiero decir mediante las proposiciones del lenguaje corriente? Moore se inclina a creer que sí. ¿Acaso la gente, según esa opinión, ignora lo que quiere decir al afirmar «Hoy el cielo está más claro que ayer»? En este caso, ¿tenemos alguna necesidad del análisis lógico? ¡Qué idea tan horrible!

Por supuesto, no tenemos ninguna necesidad de él: «Naturalmente debo ser capaz de comprender una proposición sin conocer su análisis.»

Durante esas vacaciones, casi todas sus discusiones con Waismann y Schlick trataban de buscar una explicación de cómo este principio se aplica a la filosofía de las matemáticas. Mientras podamos utilizar los símbolos matemáticos correctamente —mientras podamos aplicar las reglas— no es necesaria ninguna «teoría» de las matemáticas; una justificación fundamental y definitiva de estas reglas no es posible ni deseable. Esto quiere decir que todo el debate acerca de los «fundamentos» de las matemáticas descansa sobre una concepción falsa. Podríamos preguntarnos, dada su spengleriana convicción de la superioridad de la música y las artes sobre las matemáticas y las ciencias, por qué Wittgenstein se preocupaba tanto por esa rama de la filosofía en particular. Pero debería recordarse que fue precisamente esa niebla filosófica la que le atrajo por primera vez hacia la filosofía, y disipar esa niebla fue, durante gran parte de su vida, el objetivo primordial de su obra filosófica.

Fueron las contradicciones en la lógica de Frege descubiertas por Russell lo que por primera vez excitó el entusiasmo filosófico de Wittgenstein, y el resolver estas contradicciones le había parecido, en 1911, la tarea fundamental de la filosofía. Ahora quería declarar triviales estas contradicciones, declarar que, una vez se había aclarado la niebla y estos problemas habían perdido su nimbo, podía verse que el problema fundamental no eran las contradicciones en sí mismas, sino esa imperfecta visión que las hacía parecer dilemas interesantes e importantes. Inventas un juego y descubres que dos reglas, en ciertos casos, pueden contradecirse mutuamente. ¿Y qué? «¿Qué hacemos en un caso como éste? Muy sencillo: introducimos una nueva regla y el conflicto queda resuelto.»

Habían parecido interesantes e importantes porque se había dado por sentado que Frege y Russell no estaban inventando un juego, sino desvelando los fundamentos de las matemáticas; si sus sistemas de lógica eran contradictorios, entonces daba la impresión de que todas las matemáticas descansaban sobre una base insegura y había que afirmar su base. Pero Wittgenstein insiste en que esto es una visión errónea del asunto. No necesitamos la lógica de Russell ni la de Frege para utilizar las matemáticas con confianza más de lo que necesitamos el análisis de Moore para ser capaces de utilizar el lenguaje de una manera corriente.

De este modo, las «metamatemáticas» desarrolladas por el matemático formalista David Hilbert son innecesarias.[1] Hilbert pretendía construir una «metateoría» de las matemáticas, buscando establecer unos fundamentos coherentes para la aritmética. Pero la teoría que ha construido, dijo Wittgenstein, no es una metamatemática, sino simplemente matemáticas: «Es otro cálculo, al igual que las demás.» Ofrece una serie de reglas y comprobaciones, cuando lo que se necesita es una *visión* clara. «Una prueba no puede disipar la niebla.»

> Si no tengo clara la naturaleza de las matemáticas, ninguna prueba puede ayudarme. Y si no tengo clara la naturaleza de las matemáticas, entonces la cuestión acerca de su coherencia no puede suscitarse en absoluto.

La moraleja aquí, como siempre, es: *«No puedes comprender los fundamentos de las matemáticas si te quedas esperando una teoría.»* La comprensión de un juego no puede depender de la construcción de otro. La analogía con los juegos, con tanta frecuencia invocada en estas discusiones, prefigura el desarrollo posterior de la técnica de los «juegos de lenguaje», y reemplaza todo lo dicho anteriormente en los «sistemas de proposiciones». El meollo de la analogía es que resulta obvio que no puede plantearse la cuestión de *justificar* un juego: si uno juega, lo comprende. Y lo mismo ocurre con la gramática o la sintaxis: «Una regla de sintaxis corresponde a la configuración de un juego... La sintaxis no puede justificarse.»

Pero, preguntaba Waismann, ¿no podría existir la teoría de un juego? Existe, por ejemplo, una teoría del ajedrez, que nos dice si unos movimientos son posibles o no: si, por ejemplo, uno puede hacer jaque mate en ocho movimientos a partir de una posición determinada. «Entonces, si hay una teoría del ajedrez», añadía, «no veo por qué no tendría que haber una teoría del juego de la aritmética, o por qué no deberíamos utilizar las proposiciones de esta teoría para aprender algo sustancial acerca de las posibilidades de este juego. Esta teoría es la metamatemática de Hilbert.»

No, replica Wittgenstein, la así llamada «teoría del ajedrez» es en sí misma un cálculo, un juego. El hecho de que utilice palabras y símbolos en lugar de piezas de ajedrez reales no debe llevarnos a error: «La demostración de que puedo llegar allí en ocho movimientos consiste en que de hecho llegue allí en el simbolismo, de aquí el hacer con signos lo que, sobre un tablero de ajedrez, hago con trebejos... y estamos de acuerdo, ¿o no?, en que empujar pequeñas piezas de madera sobre un tablero de ma-

1. La visión formalista de Hilbert respecto de los fundamentos de las matemáticas fue expuesta en una conferencia titulada «De los fundamentos de la lógica y la aritmética», pronunciada en el Tercer Congreso Internacional de Matemáticos de Heidelberg de 1904, y desarrollada en una serie de ensayos publicados en la década de los veinte. Dos de los más importantes se han reeditado en las traducciones inglesas de Jean von Heijenoort, ed., *From Frege to Gödel: A Source Book in Mathematical Logic* (Harvard, 1967).

dera no es algo esencial.» El hecho de que en álgebra utilicemos letras y no números a la hora de calcular no convierte el álgebra en una teoría de la aritmética; es simplemente otro cálculo.

Para Wittgenstein, una vez disipada la niebla, las metateorías y las teorías de juegos no tenían ningún interés. Había sólo juegos y jugadores, reglas y sus aplicaciones: «Sólo podemos establecer una regla para aplicar otra regla.» Para relacionar dos cosas, no siempre necesitamos una tercera: «Las cosas deben relacionarse directamente, sin un cable, por ejemplo, ya deben estar en relación la una con la otra como los eslabones de una cadena.» La relación entre una palabra y su significado puede encontrarse no en una teoría, sino en la práctica, en el *uso* de la palabra. Y la relación directa entre una regla y su aplicación, entre la palabra y el hecho, no puede dilucidarse con otra regla; debe *verse*: «*Ver* las cosas resulta aquí esencial: hasta que no ves el nuevo sistema, no lo comprendes.» El abandono de Wittgenstein de la teoría no era, como pensaba Russell, un rechazo del pensamiento serio, del intento de comprender, sino la adopción de una idea diferente de lo que hay que comprender, una idea que, al igual que en los casos de Spengler y de Goethe, acentúa la importancia y necesidad de «esa comprensión que consiste en ver relaciones entre las cosas».

14. UN NUEVO PRINCIPIO

Para Wittgenstein, todo dependía del espíritu. Esto es tan cierto para su filosofía como para sus relaciones personales. Lo que distinguía su rechazo de la metafísica del de los positivistas lógicos era, sobre todo, el espíritu con que se daba tal rechazo. En el prefacio que había escrito durante el primer trimestre académico de 1930 había intentado dejar explícito el espíritu de su obra. En 1931 consideró otra posibilidad, una manera de *mostrar* lo que anteriormente había intentado decir. «Ahora creo», escribió, «que lo correcto sería comenzar mi libro con observaciones acerca de metafísica como si fueran algo mágico.»

> Pero al hacer tal cosa no debo hablar en defensa de la magia ni ridiculizarla.
>
> Hay que mantener lo profundo que hay en la magia.
>
> En este contexto, de hecho, evitar la magia tiene en sí mismo un carácter mágico.
>
> Pues cuando en mi libro anterior comencé a hablar del «*mundo*» (y no de este árbol o esta mesa), ¿intentaba hacer otra cosa que no fuera conjurar con mis palabras algo de un orden más elevado?

No estaba satisfecho con estas observaciones, y escribió «S» (de *schlecht* = malo) al lado. Pero sin embargo revelan sus intenciones. Dado que ahora no podía, como había hecho en el *Tractatus*, intentar «conjurar» con palabras algo de un orden más elevado, lo que pretendía hacer con la teoría era, como si dijéramos, *señalarlo*. Al igual que las palabras no son esenciales a la religión, del mismo modo las palabras no pueden ser esenciales a la hora de revelar lo que es verdadero o profundo en la metafísica.

De hecho, lo que es profundo en la metafísica, al igual que en la magia, es su expresión de un sentimiento fundamentalmente religioso: el deseo de arremeter contra los límites de nuestro lenguaje, deseo del que Wittgenstein había hablado en relación con la ética, el deseo de trascender los confines de la razón y dar el «salto por la fe» de Kierkegaard. Este deseo, en todas sus manifestaciones, era algo por lo que Wittgenstein sentía el más profundo respeto, ya fuera en la filosofía de Kierkegaard o Hei-

degger, en las *Confesiones* de San Agustín, las oraciones del doctor Johnson o la devoción de las órdenes monásticas. Su respeto tampoco se limitaba a las formas cristianas. *Todas* las religiones son maravillosas, le dijo a Drury: «Incluso las de las tribus más primitivas. La manera en que la gente expresa sus sentimientos religiosos difiere enormemente.»

Lo que Wittgenstein consideraba «profundo» en la magia era precisamente que se trataba de la expresión primitiva de un sentimiento religioso. En relación con esto, durante mucho tiempo quiso leer *La rama dorada*, la monumental narración de Sir James Frazer de la magia y los rituales primitivos, y en 1931 Drury tomó en préstamo el primer volumen de la biblioteca de la Cambridge Union. Hay trece volúmenes en total, pero Wittgenstein y Drury, aunque lo leyeron juntos durante algunas semanas, nunca avanzaron mucho en el primer tomo, tan frecuentes eran las interrupciones de Wittgenstein para explicar sus desacuerdos con la óptica de Frazer. No podía existir nada más adecuado para despertar su ira que la manera en que Frazer abordaba los rituales mágicos, como si se tratara de ciencia en un estado precoz. El salvaje que clava una aguja en la efigie de su enemigo lo hace, según Frazer, porque se ha formado la equívoca hipótesis científica de que su voluntad dañará a su oponente. Esto, en opinión de Wittgenstein, era «explicar» algo profundo reduciéndolo a algo incomparablemente más superficial. «¡Qué estrechez de miras encontramos en Frazer!», exclamaba. «Y como resultado: ¡cuán imposible le es comprender una manera de vivir diferente a la de la Inglaterra de su época!»

> Frazer es incapaz de imaginar un sacerdote que no sea básicamente un párroco inglés de nuestro tiempo, con toda su estupidez y debilidad...
>
> Frazer es mucho más salvaje que la mayoría de salvajes, pues estos salvajes no estarían tan lejos de comprender temas espirituales como lo está un inglés del siglo XX. Sus explicaciones de las costumbres son mucho más crudas que las propias costumbres.

Wittgenstein opinaba que la riqueza de hechos que Frazer había recogido en relación a esos rituales habría sido más instructiva de haber sido presentados sin ningún tipo de comentario teórico y dispuestos de manera que pudieran *mostrarse* las relaciones de unos con otros –y con nuestros propios rituales–. Podríamos decir entonces, tal como Goethe había dicho de las formas de las plantas que había descrito en *Die Metamorphose der Pflanze*: «*Und so deutet das Chor auf ein geheimnes Gesetz*» («Y todo esto apunta a alguna ley desconocida»).

> Puedo establecer esta ley mediante una hipótesis de evolución, o, de nuevo, mediante una analogía con el esquema de una planta, puedo aplicarle el esquema de una ceremonia religiosa, pero también puedo hacer lo mismo disponiendo los hechos de manera que puedan pasar

fácilmente de una parte a otra, y tener así una visión clara: mostrándolos de una manera transparente.

Para nosotros, la idea de una presentación transparente es fundamental. Indica nuestra forma de escribir acerca de las cosas, la manera en que vemos las cosas. (Una especie de Weltanschauung que parece ser típico de nuestro tiempo. Spengler.)

La presentación transparente hace posible esa comprensión, que consiste justamente en el hecho de que «vemos las relaciones».

Una *morfología* de rituales mágicos, por tanto, preservaría lo que hay de profundo en ellos, sin ridiculizarlos ni defenderlos. De este modo tendría «un carácter mágico». De manera parecida, esperaba Wittgenstein, su nuevo método filosófico preservaría lo que tenía que ser respetado en las viejas teorías metafísicas, y tendría en sí mismo un carácter metafísico, sin intentar los trucos conjuratorios del *Tractatus*.

Existe aquí también una analogía con la proyectada autobiografía de Wittgenstein. Su intención era que ésta revelara su naturaleza esencial sin ningún tipo de explicación, justificación o defensa. Daba por sentado que lo que se revelaría sería una naturaleza «no heroica», quizá incluso «fea». Pero lo que le preocupaba por encima de todo, al dejar al descubierto su verdadero carácter, era no renegar de él, ni quitarle importancia ni, de un modo perverso, envanecerse de él.

Si puedo explicarlo mediante un símil: Si un vago callejero fuera a escribir su biografía, el peligro sería que

a) negara que su naturaleza era lo que era,

o b) encontrara alguna razón para envanecerse de ella,

o c) presentara el asunto como si eso –el que él tuviera esa naturaleza– no tuviera consecuencia alguna.

En el primer caso miente, en el segundo imita un rasgo de la aristocracia natural, ese orgullo que es un *vitium splendidum*, y que realmente no puede poseer más de lo que un cojo posee una gracia natural. En el tercer caso se comporta, como si dijéramos, de manera parecida a la socialdemocracia, colocando la cultura por encima de las cualidades propias; pero esto también es un engaño. Él es lo que es, y eso es importante y significa algo, pero no hay razón para envanecerse, y por otro lado es siempre el objeto de su autorrespeto. Y yo puedo aceptar el orgullo aristocrático del otro y su desprecio hacia mi naturaleza, pues en eso sólo tengo en cuenta lo que es mi naturaleza y la del otro hombre como parte del entorno de mi naturaleza: el mundo con ese objeto quizá feo, mi persona, en su centro.

Tal como Rush Rhees ha señalado, hay algo weiningeriano en la concepción que tenía Wittgenstein de lo que era escribir una autobiografía, una concepción que parece casi un deber espiritual. «Componer una autobiografía completa», escribe Weininger en *Sexo y carácter*, «cuando la ne-

cesidad de hacerlo se origina en el propio hombre, es siempre señal de un ser humano superior»,

> pues la raíz de la piedad reside en una memoria realmente fiel. Un hombre de verdadero carácter, enfrentado a la propuesta o a la exigencia de que abandone su pasado por algún beneficio material o por su salud, rechazaría tal cosa, incluso ante la perspectiva de los más grandes tesoros del mundo o de la propia felicidad.

Es en 1931, el año en que su planeada autobiografía recibió la mayor atención, cuando abundan las referencias a Weininger y a las reflexiones weiningerianas en los cuadernos y conversaciones de Wittgenstein. Recomendaba *Sexo y carácter* a sus amigos estudiantes, Lee y Drury, y a Moore. La respuesta de éstos fue, de manera comprensible, fría. La obra que había excitado la imaginación de la Viena de preguerra parecía, a la fría luz de la posguerra de Cambridge, simplemente extravagante. Wittgenstein se veía obligado a explicarlo. «Puedo imaginarme perfectamente que no admires demasiado a Weininger», le escribió a Moore el 28 de agosto, «a causa de esa horrible traducción y del hecho de que W. debe parecerte muy ajeno.»

> Es cierto que es fantasioso, pero es que es grande y fantasioso. No es necesario, o mejor dicho, no es posible estar de acuerdo con él, sino que su grandeza reside en que no estemos de acuerdo con él. Por ejemplo, hablando *grosso modo*, si añades un ~ a todo el libro, éste dice una importante verdad.

Lo que quería decir mediante este elíptico comentario es algo oscuro. Sobre el tema central de Weininger, el hecho de que las mujeres y la feminidad sean las fuentes de todo mal, Wittgenstein admitía ante Drury: «Qué equivocado estaba, qué equivocado, Dios mío.» Pero esto apenas revela la importante verdad obtenida al negar la totalidad del libro. La negación de un absurdo no es una importante verdad, sino una perogrullada («Las mujeres *no* son la fuente de todo mal»). Quizá quería decir que Weininger había captado las características esenciales del Hombre y la Mujer, y que se había equivocado al presentar cargos solamente contra la mujer. En su sueño acerca de «Vertsagt», después de todo, la víctima es la mujer, mientras que quien perpetra el crimen es un hombre cuyo nombre posee una cualidad desagradablemente «masculina».

Ciertamente, en sus notas autobiográficas no hay nada que sugiera que su naturaleza «no heroica» y «fea» pudiera ser atribuible a ninguno de sus supuestos rasgos femeninos.

Sin embargo, hay varios comentarios que indican que se inclinaba a aceptar una concepción weiningeriana de lo que significa ser judío, y que al menos consideraba que algunas de sus características menos heroicas tenían que ver con sus antepasados judíos. Al igual que Weininger, Witt-

genstein estaba dispuesto a extender el concepto de lo judío más allá de los confines de tal ascendencia. Por ejemplo, creía que el carácter de Rousseau «tenía algo de judío». Y, al igual que Weininger, veía cierta afinidad entre las características de un judío y las de un inglés. De este modo: «Mendelssohn no es una cumbre, sino una planicie. Lo inglés que hay en él»; «La tragedia es algo no judío. Mendelssohn es, supongo, el menos trágico de los compositores.»

Pero –y en esto también sigue a Weininger– está claro que casi siempre que habla de «judíos» está pensando en un grupo racial concreto. De hecho, lo más asombroso de los comentarios de Wittgenstein es que utilice el lenguaje –en concreto, los eslóganes– del antisemitismo racial. El eco que realmente molesta no es el de *Sexo y carácter*, sino el del *Mein Kampf*. Muchas de las sugerencias más atroces de Hitler, su caracterización del judío como un parásito «que al igual que un bacilo nocivo se extiende tan pronto como encuentra un medio favorable», su afirmación de que la aportación de los judíos a la cultura carece de la menor originalidad, que «los judíos carecen de las cualidades que distinguen a las razas que son creativas, y por tanto culturalmente bienaventuradas», y, además, que su aportación se ha restringido al *refinamiento* cultural de una cultura distinta («ya que el judío... nunca estuvo en posesión de una cultura propia, las bases de su obra intelectual siempre fueron aportadas por otros»): toda esta letanía de lamentables sandeces encuentra su paralelo en las observaciones de Wittgenstein de 1931.

De no haber sido escritas por Wittgenstein, muchas de sus afirmaciones acerca de la naturaleza de los judíos serían vistas como poco más que el vocerío de un fascista antisemita. «Se ha dicho», comienza una, «que la naturaleza reservada y astuta de los judíos es resultado de haber sido perseguidos durante mucho tiempo.»

> Esto es ciertamente falso; por otro lado es cierto que siguen existiendo a pesar de su persecución, sólo porque tienen una inclinación hacia tal reserva. Al igual que podríamos decir que este o ese animal han escapado a la extinción sólo a causa de su capacidad o habilidad para ocultarse. Naturalmente, esto no me parece un motivo para elogiar esa capacidad, de ninguna manera.

¿Huyen «ellos» de la extinción sólo porque evitan ser detectados? ¿Y por tanto son, producto de la necesidad, reservados y astutos? Se trata de la paranoia antisemita en su forma más concentrada: el miedo a –el disgusto hacia– el taimado «judío que vive entre nosotros». Al igual que cuando Wittgenstein adopta la metáfora de la enfermedad. «¡Contempla este tumor como una parte perfectamente normal de tu cuerpo!», se imagina que alguien sugiere, y contrataca con la pregunta: «¿Puede uno hacer eso, ordenarlo? ¿Tengo el poder de decidir a mi antojo el tener o no tener una concepción ideal de mi cuerpo?» Prosigue relatando esta hitleriana metáfora acerca de la posición de los judíos europeos:

Dentro de la historia de los pueblos de Europa, a la historia de los judíos no se le concede la importancia que se merece, y que es debida a su influencia en los asuntos europeos, pues dentro de esta historia se les ve como una especie de enfermedad, una anomalía, y nadie quiere poner la enfermedad al mismo nivel que la vida normal (y nadie quiere hablar de una enfermedad como si tuviera los mismos derechos que los procesos de un cuerpo saludable [incluso los dolorosos]).

Podemos decir: la gente sólo ve este tumor como una parte natural de su cuerpo si cambia toda su manera de percibir el cuerpo (si cambia la manera en que toda la nación percibe su cuerpo). De otro modo, lo mejor que pueden hacer es *aguantarse.*

Se puede esperar que un individuo muestre este tipo de tolerancia, o no hacer caso de estas cosas; pero no se puede esperar esto de una nación, pues lo que precisamente le da su carácter de nación es el no hacer caso omiso de tales cosas. Por ejemplo, existe una contradicción en esperar que alguien, *de manera simultánea,* conserve su antigua percepción estética del cuerpo y *también* dé la bienvenida al tumor.

Aquellos que buscan expulsar el «bacilo nocivo» de su entorno, parece a punto de sugerir, tienen derecho a hacerlo. O, al menos, uno no puede esperar que –como nación– hagan otra cosa.

Ni que decir tiene que esta metáfora no tiene sentido sin una concepción racial de lo judío. El judío, aunque «integrado», nunca será un alemán o un austríaco, porque no pertenece al mismo «cuerpo»: ese cuerpo lo percibe como un tumor, una enfermedad. La metáfora es particularmente adecuada para describir los miedos de los antisemitas austríacos, porque implica que cuanto más se integren los judíos, más peligrosa es la enfermedad que representan para la, de otro modo, saludable nación aria. De este modo, es bastante erróneo equiparar el antisemitismo implícito en los comentarios de Wittgenstein con el «autoodio judío» de Karl Kraus. Los rasgos que desagradaban a Kraus, y que él asumía como judíos (la codicia, etc), los atribuía no a una herencia racial, sino al aislamiento social y religioso de los judíos. Lo que él atacaba principalmente era la «mentalidad de gueto» de los judíos; lejos de querer mantener separados a judíos y no judíos y de ver lo judío como un «tumor» en el cuerpo del pueblo alemán, mantenía una incansable campaña en pro de la completa asimilación de los judíos: «¡A la salvación a través de la disolución!»

Desde esta perspectiva, Kraus estaba en una situación mucho mejor que Wittgenstein para comprender el horror de la propaganda nazi, y, podríamos añadir, era más perspicaz a la hora de reconocer sus precedentes intelectuales. Wittgenstein, naturalmente, podía darse cuenta de que los nazis eran un bárbaro «grupo de gánsters», tal como se los describió a Drury, pero mientras que él recomendaba *La decadencia de Occidente* de Spengler como libro que podía enseñar algo acerca de la época en la que vivían, Kraus llamaba la atención hacia las afinidades entre

Spengler y los nazis, comentando que Spengler comprendía a los *Untergangsters* del oeste... y que ellos le comprendían a él.

Aunque alarmante, la utilización de los eslóganes racistas antisemitas por parte de Wittgenstein no establece ninguna afinidad entre él y los nazis. Sus comentarios acerca de lo judío eran fundamentalmente introspectivos. Representan el momento en que su sensación de decadencia cultural y su deseo de un Orden Nuevo (que es el sendero que conduce de Spengler a Hitler) se utilizan para describir su propia situación interior. Es como si, durante un breve tiempo (después de 1931, gracias a Dios, no hay más comentarios acerca de lo judío en sus cuadernos), se sintiera tentado a utilizar el lenguaje del antisemitismo, por entonces algo bastante corriente, como una especie de metáfora para sí mismo (al igual que, en el sueño de Vertsagt, la imagen del judío que propagaban los nazis –la de sinvergüenza astuto y engañoso que se oculta tras una capa de respetabilidad mientras comete los crímenes más terribles– encontraba una pronta respuesta en sus miedos acerca de su «verdadera» naturaleza). Del mismo modo que muchos europeos –y más que nadie, muchos alemanes– sentían la necesidad de un Orden Nuevo que reemplazara a su «cultura podrida», Wittgenstein se afanaba en encontrar un nuevo principio para su vida. Sus notas autobiográficas son esencialmente confesionales, y «una confesión», escribió en 1931, «tiene que formar parte de tu nueva vida». Antes de poder comenzar de nuevo, tenía que hacer inventario de la anterior.

Lo que quizá resulta más irónico es que, al tiempo que Wittgenstein comenzaba a desarrollar un método totalmente nuevo para abordar los problemas filosóficos –un método sin precedentes en la tradición de la filosofía occidental (a menos que se encuentre lugar para Spengler y Goethe en esa tradición)–, tenía que sentirse inclinado a juzgar su propia aportación filosófica dentro del marco en que se lanzaba la absurda afirmación de que el judío era incapaz de un pensamiento original. «Es típico de una mente judía», escribió, «comprender la obra de cualquier otra persona mejor de lo que (esa persona) la comprende.» Su propia obra, por ejemplo, era esencialmente una clarificación de las ideas de otros.

> Entre los judíos, el «genio» se encuentra sólo en el hombre bendito. Incluso los más grandes pensadores judíos sólo tienen talento. (Yo mismo, por ejemplo.) Creo que hay cierta verdad en mi idea de que sólo pienso de manera reproductora. No creo haber *inventado* ni una línea de pensamiento. Siempre me he apoderado de lo de los demás. Simplemente me he valido de ello para mi trabajo de clarificación. Así es como Boltzmann, Hertz, Schopenhauer, Frege, Russell, Kraus, Loos, Weininger, Spengler, Sraffa, me han influido. ¿Puede tomarse el caso de Breuer y Freud como un ejemplo de reproducción judía? Lo que yo invento son nuevos *símiles*.

Este minimizar sus propios logros puede que fuera una manera de protegerse de su propio orgullo, de creer que realmente era, tal como se

había descrito él mismo a la ligera en una carta a Pattisson, «el mayor filósofo que ha existido». Tenía clara conciencia de los peligros del falso orgullo. «Con frecuencia, cuando tengo un cuadro bien enmarcado o lo he colgado en el lugar adecuado», escribió, «me cojo *in fraganti*, sintiéndome tan orgulloso como si lo hubiera pintado yo mismo.» Y estaba tan en contra de ese orgullo que se sentía obligado a permanecer dentro de las limitaciones de su condición «judía».

> El judío, en un sentido literal, debe procurar que «todas las cosas le sean indiferentes». Pero esto le resulta particularmente duro, ya que en cierto sentido no posee nada que sea realmente suyo. Es mucho más duro aceptar la pobreza con buena disposición cuando *tienes* que ser pobre que cuando también podrías ser rico.
>
> Podría decirse (de manera errónea o acertada) que la mente judía no posee la capacidad de producir ni una menuda flor ni una diminuta brizna de hierba de las que han fructificado en el suelo de otra mente, pero sí de mostrarlas dentro de un contexto más amplio. No estamos señalando ningún defecto cuando decimos esto, y no hay nada malo en ello, siempre y cuando lo que se haga no se preste a malentendidos. El peligro sólo existe cuando la naturaleza de una obra judía se confunde con la de una no judía, especialmente cuando el autor de la obra judía cae él mismo dentro de esa confusión, cosa que puede ocurrir fácilmente. (¿Acaso no parece tan orgulloso como si hubiera producido la leche él mismo?)

Durante toda su vida, Wittgenstein no dejó de luchar contra su propio orgullo, ni de expresar dudas acerca de sus logros filosóficos y su decencia moral. Después de 1931, sin embargo, abandonó el lenguaje del antisemitismo como medio de expresar estas dudas.

Los comentarios de Wittgenstein de lo judío, al igual que su proyectada autobiografía, eran esencialmente confesionales, y ambos parecen, en cierto modo, vinculados a la «sagrada» unión que había planeado entre él y Marguerite. Coinciden con el año en que su intención de casarse con ella fue un objetivo perseguido con la mayor seriedad.

A principios de verano invitó a Marguerite a Noruega, para prepararla, creía él, para su futura vida juntos. Su intención, sin embargo, era que pasaran las vacaciones por separado, cada uno aprovechando el aislamiento para dedicarse a la seria contemplación, de manera que estuvieran espiritualmente preparados para la nueva vida que les esperaba.

Según esto, mientras él se alojaría en su propia casa, dispondría para Marguerite unas habitaciones en la granja de Anna Rebni, una robusta mujer de sesenta años que vivía con una madre ya centenaria. Durante las dos semanas que pasó allí, Marguerite vio muy poco a Wittgenstein. Cuando ella llegó a la granja, desempaquetó sus cosas para encontrarse con que Wittgenstein había colocado una Biblia entre ellas, junto con una

carta, de manera significativa adosada a Corintios I, 13: el discurso de San Pablo acerca de la naturaleza y virtud del amor. Era una indirecta muy clara de la que ella haría caso omiso. En lugar de meditar, rezar y leer la Biblia –actividades a las que Wittgenstein dedicaba casi todo su tiempo–, hizo lo que Pinsent había hecho en 1913, y aprovechó lo mejor que pudo los escasos entretenimientos que Skjolden tenía que ofrecerle. Paseaba por los alrededor de la granja, iba a nadar al fiordo, entablaba conocimiento con los aldeanos y aprendía un poco de noruego. Después de dos semanas se marchó a Roma para asistir a la boda de su hermana, con el convencimiento de que Ludwig Wittgenstein era el hombre con quien *no* iba a casarse. No sólo tenía la impresión de que ella jamás podría cumplir los requisitos que exigía una vida con Wittgenstein; además, e igualmente importante, sabía que Wittgenstein jamás sería capaz de ofrecerle la vida que ella deseaba. Él le había dejado claro, por ejemplo, que no abrigaba la menor intención de tener hijos, en la creencia de que hacer tal cosa sería traer a otra persona a una vida de desgracia.

Wittgenstein compartió con Gilbert Pattisson parte de ese verano. La visita de éste coincidió durante una semana con la de Marguerite, y sin duda fue Pattisson quien más contribuyó a alegrar el estado de ánimo de Wittgenstein durante las tres semanas que allí permaneció, aunque, como siempre, a Pattisson le era necesario alejarse de Wittgenstein de vez en cuando, yendo a Oslo a pasar una noche y «correrse una juerga de bar en bar».

Puede que la visita a Noruega pusiera fin a cualquier idea que Wittgenstein pudiera haber albergado de casarse con Marguerite, aunque tal cosa no desembocó (o no inmediatamente) en una ruptura de su amistad. A finales del verano de 1931, y durante tres semanas, se vieron casi cada día en el Hochreit, donde Wittgenstein se alojó, como antes, en la cabaña del leñador, en los aledaños de la finca, mientras Marguerite era huésped de la residencia familiar. En un volumen de remembranzas escrito por sus nietos, ella comenta, en una frase que recuerda el papel jugado por David Pinsent: «Mi presencia le trajo la paz que necesitaba para nutrir sus ideas.»

En el Hochreit, Wittgenstein trabajó para completar su libro, que en esa época tenía el título provisional de *Gramática filosófica*, un título que, admitía, podía sonar a libro de texto, «pero eso no importa, porque detrás está el libro».

Wittgenstein tenía un método peculiarmente laborioso de componer sus libros. Comenzaba escribiendo observaciones en pequeñas libretas. Entonces seleccionaba las observaciones que consideraba mejores y las anotaba, quizá en un orden distinto, en grandes volúmenes manuscritos. A partir de éstos hacía una selección posterior, que dictaba a un mecanógrafo. El texto resultante era utilizado como base para otra selección, a veces recortando las observaciones y reordenándolas, y entonces todo el proceso comenzaba de nuevo. Aunque este proceso durara más de veinte

años, jamás culminaba en una ordenación de la que Wittgenstein se sintiera totalmente satisfecho, y de este modo, sus albaceas literarios han tenido que publicar bien lo que consideraban la versión más satisfactoria de los diversos manuscritos y mecanoscritos *(Observaciones filosóficas, Investigaciones filosóficas, Observaciones sobre la filosofía de la psicología)*, bien una selección (o reordenación) hecha por los propios albaceas *(Gramática filosófica, Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas, Observaciones, Zettel)*. Es lo que ahora conocemos como las obras de Wittgenstein, aunque la verdad es que ninguna de ellas puede contemplarse como una obra acabada.

Esta frustante circunstancia hemos de achacarla a su quisquillosidad a la hora de publicar, que tanto había enfurecido a Russell en 1913 y que pronto iba a exasperar aún más al infortunado Friedrich Waismann. Pues en 1931, mientras Wittgenstein comenzaba a formular una especie de presentación satisfactoria de su nuevo pensamiento, Waismann tenía la impresión de que su propia presentación de las ideas de Wittgenstein, el libro que en 1929 había sido anunciado con el título de *Logik, Sprache, Philosophie*, estaba casi acabado. El 10 de septiembre Schlick escribió a Waismann desde California, comentándole que daba por sentado que el libro aparecería impreso cuando regresara a Viena, en la Semana Santa del año siguiente.

Waismann, sin embargo, no había visto mucho a Wittgenstein ese verano. Poco antes del final de las vacaciones, Wittgenstein fue a verle a Viena para presentarle los últimos textos mecanografiados que había entresacado de entre su más reciente producción. Discutieron los cambios en el libro propuesto, que deberían hacerse a la luz de su nueva obra, y, basándose en esas discusiones, Waismann rescribió sus «Tesis» y le envió la nueva versión a Schlick. Wittgenstein, mientras tanto, estaba cada vez más preocupado porque Waismann pudiera transmitir equivocadamente su nuevo pensamiento. En noviembre le escribió a Schlick a propósito de «esa cosa que ha hecho Waismann», y se excusaba por tenerlo esperando una edición definitiva. Puso énfasis en que deseaba respetar sus compromisos con Schlick, pero: «No siento entusiasmo por la cosa en sí. Estoy convencido de que Waismann presentará *muchas* cosas de una manera *completamente* distinta de lo que yo considero correcto.»

El problema central era que el libro originalmente concebido era ahora superfluo. Las ideas de Wittgenstein habían cambiado de manera tan fundamental que ya no podía presentarlas en una forma que era en esencia una versión actualizada del *Tractatus*. «¡Hay!», le dijo a Schlick, «*muchas, muchas* afirmaciones en el libro con las que ahora no estoy de acuerdo!» Dijo que se había demostrado que todas las referencias del *Tractatus* a las «proposiciones elementales» y los «objetos» eran erróneas, y que no tenía objeto publicar una obra que simplemente repetía viejos errores. El análisis de la proposición del *Tractatus* debía reemplazarse por una «representación transparente» de la gramática que

arrojara por la borda «todas esas cosas dogmáticas que dije acerca de los "objetos", las "proposiciones elementales?", etc.»

Wittgenstein volvió a reunirse con Waismann en las vacaciones de Navidad de 1931, y fue entonces cuando le dijo claramente que había que cambiar la concepción global del libro. Le explicó las implicaciones de su nuevo pensamiento con respecto de las tesis filosóficas.

> Si en la filosofía hubiera tesis, tendrían que ser tales que no dieran origen a disputas. Pues tendrían que expresarse de tal manera que todos dijeran, Oh, sí, naturalmente esto es obvio. Mientras exista la posibilidad de tener opiniones distintas y discutir acerca de esta cuestión, tal cosa indica que las cosas no se han expresado con la suficiente claridad. Una vez se haya alcanzado una formulación perfectamente clara –la claridad definitiva–, ya no será posible ver las cosas con renuencia ni pensárselas dos veces, pues esto siempre surge de la sensación de que, al haberse afirmado algo, no estoy seguro de si admitirlo o no. Sin embargo, si consigues que la gramática sea perfectamente clara, si se procede a pasos muy cortos de manera que cada paso sea perfectamente obvio y natural, no puede originarse ninguna disputa. La controversia siempre surge cuando se dejan de lado o no se afirman claramente ciertos pasos, dando la impresión de haber hecho una afirmación que puede discutirse.

Acerca del *Tractatus*, le dijo a Waismann que en él «actué de manera dogmática... Vi algo de lejos y de una manera indefinida, y quise aclararlo tanto como me fue posible». «Pero», añadía con firmeza, «una refundición de estas tesis ya no está justificada.» Insistía en que las notas tomadas por Waismann en estas discusiones deberían enviarse a Schlick, a California, y en que Waismann debía informar a Shlick del cambio en el plan, y explicarle sus razones.

Cuando Wittgenstein regresó a Cambridge, en el año nuevo de 1932, le escribió a Schlick preguntándole si había recibido las notas de Waismann, y si les «encontraba pies y cabeza». Schlick evidentemente creía que sí, pues siguió animando a Waismann para que siguiera con el proyecto. Al igual que Wittgenstein, Waismann así lo hizo en consideración a Schlick. Pues para «la cosa» en sí misma, podemos suponer que ya no tenía más interés que Wittgenstein. A la Semana Santa siguiente, su ya poco envidiable posición se hizo aún más difícil cuando Wittgenstein propuso un nuevo procedimiento: en lugar de que Waismann recibiera el material para el libro directamente de Wittgenstein, iba a depender de Schlick a la hora de recibir los textos mecanografiados que Wittgenstein le enviara. En otras palabras, Wittgenstein había perdido completamente la fe en Waismann como transmisor de sus ideas, y, por ejemplo, dejó de ser el responsable de presentar las nuevas ideas de Wittgenstein a los miembros del Círculo de Viena.

Casi todas las energías de Wittgenstein se dedicaban ahora a dar a la luz su propia presentación de sus nuevos pensamientos. Experimentaba con muchas formulaciones distintas: observaciones numeradas, párrafos numerados, un índice anotado, etc. En sus clases, como si se orientara dentro de la tradición occidental, estudiaba la taxonomía de estilos y teorías filosóficas de Broad, presentada en una serie de conferencias que Broad había pronunciado antes de graduarse con el título de «Elementos de filosofía». Rechazó el método de Hume y Descartes, pero dijo del método crítico de Kant: «Es una manera adecuada de abordar el problema.» Con respecto a la distinción entre los métodos deductivo y dialéctico de la filosofía especulativa –el primero representado por Descartes, el segundo por Hegel– se inclinaba, con reservas, del lado de Hegel:

> ... el método dialéctico es muy sólido y una manera de trabajar. Pero no debería intentar encontrar, a partir de dos proposiciones, a y b, una proposición más compleja, tal como queda implícito en la descripción de Broad. Su objeto debería ser descubrir dónde residen las ambigüedades de nuestro lenguaje.

Rechazaba las tres «teorías de la verdad» de Broad –la teoría de la correspondencia, la teoría de la coherencia y la teoría pragmática–: «La filosofía no es una elección entre "teorías" diferentes.»

> Podemos decir que la palabra [«verdad»] tiene al menos tres significados distintos; pero es erróneo suponer que una de estas teorías puede darnos la totalidad de la gramática a la hora de utilizar la palabra, o esforzarse para que los casos que no están de acuerdo con ella encajen dentro de la teoría.

Lo que reemplaza a la teoría es la *gramática*. Durante esta serie de clases, Moore llevó a cabo un valiente intento de insistir en que Wittgenstein estaba utilizando la palabra «gramática» de una manera bastante extraña. Presentó un ensayo en la clase de Wittgenstein, en el que distinguía el sentido corriente de la palabra del uso que Wittgenstein hacía de ellas. De este modo, argüía, la frase: «Tres hombres está trabajando» es, de manera incontrovertible, un mal uso de la gramática, pero no está claro que: «Diferentes colores no pueden estar en el mismo lugar al mismo tiempo» sea una transgresión similar. Si a esto último también se le puede llamar un uso erróneo de la gramática, entonces «gramática» debe significar algo distinto en cada caso. No, replicó Wittgenstein. «La expresión correcta es "No tiene sentido decir..."» Ambos tipos de reglas eran reglas en el mismo sentido. «Sólo que algunas han sido objeto de discusión filosófica y otras no.»

> Las reglas gramaticales son todas del mismo tipo, pero no se trata del mismo error si un hombre rompe una o si rompe otra. Si utiliza «está» en

lugar de «están» no provoca confusión; pero en el otro ejemplo la analogía con el espacio físico (*cf.* dos personas en la *misma* silla) provoca confusión. Cuando decimos que no podemos pensar en dos colores en el mismo lugar cometemos el error de creer que esto es una proposición, aunque no lo es; y nunca intentaríamos decirlo si no fuésemos engañados por una analogía. Resulta engañoso utilizar la expresión «no puede» porque sugiere una analogía errónea. Deberíamos decir: «No tiene sentido decir...»

Los errores gramaticales de los filósofos, por tanto, difieren de los errores normales mencionados por Moore sólo en que son más perniciosos. Por tanto, estudiar estos errores no tenía objeto, de hecho era peor que eso: podía ser dañino; el asunto no era estudiarlos, sino librarse de ellos. De este modo, a uno de sus estudiantes, Karl Britton, Wittgenstein le insistió en que no *podía* tomarse en serio la filosofía mientras estudiara para obtener un título en esa materia. Le instó a que dejara la carrera e hiciera otra cosa. Cuando Britton se negó, Wittgenstein sólo mantuvo la esperanza de que eso no matara su interés por la filosofía.

De manera parecida instó a Britton y a otros estudiantes para que evitaran convertirse en profesores de filosofía. Sólo había algo peor, y era ser periodista. Britton debería tener un empleo de verdad, y trabajar con gente corriente. La vida académica era detestable. Le dijo a Britton que cada vez que volvía de Londres y oía a un estudiante exclamar, «¡Oh, desde luego!» *(Oh, really!)*, no le cabía la menor duda de que estaba de nuevo en Cambridge. El chismorreo de la persona que le hacía la cama en sus habitaciones de Cambridge era preferible a la engañosa inteligencia de profesores y catedráticos.

Maurice Drury ya había seguido el consejo de Wittgenstein, y trabajaba en Newcastle, con un grupo de constructores de buques en paro. A medida que el proyecto llegaba a su fin, sin embargo, se sintió tentado a solicitar un puesto de profesor de filosofía en el Armstrong College de Newcastle. Finalmente el puesto se concedió a Dorothy Emmett, y Drury se fue al sur de Gales para ayudar a gestionar un huerto comunal para los mineros en paro. «Tienes una gran deuda contraída con Miss Emmett», le insistía Wittgenstein; «ella te salvó de convertirte en filósofo profesional.»

A pesar de su desprecio por la profesión, mantuvo un ojo celoso y vigilante sobre el uso que los filósofos académicos hacían de su filosofía, y en el verano de 1932 se vio envuelto en lo que equivale a una *Prioritätsstreit* con Rudolf Carnap. Fue ocasionada por un artículo de Carnap titulado «Die physikalische Sprache als Universalsprache der Wissenschaft», editado en *Erkenntnis*, una publicación del Círculo de Viena (posteriormente publicado en inglés como «La unidad de la ciencia»). El artículo es una argumentación a favor del «fisicalismo»: la opinión de que *todas* las afirmaciones, en la medida en que merezcan incluirse en un estudio científico, se pueden reducir en última instancia al lenguaje de la física, siempre que el estudio científico en cuestión trate de física, biología, psicolo-

gía o de los fenómenos sociales. Tal teoría está en deuda, tal como reconoce Carnap, con las opiniones de Otto Neurath, el positivista más riguroso de los filósofos del Círculo de Viena.

Wittgenstein, sin embargo, estaba convencido de que Carnap había utilizado las ideas que él mismo había expresado en conversaciones con el Círculo de Viena, y lo había hecho sin el reconocimiento adecuado. En agosto de 1932, en dos cartas a Schlick y de nuevo en una carta al propio Carnap, Wittgenstein insiste en que su enojo con el artículo de Carnap es una cuestión puramente ética y personal, y que de ningún modo tiene que ver con la autoría de los pensamientos dados a conocer por Carnap, o con su inquietud respecto a su reputación dentro de la comunidad académica. El 8 de agosto le escribió a Schlick:

> ... desde el fondo de mi corazón, me da lo mismo lo que los filósofos profesionales piensen hoy de mí; pues no es para ellos para quienes escribo.

Y aun así el meollo del asunto era que las ideas publicadas bajo el nombre de Carnap –acerca de, por ejemplo, la definición ostensiva y la naturaleza de la hipótesis– eran, en sentido estricto, *sus* ideas. Alegó que Carnap las había tomado de anotaciones realizadas durante sus conversaciones con Waismann. Cuando Carnap replicó que su argumento central se refería al *fisicalismo*, del que Wittgenstein no había dicho nada, éste objetó que la idea básica podía encontrarse en el *Tractatus*: «Que no haya tratado la cuestión del "fisicalismo" es falso (sólo que no bajo ese –horrible– nombre), y [lo hice] con la brevedad con la que está escrito todo el *Tractatus*.»

Con la publicación del artículo de Carnap, las conversaciones filosóficas de Wittgenstein con Waismann llegaron a su definitivo final. La última conversación de que hay constancia, de hecho, gira enteramente sobre el intento por parte de Wittgenstein de refutar la sugerencia, hecha por Carnap, de que la concepción que éste tiene de la hipótesis la había tomado de Poincaré y no del propio Wittgenstein. Después de esto, a Waismann no se le volvió a confiar el acceso privilegiado a las nuevas ideas de Wittgenstein.

La creciente desconfianza de Wittgenstein hacia Waismann, y su resentimiento hacia lo que consideraba una impertinencia por parte de Carnap, coincidieron con sus renovados esfuerzos por elaborar una presentación publicable de su trabajo.

Durante su estancia en el Hochreit del verano de 1932, le dictó a un mecanógrafo una extensa selección de observaciones entresacadas de los ocho volúmenes manuscritos que había escrito en los dos años anteriores. (En la carta a Schlick del 8 de agosto menciona que pasa hasta siete horas al día dictando.) El resultado fue lo que los estudiosos de Wittgenstein conocen como «el Gran Mecanoscrito». Éste, más que cualquier otro texto

mecanografiado dejado por Wittgenstein, tiene el aspecto de un libro acabado, con encabezamientos en los capítulos y un índice, y constituye la base de lo que se ha publicado como *Gramática filosófica*. Sin embargo, de ningún modo resulta idéntico al texto publicado.

En concreto, en la versión publicada se ha omitido un interesante capítulo titulado «Filosofía». «Todo lo que puede hacer la filosofía», dice en él, «es destruir ídolos.» «Y», añade, en una estocada al Círculo de Viena, «eso no significa erigir otros nuevos... a partir de la "ausencia de ídolos".» Pone énfasis en que no es en la vida práctica donde encontramos los problemas filosóficos, sino cuando somos llevados a conclusiones erróneas por ciertas analogías del lenguaje al preguntar cosas como «¿Qué es el tiempo?» «¿Qué es un número?», etc. Estas preguntas son insolubles, no a causa de su profundidad, sino porque son absurdas: un mal uso del lenguaje. De este modo:

> El verdadero descubrimiento es el que me hace capaz de dejar de hacer filosofía cuando yo quiero, el que da paz a la filosofía, de manera que ya no esté martirizada por preguntas que la ponen *a ella misma* en duda. En lugar de eso, ahora daremos a conocer un método que funcionará por medio de ejemplos; y la serie de ejemplos podrá interrumpirse en cualquier momento. Se solucionan los problemas (se eliminan las dificultades), no un *solo* problema... «¡Pero entonces jamás llegaremos al final de nuestro trabajo!» Naturalmente que no, porque no tiene fin.

Esta concepción de la filosofía como una tarea de clarificación que no tiene fin, y cuyo principio es arbitrario, hace casi imposible imaginar que *pueda* escribirse un libro satisfactorio de filosofía. No hay que extrañarse pues de que Wittgenstein acostumbrara a citar con aprobación la sentencia de Schopenhauer de que un libro de filosofía, con principio y fin, es una especie de contradicción. Y no nos ha de sorprender que, tan pronto como hubo acabado el Gran Mecanoscrito, comenzara una dilatada revisión. La sección que menos revisó, sin embargo, era la que trataba de la filosofía de las matemáticas (de aquí la reproducción completa de esos capítulos en *Gramática filosófica*). Por desgracia, su trabajo en este campo no ha recibido la misma atención que sus observaciones sobre el lenguaje.

No sólo el propio Wittgenstein veía su trabajo en matemáticas como su aportación más importante a la filosofía; en su obra es también notoria la manera en que su perspectiva filosófica difiere radicalmente de la de los filósofos profesionales del siglo XX. Es aquí donde podemos ver con más claridad la certeza de su convicción de estar trabajando contra la corriente principal que guía a la civilización moderna. Pues el objetivo hacia el que se dirigen sus observaciones no es una visión particular de las matemáticas defendida por este o aquel filósofo; se trata, por contra, de demoler una concepción de esa disciplina asumida casi universalmente por todos los matemáticos, y que, además, ha sido dominante a lo

largo de toda nuestra cultura durante más de un siglo: la idea de que las matemáticas son una *ciencia.*

«Las confusiones en estos asuntos», escribe en el Gran Mecanoscrito, «son, enteramente, el resultado de tratar a las matemáticas como una especie de ciencia natural.»

> Y tal cosa se relaciona con el hecho de que las matemáticas se han separado de la ciencia natural; pues, mientras se estudien en relación inmediata con la física, está claro que *eso* no es una ciencia natural. (De manera parecida, no te equivocas al considerar una escoba como parte del mobiliario de una habitación, siempre y cuando la uses para barrer el suelo.)

La filosofía de las matemáticas de Wittgenstein no es una aportación al debate sobre los fundamentos del tema, en el que durante la primera mitad del siglo se enfrentaron los logicistas (conducidos por Frege y Russell), los formalistas (acaudillados por Hilbert) y los intuicionistas (encabezados por Brouwer y Weyl). Es, por contra, un intento de socavar toda la base de ese debate; de socavar la idea de que las matemáticas *necesitan* unos fundamentos. Todas las ramas de las matemáticas que estaban inspiradas por la búsqueda de esos «fundamentos» –teoría de grupos, teoría de pruebas, lógica cuantificadora, teoría de la función recursiva, etc.– las veía basadas en una confusión filosófica. De este modo:

> La claridad filosófica tendrá el mismo efecto en el desarrollo de las matemáticas que la luz del sol en el crecimiento de los brotes de patata. (En un sótano oscuro tienen metros de longitud.)

Naturalmente, Wittgenstein sabía que, por lo que se refería a las matemáticas, y también por lo que se refería a la totalidad de su empresa filosófica, estaba arremetiendo contra molinos de viento. «Nada me parece menos probable», escribió, «que el hecho de que un científico o un matemático que me lea pueda verse seriamente influido por mi obra.» Si, como repetía con énfasis, no estaba escribiendo para filósofos profesionales, todavía menos escribía para matemáticos profesionales.

El quijotesco asalto de Wittgenstein a la posición de las matemáticas puras alcanzó su punto culminante durante el año académico de 1932-1933. Durante ese año dio una serie de cursos, uno titulado «Filosofía», y el otro «Filosofía de las matemáticas». En este último intentó combatir lo que veía como la funesta influencia de los libros de texto sobre los estudiantes. Les leyó extractos de *Matemática pura*, de Hardy (el texto utilizado en la universidad en esa época) y con ellos ilustró la niebla filosófica que según él rodeaba la totalidad de la disciplina de la matemática pura: una niebla que él creía debía ser disipada solamente desarraigando los supuestos comúnmente asumidos acerca de las matemáticas, tan profundamente incrustados como rara vez sometidos a examen.

El primero de éstos es que las matemáticas se asientan sobre los fundamentos lógicos que les habían otorgado Cantor, Frege y Russell, entre otros. Comenzó sus conferencias con una directa afirmación de su posición en este punto. «¿Existe un sustrato sobre el que descansan las matemáticas?», preguntó retóricamente:

> ¿Es la lógica el fundamento de las matemáticas? Desde mi perspectiva de lo que son las matemáticas, la lógica es simplemente una parte de ellas. El cálculo de Russell no es fundamental; es simplemente otro cálculo. No hay nada malo en hacer uso de una ciencia antes de poner los cimientos de ésta.

Otra de estas asunciones es la idea de que las matemáticas consisten en el descubrimiento de *hechos* que de alguna manera son objetivamente ciertos (acerca de una cosa u otra). *Qué* hay de verdad en ellas, y en qué consiste su objetividad, ha sido, naturalmente, el tema de la filosofía de las matemáticas desde la época de Platón, y los filósofos se han dividido tradicionalmente entre aquellos que dicen que las afirmaciones matemáticas son ciertas en cuanto se refieren al mundo *físico* (empiristas), y aquellos que, creyendo que esta visión no hace justicia a la inexorabilidad de las matemáticas, afirman la existencia del mundo *matemático*: el mundo eterno de las formas o las ideas de Platón (de aquí, platónicos). A esta división, Kant añadía una tercera opinión, que es la de que las afirmaciones

matemáticas son ciertas por lo que se refiere a la «forma de nuestra intuición», y ésta era, *grosso modo*, la opinión de Brouwer y la escuela intuicionista. Pero, para Wittgenstein, la idea de que la finalidad de las matemáticas era descubrir verdades constituía un error surgido del desarrollo de la matemática pura y de la separación de las matemáticas de la ciencia física (la escoba no utilizada que se toma por una parte del mobiliario). Si, dice Wittgenstein, vemos las matemáticas como una serie de *técnicas* (para calcular, medir, etc.), entonces la cuestión de *qué* tratan simplemente no se suscitará.

La concepción de las matemáticas que Wittgenstein ataca se concreta bastante sucintamente en una conferencia pronunciada por Hardy, publicada en *Mind* en 1929 con el título de «Prueba matemática». Hardy –que, según parece, veía su incursión en la filosofía como una especie de ligero desahogo en su trabajo más serio como matemático– afirma de manera inequívoca:

> ... ningún matemático puede ver con simpatía una filosofía que no admita, de una manera u otra, la validez inmutable e incondicional de la verdad matemática. Los teoremas matemáticos son verdaderos o falsos; su verdad o falsedad es absoluta e independiente de que los conozcamos o no. En *cierto* sentido, la verdad matemática es parte de una realidad objetiva... [las proposiciones matemáticas] son, en uno u otro sentido, y por muy elusivo y sofisticado que pueda ser ese sentido, teoremas que se refieren a la realidad... No son creaciones de nuestra mente.

Tanto el tono como el contenido de la conferencia enfurecieron a Wittgenstein, quien dijo a sus alumnos:

> La cháchara de los matemáticos se vuelve absurda cuando abandonan las matemáticas, por ejemplo, la descripción que da Hardy de las matemáticas como algo que no es una creación de nuestras mentes. Él concebía la filosofía como una decoración, un ambiente, que se dispone alrededor de las severas realidades de las matemáticas y la ciencia. Se considera a estas disciplinas, por un lado, como artículos de primera necesidad, y a la filosofía como la decoración de ese cuarto. Hardy piensa en las opiniones filosóficas. Yo concibo la filosofía como una actividad de desbroce del pensamiento.

En relación a las matemáticas, en esa época Wittgenstein tenía una idea bastante clara de la manera en que quería presentar esa actividad de clarificación; era en la presentación de su posición filosófica más general donde todavía andaba a tientas hacia una formulación satisfactoria. Para él, la filosofía, al igual que las matemáticas, consistían en una serie de técnicas. Pero mientras que las técnicas matemáticas ya existían, y el papel de Wittgenstein radicaba en convencer al público de que las viera como técnicas (y no como proposiciones verdaderas o falsas), las técnicas filosó-

ficas que él deseaba fomentar eran de su propia creación, y estaban aún en sus inicios.

En la serie de conferencias titulada «Filosofía», Wittgenstein introdujo una técnica que iba a ser cada vez más crucial en su método filosófico: la técnica de inventar lo que él denominaba «juegos de lenguaje». Se trata de un método consistente en inventar situaciones imaginarias en las que el lenguaje se utiliza para un propósito práctico y bien definido. Puede consistir en unas cuantas palabras o frases de nuestro lenguaje o en un lenguaje totalmente ficticio, pero lo esencial es que, al describir la situación, el lenguaje no puede describirse sin mencionar el *uso* para el que sirve. La técnica es una especie de terapia, cuyo propósito es librarnos de las confusiones filosóficas que resultan de considerar el lenguaje aisladamente del papel que desempeña en el «flujo de la vida».

Como ejemplos del tipo de pensamiento de que intentaba librar a su público, Wittgenstein mencionaba su obra anterior y la de Russell. Ambos, decía, habían llegado a conclusiones erróneas al concentrarse en *un* tipo de lenguaje, la frase asertiva, al intentar analizar la totalidad del lenguaje como si sólo consistiera en frases de ese tipo, o como si los demás usos del lenguaje pudieran analizarse como variaciones de un tema básico. De este modo, habían llegado a una idea impracticable: la «proposición atómica»:

> Tanto Russell como yo teníamos la esperanza de encontrar los primeros elementos, o «individuos», y así las proposiciones atómicas posibles, mediante el análisis lógico... Y los dos tuvimos la culpa por no dar ejemplos de proposiciones atómicas o de individuos. De manera diferente, los dos dejamos a un lado la cuestión de los ejemplos. No deberíamos haber dicho: «No podemos dar ejemplos porque el análisis no ha ido lo suficientemente lejos, pero con el tiempo ya llegaremos a eso.»

Él y Russell habían tenido una noción demasiado rígida de lo que era una proposición, y el propósito del método de los juegos de lenguaje era, por así decir, aflojar tales ideas. Por ejemplo, le pedía a su audiencia que considerara el juego de lenguaje que consistía en enseñarle el lenguaje a un niño señalándole cosas y pronunciando las palabras que les corresponden. En este juego, preguntaba, ¿dónde comienza el uso de una proposición? Si decimos: «Libro», y él nos trae un libro, ¿ha aprendido una proposición? ¿O ha aprendido proposiciones sólo cuando surge la cuestión de la verdad y la falsedad? Pero aún entonces, una palabra –por ejemplo, la palabra «Seis», en respuesta a la cuestión «¿Cuántas sillas hay?»– podría ser verdadera o falsa. ¿Y es, por tanto, una proposición? Wittgenstein da a entender que no importa cómo respondamos a estas preguntas; lo importante es que veamos lo arbitraria que sería *cualquier* respuesta, y de este modo lo fluidos que son los conceptos: demasiado fluidos como para ser encajados en el tipo de análisis por el que abogaban Russell y él mismo:

> Por medio de los juegos del lenguaje he querido mostrar la manera tan vaga en que utilizamos «el lenguaje», «la proposición», «la frase». Existen muchas cosas, como por ejemplo las órdenes, que pueden o no ser llamadas proposiciones, y podemos llamar lenguaje a más de un juego. Los juegos de lenguaje son una clave para comprender la lógica. Ya que lo que llamamos proposiciones es algo más o menos arbitrario, lo que llamamos lógica juega un papel distinto del que Russell y Frege imaginaban.

Entre aquellos que asistían a las conferencias había un estudiante de matemáticas de veintiún años, que por entonces estaba en su tercer año en el Trinity, y que pronto se iba a convertir en la persona más importante en la vida de Wittgenstein: en su compañero inseparable, su confidente, e incluso en su más valioso colaborador en su trabajo filosófico.

Francis Skinner había llegado a Cambridge procedente de St. Paul's en 1930, y fue reconocido como uno de los matemáticos más prometedores de su edad. En su segundo año en Cambridge, sin embargo, su trabajo matemático comenzó a ocupar un lugar secundario, por detrás de su interés por Wittgenstein. Se dedicó a Wittgenstein de una manera total, acrítica y obsesiva. Qué había en él que atrajera a Wittgenstein, eso es algo acerca de lo que sólo se puede especular. Todos los que le conocieron le recuerdan como una persona tímida, modesta, bien parecida, y, sobre todo, extraordinariamente amable. Y ciertamente atraía a Wittgenstein. Al igual que con Pinsent y Marguerite, la mera presencia de Skinner parecía proporcionarle la paz que precisaba para llevar a cabo su trabajo. En 1932, Wittgenstein escribió una nota referente a la obra que por aquel entonces se esforzaba en concluir, en la que sugiere que veía la relación de Skinner con esa obra como algo paralelo a la de Pinsent con el *Tractatus*:

> En caso de que muera antes de finalizar o publicar este libro, mis notas deben ser publicadas como fragmentos bajo el título de «Observaciones filosóficas», y con la dedicatoria: «A Francis Skinner.»

Wittgenstein conservaba las cartas de Skinner, y fueron encontradas entre sus posesiones tras su muerte, por lo que a partir de ellas podemos reconstruir cómo se desarrolló su relación. (Las cartas de Wittgenstein a Skinner fueron recuperadas por aquél tras la muerte de Skinner, y fueron, presumiblemente, quemadas.) La primera carta que sobrevive tiene fecha del 26 de diciembre de 1932, y está escrita en agradecimiento a Wittgenstein por haberle dado un árbol de Navidad. Dos días más tarde, Skinner escribe: «Me alegra leer que piensa en mí. Yo pienso mucho en usted.»

Pero no fue hasta la Semana Santa de 1933 cuando se convirtieron en «Ludwig» y «Francis», y cuando Skinner comenzó a expresarse en términos que sugieren que estaba escribiendo –aunque de manera nerviosa y cohibida– a una persona amada. El 25 de marzo, mientras estaba de vacaciones en Guernsey, escribió:

Querido Ludwig:

He pensado mucho en ti desde que te marchaste el sábado pasado. Espero pensar en ti de la manera adecuada. Cuando hablamos del estuche que tu hermana te había dado, sonreí varias veces, y dijiste que podías darte cuenta de que no era una sonrisa bondadosa. A veces, cuando pienso en ti, sonrío de la misma manera. Siempre supe que sonreír estaba mal, porque inmediatamente después intentaba sacármelo de la cabeza, pero no sabía lo poco bondadoso que era eso. ... Voy a quedarme un par de días en una isla del Canal, donde hay algunas personas que hablan francés. Recuerdo que una vez te pregunté si sabías hablar francés, y me dijiste que cuando eras pequeño te enseñó una señora que vivía en tu casa y que era muy amable. Cuando pensé en ello esta mañana, tuve la esperanza de que te complacería saber lo mucho que disfrutaba al ver que recordaba cosas como ésta, que tú me habías contado.

Francis

Debemos suponer que Wittgenstein encontraba simpática la simplicidad infantil –casi podría decirse la candidez– revelada en esta carta. Ciertamente, las cartas de Skinner no muestran nada del «ingenio» que a Wittgenstein tanto le desagradaba en muchos estudiantes y catedráticos de Cambridge. No era de esos a los que se oía decir: «¡Oh, desde luego!» Sus cartas tampoco muestran ni rastro de egotismo. En su devoción a Wittgenstein (que mantuvo durante el resto de su vida, trágicamente breve), Skinner renunció a su voluntad casi por completo. Todo lo demás resultaba secundario. Su hermana recuerda que cuando ella y su madre fueron al Trinity a ver a Francis, lo encontraron bajando las escaleras apresuradamente y haciéndolas callar: «Estoy ocupado. Tengo aquí al doctor Wittgenstein. Estamos trabajando. Volved más tarde.»

Skinner es el más perfecto ejemplo de la inocencia infantil y la inteligencia de primera clase que Fania Pascal había descrito como los requisitos necesarios para ser discípulo de Wittgenstein. Skinner procedía de una familia educada en el valor de los logros académicos. Su padre era físico en el Politécnico de Chelsea, y sus dos hermanas mayores habían estado en Cambridge antes que él, la primera estudiando clásicas, y la segunda, matemáticas. Todos esperaban –de hecho, lo veían como algo inevitable– que Francis siguiera ese mismo rumbo académico. Y de no haber sido por la intervención de Wittgenstein, así habría sido con toda certeza.

Tanto absorbió Wittgenstein a Skinner durante su último año como estudiante que, en el verano de 1933, cuando se graduó en matemáticas con la nota más alta y se le concedió una beca de posgrado, su familia tuvo la impresión de que lo único que le interesaba de todo eso era seguir trabajando con Wittgenstein. De hecho, la beca fue concedida por el Trinity a fin de que la utilizara para proseguir con su investigación en matemáticas.

Por esa época, a Skinner se le hacía difícil soportar las largas vacaciones de verano que Wittgenstein pasaba lejos de Cambridge. A final de ve-

rano escribió: «Me siento demasiado lejos de ti, y anhelo estar cerca de nuevo.» Le envió a Wittgenstein una serie de postales en las que aparecían fotos con escenas de su ciudad natal de Letchworth, en Hertfordshire. En las postales garabateaba comentarios ostensiblemente destinados a explicarle un poco la ciudad a Wittgenstein, pero que de hecho son muy reveladores del estado de ánimo de Skinner, y dejan entrever que, con Wittgenstein alejado cientos de kilómetros, Letchworth era el último lugar de la tierra en el que deseaba estar.

En una postal en la que aparece Howard Corner, le explicaba que el «Jardín de la Ciudad» de Letchworth había sido fundado por Sir Ebenezer Howard, quien deseaba que todo el mundo tuviera una oportunidad de vivir en el campo. «El resultado», escribe, «es algo increíblemente deprimente y terrible (para mí, en todo caso).» En una postal que muestra la calle Mayor: «Ésta es la carretera que va a la ciudad y a la estación. Hay una hilera de casas a este lado. Siempre hacen que me sienta desgraciado.» Sobre una foto del Spirella Works: «Ésta es la fábrica más grande de Letchworth..., el jardín me parece vulgar y siempre está descuidado.» Las dos últimas postales muestran Leys Avenue –«una calle muy sombría y deprimente. Todo el mundo va desagradablemente vestido y lleva una expresión tan mezquina en el rostro»– y East Cheap –«un nombre absurdo... Cuando estoy en estas calles me siento rodeado de habladurías».

Sus relaciones con Wittgenstein iban a proporcionarle una especie de escape a esta existencia «marchita» y «sombría», y, con el tiempo –en gran parte para consternación de su familia– una liberación de lo que se esperaba de él. También iban a proporcionarle una nueva serie de expectativas, a las cuales se amoldó celosamente. Durante los tres años en que disfrutó de su beca de posgrado trabajó asiduamente con Wittgenstein en los preparativos para la publicación de la obra de este último, y cuando llegó el momento abandonó del todo la vida académica para ejercer un empleo, algo que Wittgenstein consideraba más adecuado para él.

La convicción con que Wittgenstein aconsejaba a sus amigos y estudiantes que abandonaran la vida académica se basaba en su creencia de que ese ambiente estaba demasiado enrarecido para poder respirar adecuadamente. No hay oxígeno en Cambridge, le dijo a Drury. A él no le importaba: él fabricaba el suyo propio. Pero para las personas que dependían del aire que las rodeaba, era importante huir hacia un ambiente más saludable. Su ideal era un empleo en la profesión médica. Ya había empujado a Marguerite en esa dirección, y en aquella época se preparaba para ser enfermera en Berne, un proyecto en el que Wittgenstein se había tomado un interés personal. Sus relaciones habían perdido cualquier implicación romántica, y Marguerite se había enamorado de Talle Sjögren, aunque Wittgenstein viajaba de vez en cuando a Berne para ver cómo le iban los estudios a Marguerite.

En el verano de 1933, tras acabar su proyecto de trabajo con los mineros en paro de Gales, Drury decidió que él también quería ser enfermero. Se le dijo, sin embargo, que con la educación que había recibido sería más

útil si estudiaba medicina. Al ser informado de esto, Wittgenstein no tardó en encargarse personalmente del asunto. Lo dispuso todo para que Keynes y Gilbert Pattisson le prestaran a Drury los fondos necesarios, y a éste le envió un telegrama: «Ven a Cambridge en seguida.» Drury apenas acababa de bajarse del tren cuando Wittgenstein le anunció: «Ya no va ha haber más discusiones a este respecto: está todo arreglado, vas a comenzar a estudiar medicina en seguida.» Posteriormente diría que, de todos sus estudiantes, su influencia en la carrera de Drury era la que más le llenaba de orgullo y satisfacción.

En más de una ocasión, el propio Wittgenstein consideró seriamente estudiar medicina, y escapar de la «falta de vida» de la filosofía académica. Puede que fuera capaz de generar oxígeno, pero ¿qué sentido tenía proporcionarle pulmones a un cadáver? Naturalmente, sabía que muchísimos filósofos deseaban conocer sus ideas más recientes, y en 1933 era de dominio público, particularmente en Cambridge y en Viena, que había cambiado radicalmente sus posiciones desde la publicación del *Tractatus*. Rehusaba decididamente aceptar que era para *ellos* –para los «periodistas filosóficos»– para quienes preparaba su nueva obra, y no podía soportar ver su propio oxígeno reciclado por esa gente. En marzo de 1933, le dolió ver un artículo de Richard Braithwaite en una serie titulada *Cambridge University Studies*, en el que Braithwaite esbozaba la impresión que varios filósofos, incluido Wittgenstein, le habían causado. El hecho de que pudiera considerarse a Braithwaite el encargado de presentar las opiniones que Wittgenstein sostenía entonces le empujó a escribir una carta a *Mind*, rechazando la paternidad de las opiniones que se le atribuían: «Parte de las afirmaciones (de Braithwaite) pueden tomarse por representaciones inexactas de mis opiniones», escribe, «otras las contradicen claramente.» Finalizaba diciendo:

> Lo que retarda la publicación de mi obra, la dificultad de presentarla de una manera clara y coherente, me impide *a fortiori* expresar mis opiniones dentro del espacio de una carta. De manera que el lector debe suspender su juicio respecto de ellas.

En ese mismo número de *Mind* aparece una contrita disculpa de Braithwaite, de la que, sin embargo, lo mejor es el final: «Hasta qué punto he presentado de manera errónea las ideas del doctor Wittgenstein es algo que no podrá juzgarse hasta la aparición del libro que todos esperamos con impaciencia.»

16. JUEGOS DE LENGUAJE: LOS CUADERNOS AZUL Y MARRÓN

Tras el retorno de Wittgenstein a Cambridge para el curso académico de 1933-1934, él y Skinner estaban casi siempre juntos: los dos tenían habitaciones en el *college*; paseaban juntos, charlaban juntos, y toda la vida social que tenían (principalmente ir al cine a ver westerns y películas musicales) era compartida. Y por encima de todo, quizá, trabajaban juntos.

Wittgenstein comenzó el trimestre, tal como había hecho el año anterior, impartiendo dos cursos, uno titulado «Filosofía» y el otro «Filosofía para matemáticos». Este último, para su consternación, resultó estar bastante concurrido, y aparecieron entre treinta y cuarenta personas, demasiadas, con mucho, para el tipo de clase informal que él quería impartir. Tras tres o cuatro semanas asombró a su audiencia diciéndoles que ya no podía seguir dando clase de ese modo, y que proponía, como alternativa, dar sus clases a un pequeño grupo de alumnos, a fin de que éstos las copiaran y las entregaran a los demás. La idea, tal como posteriormente se la expresó a Russell, era que los estudiantes «tuvieran algo que llevarse a casa, si no en sus cerebros, sí al menos en sus manos». El grupo selecto incluía a sus cinco estudiantes favoritos: Skinner, Louis Goodstein, H. M. S. Coxeter, Margaret Masterman y Alice Ambrose. Esa duplicada serie de notas se encuadernó con tapas azules, y desde entonces se ha conocido como el *Cuaderno azul.*

Ésta fue la primera publicación del nuevo método filosófico de Wittgenstein, y como tal despertó un gran interés. Se hicieron y distribuyeron más ejemplares, y el libro llegó a un público más numeroso de lo que él esperaba..., mucho más, de hecho, de lo que hubiera deseado. A finales de la década de los treinta, por ejemplo, había sido distribuido entre muchos miembros de la facultad de filosofía de Oxford. De este modo, el *Cuaderno azul* fue el responsable de la introducción en el discurso filosófico de la noción de «juego de lenguaje» y de la técnica que, basándose en tal idea, utilizaba para disipar la confusión filosófica.

En muchos aspectos, el *Cuaderno azul* puede verse como un primer prototipo de las subsiguientes exposiciones de la filosofía posterior de Wittgenstein. Al igual que todos sus futuros intentos de ordenar su trabajo de manera coherente (incluyendo el *Cuaderno marrón* e *Investigaciones filosóficas*), comienza con «una de las grandes fuentes de confusión filosó-

fica»: por ejemplo la tendencia a ser llevado por caminos erróneos al buscar algo que se corresponda con un sustantivo. De este modo, preguntamos: «¿Qué es el tiempo?», «¿Qué es el significado?», «¿Qué es el conocimiento?», «¿Qué es un pensamiento?», «¿Qué son los números?», etc, y se espera poder responder a estas preguntas al nombrar alguna *cosa*. La técnica de los juegos de lenguaje fue ideada para romper el predominio de esta tendencia.

> En el futuro dirigiré vuestra atención una y otra vez a lo que llamaré juegos de lenguaje. Son maneras de utilizar los signos más sencillas que aquellas de que nos servimos en nuestro lenguaje cotidiano, mucho más complicado. Los juegos de lenguaje son las formas del lenguaje con las cuales un niño comienza a hacer uso de las palabras. El estudio de los juegos de lenguaje es el estudio de las formas primitivas del lenguaje, o lenguajes primitivos. Si queremos estudiar el problema de la verdad y la falsedad, o de la manera en que las proposiciones concuerdan o no con la realidad de la naturaleza de la afirmación, la suposición y la pregunta, nos será muy provechoso observar las formas del lenguaje en que estas maneras de pensar aparecen, sin el confuso telón de fondo de procesos de pensamiento enormemente complicados. Cuando dirigimos nuestra mirada a estas formas simples del habla, desaparece la niebla mental que parece cubrir el uso ordinario de nuestro lenguaje. Vemos actividades, reacciones, que son nítidas y transparentes.

Relacionada con la inclinación a buscar una sustancia que corresponda a un sustantivo está la idea de que, para cualquier concepto dado, existe una «esencia»: algo común a todas las cosas englobadas bajo un término general. De este modo, por ejemplo, en los diálogos platónicos, Sócrates busca una respuesta filosófica a preguntas como: «¿Qué es el conocimiento?» buscando aquello que todos los ejemplos de conocimiento tienen en común. (En relación a esto, Wittgenstein dijo una vez que su método podía resumirse diciendo que era exactamente el opuesto del de Sócrates.) En el *Cuaderno azul* busca reemplazar la noción de *esencia* por la de *parecido de familia.*

> Nos inclinamos a creer que debe de existir algo en común a todos los juegos, pongamos por caso, y que esta propiedad común es la justificación para aplicar el término «juego» a los diversos juegos; puesto que los juegos forman una *familia* cuyos miembros guardan cierto parecido. Algunos de ellos tienen la misma nariz, otros las mismas cejas, y otros la misma manera de andar; todas estas semejanzas se superponen.

La búsqueda de las esencia es, afirma Wittgenstein, un ejemplo del «anhelo de generalidad» que surge al querer imitar el método de la ciencia.

Los filósofos tienen constantemente presente el método de la ciencia y se sienten irresistiblemente tentados a plantear y responder preguntas del mismo modo que lo hace la ciencia. Esta tendencia es el verdadero origen de la metafísica, y lleva al filósofo a la oscuridad más completa.

El hecho de que Wittgenstein evitara esta tendencia –su absoluto rechazo a anunciar cualquier conclusión general– es quizá el rasgo principal que hace que su obra sea difícil de comprender, pues al no indicar la moraleja, por así decir, con frecuencia resulta arduo ver adónde apuntan sus observaciones. Como él mismo explicaba una vez en uno de sus cursos: «Lo que decimos será fácil, pero saber por qué lo decimos será muy difícil.»

Durante las vacaciones de Navidad de 1933, Skinner le escribía a Wittgenstein cada dos días, diciéndole lo mucho que le echaba de menos, cuánto pensaba en él y cómo ansiaba volver a verle. Recordaba con profundo afecto cada uno de los últimos momentos que había pasado con Wittgenstein.

En cuanto dejé de agitar mi pañuelo para despedirte, atravesé a pie todo Folkestone y tomé el tren de las 8.28 de vuelta a Londres. Pensé en ti, y en lo maravilloso que había sido cuando nos dijimos adiós... Fue tan bonito verte marchar. Te echo muchísimo de menos y pienso mucho en ti.

Con amor,
Francis

En las vacaciones de Navidad pasadas en familia en la Alleegasse, Marguerite (que seguía pasando las vacaciones en Viena como huésped de Gretl) causó bastante sensación al anunciar su compromiso con Talle Sjögren. Animada por Gretl, pero ante la desaprobación de su padre, Marguerite decidió que el noviazgo fuera breve, y ella y Talle se casaron la víspera de Año Nuevo. Al menos su padre estaba lejos, en Suiza, a una distancia segura. Wittgenstein, no. Al evocar el día de su boda, Marguerite escribe:

Mi desesperación alcanzó su cenit cuando Ludwig vino a verme el domingo por la mañana, una hora antes de la boda. «Te estás subiendo a una embarcación, el mar será bravío, permanece siempre pegada a mí a fin de no zozobrar», me dijo. Hasta ese momento no me había dado cuenta del profundo apego que me tenía ni de su gran decepción. Durante años había sido como una masilla blanda en sus manos, que él había trabajado para moldear a fin de hacerme mejor. Había sido como un samaritano que da una nueva vida a alguien que está desfalleciendo.

Resulta difícil creer que hasta ese día Marguerite no hubiera apreciado

lo profundo que era el apego que Wittgenstein sentía por ella. Sin embargo, el que ella creyera que sus relaciones tenían un propósito fundamentalmente *ético* es un rasgo común a muchas de las amistades de Wittgenstein. «Hacía que uno se viera a sí mismo desde una luz más favorable», tal como lo expresó Fania Pascal. Después de todo, el que ella hubiera elegido casarse con otra persona se debía en parte a que no quería aceptar ese tipo de presión moral.

Durante la mayor parte de 1934, Wittgenstein siguió trabajando en tres proyectos distintos pero relacionados, que intentaban solucionar el problema que había descrito en su carta a *Mind*: presentar su método filosófico «de manera clara y coherente». En Cambridge, como hizo mientras dictaba el *Cuaderno azul*, realizó numerosas revisiones del Gran Mecanoscrito: «Pasando el rato con él», tal como se lo expresó a Russell. (Los resultados de este «pasar el rato» habían sido incorporados a la primera parte de *Gramática filosófica*.) En Viena siguió cooperando (aunque con creciente reluctancia y cada vez más recelos) en el plan de publicar un libro con Waismann. En las vacaciones de Semana Santa de 1934, este plan dio un nuevo giro: entonces se propuso que Waismann y Wittgenstein fueran coautores, este último proporcionando el material en bruto y controlando la forma y la estructura, y Waismann encargándose de redactarlo de una manera clara y coherente. Es decir, Waismann se ocuparía de lo que el propio Wittgenstein consideraba la parte más difícil del trabajo.

A medida que la colaboración avanzaba, la actitud de Waismann parecía ir a peor. En agosto se quejaba a Schlick de las dificultades de escribir un libro con Wittgenstein:

> Posee el enorme talento de ver siempre las cosas como por primera vez. Creo que eso te dará a entender lo difícil que es colaborar con él, ya que siempre sigue la inspiración del momento y destruye todo lo que anteriormente había bosquejado... lo único que se ve es la estructura destruida pedazo a pedazo, y que todo va tomando un aspecto del todo distinto, de manera que uno tiene la sensación de que da completamente igual que se reúnan o no esos pensamientos, pues al final no quedará nada de ellos.

La costumbre de Wittgenstein de seguir la inspiración del momento no sólo la aplicaba a su trabajo, sino también a su vida. En 1934, a pesar de que tenía entre manos sendos proyectos para publicar dos libros (*Logik, Sprache, Philosophie* en Viena y *Gramática filosófica* en Inglaterra), concibió la idea de abandonar la vida académica e irse con Skinner a vivir a Rusia, donde los dos buscarían trabajo como obreros manuales. La familia de Skinner mostró una natural aprensión hacia esa idea, pero para Skinner tenía la inapreciable ventaja de que estaría con Wittgenstein todo el tiempo. Comenzaba a considerar casi una necesidad el estar con Wittgenstein; lejos de él nada parecía igual, ni sentía del mismo modo. «Cuando estoy contigo», le escribió durante las vacaciones de Semana Santa, «soy

capaz de sentir con más profundidad.» Era un tema constante en sus cartas:

> He pensado mucho en ti. Anhelaba tenerte conmigo. La noche era especialmente maravillosa y las estrellas particularmente hermosas. Anhelaba poder sentirlo todo de la manera en que lo sentiría si estuviera contigo. [25.3.34]
>
> Anhelo estar contigo en cualquier espacio abierto. Pienso mucho en ti y en los maravillosos que eran nuestros paseos. Espero con una *enorme* ansiedad nuestra excursión de la semana que viene. Ayer me llegó tu postal de Semana Santa y fue encantadora. Pensé que las casas que se veían en la otra postal parecían muy hermosas. Me hubiera gustado mirarlas contigo. [4.4.34]

Skinner también enfatizaba en sus cartas la necesidad *moral* de tener a Wittgenstein a su lado, como si en su ausencia fuera a caer en manos del diablo. El ejemplo más destacable de ello aparece en una carta escrita el 24 de julio de 1934, el día después de que Skinner despidiera a Wittgenstein en Boulogne. La carta comienza con los comentarios ya acostumbrados acerca de lo «maravilloso y dulce» que había sido despedirle; entonces pasa a describir lo inmundo que se había sentido al quedarse solo en Boulogne. Había visitado un casino, perdido diez francos, y a pesar de sus buenos propósitos se había sentido tentado de regresar, perdiendo esta vez veinte francos. Disgustado consigo mismo, había hecho la promesa de regresar a Inglaterra en el barco de la tarde, pero, cuando había llegado el momento, de nuevo se había sentido atraído hacia el casino. Por entonces, era un alma perdida:

> De nuevo comenzé a jugar con mucho cuidado y reprimiéndome muchísimo. Entonces empecé a perder un poco, y de pronto perdí todo control y jugué más y más imprudentemente. En total perdí unos 150 francos. Primero perdí todo el dinero francés que tenía, unos 80 francos, luego cambié un billete de 10 libras en dinero francés y lo perdí, y entonces cambié todas las monedas sueltas inglesas que llevaba. Lo perdí todo. Me fui del casino más o menos a las cinco. Cuando salí al aire fresco me di cuenta de pronto de la manera antinatural y detestable en que me había comportado desde que comenzara a jugar. Me pareció horrible haber sentido esa avidez de ganar dinero. De pronto me di cuenta del asqueroso y mezquino estado de degradación en que había caído. Me sentí física y corporalmente excitado. Caminé por las calles sintiéndome muy desgraciado. Creí comprender por qué los jugadores con frecuencia se suicidan, pues el sentimiento de degradación es horrible. Me sentí como el más terrible filisteo. Sentí que me había destruido. Luego regresé al hotel y me lavé todo el cuerpo.

Skinner no es Dostoievski, y la descripción de su propia depravación

moral no parece muy convincente, aunque el efecto que intenta conseguir es seguramente parecido al de las novelas rusas que, sabía, Wittgenstein tanto admiraba. Su relato, con la evocación de la desesperada culpa suicida, parece apuntar inexorablemente hacia la necesidad de una religión redentora. De hecho, sigue describiendo cómo, tras lavarse, buscó la iglesia de Boulogne que había visitado con Wittgenstein. Dentro de la iglesia: «Pensé mucho en ti. Me sentí confortado por la iglesia, aunque apenas fui capaz de mirarla.» Añade: «Sentí que sería un terrible bribón y en absoluto merecedor de tu amor si te escribía sin mencionarte lo que había hecho.»

El tema religioso es retomado unas semanas más tarde, el 11 de agosto, cuando Skinner escribe citando el pasaje de *Ana Karenina* en el que Levin, a punto de suicidarse, dice: «No puedo vivir sin saber lo que soy.» El pasaje finaliza: «Pero Levin no se ahorcó, ni se pegó un tiro, sino que vivió y siguió luchando.» «Cuando leí esta última frase», le dice Skinner a Wittgenstein, en una frase que recuerda al propio Wittgenstein, «de pronto me di cuenta de que estaba leyendo algo tremendo»:

> De pronto me pareció comprender qué significaba todo lo que había leído. Seguí leyendo los capítulos posteriores, y me parecieron escritos con enorme verdad. Me pareció leer capítulos de la Biblia. No lo comprendí todo, pero me pareció que era religión. Deseaba tanto decirte esto.

Por esa época, Skinner y Wittgenstein habían comenzado a ir a clases de ruso para prepararse para su inminente visita a la Unión Soviética. Su profesora era Fania Pascal, la esposa de Roy Pascal, intelectual marxista y miembro del Partido Comunista. Al abordar los motivos por los que Wittgenstein quería ir a Rusia, Mrs. Pascal observa: «En mi opinión, su interés por Rusia tenía más que ver con las enseñanzas morales de Tolstói y las intuiciones espirituales de Dostoievski que con cualquier asunto social o político.» El tono y el contenido de las cartas de Skinner parecen confirmarlo. Y aun así no era la Rusia de Tolstói y Dostoievski la que ellos querían visitar, y en la que planeaban encontrar trabajo; era la Rusia de los Planes Quinquenales de Stalin. Y ninguno de los dos podía ser tan políticamente cándido o estar tan mal informado como para no reconocer la diferencia entre las dos.

Pascal posiblemente consideraba a Wittgenstein «un conservador anticuado» a causa de su hostilidad hacia el marxismo. Pero muchos de los demás amigos de Wittgenstein tenían una impresión muy distinta. George Thomson, por ejemplo, que conoció bien a Wittgenstein en la década de los treinta, habla de la «creciente conciencia política» de Wittgenstein durante esos años, y dice que, aunque no discutía de política con Wittgenstein con mucha frecuencia, sí «lo suficiente como para saber que Wittgenstein se mantenía informado de los acontecimientos del momento. Estaba al tanto de los males del desempleo y del fascismo, y del creciente peligro de guerra». Thomson añade, en relación a la actitud de Wittgenstein hacia el marxismo: «Era contrario a la teoría, pero lo apoyaba en la

práctica.» Esto nos recuerda un comentario que Wittgenstein le hizo en una ocasión a Rowland Hutt (un íntimo amigo de Skinner que entablaría relación con Wittgenstein en 1934): «Yo soy comunista, *en el fondo*.» También debería recordarse que muchos de los amigos de Wittgenstein en esa época, y en particular los amigos en quienes confiaba para que le proporcionaran información sobre la Unión Soviética, eran marxistas. Además de George Thomson estaban Piero Sraffa, cuya opinión en cuestiones de política valoraba por encima de cualquier otra, Nicholas Bachtin y Maurice Dobb. No hay duda de que durante los cataclismos políticos ocurridos a mediados de la década de los treinta, las simpatías de Wittgenstein estuvieron con la clase trabajadora y los desempleados, y que su lealtad, en términos generales, estaba con la izquierda.

Sin embargo, no deja de ser cierto que la atracción que Wittgenstein sentía por Rusia poco o nada tenía que ver con el marxismo como teoría política y económica, y mucho con el tipo de vida que él creía se llevaba en la Unión Soviética. Tal cosa quedó patente durante una conversación que Wittgenstein y Skinner mantuvieron con Maurice Drury en el verano de 1934, cuando pasaron unas vacaciones en la casa de campo del hermano de Drury en Connemara, en la costa oeste de Irlanda. A su llegada, Drury les preparó una comida bastante elaborada, consistente en pollo asado, puding y mermelada. Wittgenstein expresó su desaprobación, insistiendo en que si se quedaban en Connemara no debían comer nada más que gachas de avena para desayunar, hortalizas para almorzar y un huevo duro por la noche. Cuando surgió el tema de Rusia, Skinner anunció que quería hacer algo «apasionado», una manera de pensar que a Wittgenstein le pareció peligrosa. «Creo», dijo Drury, «que Francis quiere decir que no desea llevar consigo la mermelada.» Wittgenstein estuvo encantado. «Oh, es una expresión excelente: comprendo perfectamente lo que quiere decir. No, no queremos llevar la mermelada con nosotros.»

Es de suponer que, para Wittgenstein, la vida de un trabajador manual en Rusia era el epítome de una vida sin mermelada. Durante el año siguiente, para que Skinner se hiciera una idea de lo que sería esa vida, dispuso que éste, junto con Rowland Hutt, pasara seis semanas trabajando en una granja durante los meses de invierno. El propio Wittgenstein apareció un día a las seis de la mañana para ayudar en el trabajo.

Durante el curso de 1934-1935, Wittgenstein dictó lo que se conoce como el *Cuaderno marrón*. Éste, contrariamente al *Cuaderno azul*, no sustituye a una serie de conferencias, sino que en él intenta, en interés propio, formular los resultados de su trabajo. Fue dictado a Skinner y a Alice Ambrose, quienes se sentaban junto a Wittgenstein entre dos y cuatro horas al día durante cuatro días a la semana. El *Cuaderno marrón* se divide en dos partes, que corresponden, aproximadamente, al método y a su aplicación. La primera parte, que introduce el método de los juegos de lenguaje, se lee casi como un libro de texto. Tras un párrafo introductorio

que describe la narración de San Agustín de «Cómo, de niño, aprendió a hablar», consiste en setenta y dos «ejercicios» numerados, muchos de los cuales invitan al lector a, por ejemplo:

> Imaginar a una persona en cuyo lenguaje no existen frases del tipo «el libro está en el cajón» o «el agua está en el vaso», pero que sin embargo puede utilizar las formas que dicen: «El libro puede sacarse del cajón», «El agua puede sacarse del vaso». [p. 100]
>
> Imaginar una tribu en cuyo lenguaje hay una expresión que corresponde a nuestro «Él ha hecho esto y lo otro», y otra expresión correspondiente a nuestro «Él sabe hacer esto y lo otro», si bien esta última expresión sólo se utiliza allí donde su uso queda justificado por el mismo hecho que justificaría la expresión anterior. [p. 103]
>
> Imaginar que seres humanos o animales son utilizados como máquinas de lectura; damos por supuesto que a fin de convertirse en máquinas de lectura necesitan una preparación especial. [p. 120]

El libro resulta difícil de leer porque la *finalidad* de imaginar estas variadas situaciones rara vez se explica. Wittgenstein simplemente lleva al lector a través de una serie de juegos de lenguaje cada vez más complicados, y de vez en cuando hace una pausa para comentar varios rasgos de los juegos que describe. Cuando hace explícito el objeto de estos comentarios, afirma que es para evitar pensamientos que puedan dar lugar a una confusión filosófica. Es como si pretendiera que el libro sirviera de texto en un curso destinado a cortar el brote de todo filosofar latente. De este modo, primeramente somos introducidos en un lenguaje que contiene sólo cuatro sustantivos –«cubo», «ladrillo», «baldosa» y «columna»– y que se utiliza en un «juego» de construcción (un obrero grita: «¡Ladrillo!», y otro le trae un ladrillo). En juegos subsiguientes, este protolenguaje se complementa con la adición primero de numerales, y luego de nombres propios, las palabras «este» y «allí», preguntas y respuestas, y finalmente las palabras que designan los colores. Hasta aquí, la única moraleja filosófica extraída es que, al comprender cómo se utilizan estos diversos lenguajes, no se necesita postular la existencia de imágenes mentales; todos los juegos pueden jugarse con o sin tales imágenes. El objeto no explícito de todo esto es librarnos de la idea de que las imágenes mentales están en concomitancia esencial con cualquier uso significativo del lenguaje.

Hasta haber pasado por una serie de juegos de lenguaje que introducen, en primer lugar, la noción de una serie infinita, y a continuación las ideas de «pasado», «presente» y «futuro», Wittgenstein no menciona explícitamente la relevancia que todo esto tiene para los problemas filosóficos. Tras describir una serie de juegos de lenguaje en los que aparecen diversas maneras más o menos primitivas de distinguir una hora del día de otra, las contrasta con nuestro propio lenguaje, que permite la construcción de preguntas como: «¿Adónde va el presente cuando se convierte en pasado,

y dónde está el pasado?» «Aquí», dice, «se encuentra uno de los terrenos más fértiles de confusión filosófica.» Para un lector que estudie el *Cuaderno marrón* como un libro de filosofía, esta afirmación, la única mención de la filosofía en las primeras treinta páginas del libro, resulta un alivio. Tales cuestiones, afirma Wittgenstein, surgen porque nuestra simbología nos lleva a conclusiones erróneas, que toman la forma de ciertas analogías concretas (en este caso, la analogía entre un acontecimiento del pasado y una *cosa*, la analogía entre decir ¿Ha sucedido algo?» y «Algo viene hacia mí»). De manera parecida: «Nos sentimos inclinados a decir que tanto "ahora" y "las seis" se refieren a momentos en el tiempo. Este uso de las palabras produce una confusión que se podría expresar en la pregunta: "¿Qué es el 'ahora'?", pues es un momento en el tiempo, y aun así no puede decirse que sea ni "el momento en el que hablo" ni "el momento en el que suena el reloj", etc., etc.» Aquí, en relación con lo que es esencialmente el problema del tiempo en San Agustín, Wittgenstein enuncia finalmente el objeto de su manera de proceder:

> Nuestra respuesta es: la función de la palabra «ahora» es enteramente distinta de la de una especificación de tiempo. Esto puede verse fácilmente si observamos el papel que esta palabra juega en nuestro uso del lenguaje, pero tal cosa queda oculta cuando en lugar de observar la *totalidad del juego del lenguaje*, observamos sólo ciertos contextos, las expresiones del lenguaje en donde se utiliza la palabra.

No hay indicios de que Wittgenstein pensara publicar el *Cuaderno marrón*. El 31 de julio de 1935 escribió a Schlick describiéndolo como un documento que muestra «la manera en la que creo que debe manejarse todo esto». Quizá, como por entonces planeaba dejar la filosofía completamente para dedicarse al trabajo manual en Rusia, esto fuera un intento de presentar el resultado de sus siete años de trabajo filosófico de manera que alguien (quizá Waismann) pudiera hacer uso de él.

Sin embargo, resulta improbable que hubiera dado por bueno cualquier intento de exponer fielmente sus ideas realizado por alguien que no fuera él. Una y otra vez hubo otras personas que intentaron presentar sus ideas, y una y otra vez él reaccionó de manera airada, acusando de plagio a todo aquel que hiciera uso de sus ideas caso de que no reconociera su deuda, o de exponerlas de manera errónea si lo hacían. Durante el dictado del *Cuaderno marrón*, fue Alice Ambrose quien tropezó con su ira en este punto. Alice planeaba publicar un artículo en *Mind* titulado «La infinitud en matemáticas», en la que presentaría lo que ella consideraba la visión de Wittgenstein sobre ese tema. El artículo enojó profundamente a Wittgenstein, e intentó convencerla con todo su esfuerzo de que no lo publicara. Cuando ella y G. E. Moore, que era el editor de la publicación, se negaron a ceder a la presión, Wittgenstein puso fin de manera abrupta a cualquier relación con Alice. Sin embargo, en la carta a Schlick mencionada anteriormente, él no la culpa a ella, sino a los académicos que la ani-

maron a seguir adelante con el artículo. Creía que la culpa recaía, primordialmente, en la curiosidad que los filósofos académicos sentían hacia sus nuevos trabajos antes de que él mismo se viera capaz de publicar sus resultados. Reluctante como era a la hora de arrojar margaritas a los cerdos, estaba decidido, sin embargo, a que tampoco se les ofrecieran falsificaciones.

17. CON LA TROPA

En su carta a Schlick del 31 de julio de 1935, Wittgenstein escribió que probablemente no iría a Austria ese verano:

> A principios de septiembre quiero viajar a Rusia y quedarme allí, o, transcurridas más o menos dos semanas, regresar a Inglaterra. En este último caso, todavía no sé qué haré en Inglaterra, pero probablemente no seguiré con la filosofía.

A lo largo de todo el verano de 1935 ultimó los preparativos para su inminente viaje a Rusia. Se veía regularmente con aquellos de sus amigos, muchos de ellos miembros del Partido Comunista, que habían estado en Rusia o podían informarle de las condiciones de vida allí existentes, probablemente con la esperanza de que pudieran ponerle en contacto con alguien que, una vez allí, le ayudara a encontrar trabajo para él y para Skinner. Entre estos amigos encontramos a Maurice Dobb, Nicholas Bachtin, Piero Sraffa y George Thomson. La impresión que éstos tenían era que Wittgenstein deseaba establecerse en Rusia como trabajador manual, o quizá iniciar estudios de medicina, pero, en cualquier caso, abandonaría la filosofía. Una vez, hablando con George Thomson en el jardín de los *fellows* del Trinity, le explicó a éste que, puesto que había decidido abandonar el trabajo filosófico, tenía que decidir qué hacer con sus cuadernos. ¿Debía dejárselos a alguien o destruirlos? Habló largo y tendido con Thomson acerca de su filosofía, expresando algunas dudas acerca del valor de ésta. Sólo tras perentorias súplicas por parte de Thomson consintió en no destruir sus cuadernos, sino depositarlos en la biblioteca del *college*.

Wittgenstein no era la única persona en Cambridge que en esa época buscaba en la Rusia soviética una alternativa a los países de Europa occidental, amenazados como estaban por la aparición del fascismo y los problemas originados por el abundante desempleo. En el verano de 1935, y para los estudiantes de Cambridge, el marxismo se convirtió en la fuerza intelectual más importante de la universidad, y muchos estudiantes y catedráticos visitaron la Unión Soviética con el espíritu de una peregrinación. Fue entonces cuando Anthony Blunt y Michael Straight hicieron su fa-

moso viaje a Rusia, que condujo a la formación de la así denominada «Camarilla de Espías de Cambridge», y la Célula Comunista de Cambridge, fundada unos pocos años antes por Maurice Dobb, David Hayden-Guest y John Cornford, se amplió para acoger a la mayor parte de la élite intelectual de Cambridge, incluyendo a muchos de los miembros más jóvenes de los Apóstoles.

A pesar del hecho de que Wittgenstein jamás fue marxista, se le consideraba una figura simpatizante por parte de los estudiantes que formaban el núcleo del Partido Comunista de Cambridge, muchos de los cuales (Hayden-Guest, Cornford, Maurice Cornforth, etc.) asistían a sus clases. Pero las razones que tenía Wittgenstein para querer ir a Rusia eran muy distintas. Su visión de la decadencia de los países de Europa occidental era más spengleriana que marxista, y, como hemos señalado anteriormente, es probable que se sintiera muy atraído por el retrato de la vida en la Unión Soviética dibujado por Keynes en su *A Short View of Russia*, un retrato que, al tiempo que desaprobaba el marxismo como teoría económica, aplaudía su puesta en práctica en Rusia como una nueva religión que carecía de creencias sobrenaturales y a la vez mantenía actitudes profundamente religiosas.

Quizá por esta causa Wittgenstein creyó que Keynes le comprendería. «Estoy seguro de que en parte comprendes las razones por las que quiero ir a Rusia», le escribió el 6 de julio, «y admito que en parte son razones malas e incluso infantiles, pero también es cierto que detrás de todo eso hay razones buenas y profundas.» Keynes, de hecho, desaprobaba el plan de Wittgenstein, pero a pesar de ello hizo todo lo que pudo para que éste superara las suspicacias de las autoridades soviéticas. Wittgenstein tuvo una reunión en la embajada rusa con un funcionario llamado Vinogradoff, el cual, le dijo a Keynes, estuvo «excesivamente cauteloso en nuestra conversación... Naturalmente, sabía perfectamente que las recomendaciones podrían ayudarme, pero quedó claro que no iba a ayudarme a conseguir ninguna.» Como era típico de él, Keynes acudió directamente a los de arriba, y le proporcionó a Wittgenstein una carta de presentación para Iván Maiski, el embajador ruso en Londres: «Permítame que me atreva a presentarle al doctor Ludwig Wittgenstein... un distinguido filósofo [y] un viejo e íntimo amigo. Le agradecería enormemente cualquier cosa que hiciera por él.» Añadía: «Dejo que sea él quien le explique las razones por las que quiere ir a Rusia. No es miembro del Partido Comunista, pero siente una fuerte simpatía con el modo de vida que cree representado por el nuevo régimen que hay en Rusia.»

Durante su encuentro con Maiski, Wittgenstein tuvo mucho cuidado en adoptar una apariencia respetable y respetuosa. Keynes le advirtió que, aunque Maiski era comunista, eso no significaba que no le gustara que se dirigieran a él como «Excelencia», ni que se le tuviera menos respeto que a cualquier otro funcionario burgués por lo que se refería a la formalidad y a la cortesía. Wittgenstein se tomó la advertencia muy en serio. El encuentro fue una de las pocas ocasiones en que se puso corbata, y utilizó el

«Excelencia» tantas veces como le fue posible. De hecho, como le diría posteriormente a Gilbert Pattisson, estaba tan ansioso de mostrarse respetuoso con el embajador que se limpió a conciencia los zapatos con el felpudo, al *salir* de la habitación. Tras la reunión, Wittgenstein le informó a Keynes de que Maiski era: «sin duda amable, y al final me prometió enviarme algunas direcciones de personas que viven en Rusia y de las que podría obtener alguna información de utilidad. Le pareció que podía albergar alguna esperanza de poder obtener un permiso para establecerme en Rusia, aunque tampoco lo veía probable».

Además de estas reuniones –no demasiado alentadoras– en la embajada rusa, Wittgenstein también intentó establecer algunos contactos a través de la Sociedad de Relaciones Culturales con la Unión Soviética (SCR). La SCR fue fundada en 1924, y era (y de hecho es) una organización dedicada a mejorar los lazos culturales entre Gran Bretaña y la Unión Soviética. Organizaba conferencias, debates y exposiciones, y publicaba su propia revista, el *Anglo-Soviet Journal*, que en cada número de los aparecidos durante los años treinta llevaba un anuncio de viajes a Rusia organizados por *Intourist*, una agencia de viajes soviética («Si desea una experiencia única en su vida visite la URSS», etc.). Debido a que (contrariamente a su organización paralela, la Sociedad de Amigos de la Unión Soviética) sus objetivos eran más culturales que políticos, la SCR contaba entre sus miembros con muchos personajes no comunistas, como Charles Trevelyan, y, de hecho, con el propio Keynes. En 1935, sin embargo, la SCR estaba dominada por casi las mismas personas (Hayden-Guest, Pat Sloan, etc.) que la Sociedad de Amigos. El 19 de agosto, Wittgenstein acudió a las oficinas de la SCR para reunirse con Miss Hilda Browning, su vicepresidenta. Al día siguiente, informaba a Gilbert Pattisson:

> Mi entrevista con Miss B. fue mejor de lo que esperaba. Al menos me enteré de algo útil: de que mi única oportunidad de obtener un permiso para establecerme en Rusia es ir allí como turista y hablar con los funcionarios; y que todo lo que puedo intentar es obtener cartas de presentación. Miss B. también me dijo que me daría dos cartas de presentación para dos sitios distintos. Esto, en suma, es mejor que nada. Sin embargo, tampoco arregla nada y estoy tan a oscuras como antes, no sólo respecto de lo que me permitirán hacer, sino también en cuanto a lo que quiero hacer. Es vergonzoso, pero cambio de opinión cada dos horas. Me doy cuenta de que en el fondo soy un perfecto asno y me siento bastante despreciable.

Los dos sitios para los que Miss Browning le proporcionó carta de presentación fueron el Instituto del Norte y el Instituto de las Minorías Nacionales. En ambos casos se trataba de institutos de educación dedicados a mejorar el nivel de alfabetización entre las minorías étnicas de la Unión Soviética. Aunque considerara que esto era «mejor que nada», Wittgenstein no deseaba un empleo de profesor. Pero, tal como le había dicho a

Keynes, era probable que sólo obtuviera permiso para establecerse en la Unión Soviética si recibía una invitación de alguna organización soviética: «Si fueras un técnico cualificado probablemente les serías de utilidad», le escribió Keynes, «eso no sería difícil. Pero sin ninguna cualificación, que bien podría ser una cualificación como médico, será difícil.» Wittgenstein, quien durante toda su vida cobijó el deseo de ser médico, consideró la posibilidad de estudiar medicina en Inglaterra con la intención de ejercer en Rusia, e incluso recibió de Keynes la promesa de financiar sus estudios de esa especialidad. Sin embargo, lo que deseaba era que le permitieran quedarse en Rusia como trabajador manual. Pero, como le resultaba cada vez más claro, era en extremo improbable que alguna organización soviética le invitara a ello. Lo que no faltaban en la Unión Soviética eran trabajadores no cualificados.

Para cuando puso rumbo a Leningrado, el 7 de septiembre, todo lo que había conseguido eran las cartas de presentación de Hilda Browning y unos pocos nombres y direcciones de personas que vivían en Moscú. Le fueron a despedir al muelle de Hay, en Londres, Gilbert Pattisson y Francis, que estaba demasiado enfermo como para hacer el viaje. Sin embargo, quedaba entendido que, una vez allí, Wittgenstein buscaría trabajo tanto para él como para Francis. En el mismo barco viajaba el doctor George Sacks, quien recuerda que él y su mujer se sentaban delante de Wittgenstein durante las comidas. Junto a este último se sentaba un sacerdote griego ortodoxo. Wittgenstein, que parecía deprimido y preocupado, se sentaba mirando al vacío, sin hablar con nadie, hasta que un día se presentó él mismo al sacerdote levantando la mano y exclamando: «¡Wittgenstein!», a lo que el sacerdote replicó diciendo su propio nombre. No dijo más nada durante el resto del viaje.

Llegó a Leningrado el 12 de septiembre, y durante las dos semanas siguientes su agenda está llena de los nombres y direcciones de las muchas personas con las que contactó en su esfuerzo por conseguir una oferta de empleo. Una vez en Leningrado visitó el Instituto del Norte y a la profesora universitaria de filosofía Mrs. Tatiana Gornstein, quien le propuso dar un curso de filosofía en Leningrado. En Moscú conoció a Sofía Janovskaia, profesora de lógica matemática, con la que estableció una amistad que, de forma epistolar, se mantuvo hasta mucho después de su regreso a Inglaterra. De ella le atraía su enérgica manera de hablar. La primera vez que se vieron, tras conocerse, ella exclamó: «¿Qué, no será el gran Wittgenstein?», y durante una conversación acerca de filosofía ella le dijo sin ambages: «Debería leer más a Hegel.» A partir de sus discusiones filosóficas, la profesora Janovskaia creyó (una creencia seguramente falsa) que Wittgenstein estaba interesado en el materialismo dialéctico y en el desarrollo del pensamiento filosófico soviético. Parece ser que a Wittgenstein se le ofreció una cátedra de filosofía en la Universidad de Kazan, y luego un puesto docente en la Universidad de Moscú.

En Moscú, Wittgenstein también se encontró dos o tres veces con Pat Sloan, un comunista inglés que por entonces trabajaba como organizador del sindicato de trabajadores soviético (un período de su vida evocado en el libro *Russia Without Illusions*, 1938). Es probable que estos encuentros se centraran en las esperanzas que aún albergaba Wittgenstein de encontrar un empleo manual. Si es así, parece que no fueron fructíferos. George Sacks recuerda que en Moscú: «Nosotros [él y su mujer] oímos decir que Wittgenstein deseaba trabajar en una granja colectivizada, pero que los rusos le dijeron que su propio trabajo resultaba una útil contribución, y que debía regresar a Cambridge.»

El 17 de septiembre, mientras estaba todavía en Moscú, Wittgenstein recibió una carta de Francis instándole a que se quedara cuanto tiempo hiciera falta hasta encontrar trabajo. «Ojalá pudiera estar contigo y ver cosas contigo», escribió. «Pero tengo la sensación de estar contigo.» De esta carta parece seguirse también que Wittgenstein y Skinner planeaban pasar el siguiente año académico preparando el *Cuaderno marrón* para su publicación, hecho que habría de ocurrir con anterioridad, parece ser, a su establecimiento definitivo en la Unión Soviética. Esa intención resulta verosímil, pues el siguiente año académico, el año de 1935-1936, sería el último en que Skinner disfrutaría de su beca de posgrado, y el último de los cinco años que Wittgenstein pasaría como *fellow* en Cambridge. «Pienso mucho en el trabajo que vamos a hacer el año que viene», le dijo Francis. «Creo que el espíritu del método que utilizaste el año pasado es muy bueno»:

> Creo que todo es absolutamente simple y aun así lleno de luz. Sería muy bueno seguir con eso y dejarlo a punto para la publicación. Creo que el método es muy valioso. Tengo muchas esperanzas de que podamos seguir con ello. Haremos todo lo que podamos.

«Me gustaría repetir», añadía, «que espero que te quedes en Moscú más tiempo del que habías previsto si crees que existe alguna oportunidad de que puedas aprender más. Sería de gran valor para los dos.»

Evidentemente, Wittgenstein no veía razón alguna para prolongar su estancia. Su visita sólo había servido para confirmar lo que le habían dicho antes de abandonar Inglaterra: que se le daba la bienvenida a la Unión Soviética si iba allí como profesor, pero no como obrero. El domingo antes de partir le escribió una postal a Pattisson pidiéndole que se vieran en Londres:

> ¡Querido Gilbert!:
>
> Dejo Moscú mañana por la tarde (me alojo en las mismas habitaciones que Napoleón en 1812). Pasado mañana mi barco zarpa de Leningrado y sólo espero que Neptuno se apiade de mí al verme. Lo previsto es que mi barco llegue a Londres el domingo 29 [de septiembre]. ¿Podrías venir a esperarme al muelle o dejar un mensaje para mí en mi Palacio [general-

mente conocido como «Strand Palace»)? Desde luego tengo muchas ganas de volver a ver tu vieja y maldita cara. Siempre maldito.

Ludwig

P.D.: ¡Si el censor lee esto lo tiene bien merecido!

Tras su regreso a Inglaterra, Wittgenstein rara vez hablaba de su viaje a Rusia. Envió a Francis para que informara a Fania Pascal, a quien habló de su encuentro con Mrs. Janovskaia y de la oferta de ésta para que diera clases en Kazan, y concluyó con la afirmación de que: «No había tomado ninguna decisión con respecto a su futuro.» Pero estos relatos nada dicen de las impresiones que Wittgenstein tuvo de la Rusia Soviética, ningún indicio de si le gustó o no lo que había visto. Acerca de este tema, y dejando aparte algunos comentarios aislados, jamás dijo nada. La razón que dio a sus amigos de ese silencio fue que no deseaba que su nombre se utilizara, tal como había ocurrido anteriormente con el de Russell (tras la publicación de *Teoría y práctica del bolchevismo*) para apoyar la propaganda antisoviética.

Todo esto sugiere que, de haber hablado abiertamente de la impresión que le había producido la Unión Soviética, el cuadro hubiera sido poco lisonjero. Un claro indicio de esta actitud lo encontramos quizá en el comentario que le hizo a Gilbert Pattisson, en el sentido de que vivir en Rusia era como ser un soldado en el ejército. Le dijo que a las «personas que tiene una educación como la nuestra» les resultaba difícil vivir allí, debido al grado de mezquina deshonestidad que era necesario para procurarse la supervivencia. Si Wittgenstein consideraba la vida en Rusia comparable a su experiencia en el *Goaplana* durante la Primera Guerra Mundial, quizá no resulte sorprendente que mostrara tan escasa inclinación a establecerse allí tras regresar de su breve visita.

Sin embargo, repetidamente expresó su simpatía por el régimen soviético, y su creencia de que, puesto que las condiciones materiales del ciudadano medio soviético iban mejorando, el régimen era fuerte y resultaba improbable que se derrumbara. Hablaba con admiración del sistema educativo en Rusia, señalando que nunca había visto personas tan ansiosas de aprender y tan atentas a lo que les decían. Pero, probablemente, la razón más importante de que simpatizara con el régimen de Stalin era el casi nulo desempleo que había en Rusia. «Lo importante», le dijo una vez a Rush Rhees, «es que la gente tenga *trabajo*.» Cuando se le mencionaba lo excesivamente reglamentada que era la vida en Rusia, cuando se le señalaba que, aunque tuvieran empleo, los obreros no tenían libertad para abandonar o cambiar de trabajo, Wittgenstein no se inmutaba. «La tiranía», le dijo a Rhees encogiéndose de hombros, «es algo que no me indigna.» La sugerencia de que «gobernar mediante la burocracia» iba a acarrear distinciones de clase, sin embargo, sí despertaba su indignación: «Si algo puede destruir mis simpatías hacia el régimen soviético es el hecho de que surjan distinciones de clase.»

Durante los dos años que siguieron a su regreso de Rusia, Wittgen-

stein acarició la idea de aceptar el puesto docente que le habían ofrecido en Moscú. Durante esa época siguió manteniendo correspondencia con Sofía Janovskaia, y cuando se marchó a Noruega lo dispuso todo para que Fania Pascal enviara insulina a Janovskaia para su diabetes. En junio de 1937 comentaba en una carta a Engelmann: «Quizá vaya a Rusia.» Poco después, sin embargo, también el ofrecimiento de que diera clases en Rusia fue retirado, pues (según Piero Sraffa) por entonces, todos los alemanes (y austríacos) que había en Rusia se habían convertido en sospechosos.

Sin embargo, incluso después de los aparatosos procesos de 1936, del empeoramiento de las relaciones entre Rusia y Occidente y del pacto nazi-soviético, Wittgenstein siguió expresando sus simpatías hacia el régimen soviético, hasta el punto de que algunos estudiantes de Cambridge le tomaban por un «estalinista». Sin embargo, esta etiqueta es absurda. En una época en que casi todo el mundo veía solamente la tiranía del gobierno de Stalin, Wittgenstein ponía énfasis en los problemas con que Stalin tenía que enfrentarse, y la magnitud de sus logros al afrontarlos. La víspera de la Segunda Guerra Mundial le había dicho a Drury que Inglaterra y Francia, ni aun aliándose, podrían derrotar a la Alemania de Hitler; necesitarían el apoyo de Rusia. Le dijo a Drury: «La gente ha acusado a Stalin de traicionar la Revolución Rusa. Pero no tienen ni idea de los problemas que ha de afrontar; ni de los peligros que amenazan a Rusia.» Inmediatamente añadió, como si tuviera que ver con lo dicho: «Estaba mirando una foto del gabinete británico y me dije: "un montón de viejos ricachones".» Este comentario evoca las palabras de Keynes al caracterizar a Rusia como «el hermoso y necio benjamín de la familia europea, con pelo en la cabeza, más cerca del cielo y la tierra que sus hermanos calvos de Occidente». Las razones de Wittgenstein para querer vivir en Rusia, tanto las «malas e incluso infantiles» como las «buenas y profundas», tenían mucho que ver, creo, con su deseo de desembarazarse de los viejos de Occidente y de la desintegración y decadencia de la cultura occidental.

También, naturalmente, era una manifestación más de su perenne deseo de estar con la tropa. Las autoridades soviéticas sabían, al igual que las autoridades austríacas en 1915, que les sería de más utilidad como oficial que como soldado; y el propio Wittgenstein se daba cuenta de que realmente no podría tolerar la vida entre la «mezquina deshonestidad» de los soldados vulgares. Pero aun así seguía deseando que las cosas fueran de otro modo.

Cuando, en el otoño de 1935, Wittgenstein comenzó su último año como *fellow* en el Trinity, todavía no sabía muy bien qué haría cuando abandonara ese puesto. Quizá fuera a Rusia; quizá, al igual que Rowland Hutt, consiguiera un trabajo entre «personas normales»; o quizá, tal como quería Skinner, se concentrara en preparar el *Cuaderno marrón* para su

publicación. Una cosa parecía segura: no seguiría dando clases en Cambridge.

Durante ese último año, sus clases se centraron sobre el tema de «Los datos sensoriales y la experiencia personal». En esas clases intentaba combatir la tentación del filósofo de creer que, cuando percibimos algo (cuando vemos algo, sentimos dolor, etc.), existe alguna cosa, un dato sensorial, que es el contenido primario de nuestra experiencia. Sin embargo, entresacaba sus ejemplos no de entre las palabras de los filósofos, sino del habla normal. Y cuando mencionaba citas literarias, no eran de grandes obras maestras ni de la publicación filosófica *Mind*, sino del *Detective Story Magazine* de Street & Smith.

Comenzó una de sus clases leyendo un pasaje de Street & Smith en el que el narrador, un detective, está solo en la cubierta de un barco en plena noche, sin oír nada más que el tictac del reloj de la embarcación. El detective reflexiona: «En el mejor de los casos, un reloj es un instrumento bastante desconcertante: mide un fragmento de infinito: mide algo que quizá no existe.» Wittgenstein les dijo a sus alumnos que es mucho más importante y relevante encontrar este tipo de confusión expresada «en una estúpida historia de detectives» que expresada «por un estúpido filósofo»:

> Aquí se podría decir «obviamente un reloj no es un instrumento en absoluto desconcertante». Si en alguna situación os parece un instrumento desconcertante, podéis quitaros esa idea de la cabeza diciendo que naturalmente no es desconcertante: ésta es la manera de resolver un problema filosófico.
>
> El reloj es aquí un instrumento desconcertante porque el hombre dice que «mide un fragmento de infinito, mide algo que quizá no existe». Lo que hace desconcertante al reloj es que introduce un tipo de entidad que el hombre no puede ver, y le parece un fantasma.
>
> La relación entre esto y lo que decimos de los datos sensoriales: lo que resulta desconcertante es la introducción de algo que podríamos llamar «intangible». Parece ser que no hay nada intangible en una mesa o una silla, pero sí en la efímera experiencia personal.

Un tema recurrente en las clases de Wittgenstein durante ese año fue su preocupación por defender, en contra de los filósofos, nuestra percepción ordinaria del mundo. Cuando un filósofo plantea dudas, acerca del tiempo o acerca de los estados mentales, que no se le ocurren al hombre corriente, no es porque el filósofo tenga más perspicacia que el hombre corriente, sino porque, en cierto modo, tiene menos; está sujeto a la tentación de malinterpretar algo, cosa que no le ocurre al no filósofo:

> Tenemos la idea de que el hombre corriente, cuando habla del «bien»,

del «número», etc., realmente no sabe de qué está hablando. Yo veo algo raro en la percepción, y él habla como si no hubiera nada raro. ¿Debemos decir que sabe de qué está hablando o no?

Se pueden decir las dos cosas. Imaginemos unas personas que juegan al ajedrez. Yo percibo extraños problemas cuando observo las reglas y las examino. Pero Smith y Brown juegan al ajedrez sin dificultad. ¿Comprenden el juego? Bueno, lo juegan.

El pasaje nos hace pensar en las propias dudas de Wittgenstein acerca de su condición de filósofo, su cansancio de tanto «ver problemas raros» y su deseo de comenzar a jugar ese juego en lugar de examinar sus reglas. Volvió a pensar en estudios de medicina. En esa época Drury estaba preparando su primer examen para la obtención del título de medicina en Dublín, y Wittgenstein le escribió preguntándole sobre la posibilidad de entrar en la escuela médica, y hemos de suponer que Keynes financiaría sus estudios. Le sugirió a Drury que los dos podrían practicar juntos la psiquiatría. Wittgenstein creía poseer algún talento para esa rama de la medicina, y estaba particularmente interesado en el psicoanálisis freudiano. Ese año envió a Drury, como regalo de cumpleaños, *La interpretación de los sueños*, de Freud, diciéndole que la primera vez que lo leyó se dijo: «He aquí por fin un psicólogo que tiene algo que decir.»

El que Wittgenstein creyera que sería un buen psiquiatra parece basarse en la opinión de que su estilo filosófico y el psicoanálisis freudiano exigían un talento similar. Y no, naturalmente, en que se tratara de la misma técnica. Wittgenstein reaccionó airadamente cuando su método filosófico fue calificado de «positivismo terapéutico» y comparado con el psicoanálisis. Cuando, por ejemplo, A. J. Ayer realizó esa comparación en un artículo publicado en el *Listener*, recibió de Wittgenstein una contundente carta rechazando sus argumentos. Sin embargo, Wittgenstein creía ver cierta relación entre su obra y la de Freud. Una vez ante Rhees se denominó a sí mismo discípulo de Freud, y en varias ocasiones resumió sus propios logros y los de Freud en frases asombrosamente parecidas. «Todo consiste en símiles excelentes», dijo en una clase sobre la obra de Freud; y de su propia contribución a la filosofía: «Lo que yo invento son nuevos *símiles*.» Esta capacidad de conformar una visión sinóptica elaborando símiles reveladores era, según parece, lo que él deseaba aportar a la medicina psiquiátrica.

Sin embargo, a medida que el año transcurría, el interés de Wittgenstein por iniciar estudios de medicina o por conseguir cualquier otro empleo declinaba en favor de la idea de acabar su libro. A finales de ese año, a medida que se acercaba el fin de su contrato como *fellow*, Wittgenstein discutió con algunos de sus estudiantes favoritos las posibilidades que se le abrían. El último en llegar había sido el estudiante de posgrado Rush Rhees. Rhees había llegado a Cambridge en septiembre de 1935 para estudiar con G. E. Moore, tras haber estudiado anteriormente filosofía en Edimburgo, Göttingen e Innsbruck. Al principio había dejado de asistir a

las clases de Wittgenstein debido a las peculiaridades de los estudiantes de éste, pero en febrero de 1936 superó tales recelos y asistió a todas las restantes clases de ese curso. Se convirtió en uno de los más íntimos amigos de Wittgenstein, y siguió siéndolo hasta la muerte de éste. En junio de 1936 Wittgenstein invitó a Rhees a tomar el té y trató con él la cuestión de si debería intentar conseguir algún empleo o irse solo a alguna parte y seguir trabajando en su libro. Le dijo a Rhees: «Aún me queda un poco de dinero. Mientras me dure, podría vivir y trabajar en el libro.»

Esta última idea era la que más le atraía, y cuando Wittgenstein y Skinner visitaron a Drury en Dublín durante el mes de junio, el tema de estudiar medicina no salió a relucir. Lo que quizá afianzó su decisión fueron las noticias de la muerte de Moritz Schlick. Wittgenstein estaba en Dublín cuando se enteró de que Schlik había sido asesinado: un estudiante mentalmente perturbado le había disparado en las escaleras de la Universidad de Viena. El hecho de que ese estudiante posteriormente se convirtiera en miembro del partido nazi dio pie a rumores de que el asesinato había tenido motivos políticos, aunque las pruebas indican que el estudiante tenía una razón de índole más personal para matarle, pues Schlick había rechazado su tesis doctoral. Al enterarse de las noticias, Wittgenstein escribió inmediatamente a Friedrich Waismann:

> Querido Mr. Waismann:
>
> La muerte de Schlick es ciertamente una gran desgracia. Usted y yo hemos sufrido una gran pérdida. No sé cómo expresarle mis condolencias, que, como usted sabe, son realmente sentidas, a su esposa e hijos. Si le es posible, me haría un gran favor si se pusiera en contacto con Mrs. Schlick o con algunos de sus hijos y les expresara que pienso en ellos con afectuosa simpatía, pero que no sé qué decirles. Si le resultara imposible (externa o internamente) transmitir este mensaje, por favor hágamelo saber.
>
> Con mis mejores deseos y mis respetos,
>
> suyo,
>
> Ludwig Wittgenstein

La muerte de Schlick puso fin de manera definitiva a cualquier idea que pudiera haber existido de llevar a término los planes acordados en 1929 de que Wittgenstein y Waismann colaboraran en un libro. Entre la exasperación de Waismann ante los constantes cambios de opinión por parte de Wittgenstein, y la poca confianza de éste en que Waismann comprendiera sus ideas, sólo su mutuo respeto por Schlick y el estímulo de éste para que siguieran con el proyecto había proporcionado una remota esperanza de que se llevara a cabo. Tras la muerte de Schlick, Waismann decidió trabajar sin Wittgenstein, y firmó un contrato para acabar el libro y publicarlo con su propio nombre. El libro alcanzó la fase de galeradas en 1939, pero entonces fue abandonado.

Wittgenstein, mientras tanto, decidió hacer lo que había hecho en 1913: ir a Noruega, donde podría vivir solo, sin distracciones, y finalizar su obra. Es posible que tal decisión la tomara como consecuencia de la muerte de Schlick, pero también impulsado por la razón más personal de que necesitaba alejarse de la «distracción» de su relación con Francis, cuya beca de tres años finalizaba al mismo tiempo que el contrato de Wittgenstein como *fellow*.

Hasta el verano de 1936, parece ser que quedaba entendido que, fuera lo que fuera lo que Wittgenstein y Francis hicieran –estudiar medicina, ir a Rusia, trabajar con personas «normales» o en el libro de Wittgenstein–, lo harían juntos. Eso, al menos, era lo que creía Francis. Sin embargo, resulta dudoso que Wittgenstein llegara a considerar a Francis un serio colaborador filosófico; resultaba útil para *dictarle* ideas, especialmente cuando, como en el caso de los *Cuadernos azul* y *marrón*, el dictado se hacía en inglés. Pero a la hora de *discutir* ideas, de clarificar pensamientos, Francis no servía; su respeto reverencial hacia Wittgenstein le paralizaba y se interponía a la hora de hacer cualquier aportación útil. «Hay veces», le dijo Wittgenstein a Drury, «en que su silencio me enfurece y le grito: "¡Di algo, Francis!"» «Pero», añadía, «Francis no es un pensador. Conoces esa estatua de Rodin que se llama *El pensador*; el otro día me sorprendí pensando que jamás podría imaginarme a Francis en esa actitud.»

Por razones similares, Wittgenstein no alentó a Francis para que siguiera con su labor académica. «Nunca sería feliz en la vida académica», decidió, y Francis, como siempre, aceptó su decisión. Sin embargo, ésa no era la opinión de la familia de Francis, ni la de muchos de sus amigos. Louis Goodstein, por ejemplo, que fue contemporáneo de Francis tanto en St. Paul's como en Cambridge, y que posteriormente se convertiría en profesor de lógica matemática en la Universidad de Leicester, opinaba que Francis podía haber tenido por delante una prometedora carrera como matemático profesional. Fue una de las primeras personas a quienes Francis comunicó su decisión de abandonar las matemáticas, y la desaprobó rotundamente, viendo en la decisión tan sólo la desafortunada influencia de la aversión que el propio Wittgenstein sentía hacia la vida académica. Igual pensaba la familia de Francis. Su madre, en particular, veía con profundo desagrado la influencia que Wittgenstein ejercía en su hijo. Reaccionó con gran consternación tanto hacia el plan de establecerse en Rusia como ante la idea de que Francis abandonara una carrera académica de brillantes posibilidades. Su hermana, Priscilla Truscott, se mostraba igualmente incrédula. «¿Por qué?», se preguntaba. *«¿Por qué?»*

Para Francis, sin embargo, la única persona cuya opinión contaba era Wittgenstein, y se adhirió resueltamente a la decisión de éste, incluso cuando eso significara vivir lejos del propio Wittgenstein y trabajar en un empleo en el que haría poco uso de sus talentos y en el que se sentiría explotado. No fue para estudiar medicina sino mecánica por lo que Skinner abandonó la universidad, y no fue en compañía de Wittgenstein, sino solo. La idea de que estudiara medicina era poco práctica: sus padres no

podían permitirse el lujo de pagarle la carrera, y la promesa de Keynes de financiar los estudios de Wittgenstein no abarcaba a Francis. Francis se presentó voluntario para luchar con las Brigadas Internacionales en la guerra civil española, pero fue rechazado por motivos físicos. (Francis, cuya salud era siempre precaria, era cojo de una pierna como resultado de una osteomielitis que había sufrido de joven, y siempre estaba sujeto a que la enfermedad se reprodujera.)

La segunda carrera que Wittgenstein (y por tanto Skinner) había elegido después de la medicina era la mecánica. De modo que en el verano de 1936 Francis fue aceptado como aprendiz por un plazo de dos años en la Cambridge Instrument Company. Durante casi todo el tiempo estuvo empleado en la fabricación de tornillos, una tarea agotadora y repetitiva que no encontraba interesante ni de la que disfrutaba; era simplemente una labor de esclavo que soportaba para complacer a Wittgenstein. Fania Pascal, sin embargo, cree que Skinner era más feliz entre los obreros que entre personas de su propia clase. Los obreros, dice ella, eran más amables y menos engreídos. Esto quizá sea cierto, aunque durante los primeros años que pasó en la fábrica Francis no dedicó mucho tiempo a relacionarse con sus compañeros. Pasaba las veladas o bien solo o con amigos de la universidad: los Bachtin, Rowland Hutt y la propia Pascal. Lo que deseaba más que cualquier otra cosa era vivir y trabajar con Wittgenstein, y esto le era negado por el propio Wittgenstein.

Francis no poseía una concepción weiningeriana del amor; no creía que el amor necesitara una separación, una cierta distancia, para conservarse. Wittgenstein, por su parte, probablemente compartía la opinión de Weininger. Mientras estaba en Noruega anotó en su diario que se daba cuenta de lo especial que era Francis –de que realmente le apreciaba– sólo cuando estaba lejos de él. Y quizá precisamente por ello decidió alejarse de él e ir a Noruega.

Antes de marcharse, Wittgenstein se tomó unas vacaciones en Francia en compañía de Gilbert Pattisson, y los dos recorrieron en coche la región de Burdeos. Pattisson era una de las pocas personas con las que Wittgenstein podía relajarse y pasárselo bien. Por lo que a Pattisson se refiere, sin embargo, la compañía de Wittgenstein era un poco demasiado aburrida. Según esto, y al igual que había hecho en 1931, insistió en pasar al menos unas cuantas noches lejos de Wittgenstein en un lugar elegante, donde pudiera entregarse al lujo desmedido: comer, beber y jugar. En una ocasión en que Wittgenstein le acompañó en los placeres del juego, demostró ser un novicio en el arte de tirar el dinero. Fueron juntos al Casino Royan, donde jugaron a la ruleta, un juego obviamente nuevo para Wittgenstein. Estudió el juego cuidadosamente antes de comentarle incrédulamente a Pattisson: «¡No veo cómo *puede* ganar!» Parece ser que a veces más vale examinar las reglas que jugar.

La marcha de Wittgenstein a Noruega en agosto de 1936 recuerda enormemente su anterior partida en octubre de 1913. En ambos casos se marchaba por un período indefinido de tiempo para llevar a cabo una tarea concreta: la preparación de la formulación definitiva de sus observaciones filosóficas. Y también en ambos casos dejaba atrás a una persona amada.

La diferencia es que en 1913 Pinsent no había sentido ningún deseo de acompañarle. Es dudoso que Pinsent llegara a darse cuenta de lo muy enamorado que estaba de él Wittgenstein, y casi seguro que no le correspondía en ese amor. Estaba «agradecido» por su «trato» con Wittgenstein, pero de ninguna manera dependía de él. En octubre de 1913, sus estudios de derecho ocupaban su mente mucho más que su amistad con Wittgenstein, cuya ruptura posiblemente viera con una especie de alivio.

Para Francis, sin embargo, su relación con Wittgenstein era el mismísimo centro de su vida: si se lo hubiera pedido, lo hubiera dejado todo para irse a vivir con él a Noruega. «Cuando me llegó tu carta», escribió unas semanas después de que se hubieran separado, «deseé poder ir contigo y limpiar tu habitación.» Su vida en Cambridge sin Wittgenstein era solitaria y monótona. Ya no se llevaba bien con su familia, ya no podía participar en el trabajo de Wittgenstein, y aunque perseveraba en él para agradarle, le disgustaba su trabajo en la fábrica. Tal como sin duda le había pedido Wittgenstein, le enviaba a éste informes regulares de cómo iba su vida laboral. No eran demasiado entusiastas: «Mi trabajo va bien. Trabajo con los tornillos» (21.8.36); «Mi trabajo sigue bien. Casi he llegado al final de la fabricación de tornillos. La semana pasada tuve que trabajarlos a mano, cosa que al principio fue difícil. Ahora los estoy bruñendo y niquelando» (1.9.36). «Tengo un pedido de 200 manómetros. Ojalá no fueran tantos» (14.10.36). Con el tiempo, tras una discusión con Rowland Hutt acerca de su puesto en la fábrica, incluso el amable y sumiso Francis expresaba su insatisfacción.

> No veo claro cuál es mi relación con la empresa. No veo claro el que consiga un trabajo en el que pueda utilizar todas mis facultades. Me parece (y Hutt está de acuerdo conmigo) que hay que establecer una separa-

ción entre ser una persona excepcionalmente dotada y permitirles que hagan cualquier cosa contigo. Por ejemplo, el capataz me dijo que si hubiera permanecido cinco años allí me hubiera hecho avanzar muy rápidamente, pero que como sólo iba a estar dos y la empresa sabía que de todos modos no les sería de mucha utilidad, era algo muy distinto.

Dijo que procuraba recordar lo que Wittgenstein le había dicho acerca de ser «optimista, agradecido y reflexivo», pero en tales circunstancias no era fácil. No lo dice, pero uno se lo imagina pensando que en ese empleo no había nada que despertara el optimismo, nada que agradecer, y que lo único que ocupaba su reflexión era Wittgenstein. Su conversación con Hutt, le dijo a Wittgenstein, «me hizo desear que estuvieras aquí para poder hablar contigo». En sus cartas, pone una y otra vez énfasis en que: «Pienso mucho en ti, y con un gran amor.» Las cartas de Wittgenstein no se han conservado, pero la manera en que Francis declara su amor a veces indica que intenta disipar algunas dudas quizá expresadas por Wittgenstein: «Mis sentimientos por ti no han cambiado en absoluto. Ésta es la honesta verdad. Pienso mucho en ti y con un gran amor.»

Es probable que el consejo de ser «optimista, agradecido y reflexivo» fuera todo lo que Francis recibiera como muestra de comprensiva simpatía por parte de Wittgenstein. En Noruega, éste pensaba más en sí mismo y en su trabajo –las dos cosas, como hemos visto, indisolublemente unidas– que en Francis. Y, al igual que en 1913-1914, y de nuevo en 1931, el estar solo en Noruega resultó ser un gran catalizador a la hora de dedicarse a la lógica y a sus pecados.

«Creo que venir aquí ha sido lo más adecuado, gracias a Dios», le escribió a Moore en octubre. «No puedo imaginarme que pudiera trabajar en otro sitio que no fuera éste. Es un decorado tranquilo, y quizá maravilloso; me refiero a su tranquila seriedad.» Ante las noticias de que tanto Moore como Johnson tenían serias dificultades a la hora de escribir, Wittgenstein replicó que era una buena señal: «Uno es incapaz de beber vino mientras fermenta, pero esa fermentación demuestra que no es agua sucia.» «Ya veis», añade, «todavía hago hermosos símiles.»

Wittgenstein le envió un mapa a Moore, mostrándole dónde estaba su cabaña en relación al fiordo, las vecinas montañas y el pueblo más cercano. Su intención era ilustrarle acerca de que no podía salir del pueblo sin remar. Cuando el tiempo era clemente la cosa no era difícil, pero en octubre el clima era húmedo y frío. Le escribió a Pattisson: «El tiempo ha cambiado de espléndido a horrible. Llueve de una manera endiablada. Hace dos días nevó por primera vez.» Pattisson contestó enviándole a Wittgenstein un jersey, que a Wittgenstein le encantó. Recordando las «Cartas del cliente satisfecho», escribió: «"Se ajusta perfectamente y es de un noble estilo", como le escribían siempre a Mr. Burton, el sastre del buen gusto.»

Se había llevado con él un ejemplar del *Cuaderno marrón*, con la intención de utilizarlo como material básico del que extraer la versión definitiva de su libro. Durante un mes trabajó en la revisión del libro, traduciéndolo del inglés al alemán y rescribiéndolo mientras avanzaba. A principios de noviembre abandonó esa tarea, escribiendo, con gruesos trazos: «*Dieser ganze "Versuch einer Umarbeitung" vom (Anfang) bis hierher ist nichts wert*» («Todo este intento de revisión, desde el principio hasta aquí, no vale nada»). En una carta le explicó a Moore que cuando leyó todo lo que había escrito hasta ese punto, lo encontró todo, «o casi todo, aburrido y artificial»:

> Pues el tener la versión inglesa delante me había agarrotado la mente. Por tanto decidí empezar otra vez desde el principio y no dejar que mis pensamientos fueran guiados por nada más que por ellos mismos. Los primeros dos días me fue difícil, pero luego se volvió más fácil. Así que estoy escribiendo una nueva versión, y espero no equivocarme al afirmar que es algo mejor que la última.

Esta nueva versión se convirtió en la formulación definitiva del inicio del libro de Wittgenstein. Constituye, aproximadamente, los párrafos 1-188 del texto publicado como *Investigaciones filosóficas* (más o menos una cuarta parte del libro), y es la única parte de la obra posterior de Wittgenstein de la que se sentía completamente satisfecho: la única parte que jamás volvería a intentar revisar ni reordenar, ni tampoco indicó jamás que *desearía* revisarla si tuviera tiempo.

En gran parte sigue la ordenación del *Cuaderno marrón*, comenzando con la narración de San Agustín de cómo comenzó a hablar, utilizándola para introducir la idea del juego de lenguaje, y luego aborda el tema de lo que significa seguir una regla. En esta versión definitiva, sin embargo, se cita el pasaje de las *Confesiones* de Agustín, y la intención de comenzar con ese párrafo es expresada más claramente:

> Creo que estas palabras nos ofrecen una imagen peculiar de la esencia del lenguaje humano. Consiste en esto: las palabras del lenguaje nombran objetos –las frases son combinaciones de tales nombres–. En esta imagen del lenguaje encontramos las raíces de la siguiente idea: Cada palabra tiene un significado. Este significado está correlacionado con la palabra. Es el objeto que la palabra representa.

El resto del libro iba a examinar las implicaciones de esta idea y las trampas en que se pierden los filósofos. Todas estas rutas comienzan demoliendo la noción (prefilosófica) del lenguaje expresada por Agustín, que da pie a la idea filosófica mencionada anteriormente. De este modo, Wittgenstein esperaba arrancar la confusión filosófica agarrándola por sus raíces prefilosóficas.

La cita de Agustín no se ofrece, tal como se ha creído muchas veces,

para presentar una *teoría* del lenguaje, que Wittgenstein entonces mostraba como falsa. Las *Confesiones*, después de todo, no son (no principalmente, al menos) una obra filosófica, sino una autobiografía religiosa, y en el pasaje citado Agustín no está *teorizando*, sino describiendo cómo aprendió a hablar. Y por eso precisamente resulta adecuado para presentar el objetivo de la empresa filosófica de Wittgenstein. Aunque no expresa ninguna teoría, lo que se contiene en la narración de Agustín es una *imagen*. Y, para Wittgenstein, *todas* las teorías filosóficas radican en esa imagen, y debe ser arrancada para introducir una nueva imagen, una nueva metáfora:

> Un símil que ya ha sido absorbido dentro de las formas de nuestro lenguaje produce una apariencia falsa, y eso nos produce inquietud. Una *figura* nos ha tenido cautivos. Y no podíamos salir de ella, pues reside en nuestro lenguaje, y el lenguaje parece repetírnosla inexorablemente.

La versión definitiva del libro de Wittgenstein difiere del *Cuaderno marrón* en que, en lugar de conducir simplemente al lector a través de una serie de juegos de lenguaje sin explicación alguna, se detiene de vez en cuando para aclarar su proceder y para aclarar cualquier malentendido:

> Nuestros claros y simples juegos de lenguaje no son estudios preparatorios para una futura reglamentación del lenguaje, como si fueran primeras aproximaciones que ignorasen la fricción y la resistencia del aire. Los juegos del lenguaje están ideados como *objetos de comparación*, cuya intención es arrojar luz sobre las condiciones de nuestro lenguaje por vía de semejanza y desemejanza.
>
> No es nuestro objetivo refinar ni complementar por caminos inauditos el sistema de reglas que rige la utilización de nuestras palabras.
>
> La claridad a que nosotros aspiramos es ciertamente una claridad *completa*. Pero esto sólo quiere decir que los problemas filosóficos deben desaparecer *completamente*. El descubrimiento real es el que me hace capaz de dejar de hacer filosofía cuando quiero. El que da paz a la filosofía, de manera que ya no esté atormentada por cuestiones que la ponen *a ella misma* en cuestión. En cambio, vamos a exponer ahora un método, por medio de ejemplos; y esa serie de ejemplos puede ser dividida. Se resuelven problemas (se apartan dificultades), no un *único* problema.

Previendo una reacción natural a su concepción de la filosofía y a su método, se pregunta: «¿Dónde radica la importancia de nuestra investigación, ya que parece que solamente vaya a destruir todo lo interesante, es decir, todo lo que es grande e importante? (Como si dijéramos todos los edificios, dejando a su paso sólo fragmentos de piedra y escombros).» Responde: «Lo que estamos destruyendo no son sino castillos de naipes, con lo que dejamos libre la base del lenguaje sobre la que se asientan.» Y, cambiando la metáfora, pero moviéndose dentro del mismo tema:

> Los resultados de esta filosofía son el descubrimiento de algún que otro sinsentido y de los chichones que el entendimiento se ha hecho al chocar con los límites del lenguaje. Estos chichones nos hacen reconocer el valor de ese descubrimiento.

Si tales explicaciones significaban algo para las personas que no habían sufrido tales «chichones» es algo que sigue siendo dudoso. Pero en todo caso, el método no se ha elaborado para tales personas, al igual que el análisis freudiano no se ha elaborado para aquellos que no sienten interés por la psicología. La *Investigaciones filosóficas* –quizá en mayor medida que cualquier otro clásico de la filosofía– no sólo exigen que el lector les dedique toda su inteligencia, sino también que se *implique* en ellas. Otras grandes obras filosóficas –*El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, por ejemplo– pueden ser leídas con interés y aprovechamiento por alguien que «quiera saber lo que dijo Schopenhauer». Pero si las *Investigaciones filosóficas* se leen con ese espíritu, rápidamente se vuelven aburridas y agotadoras, pues será prácticamente imposible comprender lo que Wittgenstein está «diciendo». Pues, en verdad, no está *diciendo* nada; está presentando una técnica para desenmarañar las confusiones. Y a menos que sean las propias confusiones, el libro será de muy poco interés.

En relación al grado de implicación necesario para sacarles algún provecho, existe otra razón por la que parece apropiado comenzar el libro con una cita de las *Confesiones* de San Agustín. Y es que, para Wittgenstein, *toda* filosofía, en la medida en que uno se dedica a ella de manera honesta y decente, comienza con una confesión. Con frecuencia señalaba que el problema de escribir buena filosofía y de pensar correctamente en los problemas filosóficos era cuestión de la voluntad más que del intelecto: la voluntad de resistir la tentación de malinterpretar, la voluntad de resistir la superficialidad. Lo que con frecuencia se interpone en el camino de la verdadera comprensión de los problemas no es la falta de inteligencia, sino el propio orgullo. De este modo: «El edificio de tu orgullo debe ser desarmado. Y es un trabajo terriblemente duro.» El autoanálisis que exige desarmar el propio orgullo es algo necesario, no sólo para ser una persona decente, sino también para escribir filosofía de manera decente. «Si alguien no está dispuesto a descender hasta el fondo de sí mismo porque le resulta demasiado doloroso, entonces su escritura seguirá siendo superficial»:

> Mentirse a sí mismo acerca de sí mismo, engañarse acerca de cuáles son las verdaderas intenciones de la propia voluntad, es algo que ha de ejercer una influencia dañina en el [propio] estilo; pues el resultado será que no se podrá distinguir qué es verdadero en ese estilo y qué falso...
>
> Si finjo delante de mí mismo, entonces eso es lo que expresa el estilo. Y entonces el estilo no puede ser el mío propio. Si no se está dis-

puesto a saber lo que se es, entonces lo que se escribe es una forma de engaño.

No es una coincidencia que Wittgenstein escribiera esta serie de observaciones, que eran las que más le satisfacían, durante una época en la que era implacablemente honesto consigo mismo: cuando había realizado los más intensos esfuerzos para «descender hacia el fondo de sí mismo» y reconocer esas ocasiones en que el orgullo le había obligado a mentir.

Durante los meses en que se ocupó de la redacción definitiva del principio del libro, Wittgenstein también preparó una confesión, enumerando las veces en que, durante su vida, había sido débil y deshonesto. Su intención era leer la confesión a los demás miembros de su familia, y a algunos de sus amigos más íntimos. Es de presumir que opinaba que no había suficiente con admitir haber mentido sólo ante uno mismo; lo más adecuado para «desmoronar el orgullo» que había originado su debilidad sería implicar a otras personas en la confesión. Para él era una cuestión de la máxima importancia, y, en consecuencia, en noviembre de 1936 escribió a, entre otros, Maurice Drury, G. E. Moore, Paul Engelmann, Fania Pascal y, naturalmente, Francis Skinner, diciéndoles que *tenían* que verse durante las vacaciones de Navidad. De estas cartas, la única que se conserva es la dirigida a Moore, aunque podemos suponer que las demás eran bastante parecidas. Le dijo a Moore que, aparte de su trabajo, «han ocurrido en mi interior (quiero decir en mi mente) todo tipo de cosas»:

> No te las mencionaré ahora, pero cuando vaya a Cambridge, cosa que tengo intención de hacer más o menos en Año Nuevo, le pido a Dios que me permita hablarte de ellas; y entonces desearé tu consejo y tu ayuda en algunos asuntos muy difíciles y serios.

A Francis debió de hablarle de manera un poco más directa, diciéndole que lo que tenía en mente era una confesión. En una carta del 6 de diciembre, nos encontramos con que Francis le promete: «Nada de lo que me digas cambiará el amor que siento por ti. Yo mismo soy despreciable en todos los aspectos de mi ser.» Lo que era más importante para Francis era que, al menos, vería a Wittgenstein otra vez: «Pienso mucho en ti y en nuestro amor. Esto me hace seguir adelante y me da alegría y me ayuda a superar mi abatimiento.» Tres días después repetía la promesa: «Nada de lo que me digas cambiará mi amor por ti... No tiene sentido que te perdone, pues yo soy mucho peor persona que tú. Pienso mucho en ti y te amo siempre.»

Wittgenstein pasó las Navidades en Viena, y entregó la confesión a Engelmann y a algunos miembros de su familia, y probablemente también a otros amigos (podemos pensar que Hänsel debía de estar incluido). Ninguna de estas personas ha dejado constancia de lo que contenía la confesión. Cuando Engelmann publicó las cartas que Wittgenstein le había enviado, omitió la que mencionaba la confesión; con toda probabilidad la

destruyó. En Año Nuevo, Wittgenstein visitó Cambridge, e hizo su confesión a G. E. Moore, Maurice Drury, Rowland Hutt y Francis.

Moore, Drury y Francis murieron sin revelar el secreto de qué contenía la confesión, y por tanto hemos de fiarnos de los recuerdos de Pascal y de Hutt. No sabemos cómo reaccionaron los demás a la confesión, aunque probablemente es Fania Pascal quien mejor capta el espíritu de la respuesta de Drury y de Moore cuando señala que, sin que se lo dijeran, ella sabe que: «escucharon pacientemente, dijeron muy poco, pero mostraron una amistosa solidaridad, dejando implícito en sus ademanes y su expresión que no tenía ninguna necesidad de hacer esa confesión, pero que si creía que debía hacerla, bien estaba que la hiciera.» Según Drury, sin embargo, él no *escuchó* la confesión, sino que la leyó. Drury añade que Moore ya la había leído, y, según Wittgenstein, parecía muy afligido por haber tenido que hacerlo. Por lo que se refiere a Francis, Pascal sin duda tiene razón al especular: «Debió de quedarse pasmado, profundamente afectado, los ojos fijos en Wittgenstein.»

Tanto para Rowland Hutt como para Fania Pascal, escuchar la confesión resultó una experiencia incómoda. En el caso de Hutt, la incomodidad era simplemente azoramiento por tener que sentarse en Lyons delante de Wittgenstein mientras éste recitaba sus pecados con una voz alta y clara. A Fania Pascal, por otro lado, este asunto la tenía exasperada. Wittgenstein la había llamado por teléfono, en un momento inconveniente, para pedirle si podía ir a verla. Cuando ella le preguntó si era urgente, él le dijo con voz firme que sí lo era, y que no podía esperar. «Si ha habido alguna vez algo que pudiera esperar», pensaba ella delante de Wittgenstein, al otro lado de la mesa, «es una confesión de este tipo y hecha de esta manera.» La manera rígida y distante en que comunicaba su confesión imposibilitaba que Fania reaccionara con simpatía. En cierto momento gritó: «¿Qué es todo esto? ¿Quieres ser perfecto?» «*Naturalmente* que quiero ser perfecto», tronó él.

Fania Pascal recuerda dos de los «pecados» confesados por Wittgenstein. Junto con éstos, había un cierto número de pecados menores, que no recuerda muy bien. Rowland Hutt ha recordado algunos de ellos. Uno se refiere a la muerte de un conocido de Wittgenstein que era norteamericano. Cuando un amigo común le comunicó su muerte, Wittgenstein reaccionó de la manera más adecuada a cuando uno oye noticias tristes. Estaba fingiendo, pues de hecho ya estaba al corriente de la noticia; ya se había enterado de la muerte. Otro se refería a un incidente de la Primera Guerra Mundial. El comandante en jefe le había dicho a Wittgenstein que llevara unas bombas a través de una plancha inestable que servía de puente sobre un arroyo. Al principio había tenido miedo de hacerlo. Con el tiempo superó ese miedo, pero su cobardía inicial le había acosado desde entonces. Otro se refería al hecho de que, aunque mucha gente creía que era virgen, no lo era: de joven había tenido relaciones sexuales con una mujer. Wittgenstein no utilizaba las palabras «virgen» o «relaciones sexuales», pero no hay duda de que es eso lo que Hutt quiere decir.

No recuerda cuáles fueron las palabras utilizadas por Wittgenstein. Cree que eran algo parecido a: «Casi todo el mundo cree que no he tenido relaciones con mujeres, pero sí las he tenido.»

El primero de los «pecados» que recuerda Fania Pascal se refiere a que Wittgenstein había permitido que casi todas las personas que conocía creyeran que su sangre era aria en tres cuartas partes y el resto judía, mientras que en la realidad era al revés. Es decir, de los abuelos de Wittgenstein, tres eran de ascendencia judía. Según las Leyes de Nuremberg, esto convertía a Wittgenstein en judío, y Pascal seguramente tiene razón al relacionar esta confesión con la existencia de la Alemania nazi. Lo que Wittgenstein no le dijo, y que ella descubrió más tarde, es que, en realidad, ninguno de sus abuelos «judíos» lo era de hecho. Dos habían sido bautizados como protestantes, y el tercero era católico romano. «De judío, nada», comenta ella.

Hasta aquí, todos estos «crímenes» son pecados por omisión: se refieren solamente a casos en que Wittgenstein *dejó* de hacer algo o declinó corregir una impresión falsa. El pecado final y más doloroso se refiere a una mentira contada por Wittgenstein. En esta fase de la confesión, recuerda Pascal, «mantenía un control más férreo de sí mismo, hablando entrecortadamente acerca de lo cobarde y vergonzoso de su comportamiento». Su narración de esta confesión, sin embargo, comunica una impresión extrañamente distorsionada del incidente que describe:

> Durante el breve período en el que ejerció de maestro en una escuela rural de Austria, golpeó a una de las niñas que había en su clase y le hizo daño (mi recuerdo es, sin entrar en detalles, el de un acto físicamente violento). Cuando ella fue a quejarse al director, Wittgenstein negó haberlo hecho. El acontecimiento quedó como una época de crisis en el inicio de su madurez. Puede que hubiera sido eso lo que le llevó a dejar la enseñanza, quizá le hizo darse cuenta de que debía vivir en solitario.

Este suceso está distorsionado de varias maneras. En primer lugar, Wittgenstein se acercaba ya a los cuarenta años cuando ocurrió el incidente de Otterthal, y seguramente era ya un tanto mayor como para que pueda decirse que estaba «en el inicio de su madurez». Más importante aún es el hecho de que Pascal parece no tener ni idea de que los actos de violencia física no eran en modo alguno infrecuentes en las clases de Wittgenstein, ni que de hecho Wittgenstein compareció ante un tribunal para responder de una acusación de violencia. Es posible que Wittgenstein no le dijera esas cosas, que utilizara ese incidente aislado como símbolo de sus delitos en Otterthal. Pero también es posible –y creo que no improbable– que a Pascal le falle la memoria. Después de todo, ella no estaba de humor para oír la confesión de Wittgenstein, y la manera de decirla de él hacía que le resultara aún más ajena. Rowland Hutt recuerda que la confesión se centraba no tanto en el hecho de haber negado algo delante del director sino más bien en admitir que había mentido delante

del tribunal. Expresado de este modo, cuadra mejor con la narración ofrecida por los aldeanos de Otterthal, y explica mejor por qué esta mentira siempre acosó a Wittgenstein.

No hay duda de que, de entre todas las mentiras confesadas por Wittgenstein, consideraba que su comportamiento en Otterthal era la carga más grande, y a fin de aliviarse fue mucho más allá de lo que Pascal y Hutt podían haber imaginado. El mismo año en que hizo la confesión, Wittgenstein asombró a los aldeanos apareciendo en su puerta para disculparse personalmente ante los niños a quienes había causado daño físico. Visitó al menos a cuatro de estos niños (y posiblemente a más), implorándoles perdón por cómo se había comportado con ellos. Algunos tuvieron una respuesta generosa, tal como recuerda Georg Stangel, aldeano de Otterthal:

> Yo no fui alumno de Wittgenstein, pero estuve presente cuando, poco antes de la guerra, Wittgenstein visitó la casa de mi padre para disculparse ante éste y mi hermano. Wittgenstein llegó más o menos a la una del mediodía, entró en la cocina y preguntó dónde estaba Ignaz. Llamé a mi hermano, mi padre también estaba presente. Wittgenstein dijo que quería disculparse si había cometido una injusticia con él. Ignaz dijo que no tenía necesidad de disculparse, que Wittgenstein había sido un buen maestro. Éste se quedó durante media hora y dijo que también querían ver a Gansterer y Goldberg para implorarles perdón de manera parecida.

Pero en casa de Mr. Piribauer, quien habían instigado la acción en contra de Wittgenstein, recibió una respuesta menos generosa. Allí se disculpó ante la hija de Piribauer, Hermine, que albergaba un profundo rencor en su contra por cómo le tiraba de las orejas, en una ocasión de una manera tan violenta que comenzaron a sangrarle e incluso perdió algo de pelo. A la súplica de Wittgenstein para que le perdonara, la chica respondió con un desdeñoso «Ja, ja».

Podemos imaginarnos lo humillante que debió de ser todo esto para Wittgenstein. Y casi podría parecer que la finalidad de humillarse de esta manera era precisamente eso: un autocastigo. Pero creo que tal cosa sería malinterpretar el propósito de estas confesiones y disculpas. La finalidad no era *herir* su orgullo como forma de castigo; era *desarmarlo*: eliminar una barrera, como si dijéramos, que se interponía entre él y la manera de pensar decente y honesta. Si creía haber sido injusto con los niños de Otterthal, entonces debía ir a disculparse. La idea se le podría haber ocurrido a cualquiera, pero casi todo el mundo la hubiera considerado y luego desechado por varias razones: era algo que había sucedido hacía mucho tiempo; los aldeanos no comprenderían tal disculpa, la considerarían muy extraña; el viaje a Otterthal es difícil en invierno; sería doloroso y humillante ofrecer una disculpa de este tipo, y, dadas las demás razones, no valía la pena; etcétera, etcétera. Pero encontrar estas razones convincentes, tal como, creo yo, haría cualquiera de nosotros, es, al fin y al cabo, some-

terse a la cobardía. Y esto, por encima de todo, era lo que Wittgenstein estaba terminantemente decidido a no hacer. Es decir, no fue a Otterthal a *buscar* dolor y humillación, sino con la determinación de, a pesar de todo, ofrecer sus disculpas.

Al reflexionar sobre los efectos de la confesión, escribió:

> El año pasado, con ayuda de Dios, reuní fuerzas e hice una confesión. Esto me llevó a aguas más serenas, a una mejor relación con las personas y a una mayor seriedad. Pero ahora es como si todo eso se hubiera agotado, y no estoy muy lejos de donde estaba. Soy un cobarde más allá de toda medida. Si no lo corrijo, vagaré completamente sin rumbo en esas aguas a través de las cuales me movía entonces.

Wittgenstein veía esta confesión como una especie de cirugía, una operación para eliminar la cobardía. Es característico de él que viera la infección como maligna y necesitada de continuo tratamiento. También era característico de él ver una simple herida física como algo trivial al compararlo con el daño moral. Poco después de regresar a Noruega, en el Año Nuevo de 1937, sufrió un accidente y se rompió una costilla. Mientras que su estado moral había sido algo perentorio, del mal físico no hacía caso, y era poco más que una broma. Le dijo a Pattisson: «Pensé en que me la quitaran y me hicieran una esposa con ella, pero me dijeron que el arte de hacer esposas a partir de costillas era algo que se había perdido.»

Si la confesión tuvo algún efecto en Francis, probablemente fue el de envalentonarle a decir las cosas un poco más abiertamente, a revelar algunas cosas que *él* había mantenido ocultas. «Creo que está mal esconderte ciertas cosas», escribió en marzo de 1937, «aunque obre así porque me avergüenzo de mí mismo.» Pero en este caso, no fueron hechos pasados lo que revelaba, sino sentimientos presentes, y en particular el sentimiento de que no quería estar en Cambridge trabajando en una fábrica, sino con Wittgenstein, y preferiblemente trabajando con él: «A veces desearía que pudiéramos hacer algún trabajo juntos, el que fuera. Siento que eres parte de mi vida.» Lo que le preocupaba no era sólo su propio estado moral (y ciertamente no el de Wittgenstein), sino sus relaciones, su miedo a que se distanciaran o a que las circunstancias les obligaran a estar separados:

> Pienso mucho en nuestra relación. ¿Vamos a actuar de manera independiente el uno del otro, seré yo capaz de actuar de manera independiente? ¿Qué pasará si estalla la guerra? ¿O si estamos permanentemente separados? Es terrible mi falta de valor. Te añoro con frecuencia. Siento que estás cerca de mí sea cual sea mi estado de ánimo, y lo sentiría aunque hiciera algo muy malo. Estoy siempre en tu viejo corazón. Me encanta pensar en ti.

A Francis le resultaba doloroso pensar que ya no estaba involucrado

en el trabajo de Wittgenstein, reconocer que ya no era, en ningún sentido, colaborador suyo. En mayo escribió: «Creo que no he llegado a comprender del todo el trabajo que estás haciendo ahora, y creo que sería bueno para mí intentar comprenderlo mejor.» En la carta relata un encuentro con Sraffa, del que, dijo, había «aprendido mucho y me había hecho mucho bien». Sraffa había «hablado de los trabajadores de una manera muy amable». Pero, como trabajador que él mismo era, Francis comenzaba a encontrarse con que, para su consternación, los problemas de la filosofía le parecían bastante remotos:

> Últimamente he intentado pensar en la utilidad que la filosofía tiene ahora para mí. No quiero perder mi conciencia intelectual. Quiero hacer uso de todos los años que pasé aprendiendo filosofía. No deseo que simplemente me hayan convertido en una persona más inteligente. Quiero tener en mente la importancia de utilizar las palabras de manera correcta... Creo que tampoco debería olvidar que los problemas filosóficos son problemas realmente importantes para mí.

Esta carta, fechada el 27 de mayo, fue escrita a Wittgenstein mientras éste estaba en Viena. Su trabajo en Noruega durante la primavera de 1937 había ido mal, «en parte», le dijo a Moore, «porque he estado muy preocupado por mí mismo», y pasó el verano primero con su familia, y luego con Francis en East Road. En Cambridge emprendió una labor en la que, hemos de suponer, Francis *podía* ayudarle: le dictó un texto a máquina con las observaciones que había anotado el verano anterior, las que ahora forman los primeros 188 párrafos de las *Investigaciones filosóficas*. El 10 de agosto se marchó de nuevo a Noruega.

Que Wittgenstein regresó a Noruega en un estado de gran agitación es algo evidente a partir de las entradas de su diario de esa época. En el barco, rumbo a Skjolden, anota que había conseguido escribir un poco, pero que su mente no está «entregada» al trabajo. Unos pocos días más tarde se describe como «vano, irreflexivo, angustiado»: angustiado, es decir, por tener que vivir solo. «Temo que me deprimiré y no seré capaz de trabajar»:

> Me gustaría vivir con alguien. Ver una cara humana por la mañana. Por otro lado, me he vuelto tan *blando* que quizá sea bueno para mí vivir solo. Ahora soy totalmente despreciable.

«Tengo la sensación», escribe, «de que no me faltarán las ideas, pero también creo que la soledad me deprimirá y no seré capaz de trabajar. Temo que en mi casa todos mis pensamientos sean exterminados, y una sensación de abatimiento se apodere de mí.» ¿Pero en qué otro lugar podía trabajar? La idea de vivir en Skjolden pero no en su casa le incomo-

daba, y en Cambridge «podría *enseñar*, pero no también escribir». Al día siguiente se sentía «infeliz, desvalido y vacío de pensamiento», y se le ocurrió: «Cuán único e irreemplazable es Francis. Y qué poco me doy cuenta de ello cuando estoy con él»:

> Estoy totalmente atrapado en la mezquindad. Estoy irritable, pienso sólo en mí, en que mi vida es desgraciada, y que al mismo tiempo no tengo ni idea de lo desgraciada que es.

Se sentía incapaz de regresar a su casa. Su habitación, que antes le había parecido encantadora, ahora le resultaba ajena y hostil. Se alojó con Anna Rebni, pero para ello tuvo que luchar con su conciencia. Le resultaba «raro» *(unheimlich)* el tener que vivir con ella y dejar su casa vacía: «Estoy avergonzado de tener esa casa y de no vivir en ella. Sin embargo, resulta extraño que esta vergüenza resulte un sentimiento tan fuerte.» Tras una noche en casa de Rebni, escribió que le resultaba extraño estar allí: «No sé si tengo derecho o una buena razón para vivir aquí. No tengo ninguna necesidad real de soledad ni ninguna abrumadora urgencia de trabajar.» Sentía una debilidad en las rodillas. «¿¿Es el clima?? Es terrible lo fácilmente que me asalta la angustia *[die Sorge]*.» Pensaba en regresar a su casa, «pero me da miedo que la tristeza se adueñe de mí una vez allí». Escribió que era difícil subir la colina, y que uno lo hace a regañadientes. Se sentía demasiado débil para ese esfuerzo. Durante un día o dos se sintió inclinado a pensar que el problema era más físico que psicológico. «Estoy realmente enfermo», escribió el 22 de agosto, «dolores abdominales y fiebre». A la tarde siguiente, sin embargo, anotó que su temperatura era normal, pero que se sentía igual de cansado que siempre. Hasta el 26 de agosto no anotó el primer signo de recuperación: una vez más fue capaz de ver el paisaje noruego con cierto placer. Ese día había recibido dos cartas («colmadas de regalos», tal como lo expresó), una de Francis y la otra de Drury, *«ambas conmovedoramente encantadoras»*. Ese mismo día –un año después de haberse ido a vivir a Noruega– le escribió a Francis para que fuera a visitarle. «Puede que vaya bien. Y puede que se me conceda el ser medio decente.»

Francis aceptó la invitación con presteza. El 23 de agosto había escrito: «Dijiste en una de tus cartas "Ojalá estuvieras aquí". ¿Te sería de alguna ayuda si pudiera ir a verte? Sabes que lo haría y que me encantaría ir.» Ahora escribía: «Me encantaría ir a verte. Definitivamente creo que me haría bien. Estoy casi seguro.» Sin embargo, debido a que tenían que operarle una ampolla que le había salido en una pierna, no pudo viajar hasta la tercera semana de septiembre.

Durante esa época, Wittgenstein recobró gradualmente su estabilidad mental y su capacidad de trabajar, y fue capaz de regresar a su casa. «La manera de solucionar el problema que ves en la vida», escribió el 27 de agosto, «es vivir de una manera tal que haga desaparecer el problema»:

El hecho de que la vida sea problemática demuestra que la forma de tu vida no encaja en el molde de la vida. De modo que debes cambiar tu modo de vivir, y una vez la vida haya encajado en el molde, lo que resulta problemático desaparecerá.

Pero ¿acaso no tenemos la sensación de que alguien que no ve ningún problema en la vida está ciego ante algo importante, incluso ante lo más importante de todo? ¿Acaso no digo yo a veces que un hombre así está simplemente viviendo sin objeto, a ciegas, como un topo, y que sólo con que pudiera ver, vería el problema?

O en lugar de eso no debería decir: un hombre que viva correctamente no experimentará el problema como una *aflicción*, pues para él será un brillante halo alrededor de su vida, no un dudoso telón de fondo.

Según estos términos, Wittgenstein no se veía ni como un ciego ni como una persona que vive correctamente. Percibía el problema de la vida como un problema, como una aflicción. Inevitablemente, identificaba el problema con sí mismo: «Me comporto mal y tengo pensamientos y sentimientos viles y mezquinos» (26.8.37); «Soy un cobarde, y me doy cuenta una y otra vez, en todo tipo de ocasiones» (2.9.37); «Soy irreligioso, pero con *Angst*» (7.9.37). El «pero» de esta última frase parece tener un efecto un tanto tranquilizador, como si compensara su falta de fe con la angustia, que al menos probaba que no vivía a ciegas: le daba la posibilidad de vivir «con un brillante halo alrededor de su vida». El 4 de septiembre escribió:

El cristianismo no es una doctrina, quiero decir que no es una teoría acerca de lo que le ha sucedido y le sucederá al alma humana, sino una descripción de algo que de hecho tiene lugar en la vida humana. Pues la «conciencia del pecado» es un suceso real, al igual que la desesperación y la salvación por la fe. Aquellos que hablan de estas cosas (Bunyan, por ejemplo) están simplemente describiendo lo que les ha sucedido, por mucho que quieran ocultarlo.

Como siempre buscaba el Dios que había en su interior: la transformación de su propia desesperación en fe. Se castigó cuando, durante las violentas tormentas de los días siguientes, se sintió tentado de maldecir a Dios. Fue algo, se dijo, «simplemente malvado y supersticioso».

Hacia el 11 de septiembre, la capacidad de trabajo de Wittgenstein se había reavivado lo suficiente como para comenzar a escribir en uno de sus grandes volúmenes manuscritos (en lugar de hacerlo en sus cuadernos), pero temía, dijo, «escribir con un estilo afectado y malo». Se encontró con que conseguía trabajar, pero no hallaba ningún placer en ello. «Es como si ya le hubiera exprimido todo el jugo a mi trabajo», escribió el 17 de septiembre.

Al día siguiente viajó a Bergen para encontrarse con Francis. Escribió que se sentía muy sensual: por la noche, como no podía dormir, tuvo fantasías sensuales. Un año atrás había sido mucho más decente: más *serio*. Cuando Francis llegó a la casa, Wittgenstein se sintió «sensual, susceptible, indecente» con él: «Me acosté con él dos o tres veces. Siempre al principio con la sensación de que no había nada malo en ello, *a continuación* con vergüenza. También he sido injusto, quisquilloso y poco sincero con él, y también cruel.» Si ésa fue la única vez en que él y Francis tuvieron intimidad sexual, no lo sabemos. Es ciertamente la única ocasión en que lo menciona en sus comentarios en clave. Lo que resulta sorprendente es la yuxtaposición del hecho de que se acuesten juntos con las observaciones acerca de su falta de amor por Francis. O quizá lo que está expresando es el *miedo* de dejar de amarlo, como si esperara encontrarse con lo que Weininger escribió acertadamente: «El contacto físico con el objeto amado, en el que se despierta el impulso sexual... es suficiente para matar el amor en el acto.»

Durante los diez días más o menos que Francis permaneció en casa de Wittgenstein, hay sólo un comentario en clave: «¡Me siento muy intolerante!» (25.9.37). Sin embargo, el 1 de octubre, el día en que Francis se marchó, escribió:

> Los últimos cinco días fueron agradables: se adaptó a la vida de aquí y lo hizo todo con amor y amabilidad, y, gracias a Dios, no me comporté de modo intolerante, y verdaderamente no tenía razón para hacerlo, a excepción de mi vil naturaleza. Ayer le acompañé hasta Sogndal; hoy he regresado a mi cabaña. Un tanto deprimido, también cansado.

Para Francis, naturalmente, la sensualidad y la intimidad de su primera noche juntos en casa de Wittgenstein no tenía ninguna connotación weiningeriana. Podía entregarse a la «sensibilidad» que experimentaba hacia Wittgenstein sin miedo a perder su amor. En una carta sin fecha, por ejemplo, escribió: «Con frecuencia recuerdo las cosas que hemos hecho juntos en el pasado, y también las cosas que hicimos aquí, en Cambridge. Esto me hace añorarte, a veces de manera muy intensa»; y sus cartas inmediatamente posteriores a su visita a Noruega reiteran su afirmación de lo «maravillosa» que había sido la visita:

> Pienso *constantemente* en ti y en esos momentos maravillosos que pasé contigo. Fue maravilloso que tal cosa fuera posible. Era delicioso estar contigo y vivir en la casa contigo. Fue un regalo maravilloso para los dos. Espero que me haga mucho bien. [Sin fecha.]
>
> Con frecuencia pienso en lo bien que me sentía cuando estaba contigo y en lo maravilloso que era estar contigo y mirar el paisaje contigo. Fuiste maravillosamente bueno conmigo. Tu compañía me ha hecho mucho bien... Fue maravilloso estar contigo. [14.10.37]

Durante su estancia, Francis ayudó a Wittgenstein a limpiar su habitación, tal como había deseado hacer un año antes. El horror de Wittgenstein hacia la falta de limpieza le impulsó a adoptar un método particularmente riguroso para barrer el suelo: arrojaba hojas húmedas de té para que embebieran la suciedad y luego las barría. Realizaba esta tarea frecuentemente, y se negó resueltamente a tener una alfombra en cualquiera de las habitaciones en las que vivió durante un prolongado período de tiempo. Cuando Francis regresó a su piso de East Road adoptó tan exigente costumbre como una especie de recuerdo de su estancia:

> Pienso mucho en ti. También pienso con frecuencia en lo encantador que fue limpiar la habitación contigo. Cuando regresé decidí que no volvería a extender mi alfombra aunque hubiera sido sacudida, porque sé que no puedo limpiarla adecuadamente. Ahora tengo que barrer mi habitación. Me gusta hacerlo porque me recuerda los días que pasé contigo. Me alegra haber aprendido a hacerlo.

Francis también se puso el manto de Wittgenstein cuando asistió a una sesión del Club de Ciencia Moral. En su narración de esa sesión abandona el tono modesto y moderado de casi todas sus otras anotaciones, y exhibe un tono inesperadamente feroz, que, uno sospecha, toma prestado de Wittgenstein:

> El profesor Moore no estaba presente y Braithwaite presidió la sesión. La conferencia era sobre ética. Debo decir que Braithwaite se mostró de lo más repugnante en la discusión. La despojó de toda seriedad. En ningún momento habló como si fuera en modo alguno responsable de la discusión, o como si la discusión tuviera algún propósito serio. Hubo constantes carcajadas durante toda la discusión, muchas provocadas por él. No me habría importado si lo que hubiera dicho hubiera sido simplemente malo, pero me pareció detestable esa falta de seriedad. Eso impide que la discusión tenga ningún resultado útil y valioso.

En su diario, Wittgenstein la describe como una «deliciosa carta de Fr.»:

> Me cuenta... lo miserablemente mala que fue la discusión bajo la batuta de Braithwaite. Es terrible. Pero yo no sabría qué hacer, pues las demás personas tampoco son lo suficientemente serias. Además, yo también sería *demasiado cobarde* como para hacer algo decisivo.

En otra carta, Francis menciona, de una manera igualmente reprobatoria, las conferencias de Fania Pascal acerca de la «Europa moderna», un cursillo sobre los acontecimientos de la época que había accedido a impartir en la Asociación Educativa Obrera. En esa ocasión Wittgenstein sí intentó una intervención decisiva: le escribió a Pascal lo que ella describe

como una carta «acerba y amenazante», que «provocó una gran explosión de furia por mi parte, una furia que me amargó aún más por cuanto no me atreví a expresarla». Wittgenstein le escribió que bajo ningún concepto debía dar ese cursillo, que era malo para ella, que era pernicioso y dañino. *Por qué* pensaba esto, y qué decía exactamente la carta, nunca lo sabremos; Pascal la rompió en un arrebato de cólera.

La primera de las cartas de Francis no le llegó a Wittgenstein hasta unas dos semanas después de que aquél hubiera dejado Skjolden. Esta demora, aunque no extraordinariamente larga, fue suficiente para confirmar los temores de Wittgenstein. El 16 de octubre escribió: «Hace doce días que no tengo noticias de Francis, y estoy bastante preocupado, porque no me ha escrito desde que llegó a Inglaterra. Dios, cuánta miseria y desdicha hay en este mundo.» Al día siguiente de recibir la primera carta: «Estoy aliviado y alegre. Que Dios nos ayude.»

Mientras tanto, había recibido una visita del hijo de Ludwig Hänsel, Hermann: «Me causó una *buena* impresión. No tengo ninguna relación estrecha con él, pues es una persona un tanto tosca *[grobkörnig]* y no estoy del todo acostumbrado a tratar con gente tosca.» Pero a pesar de su tosquedad, Hänsel, que estaba hecho de buena pasta –«es mucho más decente que yo»–, le demostró a Wittgenstein lo mala persona que éste era: «cuánto me preocupa que algo llegue a corromperme; cuánto *me enoja* que la más pequeña cosa se eche a perder». Le preocupaba perder su energía para trabajar, su imaginación. Imágenes de deterioro se superponían en su mente:

> Saqué algunas manzanas de una bolsa de papel en la que habían permanecido durante un tiempo. Tuve que cortar muchas por la mitad y tirarlas. Después, mientras copiaba una frase que había escrito, cuya segunda mitad era mala, la vi de pronto como una manzana medio podrida.

Se preguntaba si no habría algo femenino en su manera de pensar, pues: «Todo lo que surge ante mí se me convierte en una imagen de lo que estoy pensando en ese momento.» Era como si, en términos de Weininger, hubiera acabado pensando mediante hénides en lugar de mediante conceptos.

A lo largo de todo noviembre y diciembre, sus dos últimos meses en Noruega, el diario de Wittgenstein aparece lleno de los miedos, las angustias y sentimientos desagradables que le asaltaban. Pensaba en la enfermedad y en la muerte: la suya propia, la de sus amigos y la de su familia. Le preocupaba que algo le sucediera antes de marcharse. Le inquietaban sus relaciones con Anna Rebni, y lo que haría cuando dejara Noruega. ¿Estaría su libro acabado entonces? ¿Sería capaz de trabajar solo otra vez, o tendría que ir a alguna parte, donde pudiera estar con alguien... quizá a Dublín, con Drury?

También le preocupaban su sensualidad y su capacidad de amar. Anota las ocasiones en que se masturbó, a veces con vergüenza, y a veces lleno de desconcierto: «¿Hasta qué punto es malo? No lo sé. Supongo que es malo, pero no tengo razón para creerlo.» ¿Estaba su capacidad de amar, con un corazón limpio y puro, amenazada por el deseo sexual manifestado en su impulso de masturbarse?

> Pienso en mi anterior amor, o encaprichamiento, por Marguerite y en mi amor por Francis. Resulta un mal signo para mí que mis sentimientos por M acabaran siendo tan fríos. Con toda seguridad, aquí hay una diferencia; pero lo que permanece es *mi insensibilidad*. Ojalá me perdonen; por ejemplo, ojalá me sea posible ser sincero y amar. [1.12.37]
>
> Me masturbé la noche pasada. Remordimientos. Pero también la convicción de que soy demasiado débil para resistir el impulso y la tentación si éstos y las imágenes que les acompañan se me aparecen sin que yo sea capaz de refugiarme en otras imágenes. Y aún *ayer por la noche* reflexionaba acerca de la necesidad de llevar una vida pura. (Pensaba en Marguerite y Francis.) [2.12.37]

Y en medio de todas estas preocupaciones, angustias y miedos, intentaba trabajar en su libro. Durante estos meses escribió la mayor parte de observaciones que forman la primera parte de *Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas*, aunque cuando las escribía su intención era que formaran parte de la segunda mitad de la obra que había escrito el año anterior. Estos comentarios son una aplicación del método descrito en su obra precedente a los problemas que surgen en la filosofía de las matemáticas, intentando demostrar que estos problemas surgen de «la manera cómo el lenguaje hechiza nuestra inteligencia». En particular, utiliza su método «antropológico» para intentar desvanecer la manera de pensar que daba lugar al logicismo de Frege y Russell. Al imaginarse tribus con convenciones o maneras de razonar distintas a la nuestra, y al construir metáforas distintas de las comúnmente empleadas, intenta debilitar el arraigo de ciertas analogías, de ciertos «símiles que han quedado absorbidos en las formas de nuestro lenguaje». Por ejemplo, ataca al platonismo, que ve las proposiciones lógicas como análogas a las proposiciones que expresan un hecho. «¿Existe una verdad que se corresponda con una inferencia lógica?», le hace preguntar a su interlocutor. «No es *cierto* que esto se sigue de aquello?» Bueno, replica Wittgenstein, ¿qué sucedería si hiciéramos una inferencia distinta? ¿Cómo entraríamos en conflicto con la verdad?

> ¿Cómo entraríamos en conflicto con la verdad, si nuestras reglas estuvieran hechas de caucho muy blando en lugar de estar hechas de madera y acero? «Bueno, no podríamos saber cuál es la medida correcta de la mesa.» Quiere usted decir: no podríamos, o no estaríamos seguros de obtener *esa* medida que obtenemos con nuestras reglas rígidas.

La cuestión aquí planteada es que el criterio para decir si un razonamiento es correcto o incorrecto no lo proporciona el ámbito externo de las verdades platónicas, sino, por contra, nosotros mismos mediante «una *convención*, o un *uso*, o, posiblemente, mediante nuestra necesidades prácticas». La convención de utilizar reglas rígidas en lugar de blandas no es algo *más verdadero*; es simplemente algo más útil.

Wittgenstein también ataca el símil que yace en el fondo de todo logicismo: la analogía entre la demostración matemática y el argumento lógico. En un argumento lógico, las relaciones tienen lugar entre las diversas proposiciones (empíricas) con la intención de establecer la verdad de una conclusión: Todos los hombres son mortales; Sócrates es un hombre; *por tanto* Sócrates es mortal. El resultado de una demostración matemática, por otro lado, nunca es la verdad de una proposición empírica, sino la creación de una *regla* aplicable. En este asalto concreto, Wittgenstein tenía que mostrar la falta de analogía entre las proposiciones matemáticas y las empíricas, pero su aportación en este punto es completamente insatisfactoria. De vez en cuando, su propia insatisfacción queda reconocida en el texto: «Simplemente –de una manera poco diestra– estoy señalando la *diferencia* fundamental que, junto con una semejanza aparente, existe entre el papel de una proposición aritmética y el de una proposición empírica.» Nunca estuvo satisfecho con la exposición que hizo de este punto, ni con el tratamiento de otros temas de la filosofía de las matemáticas, y en los seis años siguientes intentó mejorarlas una y otra vez.

Wittgenstein no estaba satisfecho con su obra mientras la escribía. En su diario la critica con frecuencia, y severamente. El estilo, dice repetidamente, es malo, demasiado vacilante, y constantemente tiene que tachar y cambiar lo que ha escrito: «Estoy nervioso cuando escribo, y todos mis pensamientos están faltos de aliento, y constantemente siento que soy incapaz de justificar *completamente* la expresión. Esto deja un mal sabor.» Todo esto resulta indicativo de su propio nerviosismo, y del hecho de que durmiera tan poco y hubiera estado tanto tiempo sin ver el sol. El clima le molestaba; hacía demasiado frío. El fiordo ya estaba completamente helado, y el lago también se estaba empezando a helar. Ya no podía remar, sino que tenía que andar sobre el hielo, y esto también le preocupaba. Comenzó a contar los días que le faltaban para ir a pasar las Navidades a Viena. Naturalmente, podía marcharse en cualquier momento, pero ¿estaría bien?

> Me gustaría huir, pero eso estaría mal, y sencillamente no puedo hacerlo. Por otro lado, quizá podría, podría hacer el equipaje *mañana* y marcharme al día siguiente. Pero ¿querría hacerlo? ¿Acaso lo correcto no es quedarse aquí? Seguro. Me marcharía mañana con una *mala* sensación. «Quédate», me dice una voz. También hay algo de vanidad en el deseo de quedarme, y al mismo tiempo algo mejor. La única razón convincente para irme antes de lo previsto o inmediatamente sería la posibilidad de trabajar mejor en otra parte. Pues es un hecho que la presión que soporto

en estos momentos casi me imposibilita para trabajar, y quizá en un par de días me sea realmente imposible.

Cuando, durante los días siguientes, fue capaz de trabajar de nuevo, le agradeció a Dios ese inmerecido regalo. Escribió que siempre sentía lo que una persona verdaderamente devota nunca siente: que Dios era responsable de lo que él era: «Es lo opuesto de la piedad. Una y otra vez quiero decir: "Dios, si tú no me ayudas, ¿qué puedo hacer?" Y aunque esta actitud es acorde con lo que enseña la Biblia, no es la de un hombre verdaderamente devoto, pues tal persona asumiría la responsabilidad de su propia vida.» «Debes *luchar*», se instaba a sí mismo; «deja tranquilo a Dios.»

A pesar de tales deseos, seguía siendo «sensual, débil y mezquino», y estaba sujeto a todas sus antiguas angustias: de que no sería capaz de marcharse porque algo le ocurriría, de que se pondría enfermo o tendría un accidente de regreso a casa. También le preocupaban los problemas que comportaba pasar el invierno en Noruega, mencionados a Russell en 1913: «El clima difícil y siempre variable, el frío, la nieve, la capa de hielo, etc., y la oscuridad y mi agotamiento lo hacen todo muy difícil.» Naturalmente, Francis le transmitía un interés amable y alentador:

> Siento que haya tormentas. Por favor, ten cuidado al cruzar el lago. Pensaré mucho en ti. Me encanta recordar los días que pasamos juntos en Noruega. Me hace bien pensar en ello.

Pero cuando llegó la última noche que pasaba en Noruega, la del 10 de diciembre, la acogió con alivio, escribiendo que era perfectamente posible que jamás regresara.

En el barco a Bergen, Wittgenstein escribió acerca de la Resurrección de Cristo, y de lo que le inclinaba a creer en ella. Razonaba que si Cristo no se levantó de entre los muertos, entonces se descompuso en la tumba como cualquier otro hombre. «*Está muerto y descompuesto.*» Tenía que repetir y subrayar ese pensamiento para apreciar lo horrible que era. Pues si ése fuera el caso, entonces Cristo sería un maestro como cualquier otro, «y ya no puede *ayudar*; y una vez más estamos huérfanos y solos. De modo que tenemos que contentarnos con la sabiduría o la especulación». Y si esto es todo lo que tenemos, entonces: «Nos encontramos en una especie de infierno donde lo único que podemos hacer es soñar, con un techo sobre nuestras cabezas, como si dijéramos, y separados del cielo.» Si quería ser salvado, redimido, entonces la sabiduría no era suficiente; necesitaba la fe:

> Y fe es fe en lo que necesitan mi *corazón*, mi *alma*, no mi inteligencia especulativa. Pues es mi alma con sus pasiones, con su carne y su sangre, lo que ha de ser salvado, no mi mente abstracta. Quizá podamos decir: Sólo el *amor* puede creer en la Resurrección. O: es el *amor* lo que cree en

la Resurrección. Podríamos decir: El amor redentor cree incluso en la Resurrección; se aferra rápidamente incluso a la Resurrección.

En última instancia, lo que quizá necesitaba para escapar del infierno de estar solo era amar; si pudiera hacerlo, podría superar sus dudas, creer en la Resurrección y ser salvado. O, quizá, lo que necesitaba era *ser* amado por Dios:

> Lo que combate las dudas es, como si dijéramos, la *redención*. Aferrarse a eso debe ser aferrarse a esa creencia. De manera que lo que significa es: primero debes ser redimido y agarrarte a tu redención: a continuación verás cómo te aferras a esa creencia.

En primer lugar, se debe ser redimido: «A continuación *todo* será distinto y "no habrá que extrañarse" de que se pueda hacer ciertas cosas que no pueden hacerse ahora», tales como creer en la Resurrección. De manera que, según parece, creer en la Resurrección es necesario para la salvación, pero la salvación es necesaria para creer en la Resurrección. ¿Quién iba a romper ese círculo vicioso: él o Dios?

Al huir del infierno de estar solo en Noruega, Wittgenstein parecía decir que esta huida de un infierno más amplio, de una mayor soledad, era responsabilidad de Dios.

Podía confesar sus pecados, pero perdonarlos no era cosa suya.

19. *FINIS AUSTRIAE*

En diciembre de 1937, al igual que en julio de 1914, Wittgenstein regresó a Austria procedente de Noruega en un momento crítico en la historia de su país. Así como la crisis anterior había conducido al fin del imperio Habsburgo, la presente crisis iba a conducir al fin de la propia Austria.

Que, en diciembre de 1937, Hitler tuviera tanto la intención como los medios para incorporar Austria a su *Reich* alemán, no había de constituir ninguna sorpresa para todo aquel que se hubiera parado a pensar en ello. El *Mein Kampf* se vendía desde 1925, y en la mismísima primera página Hitler declara: «Austria-Alemania debe regresar a la gran madre patria alemana... Una sola sangre exige un solo Reich.» Y unas pocas páginas más adelante: «En mi juventud llegué a una intuición que nunca me ha abandonado, sino que se ha hecho aún más profunda: *El germanismo sólo puede ser salvaguardado mediante la destrucción de Austria.*» Tras el fracaso del *Putsch* nazi de 1934, Hitler había seguido esta política de destrucción de Austria mediante medios «legales», y en el tratado para la «Normalización de las Relaciones entre Austria y Alemania» de julio de 1936, la propia Austria había reconocido ser un «estado alemán», y el canciller austríaco, Schuschnigg, se había visto obligado a admitir en su gabinete a miembros nazis de la «oposición nacionalista». El subsiguiente repudio del Tratado de Versalles por parte de Hitler, su campaña de rearme y la escasa disposición de Gran Bretaña, Francia, Rusia e Italia a intervenir hicieron inevitable que la oposición nazi llegara a gobernar Austria algún día, no como un país independiente, sino como parte de la Alemania nazi.

Con muy pocas excepciones, la enorme población austríaca de Viena tardó mucho en darse cuenta –o quizá era renuente a admitirlo– de las probables consecuencias del inminente *Anschluss*. Incluso aquellos que lo admitían como algo inevitable eran incapaces de llegar a concebir cuáles serían las posibles repercusiones. Seguramente, se decían, las Leyes de Nuremberg no podrían ser aplicadas en Austria. La población judía estaba demasiado integrada en el flujo de la vida austríaca: había demasiados judíos en puestos importantes, demasiados matrimonios entre judíos y no judíos, demasiados ciudadanos austríacos leales que daba la casuali-

dad que tenían antepasados judíos. ¿Cómo podían aplicarse estas leyes en un país en el que la distinción entre arios y no arios se había vuelto tan difusa?

Así razonaba al menos Hermine Wittgenstein. Al escribir sus recuerdos, en 1945, le pareció inconcebible haber sido tan cándida, «pero», añade, «personas más inteligentes que yo también vieron esos amenazantes acontecimientos políticos de manera igualmente obtusa». No hay duda de que, a la luz de lo ocurrido, recordaría las Navidades de 1937 en términos particularmente halagüeños. Describe lo encantada que estaba de que los cuatro hermanos y hermanas, junto con los miembros de sus respectivas familias, estuvieran presentes (por entonces ella y Ludwig eran los únicos miembros de la familia que no tenían hijos, mientras que Helene era la cabeza de una extensa familia propia, madre de cuatro hijos y abuela de ocho nietos), y cómo todos ellos, junto con alumnos y ex alumnos de la escuela en que daba clases, cantaban villancicos, hablaban de los viejos tiempos, reían y bromeaban, y, de manera más bien irónica, se reunían alrededor del árbol de Navidad para cantar el himno nacional austríaco. «Cuando a media noche la fiesta acabó, todos estuvimos de acuerdo en que habían sido las Navidades más encantadoras que habíamos pasado, y ya estábamos hablando de las Navidades del próximo año».

En el diario de Wittgenstein perteneciente a esa época no aparece ni rastro de este *gemütlichkeit* sentimental. Pero tampoco hay mención alguna de los acontecimientos políticos. Resulta imposible creer, sin embargo, que su visión de la situación fuera tan cándida como la de su hermana. Cierto que su única fuente de información durante su estancia en Noruega fueron las *Illustrated London News* que le había enviado Fania Pascal; pero, por otro lado, hay que recordar que había estado dos veces en Cambridge durante el año anterior, y allí tenía los inestimables y bien informados análisis y juicios políticos que le proporcionaba Piero Sraffa. La confesión que hizo en enero de sus orígenes no arios fue hecha, creo yo, con plena conciencia tanto de las Leyes de Nuremberg como de la posibilidad de su aplicación a los ciudadanos austríacos.

Sin embargo, en su diario no habla de política. En lugar de ello habla de sí mismo, de su agotamiento mental y físico tras la difícil época pasada en Noruega, de lo arduo que le resulta hablar con la gente que está con él, cómo apenas es capaz de hacerlo, de lo ofuscada que está su mente, de lo *innecesaria* que la parece su presencia allí. También habla de Freud:

> La idea de Freud: En la locura la cerradura no es destruida, sólo modificada: la vieja llave ya no puede abrirla, aunque podría abrirla una llave construida de modo distinto.

Puede que aquí también esté escribiendo acerca de sí mismo, y crea que con sólo encontrar una nueva llave podría abrir las puertas de su propia persona, y entonces «*todo* sería distinto».

Durante la primera semana de enero tuvo que quedarse en cama, con

problemas en la vesícula biliar, aunque sin estar del todo convencido de que fuera por eso por lo que se sentía tan cansado y débil. En la cama reflexionó acerca de su sensualidad, y meditó acerca de sus sentimientos por Francis. Con frecuencia le ocurría, escribió, que cuando no se encontraba bien se abría a pensamientos sensuales y era susceptible al deseo sensual. Pensaba en Francis con ese tipo de deseo, «y eso es malo, pero así están las cosas ahora». Le preocupaba que hubiera pasado tanto tiempo sin tener noticias de Francis, y, como siempre, se sentía inclinado a pensar lo peor: a considerar, por ejemplo, la posibilidad de que Francis hubiera muerto: «Pensé: sería bueno y correcto que hubiera muerto, llevándose así mi "locura".» Inmediatamente se retracta de este pensamiento sombrío y solipsista, aunque sólo en parte: «Aunque, de nuevo, sólo lo digo *medio* en serio.»

Esta aclaración es aún más asombrosa. Tras habérselo pensado dos veces, ¿todavía se sentía inclinado a pensar, aunque fuera *medio* en serio, que la muerte de Francis sería una buena cosa?

«Tengo frío y sólo me arropo en mí mismo», escribió, reflexionando sobre el hecho de que en Viena no mantuviera ninguna relación amorosa. Se sentía inclinado a pensar que la vida cómoda de la Alleegasse era mala para él, ¿pero adónde más podía ir? La soledad de la casa de Noruega había resultado insoportable, y no sentía deseos de regresar a la vida académica de Cambridge. De nuevo, Dublín se presentaba como una alternativa atractiva. Allí podría estar con Drury, e incluso unírsele en sus estudios de psiquiatría. Constantemente cambiaba de opinión; no sabía qué hacer ni dónde vivir. Sin embargo, de algo estaba seguro: de que necesitaba a alguien con quien hablar.[1]

Wittgenstein llegó a Dublín el 8 de febrero, y se instaló en el piso de Drury, en Chelmsford Road. El segundo día que estaba allí se definió a sí mismo como: «irreligioso, malhumorado y sombrío». Se hallaba en la «odiosa situación» de ser incapaz de trabajar, de no saber qué hacer, de tener que sencillamente vegetar y esperar. Dijo que se sentía inclinado a *mentir*: «Una y otra vez veo que no puedo decidirme a decirme la verdad acerca de mí mismo. O a admitirlo sólo por un momento y luego olvidarlo.» Su vanidad, su cobardía, su miedo a la verdad, le impelían a ocultarse cosas de sí mismo que no quería reconocer: «hasta que sea lo suficientemente *inteligente* como para descubrirlas». Dos días después

1. El hecho de que Wittgenstein eligiera estar con Drury en lugar de con Francis es algo que exige explicación. Por desgracia, sin embargo, nos vemos obligados a especular acerca de este punto; en su diario ni siquiera considera la posibilidad de ir a Cambridge para estar con Francis. Quizá no era a Francis, sino Cambridge, lo que quería evitar, o quizá le atraía de Dublín la posibilidad de poder estudiar medicina. Pero a la luz de los comentarios ya citados, existe también la posibilidad de que su deseo por Francis, y el casi abrumador deseo de Francis hacia él, hiciera de Cambridge un lugar poco atractivo, que considerara la sensualidad existente entre él y Francis incompatible con el cambio que deseaba ver en sí mismo.

comenzaba a lamentar haber ido a Dublín, donde aparentemente no podía hacer nada; «por otro lado tendré que esperar, pues nada está muy claro todavía». Durante estas primeras semanas en Dublín escribió muy poca filosofía; sus pensamientos filosóficos, por así decir, se habían arrullado hasta dormirse: «Es como si mi talento se hallara en una especie de semimodorra.»

Mientras sus pensamientos filosóficos dormían, se le despertaron las ideas de hacerse psiquiatra. Le pidió a Drury que le concertara una visita al St. Patrick Hospital para conocer a algunos pacientes que estuvieran mentalmente muy enfermos. Le dijo a Drury que se trataba de un asunto que le interesaba mucho. Tras la visita escribió (en inglés): «¡Ver al hombre cuerdo en el maníaco! (y al loco en ti mismo)», y durante las semanas siguientes fue dos o tres veces por semana a visitar a algunos de los pacientes allí internados. Sin embargo, seguía sin estar seguro de a qué, si a algo, podía llevarle tal cosa.

En esa época, Drury cursaba el último año de sus estudios, y pasaba el período como residente en el City of Dublin Hospital. Le dijo a Wittgenstein que, cuando estaba en el departamento de urgencias, le molestaba su torpeza manual, y se preguntaba si había cometido un error dedicándose a la medicina. Wittgenstein, por muy ambivalente que fuera su actitud hacia su propia dedicación a la medicina, se aprestó en disipar las dudas de Drury. Al día siguiente, Drury recibió una carta de él en la que afirmaba enfáticamente: «No cometiste ningún error porque en esa época no había nada que supieras o debieras saber que se te hubiera pasado por alto.» Le instó a Drury: «No pienses en ti mismo, piensa en los demás»:

> Mira los sufrimientos físicos y mentales de la gente, los tienes al alcance de la mano, y eso debería ser un buen remedio a tus problemas. Otro camino es tomarse un descanso cuando debas tomártelo y sosegarte. (No conmigo, porque yo no te serviría de descanso.)... Mira a tus pacientes más de cerca, como seres humanos con problemas, y disfruta más de la oportunidad que tienes de decir «buenas noches» a tanta gente. Sólo eso ya es un regalo del cielo que mucha gente te envidiaría. Y este tipo de cosas debería curar tu alma crispada, creo. No la descansará; pero cuando estés saludablemente cansado debes tomarte un descanso. Creo que, en cierto modo, no miras los rostros de las personas lo suficientemente de cerca.

La carta finaliza: «Te deseo buenos pensamientos, pero principalmente buenos sentimientos.»

La primera mención que aparece en el diario de Wittgenstein de la crisis que afectaba a Austria durante los primeros meses de 1938 tiene lugar el 16 de febrero. «No puedo trabajar», escribió:

> Pienso mucho en cambiar de nacionalidad. Leo en los periódicos de

hoy que ha tenido lugar un acercamiento obligado entre Austria y Alemania. Pero realmente no sé qué debo hacer.

Ese mismo día se publicaba la noticia de que el líder nazi de la «oposición nacionalista», el doctor Arthur Seyss-Inquart, había sido nombrado ministro del Interior, y la importancia del encuentro de Berchtesgaden entre Hitler y Schuschigg fue evidente para el mundo.

La reunión había tenido lugar el 12 de febrero, e inicialmente se había celebrado en Austria como signo de las más cordiales relaciones entre las dos naciones. Sólo posteriormente se descubriría que en esta «amistosa discusión» Hitler le había exigido a Schuschnigg que colocara a miembros del Partido Nazi a cargo de los ministerios de la policía, el ejército y los asuntos financieros, y había amenazado: «O cumple mis demandas en tres días o marcharé sobre Austria.» El 15 de febrero, *The Times* informaba:

> Si se cediera ante los deseos de Herr Hitler, y el doctor Von Seyss-Inquart fuera nombrado ministro austríaco del Interior, con control sobre la policía austríaca, eso significaría, en opinión de los medios antinazis de Austria, que en poco tiempo las palabras *finis Austriae* quedarían escritas sobre el mapa de Europa.

Al día siguiente, el periódico comentaba escuetamente el hecho de que, inmediatamente después de jurar su cargo, Seyss-Inquart abandonó Viena rumbo a Berlín: «Que lo primero que haga el ministro del Interior sea visitar un país extranjero es una clara indicación de la inusual situación en la que Austria se halla tras el encuentro entre Hitler y Schuschnigg.»

Durante las semanas siguientes, Wittgenstein se mantuvo muy atento a los acontecimientos. Cada mañana la preguntaba a Drury: «¿Alguna noticia?», ante lo cual, hemos de suponer, Drury respondía contándole a Wittgenstein las nuevas del día. Al leer las evocaciones de Drury, sin embargo, uno se pregunta qué periódicos leían. Su narración de los días que siguieron al *Anschluss* es, cuando menos, bastante extraña. Drury escribe que en la tarde del 10 de marzo le dijo a Wittgenstein que todos los periódicos informaban que Hitler estaba a punto de invadir Austria. Wittgenstein replicó, con una candidez pasmosa: «Es un rumor ridículo. Hitler no quiere Austria. Austria no le serviría de nada.» La tarde siguiente, según Drury, tuvo que decirle que Hitler finalmente se había apoderado de Austria. Le preguntó a Wittgenstein si su hermana estaría en peligro. De nuevo Wittgenstein contestó con una extraordinaria despreocupación: «Son muy respetados, nadie se atrevería a tocarlos.»

A partir de este relato podríamos pensar que Wittgenstein había olvidado lo que había leído en los periódicos el 16 de febrero, que no sabía nada de la amenaza a Austria, que ignoraba enteramente la naturaleza del régimen nazi y que no le preocupaba en absoluto la seguridad de su familia. Todo esto es sin duda falso, y uno sólo puede pensar que le dio esta

engañosa impresión a Drury porque no deseaba añadir leña a las cargas que Drury soportaba. El hecho de que Drury aceptara las respuestas de Wittgenstein al pie de la letra dice mucho acerca de su lealtad incondicional hacia Wittgenstein, y también acerca de su propia candidez política. Creo que también es posible que Wittgenstein, que tendía a compartimentar sus amistades, creyera que no valía la pena discutir estos temas con Drury. Con Drury hablaba de temas religiosos; era en Keynes, Sraffa y Pattisson en quienes confiaba a la hora de discutir asuntos políticos y mundanos.

Sin embargo, incluso independientemente –es decir, sin tener en cuenta otros detalles que podemos saber acerca de lo mucho que Wittgenstein estaba al corriente de los hechos–, la historia es un poco desconcertante. Pues si Drury ponía a Wittgenstein al corriente de las noticias cada tarde, entonces, por ejemplo, le habría comentado la declaración hecha por Schuschnigg el 9 de marzo en relación a la convocatoria de un plebiscito para pedir a los austríacos que votaran a favor o en contra de la independencia de Austria. Fue esa declaración lo que instó a Hitler a trasladar sus fuerzas hacia la frontera austríaca para una inminente invasión. Ahora bien, si Wittgenstein reaccionó ante esta última noticia negando que Hitler quisiera Austria, ¿cuál era su opinión (o la de Drury, si a eso vamos) acerca del plebiscito de Schuschnigg? ¿Por qué había que reafirmar la independencia de Austria? ¿Independencia de quién?

Además, el día después de que las tropas se reunieran en la frontera no fue el día que Hitler se apoderó de Austria, sino el día en que Schuschnigg dimitió y Seyss-Inquart se convirtió en canciller. Hitler y las tropas alemanas no cruzaron la frontera hasta el día siguiente, el 12 de marzo, cuando fueron invitadas a hacerlo por el propio canciller, y fue entonces cuando el *Anschluss* fue llevado a efecto. Esto podría verse como una sutileza, pero los sucesos de aquellos días están grabados claramente en las mentes de quienes los vivieron, y para Wittgenstein, si no para Drury, el cambio en el estado de cosas que tuvo lugar en cada uno de esos días habría tenido una trascendental importancia. El 10 de marzo, Austria era un estado independiente bajo el gobierno de Schuschnigg; el 11 era un estado independiente bajo dominio nazi; y el 12 era parte de la Alemania nazi. Para una familia austríaca de descendencia judía, la diferencia entre el segundo y tercer día era decisiva: marcaba la diferencia entre ser un ciudadano austríaco o un judío alemán.

El día del *Anschluss*, Wittgenstein escribió en su diario: «Las noticias que me llegan de Austria me inquietan. No tengo claro qué debo hacer, si ir a Viena o no. Pienso principalmente en Francis y en que no quiero dejarle.» A pesar del aplomo que demostraba ante Drury, Wittgenstein se mostraba en extremo preocupado por la seguridad de su familia. Su primera reacción fue ir inmediatamente a Viena para estar con ellos; lo que le detuvo fue su miedo de que, si lo hacía, no volviera a ver a Francis nunca más. Sin embargo escribió a su familia, ofreciéndose a ir a Viena si le necesitaban.

La única carta que sobrevive de la correspondencia entre Wittgenstein y Sraffa es un largo análisis de la situación de Wittgenstein tras el *Anschluss*, escrita por Sraffa el 14 de marzo, el día de la triunfal procesión de Hitler por Viena. Demuestra claramente el calibre de la opinión y el consejo político que se le abría a Wittgenstein a través de Sraffa, y muestra que aquél debía de haberle escrito inmediatamente pidiéndole consejo acerca de las posibles consecuencias de su viaje a Viena.

La carta comienza:

> Antes de intentar abordar el asunto, probablemente de una manera confusa, quiero responder claramente a tu pregunta. Si, como dices, es de «vital importancia» para ti poder abandonar Austria para regresar a Inglaterra, entonces no hay duda: *no debes ir a Viena.*

Sraffa señalaba que la frontera austríaca estaría cerrada y no se permitiría salir a los austríacos, y que, aunque podía ser que pronto se levantaran tales restricciones, existía el riesgo de que, si iba a Viena, no se le permitiera salir durante bastante tiempo. «No ignoras que ahora eres ciudadano alemán», proseguía Sraffa:

> Tu pasaporte austríaco sin duda te será retirado en cuanto entres en Austria: y tendrás que solicitar un pasaporte alemán, que puede que se te conceda, siempre y cuando la Gestapo esté convencida de que lo mereces...
>
> Respecto de la posibilidad de que haya guerra, no lo sé: puede ocurrir en cualquier momento, o puede que tengamos uno o dos años más de «paz». Realmente no tengo ni idea. Pero no apostaría por la probabilidad de seis meses más de paz.

Wittgenstein también debió de preguntar a Sraffa si el convertirse en profesor de Cambridge mejoraría su situación, pues Sraffa prosigue diciendo:

> Sin embargo, si a pesar de todo decides regresar a Viena, creo: a) que si fueras profesor en Cambridge, ciertamente aumentarían tus oportunidades de que te permitan salir de Austria; b) no habría ninguna dificultad a la hora de entrar en Inglaterra, una vez se te ha permitido salir de Austria (de Alemania, mejor dicho); c) *antes* de abandonar Irlanda o Inglaterra debes ir al consulado alemán, a que te cambien tu pasaporte por uno alemán: supongo que en breve comenzarán a hacerlo; y es más probable que te lo cambien aquí que en Viena; y, si vas a Austria con pasaporte alemán, hay muchas más probabilidades (aunque no la certeza absoluta) de que te dejen salir.

«Debes tener cuidado», le advertía Sraffa, «con varias cosas»:

1) si vas a Austria, debes decidirte a ocultar que desciendes de judíos, o es seguro que te negarán el pasaporte;

2) no debes decir que tienes dinero en Inglaterra, pues entonces podrían obligarte a entregarlo al Reichsbank;

3) si en Dublín o en Cambridge el consulado alemán se pone en contacto contigo para que vayas a presentarte o a cambiar el pasaporte, ve con cuidado con lo que respondes, pues la menor salida de tono podría hacer que no volvieras nunca más a Viena;

4) ten mucho cuidado cuando escribas a tu familia, aténte a los asuntos puramente personales, pues es seguro que las cartas son censuradas.

Con respecto a la cuestión del cambio de nacionalidad, Sraffa le advirtió que, si Wittgenstein se había decidido a solicitar la nacionalidad irlandesa, entonces debía hacerlo antes de que le fuera retirado el pasaporte austríaco, pues le sería más fácil como austríaco que como alemán. Por otro lado:

> En las presentes circunstancias, yo no tendría escrúpulos a la hora de pedir la nacionalidad británica, si es la única que puedes adquirir sin esperar otros diez años de residencia: además, tienes amigos en Inglaterra que pueden ayudarte a conseguirla. Y desde luego un empleo en Cambridge te permitirá obtenerla rápidamente.

Sraffa, quien se marchaba a Italia el viernes siguiente, invitó a Wittgenstein a ir a Cambridge a discutir el asunto, siempre y cuando pudiera llegar a tiempo, pero le advertía: «Las cartas que me escribas a partir de entonces me serán enviadas a Italia, de modo que ten cuidado con lo que dices, pues puede que le estés escribiendo al censor italiano.» Finaliza: «Perdona por esta confusa carta», obligando a uno a preguntarse por los niveles de claridad y precisión que había alcanzado en el resto de la correspondencia.

«No me cabe duda de que te das cuenta de que ahora eres ciudadano alemán.» El día en que Sraffa escribió estas temidas palabras, el diario de Wittgenstein muestra que él se encontraba luchando precisamente contra la conciencia de ese hecho:

> Me encuentro en una situación extraordinariamente difícil. Mediante la incorporación de Austria a Alemania me he convertido en ciudadano alemán. Se trata para mí de una circunstancia espantosa, pues ahora me encuentro sujeto a un poder que de ninguna manera reconozco.

Dos días más tarde, «en mi *cabeza* y con mi boca», estaba decidido a perder la nacionalidad austríaca, y se resignó al pensamiento de emigrar durante varios años: «No habrá gran diferencia. Pero el pensamiento de dejar sola a mi gente es espantoso.»

Al recibir la carta de Sraffa, Wittgenstein abandonó Dublín inmediata-

mente rumbo a Cambridge, a fin de discutir la situación con él. El 18 de marzo anotaba en su diario:

> Sraffa me advirtió ayer de que en estos momentos no debo ir a Viena bajo ningún concepto, pues ahora no podría ayudar a mi familia y con toda probabilidad no me permitirían salir de Austria. No tengo *del todo* claro lo que debo hacer, pero, en el momento presente, creo que Sraffa tiene razón.

Tras esta conversación con Sraffa, Wittgenstein se decidió a pasar a la acción. En primer lugar se aseguró un trabajo académico en Cambridge, y luego solicitó la ciudadanía británica. En relación con ambos hechos, inmediatamente escribió a Keynes para pedirle ayuda. Comenzó explicándole la situación: que a causa de la anexión de Austria se había convertido en ciudadano alemán, y, mediante las Leyes de Nuremberg, en ciudadano judío: «Lo mismo que, naturalmente, mi hermano y mis hermanas (no sus hijos, *ellos* cuentan como arios).» «Debo decir», añadía, «que la idea de convertirme (o de ser) ciudadano alemán, dejando aparte todas las consecuencias desagradables, me resulte ATERRADORA. (Esto puede parecer una tontería, pero así es.)» Esbozaba los argumentos que le había dado Sraffa en contra de su marcha a Viena: que le quitarían el pasaporte austríaco, que, como judío, no se le entregaría un nuevo pasaporte, y, por tanto, no podría abandonar Austria ni conseguir un empleo. Al presentársele la elección entre ser un judío alemán o un profesor universitario inglés, se veía obligado, con cierta renuencia, a escoger esta última posibilidad:

> La idea de adquirir la nacionalidad británica se me había *ocurrido* antes; pero siempre la he rechazado por esta causa: no deseo ser un simulacro-de-inglés (creo que entenderás lo que quiero decir). Sin embargo, la situación ha cambiado completamente. Pues tengo que elegir entre dos nacionalidades, una que me priva de *todo*, mientras que la otra, al menos, me permitiría trabajar en un país en el que he pasado, a intervalos, la mayor parte de mi vida adulta, he hecho a mis mejores amigos y he realizado lo mejor de mi obra.
>
> ... Por lo que se refiere a conseguir un empleo en Cambridge, puede que recuerdes que fui «profesor adjunto» durante cinco años... Ahora es *ese* puesto el que solicito, pues no hay otro vacante. De hecho ya había pensado hacerlo; aunque no ahora, sí quizá el próximo otoño. Pero ahora sería importante conseguir el trabajo *lo antes posible*; pues a) me ayudaría a obtener la nacionalidad y b) si me fallara esto último y tuviera que convertirme en «alemán», tendría más posibilidades de que me dejaran salir de Austria si tuviera un EMPLEO en Inglaterra.

Siguiendo el consejo de Sraffa, Wittgenstein le pidió a Keynes que le presentara a un procurador —«un experto en estas cosas»— para que le ayudara a solicitar su nacionalidad. «Quiero añadir que no tengo ninguna

dificultad financiera. Tendré unas 300 o 400 libras, y por tanto puedo resistir más o menos durante un año.»

La respuesta de Keynes a esta carta no se ha conservado, pero está claro que hizo lo que pudo para asegurarle a Wittgenstein un puesto en la universidad y para ayudarle a obtener la ciudadanía británica. Sin embargo, y como era típico de él, Wittgenstein estaba angustiado porque Keynes malinterpretara su situación, y le envió la carta de Keynes a Pattisson, pidiéndole que la «oliera». Por encima de todo, le preocupaba que Keynes pudiera presentarle ante las autoridades universitarias y ante el Ministerio del Interior como perteneciente a la más lamentable de las especies, la del refugiado que está sin blanca. Se lo hacía sospechar el que Keynes hubiera insinuado que quizá la Junta de Ayuda Académica pudiera concederle una beca. Esta junta, le dijo a Pattisson, «es una entidad que ayuda a ciertas personas, por ejemplo refugiados que no tienen dinero, y creo que aceptar esta ayuda no sólo sería injusto por mi parte, sino también significaría que me han colocado en una categoría *enteramente* equivocada». Tan nervioso estaba por este punto que llegó a dudar de si debía utilizar la carta de presentación que Keynes le había dado para el procurador:

> Esta carta de presentación me produce un vago temor; sólo con que estuviera ligeramente mal expresada podría hacer que las cosas fueran más difíciles para mí; podría, por ejemplo, presentarme como una especie de *refugiado* y poner énfasis en un aspecto erróneo del asunto.

Sus angustias resultaron infundadas. La universidad respondió rápidamente y se le dio un puesto de profesor, comenzando a dar clases al inicio del siguiente trimestre.

Una gran preocupación para Wittgenstein durante su larga espera del pasaporte británico fue la situación de su familia. Le resultaba difícil saber si corrían mucho o poco peligro, y tampoco se quedó tranquilo cuando, poco después del *Anschluss*, recibió esta nota (escrita en inglés):

> Mi querido Ludwig:
> No pasa ni un día sin que Mining y yo hablemos de ti; nuestros más cariñosos pensamientos siempre están contigo. Por favor, no te preocupes por nosotras, estamos muy bien y muy animadas y siempre felices de estar aquí. Verte de nuevo será nuestra mayor alegría.
>
> Siempre tuya, con todo mi amor,
> Helene

En su diario no hizo caso de esta nota (sin duda de manera correcta), calificándola de «noticias *aparentemente* tranquilizadoras de Viena. Obviamente escritas para el censor».

De hecho, tanto Helene como Hermine tardaron bastante en recono-

cer el peligro que corrían, y cuando fueron conscientes de él se dieron al pánico. Hermine recuerda cómo, una mañana poco después del *Anschluss*, Paul anunció, con una voz llena de terror: «¡Nos consideran judíos!» Hermine comprendió por qué tal cosa llenaba de pavor el corazón de Paul. Su carrera como concertista de piano le importaba mucho, y como judío que era no se le permitiría tocar en público; además, le gustaba dar largos paseos por el campo, y todos esos signos que proclamaban «*Juden verboten*» debían hacer que sus paseos fueran bastante menos agradables. Pero por lo que a Hermine se refiere, el hecho de que fuera considerada judía bajo la ley alemana contaba muy poco. Pasó casi toda su vida en el interior de sus cuatro paredes, y dejando aparte el hecho de que algunas de las personas que la saludaban en público dejaran de hacerlo, su vida seguiría siendo más o menos la misma.

Al principio, Paul intentó obtener garantías de que su familia sería tratada como aria, en virtud de que habían sido siempre ciudadanos leales y patriotas, y habían hecho mucho por su país. A este fin, él y Gretl (que, como ciudadana norteamericana, no corría ningún peligro), viajaron a Berlín para negociar con las autoridades nazis. Su petición no consiguió nada. Se les dijo que a menos que pudieran aportar pruebas de un segundo abuelo ario, seguirían siendo judíos.

Otra rama de la familia, los descendientes de la tía Milly, se esforzaron por conseguir unas credenciales arias para Hermann Christian Wittgenstein. En los archivos de Berlín se conserva un informe escrito por Brigitte Zwiauer, la nieta de Milly, abogando en favor de Hermann Christian. Se dirige al Reichstelle für Sippenforschung («Departamento de Investigación Genealógica», el ministerio nazi responsable de decidir quién era ario y quién no), y afirma que Hermann Christian es conocido en la familia por ser el hijo ilegítimo de un miembro de la principesca familia de Waldeck. Zwiauer admite que no hay ninguna prueba directa de ello, pero pone énfasis en que tampoco hay prueba de lo contrario; aunque Hermann Christian creció dentro de la comunidad judía, no hay pruebas de que sea hijo de judío. Como prueba indirecta de sus orígenes arios, incluye una fotografía de los once hijos de Hermann y Fanny. «Que éstos niños descendan de dos padres completamente judíos», arguye, «nos parece biológicamente imposible.» El informe señala que fue el propio Hermann quien escogió el segundo nombre de «Christian», y que fue un conocido antisemita que en su vida adulta evitó relacionarse con la comunidad judía y no permitió que sus hijos se casaran con judíos. El informe está fechado el 29 de septiembre de 1938, pero no se hizo caso de su alegato hasta un año más tarde, cuando los nazis vieron ciertas ventajas en aceptarlo.

Hermine, Gretl y Helene no tenían nada que ver con este informe. Por lo que a ellas se refería, Hermann Christian era el hijo de Moses Maier, y si eso significaba que, bajo la ley alemana, se les consideraba judíos, pues que así fuera. Probablemente, Paul habría dado todos los pasos necesarios para huir de las consecuencias de ser judío en el *Reich* alemán. De hecho, no albergaba ninguna esperanza de que le reclasificaran, y por

tanto lo único que deseaba era abandonar la Gran Alemania lo antes posible. Instó a Hermine y a Helene a que hicieran lo mismo: dejarlo todo e ir a Suiza. Arguyó que cuando una casa está ardiendo lo más juicioso es saltar por la ventana y dejar dentro las propias posesiones. Hermine, sin embargo, era incapaz de abandonar a sus amigos, su familia y su adorado Hochreit, y Helene tampoco era capaz de afrontar el hecho de abandonar a sus hijos y nietos. Ambas rehusaron irse. En julio de 1938, tras muchos desabridos intercambios de palabras, Paul abandonó a sus hermanas y se fue solo a Suiza.

Helene y Hermine abandonaron Viena para pasar el verano en el Hochreit, convencidas de que su condición de judías no les suponía ningún peligro. Fue Gretl quien les hizo abandonar tal convicción, cuando en septiembre llegó al Hochreit y les dijo que, fuera de Alemania, era creencia común entre aquellos que estaban bien informados que la guerra estallaría en cualquier momento (eran los días de la crisis checoslovaca), y que se sabía también que los judíos alemanes serían reunidos y ubicados en campos de concentración, donde serían insuficientemente alimentados y muy mal tratados. Gretl instó a Hermine y Helene a abandonar Austria.

Por entonces, sin embargo, a los judíos alemanes ya no se les permitía entrar en Suiza, y hubo que idear otro plan. A sugerencias de Gretl, Hermine consintió en comprar pasaportes yugoslavos para ella y para Helene a un abogado judío de Viena. Parece ser que ella creía que éste era el modo en que el gobierno yugoslavo concedía la nacionalidad, pues dice que no tenía ni idea de estar comprando pasaportes falsos hasta que Arvid Sjögren, que viajó a Yugoslavia en nombre de ellas para recoger los pasaportes, las informó de que se habían fabricado en un taller especializado en documentos falsos.

Sin embargo, Hermine siguió adelante con el plan y viajó a Munich para obtener visados para Suiza utilizando los pasaportes falsos. Poco después, la policía comenzó a investigar esta fuente concreta de falsificaciones, y antes de que pudieran huir a Suiza, Hermine y Helene fueron arrestadas, junto con Gretl y Arvid. Todos ellos pasaron dos noches en la cárcel, a excepción de Gretl, que fue retenida durante otra noche. En el juicio que siguió, Gretl hizo todo lo posible para presentarse como la única responsable de todo el fiasco, pretensión aceptada por el magistrado, aunque, según Hermine, la mejor defensa que tuvieron fue su aspecto y su manera de hablar. Aparecieron ante el tribunal no como un grupo de judíos mugrientos, malolientes y vestidos con su caftán como los que describe Hitler en el *Mein Kampf*, sino como orgullosos miembros de una familia rica y famosa de la alta burguesía austríaca. Los cuatro fueron absueltos de los cargos presentados en su contra.

Es imposible decir hasta qué punto estaba Wittgenstein al corriente de este asunto. Lo suficiente, sin embargo, como para estar enfermo de preocupación por la situación de sus hermanas. En una carta a Moore de octubre de 1938 habla de «la gran tensión nerviosa de los últimos dos meses», y atribuye el hecho a que: «Mi familia de Viena pasa por graves proble-

mas.» La espera del pasaporte británico se le hacía casi insoportable, y anhelaba poder utilizarlo para viajar a Viena y hacer lo que pudiera por sus hermanas. En medio de toda esta angustia, la visión de Neville Chamberlain regresando de Munich y proclamando «Paz para nuestra época» era algo difícil de soportar. Le envió a Gilbert Pattisson una de las postales editadas para celebrar el «éxito» de Chamberlain. Tras la foto de Chamberlain y su esposa, la leyenda reza: «El peregrino de la paz. ¡Bravo! Mr. Chamberlain.» En la parte de atrás, Wittgenstein escribió: «Caso de que necesites un emético, aquí tienes uno.»

En el invierno de 1938-1939, el Reichsbank comenzó a hacer investigaciones acerca de las grandes cantidades de moneda extranjera que poseía la familia Wittgenstein. Bajo la ley nazi, el Reichsbank tenía el poder de obligar a la familia a entregarles su dinero. Sin embargo, y debido al complicado arreglo que se había dispuesto para la posesión de la fortuna, les resultó bastante difícil ponerle las manos encima. Tal circunstancia le sugirió a Gretl otra posibilidad para garantizar la seguridad de sus hermanas: consentirían en entregar las divisas si se les concedía una declaración escrita de que Hermine y Helene serían tratadas como arias.

De este modo comenzó una larga serie de negociaciones entre las autoridades de Berlín y los Wittgenstein, que culminó cuando los nazis consintieron en aceptar el informe preparado por Brigitte Zwiauer el año anterior en compensación por la transferencia de las divisas de los Wittgenstein. Las negociaciones se complicaron a causa del desacuerdo entre Paul y el resto de la familia. Paul, que por entonces había abandonado Suiza y vivía en Estados Unidos, estaba en contra de negociar con los nazis a fin de satisfacer el perverso deseo de sus hermanas de permanecer en Austria. Argumentó que no estaría bien ayudar a los nazis poniendo en sus manos una fortuna de ese calibre. (Hermine atribuye este último argumento de Paul a sus consejeros, quienes, señala, eran sin excepción judíos: como si sólo a un judío pudiera ocurrírsele tan pertinente consideración.)

Esta disputa duró toda la primavera de 1939. Gretl hizo numerosos viajes entre Nueva York, Berlín y Viena con la intención de llegar a un acuerdo que dejara satisfechas a ambas partes, y el asunto todavía no estaba resuelto cuando Wittgenstein recibió finalmente su pasaporte británico el 2 de junio de 1939. Apenas un mes más tarde lo utilizó para viajar a Berlín, Viena y Nueva York, con el objeto de ayudar a Gretl a llegar a un acuerdo. No fue, tal como dice Hermine, un asunto que encajara ni con la experiencia ni con el temperamento de su hermano. Además (aunque ella no lo señale), no se le podía escapar la ironía que suponía sobornar a los nazis para que aceptaran una mentira acerca de algo de lo que se había confesado hacía sólo dos años. No obstante, entró en las negociaciones con toda la considerable precisión y tenacidad de que era capaz. «Y si», añade Hermine, «en Nueva York no logró lo que tenía en mente, entonces no hay que culparle a él.» Y deja bien claro que a quien hay que culpar es a Paul.

A pesar de las objeciones de Paul, el resultado de estas negociaciones

fue que una gran parte de la fortuna familiar fue transferida desde Suiza al Reichsbank, y la Reichstelle für Sippenforschung envió una declaración formal a su oficina de Viena afirmando que Hermann Christian Wittgenstein era, sin restricciones, *deutschblütig*. Por consiguiente, en agosto de 1939, Hermine, Helene y todos los demás nietos de Hermann Christian recibieron sus certificados en los que se afirmaba que eran *Mischlinge* (que tenían sangre judía) y no judíos. Posteriormente, en febrero de 1940, las autoridades de Berlín fueron aún más lejos, y publicaron una declaración afirmando que la regulación referente a los *Mischlinge* no era aplicable a los descendientes de Hermann Christian Wittgenstein, y que «su clasificación racial bajo la Ley de Ciudadanía del Reich [las Leyes de Nuremberg] no presenta ninguna otra dificultad». De este modo, Helene y Hermine pudieron sobrevivir a la guerra en medio de una relativa tranquilidad.

20. EL PROFESOR RENUENTE

Si Wittgenstein hubiera regresado alguna vez a Cambridge de no ser por el *Anschluss*, es algo que resulta imposible saber. Sus intentos por encontrar una posición en la vida fuera del mundo académico habían sido, sin embargo, como mucho, poco convincentes. Aunque a veces hablaba de encontrar un empleo entre gente «normal», tal como había animado a hacer a Skinner y a Hutt, parece que él mismo no se esforzó mucho en ese sentido. Sus planes de trabajar en Rusia y/o estudiar para médico, aunque seguidos con gran determinación, jamás llegaron a cristalizar en una intención firme e inequívoca. Quizá habría seguido buscando y encontrando la paz mental que necesitaba para acabar su libro, tal vez en Dublín, con Drury, o en Noruega, viviendo solo. Pero sus ahorros, unas 300 o 400 libras, no le hubieran durado toda la vida. Con el tiempo habría tenido que encontrar un empleo remunerado. Es decir, tal como se lo expresó a Moore en 1930, tendría que haber encontrado a alguien para quien tuviera alguna utilidad el tipo de cosas que él producía. Y el lugar en el que estos bienes tenían más demanda era, inevitablemente, la vida académica y, en particular, Cambridge. Por tanto resulta perfectamente verosímil pensar que en un momento u otro hubiera acabado solicitando una plaza de profesor. Lo que podemos decir con toda certeza, sin embargo, es que, de no haber sido por el *Anschluss*, no habría ocurrido en una fecha tan temprana como el mes de abril de 1938.

Y no sólo porque Wittgenstein no estuviera nada ansioso por regresar a la enseñanza, sino también porque le daba un poco de miedo su relación con Francis. Tal como indican las entradas de sus diarios en los primeros días de ese nuevo año, estaba profundamente preocupado por la sensualidad que existía entre los dos, y le angustiaba pensar en si, al menos por su parte, tales deseos sensuales eran compatibles con el verdadero amor. Habría preferido amar a Francis a distancia, lejos de la tentación de su «susceptibilidad» sensual. Y aun con todo, su miedo a perder a Francis le había traído de nuevo a Cambridge, y más firmemente que nunca hacia la esfera de la tentación.

A su regreso se mudó a la habitación de Francis, sobre la tienda de ultramarinos de East Road, y durante un año vivieron tal como Francis había deseado vivir, como una pareja. El período de Francis como colabora-

dor en el trabajo de Wittgenstein hacía tiempo que había llegado a su fin. Mientras Wittgenstein daba clases y trabajaba en su libro, Francis seguía con su empleo en la fábrica. No hay ninguna carta de Francis escrita durante este período, ni tampoco ninguna observación relevante de Wittgenstein entre sus notas en clave, de manera que no sabemos cómo ni por qué su relación se deterioró durante ese año. Todo lo que sabemos es que allá por 1939 había ido a peor, y que durante los dos años siguientes fue sólo el amor inmarcesiblemente fiel, incluso pegajoso, de Francis lo que impidió el fin de sus relaciones. Parece ser que el amor de Wittgenstein por Francis no sobrevivió –quizá no fue capaz de sobrevivir– a la proximidad física que había anhelado y temido al mismo tiempo.

Entre los estudiantes que tenía en esa época, Wittgenstein encontró una nueva generación de discípulos. A fin de que sus clases no rebasaran el número de alumnos más allá del cual se sentía incómodo, no las anunció, tal como solía hacerse, en el *Cambridge University Recorder*. En lugar de eso, les pidió a John Wisdom, Moore y Braithwaite que se lo dijeran a aquellos estudiantes que pudieran estar interesados. No había más de diez estudiantes. Entre este selecto grupo estaban Rush Rhees, Yorick Smythies, James Taylor, Casimir Lewy y Theodore Redpath. La clase era lo suficientemente pequeña como para que todos ellos llegaran a conocer a Wittgenstein bastante bien, aunque fueron Rhees, Taylor y Smythies quienes durante esa época se convirtieron en amigos particularmente íntimos.

Las clases tenían lugar en las habitaciones de Taylor. Éste, al que casi no se menciona en las semblanzas publicadas, era canadiense, graduado en la Universidad de Toronto, y había ido a Cambridge para estudiar con G. E. Moore, y a través de éste se hizo amigo de Wittgenstein. Después de la guerra se le ofreció una plaza de profesor de filosofía en una universidad australiana, pero murió en una reyerta de bar en Brisbane, mientras se dirigía a tomar posesión de la plaza. Smythies es una de esas misteriosas figuras que aparecen repetidamente en los textos publicados, pero de las que se dice muy poco. Era un devoto discípulo de Wittgenstein, y un verdadero personaje wittgensteniano en el sentido de que, aunque nunca llegó a ser un filósofo profesional, jamás dejó de tomarse en serio y con profundidad los problemas filosóficos. Siguió siendo íntimo amigo de Wittgenstein durante el resto de la vida de éste. Cuando abandonó Cambridge se convirtió en bibliotecario en Oxford. En una época posterior de su vida sufrió una esquizofrenia paranoide y fue paciente de Maurice Drury. Murió en trágicas circunstancias en 1981. En relación a estas personas, hay que recordar que aquellos sobre quienes Wittgenstein tuvo más influencia, en particular en los años treinta (pensamos en Drury, Skinner y Hutt, y también en Smythies) no entrarían a formar parte de la vida académica. Por tanto, existe un relevante e importante aspecto de la influencia de Wittgenstein que no se refleja ni puede reflejarse en el gran corpus de literatura académica que su obra ha inspirado. El único de éstos que ha

publicado algo es Maurice Drury, cuya recopilación de ensayos sobre temas filosóficos y psicológicos, *El peligro de las palabras*, aunque casi completamente ignorado en la literatura secundaria, es, en sus actitudes y preocupaciones, más genuinamente wittgensteniano que cualquier otro texto secundario.

De vacaciones de su último año como estudiante de medicina, Drury consiguió asistir a una de las clases que Wittgenstein dio en el nuevo curso. Durante esta clase, Wittgenstein le dijo a uno de los estudiantes que dejara de tomar notas:

> Si anota estas observaciones espontáneas, algún día alguien puede publicarlas como mis opiniones ponderadas. No quiero que eso se haga. Pues ahora hablo libremente a medida que me llegan las ideas, pero todo esto debe pensarse mucho más y expresarse mejor.

Por suerte, no se hizo caso de tal petición, y las notas de esas clases incluso se han publicado.[1]

Estas clases son algo único en la obra de Wittgenstein. Sólo el tema que abordan ya las haría únicas, pues no tratan de matemáticas ni de filosofía en general, sino de estética y de las creencias religiosas. Esta diferencia es menos radical de lo que podría parecer, pues Wittgenstein trae a colación en la discusión de estos temas muchos de los mismos ejemplos que había utilizado en otros contextos –la Prueba Diagonal de Cantor, la confusión entre causa y razón, etc.–, de forma que su manera de abordar la estética no es muy distinta, por ejemplo, de sus discusiones acerca de la filosofía de las matemáticas o de la filosofía de la psicología. Lo que distingue a estas clases es su tono. Precisamente porque hablaba de un modo espontáneo y despreocupado, constituyen una de las afirmaciones menos ambiguas del propósito que le guiaba en la filosofía, y de cómo este propósito se relaciona con su *Weltanschauung* personal. En ellas queda claro que su objetivo no es simplemente, tal como había expresado en el *Cuaderno azul*, poner sobre el tapete el daño que se hace cuando los filósofos «ven el método de la ciencia ante sus ojos y se sienten irresistiblemente tentados a hacer preguntas y responderlas en la manera en que lo hace la ciencia»; se trataba, de modo más general, de denunciar el desdichado efecto que la adoración de la ciencia y del método científico han tenido sobre la totalidad de nuestra cultura. La estética y las creencias religiosas son dos ejemplos –para Wittgenstein, naturalmente, ejemplos de crucial importancia– de áreas de la vida en las que el método científico no es el apropiado, y en las que los esfuerzos por aplicarlo conducen a la distorsión, la superficialidad y la confusión.

Wittgenstein dijo a sus alumnos que lo que él hacía era «convencer a la gente de que cambiara su manera de pensar». Dijo que estaba «haciendo

1. Véase *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*, ed. Cyril Barrett (Blackwell, 1978).

propaganda» de una manera de pensar que se oponía a otra. «Me siento honradamente disgustado con la otra», añadió. A la «otra» la identificaba con la adoración de la ciencia, y por tanto dedicaba parte de las clases a execrar de lo que consideraba poderosas y dañinas formas de evangelismo de esta adoración, como por ejemplo las obras científicas de divulgación de esa época, como *El universo misterioso*, de Jean:

> Jean ha escrito un libro titulado *El universo misterioso*, y yo lo detesto y lo llamo engañoso... Tomad el título... Yo diría que el título de *El universo misterioso* incluye una especie de idolatría, en la que el ídolo es la ciencia y el científico.

Al abordar la estética, Wittgenstein no intentaba aportar nada a la disciplina filosófica que lleva este nombre. La mismísima idea de que pudiera existir tal disciplina era consecuencia, o quizá un síntoma, de lo «otro». En lugar de eso intentaba rescatar cuestiones de apreciación artística de esa disciplina, en concreto de la idea de que pudiera haber una ciencia de la estética:

> Podríais pensar que la estética es una ciencia que nos dice lo que es hermoso... es una idea casi demasiado ridícula para decirla en palabras. Supongo que también debería decirnos qué tipo de café sabe bien.

Cuando Rhees interrogó a Wittgenstein acerca de su «teoría» del deterioro (refiriéndose a uno de los ejemplos de Wittgenstein, el del deterioro de la tradición musical alemana), éste reaccionó con horror ante la palabra: «¿Cree usted que yo tengo una teoría? ¿Cree usted que estoy diciendo qué es el deterioro? Lo que yo hago es describir cosas distintas llamadas deterioro.»

En lugar de intentar responder a las tradicionales cuestiones de estética («¿Qué es la belleza?, etc), Wittgenstein da una serie de ejemplos que muestran que la apreciación artística no consiste (tal como uno podría creer al leer algunas discusiones filosóficas de estética) en quedarse de pie delante de un cuadro y decir: «Esto es hermoso.» La apreciación toma una asombrosa variedad de formas, que difieren de cultura en cultura, y que con frecuencia consisten en no *decir* nada. La apreciación será *mostrada*, tanto mediante acciones como mediante palabras, a través de ciertos gestos de disgusto o satisfacción, por la manera en que leemos una obra poética o interpretamos una obra musical, por la frecuencia en que leemos o escuchamos la misma obra, y por cómo lo hacemos. Estas formas distintas de apreciación no tienen nada en común que pueda aislarse para responder a la pregunta: «¿Qué es la apreciación artística?» En lugar de eso están unidas por una complicada serie de «parecidos de familia». De este modo:

> No sólo es difícil describir en qué consiste la apreciación, sino imposible. Para describirlo tendríamos que describir todo el entorno.

Por encima de todo, al buscar la respuesta al porqué y al cómo de la comprensión estética, no buscamos una explicación *causal*. No existe ninguna ciencia de la estética, y los resultados de otras ciencias, como por ejemplo la física, o de pseudociencias, como la psicología, tampoco pueden aplicarse a estas cuestiones. Wittgenstein cita dos tipos de explicación de la obra de Freud que ilustran, respectivamente, el tipo de reduccionismo que, según él, había que evitar a toda costa, y el otro «estilo de pensamiento» que intentaba fomentar.

La primera procede de *La interpretación de los sueños*, y se refiere a la «explicación» por parte de Freud de lo que sus pacientes le habían descrito como un sueño bonito. Al volver a narrar el sueño, Freud pone ciertas palabras en mayúscula para indicar –con un movimiento de cabeza y un guiño, como si dijéramos– las alusiones sexuales:

> Ella descendía de una altura... Tenía en la mano una GRAN RAMA; de hecho era como un árbol, cubierta de FLORES ROJAS... A continuación ella vio, tras haber descendido, a un criado que estaba peinando un árbol parecido, es decir, que él estaba utilizando un TROZO DE MADERA para extraer ESPESOS MECHONES DE PELO que colgaban de él como musgo.

Etcétera. Posteriormente, en el sueño, la mujer se encuentra con personas que cogen ramas y las arrojan a la carretera mientras se echan (SE ECHAN) en el suelo. Ella pregunta si puede coger una: es decir, explica Freud, si puede bajar una, es decir masturbar (en alemán, la frase «bajársela» es equivalente al inglés «cascársela»). Freud añade: «Cuando lo hubo interpretado, el paciente no tardó en tomarle aversión a ese bonito sueño.»

La respuesta de Wittgenstein a esto es decir que Freud ha engañado a su paciente: «Yo le diría al paciente: "¿Acaso estas asociaciones hacen que el sueño no sea hermoso? Era hermoso. ¿Por qué no iba a serlo?"» La reducción que hace Freud de los elementos bonitos del sueño a una insinuación obscena posee un cierto encanto, una cierta fascinación, pero es equivocado decir que Freud nos ha mostrado cuál es el sentido *real* del sueño. Wittgenstein lo comparaba a la afirmación: «Si hiervo a Redpath a 200 grados centígrados, todo lo que quedará de Redpath cuando se evapore el agua serán cenizas, etc. Esto es lo que Redpath es realmente.» Decir esto, afirma, puede tener cierto encanto, «pero, cuando menos, sería engañoso».

El tipo de explicaciones freudianas que Wittgenstein mencionaba con aprobación eran las contenidas en *El chiste y su relación con el inconsciente*. Wittgenstein no da ejemplos, pero quizá uno bastará. En la primera parte del libro, Freud habla de un chiste que aparece en *Reisebilder*, de Heine. Uno de los personajes de Heine, un humilde vendedor de lotería, al jactarse de sus relaciones con el barón Rothschild, señala: «Me trataba como a un igual, muy famillonariamente.» La razón de que esto nos haga reír, señala Freud, no es sólo que sea una inteligente abreviación del pensamiento de que Rothschild trataba al hombre como a su igual, muy fami-

liarmente, hasta el punto en que es capaz de hacerlo un millonario, sino porque también existe un pensamiento secundario suprimido: que de hecho hay algo bastante desagradable en ser tratado con condescendencia por un rico.

Si nos inclinamos a aceptar este tipo de explicación, pregunta Wittgenstein, ¿en qué nos basamos?

> «Si no es causal, ¿cómo sabes que es correcto?» Tú dices: «Sí, es correcto.» Freud transforma el chiste en algo distinto que nosotros reconocemos como expresión de una cadena de ideas que nos lleva de un extremo al otro del chiste. Una narración completamente nueva de una explicación correcta. No una que esté de acuerdo con la experiencia, sino una admisible.

Ponía énfasis en que era esencial a este tipo de explicación el «Dar la explicación admisible. Éste es todo el sentido de la explicación.» Y éste es precisamente el tipo de explicación que uno quiere en estética: no la que establece una causa por la que algo sea hermoso o por la que consideremos que algo es hermoso, sino, por contra, al mostrar relaciones que no hemos visto previamente, *muestra* en qué es hermoso: muestra por qué, por ejemplo, una cierta pieza musical o una obra de teatro o un poema se consideran correctamente como una gran obra.

En estas clases, Wittgenstein da algunos ejemplos entresacados de su propia experiencia de qué sucede cuando uno comienza a comprender la grandeza de una obra artística. Dijo que había leído la obra de Friedrich Klopstock, un poeta del siglo XVIII, y que inicialmente no había visto nada. Luego se dio cuenta de que la manera correcta de leerlo era acentuar las sílabas de manera irregular:

> Cuando leí sus poemas de esta manera nueva, dije: «Ajá, ahora sé por qué hizo esto.» ¿Qué había sucedido? Había leído todo eso y me había sentido moderadamente aburrido, pero cuando lo leí de esa manera peculiar, intensamente, sonreí y dije: «Esto es algo *grande*, etc.» Pero podía no haber dicho nada. Lo importante es que lo leí una y otra vez. Cuando leía esos poemas matizaba gestos y expresiones faciales que eran lo que llamaríamos gestos de aprobación. Pero lo importante es que leí los poemas de manera totalmente distinta, más intensamente, y les dije a los demás: «¡Mira! Así es como hay que leerlos.»

Otro ejemplo que podía haber puesto era *El rey del salón oscuro*, de Rabindranath Tagore. Wittgenstein había leído por primera vez esta obra, en una traducción alemana (la versión original era en bengalí), en 1922, cuando Tagore estaba en la cúspide de su fama y era enormemente popular en Europa, en especial en Austria y Alemania. Le había escrito a Engelman que, a pesar de su gran sabiduría, la obra no había conseguido dejar huella en él. No le había *conmovido*.

Me da la impresión de que toda esa sabiduría procede de la nevera; no me sorprendería enterarme de que le ha llegado toda de segunda mano leyendo y escuchando (exactamente de la misma manera como tantos de nosotros adquirimos nuestro conocimiento de la sabiduría cristiana) en lugar de proceder de su propio y genuino *sentimiento*. Quizá no comprendo su tono; a mí no me parece el tono de un hombre poseído por la verdad (*Como por ejemplo el tono de Ibsen*). Sin embargo, es posible que la traducción abra una grieta que yo no puedo traspasar. Lo leí todo *con interés*, pero sin que me atrapara. Esto no me parece una buena señal. Pues es un tema que debería haberme atrapado... ¿o estoy tan apagado que ya nada me emociona? Una posibilidad, sin duda. Ni por un momento tengo la sensación de que ocurra algún drama. Simplemente entiendo la alegoría de manera abstracta.

Justo unos pocos meses después de esto, le escribió a Hänsel diciéndole que había estado releyendo a Tagore, «y esta vez con mucho más placer». «Ahora creo», le dijo a Hänsel, «que *ciertamente* hay en él algo grande.» Posteriormente, *El rey del salón oscuro* se convirtió en uno de sus libros favoritos, uno de los que habitualmente regalaba o prestaba a sus amigos. Y más o menos en la época de sus clases sobre estética releyó la obra junto con Yorick Smythies, esta vez en una traducción inglesa hecha por el propio Tagore. Parece ser que de nuevo la traducción abrió una grieta, y a fin de superarla –a fin de, como si dijéramos, descongelar el texto– Smythies y Wittgenstein prepararon su propia traducción. Entre los papeles de Smythies se encontró una versión mecanografiada de su versión del Acto II de la obra, con el encabezamiento:

EL REY DEL SALÓN OSCURO, de Rabindranath Tagor *[sic], traducida del* inglés de Rabindranath Tagor *al* inglés utilizado por L. Wittgenstein y Yorick Smythies *por* L. Wittgenstein y Yorick Smythies.

Casi todos los cambios introducidos por Smythies y Wittgenstein sustituían la dicción «poética» y anticuada de Tagore por palabras y expresiones modernas e idiomáticas. De este modo, donde Tagore pone «salón» ellos ponen «habitación» (excepto en el título), y donde Tagore: «No sufría parvedad de habitaciones», ellos escribieron: «No le faltaban habitaciones», etcétera.

La obra es una alegoría del despertar religioso, y se hace eco de muchos de los pensamientos del propio Wittgenstein sobre el tema. El rey del título nunca es visto por sus súbditos, y algunos incluso dudan de su existencia, mientras que algunos creen que es tan feo que no quiere darse a conocer. Otros, como la sirvienta Surangama, son tan devotos del rey y le rinden un culto tal que no piden *verle*; *saben* que es un ser sin parangón con los demás mortales. Sólo estas personas que han superado completamente su orgullo al someterse a su amo, perciben cuándo el rey se acerca y cuándo está presente. La obra gira en torno al despertar religioso

—o, podríamos decir, a la humillación, la subyugación— de la esposa del rey, Sudarshana. Al principio se la presenta como una reina orgullosa, que lamenta la crueldad de su marido, con el que sólo puede reunirse en una habitación que siempre está a oscuras. Ella anhela verle, para saber si es atractivo, y como consecuencia de este anhelo se enamora de otro rey, al que conoce en el mundo exterior y al que confunde con su marido. Sólo cuando este error la ha llevado a la completa desesperación, cuando se siente totalmente humillada y degradada y se ha despojado de su orgullo, puede reconciliarse con su verdadero marido, ante el que se inclina con total servitud. Es decir, sólo cuando la reina Sudarshana se ha rebajado al nivel de la sirvienta Surangama puede alcanzar la iluminación. La obra acaba cuando ella se da cuenta de que el rey le ha otorgado *todo* lo que tiene valor real, y entonces él puede decirle: «Ven, ven conmigo ahora, vamos fuera... *¡a la luz!*»

La parte de la obra traducida por Wittgenstein y Smythies es una conversación entre Surangama y Sudarshana en la que la sirvienta intenta explicarle a la reina cómo se volvió totalmente devota del rey, a pesar de no haberle visto nunca y haberle causado un gran sufrimiento cuando desterró a su padre del reino. Cuando el rey exilió a su padre, pregunta la reina, ¿no se sintió Surangama amargamente oprimida? «Me puse furiosa», replica la sirvienta:

> Estaba en el camino de la ruina y la destrucción: cuando ese camino se me cerró, me pareció que me había quedado sin apoyo alguno, sin ayuda ni cobijo. Deliré y rabié, como un animal salvaje en una jaula: en mi cólera impotente quería hacer pedazos a todo el mundo.

«¿Pero cómo pudiste convertirte en devota de un rey que te había hecho todo eso?» pregunta Sudarshana. «¿Cuándo tuvo lugar este cambio en tus sentimientos?» «No sabría decírtelo», replica:

> Yo misma no lo sé. Llegó un día en que toda la rebeldía que había en mí se supo derrotada, y entonces toda mi naturaleza descendió hasta el polvo en humilde resignación. Y a continuación vi..., vi que él era tan incomparable en belleza como lo era en espanto. Estaba salvada, estaba rescatada.

La traducción que hizo Wittgenstein de Tagore podría leerse provechosamente en conjunción con sus clases acerca de las creencias religiosas, pues, en los pasajes que tradujo, Tagore expresa el ideal religioso del propio Wittgenstein. Es decir, que, al igual que Surangama, Wittgenstein no deseaba ver a Dios ni encontrar razones de su existencia. Creía que si se vencía *a sí mismo* —si llegaba un día en que toda su naturaleza descendiera «hasta el polvo en humilde resignación»—, entonces Dios, como si dijéramos, llegaría hasta él; estaría salvado.

En sus clases acerca de las creencias religiosas, se concentra sólo en la

primera parte de esta convicción: el rechazo de la necesidad de tener razones para creer en la religión. En su rechazo de la aplicación del pensamiento científico, estas clases forman una unidad con las que versan sobre estética. También podrían verse como una elaboración de su observación a Drury: «Entre Russell y los curas han hecho un daño infinito, infinito.» ¿Por qué emparejar a Russell con los curas en su condena? Porque ambos alentaban la idea de que la justificación filosófica de las creencias religiosas es necesaria para que tales creencias posean alguna credibilidad. Tanto el ateo, que se mofa de la religión porque no ha encontrado *pruebas* de sus dogmas, como el creyente, que intenta *probar* la existencia de Dios, caen víctimas de lo «otro»: de idolatrar el pensamiento científico. Las creencias religiosas no son análogas a las teorías científicas, y no deberían ser ni aceptadas ni rechazadas siguiendo el mismo criterio.

El tipo de experiencia capaz de hacer que un hombre sea religioso, insiste Wittgenstein, no tiene nada que ver con la experiencia de extraer una conclusión de un experimento, ni de extrapolarla a partir de una serie de datos. Toma como ejemplo a alguien que sueña con el Juicio Final, y que dice que sabe cómo será:

> Supongamos que alguien dice: «Ésa es una prueba muy pobre.» Yo diría: «Si la quieres comparar con la evidencia de que va a llover mañana, no es una prueba en absoluto.» Puede que forzando el razonamiento consiga que tal cosa parezca una prueba. Pero puede que como prueba sea aún algo más ridículo. Pero entonces, yo podría decir: «Basa usted su creencia en una prueba sumamente débil, por decirlo suavemente.» ¿Por qué debería ver este sueño como una evidencia, midiendo su validez como si midiera la validez de la evidencia de que va a ocurrir un fenómeno meteorológico?
>
> Si lo comparamos con lo que en el terreno de la ciencia denominamos prueba, no podemos darle crédito a nadie que diga en serio: «Bueno, tuve ese sueño... por tanto... El Juicio Final.» Podría decir: «Como patochada, es demasiado grande.» Si de pronto anotaras números en la pizarra y luego dijeras: «Ahora, voy a sumar», y a continuación dijeras: «2 y 21 son 13», etc., yo diría: «Esto no es una patochada.»

Acerca de la cuestión de cómo *debemos* aceptar o rechazar las creencias religiosas, y de qué hemos de creer en relación a cosas como la existencia de Dios, el Juicio Final, la inmortalidad del alma, etc., en estas clases Wittgenstein se muestra un tanto evasivo:

> Supongamos que alguien dijera: «¿En qué crees, Wittgenstein? ¿Eres un escéptico? ¿Sabes si sobrevivirás a la muerte?» Yo diría, y es un hecho: «No lo puedo decir. No lo sé», porque no tengo una idea clara de lo que digo al decir «Yo no ceso de existir», etc.

Resulta claro a partir de observaciones escritas en otros lugares (por

ejemplo en sus observaciones escritas cuando viajaba en barco a Bergen y citadas anteriormente), que creía que si pudiera llegar a creer en Dios y en la Resurrección –sólo con que pudiera darles algún *significado* a la expresión de estas creencias– no sería porque había encontrado ninguna prueba, sino porque había sido redimido.

Y aun así existe una duda persistente e inoportuna en relación con cómo Wittgenstein esperaba o tenía la esperanza de que tuviera lugar esta redención: si, por así decirlo, estaba en manos de Dios.

Acerca de esta importante cuestión, *El rey del salón oscuro*, al igual que Wittgenstein, se muestra ambiguo. Una vez que Sudarshana ha sido salvada, le dice al rey: «No sólo eres hermoso, mi señor..., ¡sino que estás más allá de cualquier comparación!» A lo cual el rey replica: «Aquello que puede ser comparable a mí está dentro de ti misma.» «Si esto es así», dice Sudarshana, «entonces eso también está más allá de toda comparación.»

> Tu amor vive dentro de mí: tú te reflejas en ese amor, y ves tu cara reflejada en mí: nada de eso es mío, es todo tuyo.

Y, aun con todo, en los demás momentos de la obra es el rey quien sostiene el espejo. Aquellos que creen que es feo, se nos dice, lo creen porque se imaginan al rey según la imagen de ellos mismos que ven reflejada allí. Y de este modo uno querría preguntar si «eso que está más allá de toda comparación» está dentro de nosotros o no. ¿Qué tenemos que hacer a fin de verlo: lustrar el espejo que es nuestro yo de manera que *ello* pueda reflejarse, o mirar el espejo con los ojos bien abiertos y verlo reflejado *en nosotros mismos*? Quizá aquí podamos arremeter contra los límites del lenguaje significativo e ir más allá de la aplicabilidad de la Ley del Tercio Excluso o la Ley de Contradicción.[1] Quizá este «ello» esté y no esté al mismo tiempo dentro de nosotros, y para encontrarlo debamos buscar en nuestro interior y reconocer nuestra dependencia de algo, de algún poder fuera de nosotros.

Quizá la diferencia entre permitir que ese «ello» se refleje en nosotros y encontrarlo en el reflejo de nosotros no sea tan grande como parece. En ambos casos debemos eliminar la suciedad que oscurece el reflejo. A este respecto Wittgenstein se esforzó con energía, lustrando hasta eliminar la más mínima mota, decidido a no dejarse pasar ni la más mínima falta. En octubre de 1938, por ejemplo, le escribió a la suegra de George Thomson excusándose por una transgresión de una importancia realmente nimia:

> Querida Mrs. Stewart:
> Debo disculparme por algo que le he dicho hoy en la oficina de Miss

1. La Ley del Tercio Excluso afirma que una proposición o su negación deben ser ciertas; la Ley de Contradicción afirma que *ambas* no pueden ser ciertas.

Pate y que no es cierto. Dije que había visto a Mrs. Thomson recientemente en Birmingham; y sólo cuando llegué a casa esta noche se me ocurrió que no era cierto en absoluto. Hace unas semanas estuve en Birmingham, me alojé en casa de los Bachtin e *intenté* ver a Mrs. Thomson, charlamos por teléfono, pero no pude verla. Cuando hablé con usted esta tarde, lo que tenía en la cabeza era que había visto a Mrs. Thomson en su casa antes de que se fuera a Birmingham. Por favor, perdone mi estupidez.

Sinceramente suyo,
L. Wittgenstein

En el contexto de esta búsqueda de la redención mediante el desmantelamiento de su orgullo, la obra filosófica de Wittgenstein ocupa un lugar curiosamente ambivalente. Por un lado, sin duda participa de las mismas actitudes que dirigieron esa búsqueda. Por otro, ella misma era su mayor fuente de orgullo. Aunque intentaba repetidamente excluir de su obra cualquier tipo de orgullo y escribir, tal como lo expresaba, «para la gloria de Dios» en lugar de producto de su vanidad, una y otra vez nos encontramos con que era su obra filosófica, más que cualquier otra cosa, lo que despertaba aquello que Russell había calificado de su «orgullo de Lucifer».

En el verano de 1938 preparaba la publicación de un texto basado en la obra escrita en Noruega. El texto mecanografiado constituye la versión más primitiva de las *Investigaciones filosóficas*. «Por más de una razón», escribió en el prefacio,

> lo que publico aquí tendrá puntos de contacto con lo que escriben otras personas hoy en día. Si mis observaciones no poseen un sello que las identifique como mías, no deseo seguir reclamando su propiedad.

Y aun así, el que fuera de su propiedad era enormemente importante para él, y el hecho de que Carnap, Braithwaite, Waismann, Ambrose y otros hubieran publicado ideas que procedían de las suyas era precisamente la razón por la que ahora se disponía a editarlas. En un prefacio posterior llegó a admitir que:

> Me daba cuenta de que mis resultados (que había transmitido en conferencias, textos mecanografiados y discusiones), estaban en circulación diversamente malentendidos, más o menos aguados o mutilados. Ello instigó mi vanidad y tuve dificultades para aquietarla.

Pero si su orgullo era el origen de su deseo de publicar, también evitaba que lo hiciera. En septiembre ofreció el libro a Cambridge University Press, que consintió en publicar el original alemán con una traducción inglesa paralela. Aproximadamente un mes más tarde, sin embargo, la editorial se enteró de que Wittgenstein no estaba muy seguro de su publicación y de que el proyecto había sido aplazado.

Las dudas de Wittgenstein se debían a dos razones. Una, la más importante, era que cada vez estaba más insatisfecho con la segunda mitad del libro, que trataba de la filosofía de las matemáticas. La otra tenía que ver con los problemas de traducción de su libro.

Siguiendo la recomendación de Moore, Wittgenstein le pidió a Rush Rhees que se encargara de la traducción. Era una tarea formidable, no a causa de que el alemán de Wittgenstein fuera difícil (de la manera como, por ejemplo, es difícil el alemán de Kant), sino porque el lenguaje de Wittgenstein posee esa cualidad singularmente extraña de ser al mismo tiempo coloquial y esmeradamente preciso.

Rhees trabajó en la traducción durante todo el primer trimestre académico de 1938. Durante esa época se reunía regularmente con Wittgenstein para tratar los problemas que surgían. En enero de 1939 tuvo que abandonar Cambridge para visitar Estados Unidos, de modo que le dejó a Wittgenstein una copia mecanografiada de su trabajo. Éste, que no solía quedar complacido cuando los demás intentaban exponer sus ideas, se quedó horrorizado por lo que vio.

En esa época, la cuestión de tener una edición inglesa decente de su obra había adquirido una importancia que iba más allá de sus planes de publicación. Por aquel entonces había decidido solicitar la cátedra de filosofía, que había quedado vacante tras la dimisión de Moore, y quería remitir la parte traducida de su libro en apoyo a su solicitud. En cualquier caso, estaba convencido de que no le elegirían, primero porque entre los otros aspirantes se encontraba John Wisdom –a quien, estaba seguro, le concederían la plaza–, y segundo debido a que uno de los miembros del tribunal era R. G. Collingwood, de Oxford, que, no le cabía duda alguna, debía de sentir poca simpatía hacia su obra. Pero había un hecho que compensaba de sobra estas dos desventajas: otro de los miembros del tribunal era John Maynard Keynes. Wittgenstein se apresuró a mejorar la traducción de Rhees a tiempo para que Keynes leyera la versión inglesa. «No tengo ni que decir que todo el asunto es absurdo», le escribió a Moore, «pues no le encontraría ni pies ni cabeza por muy buena que fuera la traducción.»

Probablemente le habrían concedido la cátedra con o sin el apoyo de Keynes, y sin considerar tampoco la calidad de la traducción. En 1939 se le reconocía como el genio filosófico señero de su época. «Negarle la cátedra a Wittgenstein», dijo C. D. Broad, «habría sido como negarle a Einstein una cátedra de física.» El propio Broad no era un gran admirador de la obra de Wittgenstein; simplemente afirmaba un hecho.

El 11 de febrero Wittgenstein fue debidamente elegido catedrático. Inevitablemente, se trataba de una ocasión en la que expresar y condenar el orgullo. «Haber obtenido la cátedra es muy halagador y todo eso», le escribió a Eccles, «pero muchísimo mejor habría sido conseguir un empleo de abrir y cerrar un paso a nivel. No es que mi nuevo puesto me entusiasme (aunque a veces alimenta mi vanidad y mi estupidez).» Esto, a su vez, fue de gran ayuda a la hora de conseguir la ciudadanía británica, y el

2 de junio de 1939 recibió su pasaporte inglés. Por muy poco liberal que fuera su política de admisión de judíos austríacos, el gobierno británico no podía rechazarle la ciudadanía a un catedrático de filosofía de la Universidad de Cambridge.

Más serios que los problemas de traducción, en lo que se refería a la publicación de las observaciones de Wittgenstein, era su insatisfacción con lo que había escrito acerca de la filosofía de las matemáticas. En los tres trimestres de 1939 dedicó una serie de clases al tema. Hasta cierto punto, el enfoque es similar a las clases del año anterior acerca de estética y creencias religiosas, sólo que ahora son Russell y los *lógicos* quienes han hecho un daño infinito, y las matemáticas han de ser rescatadas de las garras de los teorizantes filosóficos. La estrategia de estas clases, de hecho, se había anunciado en las primeras clases sobre estética, cuando, al abordar la Prueba Diagonal de Cantor, expresó cuánto la aborrecía y su opinión de que sólo el «hechizo» de tales demostraciones (presumiblemente se refería a la fascinación que uno siente ante el hecho de que se pueda probar que existe un número infinito de cardinales infinitos y distintos) era lo que les daba interés. Dijo: «Haré todo lo posible para sacar a la luz los efectos de este hechizo y todo aquello que suele asociarse a la palabra "matemáticas"»:

> Al tratarse de las matemáticas... parece incontrovertible que eso le da un hechizo aún mayor. Si explicamos todo lo que rodea a la expresión, veremos que la cosa podría haberse expresado de una manera completamente distinta. Puedo expresarlo de un modo en el que perderá su hechizo para un gran número de personas, y ciertamente perderá su hechizo para mí.

El objetivo, por tanto, era reinterpretar las matemáticas: volver a exponerlas de tal manera que el reino matemático que había revelado la Prueba de Cantor fuera presentado no como un mundo fascinante a la espera del descubrimiento de los matemáticos, sino como una marisma, un cenegal de confusiones filosóficas. El matemático Hilbert había dicho una vez: «Nadie va a expulsarnos del paraíso que Cantor ha creado.» «Yo diría», dijo Wittgenstein a sus alumnos, «que ni se me pasaría por la cabeza intentar sacar a alguien de ese paraíso»:

> Haría algo bastante distinto: intentaría mostrar que no es un paraíso, de manera que pudiera abandonarse por voluntad propia. Yo diría: «Bienvenido a esto; simplemente mira a tu alrededor.»

Las clases sobre matemáticas forman parte del ataque general de Wittgenstein contra la idolatría profesada a la ciencia. De hecho, consideraba esta campaña como la parte más importante de esa lucha. «No hay nin-

guna confesión religiosa», escribió una vez, «en la que el mal uso de las expresiones metafísicas haya sido responsable de tantos pecados como lo ha sido en las matemáticas.» El «hechizo» ejercido por los metafísicos de las matemáticas era incluso más poderoso que el ejercido por libros como *El universo misterioso*, de Jeans, e incluso una influencia más poderosa a la hora de adorar a la ciencia. Y la adoración de la ciencia, según Wittgenstein, era el síntoma más significativo, quizá incluso una de las causas que más había contribuido a la decadencia de nuestra cultura.

Así pues, su tarea era destruir la metafísica. Una característica de esta serie de clases es que, al intentar llevar a cabo su tarea, y contrariamente a lo que había hecho anteriormente, aborda las matemáticas sin ningún tipo de complejidad técnica. Por ejemplo, y a diferencia de lo que había hecho en 1932-1933, no leía en voz alta extractos del libro de Hardy *Curso de matemática pura*; ni tampoco, tal como había hecho en la *Gramática filosófica*, somete demostraciones concretas (como por ejemplo la Demostración de la Ley Asociativa de Skolem) a un análisis riguroso y detallado. Los detalles técnicos son completamente eliminados. Cuando discute la Paradoja de Russell, por ejemplo, lo hace de un modo que, desde un punto de vista matemático, resulta extraordinariamente primitivo:

> Tomemos la contradicción de Russell. Hay conceptos que denominamos predicados: «hombre», «silla» y «lobo» son predicados, pero «Jack» y «John» no. Algunos predicados se representan a sí mismos y otros no. Por ejemplo, «silla» no es una silla, «lobo» no es un lobo, pero «predicado» es un predicado. Se podría decir que esto son tonterías. Y en cierto modo lo son.

Esta falta de complejidad tiene, creo yo, un propósito propagandístico. El uso de un lenguaje despreocupado y cotidiano por parte de Wittgenstein al abordar los problemas de la lógica matemática, y el calificar de «tonterías» esos problemas en los términos en que se habían planteado hasta entonces, sirve de antídoto contra la seriedad y formalidad con que los han tratado aquellos que se han dejado engañar por su «hechizo» (él mismo, por ejemplo, en 1911). Pero también ocurría que, para los problemas que él deseaba debatir, los detalles técnicos eran irrelevantes. «Todos los enigmas que abordaré», dijo en su primera clase, «pueden ejemplificarse mediante las matemáticas más elementales, con cálculos que podemos aprender desde los seis a los quince años, o con los que podríamos haber aprendido fácilmente, por ejemplo, la Prueba de Cantor.»

Esta serie de clases son de destacar porque entre los asistentes se encontraba uno de los exponentes más capacitados del punto de vista que Wittgenstein estaba atacando, y también uno de los más grandes matemáticos del siglo: Alan Turing. Durante el segundo trimestre académico del curso 1938-1939, Turing también dio una serie de clases bajo el título de «Fundamentos de las matemáticas». No podían haber sido más distintas de las de Wittgenstein. El curso de Turing era una introducción a la disci-

plina de la lógica matemática, en el que adentraba a sus alumnos en la técnica de probar teoremas matemáticos desde el interior de un sistema lógico estrictamente axiomático. Temiendo que alguien pensara que *sus* clases tenían algo que ver con los «fundamentos de las matemáticas» en este sentido, Wittgenstein anunció:

> Otra idea podría ser que yo fuera a dar clases acerca de una rama concreta de las matemáticas denominada «los fundamentos de las matemáticas». Existe tal rama, y de ella tratan los *Principia Mathematica*, etc. No voy a hablar de esto. No sé nada del tema; prácticamente sólo conozco el primer volumen de los *Principia Mathematica*.

No menciona el hecho de que durante una época se pensara en él (era idea de Russell y suya) como responsable de reescribir partes de los *Principia*. Sus clases de entonces tenían relación con esa rama de las matemáticas sólo en el sentido de que intentaban socavar la base de su existencia, e intentaban mostrar que: «Los problemas *matemáticos* de lo que se denominan fundamentos ya no son para nosotros los fundamentos de las matemáticas más de lo que una roca pintada es el pilar de una torre pintada.»

Con frecuencia las clases se convertían en un diálogo entre Wittgenstein y Turing, el primero atacando la importancia de la lógica matemática y el segundo defendiéndola. De hecho, la presencia de Turing se volvió tan esencial al tema de la discusión que cuando anunciaba que no asistiría a alguna clase, Wittgenstein les decía a sus alumnos que, por tanto, la clase sería «un tanto parentética».

La técnica de Wittgenstein no era reinterpretar ciertas pruebas en concreto, sino redescribir la totalidad de las matemáticas de tal manera que la lógica matemática apareciera como la aberración filosófica que él creía que era, y disolviendo enteramente la imagen de las matemáticas como una ciencia que descubre hechos acerca de los objetos matemáticos (números, series, etc.). «Una y otra vez», decía, «intentaré mostrar que lo que se denomina un descubrimiento matemático haría mejor en llamarse una invención matemática.» Según esta opinión, no había nada que el matemático pudiera descubrir. Una demostración matemática no establece la verdad de una conclusión; en lugar de eso fija el *significado* de ciertos signos. La «inexorabilidad» de las matemáticas, por tanto, no consiste en un *cierto conocimiento* de las verdades matemáticas, sino en el hecho de que las proposiciones matemáticas son *gramaticales*. Negar, por ejemplo, que dos y dos son cuatro no es estar en desacuerdo con una visión ampliamente compartida de un hecho; es mostrar ignorancia acerca del significado de los términos implicados. Es de presumir que Wittgenstein creía que si era capaz de convencer a Turing de que viera las matemáticas bajo esta perspectiva, podría convencer a cualquiera.

Pero no iba a convencer a Turing. Para él, al igual que para Russell y para la mayoría de matemáticos profesionales, la belleza de las matemáticas, su mismísimo «hechizo», residía precisamente en su poder de propor-

cionar, en un mundo por otro lado incierto, verdades irrebatibles. («¡Irrefutabilidad, tu nombre es matemáticas!», tal como lo expresó una vez W. V. Quine.) Al preguntarle en cierto momento si entendía lo que Wittgenstein estaba diciendo, Turing replicó: «Lo entiendo, pero no estoy de acuerdo en que sea una simple cuestión de dar nuevos significados a las palabras.» A esto, Wittgenstein –un tanto extravagantemente– comentó:

> Turing no pone objeciones a nada de lo que digo. Está de acuerdo con cada palabra. Pone objeciones a la idea que hay debajo. Cree que estamos socavando las matemáticas, introduciendo el bolchevismo en las matemáticas. En absoluto.

Era muy importante para la concepción que Wittgenstein tenía de su método filosófico que no hubiera desavenencias de opinión entre él y Turing. En su filosofía no proponía ninguna tesis, de manera que, ¿cómo se podía estar en desacuerdo con él? Cuando Turing una vez utilizó la frase: «Veo adónde quiere ir a parar», Wittgenstein reaccionó enérgicamente: «Yo no quiero ir a parar a ninguna parte.» Si Turing ponía objeciones a lo que decía Wittgenstein, sólo podía ser porque utilizara palabras de manera distinta de como lo hacía este último: solamente *podía* ser una cuestión de dar significados a las palabras. O, por contra, sólo podía ser una cuestión de que Turing no entendiera la manera como Wittgenstein utilizaba ciertas palabras. Por ejemplo, Turing solía decir que en matemáticas se podían hacer experimentos, es decir, que se podía llevar a cabo una investigación matemática con el mismo espíritu con el que se hacía un experimento en física. «No sabemos qué puede resultar de todo esto, pero veamos...» Para Wittgenstein, esto era bastante imposible; toda la analogía entre las matemáticas y la física era completamente errónea, y una de las fuentes más importantes de las confusiones que deseaba desenmarañar. Pero ¿cómo iba a dejarlo claro sin oponer ninguna concepción propia a la concepción de Turing? Tenía que: a) hacer que Turing admitiera que los dos utilizaban la palabra «experimento» en el mismo sentido; y b) hacerle ver que, en ese sentido, los matemáticos no hacen experimentos.

> Turing cree que él y yo estamos utilizando la palabra «experimento» de dos maneras distintas. Pero voy a mostrar que esto es falso. Es decir, creo que si pudiera explicarme con claridad, entonces Turing dejaría de decir que en matemáticas hacemos experimentos. Si pudiera disponer ciertos hechos bien conocidos en el orden adecuado, entonces quedaría claro que Turing y yo no utilizamos la palabra «experimento» de manera distinta.
>
> Podríais decir: «¿Cómo es posible que haya un malentendido tan difícil de eliminar?»
>
> En parte puede explicarse por una diferencia de educación.

También podría explicarse por el hecho de que Turing rehusaba aban-

donar su paraíso matemático, o porque sospechaba que Wittgenstein era un bolchevique. Lo que no podía explicarse, en opinión de Wittgenstein, era que hubiera una sustancial diferencia de opinión. «Obviamente», le dijo a su clase, «todo consiste en que yo no debo tener una opinión.»

Sin embargo, estaba bastante claro que Wittgenstein tenía opiniones muy firmes: opiniones que, además, estaban en desacuerdo con la concepción que la mayoría de matemáticos profesionales tenían del tema. Su insinuación de que Turing le encontraba sospechoso de «introducir el bolchevismo en matemáticas» es una alusión al ensayo escrito en 1925 por Frank Ramsey con el título de «Los fundamentos de las matemáticas», en el que hablaba de rescatar las matemáticas de la «amenaza bolchevique» de Browuer y Weyl, quienes, en su rechazo de la Ley del Tercio Excluso, habían considerado ilegítimas ciertas demostraciones corrientes del análisis convencional. A Turing, sin embargo, debía de haberle parecido que el bolchevismo de Wittgenstein era bastante extremista. Después de todo, no era la Ley del Tercio Excluso lo que Wittgenstein desafiaba, sino el principio de contradicción.

Todas las corrientes de pensamiento convencionales en el campo de los fundamentos de las matemáticas –logicismo, formalismo e intuicionismo– están de acuerdo en que si un sistema tiene en su seno una contradicción oculta, entonces hay que rechazarlo con el argumento de que no es consistente. De hecho, todo el asunto de proporcionarles a las matemáticas unos sólidos fundamentos lógicos tenía que ver con que el cálculo, tal como se considera tradicionalmente, es manifiestamente inconsistente.

En sus clases, Wittgenstein ridiculizaba esa preocupación por las «contradicciones ocultas», y era a eso a lo que Turing oponía su desacuerdo más enérgico y obstinado. Tomemos el caso de la paradoja del mentiroso. Wittgenstein sugería:

> En cierto modo, resulta muy extraño que esto haya desconcertado a nadie, mucho más extraordinario de lo que se podía pensar: que esto sea algo que preocupe a los seres humanos. Porque la cosa funciona así: si un hombre dice: «Estoy mintiendo», decimos que de ello se sigue que no está mintiendo, y que de ello se sigue que está mintiendo, etcétera. Bueno, ¿y qué? Se puede seguir así hasta que la cara se vuelva negra. ¿Por qué no? No importa.

Lo que es desconcertante de esta paradoja, intentaba explicar Turing, es «que uno generalmente utiliza una contradicción como criterio cuando ha hecho algo erróneamente. Pero en este caso no se puede encontrar nada erróneo». Sí, replicaba Wittgenstein, porque no *se ha hecho* nada erróneamente: «Uno podría decir»: "Esto sólo puede explicarse mediante una teoría de tipos." ¿Pero qué es lo que hay que explicar?»

Estaba claro que Turing tenía que explicar no sólo por qué era desconcertante, sino por qué *era importante*. El verdadero perjuicio causado por un sistema que contiene una contradicción, sugería, «no aparecerá

hasta que se aplique, en cuyo caso podría caerse un puente u ocurrir algo de ese tipo». En la siguiente clase regresó a la lucha, y pasaron casi toda la clase debatiendo la importancia de las «contradicciones ocultas»:

> *Turing*: Su cálculo no puede aplicarse con confianza hasta que sepa que no contiene ninguna contradicción oculta.
> *Wittgenstein*: Me parece que aquí hay un inmenso error. Pues su sistema de cálculo da ciertos resultados, y usted quiere que el puente no se caiga. Yo diría que las cosas pueden ir mal sólo en dos aspectos: o que se caiga el puente o que se haya equivocado al calcular; por ejemplo, que haya multiplicado mal. Pero usted parece creer que puede haber un tercer error: el sistema de cálculo es erróneo.
> *Turing*: No. A lo que yo me opongo es a que se caiga el puente.
> *Wittgenstein*: Pero ¿cómo sabe que se caerá? ¿No es ésa una cuestión de física? Podría ser que si uno arrojara un dado a fin de calcular el puente, éste nunca se cayera.
> *Turing*: Si uno coge el simbolismo de Frege y le da a alguien la técnica de multiplicar que contiene, entonces, utilizando la Paradoja de Russell, podría hacer una multiplicación errónea.
> *Wittgenstein*: Eso sería algo que no podríamos llamar multiplicación. Déle una regla para multiplicar, y cuando llegue a cierto punto podrá ir en dos direcciones, y una le llevará por un camino totalmente erróneo.

«Parece usted decir», sugirió Turing, «que si uno utiliza un poco de sentido común, no se mete en líos.» «No», tronó Wittgenstein, «eso NO es en absoluto lo que yo quiero decir.» En lugar de eso, lo que quería dar a entender era que una contradicción no puede hacer que uno se extravíe, pues no conduce a ninguna parte. Uno no puede hacer un cálculo erróneo con una contradicción, pues simplemente no puede utilizarla para calcular. Uno no puede hacer nada con las contradicciones, excepto perder el tiempo devanándose los sesos ante ellas.

Después de dos clases más, Turing dejó de asistir, convencido sin duda de que si Wittgenstein no admitía que una contradicción era una mácula fatal en un sistema matemático, entonces no había nada en común entre ellos. De hecho, debía de necesitarse bastante coraje para asistir a esas clases como único representante de todo lo que Wittgenstein atacaba, rodeado de los acólitos de éste y viéndose obligado a discutir los temas de una manera que le era poco familiar. Andrew Hodges, en su excelente biografía de Turing, expresa sorpresa ante lo que él considera apocamiento por parte de Turing durante esas discusiones, y lo ofrece como ejemplo del hecho de que, a pesar de las largas discusiones acerca de la naturaleza de una «regla» en matemáticas, Turing nunca ofreció una definición en los términos de las máquinas de Turing. Pero, seguramente, Turing se dio cuenta de que Wittgenstein ha-

bría desestimado esa definición como no pertinente; la discusión tenía lugar en un plano más fundamental. Wittgenstein atacaba no esta o esa definición, sino la mismísima motivación que daba origen a tales definiciones.

Con la segura excepción de Alister Watson, y la posible excepción de algún otro, es probable que muchos de los que asistían a esas clases no acabaran de comprender del todo lo que estaba en juego durante las discusiones entre Wittgenstein y Turing, ni acabaran de comprender cuán radicalmente las opiniones de Wittgenstein rompían con todo lo que se había escrito o dicho anteriormente sobre la filosofía de las matemáticas. Estas personas, por lo general, estaban más interesadas en Wittgenstein que en las matemáticas. Norman Malcolm, por nombrar a una de ellas, ha dicho que, aunque era consciente de que «Wittgenstein estaba haciendo algo importante», él «no entendió casi nada de las clases» hasta que volvió a estudiar sus apuntes diez años más tarde.

Por entonces, Malcolm estaba preparando su tesis doctoral en Harvard, y había llegado a Cambridge en el primer trimestre académico de 1938 para estudiar con Moore, cayendo rápidamente bajo el hechizo de la personalidad de Wittgenstein. Es en su semblanza donde esa personalidad se describe de manera más memorable y (en opinión de muchos de los que conocieron a Wittgenstein) más exacta. Wittgenstein se mostró muy receptivo ante la amabilidad y la comprensión de Malcolm, y durante la breve estancia de éste en Cambridge los dos se hicieron buenos amigos. Cuando Malcolm regresó a Estados Unidos se convirtió, al tiempo que en apreciado corresponsal, en un inestimable suministrador de la revista favorita de Wittgenstein, la *Detective Story Magazine* de Street & Smith, en una época en que las revistas norteamericanas eran imposibles de conseguir en Inglaterra.

Por qué Wittgenstein insistía –y a buen seguro que insistía; cuando Malcolm le enviaba otra revista diferente, Wittgenstein le amonestaba amablemente, preguntándole por qué había intentado ser original en lugar de atenerse a «lo bueno, antiguo y ya puesto a prueba»– en que le mandara la publicación de la editorial Street & Smith es un misterio: en esa época era casi imposible de distinguir de su más famoso rival: *Black Mask*. Ambas publicaban historias de duros detectives, escritas en su mayor parte por el mismo grupo de escritores, los más famosos de los cuales eran: Carroll John Daly, Norbert Davis, Cornell Woolrich y Erle Stanley Gardner. Raymond Chandler sólo publicó una historia en Street & Smith, una obra poco conocida titulada «Ningún crimen en las montañas», y en esa época Dashiell Hammett ya había dejado de escribir en ese tipo de publicaciones.

En un aspecto, al menos, el ethos del detective duro coincide con el del propio Wittgenstein: ambos, de manera distinta, desacreditan la importancia de la «ciencia de la lógica», ejemplificada en un caso por los

Principia Mathematica y en el otro por Sherlock Holmes. «No soy el tipo de detective que aparece en los libros de deducciones», explica Race Williams en una típica historia de la Street & Smith:

> Soy un individuo que trabaja duro, que no se arredra ante nada, que puede reconocer un delito en cuanto lo ve y actuar en ese mismo minuto, en el mismo segundo o incluso en una décima de segundo si intervienen las pistolas.

Este individuo honesto, rápido en actuar y en disparar, guarda un obvio parecido con las películas del Oeste, y probablemente no es coincidencia que los westerns fueran las películas favoritas de Wittgenstein. A finales de los años treinta, sin embargo, su gusto se amplió para incluir los musicales. Le dijo a Malcolm que sus actrices favoritas eran Carmen Miranda y Betty Hutton. Agotado y disgustado por sus clases, después de éstas, invariablemente iba a ver una «peli» acompañado por Malcolm, Smythies o algún otro amigo de la clase. Siempre se sentaba en la primera fila, donde podía estar totalmente inmerso en la película. Le describió la experiencia a Malcolm como «parecida a una ducha», que arrastraba sus pensamientos de la clase.

En esa época era costumbre tocar el himno nacional al final de la película, momento en el cual el público debía levantarse y permanecer inmóvil en señal de respeto. Ésta era una ceremonia que Wittgenstein no podía soportar, y salía del cine antes de que comenzara. También encontraba insoportables los noticieros que se proyectaban entre película y película. A medida que se acercaba la guerra con Alemania y los noticieros se volvían más patrioteros y jingoístas, la cólera de Wittgenstein aumentaba. Entre sus papeles se encuentra un borrador de una carta dirigida a quienes los rodaban, acusándoles de ser «los mejores alumnos de Goebbels». Fue en esa época cuando acabó su amistad con Gilbert Pattisson, que duraba ya desde hacia diez años, pues percibió en éste una actitud hacia la guerra que le resultaba jingoísta. Su amistad con Norman Malcolm se vio amenazada por algo similar. Al pasar junto a un quiosco, vieron un periódico en el que se leía la noticia de que los alemanes acusaban a los ingleses de haber intentado asesinar a Hitler; Wittgenstein comentó que no le sorprendería que fuera cierto. Malcolm objetó. Un acto así, dijo, era incompatible con el «carácter nacional» inglés. Wittgenstein reaccionó airadamente ante ese «primitivo comentario»:

> ... de qué sirve estudiar filosofía si todo lo que consigue es permitir hablar con cierta plausibilidad acerca de algunas cuestiones abstrusas de lógica, etc. y si no mejora la manera de pensar acerca de las cuestiones importantes de la vida cotidiana, si no hace ser más concienzudo que cualquier... periodista en el uso de frases PELIGROSAS que tales personas utilizan para sus propios fines.

La herida se curó antes de que Malcolm regresara a Estados Unidos en febrero de 1940, pero durante un tiempo Wittgenstein abandonó su hábito de dar un paseo con Malcolm antes de las clases.

Wittgenstein tenía razón al mostrarse cauto ante el sentimiento nacionalista antialemán que se esgrimía con prontitud ante la inminente guerra. El día en que ésta se declaró, el 3 de septiembre de 1939, él y Skinner estaban en Gales, visitando a Drury y alojados en un hotel en Pontypridd. A la mañana siguiente se le dijo que tenía que presentarse en comisaría, pues su apellido alemán había despertado las sospechas de la encargada del hotel. Por entonces ya era ciudadano británico, y no tuvo problemas para demostrarlo, aunque, tal como les dijo a Skinner y a Drury, en el futuro tendría que ir con mucho cuidado.

Durante los dos primeros años de la guerra, Wittgenstein fue obligado a seguir dando clases en Cambridge, a pesar de sus arduos esfuerzos por encontrar un trabajo alternativo relacionado con el esfuerzo de guerra, como unirse a la brigada de salvamento. En septiembre de 1937, cuando las cosas no le iban bien en su trabajo, se instó a sí mismo a hacer otra cosa. Pero «¿cómo encontraría las fuerzas para hacer ahora algo distinto», había preguntado, «a menos que me obliguen, como en la guerra?» Cuando llegó la guerra se encontró con que, lejos de obligarle a hacer otra cosa, se evitaba que la hiciera. Las puertas para que hiciera algo «útil» se cerraban ante su nombre alemán y su origen austríaco. Mientras proseguía dando clases en Cambridge y trabajando en la segunda mitad de su libro, anhelaba estar lejos de Cambridge y hallarse, de una manera u otra, involucrado en la lucha. «Siento que moriré lentamente si me quedo aquí», le dijo a John Ryle. «En lugar de eso preferiría arriesgarme a morir rápidamente.»

Infructuosamente intentó disuadir a Malcolm de que siquiera una carrera académica (estaba seguro de que nunca se le ofrecería un puesto académico: era «demasiado serio»). En lugar de eso, ¿no podía Malcolm hacer alguna labor manual? ¿En un rancho o en una granja, digamos? Malcolm declinó. Regresó a Harvard, leyó su tesis doctoral y aceptó un puesto docente en Princeton. En sus cartas, Wittgenstein repetía sus advertencias. Tras felicitar a Malcolm por su doctorado, le instaba a que hiciera buen uso de él y no engañara a los estudiantes: «Porque a menos que esté muy equivocado, *eso* es lo que se espera de usted.» Deseándole suerte en su puesto académico, de nuevo ponía énfasis en que, para Malcolm, la tentación de engañar a los alumnos sería abrumadora: «*Sólo mediante un milagro* será usted capaz de hacer un trabajo decente enseñando filosofía.»

Cuando la guerra estalló, el período de aprendizaje de Skinner en la Cambridge Instrument Company había acabado, y parece ser que intentó regresar al trabajo teórico. En una carta fechada el 11 de octubre de 1939, escrita desde Leeds, menciona que está colaborando en un libro (se supone que en un libro de texto de matemáticas) con su antiguo tutor de

matemáticas, Ursell. Es de presumir que el proyecto fue abandonado (al menos he sido incapaz de encontrar trazas de que se publicara un libro así). En la carta, Skinner habla de lo difícil que le resulta este tipo de trabajo, y menciona que pronto podría regresar a Cambridge para buscar un empleo. También alude a una especie de ruptura entre él y Wittgenstein, un problema en sus relaciones, del que, como es típico en él, asume toda la culpa:

> Me siento infeliz por haberte dado motivos para escribir que tienes la sensación de que estoy lejos de ti. Es terrible por mi parte haber actuado de un modo que pudiera aflojar el vínculo que nos une. Para mí sería una catástrofe si algo le ocurriera a nuestra relación. Por favor, perdóname por lo que he hecho.

No dice qué había hecho, y sin duda no lo sabía; sólo sabía que estaba perdiendo el amor de Wittgenstein. Tras su regreso a Cambridge, él y Wittgenstein ya no vivían juntos: él en East Road y Wittgenstein en sus habitaciones predilectas en Whewell's Court.

Tras la muerte de Skinner, Wittgenstein se recriminó repetidamente haberle sido infiel durante los dos últimos años de su vida. Una conjetura razonable es que esta culpa guarda relación con los sentimientos de Wittgenstein hacia un joven de clase obrera colega de Skinner, Keith Kirk. Kirk, que por entonces tenía diecinueve años, trabajaba con Skinner de aprendiz, y se hicieron amigos cuando comenzó a interrogar a Skinner acerca de cuestiones matemáticas y mecánicas referentes a los instrumentos que utilizaban. Skinner, que era demasiado reticente como para ser un buen profesor, le presentó a Wittgenstein, y desde entonces Wittgenstein le dio a Kirk clases de física, matemáticas y mecánica regularmente para ayudarle en los exámenes profesionales del City and Guilds.*

Para Kirk, estas clases impartidas por un profesor de Cambridge no eran sino una fuente de ayuda inesperada y en extremo bienvenida, y una oportunidad extraordinaria. A partir del diario de Wittgenstein, sin embargo, parece ser que éste pensaba en la relación más de lo que uno esperaría.

> Veo a K una o dos veces por semana; pero dudo sobre si nuestra relación es la correcta. Ojalá sea genuinamente buena. [13 de junio de 1940.]
>
> *Todo el día* ocupado en pensar acerca de mis relaciones con Kirk. En su mayor parte, *muy* insinceras e infructuosas. Si anotara esos pensamientos, se vería lo bajos y deshonestos... lo *indecentes* que son. [7 de octubre de 1940.]

* El examen del City and Guilds era un examen de formación profesional de nivel muy alto, y quien lo aprobaba podía estar seguro de obtener un empleo muy bien remunerado. *(N. del T.)*

A lo largo de 1940 y la primera mitad de 1941, Kirk acudió regularmente a las habitaciones de Wittgenstein en el Trinity para recibir clases gratuitas. Wittgenstein enseñaba sin libro de texto; en lugar de eso le hacía a Kirk una serie de preguntas y le obligaba a pensar el problema desde sus principios. De este modo, una lección podía comenzar con Wittgenstein preguntándole a Kirk qué sucede cuando el agua hierve...: ¿Qué son las burbujas? ¿Por qué suben a la superficie?, etcétera. Lo mucho o poco que Kirk aprendiera de estas clases, por tanto, dependía en gran medida de su propia capacidad para pensar, y, al igual que en las clases de filosofía de Wittgenstein, con frecuencia había largos silencios. Sin embargo, y según Kirk, lo que aprendió en esas clases le ha acompañado desde entonces, y la manera de pensar enseñada por Wittgenstein le ha proporcionado un duradero beneficio.

Kirk nunca tuvo la menor idea de que los sentimientos de Wittgenstein fueran otra cosa que los de un profesor que desea ofrecer ayuda. Tras las clases, de vez en cuando acompañaba a Skinner y a Wittgenstein al cine a ver una película del Oeste, pero, aparte de eso, no veía mucho a Wittgenstein fuera de esas clases particulares.

Las lecciones finalizaron en 1941, cuando el Ministerio de la Guerra envió a Kirk a trabajar a Bournemouth, en el Departamento de Investigación Aérea. El traslado puso fin a los estudios para su examen del City and Guilds. Wittgenstein hizo lo que pudo para seguir en contacto con él. Una vez fue hasta Bournemouth para ver cómo le iba a Kirk, y cuando éste regresaba a Cambridge, Wittgenstein invariablemente se las arreglaba para verle.

Fue durante una de estas últimas visitas cuando Wittgenstein inquietó mucho a Kirk al informarle de que Francis había estado seriamente enfermo de la polio, y que le habían ingresado en el hospital. Unos pocos días más tarde, el 11 de octubre de 1941, Francis murió.

La reacción inicial de Wittgenstein fue de delicada contención. En cartas escritas a amigos informándoles de la muerte de Francis alcanza un tono de serena dignidad. A Hutt, por ejemplo, le escribió:

> Mi querido Ro(w)land:
>
> Tengo que darte terribles noticias.
>
> Hace cuatro días Francis cayó enfermo de poliomelitis y murió ayer por la mañana. Murió sin *ningún* dolor o lucha, *enteramente* en paz. Yo estuve con él. Creo que ha tenido una de las vidas más felices que conozco, y también la muerte más pacífica.
>
> Te deseo buenos y amables pensamientos.
>
> Como siempre,
> Ludwig

Sin embargo, para cuando llegó el funeral su contención había desaparecido. La hermana de Skinner ha descrito que se comportó como un «animal salvaje y asustado» durante la ceremonia, y recuerda que después

de ésta rechazó ir a casa, y fue visto caminando por Letchworth con el doctor Burnaby, el tutor del Trinity, con un aspecto «bastante huraño». En cualquier caso, no se le había recibido sin reservas en la casa paterna de Skinner. La familia de éste desconfió siempre de la influencia que había ejercido sobre un muchacho tan delicado, y su madre, que creía que su trabajo en la Cambridge Instrument Company había acelerado la muerte de Francis, se negó a hablar con Wittgenstein durante el funeral.

Pero la culpa que Wittgenstein sentía en relación a la muerte de Francis nada tenía que ver con la manera en que le había influido. Tenía más que ver con asuntos interiores: con los sentimientos que Wittgenstein había experimentado hacia Francis durante los últimos años de su vida. El 28 de diciembre de 1941, escribió:

> Pienso mucho en Francis, pero siempre con remordimiento por mi falta de amor; no con gratitud. Su vida y su muerte sólo parecen acusarme, pues durante los dos últimos años de su vida con frecuencia no le he amado, y en mi corazón le he sido infiel. Si él no hubiera sido tan ilimitadamente gentil y leal, no habría sentido *ningún* amor hacia él.

Inmediatamente tras este párrafo sigue discutiendo sus sentimientos por Kirk: «Veo a Keith con frecuencia, y realmente no sé lo que esto significa. Merecida decepción, angustia, preocupación, incapacidad para amoldarme a un esquema vital.» Más o menos siete años más tarde, en julio de 1948, escribió: «Pienso mucho en la última vez que estuve con Francis; en la manera detestable en que me comporté; soy incapaz de ver cómo podré librarme de esta culpa.»

El encaprichamiento de Wittgenstein por Kirk –totalmente inexpresado, no reconocido y en absoluto recíproco– ejemplifica en su forma más pura un rasgo que había caracterizado sus anteriores amores con Pinsent o Marguerite; a saber, una cierta indiferencia hacia los sentimientos de la otra persona. El hecho de que ni Pinsent ni Marguerite –y desde luego tampoco Kirk– estuvieran enamorados de él parece que no afectó su amor por ellos. De hecho, quizá era capaz de amarlos más fácilmente, pues podía conducir la relación de una manera segura, en el espléndido aislamiento de sus sentimientos. El solipsismo filosófico que una vez le había atraído, y al que atacaría en gran parte de su obra posterior (a la que caracterizó como un intento de enseñar a la mosca a salir de la botella que la encierra), tiene su paralelo en el solipsismo emocional que regía sus impulsos románticos. Con Francis tal aislamiento se veía amenazado, y, a la vista de la amenaza, Wittgenstein se había retraído, al igual que los puercoespines en la fábula de Schopenhauer, tras su espinoso exterior.

IV. 1941-1951

21. TRABAJO DE GUERRA

Durante los dos primeros años de la guerra, Wittgenstein hablaba con frecuencia de su frustración por no ser capaz de encontrar trabajo fuera de la vida académica. Le parecía intolerable enseñar filosofía mientras se libraba una guerra, y más que cualquier otra cosa quería poder contribuir al esfuerzo de ésta. Su oportunidad de hacerlo le llegó a través de su amistad con el filósofo de Oxford Gilbert Ryle. El hermano de Gilbert, John Ryle, era profesor regio* de física en Cambridge, pero en 1940 había regresado al Guy's Hospital para prestar su ayuda ante el inminente bombardeo alemán contra Inglaterra. En septiembre de 1941 Wittgenstein escribió a John Ryle pidiéndole que se citaran en el Guy's. Ryle le invitó a almorzar, y quedó muy impresionado. «Es uno de los filósofos más famosos del mundo», le escribió a su mujer. «Lleva una camisa abierta de color verde y tiene una cara bastante atractiva.»

> Y lo cierto es que después de varios años como catedrático del Trinity, lejos de estar embreado de la misma pátina que los demás, está abrumado por la falta de vida del lugar. Me dijo: «Creo que moriré lentamente si me quedo aquí. Preferiría arriesgarme a morir rápidamente.» Así que quiere trabajar en algún humilde empleo manual en un hospital y renunciar a su cátedra si es necesario, pero no quiere que se hable de eso. Y quiere un empleo en la zona de los bombardeos. El departamento de trabajo está dispuesto a aceptarle para hacer trabajos esporádicos a las órdenes de trabajadores de más edad que se encargan de las reparaciones del hospital. Creo que se da cuenta de que su mente funciona de manera tan distinta de la de la mayoría de la gente que sería estúpido probar ningún tipo de trabajo de guerra basado en la inteligencia. Esta noche le he escrito para hablarle del trabajo, pero no me he esforzado demasiado en convencerle.
>
> Algún día he de llevarlo a casa, y también a uno o dos de los canadienses para que los conozcas.

Está claro que Wittgenstein no necesitaba que lo convencieran, pues más o menos una semana después de que se escribiera esta carta

* Profesor que ocupa una cátedra fundada o sostenida por la Corona. *(N. del T.)*

comenzó a trabajar en el Guy. Pero no como encargado de las reparaciones esporádicas, sino como ayudante en el dispensario.

John Ryle respetaba el deseo de Wittgenstein de que su cambio de empleo de profesor de filosofía en Cambridge a ayudante del dispensario en el Guy's Hospital no despertara comentario alguno, y parece ser que no mencionó a ninguno de los miembros del personal del Guy's que el nuevo empleado era «uno de los filósofos más famosos del mundo». Indicativo de esta discreción es el hecho de que Humphrey Osmond, un buen amigo de Ryle y editor durante la guerra del *Guy's Gazett* (y por tanto siempre a la búsqueda de una historia interesante), no averiguara que Wittgenstein había estado en el Guy hasta después de la publicación de la semblanza de Malcolm en 1958. Es una suerte que Ryle mantuviera silencio, pues si la *Gazette* hubiera publicado la noticia de «Famoso filósofo en el Guy» no hay duda de que Wittgenstein habría reaccionado con toda su cólera.

Mientras estaba en el Guy, Wittgenstein vivía y cenaba con el personal médico en Nuffield House. (Esto mismo habría sido suficiente para distinguirle de los demás ayudantes del hospital, pues el personal no médico vivía fuera de la zona del hospital y no cenaba con los médicos.) Poco después de su llegada a Nuffield House, durante la cena fue saludado de manera entusiasta por el hematólogo del hospital, el doctor R. L. Waterfield. Waterfield había estado en Cambridge y había asistido a las reuniones del Club de Ciencia Moral. Al ser reconocido, Wittgenstein se puso blanco como una sábana y dijo: «¡Por el amor de Dios, no le diga a nadie quién soy!» Pero ya fuera a través de Waterfield o de alguna otra fuente –y a pesar del hecho de que la *Guy's Gazzete* jamás publicó la historia– muchos miembros del personal sabían perfectamente quién era Wittgenstein. Todos los que le conocían le llamaban «profesor Wittgenstein».

El trabajo de Wittgenstein como ayudante en el dispensario consistía en distribuir medicamentos a las distintas salas, donde, según la mujer de John Ryle, Miriam, aconsejaba a las pacientes que no las tomaran. Su jefe en el dispensario era Mr. S. F. Izzard. Cuando se le preguntó si recordaba a Wittgenstein, Izzard replicó: «Sí, perfectamente. Estuvo trabajando aquí, y a las tres semanas de haber empezado vino y me explicó cómo había que dirigir este lugar. Sabe, era un hombre acostumbrado a pensar.» Tras un breve tiempo, pasó a trabajar de técnico farmacéutico en el laboratorio de fabricación, donde uno de sus deberes era preparar el urgüento Lassar para el departamento de dermatología. Cuando Drury le visitó en el Guy, un miembro del personal le dijo que nadie había producido anteriormente un ungüento Lassar de tanta calidad.

Wittgenstein llegó al Guy con la necesidad de encontrar un amigo. Tras la muerte de Francis, y con la marcha de Kirk a Bournemouth, estaba desesperadamente solo. Necesitaba algún tipo de contacto emocional.

«*¡Una palabra* procedente de tu corazón», le había escrito a Rowland Hutt el 20 de agosto de 1941, «significaría más para mí que tres páginas salidas de tu cabeza!» Y el 27 de noviembre: «Soy incapaz de escribir acerca de Francis, y lo que me cuentas de él, aunque en algún sentido es cierto, de algún modo no casa con lo que *yo* pienso de él.» Le habló a Hutt de su trabajo en el dispensario, de cómo ganaba veintiocho chelines a la semana y de lo duro que era el trabajo. «Espero que mi cuerpo sea capaz de aguantar. Mi alma está *muy* cansada, y en absoluto se encuentra en buen estado; quiero decir, no está en absoluto como debería.» «Quizá», añadió, «el vernos nos sea de ayuda en algún sentido.»

Para Wittgenstein era importante que si él y Hutt se reunían, fuera por un tiempo lo suficientemente largo como para que significara algo. En cartas subsiguientes puso énfasis en la importancia de que se vieran un domingo, el único día en que no trabajaba en el hospital:

> Sin embargo, si *no puedes* venir en domingo, entonces servirá un día entre semana. En este caso, sería poco aconsejable que llegaras aunque fuera media hora tarde; pues, dadas las circunstancias, nos será muy fácil estropearlo todo, ¡y eso es siempre algo tan poco deseable!

«Por lo general», le explicaba en otra carta, «no es un buen plan *para personas como nosotros* el que nos veamos *apresuradamente*. Si es posible, deberíamos estar juntos pausadamente.» Cuando Hutt demostró cierta vacilación acerca del encuentro propuesto, Wittgenstein le dijo que esperaran tres meses antes de verse:

> Puesto que cuando escribes te parece difícil decir que quieres verme, ¿por qué deberías verme? Quiero ver gente que quiera ver*me*; y si llega el momento (y quizá llegue pronto) en que nadie quiera verme, creo que no veré a nadie.

El miedo a que su cuerpo no fuera capaz de enfrentarse al trabajo de un ayudante de dispensario era real. Por entonces tenía cincuenta y dos años, y comenzaba a parecer (y a sentirse) *viejo*. «A las cinco, cuando acabo de trabajar», le dijo a Hutt, «estoy tan cansado que apenas puedo moverme.» Pero si su cuerpo era débil, su espíritu estaba, a raíz de la muerte de Francis, casi destrozado. Pasó las Navidades con la familia Barbrooke, dueña de la tienda de comestibles de East Road, situada en la planta baja del edificio donde vivía Francis. Fue una ocasión melancólica. La víspera de Año Nuevo le escribió a Hutt:

> ¡Por lo general me siento solo y tengo miedo a los meses y años que me esperan!... Espero que disfrutes de cierta felicidad y que la aprecies, sea cual sea la que poseas, más de lo que yo lo hago.

El día de Año Nuevo de 1942, John Ryle cumplió la promesa que le

había hecho a su mujer y llevó a Wittgenstein a su casa de Sussex para que la conociera. Felizmente, el encuentro figura en el diario de su hijo, Anthony, que por entonces tenía catorce años. Sus primeras impresiones no fueron del todo favorables:

> Papá y otro profesor austríaco (?) llamado Winkenstein (¿cómo se escribe?) llegaron a las 7.30. Papá bastante cansado. Wink es terriblemente raro; no habla muy bien inglés, aún dice «quiero decir» [*I mean*] y «es "tolerable"» [«*it's tolerable*»] cuando quiere decir intolerable (*intolerable*).

Al final del día siguiente, aunque se acerca más a la correcta ortografía del nombre de Wittgenstein, Anthony estaba lejos de haber sido conquistado por el nuevo amigo de su padre:

> Por la mañana, papá, Margaret, unas cabras, Tinker y yo fuimos a dar un paseo. Había helado pero hacía sol. Witkinstein pasó la mañana con los refugiados. Cree que somos terriblemente crueles con ellos.
>
> Pasamos la mañana discutiendo: es una persona imposible, cada vez que tú dices algo él dice: «No. No, ésa no es la cuestión.» Probablemente no es su cuestión, pero sí la nuestra. Una persona agotadora de escuchar. Después del té le enseñé los alrededores y él me suplicó que fuera amable con los niños pequeños que son desgraciados –él se va demasiado al otro extremo–; mamá quiere que sean buenos cuidadanos, él quiere que sean felices.

Los Ryle alquilaron una granja en Sussex, y los «niños pequeños que son desgraciados» eran refugiados: dos muchachos de clase obrera de Portsmouth que Mrs Ryle había recogido como afirmación política. Se unieron a un grupo de niños que ella organizó para que tejieran guantes para la Cruz Roja Rusa. Aunque ella cuidaba bien de estos niños, es evidente que mantenía una estricta disciplina entre ellos. A veces, cuando John Ryle estaba en casa, o cuando tenía visitas, la familia Ryle mantenía hasta cierto punto algunas distancias con los refugiados: por ejemplo cenaban en habitaciones aparte. Mientras Wittgenstein se alojó allí, insistió en mostrar su apoyo y simpatía por los niños cenando con ellos.

Es fácil ver por qué Wittgenstein apreciaba y respetaba a John Ryle. Al igual que Wittgenstein, Ryle no acababa de encajar en la vida académica de Cambridge, y está claro que compartía la preferencia de Wittgenstein por los peligros de trabajar en un hospital en la zona de bombardeos a la «falta de vida» de Cambridge. En Cambridge había sido políticamente activo, y se había presentado a las elecciones de 1940 como candidato independiente de la izquierda. A partir de 1938 había participado en la tarea de sacar de Austria y Alemania a los médicos judíos que aún estaban allí (presumiblemente ése es el motivo por el que Anthony Ryle describe a Wittgenstein como «otro profesor austríaco»).

La amabilidad de Ryle es recordada con afecto y gratitud por numero-

sos miembros del personal que trabajó en el Guy durante la época de los bombardeos. Muchos de ellos eran jóvenes, y, contrariamente a Ryle, que había servido en la Primera Guerra Mundial, no tenían experiencia alguna en la guerra. Los recuerdos de Humphrey Osmond sobre el peligro que entrañaba trabajar en el Guy durante los intensos bombardeos –y la inspiración de Ryle a la hora de ayudar al personal a enfrentarse a esos peligros– son característicos:

> Decenas de bombas fueron lanzadas sobre el hospital y al menos una docena, de las que algunas estallaron y otras no, cayeron sobre el edificio... Bajo la presión del bombardeo y teniendo muchas bajas, el poco personal que quedaba en el Guy se conocía muy bien entre sí... Yo solía vigilar la llegada de las bombas desde el tejado del Guy... Pasábamos mucho tiempo chismorreando y tomando té... Solíamos instalarnos en el sótano de Nuffield House. Ryle era un hombre juicioso e inteligente, cuya serenidad, que había templado en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, era un gran apoyo para aquellos a quienes, como yo, no les gustaba que les bombardearan.

En abril Wittgenstein sufrió una operación en el Guy, y le sacaron un cálculo biliar que le había importunado durante años. Su desconfianza hacia los médicos ingleses (solía creer que tanto la muerte de Ramsey como la de Skinner podrían haberse evitado de haber recibido los cuidados médicos adecuados) le impulsaron a insistir en permanecer consciente durante la operación. Rechazando que le administraran anestesia general, se hizo instalar espejos en la sala de operaciones para poder observar lo que estaba ocurriendo. Para ayudarle en lo que sin duda era una experiencia dolorosa, John Ryle le hizo compañía durante toda la operación, cogiéndole de la mano.

Aparte de Ryle, los pocos amigos de Wittgenstein en el Guy eran técnicos más que médicos. Uno de ellos era Naomi Wilkinson, radiotelegrafista y prima de Ryle. Miss Wilkinson solía organizar veladas gramofónicas en el hospital, a las que Wittgenstein asistía regularmente. Mostraba gran interés en la elección de los discos, y con frecuencia era muy crítico con la selección. Como resultado de este común interés por la música, él y Miss Wilkinson se hicieron amigos, y, al igual que hacía con muchos de sus amigos, la invitaba a tomar el té en Lyons. En una de estas ocasiones ella le preguntó que cuántas personas creía él que comprendían su filosofía. El meditó la pregunta largo tiempo antes de responder: «Dos... y una de ellas es Gilbert Ryle.» Por desgracia, no dijo quién era la segunda. Y quizá su elección de Gilbert Ryle no indique otra cosa que, aun rebasados los cincuenta años, no había perdido sus buenos modales de la infancia, su inclinación a decir cosas que pudieran complacer a los demás.

Puede que las veladas gramofónicas de Naomi Wilkinson proporcionaran uno de los elementos de un sueño que Wittgenstein anotó mientras trabajaba en el Guy.

> Esta noche he soñado: mi hermana Gretl le daba un regalo a Louise Politzer: un bolso. Vi el bolso en el sueño, o mejor dicho su cierre de acero, que era muy grande y cuadrado y primorosamente construido. Parecía uno de esos complicados candados que a veces se ven en los museos. En este cierre había, entre otras cosas, un mecanismo mediante el cual las palabras «De tu Gretl», o algo parecido, se pronunciaban a través del ojo de la cerradura. Pensaba en lo intrincado que debía de ser el mecanismo de este dispositivo, y en si era una especie de gramófono y de qué material podían estar hechos los discos, si quizá eran de acero.

El propio Wittgenstein no da ninguna interpretación de este sueño, pero dado el interés que sentía en esa época por la obra de Freud, su anterior utilización de la metáfora de una cerradura para describir la idea central de Freud, y el hecho de que Gretl era el miembro de la familia más estrechamente relacionado con Freud, creo que es posible considerar que este sueño *trata* de la interpretación de los sueños. Los sueños parecen decir algo, una diestra utilización de la obra de Freud nos permitirá oír lo que dicen (a través, digamos, del ojo de la cerradura de las teorías de Freud), pero el mecanismo que hay detrás del hecho de que digan algo y el material a partir del cual los sueños construyen sus símbolos (lo consciente) constituyen una cuestión intrincada y compleja, demasiado compleja como para ser comprendida en términos de la bastante tosca analogía de Freud con la mecánica del siglo XIX.

De cualquier modo, ésos eran los temas centrales de las discusiones que Wittgenstein sostenía con Rhees en el verano de 1942. Fue a Swansea a visitar a Rhees en parte para recuperarse de su operación, y los dos daban largos paseos por la costa de Gales del Sur, a lo que Wittgenstein era muy aficionado. En esa época no había muchas personas a quienes Wittgenstein considerara interlocutores válidos para la discusión filosófica, y Rhees era una de ellas. Sin embargo, resulta sorprendente que, en una época en que su trabajo filosófico se centraba principalmente en la filosofía de las matemáticas, sus conversaciones con Rhees trataran de la naturaleza de las explicaciones de Freud en el campo de la psicología.

En *cierto* sentido, Wittgenstein ponía énfasis, las imágenes de un sueño podrían ser vistas como símbolos, y en ese sentido podemos hablar de un lenguaje del sueño, aun cuando el que sueña no comprenda los símbolos. Este sentido puede aparecer cuando discutimos el sueño con alguien que lo interpreta y aceptamos esta interpretación. De modo parecido, cuando dibujamos garabatos aparentemente sin significado alguno y un analista nos hace preguntas y busca asociaciones, podemos llegar a una explicación de por qué dibujamos lo que dibujamos: «entonces podemos referirnos a los garabatos como a un tipo de escritura, como si utilizáramos un tipo de lenguaje, aunque no sea comprendido por nadie». Pero era importante para Wittgenstein disociar esta explicación de las que ofrecía la ciencia. Las explicaciones de sueños y garabatos no proceden de la aplicación de leyes, «y para mí, el hecho de que *no* existan tales leyes me pa-

rece importante». Las explicaciones de Freud tienen más en común con la mitología que con la ciencia; por ejemplo, Freud no da ninguna prueba de su opinión de que la angustia es siempre una repetición de la que sentimos al nacer, y aun así «es una idea que posee un notable atractivo»:

> Tiene el mismo atractivo que las explicaciones mitológicas, explicaciones que dicen que esto es la repetición de algo que ha sucedido antes. Y cuando la gente acepta o adopta esta explicación, entonces ciertas cosas les parecen más claras y más fáciles.

Las explicaciones de Freud, por tanto, son semejantes a las aclaraciones que ofrece la propia obra de Wittgenstein. Proporcionan una teoría mecánica, pero no causal:

> ... algo que la gente se siente inclinada a aceptar y que les facilita el seguir ciertas pautas: hace que ciertas pautas de comportamiento y pensamiento les parezcan naturales. Han abandonado una manera de pensar y adoptado otra.

En esa época Wittgenstein se describía a sí mismo ante Rhees en ese sentido como «discípulo» o «seguidor» de Freud.

Los intereses filosóficos de Wittgenstein durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial se centraron en la filosofía de las matemáticas. Casi todo lo que escribió en esa época es un intento de mejorar las observaciones escritas durante sus últimos meses en Noruega, y de este modo mejorar la parte de las *Investigaciones* que se basaba en ellas. Durante la época que trabajó en el Guy llenó tres cuadernos de observaciones sobre matemáticas. Éstas, junto con el volumen manuscrito que las compila, han sido publicadas, y constituyen las Partes IV, V, VI y VII de las *Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas.*

Aunque en líneas generales no se diferencia mucho de su trabajo anterior sobre el tema, el asalto a la lógica matemática se expresa en términos más cáusticos. Se trata quizá de su obra más polémica.

En su ensayo «Matemáticas y los metafísicos», Russell ofrece el más perfecto resumen de cuál era el objetivo de la polémica de Wittgenstein. «Uno de los triunfos principales de la matemática moderna», escribe Russell, «consiste en haber descubierto qué son realmente las matemáticas»:

> Toda la matemática pura –aritmética, análisis y geometría– se construye mediante combinaciones de las primitivas ideas de lógica, y sus proposiciones se deducen de axiomas generales de lógica, tales como los silogismos y otras reglas de inferencia... De este modo, la lógica formal y las matemáticas tratan de lo mismo.

Prosigue discutiendo los problemas de lo infinitesimal, el infinito y la continuidad:

> En nuestra época, tres hombres –Weierstrass, Dedekind y Cantor– no sólo han contribuido enormemente a la solución de estos problemas, sino que los han solventado completamente. Las soluciones, para aquellos familiarizados con las matemáticas, son tan claras como para que no quede la más ligera duda o dificultad. Este logro es probablemente el más grande de que puede jactarse nuestra época.

La obra de Wittgenstein es un ataque a la concepción de las matemáticas aquí esbozada y a la actitud hacia ellas que revela. «¿Para qué quiero tomarme la molestia de averiguar lo que son las matemáticas?», se pregunta en uno de los cuadernos escritos durante esa época en el Guy.

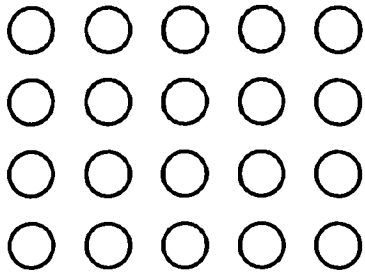
> Porque tenemos unas matemáticas, y una concepción especial de ellas, como si fueran un ideal de cuál ha de ser su posición y su función, y esto es algo que hay que dejar muy claro.
>
> Mi tarea no es atacar la lógica de Russell desde dentro, sino desde fuera.
>
> Es decir: no atacarla matemáticamente –de otro modo estaría haciendo matemáticas–, sino su actitud, su oficio.

Para Wittgenstein, no estaba demostrado que la lógica formal tratara de lo mismo que las matemáticas; decir lo contrario «es casi como si uno intentara decir que la ebanistería consiste en encolar». Y tampoco la lógica matemática nos ha llegado a mostrar lo que son las matemáticas. En lugar de eso, «ha deformado completamente el pensamiento de los matemáticos y los filósofos». Y la obra de Weierstrass, Dedekind y Cantor, lejos de ser el mayor logro de nuestra época, era, en relación al resto de las matemáticas: «un crecimiento canceroso, que parece haber surgido del cuerpo normal sin objetivo y sin sentido».

A fin de mostrar que la lógica y las matemáticas eran técnicas distintas, y que los resultados de la lógica matemática no tienen la importancia que Russell les atribuye (a la hora de comprender los conceptos de infinito, continuidad y lo infinitesimal), Wittgenstein intenta algunas líneas de ataque, incluyendo, por ejemplo, intentar demostrar que las ideas de infinito, continuidad y lo infinitesimal, tal como se utilizan en matemáticas y en la vida cotidiana, no han sido clarificadas por las definiciones de Cantor, Dedekind y Weierstass, sino, por contra, distorsionadas.

Pero el centro de su ataque consiste en intentar mostrar que los métodos de demostración típicos de las matemáticas no son análogos a los que se utilizan en lógica. Una demostración lógica consiste en una serie de proposiciones cuya intención es establecer la verdad de una conclusión. Lo que Wittgenstein quiere demostrar es que, en matemáticas, una demostración consiste más bien en una serie de *imágenes* cuya intención es establecer la utilidad de una técnica.

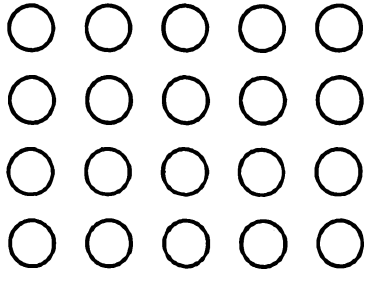
Por ejemplo, no ve ninguna razón por la que esta imagen:



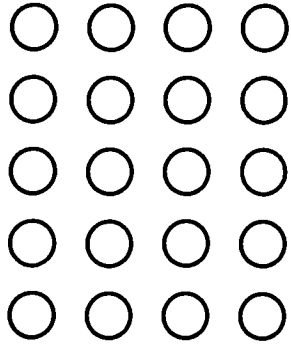
no pueda verse como una prueba de la ley conmutativa de la multiplicación; por ejemplo: (a × b) = (b × a). Pues alguien podría, mirando esta imagen primero de un lado y luego del otro, ver que (5 × 4) es igual a (4 × 5), y entonces llegar a utilizar el principio de conmutación en todos los demás casos.

No se trata aquí de una cuestión de proposiciones ni conclusiones, y por tanto no se suscita la cuestión de *en qué* aspecto es cierta, si es cierta, la ley conmutativa. Y si este tipo de imagen podía verse como paradigmática y sustituir a los sistemas axiomáticos de lógica, entonces no había ninguna razón para pensar que los lógicos matemáticos habían, tal como Russell lo expresaba, «descubierto qué son realmente las matemáticas». En su obra sobre los «fundamentos de las matemáticas», simplemente habían dibujado un tipo de imagen distinta, e inventado una técnica diferente.

Pero la finalidad de poner énfasis en el papel de las imágenes en las matemáticas no es simplemente destruir una concepción particular del tema. También pretende sustituirla por una concepción del razonamiento matemático que acentúe el papel de «ver relaciones». A fin de comprender el principio conmutativo a partir de la imagen anterior, tenemos que ver que esto:



es lo mismo que esto:



Si somos incapaces de «ver la relación», la demostración no nos convencerá de nada. Comprender la demostración, por tanto, es un ejemplo bueno, aunque rudimentario, del tipo de comprensión que constituye la base del *Weltanschauung* de Wittgenstein. Las demostraciones matemáticas, al igual que sus propias observaciones filosóficas, deberían verse como «representaciones perspicuas», cuya finalidad es producir «justo esa comprensión que consiste en ver relaciones».

De este modo, por curioso que parezca, las demostraciones de las matemáticas puras son análogas a las explicaciones que proporciona el psicoanálisis freudiano. Y quizá el cambio de interés intelectual de Wittgenstein, de las matemáticas a la psicología, resida en que las «pautas» freudianas le parecían más interesantes que las «imágenes» de los matemáticos.

Uno sospecha que a Wittgenstein le habría sido de gran alivio poder adaptar los acontecimientos de su propia vida a algún tipo de pauta.

«Ya no siento ninguna esperanza por el futuro de mi vida», escribió el 1 de abril de 1942:

> Es como si ante mí no tuviera nada más que una larga extensión de muerte en vida. No puedo imaginarme para mí un futuro que no sea horrible. Falta de amistad y falta de alegría.

Unos días más tarde:

> Sufro muchísimo a causa del miedo al completo aislamiento que ahora me amenaza. No veo cómo puedo soportar esta vida. La veo como una vida en la que cada día tengo miedo a la noche, que me trae sólo una sombría tristeza.

En el Guy le parecía que debía mantenerse ocupado. «Si no puedes encontrar felicidad en la quietud», se dijo a sí mismo, «¡encuéntrala corriendo!»

> Pero ¿y si estoy demasiado cansado para correr? «No hables de derrumbarte hasta que no caigas al suelo.»

Al igual que un ciclista, tengo que seguir pedaleando, seguir moviéndome, a fin de no caer.

«Mi infelicidad es tan compleja», escribió en mayo, «que resulta difícil describirla. Pero probablemente lo principal sigue siendo la *soledad*.»

Tras la muerte de Skinner, Kirk había regresado a Bournemouth, y, al igual que le había ocurrido con Skinner, Wittgenstein comenzó a inquietarse al no recibir cartas de él. El 27 de mayo anotó:

> Durante diez días no he sabido nada de K, aun cuando hace una semana le presioné para que mandara noticias. Pienso que quizá ha roto conmigo. ¡Un pensamiento *trágico!*

De hecho, Kirk se casó en Bournemouth, hizo una triunfal carrera como ingeniero mecánico y nunca volvió a ver a Wittgenstein. Pero para Kirk no había habido nada que «romper». Nunca se le había ocurrido que Wittgenstein pudiera ser, en ningún sentido, homosexual, ni que su relación fuera distinta a la de un profesor y su alumno.

Como si reconociera tal cosa, en la misma entrada de diario Wittgenstein escribió: «He sufrido mucho, pero parece ser que soy incapaz de *aprender* de mi vida. Todavía sufro *igual* que hace muchos años. No me he vuelto ni más fuerte ni más juicioso.»

Algún consuelo –algún alivio a esa desesperada soledad– le llegaba de su amistad con un joven colega del dispensario del Guy, Roy Fouracre. Podemos deducir que era principalmente el afecto y el jovial buen humor de Fouracre lo que atraía las simpatías de Wittgenstein. A veces, le dijo Wittgenstein a Drury, caminaba muy deprisa o se encontraba agitado, y Roy le decía: «Tranquilo, profesor.» Eso le gustaba.

Fouracre solía visitar a Wittgenstein en su habitación del tercer piso de Nuffield House. La habitación, al igual que las habitaciones de Cambridge, estaba completamente desnuda, y Fouracre se quedó sorprendido al no encontrar ningún libro de filosofía, sino sólo ordenados montones de revistas de detectives. En esa época, Fouracre estudiaba un curso por correspondencia de idiomas modernos, y con frecuencia se sentaba a leer en la habitación de Wittgenstein mientras éste permanecía quieto y silencioso. En tales ocasiones Wittgenstein solía preparar las clases que daba en Cambridge un fin de semana sí y otro no. Los fines de semana que no daba clases, Wittgenstein y Fouracre hacían excursiones, quizá al zoo o al Victory Park de Hackney, donde remaban en el lago.

Al igual que muchos otros que conocieron a Wittgenstein, Fouracre recuerda que silbaba como un virtuoso. Guarda en su memoria la capacidad de aquel para silbar movimientos enteros de sinfonías, y cuando quería hacer gala de ese virtuosismo silbaba las *Variaciones San Antonio* de Brahms; y si otra persona silbaba algo y se equivocaba, Wittgenstein le hacía detenerse, y con firmeza le decía cómo era la pieza..., algo que

no le granjeó precisamente simpatías entre sus colegas del dispensario.

La educación de Fouracre no podía haber sido más distinta a la de Skinner. Mientras que éste había crecido en un hogar de clase media de Letchworth, y había sido educado en un internado y en Cambridge, Fouracre vivía en una casa de protección oficial en Hackney, East London, y había comenzado a trabajar a la edad de quince años. Pero sus cualidades profesionales eran, en muchos aspectos, similares. Ésta es la descripción que de Skinner hace Fania Pascal:

> Podía ser alegre y le gustaba la compañía de los demás. Sin ningún tipo de doblez, era incapaz de pensar mal de nadie. Podía y de hecho aprendía a ser más práctico, aunque, ay, siempre era demasiado poco egoísta y demasiado modesto.

podría servir igualmente para describir a Fouracre. Al igual que Skinner, Fouracre era considerablemente más joven que Wittgenstein: estaba aún cercano a los veinte, y Wittgenstein tenía cincuenta y dos. Y mientras que sería erróneo dar a entender que la amistad con Fouracre le proporcionaba a Wittgenstein un sustituto de su amor por Skinner, es cierto que, durante los dieciocho meses que trabajaron juntos, Fouracre tuvo un papel en la vida de Wittgenstein similar al que Skinner había desempeñado en Cambridge. Es decir, le proporcionaba a Wittgenstein algún tipo de contacto *humano*: era, al igual que Francis, alguien cuya mera presencia tenía un efecto tranquilizador.

En muchas de sus posteriores cartas a Fouracre, Wittgenstein menciona el Guy con afecto, y quizá con cierta nostalgia:

> Siento enterarme de que el ambiente en el Guy va a peor. Es algo difícil de imaginar. (8.6.49)

> Lo que me escribiste en la última carta me ha hecho reflexionar. Supongo que no irán a erigirme una estatua delante de Nuffield House. ¿O es eso? Naturalmente, ningún monumento de piedra puede mostrar realmente qué persona tan maravillosa soy. (15.12.50)

Obviamente, Fouracre replicaba a esta última sugerencia diciéndole a Wittgenstein que todas las estatuas en honor a él que había en el Guy habían sido derribadas. «Me alegro», escribió Wittgenstein en su siguiente carta, «¡siempre y cuando no se haya hecho de una manera irrespetuosa!»

Del personal médico del Guy, la única persona que se ganó la amistad y confianza de Wittgenstein, aparte de John Ryle, parece que fue Basil Reeve, un médico joven (entonces estaba al principio de la treintena), interesado en la filosofía. Cuando se enteró por Reg Waterfield de que el nuevo comensal en la cena (del que anteriormente había pensado «parece interesante y bastante perdido entre los médicos del hospital») era Ludwig

Wittgenstein, decidió intentar trabar amistad. Comenzó, por tanto, a sentarse junto a Wittgenstein a la hora de cenar, y con el tiempo se hicieron amigos. El tema de conversación, sin embargo, casi nunca era la filosofía, sino que se centraba en la arquitectura o en la música, o en las personas que Wittgenstein había conocido, o incluso en interpretaciones freudianas de alguna conversación médica oída durante la cena. Posteriormente se centraría en el propio trabajo de Reeve, por el que Wittgenstein comenzó a interesarse.

Reeve estaba en el Guy trabajando en la Unidad de Investigación Clínica de la Junta de Investigación Médica con un colega, el doctor Grant. Al principio de los bombardeos alemanes, los laboratorios de esta unidad fueron destruidos, e, incapaces de proseguir las investigaciones que tenían entre manos, Grant y Reeve comenzaron a estudiar a los numerosos heridos por ataque aéreo que llegaban al Guy. Su objeto era intentar familiarizarse con el estado de «conmoción traumática» que tiene lugar no sólo en heridos de guerra, sino también en cualquier estado de herida traumática aguda.

El problema inicial de Grant y Reeves era que, a pesar de un estudio detallado de la literatura científica, parecía no existir ninguna manera satisfactoria de definir clínicamente la «conmoción traumática». Algunos autores identifican este estado partiendo de la presencia de una hemoconcentración (una concentración anormalmente alta de glóbulos rojos en la sangre que se cree es debida a que el plasma se filtra de la sangre a los tejidos), mientras que otros lo reconocían como un síndrome en el que coinciden baja presión, palidez en la piel y pulso acelerado. Ya en una primera fase de la investigación, Grant recomendaba que el propio concepto de «conmoción traumática» debía abandonarse, y que las detalladas observaciones de los heridos debían hacerse sin utilizar este término. En enero de 1941 –diez meses antes de que Wittgenstein llegara al Guy–, Grant escribió una memoria acerca de qué tipo de examen médico era necesario en los casos de conmoción traumática, esbozando sus objeciones al concepto:

> La reciente experiencia con heridos por ataque aéreo muestra que a pesar de todo el trabajo ya realizado, especialmente en la última guerra, poco se sabe de la naturaleza y tratamiento de la conmoción traumática o por herida. En primer lugar existe en la práctica una amplia variedad a la hora de aplicar un diagnóstico a la «conmoción». Aún no podemos pronosticarla y con frecuencia no estamos seguros del tratamiento. Además, la falta de una base común de diagnóstico hace imposible afirmar la eficacia de los diversos métodos de tratamiento adoptados.
>
> Existe, por tanto, una buena base para pensar que sería mejor evitar el diagnóstico de «conmoción» y sustituirlo por un historial completo y exacto del estado del paciente y sus progresos, así como del tratamiento que se le da.

Creo que está claro el motivo por el que Wittgenstein encontraba in-

teresante e importante esta manera radical de ver el problema. La manera que tiene Grant de abordar el problema de la «conmoción» posee un obvio paralelo con la manera como Heinrich Hertz aborda los problemas de la «fuerza» en la física. En *Principios de la mecánica*, Hertz había propuesto que, en lugar de dar una respuesta directa a la cuestión de «¿Qué es la fuerza?», el problema debía abordarse replanteando la física newtoniana sin utilizar la «fuerza» como concepto básico. A lo largo de su vida, Wittgenstein vio la solución de Hertz como un modelo perfecto de cómo hay que disipar la confusión filosófica, y citaba con frecuencia –como afirmación de su propio objetivo en filosofía– la siguiente frase procedente de la introducción de Hertz a *Pfincipios de la mecánica*:

> Cuando se eliminen esas ingratas contradicciones, la cuestión referente a la naturaleza de la fuerza no se habrá respondido; pero nuestras mentes, dejando atrás todo engorro, dejarán de hacerse preguntas que no hacen al caso.

Haciéndose eco conscientemente de esta frase, Wittgenstein escribió:

> En mi manera de hacer filosofía, todo su objetivo consiste en darle a la expresión una forma tal que ciertas confusiones desaparezcan. (Hertz)

Y podríamos decir de la propuesta de Grant de evitar el diagnóstico de «conmoción» que todo su objetivo era: «darle a la expresión una forma tal que ciertas confusiones desaparezcan».

La visión de Grant, sin embargo, no fue bien recibida por todos..., en especial por parte del ejército. El coronel Whitby, del Servicio de Tranfusión de Sangre del Ejército, respondió al informe de Grant en la siguiente carta, enviada a la Junta de Investigación Médica:

> Gran parte del preámbulo, y parte de la discusión constituían una diatriba en contra de la palabra «conmoción». No creo que haya que darle tanto énfasis a ese punto.
>
> No resulta justificable arrojar por la borda los hallazgos de la última guerra. Esos hombres no eran necios... al menos ellos establecieron el hecho fundamental de que una presión sanguínea baja era una señal muy corrientemente observada. Grant arrojaría por la borda toda la valiosa literatura de la Junta de Investigación Médica de la última guerra debido a que sus historiales no alcanzan el grado de detalle que él exige.

Tal como Wittgenstein comprendió al discutir el proyecto con Reeve, el problema de las teorías de la conmoción traumática formuladas durante la Primera Guerra Mundial no era tanto que no alcanzaran el grado de detalle adecuado como que se sirvieran de un concepto inutilizable. Era precisamente la «diatriba contra la palabra "conmoción"» lo que más le interesaba. (Reeve recuerda que cuando se dispusieron a escribir su in-

forme anual, Wittgenstein sugirió escribir la palabra «conmoción» al revés para acentuar lo inutilizable que era.)

A causa del interés que mostraba en el proyecto, Reeves presentó a Wittgenstein al doctor Grant, quien se quedó inmediatamente impresionado por su agudeza y por la pertinencia de muchas de las cuestiones y sugerencias que hizo referentes a las investigaciones. Durante 1942, el intenso bombardeo de Londres, que había proporcionado al equipo de Grant un constante suministro de material de investigación, comenzó a amainar. De este modo, la unidad comenzó a buscar por todas partes heridos que se adecuaran a sus observaciones. En dos ocasiones visitaron las estaciones de la Jefatura de Bombardeo, y observaron bastantes ejemplos de heridas en la tripulación de los aviones que habían participado en bombardeos. Pero para que la investigación progresara se necesitaba un suministro más constante de heridos, de modo que se dispuso que la unidad se trasladara al Hospital Royal Victoria de Newcastle, en cuyas salas ingresaba una gran cantidad de heridos por accidentes industriales y de tráfico. En la época en que se planeó el traslado, Wittgenstein le dijo a Reeve que le gustaría ir con la unidad a Newcastle.

La unidad se trasladó en noviembre de 1942. El ayudante de laboratorio de Grant, sin embargo, se negó a ir, y recordando el interés de Wittgenstein en el proyecto, le ofreció el puesto a éste. Durante la primavera de 1943, Fouracre había dejado el Guy para unirse al ejército, y es de presumir que poco había que retuviera allí a Wittgenstein. En abril de 1943, Grant le escribió al doctor Herrald, de la Junta de Investigación Médica, diciéndole:

> El profesor Ludwing Wittgenstein, de quien le hablé, se unió a la unidad como ayudante de laboratorio el 29 de abril por un período de prueba de un mes. Como ya dispuse con usted, le pagaremos 4 libras a la semana.

Comó sólo ganaba veintiocho chelines a la semana como ayudante de farmacia, esto constituyó un importante aumento de sus ingresos. Cuando el período de prueba finalizó, Grant volvió a escribirle a Herrald para confirmar lo dispuesto, añadiendo: «Está resultando ser muy útil.»

El paso de un trabajo manual a la tarea más intelectual de hacer de ayudante en una unidad de investigación fue sin duda bien recibida por Wittgenstein, y no sólo porque encontrara un poco excesivas las exigencias físicas de su trabajo en el dispensario. Justo antes de abandonar el Guy, el 17 de marzo, le escribió a Hutt sobre el valor de pensar. «*Imagino*», escribió, «que pensar un poco más de lo que lo haces te haría bien. ¡¿Espero que tu familia no te impida pensar?! Si alguien actuara así, sería *muy* necio.» Por entonces Hutt había dejado Woolworth y estaba a punto de unirse al ejército. Le había escrito a Wittgenstein acerca de algunos problemas que había tenido con sus superiores. «Imagino», contestó Wittgenstein, «que es parcialmente interno y parcialmente externo»:

> Quiero decir que ellos no pueden ser contigo tan decentes como tú mereces, pero tú *tiendes* a ser irregular. Por ejemplo, tiendes a ser alternativamente reservado, afectuoso, e indiferente; y no debes sorprenderte si la gente algunas veces no hace caso de tus períodos de afectuosidad y te trata como si sólo pudieras ser reservado e indiferente.

Antes de marcharse a Newcastle, Wittgenstein pasó algún tiempo en Swansea con Rush Rhees. Ahí reanudó las conversaciones acerca de Freud que habían mantenido el verano anterior. De nuevo, lo que le interesó fue la idea de que los símbolos de los sueños forman una especie de lenguaje: el que de modo natural creamos que los sueños *significan* algo, aun cuando no sepamos *qué* significan. De manera análoga, le habló a Reeves de las cinco agujas de la Catedral de Moscú: «En cada una de ellas hay un tipo de configuración curva distinto. Se tiene la fuerte impresión de que estas formas y disposiciones diferentes deben significar algo.» La cuestión que estaba sobre el tapete era hasta qué punto la obra de Freud es útil para permitir interpretar tales sueños. Freud ponía énfasis en que lo que pretendía era una explicación, no una interpretación. De este modo, una teoría científica de los sueños –que por ejemplo nos permitiera predecir que a una persona que ha soñado se le podría hacer recordar ciertas cosas concretas tras proporcionarnos una descripción del sueño– es algo que nada tiene que ver con el problema. La obra de Freud es interesante precisamente porque no ofrece ese tratamiento científico. Lo que nos deja perplejos del sueño no es su causalidad, sino su *significado*. Deseamos el tipo de explicación que «cambia el aspecto» bajo el cual vemos las imágenes de un sueño, de modo que ahora tengan sentido. La idea de Freud de que los sueños son deseos satisfechos es importante porque «apunta al tipo de interpretación que se pretende», pero es demasiado general. Algunos sueños son obviamente deseos satisfechos: «los sueños sexuales de los adultos, por ejemplo». Pero resulta extraño que éstos sean precisamente el tipo de sueños ignorados por Freud:

> Muy comúnmente Freud ofrece lo que podríamos llamar una interpretación sexual. Pero es interesante observar que, entre todos los ejemplos de sueños que proporciona, no hay un solo ejemplo de sueño directamente sexual. Y aún así abundan más que el agua.

De nuevo esto se relaciona con la decisión de Freud de proporcionar una *sola* pauta para todos los sueños: para él todos los sueños deben ser expresiones de un anhelo, en lugar de, por ejemplo, expresiones de miedo. Freud, al igual que los filósofos teóricos, ha sido seducido por el método de la ciencia y el «ansia de generalidad». No hay un tipo de sueño, y tampoco hay una sola manera de interpretar los símbolos en un sueño. Los símbolos de los sueños significan algo –«Obviamente hay ciertas similitudes con el lenguaje»– pero compren-

derlos no requiere ninguna teoría general de los sueños, sino la destreza polifacética que se requiere, por ejemplo, para comprender una pieza musical.

En abril, Wittgenstein dejó Swansea para unirse a la Unidad de Investigación de Grant en Newcastle. Los miembros de la unidad, Basil Reeve, el doctor Grant y Miss Helen Andrews, la secretaria de Grant, se alojaban todos en la misma casa de Brandling Park, una zona desde la que se podía ir andando al hospital. La casa pertenecía a Mrs. Moffat. Miss Andrews recuerda la llegada de Wittgenstein:

> Había una habitación disponible en casa de Mrs. Moffat, de modo que él se instaló allí. Por entonces nosotros nos habíamos acostumbrado y adaptado a nuestro nuevo entorno, pero el profesor W. no encajó fácilmente. Bajaba a desayunar locuaz y de buen humor, mientras todos compartíamos el *Manchester Guardian* y no hablábamos demasiado. Por la noche, cuando nos relajábamos, no cenaba con nosotros, sino que prefería comer en su dormitorio. Mrs. Moffat, refunfuñando, le ponía la comida en una bandeja, subía las escaleras y se la entregaba. (Creo que tal cosa era una descortesía hacia el doctor Grant.)
>
> Teníamos una sala de estar con un buen fuego de carbón y jamás pasó una velada con nosotros. Iba al cine casi cada noche, pero era incapaz de recordar nada de la película cuando le preguntábamos al día siguiente. Simplemente iba a relajarse.

No mucho después de la llegada de Wittgenstein, los miembros de la unidad tuvieron que abandonar la casa de Brandling Park, debido a la mala salud de Mrs. Moffat. Se alojaron separadamente, pero, recuerda Miss Andrews, «el profesor W. tuvo dificultades para encontrar un lugar donde vivir, pues a causa de su acento extranjero y su aspecto un poco desastrado, en cuanto decía que era profesor, casi todas las caseras le miraban con una natural suspicacia».

Que Wittgenstein fuera al cine cada noche indica lo duro que trabajaba en Newcastle, y lo seriamente que se tomaba el trabajo. Nos recuerda su comentario a Drury:

> Crees que la filosofía ya es algo suficientemente difícil, pero puedo decirte que no es nada comparado con la dificultad de ser un buen arquitecto. Cuando estaba en Viena, construyendo la casa para mi hermana, al final de la jornada me encontraba tan agotado que lo único que podía hacer era ir a ver una «peli» cada noche.

Otra prueba de ello es que mientras estuvo en Newcastle no escribió nada de filosofía, mientras que durante su estancia en el Guy llenó tres cuadernos con comentarios sobre filosofía de las matemáticas. No se con-

formaba con cumplir con sus deberes como ayudante de laboratorio, sino que mostraba un intenso y activo interés hacia la idea que había tras la investigación. Aunque tanto Reeve como Grant se beneficiaban de discutir sus ideas con Wittgenstein, y alentaban su interés en el trabajo, a veces encontraban que estaba demasiado absorto en la investigación. Miss Andrews recuerda que, debido a que la unidad trabajaba tan duro, Grant a veces sugería que todos se tomaran un día libre y fueran a dar un paseo por el Muro de Adriano. Observó que Wittgenstein nunca era invitado a acompañarles en esos paseos, y le preguntó el motivo a Grant. Le dijo que si iba con ellos echaría a perder el propósito del paseo, pues él «hablaba constantemente del trabajo».

Aunque no era invitado a esos paseos «de descanso», tanto Grant como Reeve recuerdan que en muchas otras ocasiones acompañaron a Wittgenstein a lo largo del muro romano. Generalmente la conversación se centraba en la investigación, aunque con frecuencia Wittgenstein hablaba con Reeve de temas más personales. Por ejemplo le contaba cosas de su infancia, mencionando que no habló hasta los cuatro años. Le contó a Reeve un recuerdo de su infancia que también le había relatado a Drury, y que obviamente tenía gran importancia para él. En el cuarto de baño de su casa, dijo, había caído un poco de yeso de la pared, y esa forma siempre le parecía la de un pato, pero le asustaba: tenía el aspecto de uno de esos monstruos que El Bosco había pintado en *Las tentaciones de San Antonio.*

A veces Reeves intentaba hablar con Wittgenstein de filosofía, pero era característico de éste que no alentara su interés en este tema. Le hacía ver a Reeve que, contrariamente a la medicina, la filosofía era absolutamente inútil, y que a menos que uno se viera obligado a hacerlo, no tenía sentido dedicarse a ella. «Hace usted un trabajo *decente* con la medicina», le dijo a Reeve; «dése por satisfecho con eso.» «En todo caso», añadía maliciosamente, «es usted demasiado estúpido.» Es interesante observar, sin embargo, que cuarenta años más tarde Reeve dijo que su pensamiento había estado influido por Wittgenstein en dos maneras distintas: primero, no olvidando nunca que las cosas son como son; y segundo, buscando comparaciones reveladoras a la hora de comprender cómo son.

Estas dos ideas son centrales en la filosofía posterior de Wittgenstein. Éste, de hecho, pensaba en la frase del obispo Butler: «Todas las cosas son lo que son, y no otra cosa», como lema para sus *Investigaciones filosóficas.* Y la importancia de las comparaciones reveladoras no sólo reside en el núcleo de la idea central de Wittgenstein de: «la comprensión que consiste en ver relaciones», sino que también era vista por Wittgenstein como la característica principal de su contribución a la filosofía. Las conversaciones de Wittgenstein con Reeve, al igual que su ayuda a Grant y a Reeve para clarificar sus ideas acerca de la «conmoción», muestran que, aparte de hablar de filosofía, hay más maneras de ejercer una influencia filosófica. Wittgenstein impartía una manera de pensar y

de comprender las cosas, no diciendo lo que la distinguía de las demás, sino mostrando cómo podía utilizarse para clarificar las propias ideas.

Tanto Grant como Reeve recuerdan que la influencia de Wittgenstein representó un importante papel en la idea expresada en la introducción al informe final de la unidad, que, de manera significativa, no utiliza la palabra «conmoción» en el título, que es el siguiente: «Observaciones acerca de los efectos generales de la herida en el hombre». El hilo principal del argumento es el mismo que el de la memoria original de Grant de enero de 1941, pero la «diatriba contra la palabra "conmoción"» se expresa en términos aún más enérgicos:

> En la práctica, encontramos que el diagnóstico de la conmoción parecía depender de las opiniones personales del individuo que lo realizaba, en lugar de basarse en criterios generalmente aceptados. A menos que estuviéramos familiarizados con tales opiniones, no sabíamos qué nos esperaba cuando nos llamaban a la cabecera de la cama. La etiqueta sola no indicaba qué signos ni qué síntomas mostraba el paciente, cuán enfermo estaba ni qué tratamiento precisaba. La única base común para el diagnóstico que pudimos detectar era que el paciente parecía *enfermo*. Esto nos llevó, por tanto, a descartar la palabra «conmoción» en sus variadas definiciones. Desde entonces no hemos encontrado que sea de ningún valor en el estudio de los traumatismos; más bien ha resultado un estorbo para la observación imparcial y una causa de malentendidos.

Si esto fue escrito o no por Wittgenstein, tuvo el efecto que él esperaba que tuviera su obra filosófica: a saber, puso fin a muchas líneas de investigación desencaminadas. El Informe de la Junta de Investigación Médica para 1939-1945 dice del trabajo hecho por Grant:

> Arrojó serias dudas acerca del valor de abordar el problema de la «conmoción» como si la «conmoción» traumática fuera una sola entidad clínica y patológica. En consecuencia, se abandonaron varias líneas de investigación impulsadas por el Comité al principio de la guerra.

Tuvo el mismo efecto, de hecho, que Wittgenstein deseaba para su obra posterior sobre la filosofía de las matemáticas: el efecto que la luz del sol tiene sobre el crecimiento de los brotes de patata.

El propósito principal de la investigación dirigida por Grant y Reeve no era hacer campaña en contra de la utilización de la palabra «conmoción» en el diagnóstico de los efectos traumáticos, sino descubrir otros diagnósticos más provechosos que los derivados de la investigación realizada en la Primera Guerra Mundial. Para ello precisaban de detalladas observaciones de los efectos de las heridas. El papel de Wittgenstein en el aspecto práctico del trabajo era cortar secciones congeladas de tejido y tin-

tarlas a fin de detectar la presencia de, por ejemplo, grasa. Parece ser que lo hacía muy bien.

Además de este trabajo histológico, Grant le pidió a Wittgenstein que le ayudara en sus investigaciones del Pulsus Paradoxus, la presión del pulso que varía con la respiración, y que con frecuencia ocurría en pacientes que tenían una herida seria. Parece ser que en esto introdujo una innovación tecnológica, inventando un aparato para medir el pulso mejor que el que tenían. Tanto Grant como Reeve recuerdan que el aparato era innovador, pero no recuerdan ningún detalle de él. La única descripción que tenemos del aparato, por tanto, es la que Drury ofrece cuando relata la ocasión en que utilizó uno de sus permisos en el ejército para visitar a Wittgenstein en Newcastle:

> Tras el final de la campaña en el Norte de África se me destinó a Inglaterra para preparar el desembarco de Normandía. Como tenía permiso, viajé hasta Newcastle para pasar unos días con Wittgenstein. Me llevó a su habitación en el Departamento de Investigación y me mostró el aparato que él mismo había ideado para la investigación. El doctor Grant le había pedido que investigara la relación entre la respiración (profundidad y ritmo) y el pulso (volumen sonoro y ritmo). De este modo, Wittgenstein lo había dispuesto todo para poder actuar como conejillo de Indias y obtener un gráfico sobre un cilindro giratorio. Hizo varias mejoras en el aparato original, tantas que el doctor Grant dijo que ojalá Wittgenstein hubiera sido fisiólogo y no filósofo. Al describirme sus resultados me hizo un comentario típico de él: «Es todo mucho más complicado de lo que te imaginarías a primera vista.»

La visita de Drury a Newcastle también nos proporciona una conversación reveladora, que muestra un cambio interesante en la actitud de Wittgenstein hacia el sexo. Parece ser que en 1943, lejos de aceptar la opinión de Weininger de que sexo y espiritualidad eran incompatibles, Wittgenstein tendía a ver el acto sexual como algo merecedor de reverencia religiosa. Drury relata que mientras se hallaba en Newcastle con Wittgenstein, los dos cogieron un tren hasta Durham y allí dieron un paseo por el río. Mientras caminaban, Drury le habló a Wittgenstein de sus experiencias en Egipto, en especial acerca de su visita a los templos de Luxor. Le dijo a Wittgenstein que, aunque ver los templos era una experiencia maravillosa, se había quedado sorprendido y escandalizado al encontrar sobre el muro de uno de ellos un bajorrelieve del dios Horus con el falo erecto, en el momento de eyacular y recogiendo el semen en un bol. Wittgenstein respondió a este relato con un rechazo de la desaprobación implícita en Drury:

> ¿Por qué diantre no deberían haber contemplado con temor y reverencia ese acto mediante el cual se perpetúa la raza humana? No todas las religiones han de mostrar una actitud agustiniana hacia el sexo.

Cuando Wittgenstein se trasladó por primera vez a Newcastle, respondió con una franqueza aún mayor a otro comentario de Drury. Éste le había escrito deseándole suerte en su nuevo trabajo, y añadido que esperaba que Wittgenstein hiciera muchos amigos. Éste replicó:

> Es obvio que te estás volviendo irreflexivo y estúpido. ¿Cómo puedes imaginarte que alguna vez tendré «muchos amigos»?

Aunque expresado de manera áspera, esto sin duda era cierto. Parece ser que el único amigo de Wittgenstein en Newcastle fue Basil Reeves. Se llevaba bien con Grant, quien compartía su interés por la música (Grant recuerda el entusiasmo con que Wittgenstein estuvo de acuerdo cuando le dijo que le desagradaba la obertura del Concierto «Emperador» de Beethoven), pero existía muy poco del afecto –el simple contacto humano– que Wittgenstein había compartido con Roy Fouracre en el Guy. Grant estaba demasiado absorto en su trabajo. Wittgenstein se había quejado a Fouracre de la falta de contacto humano que le proporcionaba su trabajo filosófico en Cambridge, pero en Newcastle, como muestran sus cartas a Norman Malcolm, comenzó a echar de menos a sus amigos de Cambridge:

> Hace muchos meses que no tengo noticias de Smythies. Sé que está en Oxford, pero no me escribe. [Casimir] Lewy todavía está en Cambridge... Rhees todavía da clases en Swansea... Espero que veas a Moore y tenga buena salud. [11.9.43]

> Me siento bastante solo aquí y quizá viaje a algún lugar donde tenga a alguien con quien hablar. Por ejemplo a Swansea, donde Rhees da clases de filosofía. [7.12.43]

Quizá más importante aún sea el hecho de que comenzó a echar de menos el poder seguir con su trabajo. La intensiva dedicación al trabajo de Grant y Reeves ya no era suficiente:

> Yo también lamento que por razones internas y externas no pueda dedicarme a la filosofía, pues ésa es la única labor que me proporciona una verdadera satisfacción. Realmente, ningún otro trabajo me da ánimos. Ahora estoy muy atareado y mi mente se mantiene ocupada todo el tiempo, pero al final del día sólo me siento cansado y triste.

Las «razones internas» eran las dudas de Wittgenstein acerca de si todavía era capaz de hacer un buen trabajo filosófico. De vez en cuando le decía a Reeve: «mi inteligencia ha desaparecido», y con frecuencia hablaba de sus días de Noruega en 1913 con una melancólica añoranza: «*Entonces* mi mente ardía..., pero ahora ya se ha apagado.» Las «razones externas» eran las exigencias del trabajo que hacía en Newcastle. También se le hacía más y más difícil de aceptar el estar continuamente en contacto con

los archiveros y funcionarios del hospital, con sus comentarios francos y obscenos acerca de los pacientes, y exigía cada vez más ayuda de Reeve a la hora de comprender cómo los médicos jóvenes afrontaban las tensiones de su profesión.

Quizá como consecuencia de estas frustraciones, y a resultas de que Reeve podía dedicarle mucho menos tiempo a Wittgenstein a causa de la llegada a Newcastle de su mujer y su bebé, incluso su relación con éste comenzó a deteriorarse. Wittgenstein –siempre un amigo posesivo– comenzó a exigir más y más del tiempo y la atención de Reeve, mientras que las exigencias del trabajo y de la vida familiar de Reeve limitaban la cantidad que podía ofrecerle. Con el tiempo acabarían mal. Las palabras de despedida de Wittgenstein a Reeve fueron: «No eres una persona tan agradable como había pensado.» Por su parte, Reeve se sintió aliviado de no tener que darle a Wittgenstein el apoyo emocional que exigía.

Dado el frustrado anhelo de Wittgenstein por regresar a su trabajo filosófico, y sus relaciones cada vez peores con Reeve, probablemente fue un alivio para él enterarse de que Grant y Reeve se marchaban de Newcastle. Su investigación había comenzado a poner énfasis en la necesidad de profundizar en el estudio de los efectos de la pérdida de sangre y los daños en el tejido, y por ello necesitaban acceso a heridas más graves que las que se daban en la vida civil. Por tanto precisaban continuar su investigación en el campo de batalla, y así, hacia finales de 1943, se dispuso todo para trasladarlos a Italia.

El sucesor de Grant fue el doctor E. G. Bywaters, quien, al igual que Grant y Reeve, previamente había llevado a cabo ciertas observaciones sobre las heridas provocadas por el bombardeo aéreo de Londres. Antes de marcharse, Grant escribió al doctor A. Landsborough Thomson, de la Dirección de la Junta de Investigación Médica de Londres, diciéndole:

> Wittgenstein está de acuerdo en seguir como ayudante de laboratorio, pero la duración de su estancia depende de cómo se lleve con Bywaters.

Le instó a que mantuviera a Wittgenstein como empleado de la junta, aun cuando éste decidiera irse de Newcastle:

> Wittgenstein ha desempeñado el trabajo de laboratorio como una contribución al esfuerzo de guerra, pues como ya le dije es profesor de filosofía en Cambridge. Si decide que ya no es capaz de continuar una vez que Reeve y yo nos hayamos ido, me parecerá una lástima no utilizarle... Posee una inteligencia de primera clase y conocimientos sorprendentes de fisiología. Es un hombre excelente a la hora de discutir cualquier problema. En el lado práctico, nos ha sido de gran utilidad como ayudante de laboratorio, y, además, ha realizado por su cuenta nuevas observacio-

nes sobre las variaciones respiratorias provocadas por la presión sanguínea, e ideado su propio aparato y experimentos. No es fácil tratar con él, pero si se dan las condiciones adecuadas, puede ser un colega de gran ayuda y muy estimulante. Imagino que después de la guerra regresará a su cátedra en Cambridge.

Grant y Reeve fueron a Italia a finales de enero de 1944. Como hemos visto, Wittgenstein se sentía bastante solo y deprimido antes de la llegada de Bywaters, y aunque siguió cumpliendo con sus deberes como ayudante de modo esmerado y atento, no ponía empeño alguno en hacer amistades. Bywaters recuerda:

> Era reservado y bastante introvertido: cuando en una conversación en el café o a la hora del té surgían temas filosóficos, rechazaba participar en ella. Esto me decepcionaba, pero me complacía su meticulosa y concienzuda manera de preparar secciones de tejidos congelados de pulmón y otros órganos. Le recuerdo como una persona enigmática, nada comunicativa, quizá bastante deprimida, que prefería la silla plegable de su habitación a cualquier reunión social.

Bywaters llevaba allí sólo tres semanas cuando tuvo que escribir a la dirección de la junta solicitando que le encontraran un nuevo ayudante:

> El profesor Wittgenstein ha realizado labores de histología para el doctor Grant... Acaba de recibir una carta de Cambridge solicitándole que pase al menos los tres próximos meses escribiendo un tratado sobre el tema en que es un especialista (la filosofía).

Una semana más tarde, el 16 de febrero, escribió:

> El profesor Wittgenstein nos ha dejado hoy: le han pedido que regrese a su cátedra de Cambridge para que escriba un tratado de filosofía, que ha estado en el aire durante el último año, pero ahora lo quieren en letras de molde.

Así que, el 16 de febrero de 1944, Wittgenstein abandonó Newcastle y regresó a Cambridge. Es factible suponer que cuando Bywaters se refiere a un tratado que ha «estado en el aire durante el último año», y que «ahora quieren en letras de molde», este «quieren» hace referencia no a la Universidad de Cambridge, sino a Cambridge University Press.

En septiembre de 1944 Wittgenstein había tanteado a la editorial con la idea de que publicaran su nueva obra, *Investigaciones filosóficas*, junto con su antiguo libro, el *Tractatus*. Esta idea se le había ocurrido a principios de ese año, cuando él y Nicholas Bachtin estuvieron leyendo juntos el *Tractatus*. También le mencionó la idea a Reeve, diciendo que le gustaba la idea de publicar una refutación de las ideas del *Tractatus* junto con

el propio *Tractatus*. La Cambridge Univesity Press confirmó la aceptación de su oferta el 14 de enero de 1944, lo que concuerda con lo que dice Bywaters en su primera carta: «Acaba de recibir una carta de Cambridge...» Este plan, sin embargo, al igual que el anteriormente aceptado por la University Press en 1938, jamás se llevó a cabo.

22. SWANSEA

A pesar de la impresión de Bywaters de que Wittgenstein había tenido que abandonar la Unidad de Investigación de Newcastle porque le habían «pedido que regresara a su cátedra de Cambridge», Wittgenstein estaba decidido a evitar en lo posible su regreso a Cambridge. Quería acabar su libro antes de reanudar sus deberes como profesor, y a este propósito consideró que Swansea era un lugar mucho mejor. La idea de ir a Swansea se le ocurrió en el mes de diciembre anterior, cuando Grant y Reeve le dijeron que abandonarían Newcastle a principios del año siguiente. Tal como había expresado en una carta a Malcolm, quería estar con alguien con quien pudiera hablar de filosofía, y Rhees era la elección obvia. «No sé si te acuerdas de Rhees», escribió. «Creo que le viste en mis clases. Era discípulo de Moore y es un hombre excelente y también tiene verdadero talento para la filosofía.»

Una semana después de abandonar Newcastle, sin embargo, se le ocurrió de pronto que quizá no le fuera posible pasar un largo período trabajando en Swansea. Tal como le explicó a Rhees, estaba en excedencia de sus deberes de profesor porque realizaba un «importante» trabajo de guerra:

> Si, por ejemplo, me voy de aquí e intento encontrar otro trabajo, digamos en un hospital, tengo que hacérselo saber a la junta general y ellos tienen que aprobar el nuevo empleo. Ahora, si voy a Cambridge la semana que viene, ellos querrán saber lo que estoy haciendo y tendré que decirles que quiero dedicarme a la filosofía durante un par de meses. Y en este caso ellos pueden decir: si quiera dedicarse a la filosofía, entonces no está haciendo ningún trabajo de guerra y tiene que dedicarse a su filosofía en Cambridge.
>
> ... ¡Estoy casi seguro de que ahora no podría trabajar en Cambridge! Espero poder ir a Swansea.

Los miedos de Wittgenstein resultaron ser infundados, y tras pasar unas semanas en Cambridge se le concedió una excedencia para ir a Swansea a trabajar en su libro. Se fue de Cambridge en marzo de 1944, y no regresaría hasta el otoño siguiente.

La perspectiva de poder hablar a diario con Rhees no era el único atractivo de Swansea. Wittgenstein adoraba la costa galesa, y, quizá más importante, consideraba a la gente de Swansea más simpática que la de Cambridge. «El clima es horrible», le diría a Malcolm en 1945, «pero me encanta no estar en Cambridge»:

> Conozco a bastantes personas que me agradan. Me parece más fácil llevarme bien con ellas aquí que en Inglaterra. Tengo muchas más ganas de sonreír, por ejemplo, cuando camino por la calle o cuando veo niños, etc.

Mediante un anuncio en el periódico, Rhees le encontró alojamiento en la casa de Mrs. Mann, que vivía junto a la costa, en Langland Bay. Tan ideal era la situación que cuando Mrs. Mann escribió a Wittgenstein diciéndole que había cambiado de opinión y que no podía, después de todo, tomarle como huésped, éste se negó a aceptarlo e insistió en mudarse allí a pesar de todo. Se alojó con ella durante toda la primavera de 1944, y Mrs. Mann resultó ser una buena casera, cuidándole durante todo ese período cada vez que estuvo enfermo.

Poco después de instalarse en casa de Mrs. Mann entabló correspondencia con Rowland Hutt, la cual ilustra en parte lo que Fania Pascal tenía en mente cuando escribió que, si habías cometido un asesinato, o si estabas a punto de cambiar de fe, Wittgenstein sería la persona más adecuada para consultárselo, pero que en el caso de angustias y miedos más vulgares, podía ser peligroso: «Sus remedios serían demasiado drásticos, quirúrgicos. Te trataría como si padecieras el pecado original.»

En esa época, Hutt servía en el Cuerpo Médico del Ejército Real, y no estaba satisfecho con su destino. Su deseo era que le nombraran oficial y poder trabajar en un laboratorio o en un quirófano. Profundamente deprimido, escribió a Wittgenstein quejándose de su situación. Aunque siempre alentaba cualquier deseo de desempeñar una labor médica, Wittgenstein trató el problema de Hutt como si concerniera a su alma más que a su carrera. «Tu carta no me ha causado una buena impresión», le escribió el 17 de marzo. «Aunque es muy difícil para mí decir qué hay de malo en ella»:

> Me parece que cada vez eres más dejado. No te *culpo* por ello, y no tendría ningún derecho a hacerlo. Pero he estado pensando qué se puede hacer. Ver a un psicólogo –a menos que sea un *hombre* extraordinario– no te serviría de gran cosa.

En cualquier caso, tendía a dudar de si Hutt sería lo suficientemente bueno en un quirófano: «Allí hay que ser bastante rápido y lleno de recursos, y no sé si eres una persona así.» Pero: «Una cosa me parece bastante clara: no debes continuar en un destino humillante o que te desmoralice.» El problema central, tal como lo veía Wittgenstein, era preservar el respeto hacia sí mismo de Hutt. Si no podía conseguir que le nombraran ofi-

cial, y si no estaba dispuesto a hacer un buen trabajo en el puesto al que le habían destinado, entonces debía solicitar que le enviaran lo más cerca posible del frente. Allí, le dijo Wittgenstein, «al menos vivirás algún tipo de *vida*»:

> Yo mismo tengo poquísimo valor, mucho menos que tú; pero me he encontrado con que en todas las ocasiones en que tras una larga lucha ha reunido todo mi valor para hacer algo, siempre he acabado sintiéndome *mucho* más libre y feliz.

«Sé que tienes una familia», escribió, previendo las más obvias objeciones a la prudencia de este consejo, «pero de nada le servirás a tu familia si de nada te sirves a ti mismo.» Y si Lotte, la mujer de Hutt, no se daba cuenta de esto entonces, «se dará cuenta algún día».

Este consejo, al igual que otros que Wittgenstein dio a algunos de sus amigos durante la Segunda Guerra Mundial, se basa en su propia experiencia durante la Gran Guerra. Por ejemplo, antes de ir a embarcarse para el «Día D», Maurice Drury fue a Swansea para despedirse de Wittgenstein, quien le dijo estas palabras:

> Si alguna vez te ves envuelto en una pelea cuerpo a cuerpo, debes quedarte a un lado y dejar que te masacren.

«Creo», escribe Drury, «que este consejo fue uno de los que debía haberse dado a sí mismo durante la guerra anterior.» De manera parecida, cuando Norman Malcolm se alistó en la armada de los Estados Unidos, Wittgenstein le envió un «ejemplar bastante sucio» (presumiblemente de segunda mano y un tanto manchado) de la novela de Gottfried Keller *Hadlaub*. La ventaja de que el estado del libro no sea prístino, escribió Wittgenstein, «es que puedes leerlo en la sala de máquinas sin que se ensucie aún *más*». Es obvio que se imaginaba a Malcolm trabajando en alguna labor manual en un vapor similar al *Goplana*. Era como si la guerra le diera la oportunidad de revivir a través de sus amigos más jóvenes los intensos y transformadores acontecimientos de 1914-1918.

Es verosímil que si hubiera estado en la situación de Hutt, no habría vacilado a la hora de alistarse para ir al frente, al igual que había hecho en 1915.

Pero el consejo dado a Hutt también se basaba en una actitud más general. «Creo», le dijo, «que debes dejar de arrastrarte y comenzar a *caminar* de nuevo.»

> Cuando te hablaba de valor, por cierto, no me refería a quejarte a tus superiores; en particular cuando es completamente inútil y te harán cerrar la boca. Quiero decir: coge una carga e intenta *llevarla*. Sé que no tengo derecho a decir esto. Yo mismo no soy muy bueno llevando cargas. Pero aun así es todo lo que tengo que decir; quizá hasta que pueda verte.

Hutt le contestó sin mostrar ninguna inclinación a aceptar el consejo e informándole de que recientemente había visitado a un psicólogo. «Ojalá supiera más de asuntos militares», le contestó Wittgenstein con una impaciente ironía:

> No puedo comprender, por ejemplo, qué tiene que ver un psicólogo con tu rango médico en el ejército. ¡Seguramente no te ocurre nada *mental!* (Y si es así, el psicólogo no lo sabrá.)

En líneas generales repitió su consejo anterior. Si no podía hacer que le nombraran oficial, entonces lo único que podía hacer era: «Desempeñar la labor *que te han encomendado realmente bien*; de manera que no pierdas el respeto por ti mismo al llevarla a cabo»:

> No sé si me comprendes. Es inteligente utilizar todos los medios que uno tiene para conseguir un empleo mejor o más apropiado. *Pero* si estos medios fallan, llega un momento en el que ya no tiene sentido quejarse y dar pataletas, sino que tienes que *instalarte*. Eres como un hombre que se muda a una habitación y dice: «Oh, esto es sólo temporal» y no deshace su baúl. No hay nada malo en ello... por un tiempo. Pero si es *incapaz* de encontrar un lugar mejor, o es *incapaz* de decidirse a arriesgarse a otra mudanza quizá a otra ciudad, entonces lo que tiene que hacer es deshacer su baúl e instalarse, sea buena la habitación o no. Pues *cualquier cosa* es mejor que vivir en un estado de espera.

«Esta guerra *acabará*, insistía, «y lo más importante es qué tipo de persona *serás* cuando acabe. Es decir; cuando acabe deberías ser un *hombre*. Y no lo serás si no empiezas a prepararte ahora»:

> Lo primero que has de hacer es: dejar de dar pataletas cuando es inútil. Me parece que debes solicitar que te destinen a algún lugar más próximo al frente y simplemente *arriesgarte*, o, si no quieres hacer eso, *siéntate* donde estás, no pienses en moverte, sino sólo en hacer bien el trabajo que tienes *ahora*.

«Seré muy franco contigo», añadía, con otra sugerencia que indicaba que quizá estaba proyectando su propia historia sobre la situación de Hutt, «y te diré que creo que *podría* ser mejor para ti permanecer lejos de tu familia»:

> Naturalmente, tu familia te resulta confortadora, pero también puede que te ablande. Y para ciertas heridas has de *endurecerte* la piel, no ablandarla. Quiero decir que lo que me figuro (quizá de una manera totalmente errónea) es que tu familia te hace difícil, o imposible, instalarte y ponerte a trabajar sin mirar a derecha e izquierda. Quizá también deberías mirar un poco más en tu interior, y quizá esto es también imposible con

tu familia alrededor. Caso de que le enseñes esta carta a Lotte y ella se ponga furiosa y no esté de acuerdo conmigo, diré esto: quizá ella no fuera una buena esposa si estuviera de acuerdo conmigo, ¡pero eso no significa que lo que yo te digo no sea *cierto!*

Todavía suspirando porque le nombraran oficial, Hutt escribió a Wittgenstein diciéndole que había visto a su comandante en jefe y podía ser que pronto tuviera lugar el nombramiento. «Me parece», contestó Wittgenstein, «que estás viviendo alternativamente en un estado de esperanza y desesperación infundada... Importunar a tu comandante en jefe para que te nombre oficial me parece estúpido. *¡Nada* ha cambiado desde que te rechazaron!»

Escribes: «Todos estos pasos han hecho o harán que mi situación aquí sea satisfactoria, o al menos un poco mejor.» Todo esto es absurdo, y realmente me da asco leerlo. El único paso que puede hacer que las cosas sean más satisfactorias para ti ha de darse en tu interior. (Aunque no diré que alejarte de tu familia no podría ser de ayuda.)

El intercambio de correspondencia acerca de este tema acabó en junio, y fue Wittgenstein quien dijo la última palabra. «Ojalá tengas *suerte* y *paciencia*», escribió como conclusión, «y dejes de tratar con psicólogos.»

En esa época, Wittgenstein habían dejado la casa de Mrs. Mann y se había instalado en casa de un ministro metodista, el reverendo Wynford Morgan. En su primera visita a la casa, Mrs. Morgan, actuando de solícita anfitriona, le pidió si quería tomar un poco de té, y también si le gustaría tomar esto o lo otro. Su marido la llamó desde la otra habitación: «No preguntes; *da.*» Fue un comentario que impresionó enormemente a Wittgenstein, y lo repitió a sus amigos en bastantes ocasiones.

Pero en otros aspectos, su anfitrión le impresionó menos favorablemente. Se burlaba de él por tener las paredes cubiertas de libros que nunca había leído, acusándole de exhibirlos simplemente para impresionar a sus feligreses. Cuando Morgan le preguntó a Wittgenstein si creía en Dios, éste le contestó: «Sí, aunque la diferencia entre lo que usted cree y lo que yo creo puede que sea infinita.»

Naturalmente, este comentario no se refiere a la diferencia entre el metodismo y las demás formas de cristianismo. Wittgenstein no era más católico que metodista. De sus amigos que se habían convertido al catolicismo, una vez comentó: «Posiblemente no podría llegar a creer todo lo que ellos creen.» Uno de éstos era Yorick Smythies, que escribió a Wittgenstein anunciándole su conversión mientras éste se alojaba con el reverendo Morgan. Wittgenstein estuvo muy preocupado, tanto más cuanto que creía que podía ser parcial e inconscientemente responsable de esta conversión por haber animado a Smythies a leer a

Kierkegaard. Su respuesta a Smythies fue indirecta. «Si alguien me dice que se ha comprado un equipo de funámbulo, no me quedo impresionado hasta ver qué hace con él.»

El meollo de esta analogía queda clarificado en uno de sus cuadernos:

> Un honesto pensador religioso es como un funámbulo. Casi parece que esté caminando sobre el aire. Su apoyo es el más sutil imaginable. Y aun así es posible caminar en él.

Aunque profesaba la mayor admiración por aquellos que podían alcanzar el punto de equilibrio, Wittgenstein no se veía como uno de ellos. Por ejemplo, era incapaz de creer en la verdad literal de los milagros:

> Un milagro es, como si dijéramos, un gesto hecho por Dios. Mientras que un hombre se sienta tranquilamente y luego hace un gesto impresionante, Dios permite que el mundo gire suavemente y a la vez acompaña las palabras de un santo con un acontecimiento simbólico, un gesto de la naturaleza. Un ejemplo de milagro sería el que un santo hablara y los árboles se inclinaran ante él, como en reverencia. Ahora, ¿creo yo que sucedan tales cosas? No.
>
> La única manera de que yo crea en un milagro en este sentido sería quedarme impresionado por algo que ocurriera del modo que he descrito. De modo que yo dijera, por ejemplo: «Era imposible ver esos árboles y no darse cuenta de que respondían a sus palabras.» Al igual que yo podría decir: «Es imposible ver la cara de este perro y no ver que se halla alerta y muy atento a lo que hace su amo.» Y puedo imaginarme que la simple narración de las palabras y la vida de un santo puedan hacer que alguien crea a aquellos que dicen que los árboles se inclinaron. Pero a mí no me impresiona tanto.

La creencia en Dios que había reconocido ante Morgan no consistía en suscribirse a la verdad de una doctrina concreta, sino en adoptar una actitud religiosa ante la vida. Tal como se lo expresó a Drury: «No soy un hombre religioso, pero no puedo evitar ver todos los problemas desde un punto de vista religioso.»

Los Morgan tenía como vecinos a la familia Clement, con quien Wittgenstein trabó amistad rápidamente: un buen ejemplo de su comentario a Malcolm de que le era más fácil llevarse bien con la gente de Swansea que con la de Inglaterra. En concreto apreciaba a Mrs. Clement, que cada domingo le invitaba a almorzar con la familia. «¿No es un ángel?», dijo de ella a su marido un domingo, durante el almuerzo. «¿Lo es?», contestó Mr. Clement. «¡Maldita sea, hombre! ¡Naturalmente que lo es!», tronó Wittgenstein. De hecho, tan impresionado estaba con Mrs. Clement que deseaba alojarse en su casa en lugar de con los Morgan. Hasta entonces, los Clement no habían tenido huéspedes, y tampoco los deseaban demasiado, pero ante la insistencia de Wittgenstein, consintieron en que éste se mu-

dara a su casa. La relación de Wittgenstein con los Clement duró tres años más, y durante sus últimos años en Cambridge pasó las vacaciones en su casa como huésped.

Los Clement tenían dos hijas, Joan, de once años, y Barbara, de nueve, y mientras estuvo allí, Wittgenstein fue tratado como parte de la familia. Como el nombre de Wittgenstein les parecía demasiado kilométrico, todos le llamaban «Vicky», aunque estaba claro que era a las únicas personas a quienes se lo permitía. Contrariamente a su costumbre, Wittgenstein comió con la familia mientras se alojó con los Clement. También se les unía en otros aspectos de la vida familiar. En particular le gustaba jugar al parchís y al sube y baja con las chicas, tanto que, en una ocasión en que la partida de sube y baja –en la que Wittgenstein se hallaba particularmente absorto– duraba ya más de dos horas, las chicas tuvieron que rogarle que abandonaran el juego antes de acabarlo, a lo que Wittgenstein consintió contra su voluntad.

También se interesó activamente en la educación de las dos chicas. En esa época Joan, la mayor, se examinaba para obtener una beca para asistir al instituto local. El día en que salieron los resultados, Wittgenstein llegó a casa y la encontró llorando. Le habían dicho que había suspendido. Wittgenstein afirmó tajante que eso no era posible. «¡Maldita sea!», dijo. «¡Vamos a verlo!» Con Joan y su madre siguiéndole angustiadas, Wittgenstein puso rumbo a la escuela para enfrentarse al profesor que le había dicho que había suspendido. «Me sorprende que haya suspendido», le dijo al profesor, «y puedo decirle con toda autoridad que ella *debe* haber aprobado.» El intimidado profesor comprobó las notas y descubrió, ante el alivio de todos, que de hecho había existido un error, y que Joan tenía nota suficiente como para aprobar el examen. Wittgenstein denunció al profesor como «necio incompetente», pero, aunque su juicio y la capacidad de Joan habían sido vindicados, Mrs. Clement se sintió avergonzada de volver a dejarse ver en la escuela.

Aparte de las autoimpuestas responsabilidades familiares y sus paseos casi diarios con Rhees, Wittgenstein dedicó casi todo el tiempo que pasó en Swansea a escribir. Había llevado el texto mecanografiado de la versión de 1938 de las *Investigaciones*, y los cuadernos y los volúmenes de tapa dura que había escrito mientras trabajaba en el Guy, y se había dedicado a la revisión del libro, esperando poder entregarlo a los editores al otoño siguiente, cuando regresara a Cambridge.

Durante los dos primeros meses de su estancia en Swansea, el núcleo de su trabajo se centró en la filosofía de las matemáticas. Reanudó su trabajo sobre el cuaderno que había llevado en el Guy, y al que había dado el título de «Matemáticas y lógica.» Su principal preocupación en ese cuaderno es la idea de seguir una regla. La primera parte de la versión de 1938 acababa con algunas observaciones concernientes a las confusiones que van asociadas a esta idea, y la segunda parte comenzaba con un in-

tento de desenmarañar estas confusiones como paso preliminar a una discusión de ciertos temas de filosofía de las matemáticas. En la versión reelaborada de las *Investigaciones* publicada después de su muerte, sin embargo, la discusión acerca de seguir una regla se utiliza como preliminar a una discusión de temas relacionados con la filosofía de la psicología. Este cambio tuvo lugar en Swansea en los meses de primavera y verano de 1944.

Lo rápida y radicalmente que se desplazaron los intereses de Wittgenstein mientras estaba en Swansea queda ilustrado por dos incidentes separados sólo por unos pocos meses. El primero ocurrió poco después de trasladarse allí, y se relaciona con un breve párrafo biográfico de Wittgenstein que John Wisdom estaba escribiendo para incluirlo en un diccionario biográfico. Antes de su publicación, Wisdom le envió el texto a Wittgenstein por si quería comentar algo. Éste sólo hizo un cambio; añadió una frase final que rezaba: «La principal aportación de Wittgenstein ha tenido lugar en la filosofía de las matemáticas.» Dos o tres meses más tarde, cuando Wittgenstein trabajaba en la serie de observaciones conocidas desde entonces como la «Discusión del lenguaje privado», Rhees le preguntó: «¿Qué tal va tu trabajo en matemáticas?» Wittgenstein le respondió con un despectivo ademán de la mano: «Oh, que otro se encargue de eso.»

Naturalmente, el pasar de la filosofía de las matemáticas a la filosofía de la psicología, y viceversa, utilizando los problemas de una disciplina para ilustrar algún punto de la otra, era algo que Wittgenstein había hecho en sus clases, cuadernos y conversaciones desde principios de los años treinta. En 1944 tampoco era nuevo su interés por combatir la idea de que los lenguajes privados fueran posibles: ya había abordado esa discusión en unas clases dadas en 1932. Lo significativo de este cambio ocurrido en 1944 es que fue permanente: Wittgenstein jamás volvió a intentar disponer sus observaciones sobre matemáticas de forma publicable, y pasó el resto de su vida ordenando, reordenando y revisando sus ideas acerca de la filosofía de la psicología. Además, este cambio aparentemente permanente llegó en un momento en que parecía más ansioso de completar la parte de su libro dedicada a la filosofía de las matemáticas.

La clave de este cambio, creo, reside en una transformación en la manera como Wittgenstein concebía su libro, y en particular en su reconocimiento de que sus observaciones acerca de seguir una regla deberían servir no de preliminar a su discusión de las matemáticas, sino de introducción a su investigación de los conceptos matemáticos y psicológicos. A pesar de su comentario a Rhees de «que lo haga otro», y a pesar del hecho de que jamás regresó a las matemáticas, Wittgenstein seguía viendo sus comentarios sobre matemáticas como pertenecientes a sus *Investigaciones filosóficas*. De este modo, el prefacio del libro, escrito en 1945, todavía enumera «los fundamentos de las matemáticas» como uno de los temas de los que trata el libro, y en 1949 escribió en uno de sus cuadernos:

Quiero llamar «Principios de matemáticas» a todas mis indagaciones de matemáticas que pertenezcan a mis investigaciones filosóficas.

De modo que el cambio debería considerarse, ante todo, un cambio en la concepción que tenía Wittgenstein de sus observaciones acerca de seguir una regla. Ahora conducían no en una dirección, sino en dos, y tras reconocer este hecho, Wittgenstein se sintió más inclinado a seguir la línea que conducía a la investigación de los conceptos psicológicos. Aunque no viviría lo suficiente como para volver sobre sus pasos y seguir el otro ramal de ese camino bifurcado, no abandonó la idea de que había que seguirlo. De este modo, la observación final de las *Investigaciones* –«Es posible una investigación en matemáticas completamente análoga a nuestra investigación en psicología»– enlaza con su comentario a Rhees. Aunque *él* no había analizado todas las implicaciones de la primera parte del libro, todavía era posible que alguna otra persona lo hiciera.

En conversaciones con Rhees, Wittgenstein comentó una vez que sólo se podía sentir realmente activo cuando cambiaba de posición filosófica y seguía desarrollando algo nuevo. Daba como ejemplo algo que consideraba un cambio importante en su lógica filosófica, referido a cómo veía la relación entre proposiciones «gramaticales» y «materiales.» Anteriormente, dijo, había considerado que había que fijar esta distinción. Pero ahora pensaba que la frontera entre las dos era fluida y susceptible de cambio. A decir verdad, esto parece más un cambio de énfasis que de opinión, pues incluso en la versión de 1938 de las *Investigaciones* no había abordado esa distinción como algo fijo. Pero tampoco había puesto un interés particular en su fluidez. Y es ese énfasis lo que dictó el rumbo de su trabajo en el verano de 1944.

La distinción entre los dos tipos de proposiciones se halla en el meollo de toda la filosofía de Wittgenstein: en su pensamiento acerca de psicología, matemáticas, estética e incluso religión, la crítica central a aquellos con los que no está de acuerdo es que han confundido una proposición gramatical con una material, y han presentado como descubrimiento algo que debería ser visto propiamente como una innovación gramatical (en el sentido bastante extraño que Wittgenstein daba a la palabra).

De este modo, en su opinión, Freud no descubrió el inconsciente; en lugar de eso introdujo términos como «pensamientos inconscientes» y «motivos inconscientes» en nuestra gramática de la descripción psicológica. De manera parecida, Georg Cantor no descubrió la existencia de un número infinito de series infinitas; introdujo un nuevo significado en la palabra «infinito», de manera que ahora tiene sentido hablar de una jerarquía de infinidades distintas. Lo que hay que preguntarse en relación a tales innovaciones no es si estas entidades «recientemente descubiertas» existen o no, sino si las adiciones que han hecho a nuestro vocabulario y los cambios que han introducido en nuestra gramática son útiles o no. (La opinión de Wittgenstein era que los introducidos por Freud eran útiles, pero no los de Cantor.)

Wittgenstein tenía muchas maneras de caracterizar las proposiciones gramaticales –«proposiciones autoevidentes», «proposiciones que forman conceptos», etc.–, pero una de las más importantes era describirlas como *reglas*. Al poner énfasis en la fluidez de la distinción entre gramaticales/materiales, llamaba la atención hacia el hecho de que la formación de conceptos –y de este modo, el establecer unas reglas para lo que tiene y no tiene sentido decir– no es algo fijado por leyes inmutables de forma lógica (tal como había pensado en el *Tractatus*), sino que siempre va ligado a una costumbre, una práctica. Así, diferentes costumbres o prácticas presupondrían conceptos diferentes de lo que *nosotros* encontramos útiles. Y esto, a su vez, implicaría la aceptación de reglas distintas (para determinar qué tiene y qué no tiene sentido) de las que de hecho hemos adoptado.

El interés por las proposiciones gramaticales era central a la filosofía de las matemáticas de Wittgenstein, pues éste quería mostrar que la «inexorabilidad» de las matemáticas no consiste en determinado conocimiento de las verdades matemáticas, sino en el hecho de que las proposiciones matemáticas son gramaticales. La certeza de que «2 + 2 = 4» consiste en el hecho de que no lo utilizamos como una descripción, sino como una regla.

En sus últimos escritos sobre filosofía de las matemáticas –al igual que en sus conversaciones con Rhees–, Wittgenstein se mostraba cada vez más interesado en la relación entre seguir una regla y las costumbres:

> La aplicación del concepto de «seguir una regla» presupone una costumbre. De aquí que no tendría sentido decir: sólo una vez en el mundo alguien siguió una regla (o un poste indicador; jugó a un juego, pronunció o comprendió una frase; etcétera).

Se trata de un tema tan corriente que en el cuaderno del que procede la observación –escrita en 1944– no resulta obvio que Wittgenstein tuviera las matemáticas en mente. Y la relación entre este punto y el argumento de Wittgenstein en contra de la posibilidad de un lenguaje privado es obvia:

> Hoy podría dar una nueva regla que nunca se haya aplicado, y aun así fuera comprendida. Pero ¿sería eso posible si ninguna regla se hubiera aplicado jamás?
>
> Y si ahora dijéramos: «¿No es suficiente con que haya una aplicación imaginaria?», la respuesta es: No.

De este modo, parecía perfectamente natural reestructurar el libro a fin de que la parte que trata de seguir una regla condujera no a la filosofía de las matemáticas, sino a la discusión en contra de la posibilidad de un lenguaje privado. En el trabajo que llevó a cabo durante ese verano, Wittgenstein amplió la primera parte de la versión de 1938 de las *Investigaciones* aproximadamente al doble de su longitud anterior, añadiendo lo que

ahora se consideran las partes centrales del libro: la sección acerca de seguir una regla (párrafos 189-242 de la versión publicada), y la sección acerca de la «intimidad de la experiencia» (la así llamada «Discusión del lenguaje privado» en los párrafos 243-421).

En agosto inició lo que parece un intento de ordenar definitivamente el libro, que pretendía tener acabado antes de abandonar Swansea en otoño. Entonces, le dijo a Hutt, «probablemente volveré a aceptar un trabajo de guerra». En una carta posterior, del 3 de septiembre, escribe: «Qué haré cuando tenga que marcharme a principios de octubre es algo que no sé todavía y espero que los acontecimientos se encarguen de tomar la decisión.» En un momento en que los aliados avanzaban rápidamente en Francia y los rusos hacían lo mismo en Polonia, estaba claro que la guerra acabaría pronto con una derrota alemana. Wittgenstein no veía en ello motivo de alegría. «Estoy bastante seguro», le dijo a Hutt, «de que la paz que seguirá a esta guerra será más horrible que la propia guerra.»

Ya fuera porque no pudo encontrar un trabajo de guerra adecuado o porque no podía ampliar más su excedencia, cuando llegó la hora de abandonar Swansea, Wittgenstein se vio obligado a regresar a Cambridge. Lo hizo de mala gana, y el principal motivo es que su libro seguía inacabado. Antes de marcharse de Swansea tenía un texto mecanografiado listo con las partes que consideraba publicables. (Corresponden más o menos a la versión final hasta el párrafo 421.) Habiendo abandonado toda esperanza de ordenar a su satisfacción la parte final del libro, que anteriormente había considerado la más importante (la dedicada a la filosofía de las matemáticas), le quedaba la esperanza de completar el «primer volumen»: su análisis de los conceptos psicológicos.

23. LA OSCURIDAD DE ESTOS TIEMPOS

En octubre de 1944 Wittgenstein regresó a Cambridge, frustrado por no haber acabado su libro y no muy entusiasmado ante la idea de reanudar sus responsabilidades docentes.

Russell estaba de nuevo en Cambridge, tras haber pasado seis años viviendo y trabajando en Estados Unidos. Su vida allí se había vuelto insoportable, debido a la histeria y ultrajes con que le hostigaban los elementos más conservadores de la sociedad norteamericana en respuesta a sus opiniones ampliamente difundidas sobre el matrimonio, la moral y la religión, y había aceptado agradecido la invitación para dar clases durante cinco años en el ambiente más sereno y reposado del Trinity College. Sin embargo, estaba un poco desplazado entre los filósofos académicos ingleses, entre los cuales Moore y Wittgenstein eran mucho más influyentes que el propio Russell. Trajo con él el manuscrito de su *Historia de la filosofía occidental*, que, aunque disfrutó de un enorme éxito comercial (durante muchos años fue la principal fuente de ingresos de Russell) no mejoró su reputación como filósofo.

Aunque seguía admirando la agudeza del intelecto de Russell, Wittgenstein detestaba las obras populares que aquél había publicado desde los años veinte. «Los libros de Russell deberían ser encuadernados en dos colores», le dijo una vez a Drury:

> ... los que tratan de lógica matemática en rojo –y todos los estudiantes de filosofía deberían leerlos–, los que tratan de ética y política en azul –y no se debería permitir que nadie los leyera.

Wittgenstein consideraba que Russell había llegado todo lo lejos que podía llegar. «Russell no va a matarse ahora haciendo filosofía», le dijo a Malcolm con una sonrisa. Y aun así Malcolm recuerda que, durante los años cuarenta, en las raras ocasiones en que Russell y Wittgenstein coincidían en el Club de Ciencia Moral, «Wittgenstein mostraba hacia Russell una deferencia en las discusiones como nunca se la vi mostrar hacia nadie».

Russell, por su parte, no veía ningún mérito en la obra posterior de Wittgenstein. «El primer Wittgenstein», dijo, «era un hombre adicto a

pensar de una manera apasionadamente intensa, profundamente consciente de los problemas de los que yo, al igual que él, percibía la importancia, y poseído (o al menos eso pensaba yo) de auténtico genio filosófico»:

> El Wittgenstein posterior, por el contrario, parece haberse cansado del pensamiento serio y haber inventado una doctrina que hace innecesaria esa actividad.

No resulta sorprendente, por tanto, que cuando los dos volvieron a encontrarse en el otoño de 1944 (tras una interrupción de catorce años) no existiera mucha efusividad entre ellos. «He visto a Russell», escribió Wittgenstein a Rhees una semana después del regreso de aquél; «de algún modo me dio una *mala* impresión.» Y tras esto tuvo escasa o nula relación con su antiguo maestro.

El menosprecio que Russell sentía hacia la obra posterior de Wittgenstein se veía sin duda acentuado (aunque no fuera del todo atribuible a ello) por su resentimiento al haber quedado filosóficamente aislado. Los problemas filosóficos que más le preocupaban ya no se consideraban fundamentales. En parte bajo la influencia de Wittgenstein, la teoría del conocimiento se había visto subordinada al análisis del significado. De este modo, cuando *El conocimiento humano* –una obra que Russell concebía como una importante afirmación de su posición filosófica– se publicó en 1948, fue acogida con fría indiferencia. Por tanto, a quienes más menospreciaba Russell era a los discípulos de Wittgenstein:

> No es una experiencia nada agradable ver que te consideran un anticuado tras haber estado en el candelero durante un tiempo. Es difícil aceptar esa experiencia con elegancia. Cuando Leibniz, a una edad avanzada, oía alabar a Berkeley, comentaba: «Estos jóvenes irlandeses que discuten acerca de la realidad de los cuerpos parece que o no se explican lo suficiente o que no dan argumentos adecuados. Sospecho que desean ser conocidos por sus paradojas.» No podría decir lo mismo de Wittgenstein, que, en opinión de muchos filosófos británicos, me ha superado. No era por sus paradojas por lo que él deseaba ser conocido, sino por su sutil manera de evadirse de las paradojas. Era un hombre muy singular, y dudo que sus discípulos sepan qué tipo de hombre era.

Moore no había sufrido del mismo modo, pero aunque sus relaciones con Wittgenstein eran todavía amistosas, en 1944 estaba demasiado viejo y enfermo como para recibir con entusiasmo la ardua perspectiva de frecuentes y prolongadas discusiones filosóficas con Wittgenstein. Su esposa limitaba las visitas de Wittgenstein a media hora, ante el desagradado de éste. «Moore es tan agradable como siempre», le dijo a Rhees:

> No pude estar mucho tiempo con él, pues fuimos interrumpidos por

Mrs. Moore. Posteriormente ella me dijo que Moore no se encontraba tan bien como parecía y que no debía tener largas conversaciones. Tengo buenas razones para pensar que todo esto, en definitiva, son tonterías. Moore a veces tiene extrañas pérdidas de memoria, pero porque es viejo. Para su edad está francamente bien. A Mrs. Moore, sin embargo, no le gusta la idea de que me vea. A lo mejor teme que pueda criticar el libro que se ha escrito acerca de él y, en general, que ejerza un efecto pernicioso sobre su ánimo.

El libro que Wittgenstein menciona es *La filosofía de G. E. Moore*, una colección de artículos escritos por varios distinguidos filósofos acerca de varios aspectos de la filosofía de Moore, editada por P. A. Schilpp y publicada en 1942. Moore consintió en que se hiciera el libro, y escribió una breve autobiografía especialmente para él. Wittgenstein lo desaprobaba sin paliativos. «Temo», escribió a Moore tras oír hablar del libro, «que te estés paseando por el borde de ese precipicio en el fondo del cual veo a muchos científicos y filósofos ya cadáveres, Russell entre ellos.» Cuando el libro se publicó, Moore estaba en Estados Unidos, y su encuentro del otoño de 1944 fue la primera oportunidad que tuvo Wittgenstein desde la aparición del libro para insistir en sus críticas. Las angustias de Dorothy Moore, por tanto, probablemente eran del todo justificadas.

De hecho, Wittgenstein se equivocaba al culparla exclusivamente a ella de la regulación temporal impuesta en sus encuentros con Moore. Éste había sufrido una apoplejía mientras estaba en Estados Unidos, y su esposa actuaba según instrucciones dadas por el médico, que le había prohibido cualquier tipo de excitación o fatiga. Por ello, Mrs. Moore limitaba a media hora sus discusiones con todos sus amigos filósofos. Dijo que Wittgenstein era el único que se lo tomaba a mal: «No se daba cuenta de lo agotador que podía ser, tanto que, al menos en una ocasión, Moore me dijo de antemano: "No dejes que se quede mucho tiempo."»

Wittgenstein, sin embargo, seguía creyendo que era la mujer de Moore quien le obligaba a acortar sus conversaciones con él. Dos años más tarde le dijo a Malcolm que le parecía poco probable que Moore, «con su gran amor por la verdad», interrumpiera una conversación antes de que ésta alcanzara su adecuado final. Debería discutir tanto como deseara, y si se excitaba o cansaba y sufría una apoplejía y moría... bueno, sería una manera decente de morir: «con las botas puestas».

Nada debía interponerse entre un filósofo y su búsqueda de la verdad. «Pensar a veces es fácil, con frecuencia difícil y al mismo tiempo apasionante», le escribió a Rhees:

> Pero cuando es lo más importante es sólo desagradable, y ocurre cuando amenaza con robar una de las ideas predilectas de uno y dejarle preplejo y con una sensación de inutilidad. En estos casos yo y otros nos retraemos del pensamiento o sólo conseguimos pensar tras una larga lu-

cha. ¡Creo que tú también conoces esta situación y te deseo *mucho valor!* aunque yo mismo carezco de él. Todos somos *enfermos.*

Su mente se volvería hacia la discusión que había tenido con Malcolm al principio de la guerra, cuando éste le habló del «carácter nacional» británico. Éste era un ejemplo pertinente: lo que ocurre cuando, precisamente porque es desagradable, pensar claramente es lo más importante. «Entonces pensé», le escribió a Malcolm:

> ... de qué sirve estudiar filosofía si todo lo que se consigue es permitir hablar de manera un tanto verosímil acerca de abstrusas cuestiones de lógica, etc., y si no mejora la manera de pensar acerca de cuestiones importantes de la vida cotidiana, si no hace que se sea más consciente que cualquier... periodista al utilizar ciertas frases PELIGROSAS que la gente utiliza para sus propios fines.
>
> Ya ve, sé que es difícil pensar bien acerca de la «certeza», la «probabilidad», la «percepción», etc. Pero, si cabe, todavía es más difícil pensar, o intentar pensar, con verdadera honestidad acerca de tu vida y las vidas de los demás. Y el problema es que pensar en estas cosas no es apasionante, sino a menudo realmente repugnante. Y cuando provoca repugnancia, entonces es más importante.

Hacía tiempo que Malcolm no escribía, y –quizá pensando en su ruptura con Russell en 1914–, Wittgenstein comenzó a pensar que quizá Malcolm creía que acabarían riñendo si seguían hablando de temas no filosóficos. «Quizá yo estaba equivocado», escribió:

> Pero de todos modos, si vivimos para volver a vernos no debemos rehuir el seguir escarbando. No se puede pensar decentemente si uno no quiere hacerse daño. Lo sé porque yo mismo siempre lo rehúyo.

De hecho, el intervalo en la correspondencia de Malcolm nada tenía que ver con la riña evocada por Wittgenstein, ni con su suposición de que no «estaban completamente de acuerdo en asuntos muy serios». Tenía más que ver con la dedicación que le exigía su trabajo como oficial de la armada de los Estados Unidos, que impidió que contestara a la carta de Wittgenstein hasta mayo de 1945, cuando le escribió reconociendo que su comentario acerca del «carácter nacional» británico había sido estúpido. Por desgracia para él, llegó a Inglaterra antes que la carta. Cuando su barco atracó en Southampton, Malcolm obtuvo permiso para visitar a Wittgenstein en Cambridge. Evidentemente, éste había interpretado el que no respondiera a sus cartas como signo de que él también rehuía «seguir escarbando» hasta llegar a lo más hondo. Cuando Malcolm llegó a Whewell's Court, Wittgenstein ni siquiera le saludó, sino que movió severamente la cabeza y le invitó a sentarse y a cenar huevos. «Estuvimos sentados en silencio durante un tiempo», recuerda Malcolm.

«Estuvo reservado y ceñudo todo el rato. No nos comunicamos en lo más mínimo.»

El día después de ese encuentro Wittgenstein recibió la carta de Malcolm, e inmediatamente le escribió una respuesta afectuosa y conciliadora: «De haber llegado antes de verle, me habría sido más fácil entrar en contacto con usted.» Le sugirió que a partir de entonces se llamaran por los nombres de pila. Pero parece bastante posible que de no haber recibido Wittgenstein ese reconocimiento por parte de Malcolm de la estupidez de su comentario acerca del «carácter nacional», y de la necesidad de no «rehuir el seguir escarbando», su amistad hubiera tocado a su fin.

Durante el último año de la guerra, tanto en sus intentos de acabar su libro como en sus esfuerzos por presentar sus pensamientos ante unos alumnos que no le comprendían, Wittgenstein se veía luchando contra la superficialidad y la estupidez –la suya propia y la de los demás– y todo el resto de su vida se subordinaba a esa lucha. «Creo que esta guerra», le escribió a Hutt, «ha tenido un *mal* efecto en *todos* nosotros. (También me parece que me está matando gradualmente, aunque gozo de buena salud.)»

Una de las pocas personas a las que consideraba un aliado en esa lucha era Rhees. Cuando éste escribió a Wittgenstein acerca de sus propias frustraciones provocadas al enseñar lógica a los poco aplicados estudiantes de Swansea, Wittgenstein respondió con simpatía y aliento:

> Siento enterarme de las deprimentes circunstancias en las que estás trabajando. ¡Por favor, no cedas a la desesperación! Sé lo inmensamente deprimentes que pueden parecer las cosas, y, naturalmente, yo soy el primero a la hora de pensar en huir, pero espero que te sobrepongas. Me pregunto qué pautas recomendaría yo para un curso de lógica. De todos modos, no hay nada más difícil que enseñar lógica con éxito cuando los estudiantes están medio dormidos. (He oído a Braithwaite roncar en mis clases.) ¡Por favor, ve por el camino más *condenadamente escarpado!* Te deseo *un* alumno *moderadamente* inteligente y despierto que te haga más agradable la labor!
>
> ...Te lo repito: ¡Por favor, sigue el camino más *condenadamente escarpado!* Quéjate, maldice, pero sigue. Los estudiantes son estúpidos, pero algo sacarán de todo ello.

Estaba insatisfecho con sus propios estudiantes. «El nivel de mi clase es extremadamente bajo», le escribió a Rhees. «Tengo seis personas, y ninguna de ellas es realmente buena.»

Pero una fuente mucho mayor de disgusto era el hecho de que su libro se encontrara lejos de estar acabado. Le dijo a Rhees: «No tengo la menor esperanza de acabar mi libro en un futuro próximo.» Esto engendraba en él una sensación de inutilidad, exacerbada por la lectura de los libros de los demás:

> Recientemente he leído bastante; una historia de los mormones y dos

libros de Newman. El principal efecto de esta lectura es hacerme sentir aún más mi inutilidad. Aunque soy consciente de ella sólo del mismo modo en que un hombre amodorrado es consciente de ciertos ruidos que tienen lugar a su alrededor y que, sin embargo, no le despiertan.

Sus clases trataban de los problemas de la filosofía de la psicología, a los que había dedicado el verano anterior en Swansea. Había pensado en utilizar el texto de William James *Principios de psicología* –principalmente para ilustrar las confusiones conceptuales que procuraba combatir–, pero, tal como le dijo a Rhees, «tenías razón; no cogí a James como libro de texto, sino que simplemente decía lo que me salía de la cabeza (o del sombrero)». De hecho, lo que hacía en esas clases era reflexionar acerca de los problemas que abordaba en la parte de las *Investigaciones* que estaba escribiendo.

Estos problemas se centraban en la discusión suscitada por quienes afirman y quienes niegan la existencia de los procesos mentales. Wittgenstein no quería hacer ninguna de las dos cosas; quería mostrar que ambas partes descansan sobre una analogía errónea:

> ¿Cómo se suscita el problema filosófico de los procesos y estados mentales y del conductismo? El primer paso transcurre totalmente inadvertido. ¡Hablamos de procesos y estados y dejamos indeterminada su naturaleza! Alguna vez quizá sepamos más acerca de ellos –eso pensamos–. Pero esto es justamente lo que nos lleva a ver el asunto desde una óptica particular, pues tenemos un concepto definido de lo que significa aprender a conocer mejor un proceso. (El momento decisivo del juego de manos ya ha tenido lugar, y era el que considerábamos más inocente.) Y, ahora, la analogía que nos iba a hacer comprender nuestros pensamientos cae en pedazos. De modo que tenemos que rechazar los procesos todavía no comprendidos en el medio aún no explorado. Y ahora parece como si hubiéramos negado los procesos mentales. Y naturalmente no queremos negarlos.

«¿Cuál es tu objetivo en filosofía?», se pregunta inmediatamente después de este pasaje, y responde: «Mostrar a la mosca el camino para salir de la botella cazamoscas.» El libro de texto de William James se utilizaba para proporcionar ejemplos de las cosas que la gente acaba diciendo cuando se ve atrapada en su botella particular.

Por ejemplo, cuando aborda el concepto del «Yo», James describe lo que sucede cuando intenta echar un vistazo introspectivo a su propio «Yo o yoes». Anota que de lo que es más consciente durante estos intentos de introspección es de sus movimientos de cabeza. De manera que concluye:

> ... El «yo o yoes», cuando se los examina con cuidado, se ve que consisten principalmente en un conjunto de estos peculiares movimientos hechos con la cabeza, o entre la cabeza y la garganta.

Lo que esto muestra, según Wittgenstein, es: «no el significado de la palabra "yo" (hasta el punto que significa algo como "persona", "ser humano", "él mismo", "yo mismo"), ni tampoco un análisis de tal cosa, sino el estado de atención del filósofo cuando se dice la palabra "yo" a sí mismo e intenta analizar su significado.» Y, añade, «se puede aprender mucho de esto».

Al igual que cuando se servía de San Agustín para ilustrar la confusa imagen del lenguaje que él quería combatir, y de Russell para ilustrar las confusiones en la filosofía de las matemáticas, la utilización que hacía de James a la hora de proporcionar ejemplos de confusión en la filosofía de la psicología no implica falta de respeto. Del mismo modo que le dijo a Malcolm que utilizaba la cita de Agustín para comenzar las *Investigaciones* porque «la idea debe ser importante si la sostiene una mente tan grande», de igual modo citaba a James en sus comentarios sobre psicología precisamente porque le tenía en gran estima. Uno de los pocos libros que insistió en que Drury leyera fue *Las variedades de la experiencia religiosa*, de James. Drury le dijo que ya lo había leído: «Siempre disfruto leyendo a William James. Es una persona muy humana.» Sí, replicó Wittgenstein: «Eso es lo que le hace un gran filósofo; era un verdadero ser humano.»

Durante las vacaciones de Navidad de Swansea, la perspectiva de acabar el libro le pareció de pronto más halagüeña que antes, y Wittgenstein regresó al Trinity confiando en que se acercaba la época de la publicación. La versión final del prefacio del libro está fechada: «Cambridge, enero de 1945.»

En el prefacio describe el libro como «el precipitado de investigaciones filosóficas que me han ocupado durante los últimos dieciséis años» (es decir, desde su regreso a Cambridge en 1929), y dice acerca de sus observaciones:

> Las hago públicas con bastantes recelos. No es imposible que este trabajo, en su miseria y en la oscuridad de estos tiempos, esté destinado a arrojar luz en un cerebro u otro; pero ciertamente no es probable.

Evidentemente, los «grandes recelos» triunfaron sobre la inclinación a publicar el libro. Wittgenstein no entregó su texto mecanografiado a los editores, sino que pasó el resto del año intentando ampliar considerablemente sus investigaciones en relación a los conceptos psicológicos.

A este fin seleccionó observaciones de los volúmenes manuscritos que había escrito desde 1931. Trabajó en ello durante el segundo y tercer trimestre académico de 1945, y en verano estaba preparado para dictar una selección a un mecanógrafo. El 13 de junio le escribió a Rhees:

> El trimestre ha finalizado y mis pensamientos viajan en dirección a Swansea. He trabajado bastante bien desde Semana Santa. Ahora estoy dictando algo, observaciones, algunas de las cuales quiero que ocupen mi

primer volumen (si alguna vez hay uno). El asunto de dictar me ocupará más o menos otro mes o seis semanas. Después de eso podría dejar Cambridge.

Dos semanas más tarde se hallaba en un estado de mayor frustración. Su obra, le dijo a Malcolm, iba «condenadamente lenta. Ojalá pudiera tener un volumen para publicar el próximo otoño; pero probablemente no será así. ¡Soy un trabajador condenadamente malo!»

De hecho, el trabajo de dictar sus observaciones le mantuvo en Cambridge hasta agosto. No consideró el texto resultante una versión final del libro, sino algo a partir de lo cual –junto con el texto que había completado en Swansea el año anterior– podía compilarse una versión definitiva. Sin embargo, ahora confiaba en que pronto tendría una versión publicable. «Podría editarla por Navidad», le dijo a Malcolm:

> No es que lo que he hecho hasta ahora sea bueno, sino que ya no me veo capaz de hacerlo mejor. Creo que cuando esté acabado debería publicarlo.

Durante los meses de preparación de su texto, cada vez se sentía más oprimido por la «oscuridad de estos tiempos». Los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial estuvieron acompañados de escenas de salvajismo e inhumanidad a una escala anteriormente inimaginable. En febrero, el bombardeo de Dresden por parte de las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas dejó la ciudad casi completamente devastada, y mató a 130.000 civiles. En abril los dos aliados tomaron Berlín y los rusos Viena, con espantosas bajas por ambas partes. Poco antes de la rendición alemana del 7 de mayo, se dieron a conocer las imágenes de los montones de cuerpos putrefactos descubiertos por los aliados en los campos de concentración de Belsen y Buchenwald. El 14 de mayo, Wittgenstein le escribió a Hutt: «Los últimos seis meses han sido más asquerosos que todo lo anterior. Ojalá pudiera irme de este país durante un tiempo y estar solo en algún lugar, como lo estaba en Noruega.» «Cambridge», dijo, «¡me saca de quicio!»

En las elecciones británicas de julio votó por el Partido Laborista, e instó decididamente a sus amigos a que hicieran lo mismo. Le parecía importante librarse de Churchill. Estaba convencido, tal como se lo expresó a Malcolm, de que «esta paz es sólo una tregua».

> Y pretender que el total exterminio de los «agresores» de esta guerra hará del mundo un lugar mejor para vivir, pues una guerra futura, naturalmente, sólo podría ser empezada por ellos, suena a patraña y, de hecho, promete un futuro horrible.

De este modo, cuando en agosto los japoneses se rindieron, las cele-

braciones que tuvieron lugar en las calles de Swansea no sirvieron para ponerle de mejor humor. «Hemos tenido dos días de celebración», le escribió a Malcolm, «y creo que ha habido más ruido que verdadera alegría.» En las consecuencias de la guerra sólo podía ver tristeza. Cuando Hutt fue licenciado, Wittgenstein le escribió deseándole «mucha suerte»: «lo digo en serio: fuerza para soportar lo que nos espera, sea lo que sea». Le dijo a Hutt que últimamente no se había sentido muy bien de salud: «en parte a causa de que tengo problemas con un riñón, y en parte porque siempre que leo las brutalidades de los aliados en Alemania y Japón siento asco».

En el contexto de la escasez endémica de alimentos que había en Alemania y Austria, de la política del ejército británico de no «confraternizar» con su enemigo conquistado, y –en medio de esto– de los llamamientos por parte de la prensa a *castigar* al enemigo alemán como culpable de la guerra, Wittgenstein se sintió gratificado al leer en el *News Chronicle* un artículo de Victor Gollancz reclamando el fin de «la santurronería en los asuntos internacionales» y que se tomara la decisión de alimentar al pueblo alemán; «no porque si no lo hacemos podamos sufrir nosotros mismos, sino simplemente porque es justo alimentar a nuestros vecinos cuando se mueren de hambre». Tras comentarle a Rhees el artículo de Gollancz, éste le prestó un panfleto que Gollancz había escrito anteriormente, *Lo que realmente significa Buchenwald.* Considerándose «un judío que cree en la ética cristiana», Gollancz atacaba a la prensa británica por su reacción ante los horrores de Buchenwald, y señalaba que era erróneo hacer responsable a *todos* los alemanes. Luego atacaba el concepto de «culpa colectiva» como algo que nos llevaba de nuevo al Antiguo Testamento, del cual el ejemplo de Cristo debería habernos librado.

Wittgenstein se sintió fuertemente impresionado tanto por la fuerza como por los puntos más débiles del llamamiento de Gollancz en favor de una actitud humana hacia los alemanes. El 4 de septiembre le escribió elogiándole por su artículo en el *New Chronicle.* Escribió que se «alegraba de ver que alguien, públicamente y desde un lugar visible, llamaba crueldad a la crueldad». En relación al panfleto sobre Buchenwald, le dijo a Gollancz:

> Simpatizo profundamente con sus severas críticas (y nunca serán lo bastante severas) de la crueldad, mezquindad y vulgaridad de la prensa diaria y de la BBC. (Nuestros noticiarios de los cines son, si ello es posible, aún más venenosos.) Eso se debe a que simpatizo intensamente con su actitud hacia estos males, pero creo que debería hacerle una seria crítica de su polémica en contra de ellos.

Gollancz, dijo, había mitigado el impacto de su crítica adornándola con asuntos secundarios, «que, aun cuando no sean nimios ni ambiguos, distraen la atención del lector del tema principal, y hacen perder eficacia a la polémica». Si Gollancz quería hacerse oír «por encima del vocerío de la prensa diaria y la radio», haría bien en atenerse al meollo del asunto:

Si realmente quiere que la gente elimine la suciedad, no les hable de temas filosóficos como el valor de la vida y la felicidad. Esto, si es que sirve para algo, sólo servirá para iniciar la cháchara académica.

Al escribir acerca de la actitud equivocada que la gente tiene en relación a los horrores de Buchenwald, ¿deseaba usted por ejemplo solamente convencer a aquellos que están de acuerdo con sus opiniones en torno al Antiguo y al Nuevo Testamento? Si estaban de acuerdo, sus largas citas sirven para apartar su atención del punto principal. Y si no lo estaban –y muchas personas susceptibles de conmoverse ante sus argumentos no lo están– tendrán la impresión de que todo este galimatías hace que todo el artículo huela a camelo. Tanto más cuanto que no abandonarán de buena gana sus anteriores opiniones.

Aquí me detengo. Si me pregunta usted por qué, en lugar de criticarle, no escribo yo mismo artículos, le responderé que porque me faltan conocimientos, facilidad de expresión y el tiempo necesario para hacer un periodismo efectivo y decente. De hecho, escribir esta carta de crítica a un hombre de sus opiniones y de su capacidad es lo más parecido a lo que me está negado, es decir, a escribir yo mismo un buen artículo.

La carta revela cuánto apreciaba Wittgenstein el arte de la polémica. Las líneas generales de este consejo a Gollancz le fueron repetidas más o menos un año más tarde a Rush Rhees. Rhees había escrito un artículo en el que atacaba a Gilbert Ryle por la entusiasta reseña de este último a *La sociedad abierta y sus enemigos* de Karl Popper, en el que Popper mete a Platón, a Hegel y a Marx en el mismo saco, acusándoles de ser abogados del totalitarismo. Wittgenstein le dijo a Rhees que estaba de acuerdo con la idea general de su artículo, pero le criticaba por hacer demasiados aspavientos y no lanzar suficientes golpes certeros:

La polémica, o el arte de arrojar huevos, es, como sabes bien, un trabajo tan altamente especializado como, digamos, el boxeo... Me encantó que le lanzaras huevos a Ryle, ¡pero manténte erguido y lánzaselos bien! La dificultad es: no hacer ruidos ni gestos superfluos, que no hacen daño al otro, sino sólo a ti mismo.

Gollancz, sin embargo, recibió el consejo de Wittgenstein con desdeñosa indiferencia. Su respuesta (dirigida a «L. Wittgenstein») es breve y despectiva: «Gracias por su carta, que estoy seguro era bien intencionada.» Wittgenstein se tomó con buen humor el desaire: «¡Bueno, esto sí que es gracioso!»; le dijo a Rhees con una sonrisa, y lanzó al fuego la nota de Gollancz.

A pesar de sus temores por el futuro de Europa y de su convicción de que pronto habría otra guerra aún más horrible, Wittgenstein fue capaz de pasar el final del verano de 1945 disfrutando de unas vacaciones en Swan-

sea. O, al menos, tal como se lo expresó a Malcolm, «disfrutando de mi ausencia de Cambridge».

«Mi libro se acerca gradualmente a su forma definitiva», le dijo a Malcolm a final de verano.

> ... y si eres un buen chico y vienes a Cambridge te dejaré leerlo. Probablemente te decepcionará. Y la verdad: es bastante horrible. (Tampoco podría mejorarlo en lo esencial aunque lo intentara otros cien años.) Esto, sin embargo, no me preocupa.

Estas dos últimas frases no eran ciertas; le preocupaba que su libro no fuera tan bueno como él pretendía que fuera. Y creía que podría mejorarlo. Y precisamente por estas dos razones seguía inédito en el momento de su muerte.

Le daba miedo regresar a Cambridge para reemprender sus deberes docentes, y le imploraba a Malcolm que fuera pronto a Inglaterra, «antes de que me decida a dimitir de mi absurdo empleo de profesor de filosofía. Es una especie de muerte en vida».

La versión definitiva de lo que hoy es la primera parte de las *Investigaciones filosóficas* fue preparada durante los dos primeros trimestres académicos de 1945-1946. Del texto que había dictado durante el verano anterior seleccionó unas 400 observaciones para añadir a lo que había escrito en Swansea en 1944, y tras algunas reordenaciones y renumeraciones, esto dio lugar a los 693 párrafos de que consta la obra.

De este modo, podemos decir que, *grosso modo*, el desarrollo del libro se divide en tres fases identificables: los párrafos 1-188 constituyen la primera parte de la versión de 1938; los párrafos 189-421 fueron añadidos en 1944; y los párrafos 421-693 forman la ampliación añadida en 1945-1946, que a su vez fue compilada de los manuscritos fechados en 1931-1945.

Wittgenstein describe esta labor de retazos en su prefacio.

> Tras varios intentos desafortunados de ensamblar mis resultados en una totalidad semejante, me di cuenta de que eso nunca saldría bien. Que lo mejor que yo podría escribir siempre se quedaría sólo en anotaciones filosóficas; que mis pensamientos desfallecían tan pronto como intentaba obligarlos a proseguir, contra su inclinación natural, en *una sola* dirección. Y esto tenía que ver, ciertamente, con la naturaleza misma de la investigación. Ella misma nos obliga a atravesar un amplio dominio de pensamiento en zigzag, en todas direcciones. Las anotaciones filosóficas de este libro son como un conjunto de bosquejos de paisajes, resultado de estos largos y enmarañados viajes.
>
> Los mismos puntos, o casi los mismos, fueron continuamente abordados de nuevo desde diferentes direcciones, y siempre se esbozaron nuevos cuadros. Un sinnúmero de éstos estaban mal dibujados, o carecían de personalidad, aquejados de todos los defectos de un torpe dibujante. Y cuando fueron descartados, quedaron otros que eran tolerables y debían

ser ordenados, y frecuentemente recortados, para que el observador pudiera obtener una imagen del paisaje. Así pues, este libro es en realidad sólo un álbum.

Incluso entonces, había cuadros de ese álbum con los que estaba insatisfecho, y no hizo ningún intento de publicar esa reordenación final. Sin embargo, durante el resto de su vida habló de este texto mecanografiado como «mi libro», y lo repasó párrafo por párrafo con algunos de sus amigos y estudiantes de más confianza, de manera que a su muerte hubiera al menos algunas personas para las que el libro no resultara del todo ininteligible.

Estaba convencido de que su libro sería fundamentalmente malinterpretado –*especialmente* por los filósofos académicos– y ésta era sin duda otra razón que le llevó a no publicar el libro en vida. En una versión reescrita del prefacio, afirma: «Entrego este libro al público con cierta renuencia»:

> Caerá en manos que, en su mayor parte, no son aquellas que a mí me gusta imaginar. Puede que pronto –y eso es lo que deseo– sea completamente olvidado por los periodistas filosóficos, y quede así preservado para un mejor tipo de lector.

La hostilidad de Wittgenstein hacia la filosofía profesional y su aversión por Cambridge fueron constantes a lo largo de toda su carrera académica, pero en los años de la «reconstrucción de Europa» que siguieron a la Segunda Guerra Mundial parecieron fusionarse con una especie de visión apocalíptica del fin de la humanidad. Durante las vacaciones de Semana Santa de 1946 renovó su amistad con Karl Britton, uno de sus antiguos estudiantes y ahora profesor de filosofía en la Universidad de Swansea. Una tarde, durante un largo paseo por la costa, Wittgenstein le dijo a Britton que estaba convencido de que se estaba planeando una nueva guerra, y que las armas atómicas pondrían fin a todo: «Lo harán, lo harán.»

Lo que relaciona esa angustia apocalíptica con su hostilidad hacia la filosofía académica es su odio hacia el poder de la ciencia en nuestra época, que por una parte estimulaba el «ansia de generalidad» de los filósofos y por otra había producido la bomba atómica. De manera curiosa, incluso daba la bienvenida a la bomba, aunque sólo fuera porque el miedo que infundía pudiera disminuir la reverencia con que la sociedad observaba el progreso científico. Más o menos en la época de su conversación con Britton, escribió:

> El miedo histérico ante la bomba atómica experimentado o expresado ahora por una parte de la sociedad casi sugiere que se ha inventado algo realmente saludable. El miedo al menos da la impresión de ser una medicina amarga y realmente eficaz. No puedo evitar pensar: si no hubiera algo bueno en ello los filisteos no armarían todo este alboroto. Pero quizá

ésta sea una idea demasiado infantil. Porque realmente todo lo que quiero dar a entender es que la bomba ofrece una perspectiva del fin, de la destrucción de un mal –nuestra repugnante y zalamera ciencia–. Y desde luego no es un pensamiento desagradable.

«La verdadera visión apocalíptica del mundo», escribió, «consiste en que las cosas no se repiten.» El final de hecho podría llegar.

No es absurdo, por ejemplo, creer que la era de la ciencia y la tecnología es el principio del fin de la humanidad; que la idea del gran progreso es una ilusión, junto con la idea de que finalmente conoceremos la verdad; que no hay nada bueno o deseable en el conocimiento científico, y que el ser humano, al perseguirlo, cae en una trampa. No es de ningún modo evidente que hoy en día no sea así.

En cualquier caso, el progreso científico llegará a su fin. Pero para él, la visión más pesimista era la que preveía el triunfo de la ciencia y la tecnología:

Podría ser que la ciencia y la industria, y su progreso, fueran lo más perdurable del mundo moderno. Quizá cualquier especulación acerca de un inminente hundimiento de la ciencia y la industria sea, en el presente y en un futuro a largo plazo, un mero sueño; quizá la ciencia y la industria, habiendo provocado infinitas calamidades en el proceso, unirán al mundo; quiero decir que lo condensarán en una sola unidad, en la que la paz será lo último que encontraremos.

Pues la ciencia y la industria deciden las guerras, o eso parece.

«La oscuridad de estos tiempos», por tanto, es atribuible a la adoración del falso ídolo de la ciencia, al que había atacado en su obra desde principios de los años treinta. De este modo, su «sueño» del inminente derrumbamiento de la ciencia y la industria era la anticipación de una época en la que este tipo de pensamiento sería más generalmente aceptado y comprendido. Enlaza con su observación a Drury: «Mi manera de pensar no es deseable en esta época, tengo que esforzarme y nadar contracorriente. Quizá dentro de cien años la gente querrá lo que yo escribo.» Y aun así, si eso es lo que «ellos» quieren, y la visión apocalíptica no es absurda, entonces puede que ese momento no llegue jamás. Nunca habrá una época en la que se desee ese tipo de pensamiento.

Mientras que los presagios de Wittgenstein le acercaban a posiciones de izquierda, su identificación de la adoración de la ciencia con el peor de los males le mantenía a cierta distancia del marxismo. Hojeando el libro de Max Eastman, *El marxismo, ¿es una ciencia?* (que tomó de la biblioteca de Rhees), comentó, refiriéndose a la opinión de Eastman de

que el marxismo debía hacerse más científico si esto ayudaba a la revolución:

> De hecho, nada es más conservador que la ciencia. La ciencia coloca unos carriles. Y para los científicos es importante que su trabajo discurra a lo largo de esos carriles.

Compartía con los comunistas una brutal aversión hacia la suficiencia del *establishment* británico, y quería ver algún tipo de revolución. Pero deseaba que esa revolución fuera un rechazo del *Weltanschauung* científico de nuestra época, no su confirmación.

En cualquier caso, el grado hasta el cual deseaba identificarse con un partido estaba limitado por el hecho de verse como filósofo: alguien que en su implacable búsqueda de la verdad estaba dispuesto a abandonar cualquiera de sus «ideas predilectas». En esa época, Rhees consideró que debía unirse al Partido Comunista Revolucionario (trotskista), pues, tal como se lo expresó a Wittgenstein, «estoy cada vez más de acuerdo con los puntos principales de su crítica a la sociedad actual y con sus objetivos». Wittgenstein se mostró comprensivo, pero intentó disuadirle basándose en que sus deberes como miembro leal de un partido serían incompatibles con sus deberes como filósofo. Al hacer filosofía, insistió, se tenía que estar constantemente dispuesto a cambiar la dirección en que te movías, y si se piensa como un filósofo no se pueden tratar las ideas del comunismo de manera diferente de los demás.

Irónicamente, en una época en que su interés por los asuntos políticos era más intensa, y sus simpatías por la izquierda estaban en su punto más alto, perdió la oportunidad de discutir con el intelectual marxista que más respetaba. En mayo de 1946 Piero Sraffa decidió que ya no deseaba tener más conversaciones con Wittgenstein, diciendo que ya no podía dedicar su tiempo ni su atención a los asuntos que Wittgenstein deseaba discutir. Esto fue un gran golpe para Wittgenstein. Le rogó a Sraffa que siguieran con sus conversaciones semanales, aunque eso significara abandonar los temas filosóficos. «Hablaremos de cualquier cosa», le dijo. «Sí», replicó Sraffa, «pero a *su* manera.»

Fuera o no éste uno de los factores que contribuyeron a ello, a lo largo del último trimestre académico de 1946 Wittgenstein pensó cada vez más en abandonar su cátedra y marcharse de Cambridge. Cuando regresó a Swansea para las vacaciones de verano, su aversión hacia Cambridge y la filosofía académica estaban en su punto más alto. En ausencia de Rhees, Karl Britton tuvo que hacer frente a la furia de su repulsa.

> Un día de julio... Wittgenstein me llamó por teléfono y me explicó que su amigo estaba fuera y que quería que yo le llevara a dar un paseo. Sin embargo, su tono general parecía muy hostil. La revista *Mind* acababa de publicar dos ensayos acerca del «Positivismo terapéutico» y (como averigüé posteriormente) esto le había irritado y molestado mucho. También

estaba enfadado conmigo por asistir a la Jornada Inaugural de la Mind Association y de la Sociedad Aristotélica, el congreso anual de filósofos: lo tomó como un signo de frivolidad y de intereses ocultos. Arremetió contra los filósofos profesionales, se lamentó del estado de la filosofía en Inglaterra y preguntó: «¡Qué puede hacer un hombre solo?» Cuando le dije que el próximo congreso iba a celebrarse en Cambridge en 1947 y que yo iba a leer una ponencia, dijo: «Muy bien, para mí es como si me acabara de decir que el próximo verano, en Cambridge, habrá una epidemia de peste bubónica. Estoy muy contento de saberlo, y me aseguraré de estar en Londres.» (Y así lo hizo.)

Ese mismo día, más tarde, Wittgenstein tomó el té en casa de Britton. Estaba de mejor humor, y habló (en contraste a su aversión por Londres y Cambridge) de lo mucho que le gustaba Swansea. Le dijo a Britton que le gustaba el norte de Inglaterra, y se acordó de una anécdota ocurrida en Newcastle, cuando le preguntó al cobrador del autobús dónde tenía que apearse para ir a cierto cine. El cobrador le dijo en seguida que en ese cine daban una película muy mala, y que debería ir a otro. Esto inició una acalorada discusión en el autobús acerca de qué película debía ver Wittgenstein y por qué. Le dijo a Britton que eso le gustó; era algo que podría haber ocurrido en Austria.

La comparación final es reveladora, y quizá explique en parte la vehemencia con que en esa época atacaba lo que él denominaba «la desintegradora y putrefacta civilización inglesa». En palabras más simples: echaba de menos Viena. No había estado desde antes del *Anschluss*, y había tenido muy poco contacto con su familia y amigos en Austria.

Ser profesor era bastante malo, pero ser un profesor inglés había acabado siendo insoportable.

24. UN CAMBIO DE ASPECTO

El pesimismo de Wittgenstein acerca del destino de la humanidad no era provocado por los acontecimientos catastróficos que cerraron la Segunda Guerra Mundial; como hemos visto, era una historia más larga; pero aquellos sucesos parecieron reforzar su convicción, sostenida durante mucho tiempo, de que la raza humana se encaminaba al desastre. Los medios mecánicos para matar que se habían utilizado, y las temibles muestras de poderío tecnológico que habían podido observarse –los bombardeos de Dresden, las cámaras de gas de los campos de concentración, las bombas atómicas lanzadas sobre Japón– lo convencieron de una manera profunda y definitiva de que «la ciencia y la industria deciden las guerras». Y esto pareció afirmarlo aún más en sus opiniones apocalípticas, según las cuales el final de la raza humana era la consecuencia de sustituir el espíritu por la máquina, de darle la espalda a Dios y otorgarle nuestra confianza al «progreso» científico.

Sus cuadernos de los años de posguerra abundan en reflexiones de este tipo. Una imagen que le asaltaba, escribió, era la de nuestra civilización, «envuelta burdamente en celofán y aislada de todo lo grandioso, de Dios, como si dijéramos». Le parecía que las casas, coches y otros trastos de nuestro entorno «separaban al hombre de sus orígenes, de lo que es sublime y eterno, etc». Era como si la vida llegara a su fin, asfixiada por los objetos de nuestra era industrial. Y naturalmente, era fútil esperar que se alterara este rumbo simplemente con señalarlo. ¿Era realmente necesario ese viaje? Uno podía hacer la pregunta, pero era muy poco probable que, en respuesta, el ser humano dijera: «Pensándolo bien, no.» Y aun con todo, Wittgenstein proseguía su labor de zapa de esa manera de pensar que, en su opinión, se hallaba en la raíz de todo el desastre. Y en sus discípulos tenía a unas personas que podían continuar su obra cuando muriera. No es que él deseara fundar una escuela ni nada de eso. «No estoy seguro», escribió, «de si prefiero que otros prosigan mi obra o que la gente cambie de modo radical su manera de vivir, lo cual convertirían en superfluas todas estas cuestiones.»

El problema sólo podía tener una solución existencial, jamás teórica. Lo que hacía falta era un cambio de espíritu. «La sabiduría es fría, y por ello estúpida. (Por otro lado, la fe es una pasión.)» Para volver a respirar,

no servía de nada simplemente pensar correctamente; uno tenía que actuar: como si dijéramos, desgarrar el celofán y desvelar el mundo vivo que había detrás. Tal como lo expresó: «"La sabiduría es gris." Por otro lado, la vida y la religión están llenas de color.» La pasión de la fe religiosa era lo único capaz de superar la falta de vida de la teoría:

> Creo que una de las cosas que dice el cristianismo es que las doctrinas razonables son todas inútiles. Que tienes que cambiar tu *vida*. (O la *dirección* de tu vida.)
>
> Dice que la sabiduría es toda ella fría; y que no puede ser utilizada para enderezar tu vida más de lo que puedes forjar el hierro cuando está *frío*.
>
> Una doctrina razonable no tiene por qué *adueñarse* de ti; puedes seguirla como si siguieras la receta de un médico. Pero aquí necesitas algo que te impulse y te desvíe hacia una nueva dirección. (Es decir, así es como yo lo entiendo.) Una vez has dado media vuelta, debes *seguir* en esa dirección.
>
> La sabiduría carece de pasión. Pero, por contraste, la fe es lo que Kierkegaard llama *pasión*.

Lo que durante mucho tiempo Russell había identificado erróneamente con su propia pasión teórica era, de hecho, el mismísimo repudio de esa pasión: la pasión de Wittgenstein era decididamente antiteórica. El posterior comentario de Russell de que a Wittgenstein le gustaba el misticismo por su poder de impedirle pensar, y su pulla de que Wittgenstein había adoptado una doctrina que hiciera innecesario el pensamiento, se acercan mucho más al blanco, si equiparamos «pensamiento serio» con los intentos de formular una verdadera teoría.

El ideal de Wittgenstein de la «vida *primordial*, la vida salvaje pugnando por salir a la superficie» –aunque él rara vez se viera ateniéndose a ese ideal– resulta clave para comprender tanto el propósito de su obra como la dirección de su vida. En la medida en que se sentía demasiado teórico, demasiado «sabio», se sentía falto de vida. La necesidad de pasión, de religión, no era sólo algo que veía en el mundo que le rodeaba; era algo que percibía en sí mismo. Se veía compartiendo los mismos defectos característicos de nuestra época, y necesitaba el mismo remedio: fe y amor. Y al igual que nuestra época encuentra imposible creer en Dios, también él se encontraba con que no podía rezar: «es como si tuviera las rodillas demasiado rígidas. Me da miedo la disolución (mi propia disolución) si me ablando».

Por lo que al amor se refiere, aunque lo necesitaba intensamente, también se veía con frecuencia incapaz, asustado. Y, naturalmente, temía que le fuera arrebatado, demasiado consciente de su fugacidad e incertidumbre. En 1946 –y probablemente le fue de algún alivio darse cuenta de que, después de todo, todavía era capaz de amar– se enamoró de Ben Richards, un estudiante de medicina de Cambridge. Richards poseía lo que

ahora se considera como las cualidades que más impresionaban al corazón de Wittgenstein: era extraordinariamente amable, un poco tímido, quizá incluso dócil, pero extremadamente afectuoso, considerado y sensible.

Inmerso en la profunda desesperación que experimentó tras la Segunda Guerra Mundial, Wittgenstein encontró algo de solaz en su amor por Ben, aun cuando a veces le pareciera que se lo ofrecía para tener alguna otra cosa de qué preocuparse. «Estoy muy triste, con frecuencia estoy muy triste», escribió el 8 de agosto de 1946. «Siento como si mi vida llegara a su fin»:

> Lo *único* que ha hecho por mí mi amor por Ben es esto: relegar a un segundo plano las pequeñas preocupaciones relacionadas con mi situación y mi trabajo.

Las angustias de estar enamorado eran quizá las más duras de soportar. Y Ben era muy joven: casi cuarenta años más joven que Wittgenstein. ¿No era fácil imaginarse, escribió el 12 de agosto, que Ben se cansara totalmente de su amor, «al igual que un muchacho ya no recuerda lo que sentía cuando era niño?» Y de este modo, unos pocos días después, mientras esperaba impaciente una carta de Ben, nada le parecía más probable, ni de hecho más natural, que el hecho de que Ben le hubiera abandonado. Y aun así, cada mañana, cuando de nuevo no había carta de Ben, le parecía extraño: «Siento como si hubiera algo de lo que todavía no me he *dado cuenta*; como si tuviera que encontrar un punto de vista desde el que ver la verdad más claramente.»

Estos relatos de la angustia casi insoportable que Wittgenstein experimentaba mientras aguardaba una carta de su amado nos resultan bastante familiares. Lo mismo había ocurrido con Pinsent, y con Skinner, e incluso con Kirk. Y aun así, en su amor por Ben hay una nota nueva, una ruptura con el solipsismo del pasado. El 14 de agosto escribió, como si acabara de darse cuenta por primera vez:

> La señal del *verdadero* amor se da cuando uno piensa en lo que la *otra* persona sufre. Pues si él también sufre, es también un pobre diablo.

Quizá la mosca había conseguido por fin salir de la botella. Y descubierto, además, que la vida no era necesariamente mejor allí fuera. Exponerse a estos elementos podía ser incluso peligroso. «Creo», escribió el 18 de agosto, «que mi salud mental pende de una cuerda muy fina»:

> Naturalmente es la angustia y la preocupación por B. lo que me consume. Y, aun con todo, éste no sería el caso si no me incendiara tan fácilmente, «altamente inflamable».

En épocas anteriores, reflexionó, la gente entraba en un monasterio: «¿Eran personas estúpidas o insensibles? Bueno, si esa gente sentía la ne-

cesidad de tomar tales medidas a fin de seguir viviendo, ¡entonces el problema no puede ser tan fácil!»

Pero si el amor, ya fuera humano o divino, era la solución al problema, no debía ser algo que pudiera arrebatarse; tenía que ser concedido como un don. De este modo, para combatir las angustias provocadas por el hecho de que otros filósofos publicaran ideas derivadas de él, se recordaba que su obra era valiosa «sólo cuando recibe una luz desde arriba»:

> Y si eso ocurre, ¿por qué debería preocuparme de que los frutos de mi labor me sean robados? Si lo que escribo realmente tiene algún valor, ¿cómo puede alguien robar ese valor de mí? Y si le falta la luz que debería recibir desde arriba, no paso de ser inteligente.

Y en relación con su amor por Ben, escribió:

> «Pues nuestros deseos nos ocultan incluso aquello que deseamos. Las bendiciones del cielo llegan de manera insospechada, etc.» Eso me digo a mí mismo siempre que recibo el amor de B. Pues bien sé que se trata de un don raro y grande; sé que se trata de una joya poco común, y también que no es eso exactamente lo que yo había soñado.

Naturalmente, había otras razones para salir de Cambridge. El mismísimo día de llegar allí procedente de Swansea, el 30 de septiembre, escribió:

> Todo lo que hay en este lugar me repele. La rigidez, la artificialidad, la suficiencia de la gente. El ambiente universitario me da náuseas.

Le escribió a Fouracre: «Lo que echo de menos es a alguien con quien decir tonterías por el patio.» Fouracre era la única persona del Guy con quien aún mantenía algún contacto. En 1943, poco después de haberse casado, Fouracre se había alistado en el ejército, y fue enviado al Lejano Oriente. No volvió a casa hasta febrero de 1947. Mientras estuvo lejos, Wittgenstein le echó mucho de menos, y le escribió con extraordinaria frecuencia, instándole a: «volver a casa desde ese mald... Sumatra o donde sea». No todas estas cartas han sobrevivido, pero el afecto que Wittgenstein sentía por Fouracre se hace patente en las que se conservan, incluyendo una serie de seis escritas en el mismo número de meses –de agosto a diciembre de 1946–, que acaban con la exclamación: «¡Dios te bendiga!», y que incluyen el ruego de que vuelva a casa rápidamente.

La primera de estas seis cartas está fechada en agosto de 1946, y menciona un brezo que Wittgenstein había recogido para Fouracre y enviado al Lejano Oriente. Describe la «horrible» situación en Europa y acaba: «De manera que cuando regreses no encontrarás nada maravilloso. Pero de todos modos espero que vengas pronto. ¡Me ahorrará el problema de recoger flores y enviarlas a Sumatra!»

En su ligereza de tono y en la abundancia de chistes absurdos que tanto le gustaban a Wittgenstein, estas cartas nos recuerdan las que le enviaba a Pattisson. Apenas hay alguna que no contenga un chiste o una broma:

> Siento que no te llegue el correo regularmente, y en particular mis cartas, que están llenas de contenido. Quiero decir de papel, tinta y aire. No creas que los mosquitos no te pican por tu cara bonita –que no lo es– sino porque eres tan conde... horrible y ellos lo que quieren es sangre. ¡Espero que los holandeses lleguen pronto y os envíen de vuelta a casa! [7.10.46]

> ¡No entiendo por qué demonios no te llegan mis cartas! ¿Crees que el censor las guarda como recuerdo porque son tan maravillosas? No me sorprendería. Bueno, por amor de Dios, acaba tus viajes por el sur de Sumatra y Sumatra Central y toma un avión* (no me refiero a uno de los que utiliza el carpintero) y vete a casa. [21.10.46]

> Me encuentro mucho mejor ahora que al principio del trimestre. Entonces me sentía horriblemente mal y tenía extraños ataques de agotamiento. Finalmente, desesperado, me fui a ver a un médico de Cambridge... Bueno, me aconsejó esto y aquello y al final mencionó que podría probar con un preparado de vitamina B... De manera que empecé a tomar tabletas de vitamina B sin la menor esperanza de que me ayudaran, y ante mi gran sorpresa me han ayudado. Ahora las tomo regularmente y no he tenido más ataques de agotamiento. De hecho, estoy tan colocado de vitamina B que me he vuelto tan ingenioso que se me atascan los chistes y no pueden salir. ¿No te parece terrible? [9.11.46]

Este tipo de relación sencilla, sin complicaciones, que mantenía con Fouracre siguió siendo para él un modelo de lo que era posible fuera de la vida académica. En su carta del 21 de octubre escribió:

> Cada día pienso en retirarme de mi trabajo y dedicarme a alguna otra cosa que pueda llevarme a un contacto más humano con mis semejantes. ¡Pero Dios sabe lo que haré! pues ya soy un vejete.

La carta acaba con el estribillo conocido: «Espero que vuelvas de ese mald... Sumatra.»

«¿Debo seguir dando clases?», se preguntaba a principios de noviembre, tras una reunión del Club de Ciencia Moral, disgustado por la vanidad y estupidez del comportamiento que acababa de tener. El «ambiente», escribió, era «lamentable».

Su monopolización de tales reuniones era observada con desaprobación por otros filósofos de Cambridge (Broad y Russell en particular), y por muchos de los profesores visitantes. El 26 de octubre tuvo lugar un

* En inglés, *plane* es tanto «avión» como «cepillo» de carpintero. *(N. del T.)*

choque que desde entonces ha sido famoso, cuando Karl Popper pronunció en el club una conferencia titulada: «¿Existen los problemas filosóficos?» La elección del tema por parte de Popper, y su manera de abordarlo, fueron deliberadamente pensados para provocar a Wittgenstein (Popper creía que Wittgenstein negaba la existencia de los problemas filosóficos). Y de hecho le provocó, aunque la manera exacta como eso ocurrió es algo que se pierde en las brumas de la leyenda. Se han contado muchas historias acerca de Popper y Wittgenstein emprendiéndola a golpes con un atizador. En su autobiografía, Popper desmiente este rumor, sólo para reemplazarlo con otro cuento, los detalles del cual han sido recusados por aquellos que estuvieron presentes en esa ocasión. Según Popper, él y Wittgenstein se enzarzaron en un animado intercambio de opiniones acerca de la existencia o no de los problemas filosóficos, y él dio como ejemplo la validez de las reglas morales. Wittgenstein, que todo el rato había estado jugando con un atizador, se puso en pie, atizador en mano, y le exigió un ejemplo de regla moral. «No amenazar a los profesores visitantes con atizadores», contestó Popper, ante lo cual Wittgenstein salió hecho una furia de la sala. Russell estaba presente en la sala, e hizo saber que sus simpatías estaban con Popper. Un relato alternativo de la discusión nos presenta a Popper y a Wittgenstein acusándose el uno al otro de confundir la cuestión, hasta que Wittgenstein, exasperado, salió con cajas destempladas de la habitación, mientras Rusell le gritaba: «Wittgenstein, es usted quien crea la confusión.»

Sea cual sea la verdad de los hechos, no afectó a la ferviente lealtad que le profesaban a Wittgenstein la mayoría de jóvenes filósofos de Cambridge. Gilbert Ryle escribe que en sus visitas esporádicas al Club de Ciencia Moral le molestaba comprobar que «la veneración por Wittgenstein era tan incontinente que cuando alguien (yo, por ejemplo) mencionaba a cualquier otro filósofo, no se oían más que abucheos»:

> El menosprecio hacia cualquier pensamiento distinto del de Wittgenstein me parecía pedagógicamente desastroso para los estudiantes, y poco saludable para el propio Wittgenstein. Me hizo decidirme a ser no un filósofo políglota, pero sí al menos a evitar ser monóglota; y sobre todo evitar ser el eco de un monóglota, aun cuando fuera un genio y un amigo.

Ryle pensaba que Wittgenstein «no sólo distinguía adecuadamente los problemas filosóficos de los problemas exegéticos, sino que también, menos adecuadamente, daba la impresión»:

> ... primero que él mismo estaba orgulloso de no haber estudiado a otros filósofos –cosa que había hecho, aunque no demasiado–, y segundo, que pensaba que las personas que los estudiaban acababan siendo demasiado académicos, y por tanto filósofos falsos.

Hasta cierto punto, Ryle escribe aquí como un hombre de Oxford (sus

críticas se ofrecen en un contexto en el que ensalza las virtudes del sistema de tutorías* de Oxford), pero lo que dice acerca de la actitud de Wittgenstein hacia la lectura de las grandes obras del pasado es perfectamente cierto. «Tan poca filosofía como he leído», escribió Wittgenstein, «y ciertamente no puedo decir que haya sido demasiado poca, *sino excesiva.* Me doy cuenta de que siempre que leo un libro filosófico no mejora mis pensamientos en absoluto sino que los hace aún peores.»

Esta actitud jamás hubiera sido tolerada en Oxford, donde el respeto por las cosas del pasado es en general mucho más fuerte que en Cambridge, y donde el estudio de la filosofía es inseparable de una lectura de las obras de los grandes filósofos. Es casi inconcebible que en Oxford se le dieran responsabilidades docentes a un hombre que afirmaba orgullosamente no haber leído ni una palabra de Aristóteles, por no hablar ya de permitirle dirigir los asuntos del departamento. Desde el punto de vista de Wittgenstein, Oxford era un «desierto filosófico».

La única vez, que se sepa, que pronunció una conferencia ante un grupo de filósofos de Oxford fue en mayo de 1947, cuando aceptó una invitación para hablar en la Jowett Society. Tenía que contestar a una ponencia presentada por Oscar Wood, un estudiante que desempeñaba el cargo de secretario de la sociedad, sobre el *Cogito, ergo sum* de Descartes. El encuentro se celebró en el Magdalen College y fue inusualmente concurrido. Mary Warnock, una contemporánea de Wood, anotó en su diario: «Prácticamente todos los filósofos que he visto en mi vida estaban allí.» Entre los más notables allí presentes se contaban Gilbert Ryle, J. O. Urmson, Isaiah Berlin y Joseph Pritchard. En su respuesta a la ponencia de Wood, Wittgenstein ignoró la cuestión de si el argumento de Descartes era válido, y en lugar de eso se concentró en aplicar su propio método filosófico al problema suscitado. Según la estricta ortodoxia de Oxford, representada por Joseph Pritchard, ésta fue una novedad no muy bien recibida:

> *Wittgenstein*: Si un hombre me dice, mirando al cielo: «Creo que lloverá, luego existo», no le comprendo.
> *Pritchard*: Todo esto está muy bien; lo que queremos saber es: ¿es el *cogito* válido o no?

Pritchard –descrito por Mary Warnock en su diario como: «extremadamente viejo y sordo y con una terrible tos. Sin el menor tacto»– interrumpió varias veces a Wittgenstein en un esfuerzo por hacer que abordara la cuestión de si el *cogito* de Descartes era o no una inferencia válida. Y cada vez que lo hacía, Wittgenstein evitaba la cuestión, dando a entender que no era importante. Lo que preocupaba a Descartes, replicó Pritchard, era mucho más importante que el problema que Wittgenstein había discutido esa tarde. Entonces, en palabras de Mary War-

* Por tutoría se entiende aquí una clase con un reducido grupo de alumnos. *(N. del T.)*

nock, «se marchó, disgustado y arrastrando los pies». Murió una semana después.

Aunque el sentimiento mayoritario en esa reunión era que Pritchard había sido insoportablemente grosero, existía cierta simpatía hacia sus objeciones, y también la sensación de que Wittgenstein había tratado a Wood con un injustificable desdén al no replicar al tema de la ponencia de Wood. El método histórico y existencial de filosofar de Wittgenstein, dentro del contexto de respeto por los grandes filósofos engendrado en Oxford, podía tomarse fácilmente por arrogancia.

En aquella ocasión, la persona indirectamente responsable, como intermediaria de Woods, de haber llevado a Wittgenstein a Oxford era Elizabeth Anscombe. Había estudiado en el St. Hugh's de Oxford, y en 1942 fue a Cambridge para proseguir sus estudios y comenzó a asistir a las clases de Wittgenstein. Cuando éste reanudó sus clases en 1944, ella era uno de sus alumnos más entusiastas. Para ella, el método terapéutico de Wittgenstein era una tremenda liberación, una «medicina» que tenía éxito allí donde otros métodos más teóricos habían fallado para liberarla de la confusión filosófica. «Durante años», escribe, «pasé mucho tiempo por ejemplo en cafés, mirando objetos y diciéndome: "Veo un paquete. Pero ¿qué veo realmente? ¿Cómo puedo decir que veo algo más que una extensión amarilla?"»:

> Siempre he odiado el fenomenalismo y me he sentido atrapada por él. No podía ver la manera de liberarme, y tampoco me lo creía. No servía de nada señalar las dificultades que había en él, las cosas que Russell consideraba erróneas, por ejemplo. La fuerza, el nervio central seguía vivo y provocaba un dolor atroz. Sólo en las clases de Wittgenstein, en 1944, vi extraerse el nervio y cómo el pensamiento central de «tengo esto, y defino el "amarillo" (supongamos) como esto» era eficazmente atacado.

En 1946-1947 Anscombe estaba de nuevo en Oxford, disfrutando de una beca de investigación en el Somerville College, pero seguía acudiendo a Cambridge una vez por semana para asistir a las clases de Wittgenstein en compañía de otro estudiante, W. A. Hijab. Estas clases, a petición tanto de Hijab como de Anscombe, trataban de temas de filosofía de la religión. A final de año, Anscombe se había convertido en una de las amistades más íntimas de Wittgenstein y en uno de los estudiantes en quien más confiaba, una excepción en su general aversión por las mujeres académicas, y especialmente por los filósofos femeninos. De hecho, ella se convirtió en un varón honorario, y Wittgenstein la llamaba «chico». «¡Gracias a Dios que nos hemos librado de las mujeres!», le dijo una vez en una clase, al darse cuenta, para su contento, de que no había (más) estudiantes femeninas en la sala.

Anscombe era en esa época una gran admiradora de Kafka, y en un esfuerzo por compartir su entusiasmo le prestó a Wittgenstein algunas de sus novelas. «Este hombre», dijo Wittgenstein al devolvérselas, «se causa

muchos problemas por no escribir acerca de sus problemas.» En contraste le recomendó *Las cuatro últimas cosas* y *Sexo y carácter* de Weininger. Éste, dijo, fueran cuales fueran sus defectos, era un hombre que realmente escribía acerca de sus problemas.

Esa franqueza –esa determinación de arrancar todo lo que no fuera esencial y afectación, esa decisión de «extraer la raíz»– podía originar tanta inquietud como inspiración, y era bastante extraño que Anscombe la encontrara liberadora. Iris Murdoch, que asistió a la última serie de clases de Wittgenstein, le encontraba tanto a él como a su decorado «muy amedrentadores»:

> Su extraordinaria franqueza al dirigirse a alguien y la ausencia de cualquier tipo de ornamentación de la conversación eran cosas que amedrentaban a la gente... por lo general, cuando estás con alguien sabes a qué atenerte, y existen ciertas convenciones acerca de cómo hablar con cada persona, etcétera. No se da una desnuda confrontación de personalidades. Pero Wittgenstein siempre imponía esa confrontación en todas sus relaciones. Estuve con él sólo dos veces, y no le conocí muy bien, y quizá por eso siempre pienso en él, como persona, con respeto y temor.

El estudiante por quien Wittgenstein tenía más respeto en esa época era Georg Kreisel. Nacido en Graz, Kreisel llegó al Trinity en 1942 para estudiar matemáticas, y asistió a las clases de filosofía de las matemáticas que Wittgenstein impartió durante la guerra. En 1944 –cuando Kreisel tenía sólo veintiún años– Wittgenstein sorprendió a Rhees al declarar que Kreisel era, de entre los filósofos que eran además matemáticos, el de más talento. «¿Tiene más talento que Ramsey?», preguntó Rhees. «¡¿Ramsey?!», replicó Wittgenstein. «¡Ramsey era un matemático!»

Aunque no había escrito nada de filosofía de las matemáticas durante más de dos años, a lo largo de 1946 y 1947 Wittgenstein tuvo charlas regulares con Kreisel acerca del tema. De manera nada usual, era Kreisel y no Wittgenstein quien imponía el rumbo de estas discusiones, y cuando las observaciones de Wittgenstein sobre matemáticas se publicaron después de su muerte, Kreisel expresó asombro ante su contenido. Tras leer as *Observaciones acerca de los fundamentos de las matemáticas*, escribió Kreisel, se dio cuenta de que los temas suscitados en las discusiones que había tenido con Wittgenstein «estaban lejos de sus intereses, aunque nunca permitió que yo lo sospechara».

Estimulado por sus discusiones con Kreisel, Wittgenstein, en su último año en Cambridge, añadió seminarios regulares de filosofía de las matemáticas a sus clases semanales sobre filosofía de la psicología. Kreisel, sin embargo, recuerda que las discusiones eran más valiosas que los seminarios, pues dijo que encontraba las actuaciones públicas de Wittgenstein «tensas y con frecuencia incoherentes».

Kreisel no estaba hecho para ser un discípulo, y tras dejar Cambridge estudió con Kurt Gödel y se convirtió en una figura señera de la mismí-

sima rama de las matemáticas que Wittgenstein atacaba en su obra: el «crecimiento canceroso» de la lógica matemática. «Las opiniones de Wittgenstein concernientes a la lógica matemática no valen gran cosa», escribió posteriormente, «porque sabía muy poco, y lo que sabía se limitaba a la línea de investigación de Frege-Russell.» Cuando se publicaron los *Cuadernos azul y marrón*, su rechazo se expresó en términos aún más contundentes, quizá incluso más amargos. «Como introducción a los problemas significativos de la filosofía tradicional», escribió en su reseña, «los libros son deplorables»:

> Ello se basa en gran parte en una reacción personal. Creo que mi anterior contacto con las opiniones de Wittgenstein me ha entorpecido más que ayudado a la hora de establecer una fructífera perspectiva de la filosofía como una disciplina por derecho propio.

Con frecuencia el propio Wittgenstein creía ejercer una mala influencia sobre los estudiantes. «La única semilla que probablemente plantaré», dijo, «es una cierta jerga.» La gente imitaba sus gestos, adoptaba sus expresiones, incluso escribía filosofía sirviéndose de sus técnicas..., todo ello, parece ser, sin comprender el sentido de su obra.

Una y otra vez intentó aclarar este sentido. Su última serie de clases comenzó con una enfática y poco ambigua afirmación de sus intenciones: resolver las confusiones a que había dado lugar la idea de considerar la psicología como la «ciencia de los fenómenos mentales»:

> Estas clases tratan de la filosofía de la psicología. Y puede parecer extraño que discutamos cuestiones suscitadas por esa ciencia, y otras que se dan en ella, puesto que no vamos a hacer psicología y tampoco tenemos ninguna información particular acerca del tipo de cosas con que uno se encuentra cuando practica esa ciencia. Pero hay cuestiones, enigmas que se nos ocurren cuando observamos lo que los psicólogos pueden decir y lo que los no psicólogos (y nosotros) decimos.
>
> La psicología con frecuencia se define como la ciencia de los fenómenos mentales. Esto, como veremos, es un poco extraño: contrasta con la física como la ciencia de los fenómenos físicos. Es la palabra «fenómeno» lo que puede parecer inoportuno. Captamos la idea: por un lado tenemos un tipo de fenómenos que hacen ciertas cosas, y por el otro un tipo de fenómenos que hacen otras cosas: de manera que ¿cómo comparamos las dos cosas? Pero quizá no tiene sentido decir que una de estas cosas hace el mismo tipo de cosas que la otra. «La ciencia de los fenómenos mentales»: con esto queremos dar a entender lo mismo que todo el mundo, es decir, la ciencia que trata del pensar, el decidir, el desear, el anhelar, el preguntarse... Y aparece un extraño enigma. Cuando el psicólogo encuentra sus correlaciones, las encuentra observando a gente que hace cosas como sonarse la nariz, experimentar un aumento de la presión arterial, dar la impresión de estar angustiada, aceptar algo después de 5 segundos, reflexionar sobre lo otro después de 5 más 3 segundos, anotar «No» sobre un

sima rama de las matemáticas que Wittgenstein atacaba en su obra: el «crecimiento canceroso» de la lógica matemática. «Las opiniones de Wittgenstein concernientes a la lógica matemática no valen gran cosa», escribió posteriormente, «porque sabía muy poco, y lo que sabía se limitaba a la línea de investigación de Frege-Russell.» Cuando se publicaron los *Cuadernos azul y marrón*, su rechazo se expresó en términos aún más contundentes, quizá incluso más amargos. «Como introducción a los problemas significativos de la filosofía tradicional», escribió en su reseña, «los libros son deplorables»:

> Ello se basa en gran parte en una reacción personal. Creo que mi anterior contacto con las opiniones de Wittgenstein me ha entorpecido más que ayudado a la hora de establecer una fructífera perspectiva de la filosofía como una disciplina por derecho propio.

Con frecuencia el propio Wittgenstein creía ejercer una mala influencia sobre los estudiantes. «La única semilla que probablemente plantaré», dijo, «es una cierta jerga.» La gente imitaba sus gestos, adoptaba sus expresiones, incluso escribía filosofía sirviéndose de sus técnicas..., todo ello, parece ser, sin comprender el sentido de su obra.

Una y otra vez intentó aclarar este sentido. Su última serie de clases comenzó con una enfática y poco ambigua afirmación de sus intenciones: resolver las confusiones a que había dado lugar la idea de considerar la psicología como la «ciencia de los fenómenos mentales»:

> Estas clases tratan de la filosofía de la psicología. Y puede parecer extraño que discutamos cuestiones suscitadas por esa ciencia, y otras que se dan en ella, puesto que no vamos a hacer psicología y tampoco tenemos ninguna información particular acerca del tipo de cosas con que uno se encuentra cuando practica esa ciencia. Pero hay cuestiones, enigmas que se nos ocurren cuando observamos lo que los psicólogos pueden decir y lo que los no psicólogos (y nosotros) decimos.
>
> La psicología con frecuencia se define como la ciencia de los fenómenos mentales. Esto, como veremos, es un poco extraño: contrasta con la física como la ciencia de los fenómenos físicos. Es la palabra «fenómeno» lo que puede parecer inoportuno. Captamos la idea: por un lado tenemos un tipo de fenómenos que hacen ciertas cosas, y por el otro un tipo de fenómenos que hacen otras cosas: de manera que ¿cómo comparamos las dos cosas? Pero quizá no tiene sentido decir que una de estas cosas hace el mismo tipo de cosas que la otra. «La ciencia de los fenómenos mentales»: con esto queremos dar a entender lo mismo que todo el mundo, es decir, la ciencia que trata del pensar, el decidir, el desear, el anhelar, el preguntarse... Y aparece un extraño enigma. Cuando el psicólogo encuentra sus correlaciones, las encuentra observando a gente que hace cosas como sonarse la nariz, experimentar un aumento de la presión arterial, dar la impresión de estar angustiada, aceptar algo después de 5 segundos, reflexionar sobre lo otro después de 5 más 3 segundos, anotar «No» sobre un

Es decir, no queremos saber cómo se utilizan las palabras como un fin en sí mismo. El objeto de describir cómo se utilizan (real e imaginariamente) las palabras era desembarazarse de la confusa manera de ver las cosas que es producto de la «indigente dieta» de ejemplos de los filósofos:

> Lo que yo doy es la morfología de cómo se utiliza una expresión. Muestro que se puede emplear de ciertas maneras que ni se os habían ocurrido. En filosofía uno se ve obligado a ver un concepto de una determinada manera. Lo que yo hago es sugerir, o incluso inventar, otras maneras de verlo. Sugiero posibilidades en las que no habíais pensado previamente. Vosotros creíais que había una posibilidad, dos a lo sumo. Pero yo os haré pensar en otras. Además, os haré ver que era absurdo esperar que el concepto se ajustara a tan estrechas posibilidades. De este modo se alivia vuestra traba mental, y es posible abarcar con la mirada toda la gama de usos de la expresión y describir los diferentes tipos de usos que tiene.

Otro problema de este método era que Wittgenstein, al proporcionar una dieta más rica de ejemplos, corría el peligro de conducir a sus estudiantes a través de los árboles sin dejarles echar ni una ojeada al bosque. Tal como recuerdan dos de estos estudiantes, D. A. T. Gasking y A. C. Jackson, la dificultad de seguir las clases: «se debía a lo arduo que resultaba ver adónde conducía ese discurso tan repetitivo, concreto y detallado: cómo los ejemplos estaban interrelacionados y cómo esto tenía que ver con los problemas que uno estaba acostumbrado a plantearse en términos abstractos».

Wittgenstein también era consciente de este problema. «Muestro a mis alumnos los detalles de un inmenso paisaje», escribió, «que posiblemente no saben recorrer.» En sus clases elaboró esta analogía:

> Cuando os enseño filosofía soy como un guía que os muestra cómo moveros por Londres. Os llevo a través de la ciudad de norte a sur, de este a oeste, de Euston al Embankment y de Picadilly a Marble Arch. Después de haber hecho varios trayectos por la ciudad, en todas direcciones, habremos pasado por una calle determinada un cierto número de veces, cada vez atravesando la calle como parte de un trayecto distinto. Al final conoceréis Londres; podréis encontrar cualquier camino como si fuerais verdaderos londinenses. Naturalmente, un buen guía os llevará a través de las calles más importantes más a menudo de lo que os llevará por las secundarias; un mal guía hará lo contrario. En filosofía, yo soy un guía bastante malo.

En sus textos, Wittgenstein también estaba preocupado por la posibilidad de pasar demasiado tiempo cruzando calles secundarias. Dijo que aún estaba lejos de saber «qué he de tratar y qué no he de tratar» en el libro:

> Todavía estoy atrapado en detalles sin saber si en realidad debería hablar de tales cosas; y tengo la impresión de que puede que me encuentre inspeccionando una zona sólo para acabar desechándola.

Aunque se refería al mecanoscrito que había preparado el año anterior como «mi libro», se encontraba aún profundamente insatisfecho con él, en particular con el último tercio: el análisis de los conceptos psicológicos que en su mayor parte había extraído de manuscritos anteriores. Sin embargo, una tarde a la semana se reunía con Norman Malcolm (que estuvo en Cambridge durante el último año en que Wittgenstein dio clases, disfrutando de una beca Guggenheim) para discutir el libro. Le prestó una copia del texto mecanografiado con la idea de que lo leyeran juntos, párrafo por párrafo. El procedimiento, recuerda Malcolm, era éste:

> Comenzando por el principio del libro, Wittgenstein leía primero una frase en alemán, en voz alta, luego la traducía al inglés, y a continuación hacía algunos comentarios sobre lo que significaba. Luego pasaba a la frase siguiente; y así. Y la próxima vez que nos veíamos comenzaba en el lugar donde nos habíamos quedado.

«La razón por la que hago esto», explicó Wittgenstein, «es porque así habrá al menos una persona que entienda el libro cuando se publique.» Esto resulta un tanto raro, en el sentido de que en esa época no tenía intención de publicar el texto, y ya estaba trabajando en la reformulación de su parte final. Contemporáneos de estas discusiones con Malcolm son una serie de manuscritos a partir de los que esperaba ofrecer una exposición más satisfactoria de sus investigaciones sobre los conceptos psicológicos. Sin embargo, el talante de sus encuentros con Malcolm experimentó un cierto cambio antes de llegar a la última parte del libro. La manera de «discutir» de Wittgenstein resultó ser demasiado rígidamente exegética para el gusto de Malcolm; quería discutir los problemas filosóficos que por entonces le preocupaban *a él*. De manera que, gradualmente, Wittgenstein relajó el procedimiento.

Durante el primer trimestre académico de 1946, el amor de Wittgenstein por Ben Richards le proporcionó momentos de felicidad y prolongados períodos de tormento. «Todo es felicidad», escribió el 8 de octubre. «No podría escribir así ahora de no haber pasado las dos últimas semanas con B. Y no podría haberlas pasado como lo hice si hubiera ocurrido algún accidente.»

Pero la felicidad era frágil, o, al menos, así lo creía. «En el amor tengo demasiado poca *fe* y demasiado poco *coraje*», escribió el 22 de octubre:

> Pero resulta fácil hacerme daño, y temo que así sea, y protegerse a uno mismo de *este* modo es la muerte de todo amor. Pues el verdadero amor necesita *coraje*. Pero esto significa que uno también debe tener el coraje de llevar a cabo la ruptura y renunciar [al propio amor], en otras palabras, soportar una herida mortal. Pero sólo puedo esperar que se me ahorre lo peor.

«No tengo el coraje ni la fuerza ni la claridad para mirar cara a cara los hechos de mi vida», escribió unos días más tarde. Creía que uno de estos hechos era que: «B. siente por mí un *pre*-amor [en alemán hay aquí un juego de palabras: *Vorliebe* significa predilección, preferencia], algo que no puede durar»:

> Naturalmente no sé cómo se desvanecerá. Tampoco sé qué parte se conservará viva, no prensada entre las hojas de un libro como recuerdo.

Estaba seguro de que perdería a Ben, y eso le hacía más difícil seguir con la relación. Presentaba una «terrible dificultad en mi vida». «No sé si, ni cómo, puedo proseguir *esta* relación con *esta* perspectiva.»

Sin embargo, tampoco podía soportar la perspectiva de acabar con la relación: «Siempre que me imagino a mí mismo teniendo que romper, la soledad me aterra.» Y en cualquier caso, ¿no se trataba de un enorme y maravilloso don del cielo, por lo que sería una blasfemia rechazarlo? El dolor y el sufrimiento tanto de proseguir la relación como de acabarla eran más de lo que podía soportar.

Pero, insistió al día siguiente: «El amor es *alegría.* Quizá una alegría mezclada con dolor, pero alegría, sin embargo.» Y si no era alegría, entonces tampoco era amor. «En el amor tengo que ser capaz de sentirme seguro.» Pero sus dudas no le daban descanso. No dudaba que Ben le tenía afecto. «Y ¿se puede rechazar a un corazón afectuoso?» La cuestión inmediatamente suscitaba la duda crucial: «¿Es por mí por quien late afectuosamente ese corazón?» Cita en inglés (y por tanto, presumiblemente de Ben) el dicho: «Haría cualquier cosa antes que herir el alma de la amistad», y prosigue en inglés (pero en esta ocasión seguramente con sus propias palabras): «Debo saber: él no dañará *nuestra amistad.*» Habiéndose enamorado de Ben, exigía no sólo amistad, no sólo cariño, sino amor:

> Una persona no puede salirse de su piel. No puedo abandonar una exigencia que está anclada muy dentro de mí, en toda mi vida. Pues el *amor* está estrechamente relacionado con la naturaleza: y si me vuelvo antinatural, el amor tendría que acabar. Puedo decir: «¿Seré razonable y ya no lo exigiré?»... Puedo decir: Que haga lo que le plazca; algún día será distinto. *Amor*, ésa es la valiosísima perla que uno ostenta en su corazón, la que uno no cambiaría por *nada*, la que uno valora por encima de todo lo demás.[1] De hecho *muestra* –si uno lo tiene– lo que es el gran valor. Uno aprende lo que *significa* distinguir un metal precioso de los demás.

1. Una referencia a Mateo 13:45-6: «El Reino de los Cielos es semejante a un mercader que anda buscando perlas finas y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.» Agadezco al doctor David McLintock que me señalara esta alusión.

«Lo terrible es la incertidumbre». Y esta incertidumbre atormentaba la imaginación de Wittgenstein con todo tipo de terribles posibilidades. «Confía en Dios», se dijo a sí mismo. Pero lo cierto es que era incapaz de confiar en nada:

> Desde donde me encuentro existe un largo camino hasta confiar en Dios. La alegre esperanza y el miedo son primos hermanos. No puedo experimentar uno sin orillar el otro.

Y también dudaba respecto de si tenía derecho a enamorarse. Al hacerlo, ¿no era infiel a la memoria de Francis? «Hazte esta pregunta», escribió el 10 de noviembre:

> ... cuando mueras, ¿quién llorará por ti; y *cuán profundo* será su duelo? ¿Quién llora por F., cuán profundo –yo que tengo más razones que nadie para llorarle– es mi duelo? ¿Acaso no merece él que alguien le llore durante toda su vida? Si alguien lo ha merecido, fue él.

Francis, sin embargo, estaba en manos de Dios: «En este momento me gustaría decir: Dios cuidará de él y le dará lo que una mala persona le niega.» Su propia vida, sin embargo, estaba enteramente en sus manos. Una frase aislada, dos días más tarde, simplemente afirma: «La inseguridad fundamental de la vida.» Los cimientos podrían ceder en cualquier momento. «No seas demasiado cobarde a la hora de poner a prueba a una persona», se instaba. Tenía que saber si sus relaciones con Ben soportarían cualquier presión que se ejerciera sobre ellas: «El bastón que parece bonito mientras uno lo lleva, pero que se dobla tan pronto como te apoyas en él, no vale nada.»

Mejor, seguramente, caminar sin bastón que utilizar uno del que no puedes fiarte:

> ¿No podrías estar alegre aun sin su amor? ¿*Tienes* que hundirte en el abatimiento sin este amor? ¿No puedes vivir sin este apoyo? Pues ésta es la cuestión: ¿*no* puedes caminar erguido sin apoyarte en eso? O es sólo que no puedes *decidirte* a dejarlo. ¿O son ambas cosas? *No debes* seguir esperando cartas que no llegan.

En la medida en que la utilizaba como muleta, la relación no era honesta: «No es el amor lo que me atrae hacia esa muleta, sino sólo el hecho de que yo solo no puedo sustentarme con seguridad sobre mis dos pies.»

Ciertamente, sin Ben su vida sería más solitaria y miserable. Pero ¿por qué no sufrir? Después de todo: «Algunos hombres están enfermos toda su vida, y la única felicidad que conocen procede de unas pocas horas sin dolor que siguen a un largo período de intenso sufrimiento (un bendito signo de alivio)»:

¿Tan inaudito es que una persona sufra, sobre todo si se trata de una persona ya mayor, sola y cansada... e incluso a punto de volverse medio loca?

Agotamiento, soledad, locura: ésta era su suerte, y tenía que aceptarla: «Sólo que nada teatral. De eso hay que protegerse.»

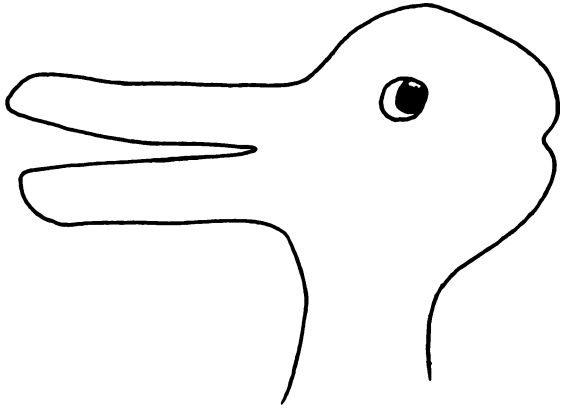
La mayor proeza era amar con esperanza, y no desesperar si tales esperanzas no se cumplían: «La creencia en un padre benévolo es la expresión más apropiada de esta vida.»

Vivir así sería una verdadera solución, un logro junto al que su obra filosófica palidecería de tan insignificante: «¿De qué me sirve todo mi talento si, en el fondo, soy infeliz? ¿De qué me sirve solucionar los problemas filosóficos si soy incapaz de arreglar lo principal y más importante de mi vida?» ¿Y de qué servían sus clases?

Mis clases van bien, nunca irán mejor. ¿Pero qué efecto dejarán tras ellas? ¿Estoy ayudando a alguien? Ciertamente no más que si fuera un gran actor interpretando para ellos papeles trágicos. Lo que ellos aprenden es algo que no vale la pena aprender; y la impresión personal que les causo no les sirve de nada. Eso es cierto para todos ellos, quizá con una o dos excepciones.

Durante el último trimestre académico de 1947 Wittgenstein decidió dejar de dar clases. Le dijo a Georg von Wright que dimitiría de su plaza de catedrático, y que cuando lo hiciera le gustaría que él fuera su sucesor.

Las clases que Wittgenstein impartió en este último trimestre son de particular interés, pues introducen los temas que iban a preocuparle durante los dos años siguientes, y que encuentran su expresión definitiva en el texto mecanografiado que ahora constituye la segunda parte de las *Investigaciones filosóficas*. Fue en estas clases donde introdujo por primera vez la famosa y ambigua figura del pato-conejo:



> Supongamos que le muestro esto a un niño. Dice «Es un pato», y luego, de pronto, «Oh, es un conejo». De manera que lo reconoce como un conejo. Es una experiencia de reconocimiento. Lo mismo que si me veis en la calle y decís «Ah, Wittgenstein». Pero no siempre tenéis una experiencia de reconocimiento. La experiencia sólo se da en el momento de cambiar del pato al conejo y viceversa. Mientras tanto, el aspecto depende, como si dijéramos, de cada uno.

El objetivo de la figura es que puede verse bajo más de un aspecto: el mismo dibujo puede verse como un pato o como un conejo. Y es este fenómeno de *ver-como* lo que interesaba a Wittgenstein. Al describir este tipo de fenómeno, existe la enorme tentación de hablar de estados psicológicos como si fueran objetos de algún tipo. Por ejemplo, podríamos decir que cuando lo vemos como un pato, y luego como un conejo, la figura externa –el dibujo– no ha cambiado; lo que ha cambiado es la imagen interna: nuestros datos sensoriales. Y si esta idea se generalizara, conduciría a la mismísima teoría de la experiencia sensorial, que es el objetivo de los ataques de la filosofía de la psicología de Wittgenstein: la noción fenomenalista de que los objetos de nuestra experiencia inmediata son las entidades indefinidas y privadas que los empiristas llaman datos sensoriales. Es por miedo a esta generalización que una de las primeras cosas que Wittgenstein señala acerca de ver-el-aspecto –en la clase citada anteriormente y en las *Investigaciones*– es que no es algo típico; no vemos todas las cosas como *algo*:

> Tendría tan poco sentido para mí decir «Ahora lo veo como...» como decir ante la visión de un cuchillo y un tenedor «Ahora veo esto como un cuchillo y un tenedor».

Pero aunque la experiencia de ver-como no es típica de toda percepción, es de particular importancia para Wittgenstein, y no sólo a causa de los peligros del fenomenalismo. Podría decirse de su método filosófico que su objetivo es cambiar el aspecto bajo el que se ven ciertas cosas: por ejemplo, ver una demostración matemática no como una secuencia de proposiciones, sino como una imagen; ver una fórmula matemática no como una proposición sino como una regla; ver los informes de estados psicológicos en primera persona («Tengo dolor», etc.) no como descripciones sino como expresiones, y así. La «comprensión que consiste en ver relaciones», podríamos decir, es la comprensión que resulta de un cambio de aspecto.

Tal como reconoce en las *Investigaciones*, Wittgenstein tomó la figura del pato-conejo de *Hecho y fábula en psicología* de Joseph Jastrow (1900), pero su discusión de ver-el-aspecto debe más a Wolfgang Köhler que a Jastrow. Es el libro de Köhler *Gestalt Psychology* (1929), y especialmente el capítulo acerca de «Organización sensorial», lo que Wittgenstein tenía

en mente en gran parte de la discusión. Wittgenstein comienza muchas de sus clases leyendo un breve pasaje del libro.

Para comprender el interés de Wittgenstein por Köhler creo que debemos comprender la herencia de Goethe que ambos compartían. Tanto para Wittgenstein como para Köhler, la palabra *Gestalt* se refería a una manera de comprender las cosas que se remontaba a los estudios morfológicos de Goethe (acerca del color, plantas y animales). Y ambos, de maneras muy distintas, utilizaban esta idea goethiana como armazón principal de su pensamiento.

La palabra alemana *Gestalt* generalmente significa «forma» o «configuración». Köhler, sin embargo, siguiendo a Goethe, la utilizaba para significar algo bastante diferente:

> En la lengua alemana –al menos desde la época de Goethe, y especialmente en sus propios escritos acerca de ciencia natural– la palabra *Gestalt* tiene dos significados: junto a la connotación de «forma» o «configuración» como propiedad de las cosas, tiene el sentido de un individuo concreto y de una entidad característica, que existe como algo separado y que tiene una forma o configuración como uno de sus atributos. Siguiendo esta tradición, en la *gestalttheorie* la palabra *Gestalt* significa cualquier totalidad segregada.

La idea de una «totalidad segregada», o, tal como Köhler lo expresa con frecuencia, una «totalidad organizada», constituye la base de la psicología anticonductista de Köhler. Contra el modelo mecánico de estímulo-respuesta del conductismo, Köhler utiliza lo que él llama un modelo «dinámico» de comportamiento humano, que pone énfasis en el papel activo de la organización en la percepción. Nuestras percepciones, dice Köhler, no están formadas de estímulos discretos, sino de *Gestalten* organizadas: no vemos, por ejemplo, tres puntos en una página; los convertimos en un triángulo y los vemos como una totalidad, un *Gestalt*.

El programa de Köhler para una comprensión «dinámica» de la psicología humana posee un fuerte paralelo con el programa de Goethe para una comprensión «dinámica» de la naturaleza. Al igual que Köhler se opone al mecanismo implícito en el conductismo, del mismo modo Goethe inició sus estudios científicos como respuesta a un deseo de ver una alternativa al mecanismo newtoniano de la ciencia de su tiempo.

La primera empresa de Goethe a la hora de comprender morfológicamente las formas de la naturaleza era su estudio de las plantas. Su idea –desarrollada en su «Viaje italiano»– era que la vida de las plantas podía ser estudiada sistemáticamente (pero no mecánicamente) si todas las plantas pudieran ser vistas bajo el aspecto de un solo *Gestalt*. Para cada tipo de fenómeno natural –por ejemplo, plantas y animales– habría una sola forma, la *Urphänomen*, de la que todos los ejemplos de ese tipo podrían

verse como metamorfosis. En el caso de las plantas, este *Urphänomen* sería la *Urpflanze* (la «planta primigenia»).

En la obra de Goethe, sin embargo, existe cierta confusión acerca de la naturaleza de esta *Urpflanze*; en una época él la consideró una planta real que algún día podría ser descubierta:

> Aquí [en Italia], en lugar de cultivarlas en macetas o bajo un cristal como se hace en nuestro país, a las plantas se les permite crecer al aire libre y cumplir su destino natural, volviéndose así más inteligibles. Al ver tal variedad de nuevas y renovadas formas, me vino de pronto a la mente mi vieja fantasía: ¿Podría descubrir mi *Urpflanze* entre esta multitud? Ciertamente debe de haber una. De otro modo, ¿cómo podría reconocer que esta o esa forma eran una planta si no estuvieran todas construidas sobre el mismo modelo básico?

Un mes más tarde, sin embargo, lo concibió no como algo que se podía descubrir en la naturaleza, sino como algo creado por él mismo y llevado a la naturaleza como una medida de sus posibilidades:

> La *Urpflanze* va a ser la criatura más extraña del mundo, y la Naturaleza misma me envidiará. Con este modelo y la clave para acceder a él, será posible seguir inventando plantas indefinidamente y saber que su existencia es lógica; es decir, si no existen realmente, podrían existir.

La diferencia entre estas dos concepciones es de fundamental importancia. La primera hace que la morfología de Goethe parezca una especie espuria de teoría pseudoevolucionista: como si emprendiera la tarea darwiniana de encontrar una planta de la que todas las demás proceden (causalmente). La segunda deja claro que la *Urpflanze* no puede utilizarse para ninguna inferencia causal; la tarea de la morfología no es descubrir leyes empíricas (de evolución, etc.) sino presentarnos una *übersicht* (una «visión sinóptica») de la totalidad de la vida de la planta. Ésta es una segunda concepción que relaciona la obra de Goethe y la de Wittgenstein.

La morfología de Goethe proporcionó a Wittgenstein un ejemplo del estudio que busca clarificar sin explicar el fenómeno del que trata. Este tipo de estudio consiste en ver analogías. Sin embargo, resulta fundamental para la manera en que Wittgenstein comprende esta técnica morfológica que los *Gestalten* que se utilizan como *Urphänomene* (la *Urpflanze*, etc.) no sean objetos en sí mismos, no en el sentido en que vemos un objeto físico, sino en el sentido que vemos o reconocemos un parecido. Esta distinción resulta clave, pero se pierde fácilmente de vista debido a que *Gestalt, Urphänomen, Urpflanze*, etc., son todos nombres, y podemos hablar de verlos y reconocerlos. De este modo, en su discusión acerca de

ver-el-aspecto en las *Investigaciones*, Wittgenstein comienza con una afirmación autoritariamente clara de la distinción:

> Dos usos de la palabra «ver».
>
> Uno: «¿Qué ves allí? «Veo esto» (y a continuación una descripción, un dibujo, una copia). El otro: «Veo un parecido entre estas dos caras.» Aquel a quien se lo comunico puede ver las caras tan claramente como yo mismo.
>
> Lo importante: La diferencia de categoría entre ambos «objetos» del ver.

Esta ambigüedad de la palabra «ver» se halla en la raíz del desacuerdo que Goethe tuvo con Schiller en relación a la *Urpflanze* cuando Goethe intentó explicar su idea:

> Le expliqué con gran animación la *Metamorfosis de las plantas*, y, con unos pocos y característicos trazos de mi pluma, puse ante sus ojos una planta simbólica.

Schiller se negó a ver esta «planta simbólica» como un objeto de la visión:

> ... cuando hube acabado, meneó la cabeza diciendo: Esto no tiene nada que ver con la *experiencia*, es una idea.

Pero Goethe no se inmutó, e insistió en que estaba hablando de algo que había visto:

> Bueno, tanto mejor; quiere decir que tengo ideas sin saberlo, y que incluso *las veo con mis ojos*..., si él toma como idea lo que para mí es una experiencia, entonces, después de todo, debe imponerse alguna meditación, alguna relación entre ambas.

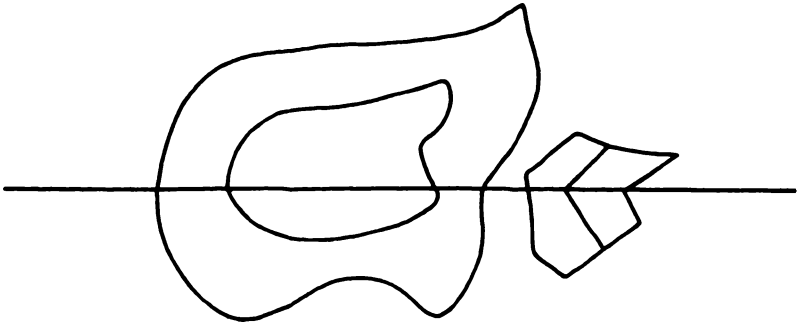
En opinión de Wittgenstein, podría decirse que tanto Goethe como Schiller tenían razón: Schiller tenía razón al insistir en que la *Urpflanze* pertenece a la misma categoría que las ideas (en lugar de a la categoría de objetos físicos), y Goethe tiene razón al insistir en que, en cierto sentido, lo ve con sus propios ojos. La tarea filosófica consiste en explicar cómo puede ocurrir tal cosa: en describir el fenómeno de ver-como de tal manera que no parezca una paradoja el que un *Gestalt* (un «aspecto», una «totalidad organizada») sea al mismo tiempo una idea y un «objeto» de la visión.

Los temas suscitados por la *Gestalt Psychology* de Köhler, por tanto, eran centrales para los intereses de Wittgenstein. La manera de abordarlos de Köhler, sin embargo, caía de pleno dentro de las confusiones conceptuales que Wittgenstein había intentado disipar en su «Discusión del len-

guaje privado». Estas confusiones comienzan con la descripción, por parte de Köhler, de un *Gestalt* como «un individuo concreto y una entidad característica que existe como algo separado y *tiene* una forma o configuración como uno de sus atributos». Esto ya hace que parezca que se le está describiendo como un objeto, un objeto privado. Y éste es exactamente el tipo de objeto que Köhler necesita para su teoría de la percepción, porque quiere decir que la «organización» de un objeto de percepción forma parte de él tanto como su color y su forma. Esto enturbia la distinción entre un objeto físico y una construcción mental (una idea, etc.), y resulta una idea bastante confusa de una *cosa* un tanto indefinida:

> Si ponemos la «organización» de una impresión visual al nivel de las formas y colores, partimos de la idea de la impresión visual como objeto interior. Naturalmente, esto convierte a ese objeto en una quimera; una construcción singularmente movediza.

Igualmente, Wittgenstein no se sentía muy satisfecho con el uso que Köhler hacía de la frase «realidad visual» para describir qué es lo que cambia cuando «organizamos» una percepción de maneras distintas. Por ejemplo, normalmente no vemos el número 4 en la siguiente figura hasta que alguien no nos lo señala:



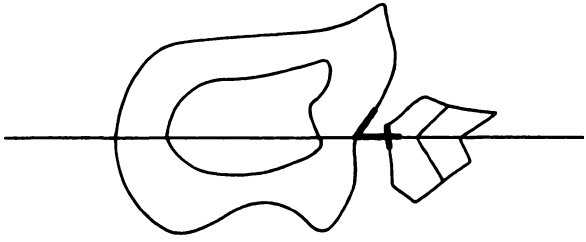
Köhler dice acerca de esto:

> Cuando le digo al lector que el número 4 está ante él, en su campo visual, él sin duda lo encontrará [véase página siguiente]; pero si no está influido por prejuicios teóricos, confesará que la forma del 4 no existe como realidad visual al principio, y que, si comenzara a existir posteriormente, eso significaría una transformación de la realidad visual.

En sus clases, Wittgenstein ridiculizaba este párrafo de la manera siguiente:

> Ahora Köhler dice: «Ves dos realidades visuales.» ¿Con relación a qué?

A cómo las interpretamos, es de presumir. ¿Cómo hace tal cosa? [por ejemplo, ¿Cómo queda establecido?] No sirve de nada ir preguntando a la gente. Köhler nunca dice que vaya a ser así; pero dice: «Si no estás cegado por la teoría admitirás que hay dos realidades visuales.» Pero, naturalmente, él sólo puede querer decir que los que no mantienen cierta



teoría dirán: «Hay dos realidades visuales.» Su intención debe de ser decir que o bien no estás 1) cegado por la teoría, o 2) digas o no una cosa o la otra, debes, para estar en lo cierto, decir: «Hay dos realidades visuales.»

Pero en los casos de figuras ambiguas (donde primero vemos un pato y luego un conejo, primero dos formas desconocidas con una línea horizontal y a continuación el número 4 oculto en la figura), si no decimos que nuestra realidad visual ha cambiado, o que la organización de la figura ha cambiado, entonces ¿qué vamos a decir? ¿*Qué* ha cambiado? Como es típico en él, Wittgenstein quiere describir el proceso de tal modo que esta cuestión no salga a la luz. Al igual que en todos los casos de confusión filosófica, es la propia pregunta lo que lleva a equívoco. «No tiene sentido preguntar: "Qué ha cambiado"», le dijo Wittgenstein a su clase. «Y la respuesta: "la organización ha cambiado" tampoco tiene sentido.»

Sin embargo, no le resultó muy fácil formular una descripción acertada de ver-el-aspecto que eliminara la confusión inherente a la descripción hecha por Köhler. Dos años después de estas clases le mostró a Drury el pato-conejo y le dijo: «Ahora inténtalo y dime qué supone el ver algo como algo. No es fácil. Estos pensamientos en los que estoy trabajando son duros como el granito.»

Este esfuerzo quizá se refleje en las descripciones paradójicas e incluso contradictorias que finalmente se publicaron en las *Investigaciones*:

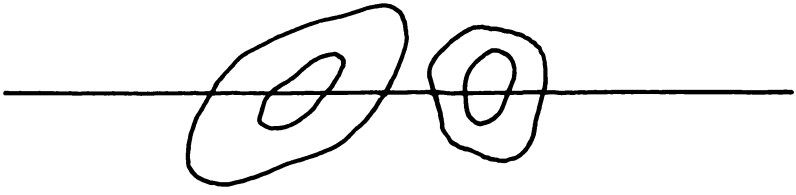
> La expresión de un cambio de aspecto es la expresión de una nueva percepción, junto con la expresión de que la percepción no ha cambiado.
>
> «Ver como...» no es parte de la percepción. Y por esta razón es como ver y de nuevo no es como ver.

En una cosa sí *era* claro: de cualquier forma que se describa, no debe recurrirse al «objeto privado»:

> ... por encima de todo no digáis «Después de todo mi impresión visual no es el dibujo: es algo que no puedo mostrar a nadie». Naturalmente no es el dibujo, pero tampoco es nada de la misma categoría que yo llevo en mi interior.

También quería poner énfasis en que al preguntarse por los cambios de aspecto no había que decir: «¿*Qué* cambios?», sino «¿Qué *diferencia* señala este cambio?». Así, en la discusión del ejemplo de Köhler acerca del número 4, Wittgenstein reemplaza el hablar de «una transformación de la realidad visual» por hablar de la consecuencia de ver la figura de modo distinto:

> Köhler dice que pocas personas verían por sí mismas el 4 en el dibujo



> y ciertamente tiene razón. Ahora, si un hombre se desvía radicalmente de la norma en su descripción de las figuras planas o cuando las copia, ¿qué diferencia hay entre él y los humanos normales que utilizan «unidades» distintas al copiar y al describir? Es decir, ¿cómo esa persona seguirá diferenciándose de los humanos normales en otras cosas?

En el caso del dibujo, la consecuencia de verlo de manera diferente podría ser que está copiado de manera diferente (alguien, por ejemplo, en el dibujo de arriba, podría comenzar con la figura 4); en el caso de una pieza musical, oírlo de manera diferente podría resultar en que fuera cantada, tocada o silbada de manera diferente; en el caso de un poema, podría leerse de manera diferente. A partir de estos ejemplos quizá podamos darnos cuenta de que la frase de Wittgenstein: «Un "proceso interno" necesita criterios externos» (*Investigaciones filosóficas*, I, 580) podría tener (y tenía) una motivación del todo distinta de los lemas superficialmente similares de los conductistas.

Pero esto queda especialmente claro cuando consideramos que en el caso de un *Weltanschauung* filosófico, la consecuencia de un «cambio de aspecto» podría ser un cambio de *vida*. En el caso de Wittgenstein, la consecuencia –el «criterio externo»– que él anhelaba era una cultura que tra-

tara la música, la poesía, el arte y la religión con el mismo respeto y seriedad con que nuestra sociedad actual trata a la ciencia.

¿Qué necesidad había de impulsar este cambio de aspecto?

> Un filósofo dice «¡Mira estas cosas!», pero en primer lugar eso no asegura que la gente mire esas cosas, y en segundo lugar su admonición puede que llegue demasiado tarde; es posible, además, que tal admonición no consiga nada, y que el ímpetu de ese cambio en la manera como se perciben las cosas tenga que originarse en otra parte.

Pero que este «cambio en la manera en que se perciben las cosas» sucediera de algún modo era extremadamente importante para él. No era cierto, tal como él y Engelmann habían insistido anteriormente, que la discrepancia entre cómo son las cosas y cómo deberían ser tuviera que apuntar siempre a un cambio interno. Era imposible impedir que lo externo apareciera, ocurriera. Y, de algún modo, uno tenía que intentar cambiar las cosas.

O, al menos, cambiar el propio entorno externo. Ahora Wittgenstein estaba convencido de que debía abandonar Inglaterra. «En este país», escribió el 13 de abril, «no hay otra reacción para las personas como yo que la misantropía.» El hecho de que uno no pudiera imaginarse que una revolución tuviera lugar en Inglaterra hacía que todo fuera más deprimente: «Es como si uno pudiera decir de este país: tiene un clima *espiritual* húmedo y frío.» Diez días más tarde:

> Cambridge se me hace cada vez más odioso. La desintegradora y putrefacta civilización inglesa. Un país en el que los políticos alternan entre propósitos malvados y *ningún* propósito.

«Me siento un extranjero en el mundo», escribió en julio. «Si no posees lazos ni con la raza humana ni con Dios, entonces *eres* un extranjero.»

Tan pronto como acabó el trimestre viajo a Swansea, donde estuvo dos semanas con Ben. Aunque formalmente todavía no había renunciado a su cátedra, había resuelto abandonar Inglaterra y vivir solo. Su primer pensamiento fue para Noruega, y el segundo para Irlanda. En agosto fue a Dublín a visitar a Drury, quien recientemente había sido nombrado psiquiatra del Hospital St. Patrick de Dublín. Wittgenstein estaba profundamente interesado en su nuevo puesto: «No me sorprendería nada», le dijo a Drury, «que este trabajo de psiquiatra resultara ser lo más adecuado para ti. Tú al menos sabes que "Hay más cosas en el cielo y la tierra" etc.»* Drury le prestó el libro que constituía la base del tratamiento que se administraba en St. Patrick –*Physical Methods of Treatment in Psychiatry*, de

* Se refiere al fragmento de *Hamlet*: «Hay más cosas en el cielo y la tierra de las que puede concebir nuestra filosofía, Horacio.» Lo dice Hamlet una vez ha visto al fantasma de su padre. *(N. del T.)*

Sargant y Slater–, a lo cual Wittgenstein respondió con una característica combinación de entusiasta aprecio del valor de una sólida técnica científica junto con un inmediato recordatorio de sus limitaciones:

> Es un libro excelente. Me gusta el espíritu con que está escrito. Voy a hacer que Ben lo lea. Comprendo perfectamente que adoptes la actitud de «Vamos a ver qué resultados se obtienen con estos tratamientos».
>
> Ni por un momento quisiera subestimar la importancia de tu trabajo; pero ni se te ocurra pensar que todos los problemas humanos pueden resolverse de esta manera.

A final de agosto regresó a Cambridge, resuelto a abandonar su cátedra, pero aún indeciso sobre si ir a Noruega o a Irlanda. Su plan era pasar más o menos un mes en Viena, tal como se lo expresó a Von Wright:

> ... ir a alguna parte donde pueda estar solo durante un largo tiempo, y, si es posible, acabar una parte de mi libro... Aún no les he dicho nada a las autoridades de Cambridge, pues no es del todo seguro. (Aunque en este momento no veo cómo podría evitarlo, quiero decir dejar Cambridge.)

«Mi mente está sumida en una *gran* confusión», le dijo a Von Wright.

> En parte se debe a esto: me da miedo ver Viena después de todo lo que ha sucedido, y, en cierto modo, también me da miedo dejar mi trabajo en Cambridge. Pero lo superaré.

La idea de regresar a una Viena que él sabía estaría muy cambiada para peor era terrible. Y en este caso, la realidad posiblemente era incluso peor de lo que esperaba. La ciudad todavía estaba ocupada por el ejército ruso, que durante un tiempo había utilizado como cuarteles y establos la casa que Wittgenstein había construido para Gretl. El ejército de ocupación era despreciado por los austríacos, y eran corrientes las historias de brutalidad, violación y pillaje. La sirvienta de Gretl, que lealmente había hecho todo lo que había podido para proteger la casa de la Kundmanngasse, había sido bastante maltratada por los rusos. La situación en general era desoladora y deprimente. Friedrich von Hayek, un primo lejano de Wittgenstein, recuerda que se lo encontró en el tren cuando regresaba de esa visita. Según Hayek: «Reaccionaba ante el hecho de haber encontrado a los rusos en Viena (como ejército de ocupación) de una manera que indicaba que los había conocido en persona por primera vez, y que esto había dado al traste con todas sus ilusiones.» Aunque del todo equivocado al creer que éste era el primer contacto que Wittgenstein tenía con los rusos, las impresiones de Hayek acerca de su cólera y desilusión eran sin duda correctas. De hecho, es difícil imaginar otra reacción.

Tan pronto como regresó de Viena, Wittgenstein entregó su dimisión. Se le dijo que podía tomarse el primer trimestre académico como sabático.

De modo que, aunque formalmente no dejó de ser profesor hasta el final de 1947, se le alivió de la carga de dar clases y vivir en Cambridge.

Antes de marcharse pasó un mes preparando un texto mecanografiado de su reciente trabajo sobre filosofía de la psicología. Esta obra ha sido publicada como *Observaciones sobre la filosofía de la psicología*, volumen I. Wittgenstein lo había pasado a máquina no como una obra aparte y publicable, sino como un material para utilizar cuando intentara revisar el último tercio de la *Investigaciones filosóficas*. «Casi todo es malo», le dijo a Von Wright, «pero necesito tenerlo de forma manejable, por ejemplo escrito a máquina, porque posiblemente dé lugar a pensamientos mejores cuando lo lea.» Añadía:

> De ningún modo soy optimista respecto a mi futuro, pero tan pronto como hube dimitido supe que era la única cosa natural que se podía hacer.

Es difícil no ver, en su huida a Irlanda y a la soledad, un intento de huir no sólo de Cambridge, de dar clases y del pueblo inglés, sino, cosa aún más dolorosa, de los tormentos de estar cerca de su amado. La razón aparente de estar solo era acabar su libro, pero aunque escribió mucho durante los años que pasó en Irlanda, es difícil ver en su obra un esfuerzo coordinado por acabarla. En esta obra perseguía una línea de pensamiento totalmente nueva, y la impresión más intensa que uno tiene es que Wittgenstein estaba «filosofando en cuerpo y alma»: haciendo «el único trabajo que realmente me estimula.»

25. IRLANDA

Wittgenstein pasó sus dos primeras semanas en Irlanda viviendo en el Hotel Ross's de Dublín. Siempre que Drury estaba libre de sus deberes en el hospital, acompañaba a Wittgenstein en la busca de posibles alojamientos en Dublín o sus alrededores. Nada parecía capaz de ofrecer la soledad y la paz necesarias, aunque el problema se solucióno temporalmente por medio de un amigo de Drury en el St. Patrick, Robert McCullough. McCullough tenía la costumbre de pasar sus vacaciones en una granja de Red Cross, en County Wicklow, que pertenecía a Richard y Jenny Kingston, y ellos le dijeron que estaban dispuestos a aceptar un huésped permanente. Esta información le fue transmitida a Wittgenstein, quien inmediatamente partió de Dublín para «echarle un vistazo al garito» (por entonces, su vocabulario contenía una abundante cantidad de expresiones tomadas de las novelas de detectives norteamericanas). Se quedó encantado con Wicklow. «En mi viaje en autobús», le dijo a Drury a su regreso, «estuve diciéndome a mí mismo lo realmente hermoso que es este país.»

Poco después de mudarse a la granja de los Kingston, sin embargo, le escribió a Rhees diciéndole que el lugar le parecía «frío e incómodo»; «puede que en un par de meses me mude a un lugar mucho más aislado del oeste de Irlanda». Pero tras unas pocas semanas se sintió mucho más aclimatado, y durante la primera visita de Drury a Red Cross todo parecía ir bien. Wittgenstein le dijo: «A veces las ideas me llegan tan rápidamente que siento como si mi pluma fuera guiada por alguien. Ahora me doy cuenta de que lo más adecuado para mí era abandonar la enseñanza. Nunca habría podido escribir esta obra estando en Cambridge.»

El hallarse lejos de «la desintegradora y putrefacta civilización inglesa» que Cambridge representaba era sin duda uno de los principales atractivos de vivir en Irlanda. Cuando Von Wright le escribió hablándole de su indecisión a la hora de solicitar la cátedra de filosofía de Cambridge, Wittgenstein contestó que le comprendía perfectamente, y que de hecho había supuesto que Von Wright no la solicitaría, pues: «La perspectiva de convertirse en inglés, o en un refugiado en Inglaterra, siempre me ha parecido, en nuestra época, cualquier cosa menos atractiva.»

Cuando Von Wright finalmente hizo la solicitud, el estímulo de Wittgenstein fue atemperado por una aprensiva advertencia:

Cambridge es un lugar peligroso. ¿Te volverás superficial? ¿Zalamero? Si no lo haces sufrirás terriblemente. El pasaje de tu carta que más me intranquiliza es el que se refiere a tu sentimiento de entusiasmo ante el pensamiento de dar clase en Cambridge. A mí me parece: si vas a Cambridge debes ser un hombre SOBRIO. ¡Puede que mis temores sean infundados, y puede que tú no seas tentado más allá de tus fuerzas!

Aparte del hecho de no estar en Cambridge, el principal atractivo de vivir en Red Cross era la belleza de la campiña de Wicklow. El invierno era suave, y Wittgenstein podía salir a pasear casi cada día. «Aquí no hay nada parecido a la costa galesa», le escribió a Rhees, «pero los colores son de lo más maravilloso y lo compensan todo.» Y a su hermana Helene:

Esta campiña no tendría para mí tantos atractivos si los colores no fueran con frecuencia maravillosos. Creo que debe de tener algo que ver con la atmósfera, pues no sólo el verde de la hierba es magnífico, sino también el cielo, el mar e incluso todo lo que es marrón. Me siento mucho mejor aquí que en Cambridge.

En sus paseos por Red Cross se llevaba su cuaderno, y con frecuencia trabajaba al aire libre. Un vecino de los Kingston, que solía ver a Wittgenstein cuando éste iba a pasear, informa de que una vez pasó junto a él mientras estaba sentado en una zanja, escribiendo furiosamente, olvidado de todo lo que había a su alrededor. Es de suponer que ésta debía de ser una de esas ocasiones en que, tal como le dijo a Drury, sus ideas le venían tan rápidamente que parecía que alguien guiaba su mano. Sin embargo se mostraba muy cauto a la hora de conceder demasiada importancia a estos arrebatos de inspiración:

En una carta (creo que a Goethe) Schiller escribe acerca del «arrebato poético». Creo que sé a qué se refiere, y que yo mismo estoy familiarizado con él. Es un estado de receptividad ante la naturaleza en el que los propios pensamientos parecen tan vivos como la naturaleza misma. Pero es extraño que, en esas condiciones, Schiller no produjera nada mejor (o eso me parece a mí) y no estoy del todo convencido de que lo que yo produzco de ese modo sea de algún valor. Puede que lo que en esas ocasiones da lustre a mis pensamientos sea una luz que brilla desde detrás de ellos. Que no sean ellos mismos los que resplandezcan.

Se había llevado con él tanto el texto mecanografiado que constituye ahora la primera parte de las *Investigaciones filosóficas* como el que se conoce como *Observaciones sobre la filosofía de la psicología*, volumen I. A partir de este material –junto con las observaciones que escribía en Red Cross– esperaba poder elaborar una versión definitiva de la primera parte de su libro. (La segunda parte –que trata de filosofía de las matemáticas– podía considerarse entonces un proyecto abandonado.) Informó a todos

sus amigos de que el trabajo iba bastante bien. Sin embargo, hay indicios de que se sentía inclinado a dejar la tarea de su publicación en manos de sus albaceas literarios. «Sólo el cielo sabe si alguna vez publicaré esta obra», le escribió a Von Wright, «pero me gustaría que la estudiaras tras mi muerte si me sobrevives. Hay una gran cantidad de arduo pensamiento en ella.»

Su mala salud evitó que Wittgenstein trabajara con la intensidad que hubiera deseado. A pesar de decirle a Rhees, el 5 de febrero de 1948, que «mi salud física es muy buena», de hecho sufría de dolorosos ataques de indigestión. Para combatirlos, siempre que trabajaba tenía junto a él una lata de galletas integrales marca Scragg's. Tenía tanta fe en este remedio (los hijos de los Kingston, Maude y Ken, recuerdan que comía muy poco) que con frecuencia iba andando hasta Arklow para renovar las existencias. Sin embargo, parece que las galletas no resolvieron el problema: «Mi trabajo va moderadamente bien», le escribió a Malcolm en enero, «y creo que incluso podría ir muy bien si no sufriera de una indigestión que no puedo quitarme de encima.»

Mucho peor (aunque quizá de algún modo relacionado con su mala digestión) era el estado de sus nervios, cada vez más deteriorados. El 3 de febrero escribió:

> Me siento mal. No física, sino mentalmente. Temo un ataque de locura. Sólo Dios sabe si estoy en peligro.

Si la proximidad de Ben había sido la causa de su inestabilidad mental durante su último año en Cambridge, la ausencia de éste no parecía llevarle hacia el equilibrio. El 5 de febrero informaba a Malcolm de que: «ocasionalmente me asaltan extraños estados de inestabilidad nerviosa, acerca de los cuales sólo diré que son terribles mientras duran y le enseñan a uno a rezar». Y el mismo día le escribió a Rhees:

> Me temo que mis nervios con frecuencia se portan mal. Naturalmente son unos nervios viejos y cansados. Mi trabajo, en general, va bastante bien. De nuevo es el trabajo de un viejo: pues, aunque no soy realmente viejo, en cierto modo tengo un alma vieja. ¡Ojalá mi cuerpo no sobreviva a mi alma!

«Con frecuencia creo que me hallo en el camino directo hacia la locura», le dijo a Von Wright un mes más tarde. «Se me hace difícil imaginar que mi cerebro soporte mucho tiempo este esfuerzo.»

Pasó las dos semanas siguientes en un estado de depresión aguda, incapaz de trabajar y cada vez más insatisfecho con su acomodo. En un principio se había sentido a gusto con los dueños de la casa. «Son muy tranquilos», le había escrito a Von Wright en diciembre. «Puedo comer en mi

habitación y me molestan muy poco.» Pero en marzo Ken, el más joven de la familia (entonces tenía once años), invitó a un amigo a pasar una temporada. Los dos compartían el dormitorio, y por la noche se quedaban hasta tarde charlando y riendo. Cuando Wittgenstein golpeaba furiosamente la pared y les decía que se callaran, se lo tomaban a broma. Pero Wittgenstein estaba verdaderamente alterado. Le envió un telegrama a Drury, en Dublín, pidiéndole que reservara una habitación en el Ross's Hotel y fuera a verle allí, como un asunto de la máxima urgencia. «Tan pronto como llegó fui a verle. Parecía fatigado y agitado»:

WITTGENSTEIN: Ha ocurrido.
DRURY: No lo entiendo; ¿qué ha pasado?
WITTGENSTEIN: Lo que siempre temí; ya no soy capaz de trabajar. No he hecho nada en las últimas dos semanas. Y por las noches no puedo dormir. Los ocupantes de la habitación que hay debajo de la mía están despiertos hasta tarde y hablan, y el continuo murmullo de sus voces me vuelve loco.

Drury le recetó unas tabletas para ayudarle a dormir, y le dijo que la casa de campo de su hermano, en la costa oeste de Irlanda, de momento estaba vacía, y que Wittgenstein sería bienvenido si quería utilizarla. Allí, al menos, encontraría paz y soledad.

Aliviado, Wittgenstein regresó a Red Cross para pensárselo. Pasó la Semana Santa con los Kingston, pero todavía era incapaz de trabajar, y por tanto decidió aceptar la oferta de Drury. Su estado mental, sin embargo, mejoró considerablemente –al igual que sus relaciones con los Kingston– y poco antes de marcharse regaló a los niños un huevo de Pascua grande y de color verde lleno de bombones; el día de su marcha hacia la costa oeste, el 28 de abril, firmó en el libro de visitas con la frase: «Gracias por lo bien que lo he pasado.»

No hay razón para ver en este comentario ninguna ironía o falsedad: sin duda era una verdadera expresión de gratitud hacia los Kingston. Pero al menos en los últimos dos meses de su estancia en Red Cross apenas podía hablarse de «lo bien que lo había pasado», como se ve en la carta que escribió a Rhees una semana antes de marcharse.

Con frecuencia he pensado en ti estos días, y aunque esto puede sonar horrible, con frecuencia he pensado: gracias a Dios que te escribí que no vinieras a verme en Semana Santa, pues en las últimas seis u ocho semanas lo he pasado muy mal. Primero sufrí terribles depresiones, luego pasé una mala gripe, y no sabía adónde ir cuando me fuera de aquí. Ahora me siento mejor y tengo la intención de marcharme la semana que viene e ir a Rosro, en el oeste. Esto presenta grandes inconvenientes (hay un viaje de diez horas desde Dublín), pero no sé qué puedo hacer, no se me ocurre otra cosa. De modo que si hubieras venido me hubieras encontrado en un estado de gran tribulación. ¡Deséame fuerza, un poco de valor y suerte!

Durante el último mes mi trabajo no ha progresado nada, y sólo en estos últimos días he sido capaz de pensar un poco (quiero decir sobre filosofía; pues mi cerebro, aunque embotado, no estaba inactivo, ¡ojalá hubiera sido así!).

Wittgenstein había conocido Rosro, la casa de campo de Connemara, en 1934, cuando pasó unas vacaciones allí en compañía de Francis Skinner y Maurice Drury. Está situada frente al mar, en la embocadura del puerto de Killary, y la campiña que la rodea está dominada por una serie de montañas con picos extraordinariamente angulosos, conocidos como Las Doce Agujas. La casa de campo fue construida como una estación de guardacostas, pero había caído en desuso tras la Primera Guerra Mundial. A principios de los años veinte estuvo sin ocupar, utilizada solamente por el IRA para ocultar prisioneros, hasta que, en 1927, fue comprada por el hermano de Maurice Drury, Miles, como casa de recreo. Hay unas pocas casas vecinas, pero está a muchas millas de distancia de cualquier tienda, oficina de correos o cualquiera de las comodidades de un pueblo o una ciudad. El aislamiento, aunque, tal como había previsto Wittgenstein, ofrecía «enormes desventajas», era necesario si quería estar libre de cualquier interrupción, cosa que consideraba esencial a su trabajo.

A su llegada allí, Wittgenstein fue recibido por Thomas Mulkerrins («Tommy», tal como Wittgenstein, al igual que todos los demás vecinos de Killary, le llamaba), un empleado de la familia Drury que vivía en una diminuta cabaña aproximadamente a media milla de Rosro, y a quien pagaban tres libras a la semana para cuidar de la casa de recreo de los Drury. (Complementaba estos insignificantes honorarios recogiendo turba y pescando caballa.) Drury le había dicho a Tommy que Wittgenstein había sufrido un colapso nervioso, y le había pedido que le ayudara en todo lo que pudiera. De manera que cada mañana iba andando a Rosro para llevarle leche y turba, y para comprobar que Wittgenstein se encontraba bien. Wittgenstein lo consideraba (así se lo dijo a Malcolm): «bastante simpático y ciertamente mejor compañía que la gente con quien me alojaba en Wicklow».

En una posterior conversación con Rhees fue más crítico, describiendo a toda la familia Mulkerrins como personas con escasa disposición hacía cualquier tipo de trabajo. Le dejaba perplejo ver que la madre de Tommy, a pesar de ser una excelente costurera, iba siempre harapienta, y que aunque el propio Tommy era un competente carpintero, todas las sillas de la cabaña tenían una pata rota. En su diario, Tommy —«el hombre del que dependo aquí totalmente»— es descrito simplemente como «poco de fiar».

Poco de fiar o no, Tommy era todo lo que tenía. Sus vecinos más próximos, la familia Mortimer, le consideraban completamente loco, y no querían saber nada de él. Incluso le prohibieron pasear por sus tierras, arguyendo que asustaba a las ovejas. Por tanto tenía que dar un largo rodeo por la carretera cuando quería ir a caminar por las colinas que hay detrás

de Rosro. En uno de estos paseos, los Mortimer le vieron detenerse de pronto, y, utilizando uno de sus bastones como instrumento, dibujar una figura (¿un pato-conejo?) sobre el polvo del camino, quedándose absorto ante ella durante largo tiempo antes de reemprender su paseo. Ello confirmó su impresión inicial. Así como el vehemente arranque de cólera que sufrió una noche en que el ladrido del perro de los Mortimer importunaba su concentración. De hecho, la impresión que causó en los Mortimer fue bastante parecida a la que había causado anteriormente a los aldeanos de la Austria rural.

También Tommy consideraba a Wittgenstein un poco raro. Pero en parte a causa de su lealtad a la familia Drury (una vez Miles Drury se lanzó al agua desde un bote para salvar a Tommy de morir ahogado), y en parte porque llegó a disfrutar de la compañía del «profesor», estaba dispuesto a hacer la estancia de Wittgenstein en Rosro tan cómoda y agradable como fuera posible. Por ejemplo, hizo todo lo que pudo para satisfacer las estrictas exigencias de Wittgenstein por lo que se refería a limpieza e higiene. A sugerencia de Wittgenstein, cada mañana le llevaba no sólo la turba y la leche, sino también sus propias hojas de té usadas. Cada mañana esparcía las hojas sobre el suelo de la cocina para que absorbieran la suciedad, y luego las barría. Tommy también fue conminado a que librara la casa de cochinillas. Lo consiguió inundando toda la casa con una asfixiante cantidad de desinfectante en polvo. Wittgenstein, a quien durante toda su vida le dieron miedo los bichos de todo tipo, estuvo complacido con el resultado, prefiriendo el peligro de asfixia a la visión de las cochinillas.

La casa de Rosro tenía dos habitaciones, un dormitorio y una cocina, y era en este último aposento donde Wittgenstein pasaba casi todo el tiempo. Sin embargo, no la utilizaba para preparar las comidas. Mientras estuvo en Rosro vivió casi completamente a base de comida enlatada que encargaba en una tienda de Galway. Tommy estaba preocupado por su dieta. «La comida enlatada será su muerte», le dijo una vez. «De todos modos, la gente vive demasiado», fue la macabra réplica. Wittgenstein utilizaba la cocina como estudio, y cuando Tommy llegaba por la mañana con frecuencia le encontraba sentado a la mesa de la cocina escribiendo sobre hojas sueltas de papel sujetas con un clip. Casi cada día había un montón de hojas desechadas, que Tommy se encargaba de quemar.

Una mañana, cuando Tommy llegó a Rosro, oyó la voz de Wittgenstein, y al entrar en la cabaña le sorprendió encontrar que el «profesor» estaba solo. «Pensaba que tenía compañía», dijo. «La tenía», respondió Wittgenstein. «Estaba hablando con un muy querido amigo mío: yo mismo.» En uno de los cuadernos de este período se hace eco de este comentario:

> Casi todos mis escritos son conversaciones privadas conmigo mismo. Cosas que me digo *tête-à-tête*.

Aparte de los momentos que pasaba con Tommy, la soledad de Witt-

genstein en Rosro fue sólo interrumpida en el verano de 1948 por una breve visita de Ben Richards, quien se quedó un par de semanas. Juntos recorrieron los trayectos favoritos de Wittgenstein por las colinas y la costa, admirando la variada y magnífica flora y fauna de la zona.

Wittgenstein tenía un particular interés en los distintos tipos de pájaros que se pueden ver en Killary. (Colimbos, cormoranes, zarapitos, ostreros, frailecillos y golondrinas de mar son bastante corrientes en esa parte de la costa occidental irlandesa.) Al principio solía pedirle a Tommy que identificara los pájaros. Le describía un pájaro que había visto y Tommy hacía lo que podía para averiguar cuál era, aunque, como admite francamente: «quizá no siempre tenía el nombre que yo le daba». Habiéndole pillado en esa falta un par de veces, Wittgenstein pasó a fiarse más de los libros ilustrados que Drury le enviaba.

A fin de ver mejor los pájaros marinos, Wittgenstein quiso construir una cabaña sobre una de las pequeñas islas de la costa de Killary. Con el tiempo Tommy le disuadió de que lo hiciera (pues su trabajo habría sido precisamente construirla) con el pretexto de que una pequeña cabaña de madera no sería lo suficientemente fuerte como para resistir la situación tan desguarnecida de la isla. En lugar de eso, Tommy llevaba a Wittgenstein a pasear en bote de remos; mientras Tommy remaba, Wittgenstein o bien buscaba pájaros o se sentaba en silencio a contemplar. De vez en cuando, mientras iban en el bote, charlaban, Wittgenstein rememoraba su época en Noruega, cuando tenía que remar a través de todo el fiordo para ir a buscar sus suministros, y Tommy respondía a las preguntas de Wittgenstein acerca de la historia de Killary.

Wittgenstein también estaba interesado en los animales menos salvajes, los petirrojos y los pinzones, que solían acudir a la cabaña a la búsqueda de migajas. Él les animaba dejándoles comida fuera, y de vez en cuando eran tan mansos que acudían a la ventana de la cocina, y comían de su mano. Cuando abandonó Rosro le dio a Tommy algún dinero con el que comprar grano para los pájaros, que ahora venían a buscar su comida diaria. La próxima vez que Tommy visitó la casa, se encontró sin embargo con que la docilidad de los pájaros había sido su perdición. Mientras esperaban la comida en la ventana, habían sido presa fácil de los gatos del lugar.

La vida en Rosro, aunque agotadora, parece que proporcionó las condiciones necesarias para la mejoría del estado mental y físico de Wittgenstein. Como hemos visto, había llegado en una situación lamentable. «Lo he pasado mal últimamente: alma, mente y cuerpo», le escribió a Malcolm el 30 de abril, unos pocos días después de llegar. «Me sentí sumamente deprimido durante muchas semanas, luego caí enfermo y ahora estoy débil y completamente apagado. No he trabajado nada durante las últimas cinco-seis semanas». Pero al cabo de un mes, la soledad de la casa, la belleza del paisaje costero, la compañía de los pájaros y el apoyo afable (aun-

que no del todo de fiar) de Tommy Mulkerrins había conseguido un cambio a mejor. Wittgenstein se encontró con que de nuevo era capaz de trabajar.

Su mayor queja acerca de esa vida era que tenía que encargarse de todo el trabajo de la casa. Esto le parecía una molestia que le enfurecía, pero, tal como le escribió a la mujer de Malcolm, Lee, «también es sin duda una gran bendición, pues me mantiene en mis cabales, me obliga a llevar una vida regular y en general es bueno para mí aunque lo maldiga cada día».

La aislada situación de Rosro constituía un problema sólo en lo que se refería a la escasez de revistas de detectives americanas. El pueblo más cercano estaba a quince kilómetros, y la selección de libros que allí había era tan pobre que, en los períodos comprendidos entre envío y envío de «revistillas» por parte de Malcolm, Wittgenstein se veía obligado a recurrir a la lectura de Dorothy Sayers. Esto, le dijo a Malcolm, «era tan cond... asqueroso que me deprimía». El suministro que Malcolm le enviaba de lo «auténtico» era un alivio: «Abrir una de tus revistillas fue como salir de una habitación mal ventilada al aire libre.»

Por casualidad consiguió encontrar en la tienda del pueblo un ejemplar en bolsillo de su novela de detectives favorita, *Rendevouz with Fear*, de Norbert Davis. Había leído el libro de Davis durante su último año en Cambridge, y le había gustado tanto que se lo había prestado tanto a Moore como a Smyhties (posteriormente también le daría un ejemplar a Ben Richards). Al volver a ver el libro, no pudo resistir la tentación de comprarlo y releerlo, después de lo cual aún aumentó más la consideración que le merecía: «Pues aunque, como sabes», le escribió a Malcolm, «he leído cientos de historias que me entretuvieron y que leí con agrado, creo que sólo he leído dos que llamaría algo bueno, y la de Davis es una de ellas.» Lo pidió a Malcolm que intentara averiguar algo más acerca de Davis:

> Puede parecer una locura, pero cuando recientemente releí el relato, volvió a gustarme tanto que pensé que realmente me gustaría escribirle al autor y darle las gracias. Si esto es una locura no te sorprendas, pues estoy loco.

Por desgracia, Malcolm informa: «No he podido encontrar ninguna información sobre este autor.» Una lástima, porque, en 1948, a Norbert Davis, de hecho, le hubiera ido bien recibir algo de apoyo. Era, junto con Dashiell Hammet y otros escritores de *Black Mask*, uno de los pioneros de los relatos de detectives «duros». A principios de los años treinta había abandonado su carrera como abogado para escribir relatos de detectives, y durante diez años había sido un autor de éxito. A finales de los cuarenta, sin embargo, pasaba una época difícil. Poco después de la carta de Wittgenstein a Malcolm, Davis le escribió a Raymond Chandler diciéndole que catorce de sus quince relatos habían sido rechazados por los editores,

y le pedía que le prestara 200 dólares. Murió en la pobreza al año siguiente, sin conocer su rara (probablemente única) distinción de haber escrito un libro que a Wittgenstein le gustaba lo suficiente como para desear escribir una carta de agradecimiento a su autor.

Sin duda, la gratitud de Wittgenstein se debe en parte a la escasez de libros de detectives en Connemara. Pero ¿por qué valoraba *Rendevouz with Fear* por encima de las demás historias de detectives que había leído (y eran bastantes)?

La respuesta quizá reside en el humor de la novela, que de hecho es su rasgo más sorprendente. El detective del relato, Doan, se distingue de otras figuras detectivescas como Sam Spade y Philip Marlowe por su aspecto poco atractivo y bastante cómico: es un hombre bajo y gordo al que a todas partes sigue un enorme y adiestrado gran danés llamado Carstairs. La característica del estilo de Davis, que impresionaba en particular a Raymond Chandler, era la manera casual como liquidaba a sus personajes, y *Rendevouz with Fear* es una buena muestra de ello. Por ejemplo, tras iniciar una escena describiendo a los turistas del Azteca, un hotel de Sudamérica, Davis nos presenta a «García»:

> Todo esto le resultaba muy aburrido a un hombre que, en aquel momento, se llamaba García. Estaba sentado y bebía una cerveza cuyo color y consistencia eran los del vinagre tibio, y miraba ceñudo. Tenía la cara pequeña y amarillenta, un bigote negro y desordenado, y era bizco. Debería haberse interesado más por los turistas que venían del Azteca, pues en breve uno de ellos iba a pegarle un tiro. Sin embargo, él no lo sabía, y si se lo hubierais dicho se habría reído. Era una mala persona.

Cuando Doan mata a Bautiste Bonofile, otra «mala persona», la romántica pero cándida heroína, Jane, le pregunta preocupada: «¿Le duele?» «Ni lo más mínimo», dice Doan, «solo está muerto.»

«El humor no es un estado de ánimo, sino una manera de ver el mundo», escribió Wittgenstein mientras estaba en Rosro. «De manera que si es correcto decir que el humor fue extirpado de la Alemania nazi, eso no significa que la gente no estuviera de buen humor ni nada parecido, sino algo mucho más profundo e importante.» Para comprender qué era ese «algo», quizá será instructivo ver el humor como algo extraño e incomprensible:

> Dos personas se ríen de lo mismo, pongamos que de un chiste. Una de ellas ha utilizado palabras un tanto inusuales, y ahora ambas estallan en una especie de balido. Esto podría parecer bastante extraordinario a un visitante procedente de un entorno distinto. Mientras que nosotros lo encontramos completamente normal. (Recientemente presencié esa escena en un autobús, y pude imaginarme en la situación de alguien a quien esto no le resultara familiar. Desde ese punto de vista me resultó bastante irracional, como las reacciones de un animal estrafalario.)

Comprender el humor, al igual que comprender la música, nos proporciona una analogía para comprender la concepción que Wittgenstein tenía de la comprensión filosófica de las cosas. Comprender no es descubrir hechos, ni extraer inferencias lógicamente válidas de premisas aceptadas –ni, menos aún, construir *teorías*–, sino que consiste en adoptar el punto de vista adecuado (desde el cual «ver» el chiste, oír la expresión de la música o ver la manera de salir de la niebla filosófica). Pero ¿cómo explicamos o enseñamos lo que queremos decir con el «punto de vista adecuado»?

> ¿Cómo explicarle a alguien lo que significa «comprender la música»? ¿Especificando las imágenes, sensaciones cinestésicas, etc, experimentadas por alguien que la comprende? *Más bien* mostrando los gestos expresivos de quien la entiende. Y lo que realmente deberíamos preguntar es qué función tiene aquí la explicación. Y qué significa hablar de ella: qué significa comprender la música. Pues alguien dirá: comprender significa eso: comprender la música misma. Y en este caso deberíamos preguntar: «Bueno, ¿puede enseñarse a alguien a comprender la música?», pues ése es el único tipo de enseñanza que podría denominarse explicar la música.
>
> Existe una cierta *expresión* característica de la apreciación de la música, al escuchar, al interpretar, y también en otras ocasiones. A veces los gestos forman parte de esta expresión, pero algunas veces es sólo cuestión de cómo un hombre interpreta o tararea la pieza, y otras de las comparaciones que uno extrae y de las imágenes con las que ilustra la música. Alguien que comprenda la música la escuchará de manera distinta (por ejemplo con una distinta expresión en su cara) y hablará de manera distinta del que no la comprende. Pero demostrará que comprende un tema concreto no sólo en los gestos que acompañan a su escucha o interpretación de ese tema, sino en su comprensión de la música en general.
>
> Apreciar la música es una manifestación de la vida del hombre. ¿Cómo se la describiríamos a alguien? Bueno, supongo que primero deberíamos describir la *música*. A continuación podríamos describir cómo los humanos reaccionan ante ella. Pero ¿eso es todo lo que hace falta, o también debemos enseñarle a comprenderla por sí mismo? Hacérsela comprender y darle una explicación que no consiga tal cosa sería «enseñarle lo que es la comprensión» en los *distintos* sentidos de esa frase. Y así, enseñarle a comprender la poesía o la pintura podría contribuir a enseñarle lo que implica comprender la música.

Estas observaciones acerca de comprender la música –al igual que aquellas sobre el humor citadas anteriormente– han sido publicadas en una serie de observaciones «que no pertenecen directamente a sus obras filosóficas, aunque están desperdigadas entre los textos filosóficos» (prefacio del editor a *Observaciones*). Pero su relación con la obra filosófica de Wittgenstein es más directa de lo que esto indica. Una de sus principales preocupaciones filosóficas mientras estaba en Rosro era el problema de ver-el-aspecto. A la hora de abordar el problema, con frecuencia se imagi-

naba personas que eran «ciegas-al-aspecto» (o, como a veces lo expresaba, «*gestalt-blind*»): personas incapaces de ver algo como algo. Sus comentarios acerca de lo que es ser incapaz de entender un chiste o de apreciar la música no son distintos de sus preocupaciones filosóficas; forman parte de ellas.

«¿De qué carece una persona que esté ciega ante esos aspectos?», pregunta Wittgenstein, y responde: «No es absurdo responder: del poder de la imaginación.» Pero la imaginación de los individuos, aunque necesaria, no es suficiente. Lo que hace falta además para que la gente sea consciente de los «aspectos» (y, por tanto, para que el humor, la música, la poesía y la pintura signifiquen algo) es una cultura. La relación entre la preocupación filosófica de Wittgenstein respecto de ver-el-aspecto y sus preocupaciones culturales es por tanto sencilla y directa. Esto queda claro en la siguiente serie de observaciones (escritas en Rosro, y, debería añadirse, formando parte consustancial de la obra filosófica de Wittgenstein):

> ¿De qué carece una persona que no entiende la pregunta de hacia qué lado mira la letra F, o, por ejemplo, dónde se le puede dibujar una nariz? ¿O alguien que no comprende que una palabra pierde algo cuando se la repite varias veces, a saber, su sentido; o alguien que no se da cuenta de que entonces se convierte en un simple sonido?
>
> *Nosotros* decimos: «Al principio había ahí algo parecido a una imagen.»

> ¿Existe una persona que sea incapaz de apreciar una frase, juzgarla de la manera en que lo hacen aquellos que la comprenden? ¿Es que para él la frase no tiene vida (con todo lo que eso implica)? ¿Es que la palabra no tiene un aroma de significado? ¿Y que por tanto reaccionará de manera distinta a nosotros ante una palabra? *Podría* ser así.
>
> Pero si oímos una melodía comprendiéndola, ¿no ocurre algo especial dentro de mí, algo que no ocurre si la oigo sin comprenderla? ¿Y qué es? No se me ocurre ninguna respuesta; y la que se me ocurre es insulsa. De hecho podría decir: «Ahora la he comprendido», y quizá hablar de ella, interpretarla, compararla con otras, etc. La escucha puede estar acompañada por *Signos* de comprensión.
>
> Es erróneo llamar comprensión al proceso que acompaña a la escucha. (Naturalmente, su manifestación, la interpretación expresiva, tampoco puede denominarse un acompañamiento de la escucha.)
>
> ¿Cómo puede explicarse lo que es la «interpretación expresiva»? Ciertamente no mediante algo que acompañe a la interpretación. ¿Qué hace falta para la explicación? Uno podría decir: una cultura. Si alguien es educado dentro de una cultura concreta –y entonces reacciona a la música de esta-y-esa manera– se le puede enseñar qué significa la frase «interpretación expresiva».

Ver los aspectos, comprender la música, la poesía, la pintura y el hu-

mor, son reacciones que pertenecen a una cultura, a una forma de vida, y que sólo pueden sobrevivir dentro de ella:

> ¿Qué sucede cuando la gente no tiene el mismo sentido del humor? No reaccionan adecuadamente entre sí. Es como si entre ciertos individuos existiese la costumbre de que una persona arrojara una pelota a otra, y se supusiera que ésta ha de atraparla y devolverla; pero algunas personas, en lugar de devolverla, se la metieran en el bolsillo.

De este modo, si es cierto que el humor fue erradicado en la Alemania nazi, esto significaría no sólo que la gente no estaba de buen humor, sino que los nazis habían triunfado al destruir toda una forma de vida, una manera de ver el mundo y una serie de reacciones y costumbres que la acompañan. (Significaría que los nazis, por así decirlo, se habían metido la pelota en el bolsillo.)

La dificultad filosófica relacionada con ver-el-aspecto surge del hecho de que, a primera vista, y aunque el aspecto cambie, no cambia la cosa que se ve; el mismo dibujo es ahora un pato y luego un conejo. De manera parecida, eso que en un momento dado era un comportamiento extraordinario, extravagante, palabras sobre una página, manchas sobre un lienzo o un ruido incoherente, y al siguiente (cuando se comprende) algo divertido, emocionante, bello o maravillosamente expresivo, no es sino el mismo chiste, poema, cuadro o pieza musical: «Lo que es incomprensible es que *nada*, y aun así *todo*, ha cambiado.»

El comentario de Wittgenstein acerca de la filosofía –que lo «deja todo como está»– se cita con frecuencia. Pero con menos frecuencia nos damos cuenta de que, al pretender cambiar solamente la manera de ver las cosas, Wittgenstein intentaba cambiarlo *todo*. Su pesimismo referente a la efectividad de su obra se relaciona con la convicción de que la manera como vemos las cosas está determinada no por nuestras creencias filosóficas, sino por nuestra cultura, por la manera como fuimos educados. Y ante esto, como le dijo una vez a Karl Britton: «¿Qué puede hacer un hombre solo?»

> La tradición no es algo que se pueda aprender; ni un hilo que se puede recoger cuando a uno le apetece; no más de lo que un hombre puede elegir a sus antepasados.
>
> Quien carece de tradición y le gustaría tener una es como un hombre infelizmente enamorado.

Wittgenstein poseía una tradición, a la que era muy fiel: la literatura, el arte y (especialmente) la música austro-alemana del siglo XIX. Pero era plenamente consciente de que, durante la mayor parte de su vida, esa tradición ya no había existido. En este sentido, no estaba tan infelizmente enamorado como desesperadamente afligido. El aislamiento físico de Connemara, que él creía necesario para proseguir su trabajo, encaja con la sensación de aislamiento cultural que lo rodeaba.

Wittgenstein permaneció en Rosro durante todo el verano de 1948, de mayo a agosto. Durante estos meses escribió mucho. Pero las exigencias de este modo de vida y su insegura salud se aliaron para hacer que acabara sintiéndose demasiado débil para cumplir aquello que se había propuesto. «Me canso, mental y físicamente, con mucha facilidad», le dijo a Von Wright. Se sentía, escribió en su diario, «demasiado flojo, demasiado débil, y también demasiado perezoso como para llegar a algo importante»:

> La laboriosidad de los grandes hombres es, entre otras cosas, un signo de su fuerza y de su riqueza interior.

Además le asaltaban ataques de melancolía que se inclinaba a personificar, como si le acechara un fantasma. «No permitas que la aflicción te humille», escribió el 29 de junio:

> Deberías permitirle entrar en tu corazón. No deberías tener miedo de la locura. Quizá viene a ti como amiga y no como enemiga, y lo único malo sea tu resistencia. Permite que la aflicción entre en tu corazón. No le cierres la puerta. Ahí fuera, ante la puerta, en la mente, da miedo, pero no en el *corazón.*

Un poco más tarde, el 11 de julio, el fantasma es identificado:

> Pienso mucho en la última vez que estuve con Francis, en mi odiosa manera de comportarme con él. En esa época yo era muy infeliz; *pero tenía un corazón malvado.* No veo cómo podré librarme alguna vez de esta culpa.

Pensó que no podría aguantar mucho más tiempo el esfuerzo físico y psicológico de vivir solo en Rosro. Le parecía casi inconcebible poder soportar pasar el invierno allí. «Pero», escribió el 17 de julio, «he decidido *intentarlo* y hacerlo»:

> Rezo mucho. Pero si lo hago en el espíritu adecuado, no lo sé. Sin las bendiciones de C y B [Drury y Ben] no podría vivir aquí.

Le preguntó a Tommy si podría tenerle como huésped durante el invierno. Tommy se negó. Su pequeña cabaña de dos habitaciones estaba ya superpoblada con él mismo, su madre y su hermana. Wittgenstein también lo intentó con Mrs. Phillips, la propietaria de la cercana Kylemore House (ahora Hotel Kylemore), pero ésta le dijo que sólo aceptaba huéspedes en verano. Si iba a quedarse en Connemara, la única opción era vivir solo en Rosro.

Se fue de Connemara en agosto, viajando primero a Dublín para visitar a Drury y luego a Uxbridge para estar con Ben en casa de sus padres.

En septiembre fue a Viena para visitar a Hermine, que estaba muy enferma de cáncer.

A su regreso pasó un par de semanas en Cambridge dictando un texto compilado a partir de lo que había escrito en Irlanda. Ha sido publicado recientemente con el título de *Observaciones sobre la filosofía de la psicología*, volumen II. Pero, al igual que su predecesor, no fue concebido como una obra separada, sino que su propósito inicial –o aparente– era proporcionar, de forma conveniente, una serie de observaciones que se utilizarían en la revisión de las *Investigaciones*.

El 16 de octubre la obra estaba terminada, y Wittgenstein regresó a Dublín con la intención inicial de seguir en Rosro. En Viena le había escrito a Tommy, preguntándole si tenía la casa a punto para su regreso. Sin embargo, y como hemos visto, tenía serios recelos a la hora de volver. Y también Drury, como médico de Wittgenstein, estaba preocupado por el hecho de que pasara el invierno en un lugar en el que, si caía enfermo, no habría nadie que le cuidara ni manera alguna de obtener atención médica. Además, Wittgenstein se encontró con que en la cálida, cómoda y sobre todo silenciosa habitación que ocupaba en el piso superior del hotel de Dublín en que se alojaba podía trabajar bastante bien. Por lo que finalmente pasó el invierno en el Hotel Ross.

En 1948, el Hotel Ross era un hotel grande, aunque no especialmente lujoso, situado en Parkgate Street, cerca de Phoenix Park. (Todavía existe, pero ha sufrido importantes transformaciones y ahora se llama Hotel Ashling.) En la ciudad se le conocía como el hotel «Protestante»: muchos de sus huéspedes permanentes eran protestantes, y allí se alojaba el clero protestante cuando iba a Dublín a asistir a conferencias y congresos. «Cuando miro las caras de los clérigos de Dublín», le comentó Wittgenstein a Drury, «me parece que los ministros protestantes son menos presuntuosos que los sacerdotes católicos. Supongo que es porque saben que son una pequeña minoría».

De más importancia para él, naturalmente, era el hecho de que estaba a muy poca distancia andando de los Jardines Zoológicos de Phoenix Park. Por medio de Drury se hizo socio de la Royal Zoological Society, lo que le permitía acceso gratuito a los jardines y el derecho a comer en la sala de socios. Mientras estaba en Dublín veía a Drury casi cada día: se reunían para comer, ya fuera en la sala de socios de los Jardines Zoológicos o en el Bewley's Café de Grafton Street, donde los camareros rápidamente se acostumbraron a la invariable dieta de Wittgenstein, y le servían una tortilla y café sin que tuviera que pedirlo. Drury también le llevó a los Jardines Botánicos de Glasnevin, donde la caldeada Sala de Palmeras proporcionaba un lugar cálido y agradable en el que trabajar durante el invierno.

Durante los meses de invierno que pasó en Dublín, Wittgenstein trabajó con gran intensidad. «Estoy ansioso por exprimirme los sesos mien-

tras aún haya jugo», le dijo a Malcolm el 6 de noviembre. En una ocasión en que él y Drury habían planeado almorzar juntos, Drury llegó al hotel y Wittgenstein le dijo: «Espere un minuto mientras acabo esto.» A continuación Wittgenstein siguió escribiendo durante dos horas sin decir una palabra. Cuando finalmente acabó, no parecía haberse dado cuenta de que la hora de almorzar había pasado hacía mucho tiempo.

La obra que escribió en Dublín ha sido publicada con el título de *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*. El título ha llevado a muchos a creer erróneamente que se trataba de la última obra de Wittgenstein. No es así; es anterior, por ejemplo, a la segunda parte de las *Investigaciones filosóficas*, a *Sobre la certeza* y a *Observaciones sobre el color*. Es, sin embargo, el último de la serie de volúmenes manuscritos, comenzados en Cambridge en 1946, en que intenta ofrecer un mejor y más transparente análisis de los conceptos psicológicos que el que aparece en la primera parte de las *Investigaciones*. Es una continuación de su intento de mostrar la multiplicidad y complejidad de conceptos psicológicos (tales como «miedo», «esperanza», «creencia», etc.) de una manera que revele la esterilidad y confusión de «la búsqueda de la generalidad por parte de los filósofos». La obra está llena de sutiles distinciones, cuya intención es poner de relieve, entre otras cosas, el peligro de asumir que todas las frases del modo indicativo pueden verse como *descripciones*:

> Oigo las palabras «Tengo miedo». Pregunto: «¿En qué sentido ha dicho eso? ¿Ha sido un suspiro procedente del fondo de su corazón, una confesión, una autoobservación...?»

En uno de sus paseos por Phoenix Park, Drury mencionó a Hegel. «Me parece que Hegel siempre quiere decir que las cosas que parecen distintas son en realidad la misma», le dijo Wittgenstein. «Mientras que a mí me interesa mostrar que las cosas que siempre parecen la misma son en realidad distintas.» Pensaba en utilizar como cita para su libro la frase del conde de Kent en el *El Rey Lear* (acto I, escena IV): «Os enseñaré a distinguir.»

Su interés era poner énfasis en la irreductible variedad de la vida. El placer que le proporcionaba pasear por los Jardines Zoológicos tenía mucho que ver con su admiración por la inmensa variedad de flores, arbustos y árboles y por la multitud de especies de pájaros, reptiles y animales. Una teoría que intentara imponer un solo esquema sobre toda esa diversidad era para él, podemos prever, un anatema. Darwin tenía que estar equivocado: su teoría «no posee la necesaria multiplicidad».

Los conceptos en que Wittgenstein estaban particularmente interesado en estos *Últimos escritos* son los de «pensar» y «ver». Más concretamente, le interesa la relación entre ambos. De central importancia para todo su trabajo posterior es la idea de que existe una manera de ver que es también una manera de pensar (o, al menos, una manera de *comprender*): ver relaciones. *Vemos* una relación de la misma manera como vemos un as-

pecto, o un *Gestalt*. Distinguir esta manera de «ver» de lo que es ver un objeto físico y describir las relaciones y las diferencias entre «ver» en este sentido y los conceptos de «pensar» y «comprender» es la tarea central de la obra escrita en el Hotel Ross.

«Ahora inténtalo y dime qué hay implícito en ver algo como algo», retó Wittgenstein a Drury; «no es fácil. Estos pensamientos en los que estoy trabajando son duros como el granito.» En respuesta, Drury, citó a James Ward: *«Denken ist schwer»* («Pensar es difícil»), respuesta que quizá originó la siguiente entrada en su cuaderno:

> *Denken ist schwer* (Ward). ¿Qué significa realmente esto? ¿Por qué es difícil? Es casi como decir «Mirar es difícil». Porque mirar atentamente es difícil. Y es posible mirar atentamente sin ver nada, o seguir pensando que ves algo sin ser capaz de ver claramente. Mirar puede cansarte incluso cuando no ves nada.

Fue el mismo día que Wittgenstein le comentó a Drury: «Me es imposible expresar en mi libro lo mucho que la música ha significado en mi vida. ¿Cómo puedo entonces esperar ser comprendido?» La obra que estaba escribiendo en esa época, sin embargo, contiene un inequívoco indicio de ello. Pues al llamar la atención hacia el sentido de «ver» (u «oír»), en el acto mediante el cual comprendemos algo, el ejemplo paradigmático de la música nunca está lejos de sus pensamientos:

> Decimos que alguien tiene «el ojo de un pintor», «el oído de un músico», pero alguien que carezca de estas cualidades apenas sufre de algún tipo de ceguera o sordera.
>
> Decimos de alguien que no tiene «oído musical», y la «ceguera-al-aspecto» es (en cierto modo) comparable a esta incapacidad para oír.

El ejemplo de comprender la música era importante para él, no sólo por la enorme importancia de la música en su propia vida, sino también porque está claro que el sentido de una pieza musical no puede ser descrito nombrando nada que la música «represente». Y de este modo: «Comprender una frase es mucho más parecido a comprender un tema musical de lo que la gente puede pensar».

«Me gustaría que algún día pudieras leer lo que estoy escribiendo ahora», le dijo Wittgenstein a Drury. Pero el trabajo de Drury en St. Patrick, y el hecho de estar relativamente poco familiarizado con los problemas filosóficos específicos de que se ocupaba Wittgenstein impedían cualquier discusión detallada de la obra de éste. De hecho, Drury recuerda que fue decisión expresa de Wittgenstein el no hablar de filosofía con él: «Creo que tiene la sensación de que su propio pensamiento está tan por encima del mío que existe el peligro de abrumarme y de que me convierta en un pálido eco de sí mismo.» Wittgenstein tampoco repasó su obra de

entonces con Ben Richards, que en noviembre pasó una o dos semanas con él en el Hotel Ross.

En diciembre, sin embargo, Wittgenstein tuvo la oportunidad de discutir su obra en detalle, cuando fueron a visitarle Elizabeth Anscombre, en primer lugar, que se quedó las dos primeras semanas de diciembre, y luego Rush Rhees, que fue a Dublín inmediatamente después de Anscombre para pasar las Navidades con Wittgenstein. Éste ya había decidido que Rhees fuera el albacea de su testamento, y quizá también que Anscombre y Rhees fueran sus dos albaceas literarios. En cualquier caso, con ambos repasó lo que había escrito en los dos meses anteriores y discutió su intención de revisar las *Investigaciones filosóficas*, utilizando el nuevo material y algunas de las observaciones contenidas en los dos textos mecanografiados que había preparado en los dos años anteriores.

Rhees abandonó Dublín el primer día del año nuevo, mientras Wittgenstein permanecía en el Hotel Ross con la esperanza de proseguir su buena racha de trabajo. A principios de enero, sin embargo, cayó enfermo de la misma dolencia que le había aquejado el año anterior. Se la describió a Malcolm como «una especie de infección de los intestinos». «Naturalmente, no le ha hecho ningún bien a mi trabajo», añadió. «Tuve que interrumpirlo completamente durante una semana y después de eso fue a paso de tortuga, al igual que cuando esos días iba a pasear.»

Se sentía cansado, viejo y enfermo. Se preguntaba si sería ésta su última enfermedad. También se sentía aislado. «Creo que Drury se está volviendo cada vez más desleal», escribió el 29 de enero. «Ha encontrado amigos con los que puede pasárselo mejor.» Su médico le diagnosticó que no tenía nada más que una gastroenteritis, pero desconfiaba del médico, y no hizo caso del tratamiento que le recetó. El 11 de febrero informa de «gran debilidad y dolor». También le llegó la noticia de que su hermana Mining estaba agonizando: «una *gran* pérdida para mí y para todos». Ella tenía muchos y variados talentos, escribió, que no habían salido a la luz, sino que estaban ocultos: «al igual que *deberían* estarlo los intestinos humanos».

A lo largo del mes de febrero aún fue capaz de trabajar, pero no con la misma intensidad y aplicación que antes de Navidad. A final de marzo, incluso su limitada capacidad de trabajo le había abandonado, y unos pocos meses después de eso fue incapaz de escribir nada. Durante ese período de barbecho leyó bastante. Drury era socio de la biblioteca de la Royal Dublin Society, y tomaba libros en préstamo para Wittgenstein. Recuerda que generalmente quería leer historia: *Essays Critical and Historical* de Macaulay, la narración de Livio de la segunda guerra púnica, la *Vida de Cromwell* de Morley, *L'Histoire de Napoléon* de Ségur, y *Gedanken und Erinnerungen* de Bismarck. En su mayor parte eran libros que Wittgenstein ya había leído. En 1937, por ejemplo, había escrito acerca de los ensayos de Macaulay:

Contienen muchas cosas espléndidas; pero sus juicios de valor acerca de la gente son fastidiosos y superfluos. Uno tiene ganas de decir: ¡basta de aspavientos! y di sólo lo que tengas que decir.

Y en 1942 le había escrito a Rhees que estaba leyendo la narración que hace Livio de la invasión de Italia por parte de Aníbal: «me interesa inmensamente». Uno de sus pasajes favoritos (eso le dijo a Drury) se refería al incidente en que, tras la batalla de Cannae, Aníbal hace que busquen en el campo de batalla los cuerpos de los dos cónsules, a fin de poder rendirles sus respetos.

En su estado actual, escribió en su diario, no intentaría trabajar a no ser que le fuera fácil: «pues de otro modo, aun cuando me esfuerce, no conseguiré nada». A principios de marzo, Ben fue de nuevo a verle al hotel, y se quedó diez días: «Qué buenos momentos. Siempre encantador.» Pero aunque disfrutaba estando con Ben, era consciente de que no se encontraba bien. Dormía mal y le preocupaba pensar en el futuro: *«No sé en qué acabará todo esto.»* Unos pocos días después de la marcha de Ben escribió: «Con frecuencia es como si mi alma estuviera muerta.»

Sus conversaciones con Drury se centraban cada vez más en temas religiosos. Contrastaba las ideas religiosas «griegas» de Drury con sus propios pensamientos, que eran, dijo, «ciento por ciento hebraicos». Drury había admirado la visión que tenía Orígenes de una restitución final de todas las cosas, una restauración final a su gloria anterior que incluso alcanzaba a Satán y a los ángeles caídos, y comentaba tristemente su condena por hereje. «Naturalmente que fue rechazado», insistió Wittgenstein.

De lo contrario todo sería absurdo. Si lo que hacemos ahora no va a contar para nada al final, entonces toda la seriedad de la vida queda eliminada.

La concepción «hebraica» de la religión que tenía Wittgenstein se basaba, sugirió Drury, en el temor reverencial que se experimenta al leer la Biblia. Para ilustrarlo citaba a Malaquías: «¿Quién podrá soportar el Día de su venida?» (Malaquías 3:2). Esto hizo que Wittgenstein se detuviera: «Creo que lo que acabas de decir es algo muy importante. Mucho más importante de lo que crees.»

De crucial importancia para la concepción «hebraica» de la religión que tenía Wittgenstein (al igual que la de su poeta inglés favorito, Blake) es la estricta separación entre filosofía y religión. «Si el cristianismo es verdadero, entonces toda la filosofía que se ha escrito en torno a él es falsa.» En una conversación con Drury señaló la gran diferencia que había entre el Evangelio de San Juan, más filosófico, y los otros tres: «No puedo comprender el Cuarto Evangelio. Cuando leo esos largos discursos me parece que habría una persona distinta de la de los demás evangelios sinópticos.»

Pero ¿y San Pablo? En 1937 había escrito: «La fuente que fluye mansa y transparente en los Evangelios parece encresparse al llegar a las epísto-

las de Pablo.» En San Pablo había visto, en contraste con la humildad de los Evangelios, «una especie de orgullo o cólera». En los Evangelios encuentras chozas; en Pablo una iglesia: «Allí todos los hombres son iguales y Dios mismo es un hombre; en Pablo ya hay una especie de jerarquía; dignidades y cargos oficiales.» Pero ahora, le dijo a Drury, se daba cuenta de que se había equivocado: «Tanto en las Epístolas como en los Evangelios se trata de una y la misma religión.»

Y aun con todo, dentro de su concepción fundamentalmente ética de la fe religiosa, todavía encontraba difícil de aceptar la doctrina paulina de la predestinación. Pues, al igual que las enseñanzas de Orígenes, la consecuencia parece ser que «lo que hacemos no va a contar para nada al final». Y si esto es así, ¿cómo puede defenderse la seriedad de la vida?

En 1937, Wittgenstein había caracterizado la doctrina paulina como surgida sólo del más terrible sufrimiento: «Es menos una teoría que un suspiro, o un grito.» En su propio «grado de devoción», eso sólo podía parecer «un peligroso absurdo, una irreligiosidad»:

> Si es una imagen buena y piadosa, entonces lo es para alguien cuyo grado de devoción sea muy distinto del mío, alguien que pueda utilizarla en su vida de una manera completamente distinta de como podría hacerlo yo.

En 1949 ya no podía hablar de eso como de algo «irreligioso». Pero tampoco podía ver cómo podía utilizarse de una manera «buena y piadosa»:

> Supongamos que a alguien se le enseñara: existe un ser que, si haces esto y aquello o si vives de esta y esa manera, te llevará a un lugar de eterno tormento cuando mueras; casi todos acabarán allí, y unos pocos alcanzarán un lugar de felicidad eterna. Éste ser ha seleccionado de antemano a aquellos que van a ir al lugar bueno, y, ya que sólo aquellos que han llevado un cierto tipo de vida van al lugar de tormento, también ha dispuesto de antemano que vivan de ese modo.
>
> ¿Cuál podría ser el efecto de una doctrina así? Aquí no se habla de castigo, sino de una especie de necesidad natural. Y si le presentaran las cosas a alguien bajo esta perspectiva, sólo podría reaccionar con desesperación o incredulidad ante tal doctrina.
>
> Enseñarla no constituiría una educación ética. Si quisieras educar a alguien éticamente al tiempo que le enseñas esta doctrina, tendrías que enseñársela tras haberle educado éticamente, presentándosela como una especie de misterio incomprensible.

Aunque Wittgenstein no poseía ninguna base médica para creerlo, sentía que su muerte podía llegar pronto. Cuando Malcolm le escribió preguntándole acerca de su situación financiera, le contestó que tenía suficiente para seguir viviendo dos años más: «No sé qué sucederá después. De todos modos, quizá no viva tanto.»

En abril se marchó a Viena para visitar a Mining en su lecho de muerte. Se quedó tres o cuatro semanas, regresando a Dublín el 16 de mayo. Allí le escribió a Malcolm que Mining todavía vivía, pero que no había esperanzas de que se recuperara: «Mientras estuve en Viena apenas fui capaz de escribir. Yo mismo me sentía fatal.»

Poco después de regresar a Dublín, siguiendo el consejo de Drury, fue a ver al catedrático de medicina del Trinity College para que le hiciera un diagnóstico de sus problemas intestinales y de la sensación general de agotamiento que le perseguía desde principios de año. Sospechaba que pudiera tratarse de un tumor en el estómago, pero tras ingresar en el hospital para que le hicieran un examen completo se le dijo que en el examen con rayos X no había aparecido ningún tumor, y los únicos indicios eran que tenía una anemia atípica e inexplicable. Se le dio un tratamiento de extracto de hígado y hierro, y aunque todavía se veía incapaz de concentrarse en la filosofía, su estado mejoró gradualmente.

Estaba deseoso de superar su anemia rápidamente por dos razones. Primero porque al fin se había decidido a aceptar una antigua invitación de Norman Malcolm para pasar el verano en la casa que los Malcolm tenían en Ithaca, Estados Unidos (tras insistirle en broma en que, si iba a Norteamérica, Malcolm tenía que presentarle a su estrella de cine favorita, Betty Hutton). Había reservado pasaje en el *Queen Mary*, que zarpaba el 21 de julio. La segunda razón fue que, antes de poner rumbo a Estados Unidos, quería pasar unas semanas en Cambridge preparando un texto definitivo y pulido de la obra que le había ocupado desde 1946.

Durante este período de recuperación permaneció en Dublín, y es de presumir que fue durante ese tiempo cuando preparó la copia en limpio del manuscrito de lo que es ahora la segunda parte de las *Investigaciones filosóficas*. Para que se distrajera en los momentos de descanso de su trabajo, Drury propuso regalarle un tocadiscos y algunos discos de su elección. Wittgenstein declinó la oferta. No iría bien, dijo; sería como darle una caja de bombones: «No sabría cuándo parar de comer.» Por otro lado, el propio Drury, dijo, debería escuchar música cuando estuviera cansado de trabajar. De manera que a la mañana siguiente hizo llevar una radio a las habitaciones de Drury. Poco tiempo después, Drury comentó la gran mejora que habían experimentado las técnicas de grabación, cosa evidente a partir de los discos que oía por la radio. Esto provocó en Wittgenstein una reflexión típicamente spengleriana:

> Resulta significativo que, justo cuando los mecanismos de reproducción han mejorado de una manera tan grande, haya cada vez menos gente que sepa cómo hay que interpretar la música.

El 13 de junio, Drury y Wittgenstein escucharon juntos una discusión por la radio entre A. J. Ayer y el padre Copleston acerca de «La existencia de Dios». Wittgenstein dijo que Ayer «tiene algo que decir, pero es increíblemente superficial». Copleston, por otro lado, «no aportó nada a la dis-

cusión». Intentar justificar las creencias del cristianismo con argumentos filosóficos era no entender el meollo de la cuestión.

Una semana más tarde se fue de Dublín. Uno tiene la sensación de que, al empaquetar su enorme montón de cuadernos, manuscritos y mecanoscritos, no sólo ventilaba sus asuntos en Dublín, sino que también ponía punto final a toda su contribución a la filosofía. Le habló a Drury de una carta que había recibido de Ludwig Hänsel, en la que éste le expresaba la esperanza de que su trabajo fuera bien, si ésa era la voluntad de Dios. «Ahora esto es todo lo que quiero», dijo, «que se cumpla la voluntad de Dios»:

> Bach escribió sobre la página del título de su *Orgelbüchlein*: «A mayor gloria de Dios, y que de este modo mi vecino pueda sacar provecho de ello.» Eso es lo que me habría gustado que dijeran de mi obra.

El uso del pasado aquí es revelador; indica que consideraba su obra completamente acabada.

El mes anterior a su viaje a Estados Unidos lo pasó con Von Wright en Cambridge y con Ben Richards en Uxbridge. Von Wright acababa de finalizar su quinto año en Cambridge como catedrático de filosofía, y vivía en una casa alquilada («Strathaird») en Lady Margaret Road. Mientras permaneció allí, Wittgenstein ocupó un apartamento adyacente de dos habitaciones, y comía con la familia (Von Wright, su mujer y sus dos hijos). «Hay algo que me da miedo», le escribió a Von Wright antes de ir a pasar una temporada con él, «puede que no sea capaz de hablar de filosofía. Naturalmente es posible que las cosas hayan cambiado por entonces, pero en el momento presente ni siquiera soy capaz de pensar en problemas filosóficos. Mi cabeza está *completamente* embotada.»

Su principal preocupación durante esas pocas semanas que pasó en Cambridge fue dictarle a un mecanógrafo el manuscrito que contenía la selección final de observaciones escritas durante los últimos tres años, que ahora forma parte de la segunda parte de las *Investigaciones filosóficas*. Que se sepa, éste es el último texto mecanografiado que preparó Wittgenstein, y como tal representa la culminación de sus intentos para ordenar sus comentarios sobre los conceptos psicológicos en una forma publicable.

Ello, sin embargo, no significa que hubiera completado esa tarea: como le había dicho a Elizabeth Anscombe en Dublín, veía esta nueva selección como material a utilizar en la revisión de la primera parte de las *Investigaciones filosóficas*. Como él mismo jamás llevó a cabo esta revisión, el libro publicado con ese título posee una estructura en dos partes muy poco satisfactoria, pues la segunda parte no es más que material que iba a utilizar en la revisión de la primera. Además, la obra que fue originalmente concebida como la «segunda parte» –el análisis que Wittgenstein hace de los conceptos matemáticos– no aparece en el libro. La esmerada meticulosidad de Wittgenstein en relación a la estructura de su

libro ha tenido el irónico resultado de que su obra ha acabado publicándose en una forma muy alejada de su concepción original.

La sección más larga de su nuevo texto es la que se refiere a los problemas de ver-el-aspecto, y es una destilación de la obra, ya discutida, que había escrito sobre el tema a lo largo de los tres años anteriores. Esta parte constituye aproximadamente la mitad (treinta y seis páginas en la versión impresa) del texto total. Sin embargo, le dijo a Rhees que estaba particularmente satisfecho con la sección que abordaba la Paradoja de Moore (Sección X). Dijo que le complacía haber condensado sus numerosas observaciones de esa paradoja en una sección relativamente breve (tres páginas impresas).

La Paradoja de Moore es el nombre que daba Wittgenstein al absurdo de afirmar una proposición y a continuación decir que uno no se la cree; por ejemplo: «Hay fuego en esta habitación, pero yo no me lo creo.» El título Paradoja de Moore quizá no sea un nombre acertado: Wittgenstein creía, puede que erróneamente, que Moore había descubierto este tipo de absurdo. (De hecho, una vez le comentó a Malcolm que ese descubrimiento era lo único de la obra de Moore que le había impresionado.) El interés que Wittgenstein sentía por la Paradoja surge del hecho de que, aunque por lo general se considera que cualquiera que pronunciara esa frase incurre en una contradicción, no es una contradicción desde el punto de vista formal, es decir, las dos frases «Hay fuego en la habitación», y «RM no cree que haya fuego en la habitación» no se contradicen.

Wittgenstein se enteró por primera vez de la Paradoja en un ensayo que Moore leyó en el Club de Ciencia Moral en octubre de 1944. Inmediatamente escribió a Moore instándole a que publicara su «descubrimiento» y le explicó por qué lo consideraba tan importante:

> Has dicho algo acerca de la *lógica* del aserto. A saber: Tiene sentido decir: «Supongamos: p es el caso y yo no me creo que p es el caso», mientras que *no* tiene sentido afirmar: «no-p es el caso y yo no creo que p es el caso.» El *aserto* tiene que ser excluido y *es* excluido por el «sentido común», al igual que lo es la contradicción. Y esto simplemente muestra que la lógica no es tan simple como creen los lógicos. En concreto: que la contradicción no es *sólo* lo que la gente cree. No es la *única* forma lógicamente inadmisible, y es, bajo ciertas circunstancias, admisible. Y mostrar esto me parece el principal mérito de tu ensayo.

No era así tal como el propio Moore lo veía. Él se inclinaba a decir que, ya que la Paradoja no incurre en contradicción formal, era un absurdo por razones psicológicas más que lógicas. Wittgenstein rechazaba enérgicamente esta opinión:

> Si le pregunto a alguien: «¿Hay fuego en la habitación de al lado?» y me responde «Me temo que sí», yo no puedo decir: «No sea impertinente. ¡Le he preguntado si hay fuego, no por su estado de ánimo!»

Cualquier investigación en la que tenga y no tenga sentido afirmar algo era para Wittgenstein una parte de la lógica, y señalar que, en este sentido, «la lógica no es tan simple como creen los lógicos» era una de las principales preocupaciones de su investigación. Constituía un aspecto de la obra más reciente de Wittgenstein que había sido observado años atrás por Bertrand Russell, quien en su informe a la Junta del Trinity College en 1930 observó que las teorías de Wittgenstein eran «nuevas, muy originales e indudablemente importantes». Pero: «Si son ciertas o no, no lo sé. Como lógico a quien le gusta la simplicidad, me gustaría creer que no.»

La Paradoja de Moore interesaba a Wittgenstein como ilustración de que, contrariamente al deseo de simplicidad por parte del lógico, las formas de nuestro lenguaje no pueden apretarse para que quepan en las casillas que para ellas han creado las categorías de la lógica formal sin sufrir una distorsión. La afirmación: «Creo que hay fuego en la habitación de al lado» se utiliza para afirmar, aunque de manera vacilante, que hay fuego en la habitación de al lado; no se utiliza para afirmar un estado de ánimo. («No veas un aserto vacilante como un aserto de vacilación.») Esto lo distingue de las afirmaciones: «Creo que había fuego en la habitación de al lado»; y: «Él cree que hay fuego en la habitación de al lado», afirmaciones ambas que suelen tomarse normalmente como afirmaciones acerca de lo que la gente cree, y no como afirmaciones acerca del fuego. Este rasgo de la lógica de nuestro lenguaje nos impide construir la forma más práctica: «*x* cree/creyó *p*» y pensar que la forma permanece invariable sea cual sea el valor que le demos a *x* y a *p*: «Creo que hay fuego en la habitación de al lado» no es el mismo tipo de aserto que «Creía que había fuego en la habitación de al lado»:

> ¡Pero seguramente «yo creía» debe decir exactamente lo mismo del pasado que «yo creo» dice del presente! ¡Seguramente $\sqrt{-1}$ debe significar lo mismo en relación a -1 que $\sqrt{1}$ en relación a 1! ¡Nada en absoluto!

Si consideramos que la forma $\sqrt{x}$ tiene un solo significado, sea cual sea el valor de x, nos metemos en un laberinto sin salida cuando consideramos $\sqrt{-1}$. Pues, dadas nuestras reglas normales de multiplicación, la raíz cuadrada de menos uno no puede ser un número ni negativo ni positivo, y dentro del ámbito de los «números reales» no hay lugar para ella. Y aun así, $\sqrt{-1}$ tiene su utilidad: resulta un concepto esencial en muchas ramas de las matemáticas puras y aplicadas. Pero para darle un significado ha sido necesario construir diferentes significados para la palabra «multiplicación», «raíz cuadrada» e incluso «número», de manera que se dice que la raíz cuadrada de menos uno no es un número real, sino i, un «número imaginario» (o, como se le llama a veces, un «operador»). Una vez revi-

sado el sistema, $i^2 = -1$, la idea de la raíz cuadrada de menos uno no sólo deja de ser algo problemático, sino que se convierte en la base de toda la teoría de los «números complejos». Wittgenstein estaba interesado en la raíz cuadrada de menos uno exactamente por la misma razón que estaba interesado en la Paradoja de Moore: ilustra el hecho de que similitudes superficiales de forma pueden ocultar diferencias de significado muy importantes.

Esta última idea es uno de los temas principales del libro, y justifica la sugerencia de Wittgenstein a Drury de que quizá utilizara la frase del conde de Kent: «Os enseñaré a distinguir» como cita, y esto es particularmente evidente en el análisis de los conceptos psicológicos de la segunda parte de las *Investigaciones filosóficas*. Del mismo modo que deseaba mostrar que la lógica no es tan simple como creen los lógicos, también deseaba mostrar que los conceptos psicológicos y las frases en que se utilizan no son tan uniformes como desearían los psicólogos y los filósofos. En ambos casos el objetivo es desanimar el «anhelo de generalidad»: animar a la gente a que vaya con cuidado cuando piensa.

Por ejemplo, la cuestión: «¿Qué significa la frase "Tengo miedo"?» no tiene una sola respuesta que abarque todas las ocasiones en que la frase puede usarse. Pues, al igual que en el caso de las raíces cuadradas de uno y menos uno, las diferencias entre sus varios usos podrían ser tan importantes como sus semejanzas:

> Aquí podemos imaginar todo tipo de cosas, por ejemplo:
>
> «¡No, no! ¡Tengo miedo!»
> «Tengo miedo. Siento tener que confesarlo.»
> «Todavía tengo un poco de miedo, pero no tanto como antes.»
> «En el fondo tengo miedo, aunque no me lo confesaré.»
> «Me atormento con todo tipo de miedos.»
> «¡Ahora, justo cuando no debería tener miedo, lo tengo!»
>
> Para cada una de estas frases, existe un tono de voz apropiado y un contexto distinto. Sería posible imaginarse a gente que, digamos, pensara de modo mucho más preciso que nosotros, y utilizara palabras distintas allí donde nosotros sólo utilizamos una.

Para comprender lo que significa «Tengo miedo» en una ocasión concreta, habría que tener en cuenta el tono de voz y el contexto en que se pronuncia la frase. No hay razón para pensar que una teoría general del miedo fuera aquí de mucha más ayuda (todavía menos una teoría general del lenguaje). Más pertinente al caso sería una atenta y perspicaz sensibilidad ante las caras y voces de la gente y a las situaciones. Este tipo de sensibilidad sólo puede alcanzarse mediante la experiencia: mirando y escuchando atentamente a la gente que nos rodea. Una vez en que Wittgenstein y Drury paseaban juntos por el oeste de Irlanda, se encontraron con una niña de cinco años sentada delante de una casa de campo.

«Drury, mira la expresión que hay en la cara de esa niña», le rogó Wittgenstein, añadiendo: «No observas lo suficiente las caras de la gente; es un defecto que deberías procurar corregir.» Es un consejo que se halla implícitamente expresado en su filosofía de la psicología: «Todo proceso interno precisa de un criterio externo.» Pero este criterio externo merece una cuidadosa atención.

Lo que es «interior» no nos está oculto. Observar el comportamiento externo de alguien –si lo comprendemos– es observar su estado de ánimo. La comprensión que eso exige puede ser más o menos sutil. En un nivel básico: «Si veo a alguien retorciéndose de dolor por una causa evidente, no pensaré: a pesar de todo, sus sentimientos me están ocultos.» Pero en un nivel más profundo, algunas personas, incluso culturas enteras, serán siempre un enigma para nosotros:

> Es importante para nuestra manera de ver las cosas que alguien pueda tener la sensación de que, por lo que respecta a ciertas personas, la vida interior de éstas siempre le será un misterio. Que nunca las comprenderá. (Las mujeres inglesas a los ojos de los europeos.)

Esto se debe a que se carece de la experiencia común necesaria para interpretar la «imponderable evidencia», las «sutilidades de la mirada, del gesto y el tono». Esta idea queda resumida en uno de los aforismos más sorprendentes de Wittgenstein: «Si un león pudiese hablar, no le comprenderíamos.»

Las abstracciones y generalizaciones, las leyes y principios que resultan de teorizar pueden, en opinión de Wittgenstein, estorbar tan sólo nuestros intentos de comprender mejor esta «imponderable evidencia». Pero ¿cómo, en ausencia de la teoría, vamos a mejorar nuestro entendimiento, a profundizar en nuestra visión de las cosas?

Tomemos, por ejemplo, una de las distinciones más difíciles y más importantes con respecto a nuestra comprensión de las personas: la distinción entre la expresión verdadera y la expresión fingida de un sentimiento:

> ¿Se puede hacer una «peritación» de la sinceridad con que se ha expresado un sentimiento? Aun en este caso hay personas con «mejor» y «peor» capacidad de juicio.
>
> Del juicio hecho por un mejor conocedor de los hombres saldrán, por lo general, prognosis más correctas.
>
> ¿Puede aprenderse a conocer a los hombres? Sí; algunos pueden aprenderlo. Pero no tomando lecciones, sino a través de la *«experiencia»*. ¿Puede ser otro nuestro maestro en esto? Sin duda. De vez en cuando nos hace la *advertencia* acertada. Así son aquí «aprender» y «enseñar». Lo que se aprende no es una técnica; se aprende a hacer juicios correctos. También hay reglas, pero no constituyen un sistema, y sólo el experto puede aplicarlas correctamente. A diferencia de las reglas de cálculo.

Un ejemplo de un maestro así podría ser la figura del padre Zosima en *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski:

> Muchas personas decían que el anciano Zosima, al haber permitido durante muchos años que todo el mundo fuera a desnudarle su corazón y a suplicarle sus consejos y sus palabras lenitivas, había empapado su alma de tal manera en secretos, aflicciones y confesiones que al final había alcanzado una percepción tan sutil que era capaz de adivinar, al ver por primera vez la cara de un extraño, para qué había venido, qué quería y qué tipo de tormento corroía su conciencia.

Al describir al padre Zosima, Dostoievski describe aquí el ideal que tenía Wittgenstein de la percepción psicológica. Cuando, tras haber sido convencido por Wittgenstein de que leyera *Los hermanos Karamazov*, Drury le dijo que había encontrado muy impresionante la figura de Zosima, Wittgenstein le replicó: «Sí, realmente ha habido gente así, capaz de ver el interior de las almas de los demás y aconsejarles.»

Esas personas, sugiere Wittgenstein, tienen más que enseñarnos acerca de cómo comprendernos a nosotros mismos y a los demás que los métodos experimentales de la «ciencia» moderna de la psicología. Ello no se debe a que la ciencia esté poco desarrollada, sino a que los métodos que emplea son inapropiados para la tarea:

> La confusión y esterilidad de la psicología no se puede explicar por el hecho de que sea una «ciencia joven»; no se puede comparar su estado, por ejemplo, con el de la física en sus comienzos. (En todo caso, más bien con el de ciertas ramas de la matemática. Teoría de conjuntos.) En efecto, en psicología existen métodos experimentales y *confusión conceptual*. (Así como en el otro caso mencionado existe confusión conceptual y métodos de demostración.) La existencia del método experimental nos hace creer que ya disponemos de los medios para librarnos de los problemas que nos inquietan; cuando en realidad problemas y métodos pasan de largo sin encontrarse.

La segunda parte de las *Investigaciones filosóficas* acaba con la indicación de cómo podría haber continuado el segundo volumen del libro de Wittgenstein:

> Para la matemática es posible una investigación totalmente análoga a nuestra investigación en psicología. Es tan poco una investigación *matemática* como la otra lo es psicológica. En ella *no* se calcula, por lo cual no es, por ejemplo, logística. Podría merecer el nombre de una investigación de los «fundamentos de la matemática».

El 12 de julio acabó de dictar su texto, y se fue de Cambridge para pasar la semana que le quedaba antes de emprender su viaje a Estados Unidos

con Ben Richards en Uxbridge. A lo largo de los dos años que le quedaban de vida, aunque siguió escribiendo filosofía, no volvió a hacer ningún intento de reestructurar su libro. Por tanto, las *Investigaciones filosóficas* nos han llegado en el estado un tanto transitorio en que las abandonó en el verano de 1949.

26. UN CIUDADANO DE NINGUNA COMUNIDAD

Los dos últimos años de la vida de Wittgenstein poseen una cierta naturaleza de epílogo. La tarea de ordenar su libro para la publicación, aunque no completada, estaba ahora finalizada... al menos para él. Por entonces ya había aceptado el hecho de no publicar en vida su libro, la obra que había sido el centro de la misma durante veinte años. La labor de editarlo y procurar que se publicara póstumamente estaba en manos de otros. Y también su propia persona dependía ahora de los demás, situación en la que no se encontraba desde la Primera Guerra Mundial. No tenía ingresos ni casa propia, y se sentía muy poco atraído por la soledad y por la intransigente independencia que antes tanto anhelara. Pasó sus dos últimos años como huésped de sus amigos y discípulos: con Malcolm en Ithaca, con Von Wright en Cambridge y con Elizabeth Anscombe en Oxford.

Pero sus motivos para vivir con los demás no eran principalmente financieros. De hecho, no tenía ninguna necesidad financiera que le impulsara a ello: como le había dicho anteriormente a Malcolm, había ahorrado lo suficiente de su salario en Cambridge como para vivir dos años más. La necesidad de vivir con otras personas era en parte emocional y en parte física (estaba cada vez más enfermo y necesitado de atención), y también en parte intelectual. Mientras vivió, quiso vivir como un filósofo, y aunque ahora se sintiera imposibilitado para vivir solo y escribir, se veía capaz de discutir filosofía. De este modo nos encontramos con que, en un grado mucho mayor que hasta entonces, eran las ideas y problemas de otros los que le proporcionaban el estímulo necesario para sus pensamientos filosóficos. La obra que escribió en los dos últimos años, aunque en muchos aspectos forma una unidad con las *Investigaciones,* es bastante distinta; se dirige mucho más a la solución de los problemas de los demás. Posee el carácter que anteriormente había atribuido a toda su obra –la de clarificar la obra de los demás– y, mucho más que su obra restante, está escrita con el objetivo de ser útil. Es como si deseara recompensar la hospitalidad de sus anfitriones ofreciéndoles su posesión más apreciada: su talento filosófico.

En el intercambio de correspondencia con Malcolm que precedió a su visita a Estados Unidos, Wittgenstein insistió una y otra vez en la cuestión de si, al ir a Ithaca, le sería de alguna utilidad filosófica a Malcolm. «Mi mente está cansada Y rancia», le escribió en abril. «Creo que podría discutir de filosofía si tuviera a alguien con quien hacerlo, pero solo no puedo concentrarme.» Dos meses después escribió: «*Sé* que no me negarías tu hospitalidad aunque fuera *totalmente* pesado y estúpido, pero yo no querría ser un simple peso muerto en tu casa. Quiero sentir que al menos puedo corresponder *un poco* a tanta amabilidad.»

Zarpó el 21 de julio de 1949, cruzando el Atlántico en el *Queen Mary*. «Mi anemia está tan bien como si estuviera curada», escribió antes de zarpar, insistiendo en que no era necesario que Malcolm fuera a esperarle al muelle: «Quizá, al igual que en las películas, encuentre en el barco a una chica guapa y me ayude.» Malcolm, sin embargo, estaba allí para ayudarle, y se sorprendió al encontrarle aparentemente fuerte y en forma, «bajando la pasarela con paso firme, un bulto a la espalda, una pesada maleta en una mano, el bastón en la otra».

En algunos aspectos, los Malcolm le encontraron un huésped poco exigente. Insistía en comer pan y queso en todas las comidas, diciendo que no le importaba lo que comiera, mientras fuera siempre lo mismo.

Los Malcolm vivían a la entrada de una urbanización que había cerca de Ithaca, al pie de las colinas Cayuga, y Wittgenstein con frecuencia daba largos paseos por la campiña vecina. Se interesaba mucho por la flora de la zona, que le era poco familiar. Stuart Brown, un colega de Malcolm en la Cornell University, recuerda que, al menos en una ocasión, esa escasa familiaridad desembocó en una atónita incredulidad:

> Normalmente se negaba a que le llevaran en coche. Pero una tarde en que había empezado a llover me detuve para ofrecerme a llevarle a casa de los Malcolm. Aceptó agradecido, y una vez en el coche me pidió que identificara las vainas de semillas de una planta que había recogido. «Algodoncillo», le dije, y le señalé la savia blanca que da nombre a la planta. Entonces me pidió que le describiera las flores de la planta. Fracasé tan rotundamente en mi intento que al final detuve el coche junto a un campo de plantas ya altas, salí y cogí algunas para él, con flores y semillas. Su mirada fue, llena de asombro, de las flores a las vainas de semillas y de las vainas a las flores. De pronto las estrujó, las arrojó al suelo, fuera del coche, y las pisoteó. «¡Imposible!», dijo.

Brown formaba parte del grupo de filósofos de Cornell con quienes Wittgenstein se reunía para discutir. Los otros eran Max Black, Willis Doney, John Nelson y Oets Bouwsma. «Estoy haciendo un buen trabajo aquí», le diría en una carta a Roy Fouracre.[1] Dijo que pensaba con fre-

1. Fouracre había regresado finalmente de Sumatra en febrero de 1943, y desde entonces hasta la muerte de Wittgenstein continuaron siendo amigos, viéndose regularmente tanto en

cuencia en Fouracre: «en particular porque a menudo pensaba en regresar a mi antiguo empleo en el Guy o en un lugar parecido, aunque ahora soy un viejo lisiado que posiblemente ya no sería capaz de hacer el trabajo del dispensario». También a Malcolm le expresó cierta angustia en relación a lo que iba a hacer el resto de su vida: «Cuando una persona sólo tiene una cosa en el mundo –digamos un cierto talento–, ¿qué va a hacer cuando empieza a perder ese talento?»

Mientras tanto, en Cornell ese talento era muy apreciado y solicitado. Junto con Malcom asistió a un número sorprendentemente elevado de seminarios y discusiones. Organizaban reuniones regulares con Brown, Bouwsma y Black, en las que discutían de variados temas filosóficos, seminarios con Doney para leer el *Tractatus,* y reuniones con Bouwsma para discutir «Del sentido y la referencia» de Frege. También se veía con Nelson y Doney para tratar el problema de la memoria, ocasión que Nelson recordaría como «probablemente las dos horas filosóficamente más agotadoras que he pasado en mi vida»:

> Bajo la implacable presión a que te sometían las preguntas de Wittgenstein, mi mente se sentía casi como si fuera a estallar... No había cuartel... ni manera de eludir el tema cuando se volvía difícil. Me encontraba totalmente exhausto cuando concluíamos la discusión.

Las reacciones de Nelson eran típicas. Aunque los temas de las discusiones en general eran sugeridos por los demás, éstas eran normalmente dominadas por Wittgenstein, quien exigía de los participantes un grado de concentración y atento rigor al que no estaban acostumbrados. Tras una de estas discusiones, Bouwsma le preguntó a Wittgenstein si esas veladas no le quitaban el sueño. Él dijo que no. «Pero entonces», recuerda Bouwsma:

> ... añadió con la mayor seriedad y con el tipo de sonrisa que Dostoievski situaría en tal circunstancia: «No, pero le diré una cosa, creo que podría volverme loco.»

Aparte de Malcolm, Bouwsma era la persona con quien Wittgenstein pasaba más tiempo. Parecía ver en él esa seriedad que él consideraba esencial en un compañero de discusiones. Contrariamente a los demás, Bouwsma era de la misma edad que Wittgenstein. Había sido tutor de Malcolm en la Universidad de Nebraska, y Malcolm era uno de los estudiantes a quienes Bouwsma había animado a ir a Cambridge para estudiar con G. E. Moore. El propio Bouwsma había estado profundamente influido por la obra de Moore, y había abandonado su hegelianismo anterior

---

Londres como en Cambridge. Siempre que Wittgenstein estaba ausente le escribía a Fouracre con la misma regularidad que cuando éste estaba en el ejército. Se conservan cartas escritas desde Dublín, Viena y Oxford, y también desde Ithaca.

ante el impacto de las refutaciones del idealismo hechas por Moore. Posteriormente, a través de otro de sus estudiantes, Alice Ambrose, descubrió el *Cuaderno azul,* y lo estudió detalladamente.

Tras unos pocos encuentros en casa de Malcolm en compañía de los demás, Wittgenstein comenzó a verse a solas con Bouwsma. Fue entonces cuando tuvo lugar la conversación citada en primer lugar. Wittgenstein había ido a ver a Bouwsma principalmente para preguntarle si creía que su discusión le había hecho «algún bien»: ¿había sacado algo de ella? «Soy una persona muy vana», le dijo. «La conversación no fue buena. Puede que sí intelectualmente, pero no era ése el asunto... Mi vanidad, mi vanidad.» Discutió con Bouwsma las razones por las que había renunciado a su puesto en Cambridge:

> Primero, quería acabar mi libro... Segundo, ¿por qué debería enseñar? ¿Qué bien le hace a X escucharme? Sólo el hombre que piensa saca algún provecho de eso.

Hizo la salvedad de unos pocos estudiantes, «que poseen una cierta obsesión y son serios». Pero casi todos ellos acudían a él porque era inteligente, «y soy inteligente, pero eso no es importante».

Lo importante era que sus enseñanzas tuvieran un buen resultado, y en este aspecto, los estudiantes con quienes más satisfecho se sentía eran aquellos que no habían acabado siendo filósofos profesionales: Drury, por ejemplo, y Smythies, y aquellos que se habían hecho matemáticos. Por lo que se refiere a la filosofía profesional, creía que sus enseñanzas habían hecho más mal que bien. Las comparaba a las enseñanzas de Freud, las cuales, al igual que el vino, embriagaban a la gente. No sabían utilizar esas enseñanzas de una manera sobria. «¿Lo entiende?, preguntó. «Oh, sí», respondió Bouwsma. «Han encontrado una fórmula.» «Exactamente.»

Esa tarde, Bouwsma llevó a Wittgenstein en su coche hasta lo alto de una colina desde la que se veía toda la ciudad. Había luna. «Si de mí hubiera dependido», dijo Wittgenstein, «jamás hubiera hecho el sol.»

> ¡Vea! ¡Qué hermoso! El sol da demasiada luz y demasiado calor... Y si sólo existiera la luna no habría lectura ni escritura.

Además de las reuniones ya mencionadas, Wittgenstein tuvo bastantes charlas privadas con Malcolm. Son de especial interés porque proporcionan el estímulo primordial para la obra que Wittgenstein iba a escribir en los últimos dieciocho meses de su vida.

Había llevado a Ithaca copias de las dos partes de las *Investigaciones filosóficas,* para que él y Malcolm pudieran repasarlas juntos. Le dijo que, aunque el libro no estaba completamente acabado, no creía que pudiera llegar a darle ya el retoque final. Y aunque no quería llevarlo a un editor estando inacabado, quería que sus amigos lo leyeran y entendieran. Por tanto pensó en mimeografiarlo y distribuirlo entre sus amigos con expre-

siones como: «Esto no es muy acertado», o: «Esto es un camelo», escritas entre paréntesis tras las observaciones que requerían una revisión. A Malcolm no le gustaba el plan, y así se lo dijo a Wittgenstein; las copias mimeografiadas, pensaba, eran una forma de publicación poco adecuada a una obra de tal importancia.

Una alternativa que exigiría más tiempo era que Wittgestein repasara el libro párrafo por párrafo con cada uno de sus amigos por separado. Parece que en cierto modo lo intentó. Poco después de llegar a Ithaca, sugirió que él y Malcolm podían leer todo el libro de esta manera, al igual que habían empezado a hacerlo en Cambridge en 1946. De nuevo, sin embargo, Malcolm encontró el procedimiento demasiado limitado, y tras unas pocas sesiones el proyecto fue abandonado una vez más. En su lugar, comenzaron una serie de discusiones acerca de una cuestión filosófica que tenía una relación más inmediata con la propia obra de Malcolm.

El tema de estas discusiones era el intento de Moore de refutar el escepticismo filosófico en sus artículos «Prueba de un mundo externo» y «Defensa del sentido común». El escepticismo afirma que nada puede conocerse con certeza, ni siquiera lo que es externo. El artículo de Moore «Prueba de un mundo externo» comienza con un intento de probar que puede demostrarse con certeza que existen al menos algunos objetos externos, y pone el famoso ejemplo de sus propias manos:

> Ahora puedo probar, por ejemplo, que existen dos manos humanas. ¿Cómo? Levantando mis dos manos y diciendo, mientras hago un gesto con la mano derecha: «Aquí hay una mano», y añadiendo, mientras hago un gesto con la izquierda, «y aquí está la otra».

En «Defensa del sentido común», Moore ofrece una lista de creencias del sentido común, y de todas ellas afirma saber con certeza que son verdaderas. En ellas se incluyen: que existe un cuerpo, que es el cuerpo de Moore; que este cuerpo, a lo largo de toda su existencia, no ha estado lejos de la superficie de la tierra; que la tierra ha existido durante muchos años antes de que Moore naciera; etc.

No mucho antes de la visita de Wittgenstein, Malcolm había publicado un artículo criticando a Moore por utilizar el verbo «saber» de manera incorrecta en esas afirmaciones de conocimiento. Levantar una mano y decir: «Sé que esto es una mano», o señalar un árbol y decir: «Sé de cierto que esto es un árbol», es, mantenía Malcolm, un uso absurdo de la palabra «saber». Moore había escrito una vigorosa defensa de su uso de la palabra «saber» en una carta a Malcolm, y ahora Malcolm tenía la oportunidad de averiguar qué opinaba Wittgenstein del asunto; estaba decidido a no dejarla pasar.

Hablando con Malcolm, Wittgenstein insistió en que: «Una expresión sólo tiene significado en el flujo de la vida». De manera que el hecho de que las afirmaciones de Moore tengan sentido o no depende de si uno es capaz de imaginarse una ocasión en la que puedan utilizarse razonable-

mente: «Comprender una frase es conocer al menos uno de sus usos. Si no podemos pensar en alguna de sus utilizaciones, entonces no la comprendemos». De este modo:

> En lugar de decir que la frase de Moore: «Sé que esto es un árbol» es un mal uso del lenguaje, es mejor decir que no tiene un significado claro, y que el propio Moore no lo sabía cuando la estaba utilizando... Ni siquiera está claro para él que no le está dando un uso corriente.

Wittgenstein creía que podríamos imaginar usos corrientes para algunas afirmaciones de Moore con más facilidad que para otras: «No es difícil pensar en algún caso en que podamos utilizar la frase "Esto es una mano"; aunque es más difícil para "Sé que la tierra ha existido durante muchos años."»

Moore, naturalmente, no utilizaba estas frases de manera «corriente»; las utilizaba para hacer una afirmación filosófica. No estaba informando a los lectores de que tenía dos manos; intentaba refutar el escepticismo filosófico. En este punto Wittgenstein tenía muy claro que Moore había fracasado:

> Cuando los filósofos escépticos dicen: «No lo sabes» y Moore replica: «Lo sé», su réplica es bastante inútil, a menos que les asegure que él, Moore, no tiene ninguna duda. Pero no es ésa la cuestión.

La propia opinión de Wittgenstein acerca del escepticismo seguía siendo la que había expresado sucintamente en el *Tractatus*: «El escepticismo no es irrebatible, sino manifiestamente absurdo, cuando quiere dudar allí donde no puede preguntarse.» Y es en relación con esta opinión del escepticismo con la que veía algo filosóficamente interesante en las «proposiciones de sentido común» de Moore. No eran ejemplos de «un conocimiento cierto» de algo, sino, por contra, ejemplos de casos en los que la duda es absurda. Si pudiéramos dudar seriamente de que Moore tenía dos manos, no habría razón para no dudar de todo, incluida la fiabilidad de nuestros sentidos. Y en este caso, todo el sistema dentro del cual suscitamos dudas y las respondemos se derrumbaría: «Ciertas proposiciones pertenecen a mi "marco de referencia". Si yo renunciara a *ellas,* no podría juzgar *nada.*» Una proposición de éstas podría ser: «Eso es un árbol», dicho mientras se está de pie delante de un árbol:

> Si caminara hasta el árbol y no pudiera tocar nada, entonces podría perder la confianza en todo lo que mis sentidos me indican... Moore decía «Sé que hay un árbol», en parte debido a que si resultara que *no* hay un árbol, tendría que «abandonar».

La idea de que existen ciertos juicios (entre ellos, algunas de las afirmaciones de sentido común de Moore) que pertenecen a nuestro marco

de referencia, y de los que no se puede dudar razonablemente, fue desarrollada por Wittgenstein en la obra que escribió durante los dieciocho meses que le quedaban de vida y posteriores a su estancia en Estados Unidos.[1]

A principios del trimestre de otoño, Malcolm llevó a Wittgenstein a un encuentro de estudiantes de filosofía ya graduados de la Cornell University. Su presencia, ha recordado John Nelson, causó un tremendo impacto. «Justo antes de que comenzara la reunión», escribe Nelson, «Malcolm apareció por el pasillo»:

> Se apoyaba en su brazo un hombre delgado y viejo, vestido con una cazadora y unos viejos pantalones del ejército. Si no hubiera sido por su cara, llena de inteligencia, podía habérsele tomado por algún vagabundo que Malcolm había recogido en la carretera y decidido salvar del frío. ... Me incliné hacia Gass y le susurré: «Ése es Wittgenstein.» Gass pensó que yo estaba bromeando y dijo algo como: «Deja de tomarme el pelo.» Y entonces entraron Malcolm y Wittgenstein. [Gregory] Vlastos fue presentado, leyó su ensayo y finalizó. Black, que moderaba esa reunión, se puso en pie y se volvió hacia su derecha y quedó claro, para sorpresa de todos... que estaba a punto de dirigirse al viejo desharrapado que Malcolm había traído a la reunión. A continuación pronunció unas palabras asombrosas; Black dijo: «Me pregunto si sería tan amable, profesor Wittgenstein...» Bueno, cuando Black dijo «Wittgenstein», un sonoro murmullo surgió al instante de entre los presentes. Debéis recordar que «Wittgenstein» era un nombre misterioso y que imponía respeto en el mundo filosófico de 1949, y en particular en Cornell. El murmullo que surgió fue el mismo que habría surgido si Black hubiera dicho: «Me pregunto si sería tan amable, señor Platón...»

Poco después de esta reunión, Wittgenstein cayó enfermo y fue ingresado en un hospital para ser examinado. Ya había reservado su pasaje de vuelta a Inglaterra para octubre, y le daba miedo tener que quedarse en Estados Unidos a resultas de una operación. Tenía miedo de que, igual que a Mining, le descubrieran un cáncer, y de tener que quedarse postrado en la cama por el resto de su vida. Un día antes de entrar en el hospital, y presa de una gran excitación, le dijo a Malcolm:

> No quiero morir en América. Soy europeo... quiero morir en Europa.. Qué tonto me he vuelto.

Sin embargo, el examen médico no reveló nada serio, y durante las dos semanas siguientes se recobró lo suficiente como para regresar a In-

1. Esta obra se ha publicado con el título de *Sobre la certeza*.

glaterra tal como había planeado, llegando a Londres a finales de octubre. Su plan inicial era pasar unos días en Cambridge con Von Wright, y luego regresar al Hotel Ross de Dublín. Poco después de llegar a Londres, sin embargo, cayó enfermo otra vez, y hasta el 9 de noviembre no fue capaz de ir a Cambridge, todavía demasiado enfermo como para considerar el viaje a Dublín.

Drury le había dicho a Wittgenstein que si alguna vez necesitaba ver a un médico mientras estuviera en Cambridge acudiera a la consulta del doctor Edward Bevan. Drury había conocido a Bevan durante la guerra, en la que habían estado en la misma unidad del ejército, y se había quedado impresionado por su talento. Por casualidad, Bevan era el médico de cabecera de Von Wright. Así pues, poco después de su llegada a Cambridge, Wittgenstein fue examinado por el doctor Bevan. El diagnóstico final se le dijo el 25 de noviembre: cáncer de próstata.

A Wittgenstein no le afectó en lo más mínimo enterarse de que tenía cáncer. Lo que sí le asombró, sin embargo, fue que se pudiera hacer algo contra la enfermedad. El cáncer de próstata con frecuencia responde a un tratamiento hormonal; a Wittgenstein se le recetó estrógeno. Se le dijo que con la ayuda de la hormona podía esperar vivir otros seis años. «Siento que mi vida haya de ser prolongada de esta manera», le escribió a Rhees: «seis meses de esta medio-vida sería suficiente».

Unos pocos días después de enterarse de que tenía cáncer escribió a Helene, preguntándole si le parecería oportuno que fuera a Viena a estar en la casa familiar de la Alleegasse. «Mi salud es muy mala», le dijo, «y por tanto no puedo trabajar. En Viena espero encontrar paz... Me gustaría tener mi antigua habitación de la Alleegasse (con luz cenital)».

Aunque le advirtió que su salud era mala, y que tendría que pasarse parte del día en cama, no le dijo nada acerca de la naturaleza de la enfermedad. Estaba decidido a que su familia no supiera que tenía cáncer. Antes de marcharse a Viena escribió a Malcolm rogándole que no permitiera que nadie se enterara de su enfermedad: «Esto es de la mayor importancia para mí, pues tengo planeado ir a Viena en Navidad y no quiero que mi familia se entere de cuál es mi verdadera dolencia.»

El 24 de diciembre fue en avión a Viena, y se instaló en su antigua habitación de la Alleegasse. Con Hermine con cáncer y agonizando en la cama, y Wittgenstein exhibiendo en su rostro la inconfundible palidez de un hombre afectado por la misma enfermedad, es improbable que su familia no se imaginara cuál era la verdadera naturaleza de su mal. Sin embargo, Wittgenstein siguió intentando ocultarlo, y le envió un telegrama a Von Wright con el eufemístico mensaje: «LLEGADA A VIENA SALUD Y ÁNIMOS EXCELENTES COMUNÍCASELO A MIS AMIGOS.»

Durante los primeros meses de su estancia, Wittgenstein no escribió nada. Se permitió el lujo de llevar una vida cómoda, para lo cual la casa de su familia estaba admirablemente equipada. En la Alleegasse estaba bien cuidado y bien alimentado, e incluso entretenido. «Hasta ahora no he ido a ningún concierto», le escribió a Von Wright:

pero oigo mucha música. Un amigo mío [Rudolf Koder] toca el piano para mí (muy bien) y una de mis hermanas y él a veces tocan a dúo. El otro día tocaron dos cuartetos de cuerda de Schumann y una sonata de piano a cuatro manos de Mozart.

«Me siento muy feliz y me tratan *muy* bien», le escribió al doctor Bevan. Éste le había escrito hablándole de Ben, y obviamente le había comentado la timidez de este último. «No es tanto *tímido*», explicó Wittgenstein, «como *muy* reservado y *muy* reprimido, en particular antes de conocer *bien* a alguien»:

> Ojalá yo fuera capaz de comprender lo realmente importante que es el hecho de que Ben encuentre un trabajo en *Barts*. Él parece considerarlo importante. ¡Pero a mí me gustaría que pudiera salir de Londres! No tengo ni idea de si trabajar en Barts es bueno para él. Con esto *no* quiero decir que corra ningún peligro de volverse superficial, o esnob, ni nada de eso. No es ése el peligro. Pero me gustaría que pudiera estar con personas más sencillas y más amables, a las que pudiera abrirse, o se volverá más y más retraído.

En las cartas a su médico, Wittgenstein se explayaba un poco sobre su estado de salud. Era, tal como uno esperaría (especialmente en el invierno austríaco —«estamos a −15 °C, le dijo a Bevan), bastante precario:

> Hace poco cogí un resfriado bastante desagradable, acompañado de problemas estomacales; me temo que estuve a punto de tener que ir al médico y eso me preocupó mucho, pero se pasó solo y estoy casi como nuevo.

Naturalmente, sólo podía sentirse «como nuevo» en la medida en que fuera capaz de filosofar. «Los colores nos incitan a filosofar. Quizá eso explique la pasión de Goethe por la teoría de los colores», había escrito en 1948, y en enero de 1950 era exactamente con la intención de incitarse a sí mismo a filosofar con la que comenzó a leer la *Farbenlehre* (*Teoría de los colores*) de Goethe. «En parte resulta aburrida y repulsiva, pero en algunos aspectos es muy instructiva y filosóficamente interesante», le dijo a Von Wright. Su mérito principal, tal como se lo expresó a Malcolm, era que «me estimula a pensar».

Con el tiempo también le estimuló a escribir. Ha sobrevivido una breve serie de veinte observaciones inspiradas por la *Farbenlehre* de Goethe, presumiblemente escritas durante lo que fue la última visita de Wittgenstein a Viena. Ahora se han publicado como la segunda parte de *Sobre el color*.

En ellas Wittgenstein relacionan la teoría del color de Goethe, al igual que anteriormente había relacionado otras obras científicas de éste, con sus propias investigaciones filosóficas. Contrariamente al propio

Goethe, que veía su teoría como una afortunada refutación de la teoría óptica de Newton, Wittgenstein tenía claro que, fuera cual fuera el interés de la teoría, no era una aportación a la física. Se trataba más bien de una investigación *conceptual*. Desde el punto de vista de Wittgenstein, esto la hacía más interesante:

> Puede que encuentre interesante las cuestiones científicas, pero nunca han llegado a absorberme del todo. Eso sólo lo han conseguido las cuestiones conceptuales y estéticas. En el fondo soy indiferente a la solución de los problemas científicos; pero no a los del otro tipo.

Con toda seguridad, los estudios de Goethe, al igual que las investigaciones científicas, estaban basados en meticulosas observaciones, pero éstas no permitían elaborar leyes que explicaran nada. Sin embargo, a partir de ellas se podían clarificar ciertos conceptos. Tomemos, por ejemplo, la proposición: «Mezclar un color con el blanco rebaja la intensidad del color; pero no ocurre lo mismo si se mezcla con el amarillo.» ¿Qué tipo de proposición es ésta?

> Tal como yo lo veo, no puede ser una proposición de física. Aquí, la tentación de creer en una fenomenología, algo a medio camino entre la ciencia y la lógica, es muy grande.

No puede ser una proposición de física porque lo contrario no es falso, sino absurdo: «Si alguien se encontrara con que no es así, no sería porque hubiera experimentado lo contrario, sino porque nosotros no le comprendemos.» Por tanto, analizar esta proposición (y otras como ésta) no es clarificar una afirmación, ya sea física o fenomenológica; es clarificar ciertos conceptos («color», «intensidad del color», «blanco», etc.). Así,

> El análisis fenomenológico (tal como por ejemplo Goethe lo había aplicado) es un análisis de conceptos, y no puede estar de acuerdo ni en contradicción con la física.

El 11 de febrero murió Hermine. «Desde hace tres días esperábamos su fin», le escribió Wittgenstein a Von Wright al día siguiente. «No fue ningún golpe.»

Su salud, mientras tanto, seguía mejorando, y era capaz de verse con Elizabeth Anscombe (que se encontraba en Viena perfeccionando su alemán para traducir la obra de Wittgenstein) dos o tres veces por semana. Anscombe actuó como un estímulo más en sus intentos de recuperar su capacidad para el trabajo filosófico. En un encuentro de la Sociedad Universitaria Austríaca de Alpbach, Anscombe había conocido a Paul Feyerabend, que entonces era estudiante en la Universidad de Viena. Le prestó a Feyerabend los manuscritos de Wittgenstein y los discutió con él. Por

entonces Feyerabend era miembro del Círculo Kraft, un club informal de filosofía fundado por estudiantes universitarios insatisfechos con lo que se enseñaba en los cursos oficiales. Era exactamente el tipo de reunión informal en la que Wittgenstein se sentía capaz de discutir de filosofía en público, y con el tiempo se le convenció para que asistiera. Feyerabend recuerda:

> Wittgenstein, que tardó bastante en decidirse y que luego apareció una hora tarde, ofreció una actuación impresionante y pareció preferir nuestra irrespetuosa actitud a la servil admiración que encontraba en todas partes.

Esta sesión del Círculo Kraft es probablemente la única reunión pública de filósofos a la que Wittgenstein asistió mientras estuvo en Viena. Sus encuentros regulares con Anscombe, sin embargo, probablemente contribuyeron a «incitarle a filosofar». Además de las veinte observaciones acerca de la teoría del color de Goethe, existe también una serie de sesenta y cinco observaciones que prosiguen el tema de sus conversaciones con Malcolm. Éstas han sido publicadas con el título de *Sobre la certeza*. En ellas Wittgenstein insiste en que, al igual que la Paradoja de Moore, la «Defensa del sentido común» de Moore es una aportación a la lógica. Pues: «todo lo que es descriptivo en un juego de lenguaje pertenece a la lógica».

La línea de pensamiento que encontramos aquí nos recuerda de modo asombroso al *Tractatus* (tal como el propio Wittgenstein reconoce en *Sobre la certeza*). La idea es que, si lo contrario de una proposición tiene sentido, entonces el que esa proposición pueda verse como una hipótesis empírica es verdadero o falso dependiendo de la manera como las cosas ocurran en el mundo. Pero si lo contrario de esa proposición no tiene sentido, entonces la proposición no describe el mundo, sino nuestro sistema conceptual: forma parte de la lógica.

De este modo: «Existen los objetos físicos» no es una proposición empírica, pues su opuesto no es falso, sino incomprensible. Del mismo modo, si Moore levanta las dos manos y nuestra reacción es decir: «Las manos de Moore no existen», nuestra afirmación no puede considerarse falsa, sino ininteligible. Pero si esto es así, entonces estas «proposiciones de referencia» no describen un corpus de conocimiento; describen la manera en que comprendemos el mundo. En este caso, no tiene sentido afirmar, como hace Moore, que sabe con certeza que son verdaderas:

> Si concebimos «Yo sé, etc.» como una proposición gramatical es obvio que el «Yo» no puede ser importante. Lo que, en el fondo, quiere decir: «No hay, en este caso, ninguna duda», o «La expresión "No lo sé" carece aquí de sentido». Por supuesto, de ello se sigue que «Yo *sé*» tampoco tiene sentido.

Existe un paralelo importante entre estas observaciones acerca de Moore y las que se refieren a Goethe. En ambos casos, el interés de Wittgenstein es señalar que lo que parecen proposiciones de la experiencia deberían verse de hecho como proposiciones gramaticales, descriptivas no de nuestra experiencia, sino del marco de referencia dentro del cual puede describirse nuestra experiencia. En cierto modo, su discusión de ambas es la aplicación de una verdad general enunciada en sus *Investigaciones*:

> Si el lenguaje ha de ser un medio de comunicación, debe existir un acuerdo no sólo en las definiciones, sino también (por extraño que suene) en los juicios. Esto parece abolir la lógica, pero no es así.

Afirmaciones como: «Mezclar un color con el blanco rebaja la intensidad del color» y: «La tierra ha existido durante mucho tiempo» son ejemplos de tales juicios. Reconocerlas como tales no anula la lógica, sino que la expande considerablemente y la complica, de manera que llega a incluir dentro de sus dominios discusiones, por ejemplo, como la de la teoría de los colores de Goethe y la de la «Defensa del sentido común» de Moore.

Lo escrito en Viena no es más que el inicio de estas discusiones. Comparado con lo escrito en Dublín el año anterior, es algo bastante insípido. Carece de la aforística comprensión de esos textos, y no contiene las metáforas asombrosamente imaginativas que caracterizan lo mejor de Wittgenstein. Muestra, sin embargo, que a medida que la salud de Wittgenstein se recuperaba gradualmente, ocurría lo mismo con su capacidad para escribir filosofía.

Wittgenstein abandonó Viena el 23 de marzo y regresó a Londres, donde se quedó una semana en casa de la mujer de Rush Rhees, Jean, en Goldhurst Terrace. Escribió que estar de nuevo en Inglaterra era «lamentable». El orden que imperaba le parecía «repugnante». La gente parecía muerta; toda chispa de vida se había extinguido.

El 4 de abril volvió a la casa de Von Wright en Cambridge, y allí se encontró con que le aguardaba una invitación de la Universidad de Oxford para impartir un cursillo sobre John Locke durante 1950. Se trataba de una serie anual de prestigiosos y bien pagados cursillos que tradicionalmente impartían distinguidos filósofos visitantes. A pesar del interés financiero (le ofrecían 200 libras) la oferta no le tentó. Se le dijo que habría un público de más de doscientos estudiantes, y que no habría discusiones durante las conferencias. Ninguna de las dos condiciones podía ser menos de su agrado. Le dijo a Malcolm: «No creo que dar conferencias formales ante un público tan amplio sea de algún provecho.»

Preocupado porque el dinero de Wittgenstein se le acabara pronto, Malcolm se dirigió a la Fundación Rockefeller en su nombre. Le dijo a

Wittgenstein que había conseguido interesar al director de la fundación, Chadbourne Gilpatrick, en la posibilidad de concederle una beca de investigación. La gratitud de Wittgenstein estuvo atemperada por una valoración de sí mismo extraordinariamente honesta. Naturalmente había razones para aceptar la beca:

> La idea de vivir donde quiero, de no tener que ser una molestia para otros, de hacer filosofía cuando mi naturaleza me empuja a hacerlo, es desde luego agradable para mí, como lo sería para todo aquel que quiera hacer filosofía.

Pero, le dijo a Malcolm, no podía aceptar el dinero a menos que la Fundación Rockefeller «sepa toda la verdad sobre mí»:

> La verdad es ésta: a) No he podido hacer ningún trabajo bueno y sistemático desde principios de marzo de 1949. b) Incluso antes de esa fecha, no pude trabajar *bien* durante más de seis o siete meses al año. c) Con la edad, mis pensamientos pierden fuerza notablemente, cristalizan más raramente y me canso con mucha más facilidad. d) Mi salud es algo débil debido a una ligera y persistente anemia que me hace propenso a las infecciones. Esto, a su vez, disminuye las posibilidades de hacer un trabajo realmente bueno. e) Aunque me es imposible hacer predicciones definitivas, me parece probable que mi mente nunca vuelva a funcionar tan vigorosamente como, pongamos, hace catorce meses. f) No puedo prometer publicar nada durante mi vida.

Le pidió a Malcolm que le enseñara la carta a los directores de la fundación. «Obviamente es imposible aceptar una beca bajo falsas apariencias, y *podría* ser que tú, sin intención, hubieras presentado mi caso bajo una perspectiva demasiado halagüeña.» «Creo», añadía, «que mientras viva, y con la frecuencia que me permita mi estado mental, seguiré pensando en problemas filosóficos e intentaré escribir sobre ellos»:

> También creo que gran parte de lo que escribí en los últimos quince o veinte años puede ser de interés para la gente cuando se publique. Pero sin embargo es perfectamente posible que todo lo que voy a producir a partir de ahora sea flojo, sin inspiración ni interés.

Cuando ocho meses más tarde Gilpatrick le visitó, Wittgenstein le dijo: «en mi estado actual de salud y de embotamiento intelectual no puedo aceptar una beca».

Atribuyó su «embotamiento intelectual» en parte a los estrógenos que tomaba para aliviar los síntomas del cáncer. Mientras los tomaba le parecía muy difícil alcanzar la intensa concentración necesaria para escribir filosofía. «Trabajo algo», le dijo a Malcolm el 17 de abril, «pero me quedo atascado en cosas simples y casi todo lo que escribo es flojo.»

El trabajo en cuestión constituye la tercera parte de *Sobre el color*, y es una continuación de las observaciones sobre la *Farbenlehre* de Goethe que escribió en Viena. En algunos aspectos confirma lo que Wittgenstein decía de esas páginas: es un intento repetitivo y bastante fatigoso de clarificar la «lógica de los conceptos del color», en particular los conceptos de «color primario», «transparencia» y «luminosidad». La insatisfacción de Wittgenstein con estos textos es manifiesta: «Esto acerca de lo que escribo tan tediosamente puede que le resulte obvio a alguien cuya mente sea menos decrépita.» Sin embargo, contiene un rechazo maravillosamente sucinto de las observaciones de Goethe acerca de las características generales de diversos colores:

> El mismo tema musical posee un carácter diferente si se toca en una tonalidad mayor o menor, pero es completamente erróneo hablar del carácter de la tonalidad menor en general. (En Schubert, la tonalidad mayor con frecuencia suena más triste que la menor.)
>
> Y de este modo creo que no tiene ningún valor y no sirve de nada hablar de las características de los colores individuales a la hora de comprender la pintura. Cuando lo hacemos, realmente estamos pensando en usos especiales. Que el verde como color de un mantel tenga este efecto, y el rojo ese otro, no nos permite extraer ninguna conclusión de su efecto en un cuadro.
>
> Imaginemos a alguien señalando el iris de una cara de Rembrandt y diciendo: «La pared de mi habitación debe pintarse de este color».

Fue mientras estaba con los Von Wright, en abril de 1950, cuando se tomaron las últimas fotografías de Wittgenstein. Le muestran a él y a Von Wright sentados juntos en sillas plegables, ante una sábana. Este extraño decorado, como recuerda K. E. Tranøj (autor de las fotografías), fue idea del propio Wittgenstein:

> A finales de la primavera de 1950, fuimos a tomar el té con los Von Wright y salimos al jardín. Era un día soleado, y le pregunté a Wittgenstein si podía sacarle una foto. Dijo que sí, que podía, si le permitía sentarse de espaldas al objetivo. No puse ninguna objeción y fui a buscar la cámara. Mientras tanto, Wittgenstein había cambiado de opinión. Había decidido que le retratara al estilo de una fotografía de pasaporte, y Von Wright tenía que sentarse junto a él. De nuevo estuve de acuerdo, y Wittgenstein se fue a buscar la sábana de su cama; no aceptó el que Elizabeth Von Wright le diera una sábana limpia del armario. Wittgenstein extendió la sábana, colgándola delante de la terraza, y colocó dos sillas.

El 25 de abril, Wittgenstein se fue de Cambridge y se trasladó a la casa de Elizabeth Anscombe de St John Street, Oxford. «Me gusta estar con los Von Wright», le dijo a Malcolm, «pero los dos niños son alborotadores y necesito tranquilidad.» En casa de Anscombe ocupó una habitación en el

segundo piso: la planta baja estaba ocupada por Frank y Gillian Goodrich, y la primera por Barry Pink. Poco después de mudarse le dijo a Von Wright: «La casa no es muy ruidosa, pero tampoco muy tranquila. No sé si me quedaré. Los huéspedes parecen todos bastante agradables, e incluso uno de ellos es muy agradable.»

El «muy agradable» era Barry Pink, quien por entonces asistía a la facultad de filosofía y letras. Sus intereses eran muchos y variados: «Pink quiere sentarse en seis taburetes al mismo tiempo», comentó una vez Wittgenstein, «pero sólo tiene un culo.» Durante mucho tiempo, Pink había sido amigo de Yorick Smythies y, al igual que Smythies y Anscombe, se había convertido al catolicismo. Encontró en Wittgenstein a alguien dispuesto y capaz de conversar con él acerca de todo lo que le interesaba: arte, escultura, cantería, construcción de máquinas, etc.

Los dos paseaban juntos por Oxford, y durante una época se tuvieron bastante confianza. Podían discutir sus pensamientos, sentimientos y vidas respectivas con bastante franqueza. Discutían, por ejemplo, la tendencia a ocultar la verdadera naturaleza. En relación a esto, Pink le preguntó a Wittgenstein si creía que su obra como filósofo, incluso el hecho de que fuera filósofo, tenía algo que ver con su homosexualidad. Lo que estaba aquí implícito era que la obra de Wittgenstein como filósofo podría, en cierto modo, haber sido un dispositivo para ocultar su homosexualidad. Wittgenstein rechazó esa pregunta con cólera: «¡Desde luego que no!»

Wittgenstein planeaba pasar el verano en Noruega con Ben, quien estudiaba el último año de medicina en el Bart's de Londres. En julio, sin embargo, Ben suspendió su último examen, de modo que tuvo que quedarse todo el verano en Londres estudiando para la «repesca» de septiembre. Sus vacaciones quedaron pospuestas hasta otoño, y Wittgenstein se quedó en Oxford durante el verano, dedicándose a proseguir las observaciones sobre el color que había iniciado en Cambridge.

En el mismo cuaderno manuscrito donde se encuentran las observaciones sobre el color hay una serie de comentarios sobre Shakespeare, que han sido publicados en *Observaciones*. Hacía tiempo que a Wittgenstein le preocupaba su incapacidad para apreciar la grandeza de Shakespeare. En 1946, por ejemplo, había escrito:

> Es extraordinario lo difícil que nos resulta creer algo cuya verdad no vemos por nosotros mismos. Cuando, por ejemplo, oigo las expresiones de admiración hacia Shakespeare manifestadas por hombres distinguidos a lo largo de varios siglos, no puedo desembarazarme de la sospecha de que alabarle ha sido siempre lo convencional; aunque tenga que decirme a mí mismo que no es así. Hace falta la autoridad de Milton para convencerme. Doy por sentado que él era incorruptible. Pero, naturalmente, con esto no quiero decir que no crea que una gran parte de los elogios que se han prodigado, y todavía se prodigan, a Shakespeare se le hayan dedicado sin comprenderle y por razones equívocas por parte de miles de profesores de literatura.

Una de las dificultades que tenía a la hora de aceptar a Shakespeare como un gran poeta era que le desagradaban muchas de sus metáforas y símiles: «Los símiles de Shakespeare son, *en un sentido ordinario,* malos. De manera que si no son todos igual de buenos –y no sé si lo son o no– debe de existir una ley para ellos.» Un ejemplo que discutía con Ben era la utilización de un rastrillo como metáfora para los dientes en el monólogo de Mowbray en *Ricardo II*: «Dentro de mi boca habéis encerrado mi lengua/ Doble rastrillo con mis dientes y labios.»

Una dificultad más global era la aversión de Wittgenstein hacia la cultura inglesa en general: «Creo que si uno quiere disfrutar de un escritor debe gustarle la cultura a que pertenece. Si a uno le es indiferente o desagradable, la propia admiración se enfría.» Esto no impedía que Wittgenstein admirara a Blake o a Dickens. La diferencia es que, en Shakespeare, Wittgenstein no podía ver a un escritor al que admirara como ser humano.

> Sólo podría quedarme asombrado ante Shakespeare; nunca hacer nada con él...
>
> «El gran corazón de Beethoven»..., nadie podría hablar del «gran corazón de Shakespeare»...
>
> No creo que Shakespeare hubiera sido capaz de reflexionar sobre el «destino del poeta».
>
> Tampoco puedo verle como un profeta ni como un maestro para la humanidad.
>
> La gente se lo queda mirando asombrada, casi como si fuera un espectacular fenómeno natural. No tienen la sensación de que tal cosa les ponga en contacto con un gran *ser humano.* Más bien con un fenómeno.

En Dickens, por otra parte, Wittgenstein hallaba a un escritor inglés al que podía respetar por su «buen arte universal», en el sentido tolstoiano de que su arte es inteligible para cualquiera, y que se adhiere a las virtudes cristianas. Cuando Fouracre volvió de Sumatra, Wittgenstein, como regalo un tanto tardío de Navidad, le dio una edición de bolsillo de *Un cuento de Navidad,* encuadernado en cuero verde y forrado de alegres pegatinas de «Feliz Navidad». Naturalmente, la elección del libro es significativa. F. R. Leavis recuerda que Wittgenstein se sabía *Un cuento de Navidad* prácticamente de memoria, y que el libro, de hecho, aparece en el tratado de Tolstói titulado *¿Qué es el arte?*, incluido en la más alta categoría artística, la «que fluye desde el amor de Dios». De este modo se trata de un regalo muy apropiado, dentro del contexto de una amistad que sobresale en la vida de Wittgenstein como un raro ejemplo de su respeto tolstoiano por «el hombre común», ejemplificado en el sencillo y franco afecto por un trabajador corriente.

A finales de verano de 1950, Wittgenstein reanudó sus observaciones

sobre la significación filosófica de las «proposiciones de sentido común» de Moore. Éstas constituyen ahora las observaciones 65-299 de *Sobre la certeza*. En ellas Wittgenstein elabora la idea de que las afirmaciones de Moore tienen la peculiaridad de que su negación no es sólo falsa, sino incomprensible:

> Si Moore expresara lo contrario de aquellas proposiciones que declara ciertas, no sólo no compartiríamos su opinión, sino que le tomaríamos por loco.

De este modo: «Si doy como ciertas afirmaciones falsas, es incierto que las comprenda.» Moore nos da ejemplos de tales afirmaciones. Otro ejemplo podría ser el saber dónde vive uno:

> He vivido durante meses en la dirección A, he leído el nombre de la calle y el número de la casa innumerables veces, he recibido innumerables cartas y he dado esta dirección a innumerables personas. Si me equivoco al respecto, mi error será sólo un poco menos grave que si creyera (falsamente) que escribía en chino y no en alemán.
>
> Si un buen día un amigo mío imaginara que había vivido durante largo tiempo en tal y tal lugar, etc., etc., yo no lo consideraría un *error*, sino una perturbación mental, quizá transitoria.

Un error se vuelve, para nosotros, una perturbación mental cuando contradice no sólo esta o esa proposición que consideramos verdadera, sino todo el marco de referencia que da sentido a nuestras creencias. La única ocasión en que Wittgenstein considera que Moore podría afirmar con propiedad: «Sé que no he abandonado la superficie de la tierra» sería aquella en que se encontrara delante de ciertas personas que actuaran dentro de un marco de referencia totalmente distinto.

> Podría imaginarme a Moore capturado por una tribu de salvajes, y que éstos mostraran sus sospechas de que procedía de algún lugar situado entre la Tierra y la Luna. Moore les dice que sabe que, etc, etc, pero no es capaz de fundamentar su seguridad, dado que tienen ideas fantásticas sobre la capacidad de volar de los hombres y no saben nada de física. Ésta sería una buena ocasión para hacer aquel enunciado.

Pero este ejemplo indica que un marco de referencia distinto no es necesariamente una prueba de locura. En 1950 era absurdo suponer que alguien podría salir al espacio exterior y volver a la tierra. Ahora nos hemos acostumbrado a esa idea. Los marcos de referencia cambian, tanto dentro de diferentes culturas como dentro de la misma cultura en épocas distintas.

Esto, de todos modos, no es un argumento en contra de Wittgenstein. Por el contrario, pone énfasis en que un marco de referencia no puede

justificarse ni probarse que sea correcto; proporciona los límites dentro de los cuales tienen lugar la justificación y la demostración.

> Todo lo que he visto u oído me confirma que nunca persona alguna se ha alejado mucho de la tierra. En mi imagen del mundo, nada habla a favor de lo contrario.
>
> Pero no tengo mi imagen del mundo porque me haya convencido de que sea la correcta; ni tampoco porque esté convencido de su corrección. Por el contrario, se trata del trasfondo que me viene dado y a partir del cual distingo lo verdadero de lo falso.

Los marcos de referencia cambian: lo que una vez fue rechazado como absurdo puede ser aceptado ahora; certezas sólidas e inamovibles se desmoronan y son abandonadas. Sin embargo, para que las cosas tuvieran sentido era necesario algún marco de referencia, y, dado éste, tiene que haber una distinción entre las proposiciones que, utilizando ese marco de referencia, describen el mundo y aquellas que describen el propio marco de referencia, aunque esta distinción no permanezca siempre fija en el mismo lugar.

> ... el lecho del río de los pensamientos puede desplazarse. Pero distingo entre la agitación del agua en el lecho del río y el desplazamiento de este último, por mucho que no haya distinción precisa entre una cosa y otra.

Sin embargo, no tenemos por qué considerar tribus salvajes imaginarias para encontrar ejemplos de gente cuya imagen del mundo es fundamentalmente distinta a la nuestra:

> Sí, creo que todos tenemos dos progenitores humanos; sin embargo, los católicos creen que Jesús sólo tuvo una madre humana. Y otros podrían creer, ignorando toda la evidencia en contra, que hay hombres que no tienen padres. Los católicos creen que una oblea, en circunstancias determinadas, cambia completamente de naturaleza, y, al mismo tiempo, también creen que todas las pruebas contradicen ese hecho. Por lo tanto, si Moore dijera: «Sé que esto es vino y no sangre», los católicos le llevarían la contraria.

Esta observación fue provocada posiblemente por una conversación acerca de la transubstanciación, que Wittgenstein mantuvo con Anscombe en esa época. Parece ser que le sorprendía oírle decir a Anscombe que realmente era una creencia católica el que «en ciertas circunstancias una oblea cambia completamente de naturaleza». Presumiblemente, es un ejemplo de lo que tenía en mente cuando le comentó a Malcolm acerca de Anscombe y Smythies: «Posiblemente yo no podría llegar a creer todo lo que ellos creen.» Tales creencias no encontraban

cabida en su propia imagen del mundo. Su respeto por el catolicismo, sin embargo, le impedía verlas como errores o como «trastornos mentales pasajeros».

«Tengo una imagen del mundo. ¿Es verdadera o falsa? Ante todo, es el sustrato de todas mis investigaciones y afirmaciones.» No hay razón por la que una fe religiosa no pueda proporcionar este sustrato, ni por la que unas creencias religiosas no puedan ser parte del «trasfondo que me viene dado y a partir del cual distingo lo verdadero de lo falso». Pero para esto puede que sea necesaria una instrucción y educación ciento por ciento religiosa: «Quizá uno podría "convencer a alguien de que Dios existe" por medio de una determinada educación, conformando su vida de esta y esa manera.»

Pero ¿cómo podemos comprender una creencia religiosa cuando falta esa educación? Parece ser que Wittgenstein creía que, en algunos casos (el suyo, por ejemplo), la vida podía llevar a algunas personas hacia el concepto de Dios:

> La vida puede educarnos para creer en Dios. Y también actúan así las experiencias; pero no quiero decir que sean las visiones y otras formas de experiencias las que nos muestran la «existencia de este ser», sino por ejemplo distintos tipos de sufrimiento. Y no nos muestran a Dios como un objeto, ni nos permiten conjeturar acerca de él. Experiencias, pensamientos; la vida puede llevarnos a este concepto.
>
> Entonces es quizá similar al concepto de «objeto».

Naturalmente, en este caso, la forma que toma esta fe no tiene nada que ver con la aceptación o la comprensión de las doctrinas católicas de la Concepción de la Virgen o de la transubstanciación. Por contra, nos lleva hacia una determinada actitud:

> La actitud en cuestión toma en serio un determinado asunto, y luego, más allá de cierto punto, ya no lo considero serio, sino que mantiene que otra cosa es más importante.
>
> Así que alguien, por ejemplo, podría decir que es un asunto muy serio el que tal y tal persona hayan muerto antes de completar cierta obra; y aun así, en otro sentido, eso no importa nada. En este punto uno utiliza las palabras «en un sentido más profundo». De hecho, me gustaría decir que en este caso *también* las palabras que pronuncias o las que crees que pronuncias no son lo que importa, sino cómo cambia su sentido en distintas etapas de tu vida. ¿Cómo sé que dos personas quieren decir lo mismo cuando dicen que creen en Dios? Y lo mismo por lo que se refiere a la creencia en la Trinidad. Una teología que insiste en el uso de *ciertas* palabras y frases *concretas,* y proscribe otras, no aclara nada (Karl Barth). Uno podría decir que gesticula con las palabras, porque quiere decir algo y no sabe cómo expresarlo. *La práctica* es lo que da sentido a las palabras.

El ejemplo de Wittgenstein en el segundo párrafo no es, naturalmente, arbitrario. Pero si, como queda implícito, el que acabe las *Investigaciones filosóficas* antes de morir no es lo que importa, entonces ¿qué es esa «otra cosa» que, «en un sentido más profundo», es aún más importante?

La respuesta parece ser: su reconciliación con Dios. En otoño, Wittgenstein le pidió a Anscombe que le presentara a un sacerdote «no filosófico». No quería discutir los puntos más sutiles de la doctrina cristiana; quería conocer a alguien cuyas creencias religiosas hubieran cambiado su vida. Le presentó al padre Conrad, el sacerdote dominico que había instruido a Smythies durante su conversión al catolicismo. Conrad fue dos veces a casa de Anscombe para hablar con Wittgenstein. «Él quería», recuerda Conrad, «hablar con un sacerdote en cuanto que sacerdote, y no deseaba discutir problemas filosóficos»:

> Sabía que estaba muy enfermo, y quería hablar acerca de Dios, creo que con la perspectiva de regresar completamente a su religión, pero de hecho creo que sólo tuvimos dos conversaciones acerca de Dios y del alma, y en términos bastantes generales.

Anscombe, sin embargo, duda que Wittgenstein quisiera ver a Conrad «con la perspectiva de regresar completamente a su religión», si por eso Conrad se refería a que Wittgenstein quería regresar a la Iglesia católica. Y, dadas las afirmaciones explícitas de éste en el sentido de que sería incapaz de creer ciertas doctrinas de la Iglesia católica, parece razonable aceptar las dudas de Anscombe.

En septiembre Ben aprobó el examen final de repesca, lo que le permitió unirse a Wittgenstein para emprender su pospuesto viaje a Noruega. En la primera semana de octubre, por tanto, emprendieron el largo y difícil viaje a la remota cabaña de Wittgenstein junto al fiordo Sogne.

Viajar tan al norte en esa época del año podría haberse considerado un riesgo temerario por parte de Wittgenstein, dado su precario estado de salud. Sin embargo, fue la salud de Ben la que quedó afectada por el frío. Tras haber estado un breve tiempo en Noruega contrajo una bronquitis y tuvo que ser trasladado de la cabaña de Wittgenstein hasta una clínica cercana. Luego los dos se trasladaron a la granja de Anna Rebni, donde pasaron lo que les quedaba de vacaciones.

Ben llevaba con él un ejemplar de la reciente traducción hecha por J. J. Austin de los *Fundamentos de aritmética* de Frege, y mientras estaban en Noruega, él y Wittgenstein pasaron mucho tiempo leyendo y discutiendo la obra de Frege. Wittgenstein comenzó a pensar que después de todo podría ser capaz de vivir de nuevo solo en Noruega y trabajar en filosofía.

A su regreso a Oxford le escribió a Von Wright que, a pesar de la enfermedad de Ben, «disfrutamos enormemente de nuestra estancia»:

El tiempo fue excelente en todo momento, y estuvimos rodeados de la mayor amabilidad. En ese momento decidí que debía regresar a Noruega para trabajar allí. Aquí no tengo verdadera tranquilidad. Si todo va bien, el 30 de diciembre volveré a zarpar hacia Skjolden. No creo que pueda quedarme en mi cabaña, pues el trabajo físico que tengo que hacer es demasiado pesado para mí, pero una vieja amiga me ha dicho que podría quedarme en su granja. Naturalmente no sé si volveré a ser capaz de crear alguna obra decente, pero al menos voy a concederme una verdadera oportunidad. Si no puedo trabajar allí, entonces no puedo trabajar en ninguna parte.

Incluso reservó pasaje en un vapor que debía zarpar de Newcastle a Bergen el 30 de diciembre. Poco antes de Navidad, sin embargo, Anna Rebni le dijo que no podía alojarle. En cualquier caso, Wittgenstein no se hallaba en condiciones de hacer el viaje. Antes de su proyectado viaje a Noruega, fue a ver al doctor Bevan para que le hiciera un reconocimiento, y mientras estaba en casa de éste cayó enfermo y tuvo que permanecer allí todas las Navidades. Sin embargo, nada de esto le hizo desistir de su plan, y después de las vacaciones de Navidad escribió a Arne Bolstad, otro amigo de Noruega, preguntándole si sabía de algún lugar adecuado en el que pudiera vivir y trabajar aislado. Este intento también resultó infructuoso.

Frustrados sus planes de ir a Noruega, Wittgenstein probó otro de sus refugios favoritos: un monasterio. El padre Conrad lo dispuso todo para que Wittgenstein se instalara en un convento de dominicos, en los Midlands, donde podría vivir como un hermano, haciendo quehaceres domésticos, tales como fregar los platos, y, lo más importante, donde podría estar solo.

En enero de 1951, sin embargo, la salud de Wittgenstein dio al traste con todos estos planes. Necesitaba una constante atención médica. A medida que su estado empeoraba, tenía que desplazarse a Cambridge cada vez con más frecuencia para ver al doctor Bevan. Además de las hormonas que tomaba, se le aplicó un tratamiento con rayos X en el Hospital Addenbrooke.

Sentía un profundo horror ante la idea de morir en un hospital inglés, pero Bevan le prometió que, si era necesario, podía quedarse en su casa y pasar allí sus últimos días. A principios de febrero Wittgenstein decidió aceptar su oferta, de modo que se trasladó a Cambridge, para morir en casa de Bevan: «Storeys End».

27. STOREYS END

Wittgenstein llegó a casa de Bevan resignado ante el hecho de que ya no volvería a trabajar. No había escrito nada desde su visita a Noruega, y ahora que se veía obligado a abandonar la idea de vivir y trabajar en la ladera del fiordo Sogne, su único deseo era que estos últimos e improductivos meses de su vida fueran los menos posibles. «En este momento ni siquiera puedo *pensar* en trabajar», le escribió a Malcolm, «y eso no importa, ¡ojalá no viva demasiado!»

Al principio, Mrs. Bevan estaba un poco amedrentada por Wittgenstein, especialmente después de su primer encuentro, que constituyó una terrible experiencia para ella. Antes de que Wittgenstein se trasladara a su casa, el doctor Bevan le invitó a cenar para presentarle a su mujer. Su marido ya le había advertido que a Wittgenstein no le gustaba la cháchara, y que debía tener cuidado de no decir nada sin pensar. Jugando sobre seguro, ella permaneció en silencio la mayor parte de la velada. Pero cuando Wittgenstein mencionó su visita a Ithaca, ella le interrumpió alegremente: «¡Qué suerte para usted haber estado en América!» En seguida se dio cuenta de que había metido la pata. Wittgenstein la miró fijamente: «¿Qué quiere decir con que he tenido *suerte*?»

Cuando Wittgenstein llevaba allí unos pocos días, sin embargo, ella comenzó a relajarse en su compañía, y con el tiempo se hicieron buenos amigos. Tampoco es que él fuera un huésped particularmente cómodo:

> Era muy exigente e inflexible, aunque sus gustos eran muy sencillos. Quedaba *entendido* que su baño estaría a punto, sus comidas a la hora y que los acontecimientos cotidianos seguirían un curso regular.

También quedaba entendido que Wittgenstein no pagaría nada mientras estuviera allí: ni siquiera los artículos apuntados en las listas de la compra que dejaba sobre la mesa para que Mrs. Bevan las recogiera cuando saliera a la calle. Estos artículos incluían comida y libros, y, naturalmente, cada mes, la *Detective Story Magazine* de Street & Smith.

Cuando se hicieron amigos, Wittgenstein y Mrs. Bevan iban andando hasta el pub local a las seis de la tarde como parte de la rutina diaria. Mrs. Bevan recuerda: «Siempre pedíamos dos oportos, uno me lo bebía yo y el

otro él lo derramaba muy divertido sobre una aspidistra: ése fue el único acto deshonesto que le vi hacer.» La conversación con Wittgenstein, a pesar de su primera experiencia con él, era sorprendentemente fácil: «Resultaba extraordinario que jamás discutiera ni intentara discutir conmigo temas que yo no comprendía, de manera que en nuestra relación jamás me sentí inferior o ignorante.» Esto no quiere decir, sin embargo, que el significado de todas las observaciones de Wittgenstein le fuera transparente; quizá la más aforística fue la referente a Peter Geach, el marido de Elizabeth Anscombe. Cuando Mrs. Bevan le preguntó a Wittgenstein cómo era Geach, él replicó solemnemente: «Lee a Somerset Maugham.»

En febrero, Wittgenstein le escribió a Fouracre:

> He estado algún tiempo enfermo, unas seis semanas, y tuve que pasar todo el día en cama. No sé cuándo volveré a Londres. Si no tengo oportunidad te lo haré saber y podrías visitarme algún domingo.

No le dice a Fouracre que tiene cáncer, y como su estado empeoró rápidamente poco después de escribirle la carta, es improbable que Wittgenstein volviera a encontrarse con Fouracre en Londres. Pero el solo hecho de que lo insinuara en ese estado ilustra lo importantes que eran para él sus encuentros con ese antiguo colega del Guy.

A final de febrero se decidió que ya no tenía sentido seguir administrándole hormonas y rayos X. Esto, incluso cuando fue acompañado de la noticia de que no esperara vivir más de unos pocos meses, le fue de enorme alivio. Le dijo a Mrs. Bevan: «Ahora voy a trabajar como nunca he trabajado en mi vida.» Lo extraordinario es que tenía razón. Durante los dos meses que le quedaban de vida Wittgenstein escribió más de la mitad (los párrafos numerados del 300 al 676) de las observaciones que ahora constituyen *Sobre la certeza*, y al hacerlo produjo lo que muchas personas consideran el texto más lúcido de toda su obra.

La obra retoma el hilo de la anterior discusión de Wittgenstein acerca de la «Defensa del sentido común» de Moore, explora los temas con mucha mayor profundidad y expresa las ideas de una manera mucho más clara y sucinta que hasta entonces. Incluso cuando se reprende por su falta de concentración, lo hace con un símil divertidamente apropiado: «Filosofo ahora como una vieja que lo pierde todo continuamente y ha de buscarlo a cada momento: primero las gafas, después las llaves...». A pesar de ello, no tenía ninguna duda de que lo que estaba escribiendo sería de interés: «Creo que la lectura de mis notas podría interesar a un filósofo que fuera capaz de pensar por sí mismo. Puesto que, aunque sólo rara vez haya dado en el blanco, podrá reconocer el objetivo que siempre he tenido presente.»

El objetivo que tenía presente era el punto a partir del cual la duda se vuelve absurda: un objetivo contra el que Moore, en su opinión, había

lanzado un disparo inexacto. No podemos dudar de todo, y esto es cierto no sólo por razones prácticas, como el tener poco tiempo o tener cosas mejores que hacer; es cierto por la razón lógica e intrínseca de que: «Una duda sin término no es ni siquiera una duda.» Pero no alcanzamos ese término con afirmaciones que empiezan «Sé...». Tales afirmaciones tienen un uso solamente en el «flujo de la vida»; fuera de él, se nos aparecen como absurdas:

> Estoy sentado con un filósofo en un jardín; él dice repetidamente: «Sé que esto es un árbol» mientras señala un árbol junto a nosotros. Una tercera persona se nos acerca y le escucha; yo le digo: «Este hombre no está trastornado. Tan sólo filosofamos.»

Llegamos al término de la duda en la práctica: «Los niños no aprenden que los libros existen, que las butacas existen, etc., etc., aprenden a coger los libros, a sentarse en las butacas, etc. etc.» Dudar es una práctica bastante especial, que sólo puede aprenderse tras adquirir una abundante conducta de no-dudar: «Conducta de duda y conducta de no-duda. Sólo se da la primera si se da la segunda.» El avance de estas observaciones consiste en alejar la atención de los filósofos de las palabras, de las frases, y concentrarla sobre las ocasiones en que las utilizamos, en los contextos que les dan su sentido:

> En último término, ¿no me inclino cada vez más a decir que la lógica no puede ser descrita? Es preciso tomar en consideración la práctica del lenguaje, entonces puede verse.

Su actitud la resume el verso de Goethe en Fausto: *«Im Anfang war die Tat»* («En el principio fue la acción»), que cita con aprobación y que, con cierta justificación, podría considerarse el lema de *Sobre la certeza*, y, de hecho, de toda la última filosofía de Wittgenstein.

La última observación de *Sobre la certeza* fue escrita el 27 de abril, el día antes de que Wittgenstein perdiera por fin la conciencia. El día anterior había sido su sesenta y dos cumpleaños. Sabía que sería el último. Cuando Mrs. Bevan le regaló una manta eléctrica, diciendo, mientras se la ofrecía: «Que cumpla muchos más», él la miró con dureza y replicó: «No cumpliré ninguno más.» A la noche siguiente, después de que él y Mrs. Bevan regresaran de su paseo nocturno al pub, se puso muy enfermo. Cuando el doctor Bevan le dijo que sólo viviría unos pocos días más, exclamó: «¡Bien!» Mrs. Bevan se quedó con él la noche del 28, y le dijo que sus amigos más íntimos de Inglaterra llegarían al día siguiente. Antes de perder la conciencia, le dijo a Mrs. Bevan: «Dígales que mi vida fue maravillosa.»

Al día siguiente, Ben, Anscombe, Smythies y Drury se reunieron en casa de Bevan para estar con Wittgenstein en su lecho de muerte. Smy-

thies trajo con él al padre Conrad, pero nadie decidía si Conrad debía decir el oficio usual para los agonizantes y darle la extremaunción, hasta que Drury recordó el comentario hecho por Wittgenstein de que esperaba que sus amigos católicos rezaran por él. Esto decidió la cuestión, y todos fueron a la habitación de Wittgenstein y se arrodillaron mientras Conrad recitaba las plegarias pertinentes. Poco después, el doctor Bevan le declaró muerto.

A la mañana siguiente se le enterró según la religión católica en la iglesia de St. Giles de Cambridge. Esa decisión también fue instigada por un recuerdo de Drury. Les dijo a los demás:

> Recuerdo que Wittgenstein me habló una vez de un incidente de la vida de Tolstói. Cuando murió el hermano de éste, Tolstói, que era un crítico severo de la Iglesia ortodoxa rusa, envió a buscar al párroco e hizo enterrar a su hermano según el rito ortodoxo. «Eso», dijo Wittgenstein, «es lo que yo habría hecho en un caso similar.»

Cuando Drury mencionó esto, todo el mundo estuvo de acuerdo en que un cura dijera las acostumbradas oraciones católicas junto a su tumba, aunque Drury admite: «Desde entonces me ha inquietado la idea de si hicimos lo correcto.» Drury no se explaya en ello, pero la inquietud surge quizá de si ese relato acerca de Tolstói era pertinente a la ocasión. Pues el sentido del relato es que Tolstói, aunque no era miembro de la Iglesia ortodoxa, tuvo la sensibilidad de respetar la fe de su hermano. Pero en el caso de Wittgenstein ocurre lo contrario: eran Anscombe y Smythies, y no él, quienes pertenecían a la fe católica.

Wittgenstein no era católico. En bastantes ocasiones, tanto en escritos como en conversaciones, dijo que él no podría llegar a creer lo que creen los católicos. Y más importante, tampoco era católico practicante. Y aun con todo no parece desacertada esa decisión de celebrar una ceremonia religiosa en su funeral. Pues, de una manera ciertamente importante, aunque difícil de definir, Wittgenstein había llevado una vida devotamente religiosa.

Unos días antes de su muerte, Drury visitó a Wittgenstein en Cambridge, y éste le comentó: «Es curioso que, aunque sé que ya no voy a vivir mucho más, nunca se me ocurre pensar en una "vida futura". Todo mi interés está todavía en esta vida y en lo que todavía soy capaz de escribir.» Pero si no pensaba en una vida futura, pensaba en cómo podría ser juzgado. Poco antes de morir escribió:

> Puede que Dios me diga: «Te juzgo a partir de tus palabras. Tus propias acciones te han hecho estremecer de disgusto cuando has visto que otros las cometían.»

La reconciliación con Dios que Wittgenstein buscaba no fue la de ser aceptado por la Iglesia católica; fue un estado de seriedad e integridad ética que resistiría el examen de su juez más severo, su propia conciencia: «el Dios que mora en mi seno».

APÉNDICE: EL WITTGENSTEIN DE BARTLEY Y LAS OBSERVACIONES EN CLAVE

Uno de los libros que en los últimos años más ha estimulado el interés por la vida de Wittgenstein ha sido el breve estudio de W. W. Bartley III, *Wittgenstein*. Se trata de una narración de los «años perdidos» de Wittgenstein, durante los cuales abandonó la filosofía y trabajó como maestro de escuela en la Austria rural. El objetivo principal de Bartley al escribir el libro parece haber sido el de dar relevancia a la significación filosófica de esta parte de la vida de Wittgenstein, y, en particular, a la influencia sobre su filosofía posterior de las teorías educativas del Movimiento de Reforma de la Escuela (el movimiento que dio forma a la política educativa austríaca tras la Primera Guerra Mundial).

El interés del libro de Bartley, sin embargo, ha tendido a centrarse no en sus temas principales, sino casi exclusivamente en las sensacionales afirmaciones acerca de la sexualidad de Wittgenstein que hace al principio. El interés generado por estas afirmaciones es, en mi opinión, desproporcionado, pero me siento obligado a decir algo al respecto. La pregunta que más veces se me formuló mientras escribía este libro fue: «¿Qué vas a hacer con respecto a Bartley?»..., queriendo decir: ¿Qué respuesta voy a dar en mi libro a las afirmaciones de Bartley acerca de la promiscuidad homosexual de Wittgenstein?

¿Cuáles son esas afirmaciones? Según Bartley, mientras Wittgenstein estudiaba para maestro y vivía en una pensión de Viena, descubrió una zona en el cercano Prater (un gran parque de Viena, quizá análogo al Richmond Park de Londres), donde «unos rudos jóvenes estaban dispuestos a satisfacerle sexualmente». Una vez Wittgenstein hubo descubierto este lugar, mantiene Bartley,

> descubrió que, para su horror, apenas podía mantenerse alejado de él. Varias noches por semana huía de sus habitaciones e iba a paso vivo hasta el Prater, poseído, tal como se lo expresó a sus amigos, por un demonio que apenas podía controlar. Wittgenstein se encontró con que prefería el tipo de jóvenes homosexuales francos y rudos que podía encontrar caminando por los senderos y callejas a los jóvenes ostensiblemente más refinados que frecuentaban el Sirk Ecke de la Kärtnerstrasse y los bares vecinos de los confines de la ciudad. (*Wittgenstein*, p. 40 de la versión inglesa)

En un postfacio escrito en 1985 y publicado en una edición revisada de su libro, Bartley aclara una extendida y errónea interpretación de este pasaje. Parece ser que no quería dar a entender que estos «rudos jóvenes» fueran chaperos. Pero, aclarado este malentendido, se atiene a la verdad de lo dicho.

Sin embargo, no aclara el misterio de cómo sabe que es cierto. Ni en la edición revisada del libro ni en la original ofrece ninguna fuente a estas afirmaciones. Simplemente dice que su información se basa en «relatos confidenciales de sus amigos [de Wittgenstein]».

Desde que apareció, el pasaje ha sido objeto de una apasionada y aparentemente irresoluble polémica. Muchas personas que conocieron bien a Wittgenstein se sintieron ultrajadas, y ventilaron su cólera en reseñas y cartas a los periódicos vertiendo desprecio sobre el libro de Bartley y jurando que sus afirmaciones acerca de la sexualidad de Wittgenstein eran falsas: que *tenían* que ser falsas, pues el Wittgenstein que ellos conocieron era incapaz de tales cosas.

Por otro lado, muchos que no conocían a Wittgenstein pero que habían leído su correspondencia publicada y las semblanzas escritas por sus amigos y alumnos se sintieron inclinados a creer lo que Bartley decía; creían, de hecho, que Bartley ofrecía una explicación que permitía comprender la atormentada personalidad de Wittgenstein. Unos pocos (aunque no el propio Bartley) incluso consideraron que esas relaciones sexuales constituían la clave para comprender la filosofía de Wittgenstein. Por ejemplo Colin Wilson en su libro *The Misfits: A Study of Sexual Outsiders* (cuyo tema es la relación entre el genio y la perversión sexual), afirma que sólo después de leer el libro de Bartley creyó comprender la obra de Wittgenstein.

Parece ser que muchas personas encuentran tan natural pensar en Wittgenstein como en un homosexual promiscuo y lleno de remordimiento que tienden a aceptar las afirmaciones de Bartley sin ninguna prueba. De algún modo «encaja» con la imagen que tienen de Wittgenstein: hasta tal punto que la imagen de Wittgenstein vagando lleno de remordimientos por los senderos del Prater en busca de «rudos jóvenes homosexuales» se ha convertido en parte indeleble de su imagen pública. Wittgenstein es, se me dijo una vez, el «Joe Orton de la filosofía».

Otra razón por la que creo que las afirmaciones de Bartley han sido generalmente aceptadas es la extendida impresión de que los amigos de Wittgenstein, y en especial sus albaceas literarios, no admitirían la verdad de tales hechos aunque supieran que eran ciertos. Se cree que se ha corrido un velo sobre el asunto. Uno de los albaceas de Wittgenstein, la profesora Elizabeth Anscombe, dio argumentos a esa opinión cuando, en una carta a Paul Engelmann (publicada en la introducción a *Letters from Ludwig Wittgenstein with a Memoir* de Engelmann), afirmaba:

> Si apretando un botón pudiera haberme asegurado de que la gente no iba a interesarse por su vida personal, habría apretado ese botón.

Más munición la ha proporcionado la actitud de los albaceas con respecto a sus observaciones personales, que Wittgenstein escribió en sus manuscritos filosóficos: los así llamados diarios en clave.

Wittgenstein separó estas observaciones de las filosóficas escribiéndolas en una clave muy simple que aprendió cuando era niño (en la que a = z, b= y, c = x, etc.). La simplicidad del código, y el hecho de que Wittgenstein lo utilizara para escribir instrucciones referentes a la publicación de su obra, sugiere que lo utilizaba no para ocultar a la posterioridad lo que estaba diciendo, sino para ocultarlo a alguien que, digamos, mirara por encima del hombro o viera por casualidad el volumen manuscrito encima de una mesa.

Una recopilación de esas observaciones, las menos personales, ha sido publicada bajo el título de *Observaciones*. Las más personales han permanecido inéditas. En una edición en microfilm de los manuscritos completos de Wittgenstein, estas observaciones más personales se han cubierto con trocitos de papel.

Todo esto a) ha aumentado la curiosidad de la gente acerca de qué contienen las observaciones en clave; y b) ha confirmado la opinión de que los albaceas están ocultando algo. Y esto, a su vez, ha contribuido a crear un clima de opinión favorable a la hora de aceptar las, por otras parte extraordinarias, aseveraciones de Bartley. «¡Ajá!», ha pensado la gente. «¡De modo que esto es lo que Anscombe ha estado ocultando todos estos años!»

El propio Bartley se ha servido de este clima de opinión para defenderse de las acusaciones de difundir falsedades. En el ya mencionado postfacio (que se subtitula «Una respuesta polémica a mis críticos»), afirma que los albaceas están fingiendo cuando expresan su ira contra su libro. Pues todo este tiempo ellos:

> ... han estado en posesión de unos cuadernos en clave, escritos por el propio Wittgenstein en un código muy simple, y desde hace tiempo descifrados y transcritos, que corroboran mis afirmaciones acerca de su homosexualidad.

De hecho, esto no es cierto. En los textos en clave, Wittgenstein *comenta* su amor por, primero David Pinsent, luego Francis Skinner, y finalmente Ben Richards (todo esto a lo largo de un período de, más o menos, treinta años), y en este sentido «corroboran» su homosexualidad. Pero no corroboran las afirmaciones *de Bartley* acerca de la homosexualidad de Wittgenstein. Es decir, no dicen ni una palabra de que fuera al Prater a buscar «rudos jóvenes», ni hay nada en ellos que indique que Wittgenstein tuviera un comportamiento promiscuo en ningún momento de su vida. Al leerlos uno tiene la impresión de que era incapaz de tal promiscuidad, pues le incomodaba la menor manifestación del deseo sexual (homosexual o heterosexual).

No demasiadas personas han sido capaces de señalarlo, pues pocas han

llegado a ver los textos en clave. De hecho, la manera en que el propio Bartley habla de «cuadernos en clave» sugiere que su información es también de segunda mano: que de hecho no ha visto las fuentes que menciona. Simplemente *no* existen cuadernos en clave. Las observaciones en clave no están reunidas en dos volúmenes (tal como Bartley parece creer), sino desperdigados por los más o menos ochenta cuadernos que constituyen el *Nachlass* literario y filosófico de Wittgenstein. Esta supuesta «corroboración», por tanto, es totalmente espuria.

De entre los muchos intentos de refutar a Bartley, los más citados son los de Rush Rhees y J. J. Stonborough en *The Human World* (n.° 14, febrero de 1972). En mi opinión no consiguen su objetivo. Rhees, de hecho, ni siquiera intenta refutar a Bartley en el sentido de demostrar que lo que dice Bartley es falso. Lo esencial de su argumento es que, aun cuando lo que dice Bartley sea cierto, es «asqueroso» por su parte repetirlo. El texto de Stonborough, lleno de ampulosidad, de ironía sin gracia y de indignación moral, sólo contiene un endeble argumento: que si Wittgenstein se hubiera comportado tal como sugiere Bartley, le habrían chantajeado. Bartley refuta con gran facilidad este argumento en su postfacio. Al centrarse en la moralidad del libro de Bartley, en lugar de en la veracidad de su información, creo que Rhees y Stonborough han enturbiado el tema y, sin darse cuenta, han dejado que Bartley se salga con la suya.

La única manera efectiva de refutar las afirmaciones de Bartley es mostrar que, o bien la información que recibió era falsa, o malinterpretó la que le dieron. Y antes de intentar tal cosa, hay que saber qué información era ésa. Y esto es algo que Bartley se ha negado resueltamente a revelar.

En todo el libro de Bartley hay indicios de que, al escribirlo, ha tenido acceso a un manuscrito de Wittgenstein que data de los años 1919-1920. La indicación más reveladora tiene lugar en la página 29 (de la edición revisada), cuando cita la narración de un sueño de Wittgenstein y la propia interpretación del sueño por parte de éste. Me parece imposible imaginar que la información de Bartley pueda proceder de otra fuente que no sea la de un documento escrito por el propio Wittgenstein. Si resulta difícil creer que los amigos de Wittgenstein le proporcionaran a Bartley relatos de las excursiones de aquel al Prater, es ya imposible concebir que le dieran narraciones de sueños de Wittgenstein, escritos en primera persona.

Es interesante observar que, en los ya mencionados textos en clave, de vez en cuando Wittgenstein anota y comenta sus sueños (se pueden encontrar tres ejemplos en este libro, en las páginas 261, 263-64 y 399-400). Y la discusión del sueño que cita Bartley, aunque más elaborada que ninguna de las que se conservan, es del todo coherente con el interés que Wittgenstein mostró por las técnicas de interpretación de sueños de Freud en diversas épocas de su vida.

De este modo, hay muchas razones para creer que los relatos de sueños que da Bartley son reales, y, por tanto, existen razones justificadas

para creer que Bartley tuvo acceso a un manuscrito cuya existencia es desconocida a los albaceas literarios de Wittgenstein (de hecho, se les ha ocultado). Los albaceas no tienen ningún manuscrito perteneciente a los años 1919 ni 1920, aunque es bastante probable que existiera alguno.

Si esta hipótesis (y reconozco que esto es pura especulación) es correcta, entonces este manuscrito debe de ser la fuente de los supuestos «episodios del Prater». De modo que le envié una carta a Bartley y le pregunté directamente si existía o no tal manuscrito; sólo dijo que revelar su fuente de información sería traicionar la confianza de alguien, y que no estaba dispuesto a realizar tal deshonestidad. Por tanto considero que esta hipótesis también podría ser falsa.

Al escribir este libro he tenido acceso completamente libre a todos los textos en clave que se hallan en posesión de los albaceas literarios, y permiso para citar cuanto deseara de ellos. He elegido citar todas las observaciones que de algún modo revelan la vida emocional, espiritual y sexual de Wittgenstein. (La discreción, como dijo una vez Lytton Strachey, no es la mejor parte de una biografía.) No he dejado fuera de mi libro nada que pudiera apoyar la extendida idea de que Wittgenstein estaba atormentado por su homosexualidad, aunque creo que tal cosa es una simplificación, y desfigura seriamente la verdad.

Lo que los textos en clave revelan es que Wittgenstein se sentía incómodo, no sólo en lo que respecta a la homosexualidad, sino en relación a la sexualidad misma. El amor, ya sea el de un hombre o una mujer, era algo que apreciaba muchísimo. Lo veía como un don, casi como un don divino. Pero, al igual que Weininger (cuyo *Sexo y carácter* creo que explica claramente gran parte de las actitudes hacia el amor y el sexo implícitas en muchas de las cosas que Wittgenstein dijo, escribió e hizo), distinguía claramente entre amor y sexo. La excitación sexual, tanto homosexual como heterosexual, le turbaba enormemente. Lo veía como algo incompatible con el tipo de persona que quería ser.

Lo que los textos en clave también revelan es hasta qué grado extraordinario la vida amorosa y sexual de Wittgenstein tenía lugar sólo en su imaginación. Esto resulta de lo más evidente en el caso de Keith Kirk (por quien Wittgenstein estuvo obsesionado durante una breve época, considerándolo una «infidelidad» a su amor por Francis Skinner; véanse páginas 390 a 392), pero resulta también evidente en casi todas las relaciones íntimas de Wittgenstein. La manera en que Wittgenstein veía una relación con frecuencia nada tenía que ver con la manera en que la veía la otra persona. Si yo no hubiera conocido a Keith Kirk, habría tenido la casi completa seguridad, a partir de lo que leí en los textos en clave, de que él y Wittgenstein habían tenido algún tipo de «asunto». Tras conocerle, estoy seguro de que todo existió tan sólo en la mente de Wittgenstein.

Si se me permite un giro final a mis especulaciones referentes a Bartley: creo que es posible que su información proceda de textos en clave

contenidos en un manuscrito escrito entre 1919 y 1920, pero también me parece que se ha precipitado al deducir de esos textos un comportamiento sexualmente promiscuo en Wittgenstein. Resultaría completamente coherente con todo lo que sabemos de Wittgenstein el hecho de que encontrara fascinantes a esos «rudos jóvenes homosexuales» que encontró en el Prater, que fuera una y otra vez a ese lugar donde podía verlos, y que dejara constancia de esa fascinación en sus cuadernos. Pero también resultaría del todo coherente con lo que sabemos el que esos mismos jóvenes no supieran nada de la fascinación que sentía Wittgenstein, y que por tanto no supieran nada de la existencia de éste. Si Wittgenstein fue «sexualmente promiscuo» con los jóvenes de la calle, creo que lo fue en el mismo sentido en que le fue «infiel» a Francis Skinner.

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

Doy aquí una lista de las principales fuentes impresas utilizadas en la redacción de esta biografía. Para una bibliografía exhaustiva de obras escritas por Wittgenstein y acerca de éste, véase V. A. y S. G. Shanker, ed., *Ludwig Wittgenstein: Critical Assessments*, V: *A. Wittgenstein Bibliography* (Croom Helm, 1986).

Anscombe, G. E. M., *Metaphysics and the Philosophy of Mind*, Collected Philosophical Papers, II (Blackwell, 1981).

Agustín, San, *Confesiones* (Espasa-Calpe, 1983).

Ayer, A. J., *Wittgenstein* (Weidenfeld & Nicolson, 1985) [*Wittgenstein*. Trad. de Joaquim Sempere. Ed. Crítica, 1986].

—, *Part of My Life* (Collins, 1977).

—, *More of My Life* (Collins, 1984).

Baker, G. P., *Wittgenstein, Frege and the Vienna Circle* (Blackwell, 1988).

Baker, G. P., y Hacker, P. M. S., *Wittgenstein: Meaning and Understanding* (Blackwell, 1983).

—, *An Analytical Commentary on Wittgenstein's Philosophical Investigations*, I (Blackwell, 1983).

—, *Wittgenstein: Rules, Grammar and Necessity: An Analytical Commentary on the Philosophical Investigations*, II (Blackwell, 1985).

—, *Scepticism, Rules and Language* (Blackwell, 1984).

Bartley, W. W., *Wittgenstein* (Open Court, rev. 2/1985) [*Wittgenstein*. Trad. de Javier Sádaba. Cátedra, 1982].

Bernhard, Thomas, *El sobrino de Wittgenstein*. Trad. de Miguel Sáenz (Anagrama, 1988).

Block, Irving, ed., *Perspectives on the Philosophy of Wittgenstein* (Blackwell, 1981).

Bouwsma, O. K., *Philosophical Essays* (University of Nebraska Press, 1965).

—, *Wittgenstein: Conversations 1949-1951*, ed. J. L. Craft and Ronald E. Hustwit (Hackett, 1986).

Clare, George, *Last Waltz in Vienna* (Pan, 1982).

Clark, Ronald W., *The Life of Bertrand Russell* (Jonathan Cape and Weidenfeld & Nicolson, 1975).

Coope, Christopher, *et al.*, *A Wittgenstein Workbook* (Blackwell, 1971).

Copi, Irving M., y Beard, Robert W., eds., *Essays on Wittgenstein's Tractatus* (Routledge, 1966).
Dawidowicz, Lucy S., *The War Against the Jews 1933-1945* (Weidenfeld & Nicolson, 1975).
Deacon, Richard, *The Cambridge Apostles; A History of Cambridge University's Elite Intellectual Secret Society* (Robert Royce, 1985).
Delany, Paul, *The Neo-pagans: Rupert Brooke and the Ordeal of Youth* (The Free Press, 1987).
Dostoievski, Fiódor, *Los hermanos Karamazov*. Trad. de Augusto Vidal (Planeta, 1988).
Drury, M. O'C., *The Danger of Words* (Routledge, 1973).
Duffy, Bruce, *The Worlds As I Found It* (Ticknor & Fields, 1987).
Eagleton, Terry, «Wittgenstein's Friends», *New Left Review*, CXXXV (septiembre-octubre de 1982); reproducido en *Against the Grain* (Verso, 1986).
Fann, K. T., ed., *Ludwig Wittgenstein: The Man and His Philosophy* (Harvester, 1967).
Feyerabend, Paul, *Science in a Free Society* (Verso, 1978).
Ficker, Ludwing von, *Denkzettel und Danksagungen* (Kösel, 1967).
Field, Frank, *The Last Days of Mankind: Karl Kraus and His Vienna* (Macmillan, 1967).
Frege, Gottlob, *The Foundations of Arithmetic* (Blackwell, 1950) [*Fundamentos de aritmética*. Trad. de Ulises Moulines. Laia, 1972].
—, *Philosophical Writings* (Blackwell, 1952).
—, *Philosophical and Mathematical Correspondence* (Blackwell, 1980).
—, *The Basic Laws of Arithmetic* (University of California Press, 1967).
Freud, Sigmund, *La interpretación de los sueños*. Trad. de Luis López Ballesteros (Alianza, 1986).
—, *El chiste y su relación con el inconsciente*. Trad. de Luis López Ballesteros (Alianza, 1987).
Gay, Peter, *Freud: A Life for Our Time* (Dent, 1988) [*Freud*. Trad. de Jorge Piatigorsky. Paidós, 1979].
Goethe, J. W., *Italian Journey* (Penguin, 1970).
—, *Selected Verse* (Penguin, 1964).
Grant, R. T., y Reeve, E. B., *Observations on the General Effects of Injury in Man* (HMSO, 1951).
Hacker, P. M. S., *Insight and Illusion: Themes in the Philosophy of Wittgenstein* (Oxford, rev. 2/1986).
Hänsel, Ludwig, «Ludwig Wittgenstein (1889-1951)», *Wissenschaft und Weltbild* (octubre de 1951), p. 272-8.
Haller, Rudolf, *Questions on Wittgenstein* (Routledge, 1988).
Hayek, F. A. von, «Ludwig Wittgenstein» (inédito, 1953).
Heller, Erich, *The Disinherited Man: Essays in Modern German Literature and Thought* (Bowes & Bowes, 1975).
Henderson, J. R., «Ludwig Wittgenstein and Guy's Hospital», *Guy's Hospital Reports*, CXXII (1973), pp. 185-93.
Hertz, Heinrich, *The Principles of Mechanics* (Macmillan, 1899).

Hilmy, S. Stephen, *The Later Wittgenstein: The Emergence of a New Philosophical Method* (Blackwell, 1987).
Hitler, Adolf, *Mi lucha*. Trad. de Manuel Mas Franch (Editors, 1984).
Hodges, Andrew, *Alan Turing: The Enigma of Intelligence* (Burnett, 1983).
Iggers, Wilma Abeles, *Karl Kraus: A Viennese Critic of the Twentieth Century* (Nijhoff, 1967).
James, William, *The Varieties of Religious Experience* (Penguin, 1982) [*Las variedades de la experiencia religiosa*. Trad. de J. F. Yvars. Orbis, 1988].
—, *The Principles of Psychology*, 2 vols. (Dover, 1950).
Janik, Allan, y Toulmin, Stephen, *Wittgenstein's Vienna* (Simon and Schuster, 1973) [*La Viena de Wittgenstein*. Trad. de Ignacio Gómez de Liaño. Taurus, 1974].
Jones, Ernest, *The Life and Work of Sigmund Freud* (Hogarth, 1962) [*Freud*. Trad. de Mario Carlisky. Anagrama, 1981].
Kapfinger, Otto, *Haus Wittgenstein: Eine Dokumentation* (The Cultural Department of the People's Republic of Bulgaria, 1984).
Kenny, Anthony, *Wittgenstein* (Allen Lane, 1973) [*Wittgenstein*. Trad. de Alfredo Deaño. Alianza, 1984].
—, *The Legacy of Wittgenstein* (Blackwell, 1984).
Keynes, J. M., *A Short View of Russia* (Hogarth, 1925).
Köhler, Wolfgang, *Gestalt Psychology* (G. Bell & Sons, 1930).
Kraus, Karl, *Die Letzten Tage der Menschenheit*, 2 vols. (Deutscher Taschenbuch, 1964) [*Los últimos días de la humanidad*. Trad. de Adan Kovacsics. Tusquets, 1990].
—, *No Compromise: Selected Writings*, ed. Frederick Ungar (Ungar Publishing, 1984).
—, *In These Great Times: A Karl Kraus Reader*, ed. Harry Zohn (Carcanet, 1984).
Kreisel, G., «Wittgenstein's *"Remarks on the Foundations of Mathematics"*», *British Journal for the Philosophy of Science*, IX (1958), pp. 135-58.
—, «Wittgenstein's Theory and Practice of Philosophy», *British Journal for the Philosophy of Science*, XI (1960), pp. 238-52.
—, «Critical Notice: "*Lectures on the Foundations of Mathematics*"», en *Ludwig Wittgenstein: Critical Assessments*, ed. S. G. Shanker (Croom Helm, 1986), pp. 98-110.
Leitner, Bernhard, *The Architecture of Ludwig Wittgenstein: A Documentation* (Studio International, 1973).
Levy, Paul, *G. E. Moore and the Cambridge Apostles* (Oxford, 1981).
Luckhardt, C. G., *Wittgenstein: Sources and Perspectives* (Harvester, 1979).
Mabbott, John, *Oxford Memories* (Thornton's, 1986).
McGuinness, Brian, *Wittgenstein: A Life. Young Ludwig 1889-1921* (Duckworth, 1988) [*Wittgenstein*. Trad. de Huberto Marraud González. Alianza, 1991].
—, ed., *Wittgenstein and His Times* (Blackwell, 1982).
McHale, Sister Mary Elwyn, *Ludwig Wittgenstein: A Survey of Source Material*

for a Philosophical Biography (tesis doctoral para la Catholic University of America, 1966).
Malcolm, Norman, *Ludwig Wittgenstein: A Memoir* (con un esbozo biográfico de G. H. von Wright) (Oxford, rev. 2/1984) [*Ludwig Wittgenstein.* Trad. de Mario García Aldonate. Mondadori, 1990].
Manvell, Roger, y Fraenkel, Heinrich, *Hitler: The Man and the Myth* (Grafton, 1978).
Mays, W., «Wittgenstein's Manchester Period», *Guardian* (24 de marzo de 1961).
—, «Wittgenstein in Manchester», en *«Language, Logic, and Philosophy»: Proceedings of the 4th International Wittgenstein Symposium* (1979), pp. 171-8.
Mehta, Ved, *The Fly and the Fly-Bottle* (Weidenfeld & Nicolson, 1963).
Moore, G. E., *Philosophical Papers* (Unwin, 1959).
Moran, John, «Wittgenstein and Russia», *New Left Review*, LXXIII (mayo-junio de 1972).
Morton, Frederic, *A Nervous Splendour* (Weidenfeld & Nicolson, 1979).
Nedo, Michael, y Ranchetti, Michele, *Wittgenstein: Sein Leben in Bildern und Texten* (Suhrkamp, 1983).
Nietzsche, Friedrich, *El crepúsculo de los ídolos.* Trad. de Andrés Sánchez Pascual (Alianza, 1986).
—, *El anticristo.* Trad. de Andrés Sánchez Pascual (Alianza, 1974).
Ogden, C. K., y Richards, I. A., *The Meaning of Meaning* (Kegan Paul, 1923).
Parak, Franz, *Am anderen Ufer* (Europäischer Verlag, 1969).
Partridge, Frances, *Memories* (Robin Clark, 1982).
Popper, Karl, *Unended Quest: An Intellectual Autobiography* (Fontana, 1976) [*Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual.* Trad. de Carmen García Trevijano. Tecnos, 1985].
Ramsey, F. P., «Critical Notice of L. Wittgenstein's "Tractatus Logico-Philosophicus"», *Mind*, XXXII, n.° 128 (octubre de 1923), pp. 465-78.
—, *Foundations: Essays in Philosophy, Logic, Mathematics and Economics* (Routledge, 1978).
Rhees, Rush, «Wittgenstein» [reseña de Bartley, *op. cit.*], *The Human Word*, XIV (febrero de 1974).
—, *Discussions of Wittgenstein* (Routledge, 1970).
—, *Without Answers* (Routledge, 1969).
—, ed., *Recollections of Wittgenstein* (Oxford, 1984) [*Recuerdos de Wittgenstein.* Trad. de Rafael Vargas. Fondo de Cultura Económica, 1981].
Russell, Bertrand, *The Principles of Mathematics* (Unwin, 1903) [*Los principios de la matemática.* Aguilar, 1973].
—, *The problems of Philosophy* (Home University Library, 1912) [*Los problemas de la filosofía.* Trad. de Joaquín Xirau. Labor, 1986].
—, *Our Knowledge of the External World* (Unwin, 1914) [*Conocimiento del mundo exterior.* C. G. Fabril Ed.].
—, *Mysticism and Logic* (Unwin, 1918) [*Misticismo y lógica.* Trad. de Santiago Jordán. Edhasa, 1987].

—, *Introduction to Mathematical Philosophy* (Unwin, 1919).
—, *The Analysis of Mind* (Unwin, 1921).
—, *The Practice and Theory of Bolshevism* (Unwin, 1920).
—, *Marriage and Morals* (Unwin, 1929).
—, *The Conquest of Happiness* (Unwin, 1930) [*La conquista de la felicidad.* Trad. de Julio Huici. Espasa-Calpe, 1976].
—, *In Praise od Idleness* (Unwin, 1935) [*Elogio de la ociosidad.* Trad. de María Elena Rius. Edhasa, 1976].
—, *An Inquiry into Meaning and Truth* (Unwin, 1940).
—, *History of Western Philosophy* (Unwin, 1945) [*Historia de la filosofía occidental.* Espasa-Calpe, 1985].
—, *Human Knowledge: Its Scope and Limits* (Unwin, 1948) [*El conocimiento humano.* Trad. de Néstor Míguez. Taurus, 1977].
—, *Logic and Knowledge,* ed. R. C. March (Unwin, 1956).
—, *My Philosophical Development* (Unwin, 1959) [*Evolución de mi pensamiento filosófico.* Trad. de Juan Novella. Alianza, 1982].
—, *Autobiography* (Unwin, 1975) [*Autobiografía.* Trad. de Manuel Escalera, Aguilar, 1971].
Russell, Dora, *The Tamarisk Tree, I: My Quest for Liberty and Love* [Virago, 1977].
Ryan, Alan, *Bertrand Russell: A Political Life* (Allen Lane, 1988).
Schopenhauer, Arthur, *Essays and Aphorisms* (Penguin, 1970).
—, *El mundo como voluntad y representación* (Orbis, 1985).
Shanker, S. G., *Wittgenstein and the Turning Point in the Philosophy of Mathematics* (Croom Helm, 1987).
Sjögren, Marguerite, *Granny et son temps* (editado privadamente en Suiza, 1982).
Skidelsky, Robert, *John Maynard Keynes, I: Hopes Betrayed 1883-1920* (Macmillan, 1983).
Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente.* Trad. de Manuel García Morente (Espasa-Calpe, 1983).
Sraffa, Piero, *Production of Commodities By Means of Commodities* (Cambridge, 1960) [*Producción de mercancías por medio de mercancías.* Trad. de Luis Ángel Duque. Oikos-Tau, 1982].
Steiner, G., *A Reading Against Shakespeare,* Conferencia W. P. Ker en 1986 (University of Glasgow, 1986).
Tagore, Rabindranath, *The King of the Dark Chamber* (Macmillan, 1918) [*El rey del salón oscuro.* Trad. de Juan Ramón Jiménez. Alianza, 1983].
Thomson, George, «Wittgenstein: Some Personal Recollections», *The Revolutionary World,* XXXVII-IX (1979), pp. 87-8.
Tolstói, León, *Mi confesión* (Ed. Nacional de México).
—, *Obras completas,* vol. II. Trad. de Irene y Laura Andresco (Aguilar, 1969).
Waismann, F., *The Principles of Linguistic Philosophy,* ed. R. Harré (Macmillan, 1965).
Walter, Bruno, *Theme and Variations: An Autobiography* (Hamish Hamilton, 1947).

Weininger, Otto, *Sex and Character* (Heinemann, 1906) [*Sexo y carácter*. Trad. de Felipe Jiménez de Asúa. Edicions 62, 1985].
Wittgenstein, Hermine, *Familienerinnerungen* (inédito).
Wood, Oscar P., y Pitcher, George, eds., *Ryle* (Macmillan, 1971).
Wright, G. H. von, *Wittgenstein* (Blackwell, 1982).
—, «Ludwig Wittgenstein. A Biographical Sketch», en Malcolm, *op. cit.*
Wuchterl, Kurt, y Hübner, Adolf, *Ludwig Wittgenstein in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten* (Rowohlt, 1979).
Wünsche, Konrad, *Der Volksschullehrer Ludwig Wittgenstein* (Suhrkamp, 1985).

TEXTOS

Reseña de P. Coffey, *The Science of Logic, The Cambridge Review*, XXXIV (1913), p. 351.
«Notes on Logic», en *Notebooks 1914-1916*, pp. 93-107.
«Notes Dictated to G. E. Moore in Norway», en *Notebooks 1914-1916*, pp. 108-19.
Notebooks 1914-1916, ed. G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright (Blackwell, 1961) [*Diario filosófico, 1914-1916*. Trad. de Jacobo Muñoz. Ariel, 1982].
Prototractatus – An Early Version of Tractatus Logico-Philosophicus, ed. B. F. McGuinness, T. Nyberg y G. H. von Wright (Routledge, 1971).
Tractatus Logico-Philosophicus, trad. de C. K Ogden y F. P. Ramsey (Routledge, 1922).
Tractatus Logico-Philosophicus, trad. de D. F. Pears y B. F. McGuinness (Routledge, 1961) [*Tractatus Logico-Philosophicus*. Trad. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera. Alianza, 1987].
Wörterbuch für Volksschulen, ed. Werner y Elizabeth Leinfelner y Adolf Hübner (Hölder-Pichler-Tempsky, 1977).
«Some Remarks on Logical Form», *Proceedings of the Aristotelian Society*, IX (1929), pp. 162-71; reimpreso en *Essays on Wittgenstein's Tractatus*, ed. I. M. Copi y R. W. Beard (Routledge, 1966).
«A Lecture on Ethics», *Philosophical Review*, LXXIV, n.° 1 (1968), pp. 4-14 [*Conferencia sobre ética*. Trad. de Fina Birulés. Paidós, 1989].
Philosophical Remarks, ed. Rush Rhees (Blackwell, 1975).
Philosophical Grammar, ed. Rush Rhees (Blackwell, 1974).
Remarks on Frazer's Golden Bough, ed. Rush Rhees (Brynmill, 1979).
The Blue and Brown Books (Blackwell, 1975) [*Los cuadernos azul y marrón*. Trad. de Francisco Gracia Guillén. Tecnos, 1968].
«Notes for Lectures on "Private Experience" and "Sense Data"», ed. Rush Rhees, *Philosophical Review*, LXXVII, n.° 3 (1968), pp. 275-230; reimpreso en *The Private Language Argument*, ed. O. R. Jones (Macmillan, 1971), pp. 232-75.
«Cause and Effect: Intuitive Awareness», ed. Rush Rhees, *Philosophia*, VI, números 3-4 (1976).

Remarks on the Foundations of Mathematics, ed. R. Rhees, G. H. von Wright y G. E. M. Anscombe (Blackwell, 1967) [*Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas*. Trad. de Isidoro Reguera. Alianza, 1987].
Philosophical Investigations, ed. G. E. M. Anscombe y R. Rhees (Blackwell, 1953) [*Investigaciones filosóficas*. Trad. de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines. Crítica, 1988].
Zettel, ed. G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright (Blackwell, 1981).
Remarks on the Philosophy of Psychology, I, ed. G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright (Blackwell, 1980).
Remarks on the Philosophy of Psychology, II, ed. G. H. von Wright y Heikki Nyman (Blackwell, 1980).
Last Writings on the Philosophy of Psychology, I: *Preliminary Studies for Part II of Philosophical Investigations*, ed. G. H. von Wright y Heikki Nyman (Blackwell, 1982) [*Últimos escritos sobre la filosofía de la psicología*. Trad. de Eduardo Fernández. Tecnos, 1987].
Remarks on Colour, ed. G. E. M. Anscombe (Blackwell, 1977).
On Certainty, ed. G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright (Blackwell, 1969) [*Sobre la certeza*. Trad. de Josep Lluís Prades y Vicent Raga. Gedisa, 1988].
Culture and Value, ed. G. H. von Wright en colaboración con Heikki Nyman (Blackwell, 1980) [*Observaciones*. Trad. de Elsa Cecilia Frost. Siglo XXI, 1986].
(Recientemente, y con el título de *Diarios secretos* [Trad. de Andrés Sánchez Pascual. Alianza, 1991] se han publicado los textos en clave correspondientes a los cuadernos de Wittgenstein de los años 1914-1916.)

NOTAS DE CONFERENCIAS Y CONVERSACIONES

Ludwig Wittgenstein and the Vienna Circle: Conversations Recorded by Friedrich Waismann, ed. B. F. McGuinness (Blackwell, 1979).
«Wittgenstein's Lectures in 1930-1933», en G. E. Moore, *Philosophical Papers* (Unwin, 1959), pp. 252-324.
Wittgenstein's Lectures: Cambridge, 1930-1935, ed. Desmond Lee (Blackwell, 1980).
Wittgenstein's Lectures: Cambridge, 1932-1935, ed. Alice Ambrose (Blackwell, 1979).
«The Language of Sense Data and Private Experience – Notes taken by Rush Rhees of Wittgenstein's Lectures, 1936», *Philosophical Investigations*, VII, n.° 1 (1984), pp. 1-45; prosigue en *Philosophical Investigations*, VII, n.° 2 (1984), pp. 101-40.
Lectures and Conversations on Aesthetics and Religious Belief, ed. Cyril Barrett (Blackwell, 1978).
Wittgenstein's Lectures on the Foundations of Mathematics: Cambridge, 1939, ed. Cora Diamond (Harvester, 1976).
Wittgenstein's Lectures on Philosophical Psychology 1946-1947, ed. P. T. Geach (Harvester, 1988).

Briefe, Briefwechsel mit B. Russell, G. E. Moore, J. M. Keynes, F. P. Ramsey, W. Eccles, P. Engelmann und L. von Ficker, ed. B. F. McGuinness y G. H. von Wright (Suhrkamp, 1980).

Letters to Russell, Keynes and Moore, ed. G. H. von Wright, con la ayuda de B. F. McGuinnes (Blackwell, 1974) [*Cartas a Russell, Keynes y Moore.* Trad. de Néstor Míguez. Taurus, 1979].

Letters to C. K. Ogden with Comments on the English Translation of the Tractatus Logico-Philosophicus, ed. G. H. von Wright (Blackwell/Routledge, 1973).

Letters from Ludwig Wittgenstein with a Memoir by Paul Engelmann, B. F. McGuinness (Blackwell, 1967).

Briefe an Ludwig von Ficker, ed. G. H. von Wright con Walter Methlagl (Otto Müller, 1969).

«Letters to Ludwig von Ficker», ed. Allan Janik, en *Wittgenstein: Sources and Perspectives*, ed. C. G. Luckhardt (Harvester, 1979), pp. 82-98.

«Some Letters of Ludwig Wittgenstein», en W. Eccles, *Hermathena*, XCVII (1963), pp. 57-65.

Letter to the Editor, *Mind*, XLII, n.° 167 (1933), pp. 415-16.

«Some Hitherto Unpublished Letters from Ludwig Wittgenstein to Georg Henrik von Wright», *The Cambridge Review* (28 de febrero de 1983).

En todo el índice, Ludwig Wittgenstein *aparece como* L. W.
Agustín, san, 267, 320, 321, 414, 436; *Confesiones*, 267, 337, 339.
Ambrose, Alice, 313, 319, 321, 379, 501.
Andrews, Helen, 411.
Anscombe, Elizabeth, 452, 487, 491, 507, 520, 524; L. W. se aloja con, en Oxford, 498, 511, L. W. y el catolicismo, 515-16, 517; y muerte de L. W., 521, 522.
Anzengruber, Ludwig, 63.
Apóstoles (la Sociedad de *conversazione* de Cambridge), 60-61, 77-80, 243-44, 245, 254, 324.
Aristóteles, 84, 451.
Austria: efectos del *Anschluss* sobre la familia Wittgenstein, 355-56, 358-68; imperio, 26-27; tras la Primera Guerra Mundial, 169; *véase también* Viena.
Ayer, A. J., 272, 331; *Lenguaje, verdad y lógica*, 271.

Bachtin, Nicholas, 319, 323, 417.
Bamber, Jim, 48.
Barry, Griffin, 276.
Bartley, W. W.: *Wittgenstein*, 523-28.
Barth, Karl, 516.
Beethoven, Ludwig van, 58, 72, 97.
Békássy, Ferenc, 78, 79, 118, 129.
Bell, Clive, 244.
Bell, Julian, 244, 245.
Berger, Georg, 190, 192.
Berkeley, George, 431.
Berlín: L. W. estudiante de ingeniería mecánica, 41-42.
Berlin, Isaiah, 451.
Bevan, doctor Edward, 505, 506, 518, 519, 521.
Bevan, Mrs. Joan, 519, 520, 521.
Bieler, doctor Max, 136, 138-39.
Black, Dora (Russell), 180, 196, 204, 276; matrimonio con Bertrand Russell, 198.
Black, Max, 499, 504.
Blake, William, 488, 513.
Bliss, Frank, 78-79, 118, 129.
Bloomsbury, grupo de, 244, 245, 257.
Blunt, Anthony, 243, 244-45, 323.
Bolstad, Arne, 101, 129, 518.
Boltzmann, Ludwig, 41.
bomba atómica: opiniones de L. W. sobre la, 441.
Bosch, H. (El Bosco): *Tentaciones de San Antonio*, 412.
Bose, S. K., 250.
Bouwsma, Oets, 499, 500-01.
Brahms, Johannes, 23, 25, 30, 72, 207, 405.
Braithwaite, Richard, 207, 243, 245, 272, 312, 349, 370, 379, 434.
Braumüller, Wilhelm, 173, 174.
Brenner, Anna, 192.
Brenner, Der (revista), 113, 114n., 115.
Britton, Karl, 302, 441, 443-44.
Broad, C. D., 52, 56, 85, 250, 301, 380, 449.

Brooke, Rupert, 118.
Brouwer, L. E. J., 234, 235-36, 237, 238, 276, 307, 385.
Brown, Stuart, 499.
Browning, Hilda, 325.
Burnaby, doctor, 392.
Butler, Joseph (obispo), 412.
Butler, Sir James, 255.
Buxbaum, Eduard, 218-19.
Bywaters, doctor E. G., 416-18.

Cambridge: se aloja con Von Wright en, 491, 498, 509, 511-12; se le concede el título de doctor en filosofía, 256-57; se convierte en profesor de filosofía, 380-81; dimite como profesor, 460, 469-70; L. W. estudiante en, 50, 51-68, 74-93; regresa a, (1929), 243-57; (1939), 369-87; (1944), 430-44.
Cambridge University Studies, 312.
Cantor, Georg, 306, 371, 381, 382, 402, 427.
Carnap, Rudolf, 413; y el Círculo de Schlick, 232, 234.
«caso Haidbauer», 223.
Chamberlain, Neville de, 367.
Chandler, Raymond, 387, 478.
China: Bertrand Russell en, 190, 196.
Chomsky, Noam, 283.
ciencia: L. W. acerca de la filosofía y la, 280-82; antagonismo de L. W. respecto de la, 381-82, 441-42; y el curso de estética de L. W., 371-72.
Círculo de Viena de Positivistas Lógicos, 207, 232-34, 238, 267-69, 272, 276.
Clement, familia, en Swansea, 424-25.
Club de Ciencia Moral, Cambridge, 80, 81, 207, 249, 250, 271, 396; conferencia de Popper en el, 450; Skinner relata una reunión del, 349.
Coffey, P.: *La ciencia de la lógica*, 84-85.
Collingwood, R. G., 380.
color: observaciones de L. W. sobre el, 506-07, 509, 510-11, 512.
Conrad, padre, 517, 518, 522.
Cornford, John, 324.
Cornforth, Maurice, 324.
Coxeter, H. M. S., 313.
cristianismo: ataque de Nietzsche al, 126-27; L. W. acerca del, 63, 121, 347, 354, 423-24, 488-89; L. W. y el catolicismo, 515-17, 521-22; y el marxismo soviético, 236-37; *véase también* religión.
Cuaderno azul (Wittgenstein), 313-15, 316, 319, 333, 371, 501.
Cuaderno marrón (Wittgenstein), 313, 319-21, 327, 329-30, 333, 337, 338.
cuento de Navidad, Un (Dickens), 513.

Dallago, Carl, 114n., 115.
Daly, Carroll John, 387.
Darwin, Charles, 485.
Däubler, Theodor, 115.
Davis, Norbert, 387; *Rendevouz with Fear*, 478-79.
Dedekind, Richard, 402.
Descartes, René, 301, 451.
Dickens, Charles: *David Copperfield*, 64; *Un cuento de Navidad*, 513.
Dobb, Maurice, 257, 319, 323, 324.
Doney, Wills, 499.
Dostoievski, F. M., 317-18, 500; *Los hermanos Karamazov*, 114, 138, 496.
Draegni, Halvard, 101, 129.
Drobil, Michael, 186, 230; L. W. conoce a, en un campo de prisioneros de guerra, 157; visita a L. W. en Trattenbach, 190.
Drury, Maurice, 23, 319; confesión de L. W. a, 340; consejo de L. W. a, 311-12; discípulo de L. W., 250-51; *El peligro de las palabras*, 251, 371; L. W. le explica su método filosófico a, 279, 280, 281; L. W. le visita, en Gales, 389, 421; relación de L. W. con, 360;

y L. W. en Dublín, 357-61, 468, 484-87, 488, 490-91; la muerte de L. W., 521-22; visita a L. W. en Newcastle, 414-15.
Drury, Miles, 474, 475-76.
Dublín, *véase* Irlanda.

Eastman, Max, 442.
Eccles, William, 44, 48, 68, 220-21, 380-81; L. W. visita a, 112-13, 221-22.
Ehrenstein, Albert, 115.
Emerson, Ralph Waldo, 126.
Emmett, Dorothy, 302.
Engelmann, Paul, 68, 200, 205; amistad de L. W. con, 148-51, 183, 194; cartas de L. W. a, 190, 194-95; colaboración con L. W. como arquitecto, 266; confesión de L. W. a, 340, 341; correspondencia con L. W., 151, 152-53, 171, 179, 182-4, 190, 194, 220, 221-22; se convierte en sionista, 220, 220n.; y Marguerite Respinger, 229, y el *Tractatus* de L. W., 161.
Estados Unidos: L. W. visita a Malcolm en Ithaca, 498-504.
estética: curso de L. W. sobre, 371-74.
ética: conferencias de L. W. sobre, 261-63, 267.

Fackel, Die (publicación), 32, 35, 113.
Feigl, Herbert, 232.
Feyerabend, Paul, 507-08.
Ficker, Ludwig von, 124, 130; correspondencia de L. W. con, 135, 181; L. W. dona dinero a, 113-115, 116.
Figdor, Fanny, *véase* Wittgenstein, Fanny.
Fletcher, W. M., 109.
Fouracre, Roy, 405-06, 415, 513; correspondencia de L. W. con, 448-49, 449-50, 520.
Frazer, Sir James: *La rama dorada*, 291.
Frege, Gottlob: contradicciones en la lógica de, 287; correspondencia con L. W. durante la Primera Guerra Mundial, 121, 128, 142, 146, 148, 151, 152, 154; *Grundgesetze der Arithmetik*, 45-46, 47, 161, 173; y las matemáticas, 306; muerte de, 187; «El pensamiento», 186-87; realismo conceptual de, 34; «Del sentido y la referencia», 500; y el *Tractatus* de L. W., 161-62, 163, 173-75, 187.
Freud, Sigmund, 26, 27, 32; conferencias de L. W. acerca de, 373-74; *El chiste y su relación con el subconsciente*, 373; *La interpretación de los sueños*, 331, 373; L. W. influenciado por, 331, 400-01; y los sueños, 331, 373, 410.
Fuchs, Oskar, 203.

Gardner, Erle Stanley, 387.
Gasking, D. A. T., 456.
Geach, Peter, 520.
Gilpatrick, Chadbourne, 510.
Glöckel, Otto, 185, 186, 192, 217.
Gödel, Kurt, 278, 453-54.
Goethe, J. W. von: *Die Metamorphose der Pflanze*, 284, 291, 462-64; *Fausto*, 286, 521; teoría del color, 506-07, 508, 509, 510-11.
Gollancz, Victor, 438-39.
Goodrich, Frank y Gillian, 512.
Goodstein, Louis, 313, 333.
Gornstein, Tatiana, 326.
Gramática filosófica, 298, 316, 382.
Gramsci, Antonio, 247.
Grant, doctor (Unidad de Investigación Clínica de la Junta de Investigación Médica), 407-09, 411-14, 415, 416, 417, 419.
Grillparzer, Franz, 23.
Groag, Heinrich («Heini»), 148.
Gruber, Karl, 197, 202-03.

Gürth, Oberleutnant, 125, 128, 130, 132.
Guy's Hospital: L. W. trabaja en el, durante la Segunda Guerra Mundial, 395-99, 401, 404, 405-09.

Haecker, Theodor, 115, 116.
Hahn, Hans, 207.
Hammett, Dashiell, 387, 487.
Hansel, Hermann, 350.
Hänsel, Ludwig, 194, 216, 350; cartas de L. W. a, 190, 197-98, 203; L. W. conoce a, en un campo de prisioneros de guerra, 157; visita a L. W. en Trattenbach, 190, 193-94, 203; y L. W. de maestro, 185, 186.
Hardy, G. H., 214, 285, 382; *Matemática pura*, 306; «Prueba matemática» de, 307.
Hauer, Karl, 115.
Hayden-Guest, David, 324, 325.
Hayek, Friedrich von, 469.
Hebel, Johann Peter, 229.
Hegel, G. W. F., 301, 439, 485.
Heidegger, Martin, 267, 290-91.
Heinrich, Karl, 115.
«Heretics, The»: conferencia de L. W. en, 261-63.
Herrald, doctor (Junta de Investigación Médica), 409.
Hertz, Heinrich: *Principios de mecánica*, 40, 408.
Hijab, W. A., 452.
Hilbert, David, 288, 305, 381.
historia: en *La decadencia de occidente* de Spengler, 283, 284.
Hitler, 27, 31, 38, 296, 355, 388; y el *Anschluss*, 359-60, 361.
Hodges, Andrew, 386.
Holmes, Sherlock, 388.
Howard, Sir Ebenezer, 311.
Hume, David, 301.
Husserl, Edmund, 270.
Hutt, Rowland, 319; confesión de L. W. a, 341, 342, 343; consejo de L. W. a, 420; correspondencia con, 391, 397, 420-23, 429, 434, 438; influencia de L. W. sobre, 370; trabaja en una granja con Skinner, 319.
Hutton, Betty, 388, 490.

idealismo: en Schopenhauer, 34.
Investigaciones filosóficas, 275, 299, 313, 337-38, 345, 379, 401, 412, 427; estructura de las, 428-29; juegos de lenguaje en, 337-39; L. W. discute con Malcolm, 436, 457, 501, 436, 501; planes de L. W. para publicar las, 417, 425, 436; y las matemáticas, 426; y Ramsey, 246; y Sraffa, 247.
Irlanda, L. W. en: en el Hotel Ross de Dublín, 471, 484-91; en Red Cross, County Wicklow, 471-74; en Rosro, Connemara, 474-78, 483-84; visita a Drury en Dublín, 357-61, 468.
Islandia, vacaciones de L. W. en, 61-62, 68-72.
Izzard, S. F., 396.

Jackson, A. C., 456.
James, William, 63, 127; *Principios de psicología*, 435-36; *Variedades de la experiencia religiosa*, 118.
Janovskaia, Sofía, 326, 328, 329.
Jeans, Sir James Hopwood: *El universo misterioso*, 372, 382.
Joachim, Joseph, 23.
Johnson, Samuel, 291.
Johnson, W. E., 55, 204, 208, 222, 257; relación de L. W. con, 249; y el *Tractatus*, 206.
Jolles, familia, en Berlín, 41, 120, 128, 131, 134, 135, 154, 170.
Jourdain, Philip E. B., 47, 86, 100.
juegos de lenguaje, 308; en el *Cuaderno azul* de L. W., 315-15; en el *Cuaderno marrón* de L. W., 319-22; en *Investigaciones filosóficas*, 337-38.

Kafka, Franz, 452.
Kant, Immanuel, 34, 40, 45, 270,

301, 306-07; *Crítica de la razón pura*, 158, 270.
Keller, Gottfried, 42; *Hadlaub*, 421.
Kerenski, Alexander, 152.
Keynes, John Maynard, 60, 77, 79, 160, 208; correspondencia con L. W., durante la Primera Guerra Mundial, 120, 129; y la elección de L. W. como profesor, 380; acerca del marxismo soviético, 236-37; le presta dinero a Drury, 312; y la relación de L. W. con, 248-49, 255, 360; y regreso de L. W. a Cambridge, 210-11, 214-15; solicitud de la ciudadanía británica por parte de L. W., 363-64; acerca de Rusia, 328-29; *A Short View of Russia*, 236, 324; y la visita de L. W. a Rusia, 324-25.
Kierkegaard, S., 115, 267, 290, 423-24, 446.
Kingston, familia (County Wicklow), 471, 473, 474, 475.
Kirk, Keith, 390-91, 392, 396, 405, 527.
Klimt, Gustav, 25-26, 158.
Klingenberg, Hans, 101.
Klopstock, Friedrich, 374.
Koder, Rudolf, 206, 506.
Koderhold, Emmerich, 203.
Köhler, Wolfgang: *Gestalt Psychology*, 462, 464-67.
Kokoschka, Oskar, 26, 32, 115.
Köllner, Rupert, 192.
Kraft, Círculo de, 507-08.
Kranewitter, Franz, 115.
Kraus, Karl, 26, 32-33, 34, 35, 113; actitud hacia los judíos, 295, 296, y Engelmann, 148.
Kreisel, Georg, 453-54.
Külpe, O., 186.
Kundt, Wilhelm, 191, 223.
Kupelweiser, Paul, 24.

Labor, Joseph, 25, 87, 128, 207.
Lamb, Horace, 44, 47.
Landsborough Thomson, doctor A., 416.
Lasker-Schüler, Else, 114n., 115.
Lawrence, D. H., 158.
Leavis, F. R., 55, 257, 263, 513.
Lee, Desmond, 250, 293.
Leibniz, G. W., 431.
lenguaje: teoría figurativa del, 123, 132, 337-38.
Lewy, Casimir, 370.
Littlewood, J. E., 45.
Livio, 488.
Logik, Sprache, Philosophie, 268, 271, 284-85, 299, 316.
Loos, Adolf, 32, 68, 148, 172; arquitectura de, 26, 27, 113; L. W. dona dinero a, 114, 116.
Lopokova, Lidia (Keynes), 239, 243, 244.

Mabbott, John, 260.
Macaulay, Thomas Babbington, primer barón, 487.
MacCarthy, Desmond, 110.
Maier, Moses (bisabuelo de L. W.), 22, 365.
Maiski, Iván, 324.
Malcolm, Norman, 63, 396, 421, 424; amistad de L. W. con, 387, 388, 389, 433-34; cartas de L. W. a, 415, 419, 420, 473, 477-78, 519; L. W. discute las *Investigaciones filosóficas* con, 457, 501-02; L. W. visita a, en Estados Unidos, 498, 499-504.
Manchester: L. W. en, 43-49, 221, 222.
Mann, Mrs. (patrona), 420, 423.
Marx, Karl, 439.
marxismo: Keynes acerca del, 236-37; opiniones de L. W. acerca del, 237, 319, 442-43.
Masterman, Margaret, 313.
matemáticas: demostraciones, 402-04; imágenes en, 402-04; L. W. como maestro de, 191-92.
matemáticas, filosofía de las: curso de L. W. acerca de, 306-08, 381-87; L. W. acerca de, 287.
Mein kampf (Hitler), 31, 264, 294, 355, 366.

Mendelssohn, Felix, 23, 294.
milagros: L. W. acerca de los, 424.
Mind (publicación), 208-09, 330, 443.
Miranda, Carmen, 388.
Moffat, Mrs. (patrona), 411.
Molière: *El enfermo imaginario*, 149.
Moore, Dorothy, 432.
Moore, G. E.: amistad de L. W. con, 55-56; y los apóstoles, 78, 79, 80; en las clases de L. W., 273; conferencias sobre psicología, 75; confesión de L. W. a, 340, 341; correspondencia de L. W. con, 336; «Defensa del sentido común», 502, 508, 509, 520; discusiones de L. W. con, 432; sobre el escepticismo, 502-4; examina a L. W. en la obtención de su doctorado, 257; y «La infinitud en matemáticas» de Ambrose, 321; influencia en Bouwsma, 500; inocencia infantil de, 22; L. W. ataca las «proposiciones de sentido común» de, 502-03, 513-14; opinión de L. W. acerca de, 249, 432; y el *Tractatus* de L. W., 200; visita a L. W. en Noruega, 107-10, 133, 160, 209.
Moore, Paradoja de, 492-94, 508.
Morgan, reverendo Wynford, 423, 424.
Morrell, Ottoline, 74, 75-76, 78, 79-80, 82, 85, 86, 91, 158, 205; cartas de Russell a, 53, 54, 55, 56-57, 59, 60-61, 65-66, 66-67, 180; relación sentimental de Russell con, 50-51.
Mortimer, familia (Connemara), 476.
Movimiento de Reforma de la Escuela, 185, 191, 217.
Mulkerrins, Tommy, 475-76, 477, 478, 483.
Murdoch, Iris, 453.
Musil, Robert, 27.
Myers, C. S., 62.

Nähe, Moritz, 190.
Nelson, John, 499, 500, 504.
Neugebauer, Hugo, 115.
Neurath, Otto, 303.
Neville, E. H., 52.
Newcastle: L. W. trabaja para la Unidad de Investigación Clínica, 409-17.
Nietzsche, Friedrich, 145; *El anticristo*, 126-27.
Norton, H. T. J., 52, 85.
Noruega: cartas a L. W. procedentes de, durante la Primera Guerra Mundial, 129; L. W. visita (1936), 334, 335, 336; L. W. visita (1937), 344, 345-54; L. W. visita (1950), 517-18; L. W. visita, con Arvid Sjögren, 197; plan de L. W. de vivir solo en, 91, 97-98; vacaciones de L. W. con Pinsent, 92-97; vida de L. W. en Noruega, 101.
Notas sobre lógica, 100, 160.

Oberkofler, Josef, 115.
Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas, 299, 351, 401, 453.
Observaciones sobre la filosofía de la psicología, 299, 470, 472, 484.
Observaciones filosóficas (Wittgenstein), 275, 285, 299, 309.
Ogden, C. K., 52, 198, 199-200, 200-01, 204, 206, 208, 209, 216, 261; *El significado del significado*, 208, 273, 274.
Orígenes, 488, 489.
Osmond, Humphrey, 396, 399.
Ostwald, Wilhelm, 198, 199, 200.
Otterthal: L. W. regresa a, 342-43.
Oxford, Universidad de: invita a L. W. a dar clases, 509; L. W. da una conferencia ante filósofos de, 451-52.

Pablo, San, doctrina de, 488-89.
Partridge, Frances, 244, 246, 252; acerca de la muerte de Ramsey, 272.
Partridge, Ralph, 246.

Pascal, Fania, 245, 249, 310, 316; acerca de Skinner, 334, 406; acerca del carácter de L. W., 420; conferencias sobre la «Europa Moderna», 349-50; confesión de L. W. a, 340, 341-43; y la visita de L. W. a Rusia, 318, 328-29.
Pascal, Roy, 318.
Pattison, Gilbert: correspondencia de L. W. con, 277-78, 297, 327-28, 336, 367, 449; le presta dinero a Drury, 312; relación de L. W. con, 251-53, 360; vacaciones de L. W. en Francia con, 334; visita a L. W. en Noruega, 298; y la solicitud de la ciudadanía británica por parte de L. W., 364; y la visita a Rusia de L. W., 325, 326, 327-28.
Perry, Ralph, 137.
Petavel, J. E., 43, 44.
Pink, Barry, 512.
Pinsent, David, 54, 120, 147; acerca de L. W. y Russell, 82; amistad de L. W. con, 61-62, 86-89, 335, 392; correspondencia con L. W., 112, 125, 129, 131, 134, 138; muerte de, 154-55; trabajo sobre lógica, 132; vacaciones de L. W. con, 67, 68-72, 92-97; y Francis Skinner, 309.
Pinsent, Fanny, 154-202.
Piribauer, Hermine, 223, 343.
Piribauer, Herr, 223, 343.
Platón, 439.
«Poeta extraviado, El», (Richards), 273-74.
Popper, Karl: *La sociedad abierta y sus enemigos*, 439; lee una conferencia en el Club de Ciencia Moral, 449-50.
Postl, Heinrich, 207.
Pöstch, Leopold, 31.
Pritchard, Joseph, 451-52.
Priestley, R. E. (posteriormente Sir Raymond), 273.
proposiciones: atómicas, 133, 308; de sentido común, 502-04, 505; gramaticales, 427-28; y el juego de lenguaje, 308-309.
psicología, filosofía de la, 426-27, 454-55, *véase también* Freud, Sigmund.
Putre, Josef, 191, 216-17.

Quine, W. V. 384,

Ramsey, Frank, 208-16; crítica del *Tractatus* de L. W., 258-59; en Cambridge, 243, 245-47; «Los fundamentos de las matemáticas», 234-36, 385; L. W. riñe con, 222; muerte de, 272; relación de L. W. con, 246-48, 260; sobre *El significado del significado*, 208; traducción del *Tractatus* de L. W., 200-02; visita a L. W. en Puchberg, 209-10, 213.
Ramsey, Lettice, 245, 265, 272.
Ravel, M.: Concierto para la mano izquierda, 30.
Rebni, Anna, 101, 297, 346, 350, 517.
Redpath, Theodore, 370.
Reeve, Basil, 406-07, 408, 411, 412, 413-17, 419.
religión: correspondencia con Engelmann sobre, 182-85; curso de L. W. acerca de las creencias religiosas, 376-77; diferencias entre L. W. y Russell, 204-05; L. W. acerca de la, 121-22, 126-27, 445-46; y la muerte de L. W., 522; *véase también* cristianismo.
Respinger, Marguerite: se casa con Talle Sjögren, 315; y Francis Skinner, 309; L. W. la invita a Noruega, 297-98; relación de L. W. con, 228-30, 246, 265, 266, 277, 311, 392.
rey del salón oscuro, El (Tagore), 374-76, 378.
Rhees, Rush, 244, 248; amistad de L. W. con, 331; en las clases de L. W., 370, 372; L. W. le visita en

Swansea, 410, 419, 425, 426, 427; piensa en afiliarse al Partido Comunista, 443; traducción de las *Investigaciones filosóficas*, 380.
Richards, A. I., 207, 273-74.
Richards, Ben, 446-47, 491, 497, 512; amor de L. W. por, 457-60; y la muerte de L. W., 521; visita a L. W. en Irlanda, 476-77, 486-87, 488; visita Noruega con L. W., 521.
Riegler, August, 223.
Rilke, Rainer Maria, 115, 116.
Rousseau, Jean-Jacques, 294.
Rusia: impresiones de L. W. de la Rusia soviética, 328-29; planes de L. W. para ir como trabajador manual a, 316, 318-19, 321, 323-29; y la Primera Guerra Mundial, 151-152.
Russell, Bertrand: *El análisis de la mente*, 158, 159, 208, 274; *Autobiografía*, 267; *Los caminos de la libertad*, 159; acerca del carácter de L. W., 89-90; *El conocimiento humano*, 431; *La conquista de la felicidad*, 277; correspondencia con L. W., 133, 136-37, 203, 207; acerca del cristianismo, 248; en China, 190, 196, 198; acerca de los discípulos de L. W., 431; examina a L. W. para la obtención de su doctorado, 256-57; *Historia de la filosofía occidental*, 430; *Introducción a la filosofía matemática*, 159, 160; *Lo que yo creo*, 277; y L. W. de estudiante en Cambridge, 50-60, 63-67; L. W. le visita, en Cornualles, 276; acerca del marxismo soviético, 237; *Matrimonio y moral*, 277; matrimonio con Dora Black, 198; «Matemáticas y los metafísicos», 401-02; opiniones de L. W. sobre sus últimas obras, 430-31; *Las perplejidades de John Forstice*, 66; presenta un informe sobre el trabajo de L. W., 276-77; primer encuentro con L. W., 51-52; *Principia Mathematica*, 45, 50, 55, 59, 86, 92, 159, 210, 234, 387-88; *Los principios de la matemática*, 45, 46-47, 159; *Principios de reconstrucción social*, 159; *Prisiones*, 51, 61, 74; *Los problemas de la filosofía*, 51, 57, 66; y la proposición atómica, 308; se reúne con L. W. en Innsbruck, 204-05; en las reuniones del Club de Ciencia Moral, 449-50; *Teoría y práctica del bolchevismo*, 237, 328; teoría de los tipos, 46, 81; acerca de las teorías de L. W., 493; y el *Tractatus* de L. W., 150, 153, 159-61, 162-64, 172, 181-82, 198-202; acerca de las últimas obras de L. W., 430-31; visita a L. W. en La Haya, 179-81.
Rylands, George, 243.
Ryle, Anthony, 398.
Ryle, Gilbert, 260, 395, 399, 439, 450-51.
Ryle, John, 389, 395-96, 397-99, 406.

Sacks, doctor George, 326.
Sayers, Dorothy, 478.
Scheu, Robert, 33.
Schiele, Egon, 26.
Schiller, F. von, 464, 472.
Schlick, Moritz: carta de L. W. a, 321, 323; y el Círculo de Viena, 207, 267-68, 269, 270; L. W. conoce a, 231; muerte de, 332.
Schlipp, P. A., 432.
Schönberg, Arnold, 26, 88.
Schopenhauer, Artur, 34, 140, 144, 392; *El mundo como voluntad y representación*, 140, 145-46, 339.
Schuster, Arthur, 43.
SCR (Sociedad para las Relaciones Culturales con la Unión Soviética), 325.
Seyess-Inquart, doctor Arthur, 359-60.
Shakespeare, William: observaciones de L. W. acerca de, 512-13.

Shove, Gerald, 78.
Sjögren, Arvid, 179, 180, 190, 229, 230, 366; L. W. viaja a Noruega con, 197.
Sjögren, Talle, 229, 311, 315.
Sjögren, familia, en Viena, 179.
Skinner, Francis, 369, 389-90; cartas a L. W., 310, 315, 317-18, 335-36, 340, 344-45, 346, 348, 349, 353, 389-90; cartas de L. W. a, 317-18; confesión de L. W. a, 339-41, 344; efecto de su muerte sobre L. W., 396-97; y Fouracre, 405-06; L. W. planea ir a Rusia con, 316-17, 318-19, 323; muerte de, 391-92; relación de L. W. con, 309-11, 333-34, 348-50, 369-70, 390-91; sensación de culpa de L. W. con respecto a, 390-92, 483; trabaja en una granja, 319; trabaja como mecánico en una fábrica, 333-34, 335-36, 389-90, 392.
Sloan, Pat, 325.
Smythies, Yorick, 370, 388, 415, 501, 512; conversión al catolicismo, 423-24, 515, 517; L. W. lee *El rey del salón oscuro* con, 374-76; y la muerte de L. W., 521-22.
Sobre la certeza (Wittgenstein), 485, 504, 508, 514-15, 520-21.
Sócrates, 250, 314.
Spengler, Oswald, 35; *La decadencia de Occidente*, 281, 283-84, 295.
Spinoza, B., 144, 200.
Sraffa, Piero, 248, 259, 319, 323, 329, 360, 443; correspondencia de L. W. con, 361-63; encuentro con Skinner, 345.
Stalin, José, 328-29.
Stangel, Georg, 343.
Stonborough, Jerome, 97, 98, 212.
Stonborough, Thomas, 211, 212, 228, 229.
Stout, G. F., 271.
Strachey, James, 61, 79.
Strachey, Lytton, 60, 77, 78, 79.
Straight, Michael, 323-24.
Street & Smith: *Detective Story Magazine*, 330, 387-88, 519.
Strigl, Pepi, 32.
sueños: de L. W., 195n., 261, 263-64, 399-400, 526; obra de Freud acerca de los, 331, 373-74, 410-11.
Swansea: L. W. visita, 410-11, 419-29.

Tagore, Rabindranath, 233; *El rey del salón oscuro*, 374-76, 378.
Taylor, A. J. P., 117.
Taylor, James, 370.
teoría: L. W. abandono de la, 285-89.
teoría de los tipos, 46, 81, 100, 137, 156, 212.
Tesar, Ludwig Erik, 115.
Thomson, George, 243, 318-19, 323; carta de L. W. a la suegra de, 378-79.
Tolstói, León, 522; *Ana Karenina*, 318; *¿Qué es arte?*, 513; *Resumen del Evangelio*, 121, 122, 135, 138, 207.
Tractatus Logico-Philosophicus, 52, 74, 140, 150, 151, 153, 154-57, 158, 159-65, 187, 216; primera versión de, 136-7; publicación del, 172-79, 181-82; reseña de Ramsey del, 208-09, 258.
Trakl, Georg, 115, 116, 124, 130.
Trattenbach: L. W. maestro en, 189-196, 202-04.
Trevelyan, Charles, 325.
Trevelyan, George, 117.
Truscott, Priscilla, 333.
Turing, Alan, 382, 383-87.

Unión Soviética, *véase* Rusia
Urmson, J. O., 451.

ver-el aspecto: L. W. discute el tema de, 480-82, 492.
verificación: principio de L. W. de, 270-72, 278.
Viena: casa de Gretl en la Kundmanngasse, 225-28, 230; visitas

de L. W., en la época de la muerte de Hermine, 505, 507-09; visitas navideñas de L. W. a, 128, 225-26, 266, 355-57; *véase también* Austria

Wagner, Hermann, 115.
Waismann, Friedrich, 233, 271, 272, 278, 379; correspondencia de L. W. con, 332; L. W. dicta una lista de «tesis» a, 278-79; planes de L. W. de escribir un libro con, 267, 268, 332.
Walter, Bruno, 25.
Ward, James, 486.
Warnock, Mary, 451.
Waterfield, doctor R. L., 396, 406.
Watson, Alister, 243, 387.
Weierstrass, Karl, 402.
Weininger, Otto, 98, 104, 144, 348, 350; *Las cuatro últimas cosas*, 453; *Sexo y carácter*, 35-40, 74, 173, 230, 292-93, 453.
Weiss, Richard, 115.
Wells, H. G., 261.
Weyl, Hermann, 234, 305, 385.
Whitby, coronel (Servicio de Transfusiones de Sangre del Ejército), 408.
Whitehead, Alfred North, 86, 117, 212.
Wilkinson, Naomi, 399.
Wisdom, John, 370, 380, 426.
Wittgenstein, Fanny (abuela de L. W.), 22, 23, 365.
Wittgenstein, Hans (hermano de L. W.), 28, 29, 31, 45, 58.
Wittgenstein, Helene (hermana de L. W.), 27, 30; y la ocupación nazi de Austria, 356, 364, 365-68.
Wittgenstein, Hermann Christian (abuelo de L. W.), 22, 23, 365, 368.
Wittgenstein, Hermine (hermana de L. W.), 25, 34, 47, 50, 67, 157; cartas de L. W. a, 43-44, 44-45; en casa de su hermana Gretl, 226-28; enferma de cáncer, 484, 487, 490, 505; acerca de L. W. en la Primera Guerra Mundial, 117, 130; y L. W. de maestro, 191, 194, 216; muerte de, 507; y la ocupación nazi de Austria, 356, 364, 365-68.
Wittgenstein, Karl (padre de L. W.), 25, 26, 27, 28, 31; muerte de, 82-83.
Wittgenstein, Kurt (hermano de L. W.), 28, 157.
Wittgenstein, Leopoldine (madre de L. W.), 25, 26, 30, 128.
Wittgenstein, Ludwig: antepasados judíos y actitud hacia lo judío, 22-23, 25, 229, 263-65, 294; arquitecto, 226-28; atuendo, 260, 395; aspecto físico, 41, 210, 395, 397, 499, 504; carácter, 21, 29, 30-31, 83, 88-89, 263, 420, 452-53; compila un diccionario para las escuelas, 217-19; confesión, 340-42; diseña un motor de avión, 47-48; donación a los artistas austríacos, 113-16; educación, 30-32, 41; enfermo, 153, 473, 487, 488, 498, 510-11, 518; estudia magisterio, 171-72, 185-86; experiencias como soldado durante la Primera Guerra Mundial, 118-65; guerras, actitud hacia las, 117-18, 429; y el humor, 253-55, 479-80, 481-82; hipnotizado, 86; infancia, 28-30; jardinero en un monasterio, 187-88, 225; y el marxismo, 237, 318-19, 442-43; muerte y entierro, 521-22; muerte de la madre, 225; acerca de las mujeres, 83, 452; y la música, 25, 29, 30, 87-88, 206-07, 230; y los pájaros de Irlanda, 477; piensa en estudiar medicina, 312, 331, 332; planes para escribir una autobiografía, 266, 292, 296; y la política, 32-33, 318, 437-38; prisionero de guerra, 137, 157-60, 165; y la religión, 121-22, 126-27, 182-86, 204-05, 446, 522; reseña *The*

Science of Logic de Coffey, 84; y la sexualidad, 122, 341-42, 348, 357, 369-70, 414, 523-28; sueños, 195n., 261, 263-64, 399-400, 526; piensa en el suicidio, 120, 140, 171, 183-85; últimas fotografías de, 511.
CURSOS IMPARTIDOS POR L. W.
sobre las creencias religiosas, 376-78; sobre estética, 371-74; sobre ética, 261-62, 267; sobre filosofía, 306, 308, 313; sobre filosofía de las matemáticas, 306-08, 313, 381-87; sobre filosofía de la psicología, 454-55.
OBRAS DE L. W.
véase bajo títulos de las obras
Wittgenstein, Margarete («Gretl», hermana de L. W.), 26, 28, 30, 32, 40, 68; y la casa de la Kundmanngasse, 226-28, 230; y Marguerite Respinger, 228-29, 298; y la ocupación nazi de Austria, 365-68; y Ramsey, 212-13; y Schlick, 231-32.
Wittgenstein, Paul (hermano de L. W.), 28, 29, 30, 31, 143, 213; y la ocupación nazi de Austria, 365, 367, 368.
Wittgenstein, Rudolf (hermano de L. W.), 28, 29, 35.
Wolf, August, 224.
Wood, Oscar, 451, 452.
Woolf, Leonard, 244.
Woolf, Virginia, 244, 261.
Woolrich, Cornell, 387.
Wright, Georg von, 123, 460; correspondencia de L. W. con, 469, 470, 471, 473, 483, 505-06, 517-18; L. W. se aloja con, en Cambridge, 491, 498, 509, 511; reemplaza a L. W. en Cambridge, 471.
Wright, Orville y Wilbur, 43.
Wrinch, Dorothy, 197, 198.

Zweig, Fritz, 148, 149.
Zweig, Max, 148.
Zwiauer, Brigitte, 365, 367.

ÍNDICE

Agradecimientos 11
Introducción 17

I. 1889-1919
1. El laboratorio de la autodestrucción 21
2. Manchester 43
3. El protegido de Russell 50
4. El maestro de Russell 74
5. Noruega 99
6. Tras las líneas 112
7. En el frente 140

II. 1919-1928
8. La verdad impublicable 169
9. «Algo totalmente rural» 189
10. Fuera del yermo 225

III. 1929-1941
11. El segundo advenimiento 243
12. La fase verificacionista 266
13. La niebla se disipa 280
14. Un nuevo principio 290
15. Francis 306
16. Juegos de lenguaje: *Los cuadernos azul y marrón* 313
17. Con la tropa 323
18. Confesiones 335
19. *Finis Austriae* 355
20. El profesor renuente 369

IV. 1941-1951
21. Trabajo de guerra 395
22. Swansea 419
23. La oscuridad de estos tiempos 430
24. Un cambio de aspecto 445

25. Irlanda 471
26. Un ciudadano de ninguna comunidad 498
27. Storeys End 519

Apéndice: El Wittgenstein de Bartley y las observaciones en clave 523

Bibliografía selecta 529
Índice 537